

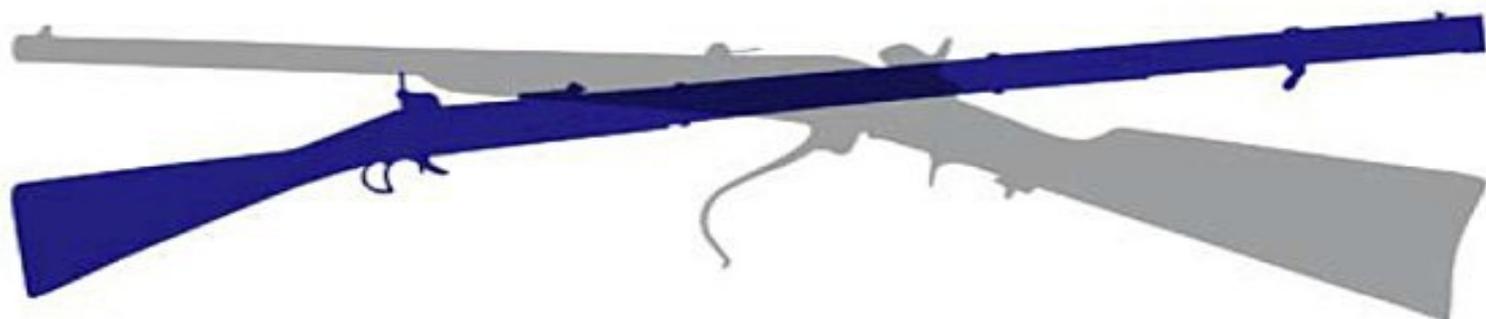
# *Secesión*

## *La guerra civil americana*

JOHN KEEGAN

T

TURNER NOEMA



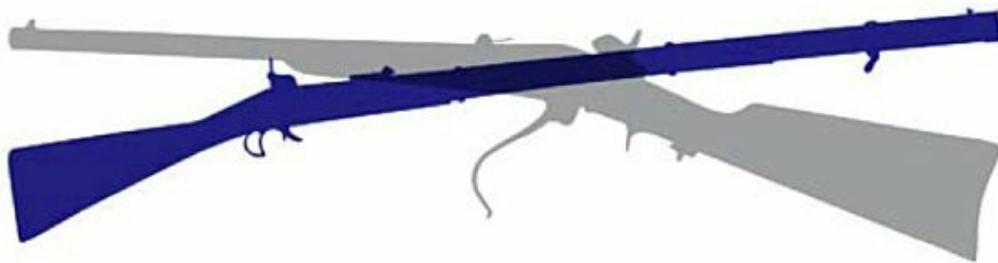
# *Secesión*

## *La guerra civil americana*

JOHN KEEGAN



TURNER NOEMA



# *Secesión*

*La guerra civil americana*

JOHN KEEGAN



TURNER NOEMA



# *Secesión*

*La guerra civil americana*

**JOHN KEEGAN**

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ADRIÁN VITIER

COLECCIÓN NOEMA



Título:

*Secesión*

*La guerra civil americana*

© John Keegan, 2009

Edición original en inglés: *The American Civil War. A Military History*  
2009, Hutchinson



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2011

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

Primera edición: septiembre de 2011

© de la traducción: José Adrián Vitier, 2011

Diseño de la colección: Enric Satué

Ilustración de cubierta: The Studio of Fernando Gutiérrez

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones: [turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

ISBN EPUB: 978-84-15427-39-1

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

# Contenido

Portadilla

Créditos

Listado de mapas

Dedicatoria

Mapa

Prólogo

I El Norte y el Sur se dividen

II ¿Habrá guerra?

III Ejércitos improvisados

IV El alto mando

V La geografía militar de la Guerra de Secesión

VI La vida del soldado

VII Planes

VIII McClellan toma el mando

IX La guerra en el Medio Oeste

X La guerra de Lee en el Este y la guerra de Grant en el Oeste

XI Chancellorsville y Gettysburg

XII Vicksburg

XIII Cortando la conexión Chattanooga-Atlanta

XIV La Campaña Terrestre y la caída de Richmond

XV Irrumpiendo en el Sur

XVI La batalla de la costa de Cherburgo y la Guerra de Secesión en el mar

XVII Soldados negros

XVIII Los frentes internos

XIX Walt Whitman y las heridas de la guerra

XX Los generales de la Guerra de Secesión

XXI Las batallas en la Guerra de Secesión

XXII ¿Podría haber sobrevivido el Sur?

XXIII El final de la guerra

Agradecimientos

Bibliografía

## LISTADO DE MAPAS

[La Guerra de Secesión, 1861-1865](#)

[Ferrocarriles estadounidenses en 1861](#)

[Primera batalla de Bull Run \(Manassas\), 21 de julio de 1861](#)

[Shiloh, 6-7 de abril de 1862](#)

[Las batallas de los Siete Días, 25 de junio-1 de julio de 1862](#)

[Antietam, 17 de septiembre de 1862](#)

[Chancellorsville, 2-6 de mayo de 1863](#)

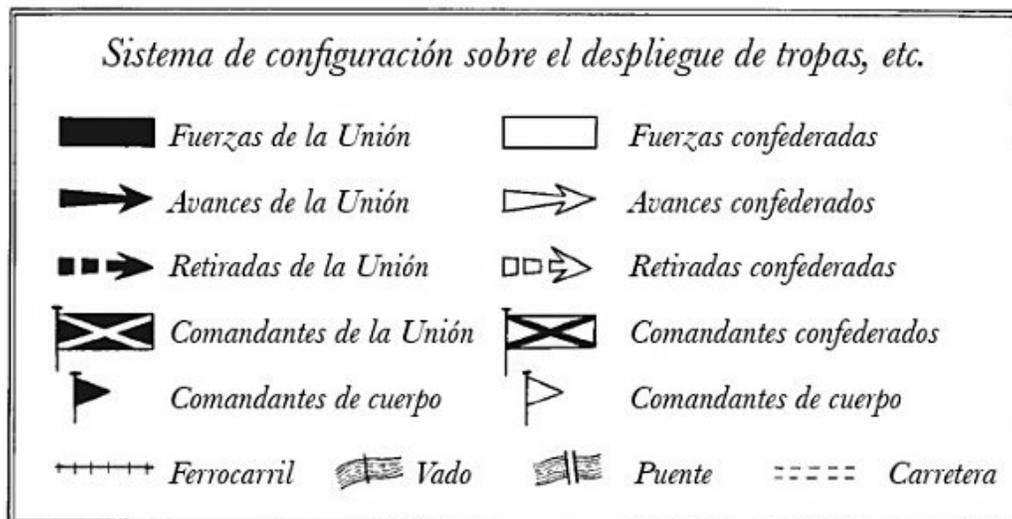
[Convergencia de fuerzas en el Norte](#)

[Gettysburg, 2-3 de julio de 1863](#)

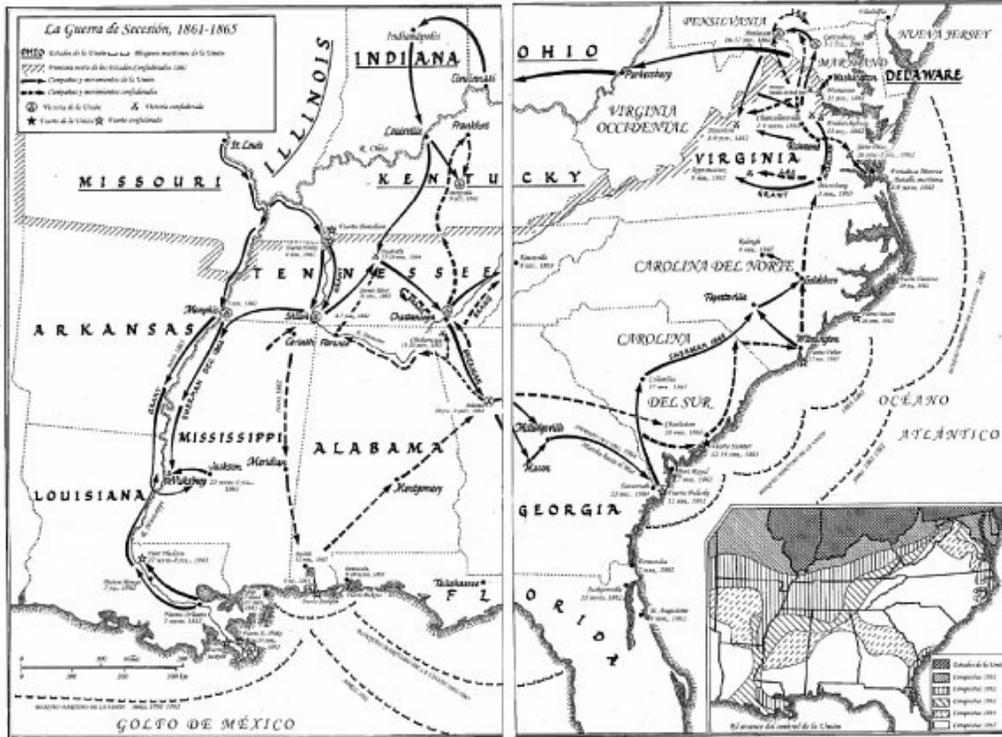
[La campaña de Vicksburg, abril-julio de 1863](#)

[La ofensiva hacia Petersburg](#)

[La marcha de Sherman, mayo de 1864-abril de 1865](#)



*Para Lindsey Wood*



## PRÓLOGO

Comencé un libro anterior con esta frase: “La Primera Guerra Mundial fue una guerra cruel e innecesaria”. También la Guerra de Secesión fue cruel, por los sufrimientos que infligió a los participantes y la angustia que causó a quienes en ella perdieron a sus seres queridos. Pero no fue innecesaria. En 1861 la división entre el Norte y el Sur, provocada sobre todo por la esclavitud, entre otras diferencias, era ya tan acusada que solo hubiera podido resolverse mediante una transformación profunda que implicase, obligatoriamente, que la esclavitud dejara de percibirse como el único modo de contener el problema de los negros en Norteamérica; o quizá mediante una separación permanente entre los estados esclavistas y sus simpatizantes y el resto del país; y posiblemente, dadas las fricciones que tal separación conllevaría, mediante una guerra. Pero eso no significa que la guerra fuese inevitable. Variables políticas y sociales de todo tipo pudieron haber conducido a una resolución pacífica. Si el Norte hubiese tenido un presidente ya asentado, y no uno recién elegido, y con una posición antiesclavista menos provocadora para con el Sur; si el Sur hubiera tenido líderes, particularmente un posible líder nacional tan capaz y elocuente como Lincoln; si ambas partes, pero sobre todo el Sur, hubieran estado menos influidas por el militarismo diletante que imperaba en el mundo anglosajón a ambos lados del Atlántico a mediados de siglo entre los regimientos de voluntarios y los clubes del rifle; si la industrialización no hubiese alimentado tanto la confianza del Norte en que podría hacer frente a la belicosidad del Sur; si el apetito de Europa por el algodón sureño no hubiese persuadido a tantos hacendados y productores al sur de la línea Mason-Dixon de que estaban en posición de dictarle al mundo los términos de una diplomacia separatista; si no se hubieran acumulado tantos elementos condicionantes en la mentalidad del Norte y del Sur; entonces puede que el simple valor de la paz, y su preservación, hubiesen primado sobre el belicoso clamor de las

multitudes y los mítines de reclutamiento, y conducido a la gran república desde el caos de la fiebre bélica hacia la normalidad de la calma y de un compromiso aceptable para ambas partes. Los estadounidenses eran grandes negociadores. Media docena de compromisos importantes habían venido evitando la división a lo largo el siglo XIX. De hecho, el país entero había adoptado tácitamente el compromiso como principio rector de sus relaciones con los antiguos amos coloniales a principios de siglo, y de su renuncia a perpetuar el conflicto con Inglaterra, tras la aberración que supuso la Guerra de 1812. Desafortunadamente, los estadounidenses eran también gente de principios. Habían plasmado estos principios en los preámbulos a sus magníficos documentos de gobierno, la Declaración de Independencia y la Constitución y sus Diez Enmiendas; y, cuando se exaltaban, recurrían a estos principios como guía para la solución de sus problemas. Por desgracia, los puntos de desacuerdo más importantes entre el Norte y el Sur en 1861 podían considerarse principios; tanto la indivisibilidad de la república y su poder soberano como los derechos de los estados estaban ligados a las pasiones de la época dorada de la república, y, si la supervivencia de esta se veía amenazada, podían ser invocados nuevamente. A lo largo de las luchas políticas en las décadas anteriores del siglo, habían sido invocados una y otra vez por dos figuras dotadas de gran sinceridad y elocuencia, Henry Clay y John Calhoun. Fue una auténtica mala suerte que Estados Unidos produjese líderes de opinión tan formidablemente persuasivos. Para desgracia del Sur, que había dominado el debate durante la primera mitad del siglo, precisamente en el punto en que la cuestión de los principios dejó de ser un torneo verbal y amenazó con convertirse en una llamada a la acción, el Norte produjo un líder que hablaba mejor y con más energía que cualquiera de los campeones del Sur por aquel entonces.

La guerra debía de estar a flor de piel en el debate en 1861, pues el Sur, en cuanto comenzó a organizarse para la secesión, no solo designó a su propio presidente de la Confederación, sino también a un secretario de guerra, así como a secretarios de estado, del tesoro y del interior. Tan pronto como asumió el cargo, el presidente Lincoln convocó a las milicias de los estados nortños al servicio federal y reclutó a decenas de miles de

voluntarios. En pocas semanas, uno de los políticos más pacíficos del mundo civilizado se puso al mando de multitudes que, aunque aún no tuvieran armas, las reclamaban, se instruían en su manejo y convocaban marchas. Las armas tardaron en aparecer. Pero esta demora no aplacó la agitación social, pues aquel ataque contra la integridad y autoridad de la república había despertado profundas pasiones populares. Se había convertido en un asunto preocupante para los pueblos del Viejo Mundo, a raíz de las luchas de liberación nacional, tanto en la parte hispanohablante del continente americano como en la angloparlante. Las dos Norteaméricas de 1861, la del Norte y la del Sur, llegaron a la conclusión de que las cuestiones de principios y las discrepancias generadas por la elección de Abraham Lincoln eran lo bastante graves como para pelear por ellas. Esta decisión confirió al inminente conflicto un designio fatal. Se convirtió en una guerra entre pueblos, y los de cada bando, que hasta entonces se veían como uno solo, comenzaron en adelante a percibir sus diferencias y a considerarlas más importantes que aquellos valores que habían venido aceptando como permanentes y vinculantes desde 1781. La inaplazable guerra sería por lo tanto una guerra de secesión, y así fue rápidamente llamada y reconocida. Entre tanto, los líderes del Norte y del Sur analizaban qué forma adoptaría el conflicto en caso de que llegara hasta sus pueblos. La cuestión, para el Sur, era sencilla: defendería sus fronteras y repelería a cualquier invasor que apareciera. Para el Norte las cosas no eran tan simples. Toda guerra sería una rebelión, un desafío a su autoridad que debía ser derrotado; pero ¿cómo y –lo que era más crucial– dónde infligir esta derrota? El Sur constituía la mitad del territorio nacional, un área inmensa que solo colindaba con las regiones organizadas del Norte en unos pocos puntos muy distantes entre sí. Había contacto entre el Sur y la región de las grandes ciudades del Norte en el corredor de la costa atlántica de Maryland y Pensilvania, una región con abundantes ferrocarriles; había otras conexiones más indirectas entre el Norte y el Sur en el valle del Mississippi, donde existían bastantes rutas fluviales, pero pocas ciudades y escasa población. En consecuencia, al estallar la guerra en abril de 1861, esta comenzó de manera irregular, improvisada, y en buena medida sin

dirección, con ejércitos embrionarios que se atacaban dondequiera que se encontraban. Los primeros encuentros fueron combates de menor importancia que se produjeron en lo que el *Times* de Londres llamó desdeñosamente “campos sin batalla”, allí donde más tarde se fundó el estado de Virginia Occidental. Fue una gran ventaja para el Sur que la primera batalla importante de la Guerra, la llamada primera batalla de Manassas, o primera batalla de Bull Run, concluyera con una victoria sudista, si bien sus consecuencias fueron lamentables para Estados Unidos. Esta victoria inesperada desanimó al Norte y persuadió al Sur de que la victoria definitiva era alcanzable. Si la batalla hubiese tenido otro resultado, como fácilmente hubiera podido suceder, acaso la guerra hubiese concluido más pronto y a un costo mucho menor para el Norte y para el Sur.

Después de Bull Run, la guerra hubo de ser encarada como una empresa de grandes proporciones y exigió a ambas partes un dispendio ilimitado de recursos. Sin embargo, Bull Run no indicó al Norte ni al Sur el camino a seguir. El Sur continuó a la defensiva, y Lincoln y sus generales siguieron sin saber cómo emprender una ofensiva exitosa. El vilipendiado general George McClellan, un organizador genial, pero poco ardoroso como estratega y como guerrero, concibió el plan de sacar al Ejército del Potomac de los alrededores de Washington y trasladarlo por agua, entrando por la bahía de Chesapeake, hasta las inmediaciones de Richmond. Era una idea conveniente y bien razonada, ya que se evitaban una serie de disputados cruces de ríos en el norte de Virginia durante la marcha desde una capital a la otra. Todo lo que esta maniobra evitó al ejército de la Unión quedó demostrado por la Campaña Terrestre de Grant en 1864, cuando éste tuvo que pelear a cada paso sangrientas batallas, entre ellas las de Spotsylvania y Cold Harbor. La Campaña Peninsular, como fue llamada la empresa de McClellan, mereció rendir grandes frutos, pero la timidez de su creador provocó que no tuviera consecuencias, y obligó al Ejército del Potomac a volver a librar infructuosas batallas frontales alrededor de Washington. El fracaso de la Campaña Peninsular promovió también la aparición del general Robert Lee, quien frustraría todos los esfuerzos ofensivos del Ejército del

Potomac durante tres años, y llevaría a cabo sus propias incursiones en el territorio de la Unión.

Una estrategia de la Unión, exitosa aunque muy discutida, surgió finalmente de modo accidental, cuando la victoria del general U. S. Grant contra los fuertes Henry y Donelson condujo a la primera incursión federal seria en el territorio confederado a través del río Tennessee. Grant inauguró así la “campana del Oeste”, en realidad en el centro-sur de Estados Unidos. Grant iniciaría otras dos estrategias: la de alimentarse del campo y la de infligir bajas. La tarea de hacer que el Sur pagara con sangre por su rebelión desagradaba a importantes líderes de la Unión, entre ellos a Winfield Scott, el general en jefe, y a su sucesor, George McClellan, quienes creían que el tiempo y un modo menos encarnizado de luchar inculcarían un ánimo de paz y reconciliación en el Sur, donde se pensaba que había un gran número de federalistas encubiertos. Grant no adoptó ninguna de estas tibias posiciones. Aunque no era un hombre sanguinario, creía que únicamente con golpes feroces podría ponerse fin a la guerra y, si bien deploraba la “efusión de sangre”, siempre peleó para ganar. Después de los fuertes Henry y Donelson, su primera gran batalla, Shiloh, fue una espantosa orgía de sangre que puso ante los ojos de la nación la naturaleza del conflicto que se había iniciado. Fue una advertencia saludable, pues de ahí en adelante las listas de bajas se elevararon inexorablemente. La Guerra de Secesión llegó a ser involuntariamente una guerra con recuento de bajas, así como llegaría a serlo la posterior guerra de Estados Unidos en Vietnam. En la década de 1960, el populoso Vietnam del Norte fue capaz de sostener una guerra de este tipo, sacrificando a cincuenta mil jóvenes cada año a manos del Ejército de Estados Unidos y de sus aliados, y reemplazándolos al año siguiente sin mermar en su desempeño bélico. El Sur estadounidense no podía soportar semejante costo. En 1861-1864 parecía capaz de, sin debilitarse, reemplazar a los que morían en combate o por enfermedades generadas por la guerra, pero esta aparente invulnerabilidad era engañosa. La guerra fue desangrando mortalmente al Sur, mientras que el Norte, más populoso, lograba reponer sus enormes pérdidas y seguir peleando. A medida que el Norte devoraba las reservas de combatientes del Sur,

también se iba abriendo paso por su territorio Sur. La campaña de Shiloh inició la bisección del Sur a manos de Grant, e infligió además pérdidas muy graves. Tras la bisección vino la fragmentación, primero cuando Grant tomó un atajo por el sur de Tennessee para llegar hasta el sur de Georgia, dividiendo luego los estados meridionales y los estados fronterizos. De ahí en adelante Grant fue reduciendo el Sur a fragmentos cada vez más pequeños, infligiendo pérdidas constantes.

El Sur, o en particular el Ejército de Virginia del Norte, a las órdenes de Lee, no fue capaz de infligir daños similares en el Norte. Las invasiones de Lee en Pensilvania y Maryland fueron poco más que incursiones a gran escala. Ninguna de ellas logró conquistar un espacio permanente, y si bien Lee logró infligir cuantiosas bajas, particularmente en Antietam y Fredericksburg, sus batallas le costaban muy caro. Tras el fracaso de sus invasiones, Lee no contaba con una estrategia en el Este. No podía hacer otra cosa que mantener una fuerte defensa, y ver cómo el Norte desarrollaba una estrategia cada vez más eficaz en el Oeste.

La Guerra de Secesión es una de las grandes guerras más misteriosas de la historia; misteriosa por inesperada, pero también por la intensidad con que estalló. Gran parte del misterio consiste en el hecho de que una guerra civil estallase en un país que desde sus inicios se había dedicado a la paz entre los hombres, a la hermandad entre sus habitantes, como proclamara Filadelfia, su mayor ciudad, al iniciarse la Guerra de Secesión. Resulta además un misterio por su geografía humana: al principio parecía arraigada en la vecindad de las dos capitales, Washington y Richmond, pero luego, como la invasión exótica de una flora tropical, estalló a gran distancia de los campos de batalla de Virginia, en Tennessee, Missouri y Louisiana, a menudo sin que hubiese una fecundación cruzada aparente. Abraham Lincoln, el nuevo presidente de 1861, dijo que la “guerra en cierto sentido tenía que ver con la esclavitud”; pero en 1862 y 1863 sus enormes y agresivos retoños brotaron en zonas donde la esclavitud era un componente muy secundario de la vida económica y social. De hecho, como ahora sabemos, muchos sureños no tenían ningún vínculo personal con la esclavitud, ni como dueños de esclavos ni como empleadores de su fuerza de trabajo. Ciertamente que quienes no poseían esclavos a menudo

guardaban rencor a sus vecinos esclavistas, pero eso no impidió que se incorporasen por miles al nuevo ejército confederado y luchasen con aterradora ferocidad y admirable destreza en las batallas que este libró contra el Ejército de la Unión. Había otro misterio en esta guerra: ¿por qué hombres sin ningún interés racional en la guerra lucharon tan ferozmente contra los nortños, quienes, por aquel entonces, a menudo no se distinguían de sus pobres adversarios sureños? En el Sur, esta ausencia de motivación personal directa solía presentarse como una paradoja: “Una guerra de ricos, pero una pelea de pobres”, subrayando el hecho innegable de que, si bien los grandes propietarios de esclavos y sus hijos militaron en las filas sureñas, estas estaban conformadas por una inmensa mayoría de granjeros pobres y a menudo por hombres que no poseían nada en absoluto.

La comparación de la riqueza del Norte y la del Sur añade otra dimensión misteriosa a la guerra. Un simple balance económico hubiera desvelado que el Sur no era lo bastante rico para sostener una campaña seria contra el Norte. La riqueza per cápita del Sur era mayor que la del Norte, pero solo debido al valor comercial de los esclavos y de los cultivos comerciales que producían, una riqueza que estaba en manos privadas. El capital y el valor de los ingresos de la economía nortña eran inmensamente superiores a los del Sur, pues producía materias primas esenciales –hierro, acero, metales no ferrosos, carbón, productos químicos– en grandes cantidades, y tenía acceso a terminales de transporte de las que el Sur carecía. La producción de bienes manufacturados del Sur era más deficiente aún. Ya en 1861, el Norte exportaba por su cuenta carbón y acero; en 1900 su producción de materiales esenciales para la guerra sobrepasó la del Reino Unido. Esta inversión de las circunstancias económicas ya se preveía al comienzo la Guerra de Secesión.

La capacidad de un enemigo sobrepasado económica y numéricamente, como era el caso del Sur con respecto al Norte, para sostener la lucha a tan gran escala, no hace sino ahondar el misterio de esta guerra.

## EL NORTE Y EL SUR SE DIVIDEN

*E*stados Unidos es diferente. Hoy que la excepcionalidad estadounidense, como se suele llamar, ha devenido tema de estudios académicos, Estados Unidos es menos excepcional, salvo en riqueza y poderío militar, de lo que fue en los años en que solo podía llegarse hasta allí cruzando en barco el Atlántico. Por aquel entonces, antes de que Hollywood, la tecnología de la televisión y la multinacionalidad de la industria musical universalizaran su cultura, Estados Unidos era realmente una sociedad distinta a la del Viejo Mundo que le había dado origen. Los europeos que hacían este viaje percibían toda clase de diferencias, no solo políticas y económicas, sino también humanas y sociales. Los norteamericanos eran más grandes que los europeos –incluso sus esclavos eran más grandes que sus antepasados africanos– gracias a la sobreabundancia de comida que producían las granjas. Los padres norteamericanos otorgaban a sus hijos una libertad desconocida en Europa; se abstendían de castigarlos de la forma en que lo hacían los padres y madres europeos. Ulysses S. Grant, el futuro general en jefe de los ejércitos de la Unión y presidente de Estados Unidos, recordaba en sus memorias que “nunca hubo ninguna reprimenda ni castigo por parte de mis padres, ninguna objeción a diversiones racionales como pescar, ir en verano a nadar al arroyo que estaba a dos kilómetros, cabalgar veinticuatro kilómetros para visitar a mis abuelos en el condado vecino, patinar sobre hielo en invierno, tomar un caballo y un trineo cuando había nieve en la tierra”.<sup>[1]</sup> Era una descripción de la infancia en las familias más prósperas del campo en aquel periodo. Los Grant eran modestamente acomodados; Jesse Grant, padre del futuro presidente, tenía una curtiduría y también trabajaba una extensa propiedad de tierra cultivable y bosques. La mayoría de las familias norteamericanas antiguas

eran prósperas, y los Grant habían venido al Nuevo Mundo en 1630. Era la prosperidad lo que los llevaba a ser tolerantes con su descendencia, pues no estaban obligados a imponer restricciones a sus hijos para agradar a sus vecinos. Sin embargo, los hijos de las familias prósperas solían tener una buena conducta, pues iban a la escuela y a la iglesia. Ambas cosas venían de la mano, aunque no rígidamente. Lincoln, que no era un cristiano doctrinal, fue un padre notablemente indulgente. Los cristianos practicantes de Estados Unidos, protestantes en su abrumadora mayoría antes de 1850, necesitaban leer la Biblia, y al norte de la línea Mason-Dixon, que dividía informalmente al Sur del Norte, cuatro quintas partes de la población sabían leer y escribir. Casi todos los niños del Norte, y de hecho todos los de Nueva Inglaterra, iban a la escuela, un porcentaje mucho mayor que el de Europa, donde la alfabetización, incluso en Inglaterra, Francia y Alemania, alcanzaba aproximadamente a dos terceras partes de la población. Estados Unidos estaba expandiendo además el nivel universitario, con sus arraigados y florecientes centros de educación superior, Harvard, Yale, Columbia, Princeton y la Universidad de William and Mary. Estados Unidos podía financiar y administrar universidades porque ya era visiblemente más rico que Europa; rico por su agricultura, aunque todavía no fuera una economía exportadora de alimentos, y cada vez más rico por su industria. Era un país de periódicos, con un inmenso número de lectores y muchos periódicos locales y otros de amplia distribución. Sus médicos eran numerosos y capaces, y la inventiva y las aptitudes mecánicas de su población eran comentadas por todos los visitantes. También lo eran el brillo y la vehemencia de sus políticos. Estados Unidos era ya un país de ideas y movimientos, con gran conciencia de la libertad de sus orígenes y del legado de su revolución; el antiimperialismo había sido su principio fundador. Durante las décadas que precedieron a la Guerra de Secesión, Estados Unidos experimentó un auge y una revolución industriales muy característicos. La revolución industrial de Inglaterra había tomado su ímpetu del desarrollo de la energía a vapor, fomentado por los abundantes yacimientos de carbón de la isla y encaminado a la explotación de sus grandes yacimientos de minerales metálicos. Estados Unidos, a principios del siglo XIX, también

estaba empezando a excavar en busca de carbón y hierro, que abundaban bajo su suelo. Pero al principio fueron otras dos fuentes de energía las que pusieron en marcha sus cada vez más abundantes fábricas y talleres: la energía hidráulica y la madera. Los ríos de Nueva Inglaterra, Nueva York, y Pensilvania fueron utilizados para mover molinos de agua, mientras que sus extensos bosques suministraron madera para quemar. En Europa se habían acabado hacía mucho los tiempos en que era posible talar los bosques para generar calor. El continente, a excepción de Escandinavia y el interior de Rusia, estaba sumamente deforestado. En Estados Unidos, los árboles todavía eran un estorbo que era preciso talar para que hubiese tierra de cultivo; pero que también, una vez aserrados, aportaban la materia prima para toda clase de edificios y de artículos manufacturados. A fin de que sus suelos pudiesen ser cultivados en el futuro, Norteamérica necesitaba ser deforestada, y en ese proceso la industrialización y la tala iban de la mano. Durante la década de 1830 y después, la ciudad de Nueva York consumía cada año varios millones de cargamentos de madera aserrada y descortezada que procedían de Maine y Nueva Jersey. Solo gradualmente los inmigrantes de las zonas carboneras de Inglaterra y de los valles galeses comenzaron a excavar minas y a expandirlas, pero para 1860 la producción en los yacimientos de antracita de Pensilvania se había incrementado cuarenta veces en treinta años. En esa fecha ya se discernía claramente la geografía económica de Estados Unidos: regiones industriales en expansión centradas en Nueva York y Filadelfia, zonas carboneras explotadas en Nueva Jersey, Pensilvania y la región de Allegheny en los Apalaches, un área de desarrollo industrial en torno a Pittsburgh, y una floreciente zona de textiles y de ingeniería en el sur de Nueva Inglaterra. En el Norte, la población de trabajadores agrícolas, con respecto al conjunto de la fuerza laboral, había caído por debajo del cuarenta por ciento, mientras que en el Sur se mantenía por encima del ochenta por ciento. Un mapa económico mostraría que no había ningún centro industrial al sur de una línea que trazásemos desde St. Louis hasta Louisville y de aquí hasta Baltimore; en el Sur nueve décimas partes de la población vivían en el campo, pero en el Norte solo un cuarto de la misma. La madera también aportaba el combustible para los barcos de

vapor con ruedas de palas, que en 1850 ya podían verse en todas las vías fluviales navegables, así como para las locomotoras, que se tornaron una presencia familiar en las líneas ferroviarias que se tendían para unir a las ciudades más importantes, entre sí y con los puertos costeros. En 1850 había nueve mil seiscientos kilómetros de ferrocarril en Estados Unidos; en 1860, treinta mil. Ríos y canales habían sido los medios de transporte y distribución en las primeras etapas del auge. Las barcas y los vapores fueron rápidamente superados por el ferrocarril. Ya en 1850, Estados Unidos había sobrepasado a Inglaterra, cuna de la revolución ferroviaria, en kilómetros de vías en funcionamiento; la extensión de los ferrocarriles norteamericanos rebasaba, de hecho, la longitud conjunta de los del resto del mundo.

Estados Unidos seguía siendo cliente de la industria europea, especialmente de la de Inglaterra, de donde procedía la mayor parte de los productos manufacturados; pero esto se debía a la ventaja inicial de Inglaterra en la revolución industrial. Al finalizar el siglo las cosas ya serían diferentes. Entretanto, Estados Unidos estaba dejando de ser un país predominantemente rural para convertirse en un país urbano. Al estallar la Guerra de Secesión, había más habitantes en el campo que en las ciudades, muchos más en el Sur, pero los habitantes de ciudades tendieron a superar en número a los del campo. Las ciudades se estaban fundando a un ritmo vertiginoso, y creciendo a velocidad exponencial. Las viejas ciudades coloniales, Boston, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, conservaban su importancia, pero nuevas ciudades estaban surgiendo y expandiéndose, sobre todo más allá de la cadena de los Apalaches e incluso más allá del Mississippi; por un tiempo Cincinnati prometía ser la más importante de las nuevas metrópolis, pero no tardó en ser superada por Chicago, cuya población aumentó de cinco mil habitantes en 1840 hasta los ciento nueve mil en 1860. Podría decirse que Chicago no hacía más que seguirle el paso a los propios Estados Unidos, cuya población creció de 5.306.000 en 1800 hasta 23.192.000 en 1850. Este incremento se debió en parte a la inmigración, aunque las décadas en que esta se daría masivamente aún estaban por llegar; su causa principal fue la alta tasa de natalidad. La asombrosa productividad de Estados Unidos garantizaba

empleo a todo aquel que optase por quedarse en las ciudades, mientras que la abundante disponibilidad de tierras para colonizar en los nuevos estados más allá de los Apalaches y el Mississippi atraía a un gran número de granjeros potenciales, y de los que buscaban mejores tierras. En cualquier dirección que mirase el visitante, Estados Unidos estaba creciendo.

Aunque no renunciaba a trabajar la tierra. Por el contrario: en los veinte años anteriores a 1860 enormes áreas del subcontinente pasaron bajo el arado; pero este trabajo fue realizado por emigrantes internos que abandonaban sus hogares en las tierras magras y agotadas de Nueva Inglaterra, Virginia y las Carolinas, y caminaban hacia el Oeste hasta adentrarse en la tierra nueva de los valles del Mississippi y el Missouri y más allá. La política federal sobre la tierra alentaba a los emigrantes. En 1800 las tierras públicas se vendían a dos dólares el acre, con una entrada de veinticinco centavos y cuatro años para pagar el resto. Para 1820 el precio del acre había descendido a un dólar y veinticinco centavos. La tierra se vendía en subdivisiones de una sección de seiscientos cuarenta acres. Ya en 1832 el gobierno aceptaba ofertas de adquisición sobre un cuarto de un cuarto de sección, cuarenta acres. En 1862 el Congreso emitió la Ley de Asentamientos Rurales, que concedía a un colono la posesión de ciento sesenta acres si los trabajaba durante cinco años. Esta legislación transfirió ocho millones de acres de tierras públicas a manos privadas, y benefició a medio millón de personas. La política norteamericana sobre la tierra dio origen a estados como Ohio, Indiana e Illinois, al Medio Oeste propiamente dicho. A medida que la colonización se desplazaba a las tierras más distantes de las praderas de Iowa, Kansas y Nebraska, los primeros que llegaban se llevaban la mejor parte. Las praderas fueron colonizadas durante una era de humedad atípica, que recompensaba el trabajo duro con cosechas abundantes. Ya en el siglo XX, la desecación se había hecho sentir y muchas granjas fueron víctimas de la erosión provocada por el viento.

Los colonizadores no eran exclusivamente hombres libres. El lucro del algodón atrajo a los dueños de plantaciones durante el periodo de 1830 a 1850 hacia las nuevas tierras del Oeste, especialmente hacia los suelos

oscuros y ricos del “cinturón negro” de Alabama y Mississippi, pero también hacia las tierras fluviales de Texas. Se calcula que fueron trasladados ochocientos mil esclavos, desde la costa atlántica hacia el interior del país, entre 1800 y 1860.

Estados Unidos crecía no solo en población sino también en riqueza. Sin ser aún un país exportador, salvo de algodón, su enorme mercado interno consumía todo cuanto podía producir. En la década de 1850 todo Estados Unidos se estaba industrializando, especialmente aquellas zonas que habían sido colonizadas en el siglo XVIII: Nueva Inglaterra, Pensilvania, Nueva York y parte de Virginia. La industrialización tenía su centro en Connecticut, que contaba con excelentes comunicaciones por ríos y canales con otras partes de la región, y abundante energía hidráulica para hacer funcionar la maquinaria de las fábricas. Incluso siendo una economía preindustrial, Estados Unidos deseaba y compraba la producción de los talleres y las fábricas de Nueva Inglaterra, que trabajaban con métodos que serían copiados por el mundo entero. Fue en Connecticut donde primero se estableció lo que dio en llamarse “el sistema norteamericano de fabricación”. Este sistema recibió también el nombre de “sistema de piezas intercambiables”, que lo describe con exactitud. Una población activa instruida y cualificada aprendió a fabricar piezas de metal o madera con una precisión tal que era posible armar determinados artículos manufacturados a partir de una selección aleatoria de piezas. Este era el caso del rifle del ejército norteamericano, el Springfield. Tanto impresionó este rifle a los británicos que visitaron la fábrica de armas de Springfield, que el gobierno británico compró las máquinas necesarias para equipar a su arsenal de Enfield para la Guerra de Crimea. Cuando en 1861 el gobierno norteamericano se vio necesitado de gran cantidad de rifles, la fábrica de Enfield satisfizo buena parte de su demanda. Como los productos Springfield y Enfield se fabricaban casi del mismo calibre, siendo el Enfield ligeramente mayor, los cartuchos norteamericanos les servían a ambos, hasta el punto de que los soldados de la Unión no distinguían entre los Springfield y los Enfield. Así pues, muchos buenos republicanos fueron al combate con un arma que ostentaba en el enchapado las letras VR debajo de una corona. El “sistema

de piezas intercambiables” permitió también la fabricación y ensamblaje de relojes de pared, de pulsera, de maquinarias domésticas y agrícolas, e incrementó el número de aparatos economizadores de mano de obra generados por la inventiva norteamericana. Estados Unidos padecía de un déficit crónico de fuerza laboral, de modo que cualquier artefacto capaz de multiplicar el trabajo de un par de manos era adoptado rápidamente. La máquina de coser, que permitía a las amas de casa vestir a toda su familia en el hogar o a la costurera local establecerse como mujer de negocios, fue adoptada a todo lo largo y ancho de Estados Unidos no bien se hubo perfeccionado. Los granjeros norteamericanos, mientras tanto, estaban comprando cosechadoras, agavilladoras y sembradoras que podían realizar aquellas tareas para las que faltaba mano de obra. El elemento más significativo de la mecanización databa de antes del siglo XIX. Fue la invención de la desmotadora por Eli Whitney en 1793, una máquina que separaba la fibra del algodón de las semillas, o cápsulas, donde crecía. La desmotadora revolucionó la producción de algodón, ya que realizaba en pocos minutos un proceso que requería de una hora de duro trabajo por parte de un esclavo para producir medio kilo de algodón. Era poco lo que el Sur convertía en productos manufacturados, de hecho, tras enviar el algodón crudo al norte para ser hilado, el Sur tenía que volverlo a comprar en forma de tela tejida o ropa terminada.

En la dependencia del Sur de los recursos industriales del Norte subyacía una visible escisión social. El Sur continuaba siendo agrario y rural, como lo había sido el Norte en el siglo XVIII, y la mayoría de los sureños vivía de la tierra y trabajaba lo justo para subsistir, cultivando maíz, criando cerdos y cosechando tubérculos comestibles, que mayormente consumían ellos mismos o los vendían a nivel local, mientras que a lo largo del siglo XIX los norteños comenzaron a migrar de las tierras a las ciudades donde encontraban trabajo asalariado. Durante la guerra, la espontaneidad con que ambos bandos confraternizaban en los periodos formales e informales de tregua, y la disposición de ambos bandos a ser hechos prisioneros, nos llevan a descartar la idea de que el Norte y el Sur fueran sociedades muy diferentes; a pesar de la guerra, los norteamericanos seguían siendo norteamericanos. Salvo en el acento –muchos norteños se quejaban de

que apenas entendían el habla de los sureños–, entre los soldados de ambos bandos había más semejanzas que diferencias. Tanto en uno como en otro, en su inmensa mayoría eran chicos del campo, veinteañeros, hijos de granjeros, que habían dejado sus tierras para unirse al ejército. El Norte y el Sur, sin embargo, tenían sus diferencias, y sus rasgos distintivos emergían en el carácter de los ejércitos.

Los sureños eran casi sin excepción chicos pueblerinos, o hijos de pequeños granjeros. Solo una minoría era dueña de esclavos. En el Sur, de una población blanca de cinco millones, solo cuarenta y ocho mil eran hacendados, esto es, hombres que poseían más de veinte esclavos. Solo tres mil poseían más de cien esclavos, solo once individuos poseían más de quinientos, una riqueza verdaderamente pasmosa en una época en que un esclavo de plantación sano costaba mil dólares. La mansión de blancas columnas, rodeada de árboles de sombra y alejada de los barracones, sin duda existía, pero mucho más en la imaginación de los de afuera que en la realidad. De los cuatro millones de esclavos del Sur, la mitad pertenecía a hombres que poseían menos de veinte. La mayoría no poseía más que uno o dos, y los empleaba en granjas de subsistencia en las que cultivaban maíz y criaban cerdos. La mayoría de los sureños eran granjeros pobres que no tenían ni un solo esclavo.

De ahí la frase, muy citada durante la guerra, sobre todo en momentos desfavorables para la Confederación, “una guerra de ricos, pero una pelea de pobres”. La mayoría de los soldados confederados eran hombres pobres en circunstancias difíciles, cosa que ha suscitado constantemente una duda: “Si es así, ¿por qué los sureños combatieron tan bien y durante tanto tiempo?”. La respuesta es, en parte, que la mayoría de los sureños estaban apegados a la institución de la esclavitud y aspiraban a ser propietarios de esclavos, lo cual era el sello de la prosperidad y el éxito sureños. Los propietarios de esclavos dominaban la política sureña, y la compra de esclavos era la manera en que un sureño podía ascender en la escala social, pasando de pequeño granjero a propietario de una granja grande y tal vez con el tiempo a dueño de una plantación. Además, la esclavitud era el sistema en que se sustentaba la sociedad del Sur. Como los esclavos superaban en número a los blancos en varias zonas, llegando

a ser mayoría en Carolina del Sur y Alabama, así como en muchas localidades, la esclavitud era percibida como una garantía de control social.

Aun cuando las clases inferiores a menudo guardaban rencor a los hacendados como clase, estos no dejaban de ser objeto de envidias y celos. Estos sentimientos no eran infundados, puesto que muchos sureños realmente lograron hacer la transición de pequeños propietarios rurales a dueños de plantaciones. Sin embargo, es dudoso que hubiera muchos de estos escaladores sociales en las filas del ejército confederado, que estaba integrado en una vasta proporción por habitantes de las tierras altas del Sur, las regiones de pinos y colinas del interior de Georgia, las Carolinas y Virginia; la legendaria resistencia del soldado sureño era el fruto de una crianza ruda en entornos poco propicios para el cultivo del algodón.

El soldado norteno típico también provenía de una granja, una granja que pertenecía a su padre y que con el tiempo él esperaba heredar. A diferencia del sureño, con sus no declaradas pero persistentes esperanzas de ascender a propietario de esclavos, el norteno no podía albergar las mismas esperanzas de ascenso a menos que abandonase la tierra, se mudase a la ciudad y emprendiese algún trabajo asalariado. La migración hacia las ciudades en el siglo XIX en Estados Unidos estaba transformando las vidas de las personas a un ritmo mucho más rápido que en Europa. Era la esperanza de alcanzar la liberación económica lo que impulsaba a las multitudes de inmigrantes que llegaban del Viejo Mundo, cuyo flujo mermó mas no se estancó al estallar la Guerra de Secesión. El recluta norteno casi con toda seguridad había asistido varios años a la escuela y probablemente era miembro de alguna de las grandes confesiones protestantes: metodista, presbiteriano o baptista. La creencia y la práctica religiosas eran un rasgo minoritario en la mayoría de los regimientos nortenos. Sin embargo, los cristianos eran una minoría influyente. El capitán John Gould del décimo de Maine anotó que era “doloroso ver cuán pocos cristianos profundos había en nuestro gran regimiento –su número no rebasaba los cincuenta–, aunque la presencia de este pequeño puñado hacía que el regimiento fuese sin discusión mejor en todos los sentidos. Su ejemplo era bueno, pues eran buenos soldados: un soldado

cristiano que lucha por la justicia es siempre el soldado modelo. En cada momento de prueba el regimiento demostró ser más fuerte por tener a esos pocos cristianos”.<sup>[2]</sup> Los regimientos confederados también solían tener un núcleo cristiano de similar importancia, pero con una diferencia. El cristianismo sureño estaba comprometido con la esclavitud, lo que había provocado el cisma de las iglesias baptista y metodista antes de la guerra. En consecuencia, incluso los soldados confederados devotos podían albergar sentimientos violentamente anticristianos, aplaudiendo la matanza de soldados negros de la Unión en la batalla del Cráter en 1864 y las ejecuciones individuales de prisioneros negros. La moral esclavista también mediatizó el cristianismo sureño. En una Norteamérica que confería el más alto valor a la familia y al vínculo sagrado entre la madre de la familia y su esposo, el uso sexual de las esclavas por parte del hacendado y sus hijos, y la presencia de primos mestizos en los barracones de la plantación, eran una afrenta constante a las esposas e hijas de los hacendados. Nada parecido tenía lugar en la sociedad norteaña, que practicaba lo mismo que predicaba. La familia cristiana era una realidad en el Norte, y su fuerza contribuyó a que la mujer cristiana, ejemplificada por Harriet Beecher Stowe, autora de *La cabaña del tío Tom*, llegase a ser a menudo un formidable exponente del abolicionismo.

Una vez que el soldado norteaño comenzó a ver el Sur por sí mismo, como sucedió desde 1863 en adelante, sus opiniones críticas se vieron confirmadas. Con excepción de los blancos verdaderamente pobres de las más paupérrimas granjas de subsistencia, los sureños tenían mayor riqueza per cápita que los norteaños. Esta situación se debía a que el valor del capital esclavo era muy alto, pero su distribución era irregular. A los ojos de los norteaños, sin embargo, los sureños parecían pobres. Esto tenía que ver con su estilo de vida. Los sureños no se preocupaban por sus casas del modo en que lo hacían los norteaños, ni tenían tan bien cuidados sus jardines y sus alrededores. Las sureñas elegantes se dejaban acompañar por sirvientes negros harapientos. Los norteaños tendían a juzgar a los sureños por la situación de sus negros. Si los negros hablaban mal y eran ignorantes, los soldados norteaños concluían que eso era por el ejemplo que recibían de sus amos y amas.

A pesar de las diferencias reales entre las sociedades del Norte y el Sur, había muchas semejanzas entre los soldados de ambos bandos. Esto no era en absoluto extraño; a medida que la guerra se prolongaba, y su crueldad y sus terribles pruebas hacían mella en las tropas, los soldados reconocieron el hecho de que protagonizaban una experiencia común. Los soldados nortños, mejor alimentados y mejor equipados que sus adversarios, llegaron a sentir admiración por Johnny Reb. Johnny Reb tenía *grit* [agallas]. Él seguía adelante en circunstancias que ponían a prueba la resistencia de los hombres más fuertes. Johnny Reb generalmente se creía mejor que Billy Yank, opinión que persistiría hasta bien avanzada la guerra. El resultado de la primera batalla, Manassas, también llamada Bull Run, parecía confirmarla. Hasta el primer intercambio de disparos, las diferencias entre el Norte y el Sur no fueron tan sustanciales. Comenzaron a parecerlo tras el primer derramamiento de sangre. Lo que confirmaba la diferencia era la propia guerra, un juicio que constituía su propia condena.

Dixie –la región del continente norteamericano que se extendía al sur de la línea Mason-Dixon– se estaba convirtiendo en una entidad bien diferenciada antes de 1860. Históricamente no lo había sido. De hecho, incluso bajo la Confederación, Dixie nunca fue *the Solid South* [el Sur propiamente dicho]. Sus tierras y su economía eran demasiado variadas, su gente demasiado diversa, para formar una unidad cohesionada. Además, la “sureñidad” se desplazaba, como lo hace hoy en día. Solapaba la línea Mason-Dixon, adentrándose en el sur de Illinois y en zonas de Nueva Jersey, de manera que a Princeton se la consideraba una universidad sureña. Aunque en 1860 la mayoría de los sureños eran de vieja estirpe inglesa, o “irlandeses escoceses”, como denominan los estadounidenses a los colonos oriundos del Ulster, había importantes elementos de la población que provenían de otros lugares. Los ciudadanos de Charleston y Savannah en muchos casos eran originarios de Barbados, mientras que los ancestros de los de Nueva Orleans en muchos casos habían bajado por el Mississippi desde Nueva Francia en Canadá, creando a su paso ciudades tan afrancesadas como St. Louis en Missouri, y Louisville en Kentucky. Tampoco el Sur era del todo sureño en sus modos

de acumular riquezas. El Sur era rico. Se estimaba que el valor individual de sus habitantes libres era el doble que el de sus homólogos del Norte. Sin embargo, no todo su dinero provenía del algodón, que era un cultivo caprichoso. Solo se daba en ciertos suelos y bajo determinadas condiciones climáticas. Así pues, prosperaba en el “cinturón negro”, así llamado por el color de su suelo, en el Bajo Sur, en las Sea Islands cercanas a la costa de Georgia y las Carolinas, y ciertas variedades se habían adaptado bien a las zonas más húmedas de Texas. Apenas se cultivaba en Virginia, donde el producto principal seguía siendo el tabaco. En el delta del Mississippi el cultivo predominante era el azúcar; en las Carolinas y las tierras bajas de Georgia, el arroz.

La población esclava y la tenencia de esclavos guardaban relación con las pautas de la producción básica. Las áreas de mayor densidad de población esclava estaban en Carolina del Sur y a lo largo del río Mississippi, en Alabama y Mississippi, y en el centro-norte de Virginia; los esclavos constituían la mayoría de la población en Carolina del Sur, y no solo allí. Conformaban casi la mitad de la población de todo el Sur, más en el Viejo Sur. La propiedad de esclavos era una ocupación minoritaria, pero los dueños de veinte esclavos o más constituían la clase gobernante del Sur, y dominaban su economía y su política. En el primer Congreso de la Confederación el cuarenta por ciento de los miembros pertenecía a este grupo de propietarios de más de veinte esclavos. Muy pocos no poseían ninguno en absoluto. Tener esclavos era la medida de cuanto era importante en el Sur de antes de la guerra: no solo representaba riqueza – veinte esclavos saludables sumaban veinte mil dólares–, sino estatus social, autoridad local, y desahogo y confort domésticos. El excedente financiero en el Sur de antes de la guerra era destinado siempre a comprar más esclavos o más tierras, que a su vez requerían más esclavos que las trabajasen. Los grandes terratenientes podían llegar a poseer cien esclavos o más. Los latifundios estaban organizados como plantaciones, con una colonia de cabañas de esclavos cerca de la casa grande, usualmente de estilo neoclásico con un pórtico con columnas, establos y una vivienda cercana para el capataz. Esta visión de la vida en las grandes plantaciones, cristalizada en la inmensamente exitosa novela *Lo que el viento se llevó* y la

película que Hollywood hizo de ella, se difundió y conquistó la imaginación de norteamericanos y europeos; una visión de una aristocracia sin títulos, de una vida ociosa, de hacendados señoriales, de mujeres briosas y autoritarias, servidos por esclavos domésticos, que gozaban del privilegio de opinar delante de personas adultas a quienes cuidaron cuando eran niños, con la libertad que les confería su larga relación con la familia; una vida que transcurría en medio de abundantes comidas, frecuentes diversiones sociales y una prosperidad sin preocupaciones. El mundo de *Lo que el viento se llevó* apenas existía en unos pocos lugares, pero ciertamente existía, e impuso un modelo al que aspiraban los pequeños hacendados y, por debajo de ellos, también los granjeros prósperos. La riqueza del Sur se incrementó durante la década de 1850, aunque solo fuera por la subida del precio de los esclavos. El precio del algodón en el mercado se había duplicado desde 1845 y los grandes productores obtenían ganancias enormes, hasta del veinte por ciento de su capital, y gastaban buena parte de estas en los lujos de la vida en la plantación: modas europeas, fina carne de caballo y vino francés. Muchos de los grandes hacendados ni siquiera vivían en la tierra, sino que dejaban a sus capataces a cargo y se pasaban los días en las capitales de los estados o en residencias campestres, especialmente en sitios como Charleston (Carolina del Sur), Natchez (Mississippi) o el nuevo Garden District de Nueva Orleans.

Sin embargo, todos los grandes pueblos sureños, o “ciudades” según el habla estadounidense, eran pequeños en comparación con sus homólogos nortños. Nueva Orleans era cuatro veces más grande que cualquier otra. Montgomery (Alabama), primera capital de la Confederación, era la de más rápido crecimiento, pero solo contaba con treinta y seis mil habitantes durante la secesión, mientras que Chicago había llegado a tener ciento nueve mil en veinte años, y tanto St. Louis como Cincinnati sobrepasaban los ciento sesenta mil. La población conjunta de Richmond y Petersburg en tiempos de la secesión ascendía tan solo a cincuenta y seis mil, y no había pueblos grandes entre el bajo Mississippi y la costa atlántica; de hecho, la población de Charleston disminuyó en los años que antecedieron a la Guerra de Secesión. El Sur hizo de su ruralidad una

virtud, enfatizando la naturaleza pastoral de la Norteamérica de los padres fundadores, pero en realidad esto era un indicador de su relativa decadencia y de su pérdida de competitividad con respecto al Norte. Industrialmente no podía compararsele. Cuando se alcanzó la independencia, la mitad de la población de Estados Unidos vivía al sur de la línea Mason-Dixon. Hacia 1860 la mitad de la población vivía al oeste de los Apalaches, en su mayoría en el valle del Mississippi.

El atraso educacional del Sur limitaba su capacidad de competir económicamente con el Norte. El veinte por ciento de su población blanca era analfabeta, mientras que el noventa y cinco por ciento de los habitantes de Nueva Inglaterra sabía leer y escribir; y un tercio de los niños sureños iba a la escuela, en tanto que en Nueva Inglaterra asistía un setenta y cinco por ciento, y casi otros tantos en los estados atlánticos y del Medio Oeste.

El analfabetismo impide salir de la pobreza, y los sureños eran pobres. La mitad de la población de Estados Unidos en 1860 poseía solo un uno por ciento de la riqueza nacional, pero los nortños con iniciativa para arriesgarse podían incrementar su riqueza emigrando de las granjas a las ciudades, y de hecho lo hicieron. El algodón no era el cultivo dominante en el Sur, sino el maíz, que se molía para hacer el pan de maíz o la sémola, es decir, las gachas, o para alimentar a los cerdos. En el Sur, salvo en las casas de las grandes plantaciones, se comía principalmente pan de maíz, sémola y carne de cerdo. En los barracones de los esclavos se comía lo mismo, solo que con más maíz y menos carne de cerdo.

La vida en la plantación conformó la visión que tiene de la esclavitud la mayoría de los norteamericanos. Era en la plantación donde podían verse grandes concentraciones de esclavos, y donde se observaban los rasgos característicos de su existencia, tanto los represivos como los amables. Que el sistema esclavista tuvo aspectos amables es algo que todos menos sus enemigos más acérrimos han concedido. Era común que amos y amas, por interés propio, pero también por humanidad y afecto, se preocuparan por el bienestar, e incluso por la felicidad de sus esclavos, organizándoles días feriados y fiestas, dándoles gratificaciones y regalos, y celebrando acontecimientos notables, nacimientos y bodas (aunque el matrimonio

legal entre esclavos no estaba reconocido en los estados esclavistas, ni podía estarlo, ya que la solvencia de un hacendado dependía en última instancia de su libertad para obtener liquidez vendiendo esclavos en el mercado). Los buenos tiempos siempre alternaban con los duros, hasta en la más benévola de las plantaciones; los esclavos eran azotados regularmente por mal comportamiento o pereza, por el amo, el capataz, o incluso el ama. La plantación era una sociedad intrínsecamente represiva. Incluso el buen amo, tan reconocido así a menudo por los esclavos y exesclavos, se situaba en el ápice de un sistema disciplinario, en el que el capataz, si había alguno contratado, como solía ser el caso, daba órdenes, que se implementaban por la fuerza si era necesario, mediante una casta de mayores o “drivers”, que daban cuenta de las faltas. Los capataces eran a menudo los hijos de los hacendados, que trabajaban para aprender el negocio o con el fin de ahorrar para adquirir tierras y esclavos propios. También existía una clase de capataces profesionales, que trabajaba para ganarse el sustento pero tal vez también con la esperanza de acumular capital; estos, por lo general, constituían un grupo inestable, pues solían ser despedidos con frecuencia, ya fuera por ineficiencia o porque se consideraba deseable un cambio de personal para tener contentos a los trabajadores.

El interés personal impulsaba a los esclavistas a cuidar bien de sus esclavos, y estos en su mayoría estaban bien alimentados. Mas no estaban bien albergados, pues sus cabañas de un solo cuarto eran frías en el invierno y malolientes en el verano, y perennemente infestadas de parásitos y gérmenes, por lo que las enfermedades eran endémicas; muy pocos esclavos vivían más de sesenta años. Sin embargo, la verdadera amenaza para su bienestar no eran las enfermedades, sino la inestabilidad social. No existía la reparación legal, porque la ley norteamericana no reconocía el matrimonio entre esclavos, aunque este era reconocido por los propios esclavos y por algunos amos. Bajo amos benévolos, se celebraban casamientos formales, oficiados por un predicador, negro o blanco, si bien en forma abreviada, ya que los cónyuges no podían jurarse fidelidad “hasta que la muerte nos separe”. Circunstancialmente muchas familias de esclavos permanecían juntas toda la vida. Pero ni siquiera los

mejores amos podían garantizar que las circunstancias financieras no los obligaran a vender esclavos en tiempos de estrechez. Por lo tanto, a veces los esclavos juraban prudentemente “hasta que la muerte o la distancia nos separen”. Asimismo, algunos amos no permitían formalidades religiosas por esa razón, mas presidían los llamados “casamientos de escoba”, donde el novio y la novia indicaban su compromiso saltando juntos por encima de una escoba.

Algunos dueños de esclavos alentaban el “casamiento” negro porque este contribuía a la satisfacción y a la estabilidad en las plantaciones, y a conformar una comunidad negra. Lo apoyaban, ayudando a los esclavos a construir sus viviendas, las “cabañas” de la literatura sobre este tema, y asignando acres para los jardines, corrales y pocilgas de los esclavos. En una plantación próspera y bien administrada, los esclavos podían vivir bastante bien: el amo distribuía en días fijos de la semana raciones de harina, carne de cerdo y harina de maíz; el esclavo añadía patatas, guisantes y nabos que él mismo cultivaba. Si el amo permitía cazar, como solía ser el caso, el esclavo disponía también de zarigüeyas, mapaches, conejos y ardillas.

El día en la plantación era duro, con una jornada laboral típica de doce horas, aunque los propios esclavos la calculaban más bien en quince. El trabajo cesaba al anochecer. El domingo era día de descanso, como también, con frecuencia, lo era la tarde del sábado. En época de cosecha, el horario laboral se alargaba, pero también se alargaban los momentos de descanso. Los distintos cultivos tenían distintos horarios. Las plantaciones de azúcar del sur de Louisiana imponían jornadas laborales largas durante la temporada de zafra. El pelado de las mazorcas de maíz, una ocupación habitual en la mayoría de las plantaciones, requería un trabajo intenso y prolongado; pero los esclavos lo disfrutaban, ya que redundaba en su propia alimentación y podía aligerarse mediante juegos y competiciones. Sin embargo, casi en todas partes, en las plantaciones buenas y en las malas, bajo amos gentiles y amos severos, el trabajo avanzaba mediante la aplicación regular del látigo, veinte, a veces veintinueve latigazos, infligidos por el capataz o el mayoral, a veces por el propio amo o, en la casa, por el ama. El látigo era parte de la vida del esclavo. Su empleo

estaba regulado por la opinión pública. Los amos crueles padecían la desaprobación de sus vecinos; no obstante, las azotainas continuaban. Algunos amos se vanagloriaban de no azotar jamás, pero estos eran minoría. Algunos esclavos, fundamentalmente esclavos domésticos con privilegios, nunca fueron azotados, pero también estos eran minoría. Un capataz de una plantación, que azotó a un ama negra –la esclava doméstica de mayor jerarquía, por lo general una exnodriza del ama, quien tradicionalmente gozaba del estatus de una monarca constitucional, siendo consultada en todos los asuntos familiares de importancia, para aconsejar y prevenir–, fue destituido y expulsado de la plantación junto con su familia ese mismo día. Pero tanto su delito como su castigo eran inusuales.

Esta rutina diaria requería que los esclavos adaptaran sus quehaceres personales al horario de trabajo en los campos, una dura exigencia para las esposas esclavas, ya que tenían que cocinar al concluir el intenso trabajo del día. Frecuentemente los amos podían encontrar a sus trabajadores satisfechos charlando o cantando en torno al fuego de sus cabañas al caer la noche, pero había escasos momentos libres en la semana laboral. Los esclavos podían, no obstante, contar con los domingos libres, pues el Sur era temeroso de Dios y practicante y el Sabbath tenía que ser observado. Además, ya en el siglo XIX la población negra norteamericana era universalmente cristiana. Persistían elementos de la religión africana, con particular fuerza en las regiones *gullah* de la costa de Georgia, y la cristiandad negra había incorporado rasgos africanos, incluyendo bailes durante los cánticos en la iglesia y fuertes gritos de reafirmación entre los fieles durante los sermones. Las dos iglesias a las que más se incorporaban los esclavos eran la baptista y la metodista, probablemente debido a la informalidad de su organización y a la naturaleza espiritual de su liturgia. Sin embargo, hasta el final del siglo XIX, las iglesias blancas no acogían a feligreses negros. Los blancos involucrados de una forma u otra con la esclavitud tenían razón al sospechar que el cristianismo negro era subversivo para el orden esclavista, por su mensaje de igualdad entre todos los seres humanos y su celebración de la pobreza y la renuncia al poder. Durante el siglo XVII y principios del XVIII, los cristianos devotos

blancos se toparon con que esa parte de la doctrina cristiana era difícil de reconciliar con la imagen de la esclavitud, de modo que los baptistas y los metodistas comenzaron en Estados Unidos como organizaciones antiesclavistas, mientras que los cuáqueros continuaron siéndolo hasta el final. Sin embargo, progresivamente, las iglesias, particularmente aquellas que tenían una feligresía esclavista numerosa, comenzaron a justificar la esclavitud sobre bases doctrinales. En consecuencia, la Iglesia Episcopal perdió casi todos sus miembros negros. Entretanto, los esclavos fueron encontrando su propio camino hacia la reconciliación entre sus creencias cristianas y la organización eclesiástica, y de ahí que surgieran congregaciones negras, que comenzaron con la aparición de predicadores negros. En un principio la ley les prohibía ejercer, por lo que pronto surgieron esclavos y libertos que predicaban en varias iglesias, sobre todo baptistas y metodistas, aunque a menudo tenían que hacerse pasar por “asistentes” de clérigos blancos. El movimiento negro de liberación condenó más tarde a las congregaciones negras porque reconciliaban a los negros con sus privaciones y ofrecían consuelo en las oraciones y la práctica cristiana, en lugar de ir en pos de un progreso objetivo mediante la actividad política. En una época en que las oportunidades políticas no estaban al alcance de los negros, mucho menos de los esclavos, la religión ofrecía la única oportunidad de consuelo subjetivo, además de traer indudable riqueza e incluso felicidad a las vidas de los oprimidos. La religión tuvo también beneficios objetivos, ya que mediante un proceso bien conocido abría las puertas a la alfabetización. En muchos estados se implementaron leyes desde el siglo XVII en adelante, con creciente rigor durante el XIX, particularmente en el Bajo Sur, contra la alfabetización de los esclavos. Sin embargo, muchos esclavos aprendieron a leer: en 1860, tal vez hasta el cinco por ciento de los esclavos estaban alfabetizados, según los cálculos del famoso erudito negro W. E. B. Du Bois. Algunos fueron enseñados por amos y amas que sentían un desdén aristocrático por la estrechez de miras de esas leyes, otros por compañeros de juego blancos, pero muchos fueron alfabetizados por cristianos blancos que buscaban transmitir el mensaje de la Biblia. No obstante, la alfabetización de los esclavos causó alarma entre los esclavistas, y por razones

estrictamente prácticas. A los esclavos solo se les permitía salir de la plantación si portaban un pase escrito, y el sistema de pases era supervisado por las “patrullas”, bandas de esclavistas blancos o de sus secuaces que literalmente patrullaban los caminos, deteniendo a los negros para ver sus pases y golpeando a los esclavos que no podían mostrar la tarjeta obligatoria.

El régimen de patrullas era intermitente, ya que a los esclavistas ricos les desagradaba aquel deber, y generalmente dejaban que blancos más pobres lo hicieran por ellos o por su propia cuenta. Sin embargo, el patrullaje, aunque poco estricto, nunca cesó por completo, pues lo animaba el temor a las revueltas de esclavos, que todos los blancos tenían, con mayor o menor regularidad y con mayores o menores motivos. Las revueltas de esclavos eran una realidad, aunque con mayor frecuencia y a mayor escala en las Indias Occidentales, Guyana y Brasil que en Estados Unidos. Hubo revueltas de esclavos en Nueva York en el siglo XVII, en Florida y Louisiana en el XIX, pero la más destacable ocurrió en Virginia en 1831, cuando Nat Turner lideró un alzamiento en el que murieron casi cien blancos. La revuelta de Nat Turner aterrorizó al Sur y tuvo diversas repercusiones, prácticas y legislativas. En gran medida, detrás del apoyo a la secesión estaba el miedo a las revueltas de esclavos. La campaña de emancipación, una simple cuestión moral para los abolicionistas nortños, quienes hablaban, escribían y se organizaban en estados con poblaciones negras pequeñas, era una cuestión de vida o muerte para los blancos en aquellos estados donde los negros coexistían con ellos y a menudo los sobrepasaban en número. Insistir en los peligros de las revueltas de esclavos, naturalmente, socavaba e invalidaba la defensa populista de la esclavitud, la de que esta era adecuada para los negros, la de que era su condición natural, que garantizaba su bienestar y aseguraba su vejez y cosas por el estilo; argumentos infinitamente repetidos y tan familiares para los blancos sureños como la celebración de las libertades fundacionales de Estados Unidos. Por irracional que fuese, los sureños y especialmente los voceros de “la peculiar institución” se tomaban en serio el temor a las revueltas de esclavos.

La economía esclavista requería la venta de individuos para satisfacer la

demanda de fuerza de trabajo en distintas partes del reino del algodón, y las ventas de esclavos destruían inevitablemente algunas familias de esclavos; tal vez una de cada cuatro ventas comportaba la separación de un matrimonio, o de padres e hijos. Los esclavos vendidos rara vez se volvían a encontrar, lo que equivalía a una orfandad o un divorcio funcionales. Los amos algo decentes normalmente procuraban mantener a las familias reunidas, pues las separaciones ocasionaban sufrimientos que inhabilitaban a los esclavos, pero aun así sucedían y a veces eran provocadas deliberadamente para disciplinar a los rebeldes. Este rasgo de la esclavitud fue el de mayor presencia en el discurso humanitario del abolicionismo, especialmente entre los cristianos evangelistas, ya que los negros norteamericanos a menudo eran devotos baptistas o metodistas. La tragedia de la separación proporcionó a Harriet Beecher Stowe el poderoso tema de *La cabaña del tío Tom*. Tom lloraba por los hijos que había dejado atrás en Kentucky cuando fue vendido y enviado al sur, y millones de lectores de Stowe lloraron con él. Cuando al presidente Lincoln le presentaron a Harriet Stowe, al parecer él la saludó con estas palabras: “Así que esta es la damita que escribió el gran libro que desató esta gran guerra [...]”. Y la frase no faltaba en lo más mínimo a la verdad.

El inicio de la década de 1830 fue un momento crítico en la historia de la esclavitud en Estados Unidos. Fue el momento en que la ofensiva contra la esclavitud se convirtió en un movimiento nacional, algo que había que prohibir o silenciar. Hasta 1831, aproximadamente, era posible sustraerse al debate en torno a la esclavitud adhiriéndose al criterio de moda de que esta desaparecería paulatinamente, una opinión muy extendida tanto en el Sur como en el Norte. Esta creencia tenía múltiples fundamentos, pero estaba muy ligada a la abolición del comercio de esclavos por parte del Congreso y la implementación de su abolición por el Parlamento británico mediante el uso de la Marina Real. Pero el auge meteórico del comercio internacional de algodón, que entre 1840 y 1850 transformó la economía del Sur y enriqueció a muchos hacendados, contrarrestó la supresión del comercio internacional de esclavos. El incremento de las fortunas sureñas alentó a los políticos a encontrar argumentos en defensa de la esclavitud, y a los escritores y políticos del Norte a articular un

ataque intelectual contra ella. En 1831 William Lloyd Garrison fundó su periódico, *The Liberator*, que fue el portavoz del movimiento abolicionista. En 1837 Garrison se unió a los hermanos Tappan de Nueva York para fundar la Sociedad Antiesclavista, que atrajo rápidamente el apoyo de iglesias, escuelas y universidades, particularmente la Universidad de Oberlin, en Ohio. Sin embargo, lo que daba más consistencia al movimiento antiesclavista eran los casos de fugas de esclavos que tanto espacio ocupaban en los diarios durante la década que precedió al estallido de la Guerra de Secesión. En 1793 el Congreso había promulgado una ley contra los esclavos fugitivos, otorgando a los propietarios el derecho a recuperar, y a ser ayudados a recuperar, sus esclavos fugitivos, dondequiera que se los hallase. En 1850 el Congreso emitió una Ley de Esclavos Fugitivos todavía más rigurosa, cuya aprobación inauguró una oleada de casos en los que aquellos fugitivos que habían encontrado asilo en el Norte eran perseguidos por sus propietarios, asistidos a veces por agentes de la autoridad, a quienes a su vez les hacían frente elementos antiesclavistas locales, a menudo amparados por una ley sobre la libertad personal promulgada por varios estados después de 1850.

Hacia 1860, no obstante los periodos de calma y el descuido del Norte por el tema, la esclavitud había adquirido una pésima fama en esta parte del país. La mayoría de los nortños, pese a su indudable negrofobia, se avergonzaban de que su país fuese el único de los gobiernos constitucionales del mundo occidental que seguía permitiendo la práctica de la esclavitud y, sin que existiese un consenso sobre cómo lograrlo, deseaban ver desaparecer esta institución. Muchos sureños, aunque atrapados por la economía de la esclavitud, de la que dependían su mundo y su medio de vida, deducían, con cierta sinceridad, que la esclavitud era una carga para ellos y que, paradójicamente, los propios esclavistas eran esclavos de aquel sistema, que los condenaba a un modo de vivir que monopolizaba todo su tiempo y su atención. Incluso algunos de los que pelearon incansablemente por la Confederación, o apoyaron a sus esposos en aquella lucha, se quejaban frecuentemente de la falta de libertad que les imponía el desempeño de sus deberes como dueños de

esclavos. La peculiar institución ejercía sobre ellos una tiranía implacable. No obstante, la mayoría de los sureños estaban dispuestos a pelear en su defensa. La cuestión era cuántos norteños estarían dispuestos a pelear contra ellos por aquel asunto.

Al comienzo, tras los primeros enfrentamientos de 1861, los soldados que combatirían en la Guerra de Secesión comenzaron a demonizarse mutuamente. Para los sureños, los hombres de la Unión eran, por supuesto, yanquis, pero también “mercenarios” o “hessianos” o “regulares”, términos peyorativos heredados de la Guerra de Independencia contra los británicos. Para los norteños los hombres del Sur eran “secesh”, pero también “salvajes” y “brutos”, así como “traidores” y “rebeldes”. “Rebelde” era, por supuesto, una descripción justa, y bien pronto los confederados se convirtieron en Johnny Reb para los soldados de la Unión, quienes a su vez pasaron a ser Billy Yank. Para los sureños, “yanqui” tenía una connotación tanto cualitativa como geográfica. Incluía el significado de puritano frío e intolerante, todo aquello que el sureño se preciaba de no ser. Los sureños cultos elegían verse a sí mismos como caballeros, personajes de una novela de Walter Scott, el escritor que Mark Twain identificó, entre bromas y veras, como el causante de la Guerra de Secesión.

Los alarmistas y los defensores a ultranza de la esclavitud enarbolaban tenazmente el espectro del levantamiento de esclavos. Sin embargo, a pesar de todo lo que pueda indagarse acerca de los motivos de ambos bandos una vez iniciados los combates, era difícil comprender –y continúa siéndolo– por qué la Guerra de Secesión tuvo una guerra en lugar de una prolongación de la larga disputa en torno a la esclavitud que habían mantenido el Norte y el Sur desde hacía cuarenta años. Los *yanks* eran propensos a preguntar a los *rebs* por qué peleaban. Un *reb*, capturado en Virginia al inicio de la guerra, respondió: “Porque vosotros estáis aquí”. Fue, y sigue siendo, una respuesta válida.

A menudo se ha sugerido que la guerra fue un conflicto entre dos Norteaméricas: el Sur, más viejo y agrícola, y el Norte, industrial y naciente. Algo de verdad hay en eso, aunque muy poco.

Al tener menos lugares donde encontrar empleo industrial, los sureños

tendían más que los norteros a residir en el campo y a trabajar en granjas. No obstante, ambos ejércitos provenían fundamentalmente de comunidades agrícolas, y la lista de ocupaciones de los soldados era muy parecida. Bell Irvin Wiley, en su estudio sobre Johnny Reb, descubrió que de nueve mil soldados en veintiocho regimientos confederados, aunque la mitad se definieron como granjeros, cuatrocientos setenta y cuatro se registraron como estudiantes, quizá tanto escolares como universitarios, pues se sabe que al menos un maestro cerró su escuela al estallar la guerra y envió a sus alumnos a alistarse. Había también 472 peones en el muestreo de Wiley, 321 oficinistas y 318 mecánicos, 222 carpinteros, 138 comerciantes y 116 herreros. Otras ocupaciones con más de cincuenta alistados eran marineros, médicos (la mayoría de los cuales debió de haber servido como cirujanos), pintores, maestros, zapateros y abogados.

[3] Algunos se definían como caballeros, miembros sin duda de la clase latifundista, a quienes los oficiales elegidos a menudo encontraban difíciles de manejar. El análisis del profesor Wiley de las listas de doce mil soldados de la Unión arrojó un conjunto casi idéntico de ocupaciones y de cantidades de personas que las ejercían, con la diferencia de que entre los norteros había más maestros e impresores, prueba del mayor grado de alfabetización en las filas del Norte.<sup>[4]</sup>

Otra categoría mejor representada en el Norte que en el Sur era la de los nacidos en el extranjero. En 1860 había un millón de alemanes viviendo en los estados del Norte, en su mayoría emigrantes de la represión que siguió a la revolución de 1848. Ellos y sus descendientes nacidos en Estados Unidos, que acaso todavía hablaban alemán, sumaban doscientos mil hombres en los dos millones de miembros del ejército de la Unión. El segundo mayor contingente de nacidos en el extranjero eran los irlandeses, con ciento cincuenta mil. Naturalmente, eran angloparlantes, como también lo eran los nacidos en Inglaterra y la mayor parte de los cincuenta mil canadienses. Las cifras equivalentes entre los confederados no fueron contadas por separado, pero se sabe que los irlandeses, alemanes, italianos y polacos sumaban en total decenas de miles. Sin embargo, el soldado confederado típico, si es posible aislar a semejante ente, era angloparlante y de ascendencia británica, inglesa o irlandesa

escocesa. Muchos inmigrantes se opusieron violentamente al servicio militar obligatorio cuando este fue introducido en 1863. La mayoría de los neoyorquinos que saqueaban, quemaban y peleaban en las calles durante los disturbios tristemente célebres de aquel año fueron irlandeses, para quienes el servicio militar era sinónimo de opresión británica.

Los soldados de ambos bandos eran lo bastante afines para confraternizar a la primera oportunidad, a despecho de la desaprobación de sus oficiales. Un pretexto común era el intercambio de tabaco *reb* por café *yank*. En el monte Kennesaw, en 1864, uno de los soldados de Sherman anotó que “hicimos un trato con ellos de que no les dispararíamos, si ellos no nos disparaban, y cumplieron su palabra. Fue una lástima que tuviéramos que pelear contra hombres que nos agradan. Ahora estos soldados sureños parecen nuestros propios muchachos. Hablan de sus madres y padres y de sus novias lo mismo que nosotros. Ambos bandos charlaron mucho, pero no hubo ningún tiroteo hasta por la mañana, cuando terminó mi turno de guardia”. No todos los contendientes eran de trato tan fácil. El sargento Day Elmore escribió cerca de Atlanta en julio de 1864: “Los muchachos han estado reuniéndose algunas veces [...] intercambiando café por tabaco, pero yo no estoy enamorado de ellos y no pude tomarlos de la mano como hicieron algunos de los muchachos”.<sup>[5]</sup>

En las primeras etapas de la guerra, Billy Yank solía execrar a Johnny Reb, maldiciéndolo como al enemigo más odiado y un detractor de la libertad conquistada contra los británicos por los Padres Fundadores y sus hombres. ¿Qué nos dicen sobre los Estados Unidos de mediados del siglo XIX los sentimientos de los hombres vestidos de azul o de gris? Que Estados Unidos en enorme medida no estaba aún colonizado. Muchos de los estados modernos aún no habían surgido, de modo que no existían Idaho, Wyoming, el estado de Washington ni Oklahoma, mientras que Utah y Nuevo México eran territorios que a la larga formaron parte de estados posteriormente admitidos en la Unión. Muchas ciudades familiares eran por entonces puro paisaje sin edificación alguna: Bismarck y Pierre, Omaha, Helena. La mayoría de las vastas llanuras que se extienden entre el Mississippi y las Montañas Rocosas pertenecían aún al

búfalo y a los indios que lo cazaban, y tan poco prometedoras parecían a los ojos de los colonizadores que los primeros geógrafos norteamericanos las conocieron como el Gran Desierto Americano, aunque con el tiempo resultaron, con una irrigación adecuada, sumamente fértiles. Lo que tanto Billy Yank como Johnny Reb percibieron fue que los distintos estilos de labranza imponían diferencias en el aspecto de sus respectivos paisajes. En las líneas divisorias como la del río Tennessee, la ribera norte era como un jardín que llegaba hasta el agua, mientras que la ribera sur lucía descuidada. Los soldados norteños también criticaban mucho el estado de las tierras en Virginia, y escribían en sus cartas que “si estuvieran en manos norteñas, serían mucho más productivas de lo que eran”. Jesse Wilson, un soldado de un regimiento de Maine, escribió a su madre en 1862 desde Virginia: “En manos de la gente de Nueva Inglaterra, ese país podría volverse un jardín”. Los métodos de labranza sureños probablemente diferían de los norteños, ya que las granjas norteñas solían ser pequeñas empresas familiares, que producían cultivos comerciales, mientras que las granjas sureñas o bien producían lo justo para subsistir o bien eran fincas de esclavos. En ambos casos, los sureños no dedicaban a sus propiedades la misma atención que sus vecinos del Norte prodigaban a sus preciados acres. Frecuentemente los norteños se burlaban también de las ciudades del Sur, que les parecían diminutas y mal construidas. Solían quejarse de que las calles estaban sucias y de que en general tenían un aire “anticuado”, una crítica habitual en sus cartas. Asimismo criticaban a los propios sureños, a quienes hallaban incultos y malhablados.

Bell Irvin Wiley, que leyó muchos miles de cartas y cientos de diarios de soldados para compilar sus magníficos perfiles de los soldados comunes del Norte y del Sur, llegó a la conclusión de que había una diferencia espiritual y temperamental entre Yank y Reb, que reflejaba las diferencias entre ambas sociedades. Johnny Reb era un corresponsal más desenfadado; contaba chistes e incidentes cómicos a los de casa con mayor frecuencia que Billy Yank. Era más sentimental en sus expresiones de afecto y más gráfico en sus descripciones de las batallas. Billy Yank era más político, más dado a expresar su opinión sobre las próximas

elecciones, cosa que el sureño no tenía oportunidad de hacer, pues la Confederación celebró solamente una elección presidencial entre 1861 y 1865, y en general era menos proclive a exponer sus criterios sobre el desarrollo de la guerra y el gobierno. También era más serio al pedir noticias sobre el estado y la administración de la familia, usualmente de la granja. Sin embargo, los soldados, al empuñar pluma y papel mostraban más semejanzas que diferencias. El estudio de las cartas subraya la tragedia de la guerra y suscita la pregunta de cómo y por qué duró tanto tiempo aquella animadversión.<sup>[6]</sup>

En los años que precedieron a 1860 el Norte y el Sur, que al terminar la Guerra de Independencia se encontraban en condiciones parecidas, se habían distanciado mucho. No se trataba simplemente de una diferencia económica, de la industrialización del Norte y su extensión hacia el Oeste y hacia las nuevas tierras cultivables más allá de los Apalaches, y por otro lado la persistente otredad del Sur. Se trataba de una diferencia social entre una región enteramente libre y otra que en parte no lo era. A esto se refería Lincoln en sus famosos comentarios acerca de “una casa dividida”. Un país que en 1781 se encontraba unificado por sus orígenes en la cultura británica, fundamentalmente inglesa, por su práctica común del protestantismo anglófono, por su aceptación de los modelos legales y políticos británicos, hacia 1861 se vio separado por los rasgos sociales que la práctica de la esclavitud había implantado en su mitad meridional.

---

<sup>1</sup> U. S. Grant, *Personal Memoirs of U. S. Grant*, Nueva York, 1885–1886, p. 22.

---

<sup>2</sup> John M. Gould, *The History of the First–Tenth–Twenty-ninth Maine Regiment*, Portland, Maine, 1871, pp. 613-664.

---

<sup>3</sup> Bell Irvin Wiley, *The Life of Billy Yank*, Nueva York, 1952, pp. 303-304.

---

<sup>4</sup> *Ibíd.*, pp. 304-305.

---

[5](#) *Ibíd.*, p. 356.

---

[6](#) *Ibíd.*, pp. 360-361.

## II

### ¿HABRÁ GUERRA?

*E*n diciembre de 1860 los Estados Unidos de América temblaban al borde de una... ¿qué? Desunión, ciertamente. Pero ¿guerra civil? Un lenguaje violento permeaba las columnas de los diarios del Norte y del Sur, así como los debates en las asambleas legislativas estatales y nacionales. ¿Hasta dónde llevaría aquel lenguaje violento a quienes hablaban con tanta pasión? El 20 de diciembre, una convención en Carolina del Sur declaró su secesión de los Estados Unidos, creados hacía ochenta años por la declaración de independencia de las trece colonias británicas y la subsiguiente promulgación de una constitución común. A la secesión de Carolina del Sur siguieron rápidamente las de Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Louisiana y Texas. El motivo de estas secesiones fue la elección de Abraham Lincoln como nuevo presidente de Estados Unidos. Él y su Partido Republicano habían ganado con un programa que se oponía a la esclavitud, y muchos en el Sur habían llegado a la conclusión de que su presidencia amenazaba con poner fin a la “peculiar institución”, que para ellos definía su estilo de vida y sustentaba su prosperidad. Sin embargo, secesión no implicaba guerra, y de hecho, ni el Sur ni el Norte se prepararon para combatir a causa de la secesión.

Por otra parte, como reconocieron las cabezas más sensatas del Sur, ni el propio Lincoln ni su Partido Republicano proponían la abolición, el fin legal de la esclavitud a través de una enmienda a la Constitución. Esta seguía permitiendo indirectamente la esclavitud sin aprobarla de modo fehaciente. En lo que insistían Lincoln, los republicanos y un grandísimo número de norteamericanos, era en que la esclavitud no debía de extenderse a los “territorios”, las vastas extensiones de Norteamérica que pertenecían a la Unión aunque todavía no se habían organizado como estados.

Desgraciadamente, muchos en el Sur se habían persuadido de que la esclavitud y un Sur dependiente de la esclavitud solo podían sobrevivir si se extendía la institución a estos territorios. La cuestión ya había creado bastantes problemas legales, políticos y constitucionales dentro de Estados Unidos, y en algunos territorios, especialmente en Kansas, estaba provocando conflictos enconados y violentos. Los partidos esclavistas estaban listos para tolerar la violencia o las pasiones que la generaban, si ese era el precio a pagar por llevar la esclavitud hacia el Oeste. Los partidos antiesclavistas preveían que la expansión de la esclavitud reforzaría el poder sureño en el Congreso, y temían que esto socavara los principios de libertad política y económica sobre los que había sido fundado Estados Unidos. En diciembre de 1860 aún no se percibían las futuras implicaciones de esta crisis. Aunque algunos hablaban de guerra, esta era todavía una posibilidad, no algo inevitable.

Sesenta años atrás pocos habrían podido imaginar que la esclavitud provocaría una crisis que pusiese en peligro la paz de la nación. El papel de los esclavos en el cultivo y la preparación del algodón crudo explicaba el apego del Sur a la esclavitud en 1860. En 1800 solo se habían producido setenta mil pacas de fibra de algodón; en 1860, más de cuatro millones de pacas. El número de esclavos había aumentado proporcionalmente, de setecientos mil en el primer censo de 1790, hasta cuatro millones en 1860, tan solo como resultado de los nacimientos, puesto que el comercio de esclavos había sido abolido en 1807. El auge de la productividad tenía varias causas, entre ellas la invención de la desmotadora, que separaba la fibra del algodón de la cápsula dura de un modo mucho más rápido y menos laborioso que a mano. Las ricas tierras de Alabama, Mississippi y Louisiana también producían cosechas mucho mayores, en una época en que las áreas cultivables tradicionales de Virginia y las Carolinas estaban perdiendo su fertilidad. El desarrollo de algodones “de fibra corta” también permitió el aprovechamiento de regiones inadecuadas para la siembra de variedades de fibra larga. La expansión de este cultivo se vio alentada por el alza de la demanda en Europa, donde en Inglaterra, Bélgica y Francia la revolución industrial estaba dando lugar a una industria textil mecanizada. El auge de la demanda de algodón

incrementó la demanda de mano de obra esclava, suministrada por los esclavistas y criadores de esclavos del Sur, quienes, pese a que estaba prohibida la importación de esclavos, obtenían jugosas ganancias vendiendo esclavos nacidos en Norteamérica en el mercado interno a precios que se mantuvieron al alza durante toda la primera mitad del siglo. El incremento del número de esclavos reforzó el apego del Sur por la institución, pues poseía sólidas funciones sociales y económicas, y aseguraba el control de una población no-libre, que en algunas zonas del sureste de Estados Unidos sobrepasaba en número a la población de blancos esclavistas.

Durante la década de 1850, a medida que la población de Estados Unidos crecía con la inmigración de millones de colonos europeos, muchos de los cuales se unían al éxodo de los norteamericanos de nación hacia las fértiles tierras de labranza del Medio Oeste, la esclavitud fue adquiriendo una importancia política decisiva. Los sureños procuraban establecer la legalidad de la esclavitud en las nuevas zonas de asentamiento, no solo porque deseaban lucrarse con la expansión de la tenencia de esclavos, sino también porque los territorios, una vez colonizados, estaban destinados a convertirse en estados y por tanto a alterar el equilibrio de poder en el Congreso. Hasta ese momento, el equilibrio entre los estados esclavistas y los estados libres se había mantenido sorprendentemente estable; en 1847 había quince estados esclavistas y catorce estados libres. Este equilibrio era fundamental para el Sur, pues aunque no podía aspirar a limitar el número de votantes en los estados, su peso electoral solamente contaba en la Cámara de Representantes. En el Senado, en cambio, cada estado controlaba dos votos. Así pues, en tanto los territorios fueran admitidos en el Congreso como estados en los que se permitía la esclavitud, y la esclavitud estuviese aceptada en la Constitución federal, la esclavitud estaba a salvo en el Sur, pues toda legislación antiesclavista aprobada por la Cámara de Representantes podía ser anulada por la votación en el Senado. Gran parte de la actividad política en Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XIX tenía que ver con la creación de nuevos estados, cuidadosamente supervisada por el Sur para garantizar la preservación del equilibrio. Era

un proceso delicado. En 1787 el Congreso prohibió por decreto la esclavitud en el noroeste, en los territorios que serían los estados de Ohio, Illinois, Indiana, Michigan y Wisconsin, cuya colonización por entonces acababa de comenzar. En 1820, cuando surgió el dilema de la admisión de Missouri, el Norte accedió a pactar un acuerdo, aceptando a Missouri como estado esclavista bajo la condición de que Maine, la parte norte de Massachusetts, fuera admitido como estado libre, preservando de ese modo el equilibrio. El Compromiso de Missouri también prohibió la esclavitud en los territorios que formaban parte de la Louisiana, al norte del paralelo 36°30', la mayor extensión de territorio federal que quedaba en Estados Unidos. El Sur no puso objeciones, dado que el territorio excluido fue declarado inútil para la agricultura esclavista: ni su clima ni su suelo eran adecuados para el cultivo intensivo del algodón o el tabaco.

En 1820 parecía improbable que se incorporasen nuevos territorios a Estados Unidos. Hubo cierta agitación en aras de reajustar la frontera con el Canadá inglés, mas este asunto no cobró mucha fuerza. La vasta región del sudoeste, hoy California, Texas, Arizona, Nevada, Utah y Nuevo México, estaba siendo infiltrada por colonos estadounidenses, pero era propiedad de la nación soberana de México y por tanto aparentemente inviolable. Justo allí, sin embargo, se produjo la penúltima crisis en torno a la esclavitud. En 1836 la población estadounidense de Texas se rebeló contra México y se declaró república independiente. Pronto se hizo evidente que procurarían adherirse a Estados Unidos, como en efecto hicieron en 1845. México aceptó a regañadientes aquella pérdida, pero se mostró decidido a impedir que el nuevo estado se anexionase los grandes territorios al oeste de Texas. Esta disputa condujo rápidamente a la guerra. Aunque los mexicanos sobrepasaban varias veces en número a los invasores –muchos de ellos voluntarios sureños–, estos eran fuertes y además excelentes tiradores. A lo largo de dieciséis meses de combates entre 1846 y 1847, los estadounidenses ganaron todas las batallas y llegaron hasta Ciudad de México el 14 de septiembre de 1847 para imponer las condiciones de paz. Estas despojaron a la república mexicana de casi la mitad de su territorio, afrenta que tan solo vino a suavizar la aceptación del presidente Santa Anna de una gran suma en dólares, a

cambio de los territorios, y de la condonación de la deuda tejana por parte de Estados Unidos.

El primer legado de la Guerra de México fue, sin embargo, la oportunidad que dio a los colonos libres de formar nuevos estados no esclavistas a partir del excedente de territorio tejano. Esta posibilidad surgió incluso antes de que terminara la Guerra de México. En 1846 un congresista antiesclavista, David Wilmot, introdujo en la Cámara de Representantes una medida que proscribía la esclavitud en todos los territorios conquistados a México. Los congresistas sureños reconocieron de inmediato que la Cláusula de Wilmot estaba sentenciando a muerte al sistema esclavista, pues era más que probable que los territorios mexicanos capturados dieran origen a suficientes nuevos estados como para dotar a las facciones antiesclavistas de una mayoría invencible en la Cámara y en el Senado. Aprovechando su todavía equiparada representación en el Senado, los políticos sureños procuraron anular la Cláusula. Pero no podían evitar que reapareciese bajo otra forma en el futuro. Y reapareció en 1850, cuando el Congreso se vio obligado a estudiar la legislación para el futuro estado de California, antiguo territorio mexicano cuya población había crecido enormemente de la noche a la mañana al descubrirse oro dentro de sus fronteras. La fiebre del oro atrajo mayoritariamente a los norteros, quienes, como pioneros en busca de fortuna, se oponían firmemente a la legalización de la esclavitud en aquel suelo que ellos estaban decididos a explotar mediante el trabajo libre. Tras complicados debates en el Congreso, finalmente se llegó a un segundo acuerdo, que reconocía California como estado libre pero estipulaba la creación de otros dos estados: Nuevo México y Utah, en los que la cuestión de la esclavitud sería decidida mediante el voto de los colonos. Ambos estados legalizaron la esclavitud, pero en la práctica esta institución no tuvo arraigo allí. La consecuencia verdaderamente funesta del Compromiso de 1850 fue la inclusión, entre otras legislaciones, de la Ley de Esclavos Fugitivos, que permitía a los esclavistas penetrar en los estados libres para recuperar a los fugitivos y obligaba a las jurisdicciones federales y estatales a asistirlos. El retorno de los fugitivos a la esclavitud indignó a muchos en el Norte, donde se veía como una violación de las

leyes de libertad garantizadas por la Constitución y por la lucha por la libertad contra el colonialismo británico. Y asimismo, los intentos por frustrar la recaptura de los fugitivos indignaban a muchos sureños, que veían la recuperación de los esclavos fugitivos como un ejercicio del derecho de propiedad, un principio igualmente caro a los estadounidenses. Este problema se vio exacerbado por la publicación en 1852 de *La cabaña del Tío Tom*, un retrato de la práctica de la esclavitud que desacreditó al Sur a los ojos de los norteamericanos, y enfureció a los sureños, sobre todo por la magnitud enorme que alcanzaron sus ventas.

Los líderes políticos del Sur supieron ver que la opinión pública en un país en el que ellos representaban una minoría se estaba volviendo en su contra. Acaso hubieran podido moderar su postura y buscar un terreno común, pero hubiera sido difícil encontrarlo. No se trataba solo de que el Sur era en verdad diferente del Norte, con una diferencia que estribaba en una institución que no era posible disfrazar ni resultaba fácil modificar; a lo largo de su disputa con el Norte, los sureños habían comenzado a hacer de esta diferencia una virtud, inventando un credo nacionalista sureño que acabó por conducirlos al enfrentamiento. Los sureños de mediados del siglo se proclamaban una raza superior a los norteamericanos, preservadores del modo de vida agrario en que se había sustentado la república cuando la Revolución, y liderados por una raza de caballeros cultos que se parecían más a los Padres Fundadores que los avarientos capitalistas que dominaban la vida pública en el Norte. Las clases pobres del Sur, hijos de la tierra y hombres hechos a la intemperie, también se consideraban superiores a sus homólogos del Norte, cuyas vidas estaban confinadas por las paredes de una fábrica y que a menudo no eran estadounidenses de nación sino inmigrantes, a veces no angloparlantes y católicos en lugar de protestantes. El nacionalismo sureño tuvo en sus propios padres fundadores unos ideólogos impresionantes, John C. Calhoun y Henry Clay, e incluso tuvo su propio liceo, la Universidad del Sur, fundada en Sewanee (Tennessee), para formar académicos sureños que pudiesen debatir en pie de igualdad con los graduados de Harvard. El Norte se lo tomó lo bastante en serio como para destruir sus edificios, hasta los mismos cimientos, poco después de iniciada la Guerra de Secesión.

Enfrentada a la creciente hostilidad nortea, e inflamada con una apasionada fe en lo justo de su causa, la clase política sureña, durante el periodo que siguió al Compromiso de 1850, desafió deliberadamente al Norte en lo tocante a la esclavitud. En 1854 Jefferson Davis, secretario de guerra del gabinete de Franklin Pierce, convenció al presidente de apoyar la revocación del Compromiso de Missouri, que en 1820 había prohibido la esclavitud en los territorios al norte del paralelo 36° 30'. Fue respaldado por el gran orador Stephen Douglas, un moderado racional con hambre de poder presidencial y que vio la oportunidad de ganar votos sureños refrendando una medida sureña. Esta medida fue la Ley de Kansas-Nebraska, la cual admitía a ambos territorios como estados, pese a encontrarse al norte del paralelo 36° 30', el primero como estado esclavista, el segundo como estado libre. Dicha ley no podía menos que generar problemas. Aunque Kansas colindaba con Missouri, un estado esclavista, su población se hallaba intensamente dividida entre norteaños y sureños, y sus asuntos internos ya comenzaban a degenerar en la violencia que desfiguró la región en los años que precedieron a la Guerra de Secesión. La ley no solo perturbó la paz interna de Kansas. También enardeció a la opinión pública del Norte en general, pero particularmente dentro del Partido Demócrata. Los demócratas eran, junto con los *whigs*, uno de los partidos políticos históricos de Norteamérica. El Partido *Whig* estaba ya en decadencia en la década de 1850; el Partido Demócrata, aunque todavía vigoroso e importante como caldo de cultivo de la actividad política a nivel nacional y regional, padecía una grave división interna en lo referente a la esclavitud. Stephen Douglas, su más importante figura nacional, agotó su considerable intelecto durante los debates procurando hallar una fórmula para que ambas partes obtuvieran lo que querían: el Sur, la extensión de la esclavitud a los territorios; el Norte, el derecho popular en los territorios a crear leyes que excluyeran la esclavitud. Estas dos posiciones eran, por supuesto, irreconciliables, y la Ley de Kansas-Nebraska, que intentaba eludir la cuestión, fue rápidamente considerada en el Norte, en especial por parte de los demócratas norteaños, como un compromiso falso. Como Stephen Douglas era su creador, y el Partido Demócrata la sede de su poder, los

demócratas norteros reaccionaron abandonando el partido en bloque y uniéndose al nuevo Partido Republicano, que, sin ser marcadamente abolicionista, postulaba una doctrina antiesclavista. En las elecciones presidenciales de 1856 los republicanos se hicieron con la mayoría de los estados norteros, venciendo con un programa basado en la Cláusula de Wilmot. Sin embargo, el ganador de las elecciones fue James Buchanan, quien gozaba de un fuerte respaldo en el Sur y había ganado algunos estados del Norte.

La presidencia de Buchanan fue notable por dos acontecimientos que agudizaron la creciente crisis: el fallo del Tribunal Supremo en el caso *Dred Scott* y el asalto de John Brown al arsenal federal de Harpers Ferry. Una complicación adicional de la geometría política de Estados Unidos era que el Tribunal Supremo podía en efecto modificar la Constitución mediante un procedimiento legal, a la vez que la alineación política del Tribunal podía irse modificando con el tiempo mediante el nombramiento de jueces, potestad que estaba en manos del presidente. Como había habido una larga sucesión de presidentes sureños, la composición del Tribunal en 1857 favorecía el dictado de sentencias prosureñas. Los temores sureños de que se alterara el carácter humano del Tribunal si resultaba electo un presidente antiesclavista contribuyeron al agravamiento de la crisis. El caso *Dred Scott* llevó la crisis judicial, y también la crisis política, a un punto extremo. Scott era un esclavo del Sur a quien su dueño llevó al Norte, donde vivió durante varios años. Posteriormente presentó una demanda legal por su liberación. Cuando el caso llegó ante el Tribunal Supremo, seis jueces, cinco de ellos sureños, dictaminaron que su demanda no había lugar y, por extensión, que la esclavitud era permisible en los territorios. Jefferson Davis decidió presionar introduciendo en el Senado una resolución que exigía que el gobierno federal ofreciese protección legal a la esclavitud. Asimismo anunció que haría que dicha resolución figurase por escrito en el programa político del Partido Demócrata para las elecciones presidenciales de 1860.

El juicio *Dred Scott* enfureció a la opinión pública antiesclavista en el Norte. El asalto de John Brown a Harpers Ferry en octubre de 1859

aterrorizó al Sur. John Brown era un salvaje y un feroz antiesclavista, que había contribuido activamente a la creciente guerra civil en Kansas. El motivo de su ataque al arsenal federal fue fomentar la rebelión de los esclavos, justamente el suceso más temido en el Sur, donde, en algunas partes, sobre todo en Mississippi y en Carolina del Sur, los negros eran más numerosos que los blancos. Su asalto fue un intento desesperado. Contaba solo con dieciocho hombres y, aunque encontraron el arsenal desguarnecido, fuerzas del gobierno, lideradas por el coronel Robert E. Lee, y asistidas por el comandante J. E. B. Stuart, dos hombres que más tarde jugarían un papel destacado en la guerra, pronto lograron apresarlos. John Brown fue procesado por traición y asesinato y ahorcado, junto a seis de sus seguidores. Aunque su vergonzosa trayectoria no lo merecía, no tardó en ser aclamado como un mártir antiesclavista, y la canción compuesta para conmemorar su muerte se convirtió en uno de los himnos de guerra del ejército unionista durante la Guerra de Secesión.

Hubo, antes de Harpers Ferry, otros brotes menos intensos de violencia y muchas amenazas. El senador de Massachusetts Charles Sumner fue golpeado hasta quedar sin sentido sobre el suelo del Senado por un colega suyo de Carolina del Sur. Portar armas en el Congreso se volvió una práctica común, como también las peleas a puñetazos y el intercambio de insultos. Durante una prolongada disputa sobre la elección del presidente de la Cámara de Representantes en 1860, se esperaba un intercambio de disparos, y el gobernador de Carolina del Sur escribió a uno de los congresistas del estado ofreciéndose a enviar tropas a Washington si por fin se desataba la violencia.

Las cosas no llegaron tan lejos, pero el furor político subsiguiente no se hizo esperar. Era un año de elecciones presidenciales y por tanto también de convenciones de los partidos. La convención demócrata fue la primera en reunirse en Charleston (Carolina del Sur), tal vez el sitio menos indicado para producir un resultado apaciguador. Stephen Douglas esperaba ser nominado y se creía con derecho a ello. Sin embargo, había perdido a sus seguidores del Sur a causa de su oposición a introducir en Kansas un código esclavista, la llamada Constitución de Lecompton. No obstante, había suficientes delegados nortños para reclamar la adopción

de una plataforma de soberanía popular en los territorios que garantizara leyes antiesclavistas, y la convención no logró llegar a una conclusión y solamente acordó volver a reunirse en Baltimore. Cuando lo hizo, la convención ya estaba dividida. Los demócratas norteros nominaron a Douglas; los sureños, en una reunión aparte, eligieron a John Breckinridge, el vicepresidente, un hombre de Kentucky.

El Partido Republicano, que luchaba tan solo por segunda vez en unas elecciones nacionales, se reunió en Chicago. En la tercera votación eligió a Abraham Lincoln, quien, aunque era natural de Kentucky, residía en Illinois. Lincoln también era un ex *whig*, como muchos en el partido, tenía una brillante reputación como orador y había resultado ser un digno adversario de Stephen Douglas en los muy difundidos debates de la campaña por el Senado en 1858. Esta elección, que sin duda reflejaba el estado de opinión dentro del partido, causó una profunda alarma en el Sur, pues Lincoln no hacía el menor intento por ocultar su aborrecimiento por la esclavitud ni su convencimiento de que esa institución tenía que ser erradicada en aras de la supervivencia de la Unión.

Hoy en día, Lincoln no hubiera podido pronunciar aquellos discursos con los que obtuvo la nominación en 1860, pues bajo la ley federal lo hubieran llevado ante los tribunales por expresar las ideas que postulaba. Lincoln, como él mismo aclaró expresamente, no creía en la igualdad personal de negros y blancos. Consideraba que el negro era irredimiblemente inferior al blanco. Sin embargo, también consideraba que el negro y el blanco eran iguales ante la ley, una igualdad que reconocían las leyes fundacionales de Estados Unidos, y un reconocimiento que requería una implementación legal. Los negros tenían que tener el mismo acceso a la ley que los blancos, y ejercer los mismos derechos políticos.

La mayoría de los sureños pensaban exactamente lo contrario y creían que, a menos que la desigualdad de los negros continuase siendo impuesta por la ley, su propio modo de vida sería derrocado. Algunos ideólogos sureños argumentaban fervorosamente que la esclavitud era una garantía de libertad, no solo de la libertad de los blancos para vivir como vivían y

para organizar los estados sureños del modo en que lo hacían, sino también de la libertad de los negros, ya que la esclavitud protegía a los negros de las penalidades económicas que sufrían los trabajadores pobres en las fábricas del Norte. Se escribieron libros que argumentaban y explicaban este punto de vista, y los polemistas sureños lo defendían sin tapujos ante sus adversarios. No hay duda de que también se lo creían, puesto que el espectáculo de negros que vivían aparentemente felices bajo un régimen paternalista en plantaciones bien administradas ciertamente parecía respaldar la noción de la esclavitud como una especie de sistema de seguridad social. Los que abogaban por el principio de “esclavitud como libertad” sin duda sabían que lo que en realidad estaban justificando era un método para controlar a cuatro millones de personas de otra raza, restringiendo su libertad de acción y movimiento y lo que hoy se llamaría sus derechos humanos y civiles. Los sureños, sin embargo, a menos que fueran abiertamente racistas, como ocurría con muchos de ellos, tendían a engañarse hábilmente a sí mismos en relación con sus verdaderas motivaciones, aún más cuando tenían, como era el caso de muchos de ellos, una disposición benévola y humana hacia los negros que conocían como sirvientes y trabajadores.

En la primavera de 1861, las diferencias entre el Norte y el Sur habían sobrepasado el punto en que hubieran podido resolverse con palabras. En el Sur, especialmente en el Bajo Sur, los políticos y las masas estaban empeñados en llevar sus diferencias al terreno de la acción. El 4 de febrero, los representantes de los siete estados secesionistas se reunieron en Montgomery (Alabama), para concertar un sistema de gobierno separatista organizado, conocido como los Estados Confederados de Norteamérica. En menos de un mes, los representantes de la secesión habían estructurado una constitución, muy basada en el modelo de la estadounidense, aunque con modificaciones cruciales para permitir la legalización de la esclavitud, y habían elegido a un presidente, oriundo de Mississippi, Jefferson Davis, antiguo senador de Estados Unidos y secretario de guerra, graduado de West Point, quien se había distinguido en el servicio durante la Guerra de México. En su discurso inaugural, Davis afirmó que la Confederación deseaba vivir en paz con sus vecinos,

pero en privado había pronunciado amenazas de enfrentar por la fuerza cualquier oposición.

Lincoln, entretanto, procuraba conformar su nuevo gobierno. También él prometía paz a pesar del desafío de la secesión, expresando con ello un estado de opinión generalizado en el Norte. Muchos contaban con que sería posible persuadir al Alto Sur –Virginia, Carolina del Norte y Arkansas– y a los estados fronterizos de Missouri, Maryland, Delaware, Tennessee y Kentucky, que aún no se habían escindido, de permanecer adheridos a la Unión si la política expresa del nuevo presidente resultaba lo bastante conciliatoria. Conociendo el gran número de federalistas que había en el Sur, muchos norteros esperaban que, mediante una política deliberada de no provocación, la opinión de los moderados en el Sur tal vez podría disuadir a los extremistas de emprender acciones irreversibles. Por loables que fuesen sus sentimientos, procedían de vanas ilusiones y exageraciones. La secesión, allí donde se declaró, fue sumamente popular en el Sur, mientras que el número de federalistas sureños, que se concentraban en zonas donde los esclavistas y los esclavos eran pocos, o no los había, como en el oeste de Virginia y en el este de Tennessee, era menor de lo que pretendían algunos moderados. Por otra parte, ya habían tenido lugar acciones irreversibles. En los estados secesionistas, los nuevos gobiernos habían confiscado propiedades federales, juzgados, casas de la moneda, edificios militares, y se estaban apropiando de rentas federales, como los impuestos de aduana. La propiedad de las fortificaciones federales era una cuestión particularmente polémica, pues los fuertes costeros, que simbolizaban la realidad de la Doctrina Monroe, también constituían la mayor inversión del gobierno federal en obras públicas. Las fortalezas costeras del Primer y Tercer Sistemas, como se llamaba a las tres etapas del programa militar, incluían la fortaleza Monroe, en la punta de la península de Virginia; el fuerte Sumter, en Charleston (Carolina del Sur); los fuertes St. Philip y Jackson, al sur de Nueva Orleans y la desembocadura del Mississippi; y Alcatraz, en San Francisco. Los fuertes del Primer y Tercer Sistemas siguen figurando hoy en día entre los ejemplos más logrados de arquitectura militar del mundo: pero habían sido construidos para defender a Estados Unidos del ataque de las

potencias europeas, no para salvaguardar a la Unión. Aquella tarea requería de un gran número de hombres armados, un número mucho mayor que dieciséis mil, el número de soldados federales existentes, y de hombres equipados y entrenados para llevar adelante la guerra contra el Sur. De los inmensos fuertes del Primer y Tercer Sistemas al sur de la línea Mason-Dixon, todos menos cinco –la fortaleza Monroe, en la boca de la bahía de Chesapeake; el fuerte Pickens, en Pensacola (Florida); dos pequeños fuertes en los cayos de la Florida; y el fuerte Sumter– habían sido ocupados ya por guarniciones sudistas a principios de 1861. De los que quedaban en manos norteamericanas, el fuerte Sumter era el más controvertido, pues Carolina del Sur era el corazón de la secesión y la artillería del estado dominaba la fortaleza desde la costa. Sumter, construido en una isla artificial, representaba un nuevo concepto en materia de fortificación, que procuraba dominar mediante la acumulación de gran cantidad de artillería pesada entre gruesos muros de ladrillo en lugar de esconderse detrás de terraplenes fortificados. Aún se hallaba en construcción en 1861 y tenía solo una guarnición reducida, pero contaba con toda su artillería correspondiente. Su oficial al mando, el comandante Robert Anderson, era de Kentucky, pero apoyaba abiertamente a la Unión. Su adversario, el general Pierre Gustave Toutant Beauregard, de Louisiana, le había enseñado artillería en West Point. Llegó marzo de 1861 y aún no había señales de que la retención federal de Sumter fuese a provocar una crisis militar. La mayoría de los edificios federales en lo que ahora era la Confederación habían pasado a manos de los rebeldes sin conflicto ni fricción alguna. Los representantes del Sur habían visitado Washington para solicitar la transferencia del Sumter y el secretario de estado, William Seward, aconsejó a Lincoln que se los cediera. Lincoln se mostraba reticente, y los indignados titulares de los periódicos del Norte, donde comenzaban a circular rumores de traición, fortalecían su reticencia. El problema de Lincoln era que Sumter estaba escaso de hombres y de provisiones. Un intento de reforzar la guarnición en enero había fracasado por razones prácticas. Sin embargo, no podía abandonar a los soldados federales estacionados allí. En una atrevida maniobra de engaño, Anderson los había introducido subrepticamente en Sumter al

amparo de la oscuridad. Lincoln sabía que tenía que reabastecerlos para preservar el honor de su gobierno. Sin embargo, se resistía a emplear la fuerza en dicha tarea, para evitar la responsabilidad de lo que constituiría de modo inevitable el comienzo de la guerra. Finalmente dio con una solución ingeniosa. Enviaría suministros a Sumter, pero no sin antes convenir públicamente que si no se les disparaba a los botes de suministros, el fuerte no devolvería el fuego. Si los confederados disparaban, sobre ellos caería la culpa de la agresión. De esta manera Lincoln protegía su trayectoria como defensor de la Unión al tiempo que eludía la acusación de belicista. El 6 de abril de 1861, Anderson envió una nota al gobernador de Carolina del Sur: “El presidente de Estados Unidos me ha mandado a que le notifique que se producirá un intento de abastecer el fuerte Sumter con provisiones; y que si dicho intento no encuentra oposición, no se introducirán ni hombres ni armas ni municiones sin un nuevo aviso, o en caso de un ataque contra el fuerte”.

[1]

El gabinete de la Confederación en Montgomery se dio cuenta enseguida del dilema en que Lincoln estaba poniendo al Sur pero, espolcado por los agitadores, decidió proceder de todos modos. Jefferson Davis ordenó a Beauregard abrir fuego contra Sumter antes de que llegara el auxilio. Este así lo hizo, tras enviar una petición formal de rendición, que Anderson rechazó. Beauregard ordenó iniciar el bombardeo a las 4:30 de la mañana del 12 de abril de 1861; hubo disputa por efectuar el primer cañonazo. Treinta y tres horas después, y después de recibir tres mil trescientos cuarenta impactos, la guarnición se rindió. Habían respondido con unos mil cañonazos, pero se hallaban maltrechos y exhaustos; aunque, milagrosamente, ningún bando había sufrido bajas. La única víctima fatal fue una mula. A Anderson y a su guarnición se les permitió retirarse en barco y llegar hasta el Norte. Ninguno fue hecho prisionero. Era como si el Sur todavía no quisiese formalizar el inicio de una guerra.

Pero la toma del Sumter desató de todos modos la guerra. En el Norte Lincoln convocó a la movilización de una milicia en los estados leales, hasta reunir setenta y cinco mil hombres. Era tal el entusiasmo que algunos estados rebasaron rápidamente sus cuotas. En el Sur el efecto del

Sumter fue que se sumaron más militantes a favor de la secesión y que la opinión pública se polarizó. En abril, todavía quedaban ocho estados sureños en la Unión. La noticia de la toma del fuerte Sumter y la movilización de Lincoln electrizó a Virginia. El 17 de abril se reunió una convención para discutir la posición de Virginia y se optó por la secesión, por ochenta y ocho votos contra cincuenta y cinco. El gobierno estatal ya había enviado a su milicia a capturar la fábrica federal de armas de Harpers Ferry y el astillero naval de Norfolk. La secesión fue ratificada mediante el voto popular el 23 de mayo por una inmensa mayoría, dos días después de que el gobierno Confederado en Montgomery (Alabama), aceptara el ofrecimiento del gobierno estatal de que Richmond fuese la capital de la Confederación. Entre los virginianos que accedieron a combatir bajo la nueva bandera de barras y estrellas estaba Robert E. Lee, a quien el general en jefe Winfield Scott había ofrecido el grado de comandante del Ejército de la Unión, pero Lee lo había rechazado afirmando que él tenía que marchar junto a su estado.

El estado de Arkansas, de escasa población, y con un fuerte sector antisecesionista proveniente de los montes Ozark, votó a favor de la secesión el 6 de mayo. La convención de Carolina del Norte, electa el 13 de mayo, votó unánimemente por la secesión el 20 de mayo. Aun siendo uno de los estados más septentrionales del Alto Sur, Carolina del Norte se hallaba curiosamente distante del resto de la Confederación; resultaba difícil para las tropas de la Unión aproximarse a sus bordes y su línea costera era estrecha y poco accesible. No sufrió una invasión nortea hasta el final de la guerra. Tennessee no se escindió formalmente, sino que emitió una declaración de independencia el 8 de junio. Sus condados del este, donde había pocos dueños de esclavos, votaron decididamente contra la secesión. La liberación de los federalistas de Tennessee de manos de los secesionistas sería uno de los principales objetivos de guerra de Lincoln. Maryland y Delaware, que geográficamente pertenecían al Norte pero cuyo temperamento era decididamente sureño, no se escindieron pese a los denodados esfuerzos de sus minorías por apoyar la secesión. En Delaware, estas se vieron constreñidas por el movimiento de las tropas federales camino de Washington. Maryland, también coaccionada por las

fuerzas federales, finalmente no se atrevió a escindirse, y su asamblea legislativa se negó a votar a favor de la secesión o a convocar una convención que lo hiciera. Más adelante, tras la victoria confederada en la primera batalla de Bull Run, los legisladores secesionistas se armaron de valor para volver a amenazar a la Unión, pero sus bravatas fueron disipadas rápidamente con arrestos y encarcelamientos.

Kentucky, un estado limítrofe cuya población se hallaba dividida casi a partes iguales entre el Norte y el Sur, también trató de eludir el problema mediante una declaración de neutralidad. Lincoln astutamente declinó presionar sobre este punto y no intentó coaccionar. Una elección extemporánea celebrada en junio devolvió al Congreso una gran mayoría unionista, tras lo cual, según iba creciendo la fuerza de las milicias federales en el estado, este se fue inclinando a favor de la Unión, y con mayor prontitud después de que la Confederación cometiera el error de intentar capturar el estado por la fuerza. No obstante, muchos kentuckianos abandonaron sus hogares para unirse a las unidades confederadas, en proporción de dos por cada tres que se sumaban al Ejército de la Unión. El vecino estado de Missouri, también intensamente dividido, tenía un gobernador firmemente confederado que se dio a la tarea de anexionar su estado a la Confederación con el respaldo activo de muchos de sus ciudadanos. La iniciativa del comandante federal local, el capitán Nathaniel Lyon, vino a frustrar este empeño. Aunque en Missouri ya comenzaba a desatarse una feroz guerra de guerrillas, Lyon se hizo con los almacenes de armas de St. Louis, tomó el mando de la milicia unionista local, y derrotó a sus adversarios prosureños. Los problemas no acabaron ahí. La asamblea legislativa estatal partió hacia la frontera con Arkansas, donde estableció un gobierno en el exilio y finalmente fue legitimada por los confederados, quienes admitieron a Missouri como un estado de la Confederación. Sus funciones domésticas fueron asumidas por la convención reunida para votar a favor o en contra de la secesión, la cual contaba con una fuerte mayoría unionista. Así pues, durante la guerra el estado de Missouri estuvo representado por ambos gobiernos. Los federalistas de Tennessee, que dominaban los condados del este del estado, también intentaron escindirse, pero, al no tener el apoyo de las

tropas de la Unión en el campo de batalla, fracasaron en su intento. Tennessee, por tanto, contaba como estado confederado, aunque treinta mil de sus hijos pelearon en el Ejército de la Unión.

Fue así que en mayo de 1861, tras un mes de pausa, ya estaban trazadas las líneas divisorias entre el Norte y el Sur. ¿Se convertirían en frentes de batalla? Hasta entonces apenas había habido derramamientos de sangre: ninguno en Sumter, y tan solo unos pocos en escaramuzas y disturbios. Pero los jóvenes estaban reuniéndose, uniformándose, entrenándose, aprendiendo a marchar, a formar filas, a manejar mosquetes y rifles. Norteamérica todavía no era un continente organizado para la guerra, pero su ánimo era cada vez más belicoso, y los redactores de periódicos y los políticos llamaban a la acción. Las dos capitales, Washington y Richmond, estaban a solo unos ciento sesenta kilómetros de distancia, poco más de dos días de marcha. “Adelante hasta Richmond”, una frase que había comenzado como eslogan periodístico, se estaba convirtiendo en una consigna popular en el Norte. Los virginianos, cuyo estado era la primera línea de la Confederación, se mantenían alertas esperando oír el ruido de las pisadas del Norte. Las afueras de Washington se estaban llenando de terraplenes fortificados. El río Potomac se había convertido en un importante obstáculo militar. Si la guerra llegaba, ¿de dónde vendría el ataque? La secesión no solo había dividido uno de los países más grandes del mundo: también había creado un gigantesco escenario bélico, que propondría a ambos bandos, en caso de iniciarse la contienda, uno de los problemas militares más complejos con que jamás se hubieran enfrentado dos gobiernos en guerra. Los líderes y soldados de las dos partes ya comenzaban a preguntarse no solamente cómo sino dónde colocar en pos de la victoria los ejércitos que estaban conformándose.

---

<sup>1</sup> Carl Sandburg, *Abraham Lincoln*, Nueva York, 2002, p. 228.

### III

## EJÉRCITOS IMPROVISADOS

*E*stados Unidos no estaba listo para la guerra: para ninguna guerra, y mucho menos para una gran guerra interna. Casi no tenía soldados. Los Padres Fundadores de Estados Unidos, en su rechazo de todo lo malo del Viejo Mundo, habían confiado en poder deshacerse enteramente de los ejércitos regulares, tal como habían esperado hacer los parlamentarios que restauraron a Carlos II en el trono tras la guerra civil de Inglaterra. Las rebeliones internas –de poca monta en ambos casos, pero, aun así, alarmantes– los llevaron a reconsiderar esta decisión y, para prevenirlas en el futuro, el Parlamento inglés mantuvo en activo unos pocos de los regimientos existentes, cromwellianos o reales; el Congreso estadounidense preservó algunas unidades del ejército de Washington. En 1802 fundó una academia militar en West Point para formar oficiales. También se esperaba que los graduados de West Point, entrenados como ingenieros, supervisarán la construcción de obras públicas de la nueva nación, puentes, represas y puertos, de muchos de los cuales el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos sigue siendo responsable hoy en día.

Sin embargo, las clases de West Point eran tan diminutas que antes de 1861 a veces aportaban al ejército tan solo una docena de oficiales entrenados, y las demás fuentes de reclutamiento de oficiales eran tan azarosas –haber servido en alguna guerra nacional interna o en el extranjero, la Guerra de 1812, la Guerra Seminola, la Guerra de Creek– que cuando llegó la Guerra de Secesión no existía ninguna reserva de líderes militares profesionales con experiencia. Las cosas eran muy diferentes en Europa, donde florecían las “familias militares”, en las que era costumbre enviar a algunos de sus hijos a regimientos especiales, y

donde los ejércitos nacionales reclutaban a jóvenes por periodos de servicio limitados como oficiales de reserva. Norteamérica poseía también familias con tradición militar, como los Lee de Virginia; pero eran demasiado pequeñas y estaban demasiado aisladas para fundar dinastías militares como las que existían en otras partes del mundo. Para paliar la ausencia de una clase de oficiales, el Norte y el Sur en 1861 recurrieron a la clase media, a los abogados, maestros y hombres de negocios, a menudo a los que contaban con experiencia política. Esos hombres tenían influencia sobre sus comunidades. Sin embargo, esta influencia sobre la comunidad no se traducían necesariamente en capacidad como jefes militares, y menos de subalternos primerizos. Con demasiada frecuencia se daba el caso de que el gran hombre de una localidad carecía de capacidad de mando, o incluso de sentido común para lo militar.

El diminuto Ejército de Estados Unidos había logrado defender exitosamente la república contra los invasores británicos durante la Guerra de 1812; en 1846 alcanzó una completa victoria contra el ejército de México, cosechando como resultado de la paz subsiguiente una inmensa extensión del territorio nacional en el sudoeste, que se convertiría en los estados de Texas, Utah, Nuevo México, Nevada, Arizona y California. La Guerra de México provocó una expansión de la fuerza del ejército. Después esta volvió a mermar, de modo que en 1861 contaba solo con dieciséis mil hombres, desplegados mayormente en postas fortificadas en territorio indio, al oeste del Mississippi, o en las grandes fortalezas federales que custodiaban las costas de la nación, desde el puerto de Boston hasta la bahía de San Francisco.

La filosofía militar de Estados Unidos era que, en caso de necesidad, la milicia, un cuerpo autorizado por la Segunda Enmienda a la Constitución, podía aportar la cantidad necesaria de soldados. En su segundo discurso inaugural de 1829, el presidente Andrew Jackson se había referido a “un millón de hombres libres armados, en posesión de los medios para guerrear”, como la principal defensa de la república. La milicia fue importante en la historia norteamericana. Este sistema militar que los primeros colonizadores trajeron de Inglaterra, requería que todo aquel que no estuviese discapacitado acudiese a servir a la llamada de las

autoridades locales. Estas, en un principio, eran las colonias individuales, y fueron las milicias de las colonias las que en el siglo XVIII protagonizaron la rebelión contra la Corona. Sin embargo, una vez lograda la independencia, las milicias habían ido decayendo. En algunos de los estados, sucesores de las colonias, las milicias continuaron funcionando y entrenando; en la mayoría degeneraron en organizaciones nominales.

Hubieran desaparecido por completo –como desaparecieron en Inglaterra después de las guerras napoleónicas, donde las milicias sobrevivieron en el mejor de los casos como fuente de reclutas para el ejército regular–, de no ser porque después de 1859 Estados Unidos se contagió de la moda del “voluntarismo” que campeaba en Inglaterra en aquel año. Un temor enteramente infundado a una invasión francesa impelió a los civiles británicos en 1859 a formar unidades de “voluntarios del rifle”, alentados por publicistas, entre ellos Alfred Lord Tennyson. Su poema “Formad, hombres del rifle, formad” constituyó un notable incentivo al movimiento de estos personajes. El auge del alistamiento de voluntarios se extendió a Estados Unidos y tuvo especial arraigo en el Sur, ya por entonces infectado por la urgencia de tomar las armas contra el fantasma de la invasión nortea. En 1861 habían aparecido en el Sur numerosos cuerpos de voluntarios del rifle, y también unidades de artillería, que adoptaban denominaciones gallardas –la Guardia de Palmetto de Carolina del Sur, los Rifles de Lexington de Kentucky (que marcharon al sur con su primer comandante, el general Simon Bolivar Buckner), los Tiradores de Carolina del Norte, la Artillería de Washington de Nueva Orleans– y uniformes tan vistosos como los títulos de los regimientos. El “gris cadete” –que se usaba en West Point– era el color preferido en el Sur; pero muchos voluntarios sureños llevaban el azul de la Unión o variaciones del uniforme francés, que eran sumamente populares; en 1861 el ejército de Napoleón III, recientemente victorioso contra los austriacos, era la principal potencia militar del mundo. El estilo francés, chaqueta corta y pantalones abombados, era el atuendo predilecto de la mayoría de las unidades sureñas al inicio de la guerra.

Algunas unidades sureñas fueron más allá y adoptaron un uniforme

zuavo, diseñado a partir de la vestimenta que el ejército francés copió de sus enemigos tribales durante la conquista de Argelia después de 1830. Los pantalones abombados rojos y los chalecos bordados de los zuavos conferían una apariencia espectacular, que en el Norte se hizo aún más popular que en el Sur. Entre las unidades de zuavos norteamericanas estaban los Zuavos de Fuego de Nueva York, integrada por miembros de la Brigada de Bomberos de Nueva York y liderada por Elmer Ellsworth, amigo de Abraham Lincoln. Un equivalente sureño eran los Zuavos de Louisiana, llamados los Tigres de Wheat en alusión a su oficial al mando. Otros préstamos de la moda militar contemporánea europea incluían los sombreros emplumados de diversos regimientos “a lo Garibaldi” y, sorprendentemente, los fracs y altas polainas de unidades como la cuadragésima de Massachusetts, que copiaba el uniforme del regimiento de voluntarios de Londres, la Honorable Compañía Artillera.

Entre los soldados bisoños de 1860-1861, los bien vestidos eran minoría. Sorprendentemente pocas unidades de voluntarios, en ambos bandos, adoptaron algo parecido a los uniformes de sus homólogos los fusileros voluntarios británicos, quienes solían vestir con mucho estilo los trajes de caza de *tweed* de los señores rurales de la época. Una vez desgastadas sus mejores galas, tanto en el Norte como en el Sur, el efecto era de una total falta de gracia: colores monótonos (azul norteamericano, gris sureño, pero con mayor frecuencia el “nogal” de los tintes artesanales), y un corte uniformemente informe. Los de la Guerra de Secesión fueron los ejércitos más chapucosamente vestidos de todos los grandes conflictos, efecto que se vio resaltado por el abandono casi universal del hábito de afeitarse. Las barbas eran a un tiempo militares y modernas; en Inglaterra habían comenzado a usarse imitando a los veteranos que volvían de la Guerra de Crimea, a los que se había exonerado de afeitarse durante los crudos inviernos en las afueras de Sebastopol entre 1855 y 1856. La moda británica de las barbas se extendió a Norteamérica, donde alcanzó tanta fuerza que ya en 1861 apenas quedaban hombres maduros sin barba ni bigote. Todos los principales generales de la guerra –Ambrose Burnside, Nathan Bedford Forrest, U. S. Grant, A. P. Hill, John Bell Hood, Stonewall Jackson, E. Kirby Smith, Lee, Irvin McDowell, George Meade, John Pope,

William Rosecrans, William Sherman y Jeb Stuart– cultivaban bigote y patillas; Beauregard y McClellan tenían bigotes exuberantes y pequeños “napoleones”; Burnside inventó un estilo de *sideburns*, o patillas, que perpetúa su nombre hasta el día de hoy. Como quiera que lo llevaran, y usualmente lo llevaban lo bastante largo para ocultar la boca y el mentón, el vello facial confería a todos los soldados de la Guerra de Secesión, salvo a los más jóvenes, un aspecto de sombríos predicadores, algo tal vez apropiado para hombres que luchaban por una idea.

El entusiasmo por los alistamientos voluntarios, para cumplir con la exigencia legal de mantener una milicia, variaba en intensidad de estado a estado. En las vísperas de la guerra, solo un puñado de estados contaba con milicias eficientes. Entre estos estaban, en el Norte, Massachusetts, con cinco mil milicianos activos, y Nueva York, con diecinueve mil; y en el Sur, Georgia, que tenía muchas compañías de voluntarios y milicianos, y Carolina del Sur, el corazón de la secesión, con numerosas compañías de voluntarios bien entrenados y bien equipados. Kentucky, un estado sumamente dividido, tenía 73 compañías de Guardia Estatal, de filiación sudista, y 66 compañías de Guardia Local que simpatizaban con el Norte. Ohio tenía 30 compañías, Vermont 22, Wisconsin 1.993 milicianos, Maine 35 compañías, todas ellas a disposición del gobierno federal. Virginia tenía ocho regimientos de milicianos, todos listos a pronunciarse a favor del Sur, y Mississippi tenía 3.927 voluntarios, distribuidos en 78 compañías, todas ellas afectas al Sur. Muchos estados, entre ellos varios situados en pleno territorio norteño y sureño, no se hallaban en absoluto preparados para la guerra, incluidos Alabama y Carolina del Norte (Sur), y Connecticut, Illinois, Indiana, New Hampshire y Nueva Jersey (Norte). Kansas estaba lleno de hombres armados que llevaban combatiendo desde antes de que empezara la Guerra de Secesión, pero que estaban desorganizados. Texas tenía su propia organización militar excéntrica, los Rangers de Texas, dedicada principalmente a proteger a los colonos aislados.

Pese a la carencia de hombres entrenados, la escasez de recursos humanos no constituyó un problema para ninguno de los dos bandos al iniciarse la guerra. Era tal el entusiasmo por la causa –tanto la de la Unión

como la de los derechos de los estados– que los regimientos se formaban no bien se les entregaban armas o tan pronto aparecían oficiales que los lideraran; e incluso, en muchos casos, sin ninguno de estos dos requisitos. Estados Unidos en 1861 era un país populoso y en crecimiento, en parte gracias a la inmigración, y en parte gracias a la fertilidad de su bien alimentada población. La población del Norte era la más numerosa y la de mayor índice de crecimiento. El censo de 1860 arrojó una población total de aproximadamente treinta millones: 20.275.000 blancos en el Norte y 5.500.000 en el Sur; los negros en el Norte sumaban 430.000; en el Sur, 3.654.000. Casi todos los negros sureños estaban esclavizados; y también lo estaban algunos negros norteamericanos, en el propio Distrito de Columbia y en los estados limítrofes de Tennessee, Delaware, Maryland y Missouri. Los negros no contaban como población militar (hasta 1863, cuando la Ley de Emancipación de Lincoln autorizó oficialmente su reclutamiento, aunque de manera extraoficial habían comenzado a alistarse desde el año anterior). La población blanca en edad militar –hombres menores de treinta, aunque muchos hombres más viejos se incorporaban– era aproximadamente de 2.500.000 en el Norte y de 900.000 en el Sur.

La casi inexistente maquinaria administrativa de la Confederación no podía en 1861 haber movilizado un ejército capaz de desafiar a la Unión; afortunadamente para la causa de la secesión, los hombres necesarios se presentaron *motu proprio*. Muchos eran miembros de unidades de milicianos, tanto de larga data como recientes; muchos eran voluntarios espontáneos. La Confederación no tuvo que implantar un servicio militar obligatorio hasta abril de 1862. El patrón de alistamiento era similar al del Norte, un numeroso y extendido reclutamiento inicial de voluntarios, a menudo centrado en unidades existentes de milicianos o de voluntarios; en los exaltados días de 1860 y 1861 la distinción entre ambos tendía a borrarse fácilmente. La legislación intentó regularizar la respuesta popular, aunque solo fuera aportando el dinero necesario para pagar y equipar a los entusiastas patriotas. El 6 de marzo de 1861, el Congreso confederado autorizó la creación de un ejército de cien mil hombres, gran parte del cual ya existía. En mayo incrementó el tamaño de aquel ejército en cuatrocientos mil hombres, y el Departamento de Guerra pronto se vio

obligado a rechazar a la mitad de los que se presentaban, por falta de armas. Los esfuerzos de la Confederación por organizarse se veían obstruidos por la debilidad del gobierno central y la persistente primacía de los estados, cuyos gobernadores a menudo procuraban retener armas y soldados dentro de sus fronteras. La Confederación nunca conformó un ejército regular; su fuerza combativa estaba integrada por tropas estatales, supervisadas por su Departamento de Guerra. El sistema que surgió en el Norte era similar. El ejército regular apenas se expandió y sus regimientos de antes de la guerra permanecieron en gran medida en sus posiciones de antes de la guerra, en la frontera oeste; el ejército de la Guerra de Secesión fue una federación de voluntarios, organizados a nivel estatal y bautizados con títulos estatales. Así pues, Ulysses S. Grant, que antes de la guerra era un oficial retirado del ejército regular de Estados Unidos, fue asignado originalmente a la infantería de West Point, luego pasó a comandar en 1861 el 21º de Illinois, un regimiento de voluntarios, de su estado natal, y regresó al ejército regular, como mayor general, solo después de su victoria en Vicksburg en 1863.

El sistema de la Guerra de Secesión, si es que a algo tan complicado y confuso puede llamársele sistema, se adelantó al adoptado en Inglaterra al estallar la Primera Guerra Mundial. Allí el ejército regular permaneció casi intacto al comienzo, mientras que la expansión fue organizada a través del Ejército Territorial, que descendía del movimiento de voluntarios de 1859, complementado con un renovado impulso de alistamientos voluntarios, que dio origen a los batallones del “Nuevo Ejército” o del “Ejército de Kitchener”, recordados por su sacrificio en 1916 en el Somme, el Gettysburg de Inglaterra. La reacción estadounidense y la reacción inglesa ante las crisis militares durante la Guerra de Secesión y la Gran Guerra británica tenían un común origen anglosajón en las *fyrð* [milicias] de Alfredo el Grande y el *posse comitatus* normando de los condados ingleses.

La respuesta inicial del presidente Lincoln a la rebelión sureña tras el bombardeo contra el fuerte Sumter fue, el 15 de abril de 1861, llamar al servicio federal a setenta y cinco mil milicianos estatales durante “noventa días”. Esta federalización de la milicia, un acto enteramente constitucional

según una ley de 1795, tuvo el mismo efecto en la Norteamérica de 1861 que el que tuvo el llamamiento a las armas de cien mil hombres durante tres años hecho por el mariscal de campo lord Kitchener entre los británicos de 1914. Tras “Los Primeros Cien Mil” de Kitchener enseguida vinieron unos segundos cien mil, y luego unos terceros. Asimismo los ofrecimientos de los estados pronto rebasaron los setenta y cinco mil de Lincoln. Él había pedido a Indiana seis regimientos; el gobernador del estado le prometió doce. El gobernador de Ohio, a quien se le había solicitado que organizara trece regimientos, respondió que “sin reprimir rigurosamente el fervor popular, difícilmente podría conformar menos de veinte”.<sup>[1]</sup> Para hacer frente a una enorme amenaza militar contra la Unión y a la vez a una reacción popular desbordada ante la misma, Lincoln el 3 de mayo pidió 42.000 voluntarios para servir durante tres años en el ejército, y 18.000 para la marina, autorizando al mismo tiempo un incremento de 23.000 hombres para el ejército regular. En julio el Congreso no solo legalizó retroactivamente estas decisiones ejecutivas, sino que además aprobó el reclutamiento de otro millón de voluntarios para servir durante tres años. A menos de un año del bombardeo del fuerte Sumter, la Unión contaba con 700.000 hombres armados; es posible que el Sur tuviese unos 400.000. Sin embargo, las circunstancias dificultan un recuento más exacto. Algunos de los primeros hombres “de los noventa días” del Norte insistían en su carta de reclutamiento y en su regreso a la vida civil al terminar su tiempo de servicio; lo mismo hicieron algunos regimientos enteros. Incluso algunos hombres y regimientos de tres años se acogieron a su desmovilización mientras la guerra continuaba, mucho después.

También la tentación de desertar socavaba la perseverancia en el servicio. En el rico Norte, donde se pagaban primas para alentar los reclutamientos, muchos voluntarios aprovechaban la oportunidad para tomar la recompensa, esfumarse y alistarse de nuevo, a menudo varias veces. Como las primas podían llegar a ser hasta de mil dólares, la desertión calculada podía resultar una práctica lucrativa. En el Sur, una vez cumplido a conciencia el primer año, la desertión era con frecuencia una necesidad. Los pequeños granjeros y los peones sin tierra, informados

por correo de las penalidades de sus familias, abandonaban las filas, a menudo con la sincera intención de reincorporarse, para sumarse a las cosechas o ganarse el pan durante algún tiempo. Los pequeños esclavistas podían verse impelidos a regresar a sus hogares por miedo a dejar desprotegidas a sus mujeres en granjas aisladas donde los únicos hombres sin uniforme eran los esclavos. Por las causas que fueran, y al margen de las distintas motivaciones, tanto en el Norte como en el Sur, la desertión podía en cualquier momento privar a los ejércitos de un tercio de sus hombres.

Sin embargo, en 1861 la desertión aún era un problema que deberían afrontar los gobiernos futuros, no los presentes. En un principio los embrionarios ejércitos de ambos bandos estaban más preocupados por suministrar armas y municiones a sus soldados, por hallar el modo de vestirlos y alimentarlos y proporcionarles oficiales. Equipar a su ejército era un problema particularmente grave para el Sur. Aunque durante los primeros meses tras la secesión la Confederación se benefició del embargo de los arsenales federales, la mayoría de las armas adquiridas eran mosquetes anticuados, con llave de chispa y cañones sin estriar. Estas armas podían adaptarse, rectificándoles los cañones y modificándoles el mecanismo de disparo para que aceptasen las cápsulas fulminantes; pero la principal fuente de armamentos estaba en Europa. Uno de los principales objetivos de la Confederación al burlar el bloqueo, y de su programa de aprovisionamiento de ultramar, era comprar armas en el extranjero. El arma preferida era el rifle británico Enfield, muy semejante al Springfield federal.

El Sur, habiendo adquirido la maquinaria de Harpers Ferry, complementada con la de arsenales existentes en Richmond y Fayetteville, en Carolina del Norte, logró iniciar la fabricación interna de armas en 1861. El equipamiento de su artillería resultaba más difícil. La captura de los cañones del fuerte Sumter y de la base naval federal de Norfolk aportó algún equipamiento, pero los cañones de la fortaleza eran demasiado pesados y difíciles de desplazar para equipar a un gran número de baterías de campo. Estas deficiencias eran compensadas con las existencias de las unidades de voluntarios de antes de la guerra, las importaciones

extranjerías y la producción de la fundición Tredegar de Richmond, que llegó a ser el arsenal de la Confederación. El Sur demostró también una gran habilidad para producir municiones improvisadas. Dos de los ingredientes de la pólvora, el carbón y el azufre, eran sumamente asequibles. El tercero, el salitre, o nitro (nitrato de potasio), no lo era. Josiah Gorgas, designado jefe de aprovisionamiento en abril de 1861, se dio a la tarea de compensar este déficit encontrando fuentes de suministro dentro de la Confederación. Uno de sus subordinados identificó una de estas fuentes en unas cuevas calizas en el sur de los Apalaches; otras fueron encontradas en el contenido de orinales y en las paredes de establos y vaquerías, las cuales fueron raspadas para coleccionar los sedimentos dejados por la orina de los caballos y el ganado. Contra todo pronóstico, el Sur nunca estuvo en peligro de ser derrotado a causa de la escasez de pólvora, la cual era producida principalmente en un molino construido para ese propósito, situado en Augusta (Georgia).

En el verano de 1861 el Norte se enfrentaba a un problema de equipamiento y suministros tan severo como el del Sur, con las siguientes diferencias: en primer lugar, poseía una base productiva no solo inmensamente superior en magnitud a la del Sur, sino capaz de cubrir, una vez movilizada, todas las necesidades militares de la Unión; en segundo lugar, podía complementar su producción con importaciones, pues los puertos del Norte no se hallaban bloqueados, casi toda la marina mercante estaba en manos norteamericanas y, sobre todo, el crédito norteamericano en el extranjero continuaba siendo fuerte, gracias a una habilidosa administración financiera. El secretario del tesoro, Salmon P. Chase, fue un pionero de la práctica de vender bonos del gobierno –esta era, de hecho, una deuda de guerra, que habría de ser pagada en un mejor momento– directamente a los pequeños inversionistas. Simultáneamente, el Departamento del Tesoro convenció al Congreso para que legalizara la emisión de papel moneda; el Departamento confederado del Tesoro comenzó, casi al mismo tiempo, a emitir dólares de papel, con desastrosas consecuencias: al finalizar la guerra la inflación ascendía, según cálculos, a un nueve mil por ciento, y los dólares de papel confederados no valían absolutamente nada. El dólar de papel de la Unión retuvo su valor porque

el Departamento del Tesoro instituyó un riguroso sistema de impuestos de guerra, a imitación del que se estableció en Inglaterra durante las guerras napoleónicas. El sistema militar estadounidense fue un derivado histórico del británico. Los impuestos de guerra estadounidenses, de modo consciente o inconsciente, copiaron las medidas de emergencia introducidas en Inglaterra para financiar la flota de Nelson y el ejército de Wellington. Llegó incluso más lejos. No solo estableció impuestos sobre el lujo y los ingresos, sino también sobre los servicios, las transacciones comerciales y la herencia. Hacia 1865 Estados Unidos era el sistema de gobierno más exhaustivamente impositivo del mundo. Sus rentas cubrieron perfectamente los gastos de la guerra –aproximadamente tres mil millones de dólares–, y mantuvieron la desvalorización por debajo del noventa por ciento. Los impuestos de guerra, incluyendo el impuesto sobre los ingresos, fueron interrumpidos rápidamente después de 1865.

Sin embargo, la política financiera de tiempo de guerra no podía, en un principio, equipar a los ejércitos de la Unión. Los materiales necesarios aún no se habían producido y por tanto no era posible adquirirlos. Había muchas otras cosas que faltaban, incluyendo las decenas de miles de caballos y mulas necesarias como bestias de tiro para las baterías artilleras y los carros de transporte; los animales existían, pero todavía no habían sido puestos al servicio del gobierno. Eran los objetos inanimados lo que en 1861 constituían una necesidad más apremiante; no solo mosquetes y cañones, sino también uniformes, cinturones, bolsas, mochilas, botas, tiendas, monturas, arneses y las ciento una cosas que un ejército debidamente organizado necesita para operar: pertrechos médicos, equipamiento de cocina, mantas, artículos veterinarios, cable de telégrafo y una lista casi interminable. Los ejércitos de mediados del siglo XIX se encontraban en el umbral de la verdadera modernización, pertenecían en parte al pasado militar, cuando el vigor marcial y el número de hombres eran lo único que contaba, pero comenzaban a entrar ya en el futuro militar, dominado por la tecnología. El subdesarrollo anclaba al Sur en el pasado, mientras que la revolución industrial transportaba al Norte hacia el futuro. El Sur realizaba prodigios de improvisación para sostener su campaña bélica y, a despecho de la escasez de casi todo, en fin de cuentas

no fue derrotado por carecer de lo esencial; sin embargo, la existencia en la Confederación era precaria en el mejor de los casos. El Norte, en cambio, se vio impulsado por la guerra hacia la hegemonía económica mundial. Un *boom* económico aparentemente perdurable, creado por la demanda de artículos de guerra que incluía productos agrícolas –lana para los uniformes, cuero para las botas, y grano y carne para las raciones–, así como de artículos manufacturados, llevó la economía de Estados Unidos al primer puesto mundial en 1880. Buena parte de la expansión productiva involucró categorías de productos esperados –rieles para el ferrocarril militar de Estados Unidos, placas blindadas para las cañoneras de río–, pero también muchos productos que no lo eran. Como señala James McPherson, dos de las innovaciones más creativas que la demanda de la guerra estimuló fueron la adopción de tallas estándares para la fabricación de ropa masculina y la máquina de Blake-McKay para coser suelas a las botas en las fábricas.<sup>[2]</sup>

Tras la crisis inicial, la urgencia por equipar a los regimientos disminuyó. Ya en 1862 la mayoría de ellos, tanto en el Sur como en el Norte, habían adquirido un mosquete por hombre y un conjunto de uniformes. Encontrar oficiales que supervisaran y lideraran a los soldados continuaba siendo una dificultad, puesto que Estados Unidos no contaba con una clase de oficiales como la que existía en los reinos históricos de Europa. La idea de una clase de oficiales era, de hecho, contraria a la ética fundacional de la gran república, que había prohibido los rangos y los títulos nobiliarios en sus documentos fundacionales. Los milicianos y voluntarios de 1861 consideraban que la idea de las elecciones, tan presente en la vida estadounidense desde la Revolución en adelante, se aplicaba tanto a las cuestiones militares como a los asuntos políticos. La elección de oficiales era una práctica común en los nuevos regimientos, pero muchos de los escogidos, aun siendo grandes hombres en la vida civil, resultaban ser incompetentes en la guerra. Lo que no comprendían ni milicianos ni voluntarios era que los combates entre formaciones cerradas –y la Guerra de Secesión sería uno de los últimos conflictos en los que la superioridad de las formaciones decidió el resultado– eran una cuestión sumamente técnica. Los oficiales tenían que saber cómo disponer

sus filas, cómo maniobrar con ellas frente a las enemigas, y exactamente cuándo dar la orden de fuego. Demasiado pronto y la descarga “se desperdiciaba”; demasiado tarde y el enemigo dispararía antes la suya. El rifle Springfield tardaba medio minuto en recargarse. Las filas que hubiesen disparado demasiado pronto, sin dañar a sus adversarios, podían ser devastadas por tropas mejor comandadas mientras echaban mano a sus cartuchos y baquetas.

Estos “grandes hombres” –notables del lugar, amañadores políticos, que sabían cómo convencer a los hombres para que se alistaran–, por lo general carecían de todo conocimiento sobre cómo manejar frente al enemigo aquellos regimientos que habían reclutado. La situación de sus seguidores era peor que la de los voluntarios de 1914, quienes, armados de rifles con cargador, podían defender su frente con un volumen de fuego capaz de mantener al enemigo a distancia; además, en 1914 los tiradores habían aprendido a tenderse en el campo de batalla, a menos que estuviesen atacando. Los de 1861, equipados con un arma de un solo tiro, debían permanecer de pie, hombro con hombro, concentrando su potencia de fuego en una andanada cuidadosamente sincronizada, pues solo así tenían alguna posibilidad de vencer a sus oponentes.

El dominio de la táctica del combate entre formaciones cerradas solo podía adquirirse mediante la repetición. Puede decirse, en defensa de los nuevos regimientos de 1861, que al principio algunos entrenaban incansablemente; algunos crearon “escuelas” o “campamentos” de instrucción para formar a oficiales y sargentos antes de que los reclutas se alistaran. Pero los entrenamientos no hacían que las tropas inexpertas dominasen el arte del combate. Esta habilidad requería años, y no semanas, de práctica; o una experiencia en combate que a mediados de 1861 no era posible haber adquirido. Los únicos soldados con la debida capacidad de maniobra y de fuego eran los regulares nortños, que eran demasiado pocos para entrenar a las unidades de voluntarios y de milicianos, y los graduados de los colegios militares de Estados Unidos.

La matrícula anual de West Point era pequeña; las clases tenían menos de cien hombres, a menudo muchos menos, y los que egresaban, al cabo de cuatro años, eran menos aún. En 1861 había 239 cadetes en West

Point, 80 de los cuales provenían del Sur; 76 renunciaron o fueron dados de baja por negarse a jurar lealtad a la Unión. El Sur estaba más que representado entre los oficiales del ejército; 313 renunciaron a sus cargos para “ir con sus estados”, dejando a 440 graduados de West Point al servicio de la Unión. Otros, incorporados a la vida civil, volvieron a alistarse en uno u otro ejército al estallar la guerra, pero el total de graduados en edad de servicio era inferior a tres mil; así pues, la reserva era demasiado pequeña para suministrar la suficiente cantidad de líderes profesionales. Los graduados de West Point que se reincorporaban del retiro al servicio solían ser asignados como oficiales al mando de regimientos de voluntarios o milicianos, como lo fue Ulysses S. Grant en Illinois. Muchos ascendieron rápidamente a generales, 300 en el ejército de la Unión, 150 en el confederado. La Guerra de Secesión fue, a nivel del alto mando, una guerra de West Point.

En el Sur, el número de oficiales entrenados se vio incrementado por los graduados de colegios militares privados, unas instituciones típicamente sureñas. Los dos más conocidos eran el Instituto Militar de Virginia (IMV), fundado en 1839 en Lexington, y la Academia Militar de Carolina del Sur, Charleston, conocida como “la Ciudadela”. Los graduados del IMV fueron 455 en 1861, pero contando a aquellos que asistieron sin llegar a graduarse, había un total de 1.902 oficiales disponibles. De estos, 1.791 pelearon en la Guerra de Secesión; el IMV aportó un tercio de los oficiales de campo (comandantes y coroneles) de Virginia en 1861. Pero la Ciudadela y el IMV no eran las únicas fuentes de oficiales entrenados en el Sur. Entre otras, estaban el Instituto Militar de Carolina del Norte, de Charlotte (1859), el Instituto Militar de Arkansas (1850), y el Seminario del Oeste de Florida (1851). Alabama tenía tres pequeños colegios militares: la Academia Militar del Sur de Wetumpka (1860), la Universidad y Academia Militar La Grange (1860), y la Academia Militar Glenville (1858). Había tres en Mississippi: el Instituto Militar de Mississippi en Pass Christian, el Instituto Militar Brandon State, y la Universidad Jefferson, en Natchez. La fecha de fundación de los centros de estudios militares de Alabama y Mississippi es significativa. Probablemente reflejaban los efectos de la fiebre de la guerra en el sureste

de Estados Unidos durante los últimos días de paz; puede que fueran poco más que internados militares. La Universidad de Alabama formó un cuerpo de cadetes en 1860. Sin embargo, las universidades no eran instituciones típicamente sureñas, a pesar de que había fundaciones tan antiguas como la Universidad de Virginia y la de William and Mary, en Williamsburg. Los chicos ricos del Sur iban a Princeton; pocos iban a Harvard o Yale.

Se pensaba que la Academia Naval de Estados Unidos, situada en Annapolis (Maryland), se hallaba en una localidad demasiado expuesta y fue transferida al Atlantic House Hotel en Newport (Rhode Island), el 9 de mayo de 1861, para resguardarla de posibles ataques confederados. La Confederación fundó su propia academia naval el 23 de marzo de 1863; radicó primero a bordo del CSS *Patrick Henry* en el río James, debajo de Richmond, más tarde en tierra cerca de allí en el fuerte Darling; el contorno de los terraplenes fortificados, visible aún hoy en día, sugiere que era un sitio húmedo y frío.

La Confederación empezó a conformar una marina tan pronto como empezó la guerra, confiscando las naves de guerra de la marina nacional que se encontraban en aguas sureñas, requisando o fletando barcos civiles e iniciando la construcción de sus propios navíos. Pero la tarea más vital era crear un ejército para defender los estados secesionistas. Esta comenzó incluso antes del bombardeo del fuerte Sumter, aunque de manera bastante ilógica. Al igual que en el Norte, había dos poderes, el central y el estatal, que operaban a la vez, y a menudo entraban en conflicto, y tres principios de organización militar: el ejército regular, la milicia estatal y los voluntarios emergentes, exactamente como en Inglaterra durante las guerras napoleónicas. El 28 de febrero de 1861, el Congreso confederado autorizó al presidente Jefferson Davis a aceptar tropas estatales, o voluntarios con el consentimiento del gobernador del estado, para un año de servicio. Este fue el comienzo de lo que el profesor Peter Parish ha llamado el ejército “provisional” de la Confederación. El 6 de marzo el Congreso confederado aprobó la creación de un ejército regular, pero el número de sus hombres se limitó a nueve mil y posteriormente no se supo mucho más de él. Ese mismo día se expandió considerablemente el

ejército “provisional”; el Congreso autorizó al presidente a convocar a cien mil voluntarios a servir durante doce meses, y a aceptar el servicio de las milicias estatales por hasta seis meses. El 6 de mayo se le confirió la potestad, sin tener que esperar a la aprobación de los estados, de incorporar unidades al servicio de la Confederación por tres años o hasta el final de la guerra, si esta duraba menos. En agosto, con doscientos mil hombres armadas, recibió autorización para convocar a otros cuatrocientos mil voluntarios.

A partir de entonces el ejército “provisional” pasó a ser de carácter fijo. Sus hombres de mayor rango ostentaban el grado de generales de la Confederación, aunque por lo general también de las milicias de sus estados. La tropa, y sus oficiales de regimiento hasta el grado de coronel, pertenecían a la milicia estatal o a organizaciones de voluntarios de guerra, una situación que se repetía casi exactamente en el Norte. Desde el 16 de abril de 1862, tras aprobarse la Ley del Servicio Militar de la Confederación, todos los varones blancos sanos de entre dieciocho y treinta y cinco años fueron reclutados con carácter obligatorio; los límites de edad se extendieron a diecisiete y cincuenta en febrero de 1864, aunque los más viejos y los más jóvenes solo eran destinados a la defensa del estado. De manera ilógica, los soldados continuaban siendo alistados en regimientos estatales, aunque en conjunto formaban un único ejército confederado. Sin embargo, el poder de los gobernadores estatales persistía. El servicio militar obligatorio era impopular en el Sur; entre los patriotas, porque devaluaba su compromiso voluntario de servir; entre los renegados, porque los llevaba, les gustase o no, a las filas. Los muy reticentes podían utilizar sus contactos estatales para lograr su exoneración, incorporándose a las milicias estatales reservadas para el servicio interno. Los más ricos compraban sustitutos, individuos que por algún motivo no tuviesen que hacer el servicio militar, para que sirviesen en su lugar, o reclamaban una exoneración por “servicios esenciales”, como la docencia. Inmediatamente después de aprobada la ley del Servicio Militar, se produjo una súbita creación de nuevas escuelas en el Sur. Especialmente impopular entre los patriotas pobres fue la Ley de los “Veinte Negros”, introducida en octubre de 1862, la cual eximía del

servicio a un varón blanco por cada plantación con veinte esclavos o más, para proteger a las mujeres afectadas por el reclutamiento de sus maridos. Aproximadamente de cuatro a cinco mil hacendados o capataces quedaron eximidos bajo esta ley, representando solo el quince por ciento de las plantaciones, pero su carácter clasista provocó mucha tensión y resentimiento entre los blancos de a pie.

En sentido general es difícil determinar si el servicio militar obligatorio, “la llamada a filas”, como se la conoce hoy en Estados Unidos, cumplió su objetivo o no. Alrededor de novecientos mil sudistas se alistaron, tal vez quinientos mil se incorporaron como voluntarios entre 1861 y 1862, y un número considerable incluso después, posiblemente impelidos por la amenaza de la coacción. He aquí, de nuevo, una analogía con Inglaterra en la Primera Guerra Mundial. El alistamiento de voluntarios en 1914 incorporó a las filas a cerca de dos millones de hombres entre 1914 y 1915; cuando este impulso perdió fuerza, fue necesario promulgar el servicio obligatorio para preservar el tamaño del ejército. Sin embargo, la maquinaria estatal británica durante la Guerra Mundial fue mucho más eficiente que las de la Confederación y la Unión cincuenta años antes. En aquella, las exoneraciones eran difíciles de obtener; la evasión o la desertión, casi imposibles. En cambio, durante la Guerra de Secesión la desertión era frecuente, común y fácil; en el marco de una población móvil y en crecimiento (aunque la guerra logró deprimir la inmigración), con una frontera abierta hacia el Oeste y, para los norteos, un vecino neutral al norte, los hombres podían desaparecer sin grandes riesgos.

Probablemente era más fácil desertar en el Norte que en el Sur, pues en el caso de este último su población era más pequeña, los vecinos se conocían bien unos a otros y la frontera oeste estaba cerrada por anchas barreras acuáticas. Por otra parte, el campo estaba vacío y desafiar a la autoridad con bandas de proscritos constituía una tentación. Mantener el control de un ejército de casi un millón de hombres, por no hablar de equiparlo y abastecerlo, colocaba a los gobiernos central y estatal de la Confederación bajo una presión incesante, y lo mucho que tardó en producirse un colapso constituye una prueba del fuerte arraigo de la causa secesionista en las mentes sureñas.

La primera tarea de Lincoln, cuando la guerra tocó a las puertas de la Unión, fue expandir sus fuerzas militares, el diminuto ejército regular, las milicias estatales y los voluntarios que servían como tropas estatales. El pequeño cuerpo de marines, aunque uno de sus regimientos peleó en la primera batalla de Bull Run, apenas creció; más de la mitad de sus oficiales de menor rango se pasaron a las filas del Sur. El número de generales y jefes del ejército regular aumentó, pero solo lentamente; muchos brigadieres y generales de división fueron asignados en un principio a los cuerpos de voluntarios, y aquellos que alcanzaron grados regulares no los recibieron sino posteriormente. El grado más alto que se otorgaba era el de general de división; una excepción fue Ulysses S. Grant, ascendido a teniente general en marzo de 1864, cuando asumió el grado de general en jefe, bajo una nueva ley del Congreso.

La primera medida de movilización tomada por Lincoln en abril y mayo de 1861 fue llamar a los gobernadores estatales a encontrar ciento diecisiete mil voluntarios en sus milicias para un servicio de tres meses, extendido posteriormente a tres años. Los estados respondieron de inmediato, enviando regimientos organizados hacia Washington, el puesto fronterizo de la confrontación Norte-Sur, y prometiendo enviar más. El 3 de mayo Pensilvania, uno de los estados más populosos, prometió veinticinco regimientos; Ohio, el más importante de los estados del Medio Oeste, veintidós. Nueva York tenía veinte mil hombres armados. Los estados más pequeños de Nueva Inglaterra ofrecieron cuatro regimientos listos y cuatro que llegarían después (Massachusetts); Vermont, Connecticut, y Rhode Island, uno cada uno; Maine, uno enseguida y tres casi listos; New Hampshire, uno formado, dos o cuatro después. En el Medio Oeste, Wisconsin aportó un regimiento listo, uno en campamento, y otros dos que lo estarían a una distancia de un día; Iowa, dos regimientos entrenando; Michigan, seis en distintas fases de preparación.

Todos estos regimientos eran más débiles de lo que daban a entender los documentos. Les faltaba práctica, y sobre todo oficiales cualificados; les faltaban armas y equipamiento; les faltaba incluso una organización coherente. Al principio, en Washington había muchos debates sobre

planes de organización, entre los distintos oficiales que Lincoln había heredado o nombrado para ocupar cargos militares. El anciano Winfield Scott, general en jefe, era demasiado viejo para emprender una administración detallada; él se limitó a diseñar una estrategia para ganar la guerra, dejando a sus colegas a cargo de la formación de un ejército nacional. Simon Cameron, secretario de guerra, no gozaba de la estimación de Lincoln, quien se las arregló para confiar la organización de los voluntarios a Salmon P. Chase, el secretario del tesoro. Chase era muy bueno en resolver problemas complejos y, aunque también era ambicioso hasta el punto de resultar desagradable, había logrado impresionar a Lincoln y a Scott. Chase reclutó a dos hombres para que lo ayudaran: William B. Franklin, arquitecto del edificio del Departamento del Tesoro, quien también era un graduado de West Point, y el general de brigada Irvin McDowell, el asistente general.

McDowell, quien posteriormente ascendería al alto mando, era un jefe experimentado con cierta cultura y que había viajado al extranjero. Conocía los sistemas militares europeos. El estadounidense era de origen inglés, basado en pequeños regimientos independientes, no sujetos a una organización superior; la emergencia de 1861 había producido una multitud de hombres dispuestos a pelear y ajenos a sistema alguno. McDowell y Franklin, por tanto, propusieron crear un ejército nacional de tipo europeo: los voluntarios se alistarían en regimientos numerados a nivel nacional, con dos batallones activos y un tercero para abastecerlos, liderados por oficiales con grados federales. Los estados seguirían jugando un papel, pero sería solo el de suministrar hombres en proporción a su representación en el Congreso y a postular oficiales cuyos nombramientos correrían a cargo del presidente. Salmon Chase, un político astuto que había sido gobernador de Ohio, rechazó su propuesta aduciendo que esta rompía el equilibrio a favor del centro. Los voluntarios de cada estado, así como también los votantes, esperaban que los regimientos tuviesen títulos y numeración estatales y que sus oficiales fuesen designados por los gobernadores de sus respectivos estados. Chase llegó a insistir en atenerse al histórico pero familiar sistema regimental de milicias. En consecuencia, aunque la regulación de mayo de 1864 establecía que los regimientos de

voluntarios en servicio federal debían tener dos batallones, en la práctica la mayoría contaba solo con uno, que casi siempre tenía dificultades para conservar el número de sus tropas. A lo largo de toda la guerra, a los estados les resultó más fácil conformar nuevos regimientos que llenar el vacío que creaban las bajas, las enfermedades o la deserción en las filas de los regimientos existentes. La mano real del viejo amo británico pesaba todavía sobre las fuerzas llamadas a salvar la gran república: los diminutos regimientos de las colonias históricas, y sus equivalentes posteriores, comandados por sucesores de los viejos gobernadores coloniales, fueron los encargados de librar las batallas de la democracia. Sus adversarios serían regimientos del mismo tipo. El mundo militar de las tropas federales y la Guardia Nacional estatal se hallaba a medio siglo de distancia en el futuro.

Aquellos oficiales que habían viajado o visitado ejércitos en el extranjero –Henry Halleck, McClellan, McDowell– estaban, sin embargo, familiarizados con organizaciones por encima del nivel regimental, con brigadas, divisiones, cuerpos e incluso ejércitos independientes. Estas formaciones más grandes eran desconocidas en la historia militar norteamericana; incluso durante la Guerra de México de 1846, los generales Taylor y Scott no habían organizado nada mayor que brigadas y divisiones. Sin embargo, la crisis de 1861 presentaba un nuevo reto. Lincoln, Scott, Chase y McDowell reconocieron desde el principio que para hacerle frente serían necesarios ejércitos independientes, con sus respectivas formaciones subordinadas, y bajo el mando de generales con responsabilidades coordinadas y sujetos a una jerarquía ortodoxa. Habría que convertir las filas dispares de las milicias estatales y de los voluntarios en un ejército de formalidad napoleónica. En el Norte, este comenzó a perfilarse no bien se hizo patente la rebelión; a los brigadieres se les encomendó liderar brigadas; a los generales de división, divisiones. Sin embargo, a mediados de junio, bastante después del primer intercambio de disparos en el fuerte Sumter y entre las tropas en otras partes del territorio, el Norte continuaba teniendo lo necesario tan solo para cinco ejércitos operativos: uno en el arsenal de Harpers Ferry, abandonado pero destruido por su guarnición de antes de la guerra, al mando del viejo

general Robert Patterson; uno al mando del general Benjamin Butler en la gran fortaleza virginiana de Monroe; el ejército del general McDowell en Washington; la pequeña pero recientemente victoriosa fuerza del general George McClellan en el oeste de Virginia; y el del general Nathaniel Lyon en Missouri.

La falta de hombres no fue el factor que limitó la expansión de las fuerzas en el territorio. Por el contrario: los hombres abundaban, como por ejemplo en el caso de Nueva York, el estado y la ciudad. En el primer arrebato de entusiasmo, el gobierno estatal anunció que reuniría treinta y ocho regimientos de voluntarios, con hombres que prestarían servicio por dos años. Simultáneamente la ciudad ofreció catorce, provocando una disputa con Washington acerca de si los voluntarios prestarían servicio por tres años o por dos. El comité militar de la ciudad, que financiaba el reclutamiento y equipamiento con la inmensa riqueza de la ciudad, pero se hallaba ansioso por transferir aquel costo al gobierno nacional, accedió a que fueran tres, pero entonces comenzó a discutir con el gobierno estatal sobre si los catorce regimientos de la ciudad deberían contar como parte de sus treinta y ocho o sumarse a ellos. La decisión de Lincoln de que se sumasen finalmente zanjó la disputa. A lo largo de 1861 el estado y la ciudad de Nueva York reunieron 120.000 hombres, distribuidos en 125 regimientos, batallones o baterías artilleras.

Si bien la falta de tropas no fue, o rápidamente dejó de ser, un problema para la Unión, la falta de equipamiento, armas e incluso provisiones constituía un gravísimo problema. La dificultad para alimentar a los ejércitos sobre el terreno era una limitación histórica de las guerras; solo los estados más desarrollados aprendían a comprar provisiones en lotes y distribuirlas entre los soldados; con demasiada frecuencia los estados en guerra se veían obligados a requisar suministros en el teatro de operaciones, un recurso que se agotaba rápidamente y forzaba la retirada. El Sur, cuyos soldados se alimentaban de pan de maíz y panceta de cerdo, y que peleaban mayormente en su propio territorio, mantuvo al principio un adecuado suministro de raciones; al prolongarse la guerra, se vio obligado a recurrir a la Ley de Requisición, que establecía que los granjeros en las zonas de las operaciones o cerca de los ferrocarriles

vendiesen su producción a precios más bajos que los del mercado. El resultado previsible fue la acumulación y ocultamiento de los granos y el ganado. En consecuencia, los soldados confederados pasaban hambre o subsistían con un mínimo de comida, la cual, cuanto más duraba la guerra, más escaseaba. En el Norte, en cambio, tras una etapa inicial de desorganización, el abastecimiento alcanzó un alto nivel de eficiencia. Su autor intelectual fue Montgomery Meigs, un graduado de la Universidad de Pensilvania y de West Point que, como oficial del Cuerpo de Ingenieros, erigió la cúpula del Capitolio (en construcción durante la guerra) y construyó el acueducto de Washington. Meigs era competente en grado sumo, e incorruptible.

Aunque no era el responsable directo del suministro de raciones, asunto del Departamento de Subsistencia y sus intendentes subordinados, Meigs compraba y organizaba las recuas de caballos, mulas y vagones que llevaban alimentos a los ejércitos. Su nombramiento coincidió con los inicios de la revolución en la producción de alimentos en Estados Unidos; la explotación de las Grandes Llanuras como región productora de granos, y la organización del empacado de carne, tanto fresca como en conserva, en Chicago, convertirían a Estados Unidos en el líder mundial en este ramo. Meigs, como intendente general, trabajando en colaboración con el Departamento de Subsistencia, logró garantizar que cada soldado de la Unión recibiera un suministro diario de pan de galleta y carne salada o enlatada, complementado con vegetales secos, granos de café, pepinillos y melaza. Las raciones del ejército de la Unión rara vez constituían un banquete; pero desterraron por completo el hambre, convirtiendo a los soldados norteamericanos en los hombres mejor alimentados de la historia militar hasta aquella fecha.

Meigs vestía asimismo al ejército, sin glamour pero con decencia, y lo trasladaba, por río, por carretera y por ferrocarril. El norte, con su extensa red de ferrocarriles –expandida durante la guerra–, nunca estuvo en peligro de que fallaran sus comunicaciones estratégicas. El logro más impresionante de Meigs fue garantizar la efectividad del sistema de transporte táctico del ejército unionista, que empleaba carromatos y tracción animal. Tanto la Confederación como la Unión poseían

inmensas reservas de caballos y mulas. Meigs compraba y alimentaba caballos a gran escala. Ya en 1863 el ejército de la Unión tenía un número de caballos igual a la mitad de sus hombres, una proporción desconocida hasta ese momento en una contienda; la proporción que Meigs volvió estándar fue un caballo o mula por cada dos o tres hombres, y un carromato por cuarenta hombres, cuando operaban en territorio confederado. “Un ejército en campaña de 100.000 hombres requería por tanto 2.500 carros de suministros y al menos 35.000 animales, y consumía 600 toneladas de suministros cada día”. Los animales se desgastaban muy rápido; sobreexplotados y mal alimentados, los caballos y las mulas tenían una esperanza de vida en servicio de solo unos pocos meses.

Los carros eran fáciles de construir, y el suministro de animales de tiro, a pesar del desgaste, nunca se agotó. La escasez más acuciante al inicio de la guerra eran las armas cortas y las piezas de artillería. El gobierno federal fabricaba armas en Springfield (Massachusetts) y Harpers Ferry tenía arsenales en varios centros provinciales. Los gobiernos estatales también contaban con reservas de armas para equipar a sus milicias, aunque muchas eran de diseño obsoleto. En abril de 1861 había cerca de 600.000 armas cortas en el país, unas 240.000 en el Sur, el resto en los estados nortños. La armería de Springfield tenía una producción anual de 20.000. Pronto se incrementaría hasta 200.000; pero entretanto el Norte tenía que comprarlas en el extranjero, como también lo hizo el Sur antes de hacerse efectivo el bloqueo. Por falta de fondos, en agosto de 1862 el Sur había adquirido solamente 50.000, pero el Norte había comprado 726.000. Los déficits productivos obligaron al Sur a seguir comprando en Europa, hasta finalmente alcanzar un total de 580.000 rifles, mientras que la producción de Springfield y de veinte contratistas privados cubría las necesidades del Norte. Fue una gran ventaja que el rifle inglés Enfield, el que más se importaba, tuviese un calibre de 14,73 mm., y que por tanto aceptase las balas de Springfield, de 14,48 mm. Esta compatibilidad le convino al Sur tanto como al Norte, que, entre las armas capturadas en combate y el embargo de los arsenales federales, se había hecho con cien mil Springfields desde el comienzo, además de comprar muchos Enfields. Tanto los Springfields como los Enfields usaban balas Minié, una bala

cónica de plomo con estrías que se comprimía contra el cañón al ser disparada. Eran efectivas a casi quinientos metros y provocaban heridas terribles.

No obstante, pasaría al menos un año antes de que los ejércitos estandarizaran el Springfield y el Enfield. Hasta bien entrado el año 1862 muchos soldados, especialmente en el Sur, continuaban equipados con mosquetes de ánima lisa y llave de chispa, o con mosquetes estriados a manera de rifles y adaptados para aceptar la cápsula fulminante. Independientemente del modelo –el Norte durante la guerra aceptó 226.000 rifles austriacos, 57.000 belgas y 59.000 prusianos–, todos se cargaban por la boca. Algunas unidades de caballería y de tiradores de primera de la Unión recibieron rifles con recámara, pero fueron una minoría ínfima. El grueso de los soldados continuó metiendo bala y pólvora por la boca del cañón con ayuda de una baqueta, y colocando una cápsula fulminante bajo el percutor para preparar el tiro. Los soldados experimentados podían llegar a efectuar tres disparos por minuto.

Más escasas aún que las armas de bajo calibre eran las piezas de artillería. En 1861 el ejército de la Unión tenía solo cinco cañones Napoleones de doce libras, cifra que aumentó hasta más de mil cien en el transcurso de la guerra. El Sur adquirió unos seiscientos, un logro extraordinario dada su escasa capacidad de fundición e ingeniería. El Napoleón era de ánima lisa, con un alcance máximo de mil ochocientos metros. La artillería de campo de la Unión adquirió también durante la guerra 587 Parrotts de diez libras, un arma de cañón estriado muy efectiva a mil ochocientos metros, 925 piezas de artillería de cañón estriado, 388 obuses de montaña de cinco kilos y medio, y algunos obuses de once y catorce kilos y medio.

La artillería que ambos bandos llevaban a la batalla consistía sobre todo en cañones de cinco y cuatro kilos y medio, en cantidades sorprendentemente pequeñas. La guerra sería más de rifles que de piezas de artillería, pero cuando estas se presentaban en mayor número, causaban terribles estragos. Aunque solía ser desplegada en la primera línea del campo de batalla, la artillería de campo rara vez era capturada; tal vez por lo valiosa que resultaba para el Norte y el Sur se ponía sumo cuidado en protegerla. Sorpresivamente, la artillería de asedio, el arma

que inició la guerra disparando contra el fuerte Sumter, abundaba, probablemente debido a que el programa de construcción de fortificaciones del Primer y Tercer Sistemas del gobierno federal había encargado la fundición del armamento adecuado. Este incluía cañones Rodman de entre veinte y cincuenta centímetros de calibre, y piezas más viejas de once y catorce kilos y medio. La Confederación, que se benefició con la captura de un gran número de cañones pesados federales en el fuerte Sumter y en la base naval de Norfolk, desplegó varios Columbiads de veinte, veinticinco y treinta y ocho centímetros. Ambos bandos desplegaron grandes cantidades de morteros de corto alcance.

Toda la artillería de la Guerra de Secesión se cargaba por la boca. La artillería más pesada era inmóvil o solo transportable mediante grandes y demorados esfuerzos. La artillería de campo –los cañones Napoleón y Parrott– se organizaba en baterías de cuatro o seis cañones, seis caballos por cada pieza con su cureña. La esencial columna de municiones también era tirada por caballos. Cañón y cureña podían maniobrar velozmente por el campo y, al entrar en acción, una brigada de seis o siete artilleros podía disparar hasta dos veces por minuto. El ritmo alcanzado solía ser más lento, pero como el entrenamiento de artillería era una serie de pasos metódicos, cada uno de ellos a cargo de un solo hombre, hasta las brigadas bisoñas podían aprender bastante rápido a cooperar. Las baterías de la Guerra de Secesión se volvieron eficaces antes que los regimientos de fusileros, en los que cientos de individuos cargando y disparando resultaban más difíciles de coordinar.

Ingenieros, encargados de señales y tropas ferroviarias eran fáciles de reclutar en el Norte, que los necesitaba más que el Sur, de entre las filas de los hombres que estaban levantando la Norteamérica industrial. El Cuerpo de Ingenieros había sido la elite del ejército antes de la guerra y estaba compuesto casi por entero de oficiales; durante la guerra las tropas reclutadas se organizaban en unidades de trabajo, a veces llamadas de zapadores, mineros o pontoneros, según la práctica europea. En ocasiones ejercían de ingenieros de combate, construyendo puentes sobre el terreno, pero más a menudo trabajaban en la construcción de carreteras y terraplenes defensivos. El Sur comenzó por formar un cuerpo de

ingenieros oficiales que supervisaba a una pequeña compañía de zapadores y mineros, pero, al prolongarse la guerra, creó más regimientos de ingenieros y zapadores. En 1862 formó también un cuerpo de señales, cuyas misiones incluían interceptar las señales de la Unión y otras tareas de inteligencia militar. Sin embargo, el Sur no creó un servicio especializado de inteligencia, y tampoco lo hizo el Norte, salvo al emplear a la agencia de detectives Pinkerton, con resultados insatisfactorios. Dada la permeabilidad de la frontera Norte-Sur, circulaba un gran volumen de información secreta, pero ninguno de los dos bandos parecía inclinado a acometer un espionaje organizado contra el otro.

Ya en 1865 el ejército de la Unión, que había comenzado siendo una réplica en miniatura del ejército británico, y el ejército confederado, que anteriormente no existía en absoluto, habían crecido hasta convertirse en los mayores y más eficientes ejércitos del mundo, minuciosamente divididos y subdivididos en formaciones y unidades operativas, y en posesión de todas las especialidades militares. Aunque las potencias militares europeas los tildaran de aficionados e improvisados, cada uno de ellos, pero sobre todo el Ejército de Estados Unidos, superaba a los ejércitos de Francia, Prusia y Rusia en experiencia actualizada y, de no ser por la interposición del Atlántico, hubiera podido amenazar con derrotar a cualquiera de ellos.

---

[1](#) Bell Irvin Wiley, ob. cit., 1952, p. 20.

---

[2](#) James M. McPherson, *Battle Cry of Freedom*, Nueva York, 1988, p. 325.

## IV

### EL ALTO MANDO

*E*l gobierno de Estados Unidos nunca declaró la guerra a la Confederación, una omisión que tuvo extrañas consecuencias legales. Pero fue una cuestión legal lo que le impidió hacerlo. A los ojos del Norte, el Sur no era independiente sino que, constitucionalmente, continuaba siendo parte de la Unión. La Unión no podía pelear contra sí misma, ni siquiera contra una parte de sí misma.

La negativa del Norte a aceptar la independencia legal del Sur facilitó que la Confederación diseñara su constitución casi calcando la de aquella Unión que afirmaba haber abandonado. Así pues, la Confederación redactó una constitución que reproducía, a menudo al pie de la letra, la de Estados Unidos, salvo cuando tenía que referirse a la institución de la esclavitud y aprobarla, cosa que no hacía la Constitución de 1787. La forma de su gobierno imitaba casi exactamente a la de Washington, con un presidente y un vicepresidente, pero cada uno de ellos designado por la asamblea constituyente, no elegido por el pueblo. La asamblea postulaba a los miembros de su Cámara de Representantes y su Senado, elegidos entre los delegados que los estados secesionistas enviaban a Montgomery (Alabama), en tanto que los estados de la Confederación continuaban actuando exactamente igual que antes de la secesión. Los gobernadores y legisladores estatales electos continuaron en sus cargos. Procediendo tal como lo habían hecho antes. El presidente y el vicepresidente eran en un inicio provisionales, hasta ser confirmados mediante elecciones asamblearias en noviembre. El nuevo gobierno aceptó también en bloque todas las leyes, instituciones y prácticas de Estados Unidos, con excepción de un Tribunal Supremo.

Había varios candidatos a la presidencia y a la vicepresidencia. El

hombre finalmente elegido como presidente por la asamblea fue un exsenador de Estados Unidos y secretario de guerra, Jefferson Davis, de Mississippi. Davis, como Lincoln, había nacido en una cabaña de troncos de Kentucky, pero su padre, al trasladarse a Missouri, había prosperado como granjero y envió a su hijo primero a una universidad local y luego a West Point. A diferencia del desgarbado Lincoln, cuya estatura, voz chillona y aspecto descuidado eran a menudo objeto de burlas en el Norte, Davis tenía el aspecto adecuado para el cargo. Su actitud y su imagen eran austeras y siempre iba bien vestido. Sin embargo, carecía de las virtudes personales de que Lincoln hacía gala en el desempeño de su cargo. Era un obsesivo que derrochaba tiempo y energía en los detalles. Era incompetente en sus relaciones personales y solía encastillarse en su dignidad, cosa que Lincoln, hombre genuinamente humilde, nunca hacía, y con demasiada frecuencia se enredaba en discusiones con sus colegas por desacuerdos que Lincoln hubiera eludido con alguna ocurrencia o con uno de sus chistes, de los que poseía una reserva inagotable. Davis era también hipocondriaco, padecía dolencias psicósomáticas, indigestión, jaquecas e insomnio, entre otros achaques. Estos defectos se veían compensados por su evidente integridad personal y su patriotismo confederado. Además era muy trabajador y asumió el cargo precedido por una reputación de eficiencia que había ganado en el Departamento de Guerra. También tenía una auténtica reputación militar, habiéndose destacado en combate en la Guerra de México.

Mientras que la estatura moral de Lincoln aumentó durante la guerra, la de Davis, en cambio, no lo hizo. Le gustaba tener la razón, cualidad que en vez de reforzar su autoridad, solo servía para irritar a sus colegas. También era excesivamente formal, hasta el punto de dirigirse a los esclavos de su plantación en Mississippi por sus apellidos, pues le desagradaba la familiaridad de los nombres de pila. En su vida privada era afectuoso como marido, padre y amigo, pero le faltaba la capacidad de mostrar su humanidad en los asuntos públicos.

En parte debido a esto, el gobierno en Richmond, que pasó a ser la capital confederada en julio de 1861, fue desde el principio mucho menos eficiente que el gobierno de Washington. Esto era en cierto sentido

inesperado, pues el gobierno provisional había actuado con gran rapidez y determinación, tal vez tratando de impresionar a los legisladores del Alto Sur antes de que estos decidieran a favor o en contra de la secesión. Había algunos hombres eficaces en el primer gabinete de Davis, y algunos en el último, como James Seddon, el veterano secretario de guerra. Sus secretarios del tesoro, Christopher Memminger y George Trenholm, hicieron un trabajo extraordinario manteniendo unas finanzas que en la práctica no tenían en qué sustentarse. Cierta tipo de vida económica continuó existiendo en el Sur incluso hasta el final, cuando la inflación y la impresión de dinero despojaron al dólar confederado de todo valor y el gobierno no tenía con qué pagar sus facturas. Lo legislativo opacaba a lo ejecutivo en Richmond. Desde hacía tiempo los sureños habían dominado el Congreso de Estados Unidos gracias a su locuacidad y a su gusto por la polémica; y estos rasgos pasaron también a la Cámara y al Senado confederados, donde abundaban los discursos largos y el uso abusivo de las objeciones. Howell Cobb, un georgiano que fue candidato a la presidencia en 1861, señaló la debilidad fundamental del gobierno confederado al observar que había una escasez de cerebros en Richmond, una falta de sentido común que confinaba a los legisladores y a los funcionarios del gobierno a ocuparse de temas políticos y los apartaba de la construcción de una administración vigorosa y coherente. El egoísmo de los estados mantuvo oprimido todo el tiempo al gobierno central, y cada vez más durante la guerra. Como esta, a los ojos del Sur, era una guerra por los derechos de los estados, era de esperarse que los gobernadores y legisladores estatales insistieran en defender los intereses locales y frustraran los objetivos de la presidencia confederada. A este conflicto se le permitió cobrar demasiada fuerza, con efectos perjudiciales para la política militar esencial, sobre todo en lo tocante al reclutamiento y la asignación de tropas. Los ejércitos en el frente andaban escasos de hombres porque los funcionarios estatales los retenían en su localidad, en milicias estatales, y consumían los recursos que deberían haber sido destinados a los ejércitos en Virginia y Tennessee.

Estas dificultades no afectaban al Norte, donde la maquinaria de tiempo de paz continuaba funcionando normalmente. El Departamento de

Guerra y el del Tesoro, los dos organismos clave del poder de Estados Unidos, tan solo se expandieron, sin tener que ir aprendiendo a desenvolverse sobre la marcha, como en el caso del Sur. Lincoln, aunque tuvo que enseñarse a sí mismo a ser el presidente de un país en guerra, lo cual hizo con suma eficacia, contaba con el apoyo de hombres capaces en su gabinete. La necesidad de manejar a sus ambiciosos rivales, algunos de ellos ansiosos por ocupar su puesto en la presidencia, complicó grandemente su misión de liderazgo. Su éxito en tales maniobras despierta aún más admiración por sus dotes de líder militar.

Lincoln hubo de enfrentar también una dificultad que en el Sur no surgió: la de llevar la dirección del partido y ganar las elecciones nacionales y estatales al mismo tiempo que supervisaba el desarrollo de la guerra. Las elecciones de 1860 habían devuelto la mayoría republicana al Congreso. Sin embargo, al tener el partido un origen tan reciente, y existir división en sus filas integradas por antiguos *whigs* y por exdemócratas, su manejo requería de muchísimo tacto. Afortunadamente, Lincoln era excelente en sus relaciones personales con los hombres influyentes, y aunque sus propias medidas, sobre todo las relacionadas con la esclavitud y la reconstrucción, eran controvertidas y divisivas, logró evitar una ruptura definitiva con individuos o facciones en la capital. Asombrosamente, también se presentó como candidato a tres elecciones nacionales durante la guerra y en todas triunfó, si bien con algunos reveses en 1862. Sus campañas se beneficiaron de la partida de muchos demócratas del Congreso hacia el sur en 1861. No obstante, en la elección de diputados al Congreso de 1862 alcanzó mayoría, si bien los votos de California y Nueva Inglaterra hubieron de compensar los malos resultados en los estados del Centro, de la Costa Este y del Medio Oeste. En las elecciones locales de 1863 aseguró su puesto, y en las elecciones presidenciales de 1864 conquistó el voto popular en proporción de cinco a uno. Lo que resulta aún más extraordinario en retrospectiva es que los complicados procesos burocráticos de unas elecciones nacionales se llevaran a cabo exitosamente en medio de una guerra, en la cual se hicieron pocas concesiones a la circunstancia de que los soldados votantes se hallaban en el frente. Ya fuera otorgando permisos, u organizando

votaciones por correo, todos los hombres uniformados lograron votar.

Ambos gobiernos tenían que realizar complejas maniobras diplomáticas al tiempo que guerreaban, con la diferencia de que mientras la Unión pretendía tan solo mantener las buenas relaciones normales con el mundo exterior, la Confederación ambicionaba desesperadamente ser reconocida como un estado soberano que libraba una guerra de autodefensa. Este era un asunto de importancia capital, ya que este reconocimiento podía transformar las perspectivas de la Confederación, y por ese motivo la Unión se oponía tenazmente a ello. Para su fortuna, la Unión podía exhibir una política externa consistente, pues la Doctrina Monroe había establecido, desde los primeros tiempos de la república, que el gobierno federal haría frente a cualquier intervención en los asuntos del Nuevo Mundo por parte de cualquier gobierno del Viejo Mundo. Concebida originalmente como un medio de preservar las libertades del Nuevo Mundo contra cualquier extensión o renovación del colonialismo, esta doctrina fue puesta hábilmente al servicio de los intereses de la Unión en la guerra con el Sur. La Confederación, en cambio, estaba más que ansiosa por derogar esta doctrina, pues tal maniobra permitiría abrir las vías marítimas a la ayuda proveniente de Europa. En un principio predominaba la creencia de que el Sur podría alcanzar el reconocimiento mediante presiones económicas. Las industrias textiles europeas, y particularmente la británica, dependían de las importaciones de algodón, y estas provenían del Sur, que enviaba hasta cuatro millones de pacas al año al otro lado del Atlántico. En el Sur se creía que la supresión del suministro causaría tal penuria en las ciudades textiles del norte de Inglaterra que las protestas, tanto de los dueños como de los trabajadores de las fábricas, harían que el gobierno extendiese de inmediato su reconocimiento. En consecuencia, los propios administradores del comercio algodonero en el Sur, no el gobierno confederado, establecieron un embargo sobre las exportaciones de algodón, en aras de provocar ese resultado. El embargo ciertamente tuvo consecuencias. En 1862 la escasez de algodón había hecho caer abruptamente la producción en las ciudades textiles. Pero la opinión pública resultó más caprichosa de lo esperado. La gente de la industria textil, todos ellos abolicionistas, y casi todos baptistas

o metodistas, se opusieron por principio a que su gobierno extendiera su reconocimiento al poder esclavista. Los historiadores han discutido sobre hasta qué punto los principios prevalecieron sobre los intereses económicos durante este periodo. Si prevalecieron, en todo caso fue solo parcialmente, pues sus efectos se vieron compensados por la existencia de reservas de importaciones de antes de la guerra, por los suministros provenientes de nuevas fuentes de producción en la India y Egipto, y por el surgimiento de formas de trabajo alternativas estimuladas por el *boom* de la floreciente economía norteña; a los efectos, la escasez de algodón no se hizo sentir tanto como previeron los fervorosos creyentes en la primacía del Rey Algodón. Además, el apoyo al Sur en Inglaterra resultó menos uniforme de lo esperado. Aunque desde la Guerra de Independencia quedaba un remanente de sentimiento antiyanqui en Inglaterra, los partidarios del Norte incluían a figuras tan insólitas como el duque de Argyll, uno de los mayores terratenientes de Inglaterra, junto a los radicales, los líderes de las iglesias protestantes no anglicanas, y los literatos e intelectuales. También el apoyo al Sur llegó de direcciones inesperadas; inexplicablemente, Gladstone era prosureño mientras que el primer ministro conservador Benjamin Disraeli y su secretario de asuntos exteriores, lord John Russell, se negaron a reconocer a la Confederación durante toda la guerra. En general Inglaterra mantuvo una postura pronorteña de principio a fin, fundamentalmente porque el abolicionismo se había convertido en un principio casi universal de la doctrina política británica desde los tiempos de Wilberforce a principios de siglo.

Pero hubo ocasiones en que la política pronorteña se vio severamente presionada, especialmente en noviembre de 1861 durante lo que dio en llamarse el incidente del *Trent*, cuando un oficial de la marina estadounidense, actuando por cuenta propia, detuvo en alta mar un barco británico, el *Trent*, que transportaba a representantes de la Confederación. Los funcionarios confederados fueron trasladados a territorio de la Unión y el gobierno británico naturalmente protestó del modo más enérgico contra aquella interferencia de la Unión en el libre movimiento de embarcaciones extranjeras. Hubo demandas en Inglaterra a favor de una represalia militar y muchas demandas en el Norte de Estados Unidos a

favor de una resistencia militar. Durante un tiempo la crisis amenazó con destruir las relaciones entre Inglaterra y el Norte, hasta que criterios más serenos prevalecieron y a los funcionarios confederados se les permitió continuar su viaje.

El incidente del *Trent* constituyó el ápice del reconocimiento que obtendría la Confederación. Ningún acontecimiento posterior alcanzó el mismo nivel de intensidad, y si bien las relaciones entre Estados Unidos e Inglaterra pasaron por otros periodos de tensión, sobre todo a raíz de la construcción en puertos británicos de naves de contrabando y lanchas de asalto, ni siquiera estas provocaciones desviaron al gobierno británico de lo que llegó a ser su firme propósito de mantenerse al margen del conflicto Norte-Sur. El otro único partidario potencial del Sur era Francia, a la que también afectaba la escasez de algodón. Su gobernante, Napoleón III, estaba deseoso por derrocar el embargo pero también ansioso por no contrariar al Norte, debido a sus propios intereses en los asuntos estadounidenses. En 1862 había enviado una fuerza expedicionaria a México con el fin de obtener el pago de los préstamos efectuados al gobierno mexicano, un conocido pretexto decimonónico de las potencias coloniales para intervenir en los asuntos de una conquista potencial. Napoleón anunció la sustitución del gobierno republicano de Benito Juárez e instaló en su lugar a un gobernante títere, el príncipe Maximiliano, un archiduque Habsburgo, que asumió el título de emperador. Esta intervención constituyó una flagrante violación de la Doctrina Monroe que también provocó una larga y feroz guerra intestina. Torpemente, el Departamento de Estado confederado concibió la idea de ganar el reconocimiento de Francia respaldando la legitimidad de Maximiliano. Como Napoleón III sabía que reconocer a la Confederación era una medida que con toda seguridad acarrearía una ruptura con Washington, el desenlace que menos hubiera deseado, no alentó a la Confederación a que apoyase su aventura con Maximiliano, que terminó en un trágico fracaso. La diplomacia confederada tampoco logró crear relaciones constructivas con ninguna otra gran potencia. Se hallaba en una situación insoluble: era incapaz de ganar sin apoyo extranjero, pero solo con la victoria podría recabar dicho apoyo.

Solo podría alcanzar victorias por la superioridad de su liderazgo militar, pues no tenía esperanzas de superar al Norte en cantidad de hombres, ni en producción de artículos militares, ni en tecnología militar. Como muchos hombres influyentes del Norte sabían, por haber estado en West Point junto con sus adversarios, el Sur poseía un número extraordinario de comandantes talentosos. Robert E. Lee era casi universalmente reconocido como un general de dotes excepcionales. Winfield Scott le había ofrecido el mando del ejército de la Unión antes de que él insistiera en “marchar junto a su estado”. Finalmente, aunque demasiado tarde, fue nombrado general en jefe de la Confederación en 1865. En los cuatro años anteriores, Jefferson Davis había actuado como su propio comandante en jefe, un puesto al cual tenía derecho por su cargo pero para el que carecía de las virtudes necesarias. Davis sabía lo suficiente de temas militares para comandar los ejércitos confederados administrativamente. Lo que no tenía era la visión para configurar una estrategia victoriosa, ni la voluntad para ponerla en práctica. Pero, por otra parte, nadie en la Confederación y solo un puñado de los que vinieron después en la Unión tenían la capacidad intelectual para concebir una estrategia que condujese a la victoria.

Lincoln estaba rodeado de hombres que ambicionaban nombramientos militares o, en caso de ser ya oficiales, ascensos. Eran hombres respaldados por los políticos de sus estados o sus comunidades, especialmente los alemanes, y por sus mujeres. Como descubriría al estallar la Segunda Guerra Mundial el general George C. Marshall, jefe del estado mayor de Franklin D. Roosevelt, los viejos conocidos solían mendigar favores echando mano incluso de las relaciones más endebles. Marshall plantó cara a estos solicitantes, cortando relaciones con sus viejos amigos y con las esposas de sus viejos amigos. Lincoln, en cambio, era un buenazo. De una esposa que quería que nombrara a su marido general de brigada, escribió: “Es una mujer briosa y temo que seguirá atormentándome hasta obligarme a hacerlo”.<sup>[1]</sup> Él no se oponía a estos cabildeos: desde el principio mostró avidez por descubrir hombres de talento, y estaba dispuesto a poner a prueba a cualquiera en quien vislumbrara alguna capacidad. El problema era que tales hombres eran

muy escasos, y solamente se revelaban en las rudas circunstancias del combate. Muchos más numerosos eran los hombres que aceptaban los ascensos, que a menudo les eran ofrecidos por razones políticas, pero luego esperaban que el presidente les dijera lo que tenían que hacer.

Si el Departamento de Guerra de Estados Unidos hubiera sido tan ineficiente como eran la mayoría de los organismos centrales sobre el terreno, es poco probable que el Norte hubiese logrado echar a andar la guerra. Sin embargo, por puro azar, los funcionarios clave en 1861 eran hombres muy capaces. El primer secretario de guerra, Simon Cameron, era ineficiente y Lincoln se deshizo de él nombrándolo embajador en Rusia. Su sucesor, Edwin Stanton, era casi demasiado eficiente. Tenía total confianza en su propia capacidad, y con razón, pero no tenía tacto a la hora de señalar a los demás sus deficiencias. Era casi deliberadamente descortés con los contratistas militares, porque sospechaba, acertadamente, que la corrupción llegaba a todos los niveles. Él mismo era del todo honesto y administraba hábilmente los contratos de guerra. En esto lo asistía con eficacia el intendente general, Montgomery Meigs. Al igual que Stanton, Meigs fue enteramente honesto y gastó mil quinientos millones de dólares en equipamiento bélico sin la menor imputación de fraudulencia. Lo que significó Josiah Gorgas para el armamento confederado, lo fue Meigs para los suministros militares de la Unión. Patrocinó la adopción de tallas estandarizadas en la fabricación de ropa y el cosido mecanizado de las suelas de las botas, prácticas que se extendieron a los negocios civiles después de la guerra y condujeron a una revolución en la confección industrial de ropa y equipamiento en Estados Unidos.

Lo que a Lincoln le faltaba era un homólogo de Stanton como asistente general, el funcionario que administra el personal, organiza las carreras, coordina los ascensos y elige a los comandantes. Nunca encontró un hombre así, y tuvo que elegir él mismo a los generales en base a las azarosas evidencias de sus éxitos en combate y en compañía. Sus tres primeros nombramientos fueron desacertados. A Irvin McDowell, el hombre que puso al mando en la primera batalla de Bull Run, no le faltaba cualificación, pero carecía de la fuerza de carácter necesaria para dirigir

un ejército grande en el campo de batalla. También George McClellan era en teoría un hombre cualificado. Los hechos demostrarían que, aun siendo un brillante organizador y entrenador, carecía del instinto asesino para poder, según una frase de Lincoln, “llevar las cosas hasta el final”, en el sentido de llevar a una conclusión exitosa un combate con el enemigo. Lincoln se impresionó con él hasta el punto de nombrarlo general en jefe después de que Winfield Scott tuviera que retirarse de su cargo, pero también él hubo de ser reemplazado; su sucesor fue Henry Halleck, a quien sus colegas de West Point llamaban “Old Brains” por haber publicado un tratado de táctica de infantería. Su reputación intelectual era injustificada, ya que había hecho poco más que traducir del francés. No obstante, era un hombre competente y práctico, que tuvo un desempeño útil como jefe del estado mayor de Grant durante los últimos años de la guerra. Para entonces ya Lincoln había encontrado, por ensayo y error, su propio método de dirigir el Departamento de Guerra y de supervisar las operaciones sobre el terreno. Lo que necesitaba era generales capaces de comandar ejércitos. Ya en 1862, McClellan le había fallado, como también lo hicieron varios comandantes subordinados en distintos escenarios: John Frémont en el Oeste, Don Carlos Buell también en el Oeste, Ambrose Burnside, Nathaniel Banks y John Pope.

No obstante, para gran alivio de Lincoln, comenzaban a destacarse algunos éxitos: Grant en primer lugar, pero también William T. Sherman y, con algunas reservas, George Meade. Con el nombramiento de Grant como general en jefe en marzo de 1864, Lincoln resolvió a la vez el problema de disponer de asesoramiento estratégico de primera calidad y el de tener mejores oportunidades de vencer en las batallas. Grant era un estratega absolutamente lúcido y al mismo tiempo un denodado ganador de batallas. Su récord no estaba del todo exento de problemas, como demostraría el costo de la campaña de 1864, pero él confiaba plenamente en que sería capaz de ganar la guerra y, como en efecto lo hizo, finalmente logró disipar todos los temores de Lincoln.

Los problemas de Jefferson Davis en la conducción de la guerra eran el reverso de los de Lincoln. Contaba con varios destacados comandantes de campo que demostraron su calidad desde el principio, especialmente

Thomas “Stonewall” Jackson, Robert E. Lee y, al frente de la caballería, J. E. B. Stuart y Nathan Bedford Forrest. Lo que le faltó al Sur, en un principio y durante toda la guerra, fue un cerebro estratégico. Esta carencia se debió tal vez a la debilidad intrínseca de la situación estratégica del Sur, incomunicado con el mundo exterior e incapaz de igualar al Norte en capacidad de movilización de tropas. Dadas las circunstancias, los logros militares de la Confederación resultan extraordinarios. No obstante, tal vez hubiera podido prolongar la guerra todavía más de haber adoptado y mantenido la estrategia propuesta y empleada por Joseph E. Johnston en 1864, evitando los enfrentamientos, desarrollando una estrategia ofensivo-defensiva, e intercambiando espacio en lugar de combatir. Pero por grande que fuera el Sur, solo podía ceder una cantidad finita de espacio. Grant aplaudió la estrategia de Johnston pero no concedió que fuese una estrategia vencedora. Lee no era en realidad un estratega, aunque era brillante como táctico y como líder de operaciones. Su campaña de ofensivas limitadas contra el Norte entre 1862 y 1863 constituye todavía un modelo de cómo una fuerza más débil puede presionar eficazmente a una más fuerte. Podría argüirse que Lee fracasó por falta de atrevimiento. De haber podido y querido organizar una incursión de largo alcance por la parte estrecha del Norte, desde Tennessee hasta Ohio, puede que hubiese conseguido desatar suficiente pánico en Washington y en las ciudades del litoral atlántico para transformar las condiciones de la guerra y obligar al Norte a pelear a la defensiva durante un periodo prolongado. Lee jamás intentó una campaña semejante, probablemente por carecer de una base desde donde lanzarla, y de los recursos logísticos para sostenerla. La Confederación tuvo otra desventaja significativa durante toda la guerra a causa de su incapacidad para obtener el reconocimiento diplomático de las grandes potencias europeas. Dada la importancia económica de Estados Unidos, era comprensible que ni Francia ni Inglaterra desearan ofender a Washington aceptando embajadores de Richmond o enviándole los suyos. Aun así, con su monopolio virtual sobre la producción de algodón, la Confederación gozaba de una influencia considerable en los asuntos internacionales, y cabría suponer que, con más habilidad diplomática, el

Sur podría haber alcanzado un mayor grado de reconocimiento que el que alcanzó –que fue cero–; un fracaso extraordinario para un gobierno que logró hacer efectiva la amenaza de asediar al de Estados Unidos.

---

<sup>1</sup> T. Harry Williams, *Lincoln and His Generals*, Londres, 1952, p. 20.

## V

# LA GEOGRAFÍA MILITAR DE LA GUERRA DE SECESIÓN

*L*a geografía, el más importante de los factores que influyen en el desarrollo de una guerra, ha tenido una importancia meridiana en las guerras en Norteamérica, donde la inmensidad, variedad y carácter drámatico del territorio obligan a los soldados a adaptarse a sus demandas con mayor rigor que en casi cualquier otra región del mundo. Ya en 1861 numerosas guerras europeas habían tenido lugar en Norteamérica. Estas guerras habían adoptado nombres americanos por la parte de los combates que se libró en el nuevo continente: la Guerra de Sucesión Española se llamó la Guerra de la reina Ana, la de la Sucesión Austriaca se llamó la Guerra del rey Jorge, la Guerra de los Siete Años, 1754-1763, se llamó la Guerra Franco-India. La Guerra de los Siete Años se originó en Norteamérica, pero se extendió hasta el otro lado del Atlántico provocando campañas en Europa y hasta en el océano Índico, lo que demuestra la importancia comercial alcanzada por la Norteamérica colonial de mediados del siglo XVIII.

La geografía había condicionado los enfrentamientos en suelo norteamericano entre ingleses y franceses, los principales protagonistas de las guerras coloniales. En un principio habían combatido por el control de puntos clave en el litoral atlántico. Al extender su dominio tierra adentro, el conflicto giró en torno al control de las vías de comunicación, principalmente los ríos. Ya en 1754, al estallar la Guerra Franco-India, Francia había definido una política estratégica para Norteamérica, centrada en asegurar el dominio de cuanto controlaba, buena parte de los Grandes Lagos y los afluentes orientales del Mississippi, y en negar a Inglaterra toda oportunidad de penetrar en el territorio de Nueva Francia.

Esta política, que dio en llamarse la “política de postas”, se inició en la década de 1680, cuando el gobernador D’Iberville comenzó a construir fuertes que bloqueaban los caminos que conducían desde las llanuras costeras, cruzando los montes Apalaches, hasta el territorio de Ohio, bañado por los grandes afluentes del Mississippi, los ríos Ohio, Tennessee y Cumberland. Los franceses también estaban decididos a controlar los otros ríos más pequeños del norte, el Mohawk y el Richelieu, que conducían desde la costa de Nueva Inglaterra hasta “la gran carretera del continente”, el río San Lorenzo. La lógica de la política francesa era simple. Como les faltaba población, en tanto que los colonos ingleses eran numerosos, para dominar el continente necesitaban confinar a los ingleses en la costa al este de los Apalaches y retenerlos allí mediante las operaciones de la milicia colonial francesa, un pequeño ejército regular francés, y sus aliados indios. Durante ochenta años la política de postas funcionó a la perfección. Al final, sin embargo, el número de hombres resultó decisivo. En 1754, cuando había tan solo cincuenta y cinco mil colonos franceses, el número de ingleses había ascendido a un millón y muchos de ellos buscaban brechas en las defensas francesas para llegar hasta el interior por iniciativa propia. El desfiladero de Cumberland, el sitio por donde era más sencillo cruzar los Apalaches, había sido descubierto en 1750 y los aventureros lo utilizaban para llevar mercancías a los indios del otro lado y cambiarlas por pieles, el principal producto de valor de Norteamérica. En 1759 los ingleses irrumpieron en el valle del San Lorenzo y destruyeron las bases del poder francés en Montreal y Quebec. Una vez adueñados del San Lorenzo, los ingleses se hicieron enseguida con el control de los Grandes Lagos y llegaron hasta el Mississippi. Aquello significó el fin de Nueva Francia, puesto que su “política de postas” dependía del control de dos cordones, la cadena de los Apalaches y la línea del Mississippi, para poder impedir la entrada de los ingleses en la vasta región intermedia, el territorio de Ohio, el “Viejo Noroeste”, y las inmensas extensiones que llegarían a ser el centro de Estados Unidos. La política francesa fracasó. Su diminuta población de colonos, reforzada con ayuda de sus aliados indios, simplemente fue tragada por la enormidad de su imperio, que en su mayor parte no fue

colonizado en absoluto. Los franceses habían contribuido mucho a definir los contornos de lo que sería Estados Unidos. Habían recorrido el Mississippi a todo lo largo, desde su confluencia con el Missouri hasta el Golfo de México; habían fundado las ciudades de Nueva Orleans y St. Louis; habían penetrado hasta las Colinas Negras de Dakota. Pero no habían llegado hasta el Pacífico ni descubierto las Rocosas.

Los británicos, durante el breve periodo en que gobernaron Norteamérica sin oposición, poco añadieron a los logros franceses. Su imperio norteamericano siguió siendo costero. Incluso perpetuaron el empeño de los franceses en mantener a los colonos al este de los Apalaches, aunque más como una concesión hacia los indios de las tierras del Ohio que como una política estratégica. La guerra que libraron para suprimir la rebelión de sus colonos tuvo lugar en una zona muy restringida, a lo largo de la costa atlántica y de la frontera con Canadá. Al igual que a los franceses, su escasez de hombres les impedía atacar las trece colonias desde tierra adentro. A diferencia de los franceses, su dominio del mar, aunque no les servía de mucho, compensaba su incapacidad de maniobrar en el interior. Su decisión de llevar la guerra hasta el Sur en los últimos años de la Guerra de Independencia no obstaculizó la campaña de los colonos como se había esperado. A lo largo de toda la guerra George Washington se mostró superior a los ingleses por la habilidad con que utilizaba las vías fluviales para cubrir sus líneas de avance y los bosques costeros como escondites. Sin embargo, la geografía humana y física del nordeste de Norteamérica resultó decisiva contra los ingleses. No existían carreteras largas, y los ríos de la costa atlántica no servían como canales estratégicos, pues eran estrechos y fluían de oeste a este. Las campañas entre 1776 y 1782 fueron precursoras en muchos aspectos de las de 1861 y 1862 durante la Guerra de Secesión, y por las mismas razones: carreteras malas o inexistentes, mapas erróneos, ausencia de mapas y ríos que fluían en el sentido equivocado.

La geografía frustró los intentos de los franceses por conquistar Norteamérica y socavó los de los ingleses. En el momento en que comenzó la Guerra de Secesión en Norteamérica en 1861, la extensión política de lo que era por entonces Estados Unidos agravó el problema. El

hecho de que apenas existiese una perspectiva geoestratégica general del territorio de Estados Unidos constituyó una gran desventaja para el Norte. Los generales tenían una noción, como la tenía Winfield Scott desde el principio, de adónde enviar los ejércitos y qué sitios debían asegurar. Pero desconocían las dificultades que los esperaban en el trayecto o incluso si tales desplazamientos eran posibles. Por una parte, estaba la ausencia de mapas; por la otra, la ausencia en todo Estados Unidos del tipo de conocimiento del terreno que los soldados en Europa, incluso en un país tan vasto como la Rusia europea, podían dar por supuesto.

Los ejércitos europeos tenían universidades de Estado Mayor y academias de geografía militar donde se estudiaba y cotejaba el acervo geográfico. En Estados Unidos no existía nada parecido, ni en el Norte ni en el Sur. West Point era una academia de ingeniería militar en sentido estricto. No había en el país ninguna otra escuela de ciencia militar equivalente o superior. Las academias militares del Sur, instituciones estatales o privadas como el IMV y la Ciudadela, eran imitaciones de West Point y de menor nivel académico. Si Estados Unidos hubiera contado con una universidad de guerra y de Estado Mayor y hubiera reunido el conocimiento topográfico disponible, un graduado podría haber resumido los problemas geoestratégicos que enfrentó el Ejército de Estados Unidos en 1861 del modo siguiente:

El principal problema al que se enfrentaba el gobierno federal en su esfuerzo por restaurar la Unión eran las distancias. Desde la frontera norte de Virginia hasta Nueva Orleans hay mil seiscientos kilómetros. Desde la boca de la bahía de Chesapeake hasta el Mississippi en Memphis hay casi 1.450 kilómetros. Desde Louisville (Kentucky), hasta Mobile (Alabama), hay más de ochocientos kilómetros. El territorio de los once estados secesionistas forma pues un tosco cuadrilátero de casi dos millones quinientos mil kilómetros cuadrados de extensión. No hay carreteras directas que penetren en esta enorme área; en gran parte de la misma, las carreteras solo tienen una importancia local y no se conectan con las de los estados o siquiera los condados vecinos, y a menudo se desvanecen sin razón aparente. Los ferrocarriles garantizan cierta

comunicación a distancia, a través de una longitud total de solo 14.134 kilómetros, en comparación con los 22.500 kilómetros de rieles que hay en el territorio de la Unión. Los ferrocarriles sureños, no obstante, son poco sólidos, y en su mayoría han sido fabricados con prisa y economizando. Tampoco se atienen a un ancho de vía estándar. Algunas líneas tienen la medida normal de 143 centímetros, pero algunas son de 152 y otras de 167 centímetros; allí donde se juntan es necesario realizar un transbordo. En consecuencia, hay solamente dos rutas directas en el Sur, una que va desde Richmond hasta Corinth (Mississippi), pasando por Chattanooga; la otra, todavía en construcción, desde Montgomery (Alabama), hasta Petersburg, pasando por Atlanta, Augusta y Wilmington. Ambos sistemas apenas se interconectan, y los únicos enlaces entre ellos son de Chattanooga a Atlanta y la conexión, menos útil, de Corinth con Mobile.

La falta de conexión entre los sistemas ferroviarios sureños está dictada por grandes accidentes geográficos, en especial la cadena de los Apalaches, que divide diagonalmente el Alto del Bajo Sur; la conexión ferroviaria Chattanooga-Atlanta utiliza el paso de Chattanooga para cruzar las montañas. Si bien los Apalaches dificultan las comunicaciones terrestres del Sur, también ofrecen una valiosa barrera defensiva contra los ataques desde el territorio de la Unión en el Medio Oeste, protegiendo el norte de Virginia y las Carolinas de una invasión, aunque también proporcionan a los ejércitos norteros, en caso de adoptar esta una estrategia ofensiva, una vía encubierta de acceso a los estados atlánticos del centro desde el valle de Shenandoah.

Los Apalaches no son el único accidente geográfico importante que brinda protección a los rebeldes. De igual importancia son los ríos sureños y los de las tierras fronterizas. El Ohio y sus grandes afluentes, el Cumberland y el Tennessee, forman una línea de fosos que protege el Alto Sur central, mientras que el Mississippi, con el cual se conectan, priva a la Unión de toda esperanza de penetración, incluso si contase con vías de comunicación desde el Oeste.

Por otra parte, estos grandes accidentes topográficos ofrecen algunas ventajas a la Unión, no solo desventajas. El Mississippi y los Apalaches

imponen críticas divisiones internas, sobre todo el Mississippi. Si consiguiésemos tomarlo, Texas y Arkansas quedarían aisladas del resto de la Confederación. La cuenca oriental del Mississippi deviene entonces un escenario de guerra independiente, cuyo dominio debería ser un objetivo de la Unión. El empleo del río como eje de avance, y de sus afluentes, el Ohio (Tennessee) y el Cumberland, como vías de acercamiento, facilitará el acceso a la cuenca.

El límite oriental de la cuenca del Mississippi es la cordillera de los Apalaches. A diferencia del río, no puede ser tomada ni asegurada. No obstante, también define un escenario de guerra, el de Georgia y las Carolinas, limitado por el Atlántico hacia el este. El control de Georgia y de las Carolinas es un objetivo de guerra esencial, debido a la riqueza de la región y el tamaño de su población, sobre todo de su población masculina. Sin embargo, la región es de difícil acceso, pues tiene un litoral bajo y anegado, su frontera montañosa forma una muralla natural, y sus ríos no pueden ser usados como rutas de avance por fluir en sentido contrario. La región solo es accesible por el norte, cruzando Virginia, o por el sur, a través de Alabama, o realizando un avance lateral bordeando el sur de los Apalaches. Todas estas rutas presentan dificultades tanto físicas como militares.



La ausencia de objetivos obvios para una gran operación ofensiva complica cualquier plan de guerra norteno. A diferencia de la Unión, que

tiene varias ciudades grandes que se prestan a ser atacadas por hallarse cerca de sus fronteras –Baltimore, Filadelfia, e incluso Nueva York–, el Sur carece de ciudades grandes y las que tiene se encuentran bien adentradas en su territorio –Charleston, Nueva Orleans, Atlanta–, y resulta difícil aproximarse a ellas. Solo Richmond está a una distancia accesible y se halla defendida por complejas barreras acuáticas. Su estatus de capital de la Confederación la convierte en un blanco obvio y alentará al gobierno confederado a protegerla con fuertes defensas artificiales, lo que probablemente requerirá de prolongadas operaciones de asedio para poder llegar hasta ella. El carácter rural del interior sureño y la ausencia de grandes centros de población imponen a la Unión la necesidad de efectuar largas marchas a través del país con el objetivo de enfrentar al enemigo allí donde este se encuentre. Si el enemigo rehúsa presentar batalla y opta por librar una campaña de evasión y dilación, la guerra será muy prolongada. Incluso si el enemigo pelea, la enorme extensión de su territorio le ofrece la oportunidad de abandonar el combate a voluntad y retirarse a los espacios vacíos de su territorio, que, aun siendo de escaso desarrollo, cuentan con suficiente producción agrícola para abastecer abundantemente a los ejércitos confederados de paso.

La Unión por tanto se enfrenta a la perspectiva de una guerra de marchas forzadas a grandes distancias. Las únicas regiones en que la Unión cuenta con ventajas indudables son las zonas costeras, donde su superioridad naval le permitirá desembarcar fuerzas en puntos ventajosos, amenazando las ciudades sureñas y acortando las distancias que habrá de recorrer. La retención de algunas de las grandes fortalezas marítimas federales propicia todavía más dicha estrategia anfibia. Una ruta importante y obvia de avance hacia la costa es a través de la bahía de Chesapeake, desde donde hay accesos ribereños a Richmond, y una base segura en la fortaleza Monroe.

De haberse escrito un análisis geoestratégico como este al inicio de la guerra, los acontecimientos hubieran confirmado su justeza. Acaso la más profética de las observaciones hubiera sido la de la ferocidad y frecuencia

de los combates. Durante casi exactamente cuatro años de conflicto, se libraron doscientas treinta y siete batallas con nombres, y muchas otras acciones menores y escaramuzas, las mayores siempre caracterizadas por su intensidad y por el gran número de bajas en ambos bandos. La Guerra de Secesión fue una de las guerras más feroces de la historia, a consecuencia de su geografía, pues el soldado enemigo, en ausencia de objetivos geográficos evidentes, aparecía como el único blanco para los ataques.

## VI

### LA VIDA DEL SOLDADO

*L*a vida militar para la inmensa mayoría de los jóvenes, del Norte y del Sur, que marcharon a la guerra en 1861 comenzaba juntándose con amigos, vecinos y compañeros de clase en la reunión informal de la que saldría una compañía o un regimiento. Casi ninguno de los que se incorporaban sabía nada del oficio de soldado: ninguna preparación, ningún manual de armas, ningún hábito de obedecer órdenes. Había pocos instructores, uno o dos oficiales de la milicia en el mejor de los casos, tal vez un veterano de la Guerra de México o un inmigrante reciente que hubiese servido en algún ejército europeo. Había que aprenderlo todo, de cualquier manual de entrenamiento disponible. El aprendizaje comenzaba con formar filas y marchar al unísono, girar a la izquierda y a la derecha, avanzar, retroceder. Si se disponía de armas, los reclutas procedían luego a manejar cualesquiera mosquetes o rifles hubiese a mano, primero los movimientos básicos, después los pasos necesarios para cargar y efectuar un disparo, aunque el tiro con munición de verdad vendría más adelante.

En las primeras etapas de la creación de la compañía tenía lugar el nombramiento de oficiales, usualmente elegidos entre quienes tuviesen experiencia militar o entre los notables de la localidad que hubiesen tomado la iniciativa en la formación de la unidad. Un método común de nombramiento era mediante elecciones, aunque a menudo esto creaba problemas si aquellos que se creían con derecho al cargo no eran electos. Las duras pruebas del servicio podían conducir a la sustitución de aquellos designados que resultasen inadecuados.

A medida que la unidad aprendía los rudimentos, otros asuntos prácticos adquirían importancia: conseguir uniformes y albergue, realizar

los preparativos culinarios. En el Norte el gobierno pronto comenzó a suministrar chaquetas azules estándares, gorras y pantalones, a menudo para reemplazar vestimentas privadas, que a veces eran versiones de atuendos extranjeros, como el traje francés de zuavo, el estilo cazador, o las plumas y pantalones a lo Garibaldi. Las unidades sureñas se vestían, o bien ellas mismas, o bien a expensas del estado, al principio, siempre que era posible, de gris cadete; más adelante, al agotarse los suministros, con una tela artesanal teñida de un color parduzco que dio en llamarse *butternut* [nogal].

Al principio los soldados vivían en cualesquiera edificios que hubiera disponibles, salones o escuelas públicas, molinos, tabernas; algunos de los primeros en llegar a Washington en 1862 fueron albergados en los museos de la capital. Sin embargo, tan pronto como podían, los nuevos regimientos procuraban adquirir tiendas y establecer campamentos bien ordenados. El alojamiento estándar era un tipo de tienda llamado Sibley, una estructura en forma de campana con capacidad para dieciséis hombres. Más común, por ser más práctica sobre el terreno, era la tienda de campaña pequeña, que se formaba extendiendo el cobertor impermeable del soldado a la mitad en un palo o una cuerda. Podía cobijar a cuatro o, si se apretaban, a seis. En su interior el soldado se acostaba en la manta que llevaba doblada en su mochila. Como la guerra comenzó a inicios del verano, aquella exigua ropa de cama lo mantenía caliente. Durante el primer invierno los ejércitos aprendieron a improvisar estufas portátiles.

Los suministros son el primer prerrequisito en una guerra y siempre han formado parte de las primeras preocupaciones de los comandantes. Wellington, tanto en la India como en la península Ibérica, escribía constantemente acerca de la necesidad de bueyes, que, al ser conducidos junto al ejército en marcha, proporcionaban carne y también se los podía emplear como bestias de carga. Pero incluso cuando se contaba con animales para el transporte de provisiones, la naturaleza percedera de los comestibles era una preocupación constante. En consecuencia, históricamente los comandantes han sucumbido a menudo a la tentación de abastecerse del campo, lo que en la práctica implica saquear a la

población local, un recurso deficiente pues envenena las relaciones con los civiles y constituye además una fuente poco fiable. Los ejércitos consumen rápidamente las zonas en campaña y los de caballería a la velocidad del rayo. Ya en el siglo XIX los ministerios de guerra hacían grandes inversiones en el desarrollo de métodos para preservar los alimentos. La margarina fue inventada gracias a un concurso que organizó el emperador Napoleón III para encontrar un sustituto de la mantequilla destinado a sus ejércitos en campaña.

También hacía falta fuego para cocinar, lo cual hicieron desde el principio, y muy mal, los propios soldados. Debido a la abundancia de alimentos en la Norteamérica agrícola, rara vez hubo escaseces al principio, aunque la dieta era monótona. Los ejércitos de la Guerra de Secesión, y en especial el de la Unión, se beneficiaron de los recientes adelantos en la preservación de alimentos, sobre todo del enlatado. En consecuencia, el ejército unionista rara vez se quedó corto. El soldado norteamericano, gracias a una red de suministros extraordinariamente eficiente, contaba con una ración regular de alimentos básicos. De hecho, comparando sus raciones regulares con las de los ejércitos británico, francés y ruso, se calculó que el soldado de la Unión era el mejor alimentado. Las regulaciones del ejército de la Unión prescribían una entrega individual diaria de 350 gramos de carne de cerdo o tocino o algo más de 550 gramos de carne de res fresca o salada, junto con 170 gramos de pan blando o harina o medio kilo de pan duro o 550 gramos de harina de maíz. A cada cien raciones se añadían casi siete kilos de frijoles o guisantes secos, cuatro kilos y medio de arroz, la misma cantidad de granos de café, casi siete kilos de azúcar, 3,76 litros de vinagre, aproximadamente dos kilos de sal, trece kilos y medio de patatas, y un litro de melaza. A todo menos a la carne y el pan se le llamaba “raciones pequeñas”. El soldado confederado comía peor que el norteamericano excepto al inicio de la guerra. En el Sur abundaba la comida, pero el sistema sureño de distribución era deficiente y errático. Los soldados norteamericanos contaban con un aprovisionamiento regular que llegaba por ferrocarril y en carromatos. El aprovisionamiento confederado era mucho más azaroso y a menudo llegaba en mal estado después de haber esperado junto al

ferrocarril demasiado tiempo para poder seguir viaje. La dieta básica era muy parecida a la del ejército de la Unión, pero el pan de maíz sustituyó al trigo y rápidamente se volvió cansino, y en tanto que la ración del soldado unionista se incrementó durante la guerra, la del confederado se redujo.

En la práctica, el soldado vivía de carne salada, galletas, café y unos bollos llamados “crackers”, que los hombres solían machacar y recocer. Los suplementos más comunes eran vegetales secos, frijoles, guisantes o patatas desecadas. Una vez conseguida la comida, el siguiente problema era cocinarla. Los soldados se turnaban para cocinar en comedores de seis u ocho. La harina era convertida usualmente en tortitas, cuya masa cocían al fuego en torno a una bayoneta o baqueta. Los utensilios de cocina escaseaban drásticamente, por ser los primeros pertrechos que se descartaban en la víspera de una batalla y porque los soldados se servían de ellos para cavar trincheras. Esto, sumado a la incompetencia del cocinero, hacía caer en picado la calidad de la cocina. Las carnes, y muchos otros alimentos, se freían. De hecho freír era la única técnica culinaria al alcance de los soldados, aunque sus resultados, bañados en grasa, eran poco apetitosos. Una de las razones por las que se freía parece haber sido la escasez de utensilios de cocina; los sartenes eran lo más asequible, tal vez porque eran fáciles de llevar encima durante la marcha. La mayoría de los platos de los soldados eran toscos guisos de migas de galleta y vegetales secos con piltrafas de carne, a menudo llamados “cush” o “hoosh”.

Los envíos de alimentos desde los hogares, de los cuales, sorprendentemente, los confederados dependían en gran medida, a menudo llegaban en mal estado o en contenedores rotos. Los soldados nortños también recibían paquetes de alimentos, y también productos frescos que les compraban a los carromatos de vivanderos que los seguían en la marcha. Pocos soldados murieron de inanición, aunque muchos, sobre todo los confederados, a menudo pasaban hambre. Incluso los mejor alimentados recordaban la monotonía constante de las galletas y el cerdo salado. El café era el principal consuelo del soldado. Parecía haberlo siempre en abundancia del lado de la Unión, y se solía intercambiar por tabaco sureño, ya que el Sur era incapaz de suministrarlo en las cantidades

que bebían los ejércitos nortños.

El alcohol, aunque no figuraba en las raciones, era dispensado con liberalidad, sobre todo por razones médicas, y era bastante asequible. Los oficiales, incluyendo algunos generales, a menudo eran acusados de ingerirlo en exceso, una acusación de que fue objeto Grant. Indudablemente Grant sucumbía en ocasiones a la bebida, pero por lo general era cuando se encontraba separado de su esposa, que ejercía sobre él una influencia benéfica en todo sentido. Su defecto era emborracharse cuando se hallaba bajo presión; normalmente Grant estaba perfectamente sobrio.

La mala cocina era una causa común de los trastornos intestinales que padecían todos los soldados y que fueron una de las principales causas de muerte entre las tropas. En los primeros meses, regimientos enteros podían caer con diarrea o disentería, y aunque la incidencia mermaba a medida que las tropas se curtían en las campañas, el Departamento de Guerra de la Unión registró más de un millón de casos entre 1861 y 1865, de los que cincuenta y siete mil fueron víctimas mortales. El tratamiento era rudo y expedito: un poco de opio, estriquina, calomelanos y whisky era el recurso más común. Muchos soldados se automedicaban, a menudo con remedios que les llegaban de sus hogares. La malaria, que causó muchas bajas entre los soldados nortños en campaña en el valle del Mississippi en los veranos de 1862 a 1864, también era tratada con whisky, junto con quinina. El tifus, común al no haber agua limpia disponible, también se trataba con quinina, así como con trementina, carbonato de amonio y una píldora muy utilizada llamada *blue mass* (mercurio y creta).

A pesar de la evolución de los tratamientos quirúrgicos y médicos el costo de la guerra en vidas humanas fue muy alto, alrededor de 620.000 entre 1861 y 1865, de los que 360.000 fueron bajas de la Unión, y 260.000 confederadas. Las muertes por enfermedad se produjeron en una proporción de dos a una, en relación con las muertes por heridas; cifras que los contemporáneos hubieran aceptado como perfectamente normales. De hecho, la incidencia de enfermedades fatales fue un poco más baja en los ejércitos de la Guerra de Secesión que en los de la Guerra

de Crimea y mucho más baja que en las guerras napoleónicas.

Las enfermedades diezmaron de forma sostenida el número de hombres disponibles para el servicio; a menudo llegaban a inutilizar a la mitad de un regimiento. El estado de debilitamiento que primaba en ambos ejércitos era en gran medida a consecuencia de las enfermedades. La desertión y el absentismo no autorizado eran otros factores, que se hacían notar sobre todo en los periodos de desmoralización, cada vez más comunes desde 1863. Los soldados abandonaban las filas si no se los supervisaba, o extendían su tiempo de permiso, o simplemente no regresaban al término de su licencia. Eso tenía el efecto de disuadir a los comandantes de conceder permisos, aunque en principio este era un derecho del soldado, a menudo generosamente concedido. Los soldados sureños, que servían con frecuencia en sus distritos natales, llegaban a tener hasta cuarenta días de permiso. Algunos soldados de la Unión no tuvieron licencia alguna durante toda la guerra. A medida que la situación empeoraba para el Sur, algunos desertores se juntaron en bandas armadas, escondiéndose en los bosques, para resistirse a ser devueltos a las filas. La desertión parece haber sido menos común en el ejército de la Unión, que implantó un sistema de severos castigos para los que eran capturados, incluyendo la pena de muerte. Durante 1865 la desertión se volvió endémica del ejército confederado, llegando a haber hasta cien mil ausencias no autorizadas en todo momento. Y este número fue creciendo a medida que se acercaba la derrota.

Había pocos incentivos materiales para la obediencia. La paga de la Unión eran trece dólares al mes, en una época en que la economía de guerra florecía. El soldado confederado cobraba menos, once dólares, en un papel moneda que comenzó a depreciarse en 1862 y hacia el final de la guerra había perdido todo valor. Por otra parte, la paga confederada solía retrasarse, a veces hasta seis meses o un año.

El deber y la devoción hacia los compañeros eran los motivos que mantenían a los hombres en las filas. La reputación personal contaba mucho en las unidades donde los hombres provenían de la misma localidad y se conocían desde antes de enrolarse. En los regimientos sureños un buen nombre confería especial poder, y se procuraba

mantenerlo, entre otros medios, escribiendo cartas a casa, las cuales viajaban con asombrosa rapidez.

Los motivos inmateriales también eran importantes. Muchos nortños se sentían indignados ante la rebelión y consideraban un deber importante la tarea de suprimirla. Algunos nortños eran además abolicionistas convencidos, aunque hasta los abolicionistas expresaron distintos puntos de vista al enfrentarse al espectáculo del modo de vida de los negros en el Sur. Los sureños, al menos al inicio, denunciaron enérgicamente la opresión nortña, y en su mayoría permanecieron horrorizados hasta el final ante la perspectiva de la liberación de los negros, lo que para muchos constituyó la principal razón para pelear.

La religión vino a reforzar estos sentimientos. Estados Unidos en el siglo XIX era una nación profundamente religiosa. A principios de siglo, un poderoso movimiento evangelista, el Segundo Gran Despertar, había inundado el país, inspirando en todas partes la construcción de iglesias, la fundación de colegios confesionales, y la evangelización. El cisma Norte-Sur había dividido a las iglesias, sobre todo en lo tocante a la cuestión de si negros y blancos podían unirse en oración. En las iglesias baptistas y metodistas se originaron facciones sureñas, que dejaron de comulgar con sus hermanos nortños. Aunque acusados de impíos, los sureños continuaron insistiendo en la autenticidad de su fe cristiana, la cual solían practicar fervorosamente en las iglesias de los pueblos y del campo. Tanto los soldados yanquis como los rebeldes se llevaron consigo la religión al marchar a la guerra. Puede que los devotos fervientes fueran vistos como algo extraño, pero la religiosidad era lo común, y es probable que los no creyentes fuesen la excepción.

La llegada de la guerra vulgarizó el sentimiento religioso. La irreverencia de la vida en el ejército, las palabrotas, las apuestas, las borracheras, la no observancia del domingo, todo esto escandalizaba a los jóvenes devotos; y los cristianos ilustres que visitaban a los ejércitos quedaban consternados por el libertinaje sexual demasiado visible. Los ejércitos de la Guerra de Secesión, como es el caso de los ejércitos de todas partes y de todas las épocas, no tardaron en atraer una cohorte de prostitutas y fueron presa de las enfermedades de la promiscuidad sexual. Sin embargo, el pecado no

fue el rasgo distintivo de los ejércitos de la Guerra de Secesión; estos siguieron siendo religiosos de un modo muy característico de la Norteamérica de aquel periodo. Ambos ejércitos, no obstante su alto índice de blasfemia, borracheras y recurrencia a las mujeres fáciles, estaban también profundamente afectados por la práctica contemporánea de la religión. Los regimientos norteños y sureños tenían cada uno su capellán, y algunos de ellos ejercían una poderosa influencia sobre sus parroquianos. La capellanía del regimiento, al igual que el puesto de cirujano de campaña, era autorizada por el Departamento de Guerra y el capellán solía ser votado por los oficiales. Los capellanes debían dirigir los oficios religiosos del regimiento, durante los cuales predicaban, se oraba y se cantaban himnos. Tras el Segundo Gran Despertar, la práctica religiosa era entusiasta y popular tanto en el Norte como en el Sur, y exclusivamente protestante fuera de las ciudades, donde estaba aumentando el número de católicos. Los soldados experimentaban conversiones durante el servicio, organizaban clases para estudiar la Biblia, oraban y cantaban himnos con una entrega que hoy nos asustaría. En sus cartas y diarios los soldados anotaban la devoción que mostraban sus compañeros de armas. Algunos soldados “recibieron la religión” en las filas, tal vez a causa de los evangelistas que recorrían los ejércitos, así como todas las demás comunidades estadounidense de aquel periodo, y regresaban a sus hogares mucho más religiosos que al alistarse, aunque en general el servicio en el ejército alentaba más a la irreligiosidad que a lo contrario.

En los campamentos eran populares los himnos religiosos, como también lo era el canto en general. Entre los favoritos estaban “Jesús, amante de mi alma”, “Roca de las edades”, y “Justo como soy”. Algunas melodías laicas populares, a menudo aprendidas desde el otro lado de las líneas de manera que los ejércitos parecían cantarse mutuas serenatas, eran “Lorena”, “Justo antes del combate, madre”, y “Plantando tiendas en el viejo campamento”.

Un rasgo distintivo del servicio en el Oeste fue la regularidad con que los exesclavos entretuvieron con sus cantos y bailes a los regimientos de la Unión. Un soldado de Illinois escribió desde Virginia: “Había cinco

negros en nuestro comedor anoche, ¡los hicimos cantar y bailar! Gran diversión. Conciertos gratuitos de negros aquí [...] ojalá no tenga que irme”.<sup>[1]</sup> El Oeste resultó no solo uno de los más disputados escenarios de guerra, sino uno en el que los combates se prolongaron más. Las últimas rendiciones no se produjeron hasta mayo de 1865.

La Comisión Cristiana, un equivalente eclesiástico de la Comisión Sanitaria, era una fuerza potente en aras de la religiosidad y el evangelismo en todo el ejército de la Unión, y brindaba tanto ayuda material como consuelo espiritual a los soldados. Sus representantes eran tenidos en gran estima, y no solo por el café y el papel para escribir que distribuían durante sus visitas a los regimientos.

Sus generales invocaban libremente al Altísimo en el ejercicio de sus poderes. Varios de ellos se distinguían por su práctica religiosa, entre ellos Leonidas Polk, que era obispo episcopaliano. La observancia religiosa dependía en gran medida del ejemplo impuesto por los oficiales. McClellan y Burnside ordenaron la celebración de oficios religiosos mientras que el general Oliver O. Howard del Ejército del Tennessee dirigía los oficios divinos, y el reverendo coronel Granville Moody, que comandaba el 74o de Ohio, predicaba regularmente a su regimiento y a otros. Mientras que Lincoln no parece haber sido más que deísta, Robert E. Lee era episcopaliano devoto y Stonewall Jackson era un formidable presbiteriano. El general Rosecrans era católico devoto y por lo tanto una rareza, pues el carácter de los ejércitos del Norte y del Sur era abrumadoramente protestante, aunque sobre todo en el Norte había también muchos católicos. Sin embargo, los correligionarios de Rosecrans en el Norte se destacaban por su falta de entusiasmo por la guerra. La mayoría eran alemanes o irlandeses y habían abandonado sus tierras natales huyendo del poder del gobierno, y por lo tanto se resistían a entrar en el servicio militar. Típicamente protestante, de corte evangelista, era la muy extendida creencia de que la guerra era el castigo de Dios por los pecados de Estados Unidos, el pecado de la esclavitud en opinión de muchos norteamericanos, o las pecaminosas costumbres nacionales para muchos sureños puritanos. Vinculada a la idea del castigo estaba la creencia, de corte milenarista, de que un gran acontecimiento, una batalla decisiva a

escala monumental, provocaría el fin de la guerra.

Muchos soldados, del Norte y del Sur, murieron antes de ver el final de la guerra. Ambos bandos intentaron en lo posible dar sepultura cristiana a sus muertos, lo cual usualmente dependía del tiempo disponible y de quién heredaba el campo de batalla. Incluso antes de que acabara la guerra, ya el Norte estaba creando impresionantes cementerios nacionales para sus héroes caídos. Abraham Lincoln, como es natural, dio un discurso en la inauguración del cementerio de Gettysburg en noviembre de 1863. Sin embargo, el gobierno federal no concedió a los rebeldes la dignidad de un enterramiento decente, por considerar que no lo merecían. Los muertos sudistas, fuera del Sur, eran metidos en apresuradas tumbas en el campo de batalla, si los enterraban sus compañeros, o amontonados en fosas colectivas, si eran los nortños los encargados de deshacerse de ellos. De ahí el carácter de los cementerios de la Guerra de Secesión hasta el día de hoy. Este *apartheid* demuestra hasta dónde llegaba el cisma generado por la secesión. Incluso durante las guerras mundiales, los ingleses y los franceses enterraban a los muertos alemanes, y los alemanes enterraban a sus enemigos. A Stalin le tocó la tarea de destruir los cementerios alemanes en suelo soviético. La Unión no consideraba que los que morían en rebelión fueran personas. En vano buscaríamos tumbas confederadas en Arlington o Gettysburg.

---

<sup>1</sup> Bell Irvin Wiley, ob. cit., 1952, p. 119.

## VII

### PLANES

*L*os enormes ejércitos de 1865 no aparecieron hasta cuatro años después de que los cañones tronaran en el fuerte Sumter en abril de 1861. La guerra había comenzado. El pueblo y los políticos de ambos bandos estaban ansiosos por desencadenarla. Pero ¿cómo aplicar la fuerza de las armas? ¿Cómo conseguir la victoria?

Difícilmente mediante aquellos diminutos ejércitos que se habían apresurado a movilizar. Eran demasiado pequeños para ocasionarse mutuamente algún daño significativo. Eran en conjunto demasiado pequeños para dominar las enormes distancias y espacios en que habría de librarse la guerra. El escenario de guerra que constituían los Estados Unidos y Confederados era la mayor masa continental sobre la que un conquistador hubiese intentado imponer su voluntad, más grande que la Europa de Napoleón, casi más grande que la Eurasia de Gengis Kan. Durante el primer mes del conflicto, los ejércitos que se habían formado eran prácticamente imperceptibles en el mapa: los 35.000 de McDowell que defendían a Washington de los 20.000 de Beauregard en Manassas Junction, cuarenta kilómetros al oeste; los 15.000 del anciano Robert Patterson en Harpers Ferry, frente a los 11.000 confederados de Joseph E. Johnston en el valle de Shenandoah; los 20.000 de McClellan en el oeste de Virginia, cuyo número sobrepasaba con mucho el de los confederados en una región que pronto se escindiría de la Confederación para convertirse en el joven estado de Virginia Occidental; en la fortaleza Monroe, la gran fortificación artillera que defendía la punta de la península de Virginia, el general Ben Butler comandaba 15.000 hombres, vigilados por los confederados Magruder y Huger en Yorktown y Norfolk, la base naval federal que había caído en manos sudistas. Fuerzas

confederadas más pequeñas, mantenidas a raya por grupos de la Unión, ocupaban posiciones en el Oeste, sobre todo a lo largo del Mississippi y el Missouri: Memphis, Isla Número Diez y Nuevo Madrid. Hasta en las regiones casi deshabitadas de Arkansas y Nuevo México estaban levantándose en armas diminutas bandas de partidarios de uno u otro bando. Una guerra que al principio parecía concernir tan solo a las antiguas trece colonias y a la región del otro lado de los Apalaches que fue colonizada tras la independencia, estaba convirtiéndose en una guerra de toda la Norteamérica no británica.

Lo que más complicaba la conformación de planes de guerra era la vastedad de la fragmentada Unión: cuatro mil ochocientos kilómetros de océano a océano, más de mil seiscientos kilómetros desde Washington hasta el Golfo de México. La tarea del Sur parecía sencilla: permanecer a la defensiva y repeler los ataques dondequiera que se produjesen, contando con que la extensión de su territorio y la ausencia de centros vitales de riqueza y producción frustrarían los esfuerzos norteros por asestar golpes demoledores. El presidente Jefferson Davis abogó por esta estrategia desde el principio. Acaso hubiera funcionado, y probablemente hubiera pospuesto la derrota del Sur hasta mucho después de 1865. Dos causas impidieron a Davis ponerla en práctica: una fue la oposición de los políticos y magnates locales a permitir que los ejércitos norteros penetraran en sus territorios, incluso con la promesa de una ulterior victoria; la segunda fue el sentimiento popular. Los sureños, tanto en la realidad como en su ideario romántico, creían verdaderamente en su capacidad de derrotar a un número superior de yanquis, a quienes consideraban una raza inferior. “La idea de esperar los golpes, en lugar de propinarlos, resulta completamente ajena al temperamento de nuestra gente”, arguyó el *Richmond Examiner* en septiembre de 1861.<sup>[1]</sup> Los sureños querían invadir a los estados no secesionistas y obtener victorias en su territorio, no solo resistir las incursiones norteras en la Confederación. En retrospectiva la estrategia del Sur puede verse como una amalgama de ambas estrategias: resistir a los ejércitos de la Unión alrededor de las fronteras de la Confederación y llevar la guerra al Norte cuando se presentaba la oportunidad. El error del Sur fue no explotar las

ventajas que le otorgaba la geografía. El perímetro del Sur era muy fuerte, solo penetrable por unos pocos puntos muy separados entre sí: por el corredor de Washington-Richmond, Mississippi arriba desde Nueva Orleans, Mississippi abajo desde las inmediaciones de Memphis. El Sur logró contener los avances contra Richmond casi hasta el final, y resistió tenazmente el descenso por el Mississippi hasta 1863. Sin embargo, entregó con demasiada facilidad la desembocadura del Mississippi, regalando así uno de los puntos clave para acceder al centro del territorio confederado. Si en lugar de mantener el grueso de sus fuerzas en el norte de Virginia, el Sur hubiese conservado tropas suficientes para crear una reserva móvil en los estados más meridionales, listas para intervenir contra las amenazas de la Unión de remontar o cruzar el Mississippi, hubiese podido preservar por más tiempo la integridad de su territorio central.

En la práctica, los líderes sudistas articularon estrategias más explícitamente de lo que suele reconocerse. La estrategia sudista tiende a ser incomprendida o pasada por alto en parte porque en un principio no tuvo un tema subyacente, como el que dio el Plan Anaconda de Winfield Scott a la estrategia de la Unión. Sin embargo, hubo una estrategia sudista, o varias variantes de una única estrategia, asociadas particularmente a Jefferson Davis, Robert E. Lee y Joseph E. Johnston. La estrategia de Davis era esencialmente política, como correspondía a su papel como presidente de la Confederación. Estaba diseñada teniendo en cuenta la decisión popular de preservar la integridad territorial del nuevo gobierno, obstruyendo el acceso de los invasores de la Unión en todos los puntos del enorme perímetro del Sur. Su ejecución requería estacionar fuerzas militares en las fronteras y librar grandes batallas defensivas dondequiera que amenazase la invasión. El primer acto de la estrategia de Davis fue la primera batalla de Bull Run. Pero aunque se obtuvo la victoria, el periodo que siguió a Bull Run, y a otras batallas similares posteriores, reveló las deficiencias de su plan. Aunque resolvía un problema inmediato, no impedía su reiteración, ni lograba inhabilitar al Norte, ni posibilitaba iniciativa estratégica alguna. De hecho ya en 1862 se había hecho evidente que el Norte, a pesar de Bull Run, era capaz de atacar al Sur por cualquier

punto que escogiese, lo que obligaba a la Confederación a librar una serie interminable de batallas defensivas. Davis por tanto refinó su idea, proponiendo la que daría en llamarse la “estrategia ofensivo-defensiva”. Los sitios y áreas de menor importancia en los bordes exteriores no deberían ser defendidos. Las fuerzas dispersas deberían ser reagrupadas para operar en las “líneas interiores” del Sur, trasladándose por ferrocarril para enfrentar a los ejércitos nortños tan pronto como estos aparecieran. Un efecto de esta estrategia revisada fue que el oeste del Sur, el territorio al otro lado del Mississippi, quedó virtualmente abandonado.

Robert E. Lee adoptó este concepto de la estrategia “ofensivo-defensiva” al convertirse en el comandante en jefe de Davis, y al asumir la tarea de llevar la guerra al Norte en 1863. Su objetivo era conseguir una gran victoria o una serie de victorias que desanimaran a sus adversarios y a la población urbana del Norte. Lee, aunque parte de su genio consistía en que su conducta y sus pronunciamientos disfrazaban sus angustias internas, había llegado a la conclusión, después de las derrotas en el Mississippi de 1862, de que el Sur estaba perdiendo la guerra y carecía de los recursos humanos y materiales para revertir esta tendencia, salvo mediante acontecimientos sensacionales. Ya en 1864, después de las derrotas del Sur en suelo nortño y la pérdida de más territorio en el valle del Mississippi y alrededor de las costas, era evidente que la estrategia agresiva de Lee tampoco estaba funcionando, y el comandante del único otro gran ejército del sur, Joseph E. Johnston, que operaba en Georgia, había adoptado otra variante de la “ofensiva-defensiva”, aunque con más énfasis en la defensiva. Su plan era ocupar una posición fuerte y esperar a ser atacado. En caso de ser eludido, se retiraba y repetía el proceso. La estrategia de Johnston resultaba contraproducente, pues había un límite a la cantidad de territorio que el Sur podía entregar antes de ser vencido totalmente, desenlace que Johnston estuvo a punto de alcanzar mientras duró su jefatura.

Pocos de estos aspectos podían vislumbrarse al inicio de la guerra; en cualquier caso, el espíritu del Sur secesionista era agresivo, no defensivo. La visión del bando contrario estaba igualmente ofuscada. Los nortños que habían perdido la esperanza de llegar a una conciliación –y algunos

de ellos estaban ávidos de pelea incluso desde antes de que cayese Sumter–, no acertaban a decidir por dónde empezar a acometer la fortaleza del Sur. Richmond, la capital estatal de Virginia, a donde había sido trasladada por votación el 21 de mayo la capital de la Confederación, se hallaba a solo 177 kilómetros de Washington; pero en julio de 1861 las postas confederadas llegaban hasta a cuarenta kilómetros de la capital nacional. Las vías fluviales del norte de Virginia constituían un obstáculo tan disuasorio como las fuerzas armadas de la Confederación.

Las montañas de Shenandoah forman una sección de la cordillera de los Apalaches, que se extiende diagonalmente del sudoeste al nordeste desde Georgia hasta Nueva Inglaterra, a una distancia variable del Atlántico de entre 320 y 160 kilómetros. Los Apalaches, durante casi dos siglos, fueron la línea divisoria entre la Norteamérica inglesa, luego británica, y el interior francés, una importante frontera militar, jamás traspuesta, solo rebasada con la caída de la región de los Grandes Lagos en manos británicas tras la toma de Quebec en 1759. La Guerra de Secesión resucitó la importancia estratégica de los Apalaches, pues esta barrera montañosa protegía a las Carolinas y a Georgia de ataques provenientes del centro de Estados Unidos, no solo por la dificultad que su terreno presentaba sino porque no la cruzaban ni ríos ni ferrocarriles, los principales medios de desplazamiento de los dos ejércitos.

Al oeste de los Apalaches predominaba la importancia militar de los grandes ríos del continente. La del Mississippi era evidente. Proporcionó a la Confederación, mientras pudo controlarlo, una vía rápida de comunicación norte-sur desde Tennessee hasta Louisiana, y un baluarte contra cualquier ataque que pudiera organizarse desde el Oeste. Sus tributarios orientales, sobre todo los que fluían a través de Kentucky y Tennessee, enormemente anchos y que arrastraban inmensos volúmenes de agua, el Ohio, el Tennessee y el Cumberland, tenían casi la misma importancia. Constituían una barrera protectora; proporcionaban y al mismo tiempo negaban la posibilidad de la comunicación. El área de confluencia de los ríos Mississippi, Tennessee, Cumberland y Ohio era un sector especialmente vital, que formaba, en caso de controlarlo la Confederación, un saliente ofensivo hacia el Medio Oeste; y si el Norte

lograba capturarlo, un ángulo entrante que implicaba la amenaza de un ataque por el Mississippi hacia Memphis, Vicksburg, Natchez y Nueva Orleans.

La toma de la línea del Mississippi desde Memphis hasta Nueva Orleans partiría en dos la Confederación, separando los estados occidentales de Arkansas y Texas del resto, privando así al Sur de su mayor reserva de ganado de carne y de bestias de tiro, caballos y mulas. La reducción de su territorio también supondría un duro golpe para su prestigio internacional y su seguridad interna.

El último ingrediente de fuerza en la geografía estratégica del Sur eran sus inexpugnables fronteras marítimas. Desde la bahía de Chesapeake, en el norte, a todo lo largo de las costas de las Carolinas y Georgia, alrededor de la Florida, al otro lado de las costas de Alabama y Mississippi hasta la propia desembocadura del gran río por debajo de Nueva Orleans, casi no había puntos de acceso que favorecieran el éxito de un ataque anfibio. Las únicas rutas ferroviarias hacia el interior partían de Norfolk (Virginia); New Bern o Wilmington (Carolina del Norte); Charleston (Carolina del Sur); Savannah (Georgia); Jacksonville y Pensacola (Florida); Mobile (Alabama); y Nueva Orleans. Todas estaban fuertemente defendidas y todas se hallaban lejos de los centros del poder naval norteamericano. Por otra parte, muchas de las líneas de ferrocarril de las que estas ciudades eran estaciones se perdían hacia el interior o no estaban comunicados con rutas de larga distancia.

La deficiencia de los ferrocarriles confederados, además de ser otro argumento a favor de su adopción de una estrategia defensiva, vino a complicar los problemas del Norte para fraguar un plan ofensivo. Ya en 1861 Estados Unidos se había convertido en la tierra del ferrocarril por excelencia; el ferrocarril estaba reemplazando a las vías fluviales como el medio que unía al país como un todo. Sin embargo, de los cincuenta mil kilómetros existentes, solamente 14.500 cruzaban por el Sur, y las vías sureñas seguían rutas exasperantemente poco estratégicas. El Norte poseía varias rutas este-oeste de larga distancia que se extendían en paralelo con la frontera norte de la Confederación y por tanto servían de líneas de aprovisionamiento para el desplazamiento de los ejércitos entre los

estados atlánticos y el valle del Mississippi. La que iba de Filadelfia a Pittsburgh y su rama, que cruzaba por Columbus (Ohio), e Indianápolis hasta St. Louis (Missouri), tenían una función tan estratégica que bien pudieron haber sido construidas, como lo fueron los ferrocarriles alemanes, por decreto del estado mayor general. Además, en las líneas de aprovisionamiento del Norte desembocaban otras vías como la que iba de Indianápolis hasta Louisville (Kentucky), la cual conducía directamente a la zona de operaciones. El trazado de los ferrocarriles, diseñado en función de la expansión hacia el Oeste y para recoger y transportar la producción agrícola del Medio Oeste hacia las ciudades del litoral atlántico, tenía una utilidad militar concreta aunque no intencionada.

El trazado de los ferrocarriles del Sur, en cambio, estaba determinado por las necesidades de sus exportadores, especialmente los exportadores de algodón, y por tanto se extendía en dirección al mar. Solo una línea atravesaba toda la Confederación, la que iba de Richmond hasta Corinth (Mississippi). Por lo demás los sistemas eran mayormente internos de los estados y apenas se interconectaban. Los ferrocarriles de las Carolinas y Georgia eran casi una red autónoma, concebida para transportar algodón hasta la costa atlántica; solo tenía una conexión con las dos líneas de la Florida y casi ninguna con las de Alabama. Las líneas de Mississippi también habían sido construidas para traer algodón del interior hasta Mobile y Nueva Orleans, y tenían escasísimas conexiones con Tennessee y solo dos ramales, con un servicio de transbordador, con Arkansas. La mayor deficiencia era que los sistemas de Virginia, Tennessee y Mississippi se conectaban con los de las Carolinas y el Bajo Sur mediante una única conexión, desde cerca de Chattanooga en Tennessee hasta Atlanta (Georgia). Por estar profundamente inmersa en el territorio de la Confederación, la conexión Chattanooga-Atlanta estaba segura en tanto el perímetro del Sur permaneciese inviolado. Sin embargo, en el transcurso de la guerra esta se convirtió en un imán para los ejércitos nortteños, ya que, de ser cortada, el Sur quedaría dividido en dos. Así pues, la geografía estratégica del Sur era intrínsecamente frágil, en un sentido en que la del Norte no lo era. El Norte tenía unos pocos puntos vulnerables, Washington en primer lugar; pero ningún éxito ofensivo del Sur podía,

por sí solo, desactivar su capacidad combativa. El Sur, en cambio, a pesar de su enorme extensión y de la fortaleza de sus fronteras –el mar, el Mississippi, las montañas–, debía ser defendido como una unidad para no quedar desmembrado.

Pero en el verano de 1861 era la fortaleza del Sur y no su vulnerabilidad lo que preocupaba a los norteros que intentaban diseñar un plan de guerra. No lograban ver el modo de empezar. Lincoln, que comenzó esperando, erróneamente, que sus generales moldearan sus decisiones, sugirió tentativamente el 25 de abril que los primeros pasos fueran salvaguardar la fortaleza Monroe, en la boca de la bahía de Chesapeake, para garantizar la seguridad de Washington, bloquear los puertos sureños, y luego atacar Charleston (Carolina del Sur). Este esquema estratégico revelaba que en un principio él estaba pensando que la guerra habría de librarse en el Este y que la victoria se alcanzaría por medios militares únicamente. Su director general de Correos, Montgomery Blair, poco después sugirió un enfoque político-militar. Al igual que algunos otros miembros del gobierno federal, él sospechaba que el sentimiento secesionista no era unánime en el Sur, y que tal vez sería posible deshacer la Confederación socavando la rebelión. En una carta fechada el 11 de mayo al gobernador de Massachusetts, Blair propuso la organización de un Ejército Unionista del Sur, con su propio comandante, estado mayor y tropas, que se concentraría en Hampton Roads –la punta de la península de Virginia– para “amenazar Newport y Richmond”. Blair argüía que su aparición provocaría una revuelta popular contra los abanderados de la rebelión sureña y devolvería Virginia a la Unión (supuestamente, en su imaginación, arrastrando consigo al resto de la Confederación). Había otras personas en el Norte, entre ellos el propio presidente, que reconocían la presencia del sentimiento prounionista en el Sur; sin embargo, ningún nombre importante compartía la fe de Blair en la posibilidad de utilizarlo para derrumbar a la Confederación desde dentro, y su plan hubo de seguir siendo privado.

George McClellan, un hombre de West Point que había regresado al servicio federal tras una temporada como ejecutivo ferroviario y que pronto se destacó en las primeras escaramuzas por el control de las

fronteras, propuso una estrategia alternativa a finales de abril de 1861. Su plan, como el de Blair, tomaba en cuenta el sentimiento prounionista en el Sur pero de una manera más realista. Como Virginia Occidental era unánimemente leal a la Unión, McClellan sugirió reunir un ejército de ochenta mil hombres en el Medio Oeste, transportarlo al otro lado del río Ohio y marchar atravesando el valle del Gran Kanawha para capturar Richmond. Otra posibilidad era transportar un ejército similar al otro lado del Ohio, en Cincinnati o Louisville, para capturar Nashville en Tennessee. El plan de McClellan demostraba una comprensión de la geopolítica, ya que el Kanawha es una importante vía fluvial del complejo del río Ohio y la columna vertebral de la región que, por decisión popular, se escindió de la Confederación para convertirse en el estado de Virginia Occidental, un proceso que comenzó en agosto de 1861. No obstante, su idea era demasiado compleja y al mismo tiempo no reparaba lo suficiente en las lealtades del Alto Sur. Es sumamente improbable que un ejército invasor que marchase desde la región del valle del Gran Kanawha pudiese haber vencido la resistencia de poblaciones unánimemente secesionistas, apoyadas por ejércitos en campaña, tanto en Tennessee como en la propia Virginia. Las operaciones exitosas en el interior del territorio confederado tendrían que esperar a que llegaran victorias en la periferia, que no se produjeron hasta más avanzada la guerra.

El problema de Lincoln era que no tenía ninguna mente vigorosa y lúcida que lo aconsejara y que, aunque él mismo fuera absolutamente lúcido, le faltaba la experiencia militar necesaria para llevar a la práctica sus ideas sobre cómo ganar la guerra. Lincoln, de hecho, llegó a la presidencia casi sin ningún séquito personal. Era un completo forastero en Washington, pese a haber sido congresista por Illinois, el estado donde vivía, entre 1847 y 1849. El Illinois de mediados de siglo, aunque era un estado colonizado y con una metrópolis creciente como Chicago, era enteramente agrícola, con muchas granjas pero pocas ciudades. Él había sido criado en una granja, en la pobreza, y carecía de instrucción formal. Aunque había aprobado su examen de abogacía y ejercía exitosamente como abogado, su formación legal era del todo autodidacta y había adquirido sus conocimientos acerca de los asuntos públicos como

miembro de la asamblea legislativa estatal (1834-1842) y como capitán de milicia en la guerra contra los indios Black Hawk. Si embargo, tenía sólidas ideas políticas, sustentadas en su fe en la importancia del autogobierno popular, y desarrolladas en los discursos que pronunció contra el talentoso Stephen Douglas durante la pugna por el Senado en 1858. Lincoln, aunque no tenía buena voz de orador, poseía una extraordinaria capacidad oratoria, y sus alocuciones en los debates Douglas-Lincoln, en los que se dedicó principalmente a atacar la esclavitud como institución, fueron muy divulgadas y le granjearon prestigio a nivel nacional. En el sistema partidista norteamericano, Lincoln comenzó siendo *whig*; pero cuando aquel histórico partido se dividió por diferencias en torno a la cuestión de la esclavitud, él se incorporó al nuevo Partido Republicano, en el cual, gracias a su reputación como orador, alcanzó en 1860 la nominación como candidato a la presidencia. Al resultar electo, exclusivamente con votos nortños, llegó a Washington sin ningún conocimiento directo de cómo administrar el gobierno; sobre la prosecución de una guerra no tenía el menor conocimiento. No obstante, el sentido común y su poderoso intelecto le proporcionaron una base de ideas fundamentales bien calculadas, que, poco después de la primera batalla de Bull Run, él resumió de esta manera al escribirle a Halleck: “Mi idea general sobre esta guerra es que nosotros tenemos un mayor número de hombres y que el enemigo tiene una *mayor* capacidad de concentrar fuerzas en los puntos de colisión (debido a sus líneas interiores); que fracasaremos, a menos que encontremos el modo de hacer que *nuestra* ventaja supere a la *suya*; y que esto solo puede lograrse amenazándolo con fuerzas superiores *al mismo tiempo* en puntos *diferentes*; para que podamos atacar con seguridad uno de ellos, o ambos, si el enemigo no hace cambio alguno; y si este *debilita* uno para *reforzar* el otro, no atacar el reforzado, sino capturar y controlar el debilitado, sacando ventaja”.<sup>[2]</sup>

Convertir esta idea general en un plan de acción práctico requería de mucha reflexión y planificación, y del apoyo del gabinete y del alto mando del ejército. La dificultad estribaba en que en el alto mando del ejército había pocos oficiales con alguna comprensión de las necesidades de la

guerra, por no hablar de experiencia. Winfield Scott, el general en jefe, estaba debilitado por la edad y sus achaques. Entre los oficiales del gabinete, había hombres competentes y llenos de energía, particularmente Edwin Stanton, secretario de guerra desde enero de 1862, quien era extremadamente eficiente y constituía un gran apoyo para Lincoln, aunque este, en todo caso, era hiperactivo. Salmon Chase, el secretario del tesoro, un financista público excepcionalmente hábil que reunió el dinero para la guerra sin devaluar la moneda, era sumamente capaz e incorruptible, pero la administración del Tesoro era un trabajo a tiempo completo, aunque Lincoln lo recargó con muchas otras tareas. Blair, el director general de Correos, que pertenecía a una prominente familia de políticos de Washington, se destacaba por su eficiencia y cumplía muchas funciones más allá de supervisar el sistema federal de correos. Gideon Welles, secretario de la marina, era excelente en su puesto; pero la estrategia naval, aunque de vital importancia para los esfuerzos bélicos de la Unión, no era lo que haría que ganaran la guerra en tierra firme. William Seward, secretario de estado, quien además ejercía de voz de la razón dentro del gabinete, fue lo más parecido que tuvo Lincoln a un secretario ejecutivo. Era un hombre sensato y sumamente capaz, y tenía el don de saber disuadir a Lincoln de los planes mal concebidos. Sin embargo, el presidente no podía contar realmente con ninguno de estos hombres como consejero. Todos ellos querellaban, intrigaban y maniobraban en pos de cargos políticos. Él tenía que aplacarlos y engatusarlos para mantenerlos contentos y eficaces, y mientras tanto decidir por sí mismo cuál sería la mejor línea de acción para restaurar la Unión.

Sin la asistencia de sus colegas y sus oficiales, Lincoln buscaba orientación dondequiera que pudiese encontrarla. En un principio se dedicó a leer libros de ciencia militar, en los que, predeciblemente, encontró poca ayuda. Sin embargo, la dirección del alto mando de la guerra casualmente iba por los mismos canales que el ajedrez de la política, en el cual Lincoln ya se destacaba. Bien pronto abandonó la idea, por entonces bastante extendida, de que se podría dar fin a la guerra con una sola gran batalla victoriosa. Comprendió que, en lugar de esto, la

Unión tendría que lograr victorias en muchos puntos muy distantes entre sí. Sin embargo, tuvo la inspiración de darse cuenta de que estas victorias, aunque muy dispersas en el espacio, deberían estar concentradas en el tiempo. McClellan, que en cualquier caso rehuía la prueba del combate, era dilatorio en sus métodos y dejaba pasar largos intervalos entre los golpes que asestaba al enemigo. Grant, en cambio, era partidario de “vencer y seguir adelante” en busca de nuevas victorias. Tras haber experimentado los métodos de McClellan y Grant, Lincoln aprendió la vital importancia de escoger bien a los subordinados, no solo a aquellos que pudiesen diseñar planes alentadores sino a quienes fuesen capaces también de lograr resultados. Nunca descubrió la importancia de visitar a los ejércitos en campaña, con lo que habría aprendido mucho. Jamás visitó a los ejércitos en el Oeste, cosa que hasta Jefferson Davis logró hacer. Lo que sí aprendió, y acaso comprendía instintivamente, fue la importancia de la oratoria de guerra. Puede que en este sentido influyese a otro líder militar, Winston Churchill, a quien Lincoln indudablemente inspiró y quien obtuvo buena parte de su notoriedad movilizándolo al idioma inglés y enviándolo a la batalla, como reconoció en 1940 el gran locutor estadounidense Edward R. Murrow. Churchill, como Lincoln, tuvo grandes dificultades para identificar y apreciar a los buenos subordinados militares. Pero él estaba lastrado por sus ideas preconcebidas acerca de la guerra, de las que Lincoln carecía por completo, y además disfrutaba la guerra, mientras que Lincoln y, sorprendentemente, Grant la detestaban. Churchill, un guerrero curtido que había derramado su propia sangre en combate, declinó en su capacidad como líder según fue avanzando la guerra. Lincoln, el inocente en temas militares, creció en estatura y competencia hasta que finalmente llegó a dominar la guerra como ningún otro individuo. Al mismo tiempo, tenía que lidiar con sus generales, lo que en la práctica significó, durante los tres primeros años de la guerra, decirles lo que tenían que hacer, y tomar decisiones propias sobre cuál sería el mejor camino para restaurar la Unión. Más allá de su círculo político inmediato, tenía que atender el panorama político de la guerra. Entre 1862 y 1864 se celebraron elecciones locales, estatales y presidenciales, y la preservación de la

posición republicana en estas contiendas exigía una supervisión constante y minuciosa por parte de Lincoln.

El plan de McClellan recibió atención pero no logró ganar apoyo. Fue eficazmente anulado por la oposición de Winfield Scott, quien le puso objeciones tanto políticas como prácticas. Opinaba que probablemente generaría un sentimiento antiunionista en Kentucky y en Virginia Occidental; y los costos probables del plan le parecían prohibitivos.

Scott ya había propuesto su propio plan para eliminar la rebelión del Sur, que dio en llamarse, al principio en tono desdeñoso, el Plan Anaconda. Así llamado por la gran boa constrictora, el objetivo del Plan Anaconda era derrotar a la Confederación por asfixia, con la menor violencia posible, revelando la increíble profundidad del conocimiento que tenía de la guerra y de su país aquel viejo combatiente. Scott no era un *doughface*, un norteño con simpatía por el Sur; era un patriota a la vieja usanza, con una lealtad personal hacia el nuevo presidente, Lincoln; deseaba evitar, de ser esto posible, una ruptura con el Sur, pero, si esta se producía, estaba decidido a enmendarla mediante la amenaza o el uso de la fuerza si era necesario. El plan de Scott abogaba por organizar un fuerte y eficiente bloqueo naval de los litorales y puertos importantes de la Confederación, con el fin de obstruir el comercio de los exportadores e importadores sureños e impedir que el gobierno rebelde pudiese importar los medios para llevar adelante la guerra. El Anaconda también paralizaría el comercio interno del Sur porque, al tomar el Mississippi como principal escenario militar y clausurar sus extremos superior e inferior, Cairo y Nueva Orleans, el movimiento de mercancías en dirección nortesur quedaría interrumpido, y también su distribución este-oeste a lo largo de los afluentes del gran río. Scott había identificado acertadamente que el interior sureño –Virginia, las Carolinas, Louisiana, Tennessee, Georgia, Mississippi, Alabama y el apéndice de Florida– formaba un bloque territorial que podía ser rodeado por las fuerzas terrestres, navales y ribereñas de la Unión, cortándole el acceso al mundo exterior y empujándolo luego con ataques –mediante una fuerza de choque que operara a lo largo del río Ohio, sugería Scott– hacia el interior sureño.

Un elemento del Plan Anaconda de Scott finalmente resultó ser una de

las claves de la victoria del Norte sobre el Sur. Sin embargo, el plan nunca fue adoptado formalmente como la estrategia principal de la Unión, y por buenas razones. Era demasiado pasivo y cauteloso. Scott, al igual que muchos otros federalistas moderados, continuaba creyendo que, si a los sureños se les daba tiempo para reflexionar, se arrepentirían de la secesión en número suficiente para derrocar a la Confederación desde dentro, quizá incluso para 1862. Con el tiempo se vería, de hecho en muy poco tiempo, que el ideal confederado era muchísimo más robusto de lo que creían los optimistas nortños, y que el Sur no sería sometido tan solo a fuerza de constricción; únicamente con duros golpes y venciendo en el campo de batalla se lograrían restaurar los Estados Unidos.

Entre los que esperaban poner fin a la guerra dándoles tiempo a los sureños y aquellos que comprendían el imperativo de la acción no era posible la creación de un plan coordinado. Entre los activistas, en cambio, había cierto consenso. McClellan coincidía con Scott en que los ríos sureños eran vitales como avenidas estratégicas. Scott coincidía con Lincoln en que el bloqueo resultaría un medio vital para debilitar la capacidad bélica del Sur. Sin embargo, tomaría tiempo elaborar un plan unitivo e integral a partir de tan escasos elementos comunes. Finalmente, la implantación de un bloqueo efectivo, combinado con ofensivas a lo largo de los ríos hacia el interior sureño, sentaría las bases para la victoria nortña. Su consolidación, no obstante, al final involucraría también una guerra de ferrocarriles, dirigida a desmantelar la red sureña, y la organización de largas campañas terrestres dentro del territorio enemigo.

Al principio, lo más necesario era comenzar con el bloqueo naval en aquellos sitios donde el Norte podía utilizar alguna ventaja, y en los puntos de entrada a las grandes vías fluviales interconectadas del Sur, el Mississippi y sus afluentes, los ríos Ohio, Cumberland y Tennessee.

Una ventaja que tuvo el Norte para imponer un bloqueo fue su control de las grandes fortalezas construidas en los primeros años de la república cerca de las costas atlánticas y del Golfo de México. Los Padres Fundadores y sus sucesores habían procurado hacer a Estados Unidos, no solo independiente del Viejo Mundo, sino inexpugnable para este. Esto requería construir fortificaciones alrededor de las costas estadounidenses

que mantuviesen a raya a los europeos, particularmente a los británicos, cuya marina dominaba la superficie del océano. Probablemente fue una decisión imprudente en términos financieros. Los fuertes son costosos. Al comienzo de la guerra el control de las costas estaba distribuido equitativamente entre la Unión y la Confederación, aunque esta última, por supuesto, no poseía ninguna base en territorio norteamericano. El Sur controlaba las costas y puertos de Virginia, las Carolinas, Georgia, Florida y los estados del Golfo, con plazas fuertes en Charleston, Savannah y la desembocadura del Mississippi, y podía hacer uso del canal navegable entre las islas costeras de las Carolinas y Georgia, las cuales proporcionaban una ruta protegida para el transporte hacia la costa y servían como bases para burlar el bloqueo. El Norte controlaba, con la fortaleza Monroe, la bahía de Chesapeake y dominaba Norfolk; también tenía avanzadas navales cerca de la Florida y, con el fuerte Pickens, en el Golfo. Una vez que el plan de imponer un férreo bloqueo devino una campaña, entre 1862 y 1863, los puntos en el mapa se unieron y aparecieron nuevos puntos importantes. La geografía de la guerra costera era simple y los pasos a seguir evidentes. En cambio, la entrada en el gran sistema fluvial sureño no estuvo en absoluto dictada por la geografía del mismo, que era sumamente compleja. Los primeros pasos eran tentativos y el camino a seguir solo podía identificarse por ensayo y error.

El desconocimiento del terreno y la falta de mapas fidedignos, y a menudo de mapas sin más, constituía un problema serio para los soldados norteamericanos que pretendían operar dentro del territorio sureño. Norteamérica, incluso ya en pleno siglo XIX, había sido poco recorrida, y no había sido medida sistemáticamente como, por ejemplo, lo había sido Gran Bretaña y su imperio indio. El gobierno federal llevaba a cabo un reconocimiento de las costas, la marina tenía una Oficina Hidrográfica, y el ejército un Cuerpo de Ingenieros Topográficos para cartografiar zonas importantes dentro de Estados Unidos. La Oficina de Correos de Estados Unidos también confeccionaba mapas de rutas, que mostraban las ciudades con oficinas postales y las distancias entre ellas, mientras que el Departamento del Interior dirigía una Oficina de la Ruta de Vagones del Pacífico, que registraba las rutas ferroviarias, como también lo hacían, con

gran exactitud, las propias compañías ferroviarias.<sup>[3]</sup> Sin embargo, los resultados de su trabajo eran poco sistemáticos, como también lo eran los de los agrimensores estatales y de distrito, que delineaban los latifundios públicos y privados y las concesiones de asentamiento. Sus mapas eran precisos, hasta donde llegaban. Lo que faltaba era un reconocimiento general que reconciliase todas las observaciones y mediciones en un único sistema. Esto hubiera requerido una triangulación de todo el continente, basada en mediciones exactas a partir de un conjunto acordado de puntos prominentes intervisibles. Los británicos habían completado una triangulación semejante de la India, el Gran Reconocimiento de la India, entre 1800 y 1830, pero esta había sido una labor inmensa, solo posible gracias a que la India estaba colonizada en su totalidad y poseía una administración central. Tales condiciones no existían en Estados Unidos, cuyo territorio permanecía en gran medida inexplorado en 1861.

La necesidad de una medición exhaustiva había sido reconocida ya desde 1785 con la discusión de la Ordenanza de la Tierra, que establecía que las tierras públicas que estuviesen a la venta fuesen divididas en lotes de 2,6 kilómetros cuadrados dispuestos a lo largo de un eje este-oeste y un meridiano norte-sur. Dos factores relacionados con esto actuaban contra la producción de mapas precisos. El primero era que los colonos ilegales vigilaban las concesiones primero y dejaban las mediciones para después. El segundo era que, en tanto que la latitud podía delinarse fácilmente mediante observaciones astronómicas, con la longitud no ocurría lo mismo, pues requería de triangulación. En consecuencia, los mapas generales de Estados Unidos, de los que ya existían varios en 1861, eran mosaicos de mediciones que no coincidían entre sí.

Por otra parte, las tierras inservibles –pantanos, montañas, tierras altas y zonas áridas, que abundaban en Estados Unidos– no merecían ser medidas; ni tampoco las tierras agotadas de los primeros asentamientos, abandonadas por los cultivadores, de las que había una cantidad sorprendente ya en 1861, sobre todo en los páramos del norte de Virginia, escenario de una de las campañas más difíciles de Grant en 1864. La deficiencia de los mapas disponibles enfurecía y atormentaba a los generales de la Guerra de Secesión. Incluso los generales confederados,

que operaban dentro de su propio territorio, a veces expresaban frustración ante la falta de mapas que mostraran por dónde avanzar. Los generales nortños, usualmente en campaña en territorio confederado, encontraban problemas de todo tipo. A menudo carecían de mapas o tenían que apañárselas con mapas obsoletos comprados en librerías que no mostraban las altitudes ni los gradientes –la acotación todavía era un concepto que pocos cartógrafos estadounidenses habían adoptado–, o llegaban solo hasta las fronteras de los distritos, por lo que en ellos la representación de las carreteras esenciales no continuaba de una página a la otra. Otros defectos eran la no identificación de los puentes sólidos y los débiles, los vados de mayor o menor profundidad, y las carreteras pavimentadas y no pavimentadas, informaciones todas esenciales para el desplazamiento de los ejércitos. También resultaban confusas las variaciones inexplicables de los topónimos. “Cold Harbor (Virginia), era a veces llamado Coal Harbor y además había un New Cold Harbor, y un Burned Cold Harbor al que los lugareños llamaban Old Cold Harbor. Muchas carreteras tenían más de un nombre: Market Road o River Road; Williamsburg Road o Seven Mile Road; Quaker Road o Willis Church Road. Para mayor confusión, a veces había otras carreteras vecinas con nombres iguales o parecidos que iban en direcciones completamente diferentes”. Para los generales de la Unión, que avanzaban dando tumbos por el territorio confederado, habría sido un triste consuelo saber que sus adversarios a menudo andaban igualmente a ciegas. El general de brigada Richard Taylor, hijo del expresidente Zachary Taylor, se quejaba de que “los comandantes confederados no conocían mejor la topografía del país que la del África Central”. Recordando la campaña en el norte de Virginia, añadió: “He aquí que estábamos en un distrito limitado, a menos de un día de camino de la ciudad de Richmond, capital de Virginia y de la Confederación [...] y sin embargo desconocíamos profundamente la región, estábamos sin mapas, ni croquis, ni guías adecuados, y casi tan indefensos como si nos hubiesen transferido a las márgenes del Lualaba”.

[4]

Pero el curso, dirección, profundidad e interconexión de los ríos devino, durante la campaña occidental de 1862 y 1863, la más esencial de las

informaciones requeridas por los comandantes de la Unión. El presidente Jefferson, quien patrocinó la expedición transcontinental de Lewis y Clark para trazar una ruta hacia el Pacífico en 1804, había sido en extremo consciente de la necesidad de conocer el sistema fluvial de Estados Unidos. En 1809 él había especulado sobre si “un río llamado Oregon se entrelazaba con el Missouri”. Probablemente se refería a los que hoy se conocen como los ríos Columbia y Snake, que no se “entrelazan” con el Missouri, sino que fluyen hacia el Pacífico. Sin embargo, el Missouri sí se “entrelaza” con toda una red de vías fluviales, el Mississippi, el Ohio, el Cumberland y el Tennessee, y sus numerosos afluentes, que aún hoy dominan la geografía humana y económica de todo Estados Unidos, y en 1861, debido a la primacía del barco de vapor como medio de transporte y a la terminación de los ferrocarriles en la ribera oriental del Mississippi, constituían las arterias más importantes del movimiento estratégico en el escenario norteamericano de la guerra.

Las dificultades de llevar adelante la guerra al oeste del Mississippi no se derivaban principalmente de la falta de información cartográfica sino de la desproporción entre el espacio y las fuerzas. En Arkansas, Nuevo México y los territorios adjuntos ninguno de los dos bandos tenía tropas suficientes para formar guarniciones en puntos clave, y mucho menos para librar batallas decisivas. Sin embargo, ambos tenían la ambición de controlar el Lejano Oeste. Para la Unión era un territorio que no debía caer en manos de los rebeldes. Para la Confederación era una potencial incorporación a su nuevo país, que aportaría prestigio y la promesa de una ruta hacia la costa pacífica.

El suministro era el quid de las campañas al oeste del Mississippi. La Unión resolvió sus problemas, los confederados no, de ahí que la Unión lograra hacerse con los estados distantes y que la Confederación fracasase en el intento. Sin embargo, la campaña del Oeste en su totalidad, desde la captura de los fuertes Henry y Donelson hasta la campaña de Chattanooga en 1863, fue una anomalía estratégica, puesto que el teatro de operaciones se hallaba a tanta distancia de los principales centros de poder, tanto del de la Unión como del confederado, que cualquiera de los dos bandos pudo haber perdido completamente la capacidad de sostener

su campaña en la región. Lo que los comandantes de ambos bandos habían aprendido en West Point debió de disuadirlos de librar una campaña tan poco práctica.

La ortodoxia de West Point provenía de las enseñanzas del teórico napoleónico suizo Henri de Jomini. Jomini enseñaba, entre otras cosas, la necesidad de obedecer ciertas leyes geométricas, especialmente que la línea de operaciones debe estar en ángulo recto con la base desde donde se sustenta. En este sentido la guerra en el norte de Virginia fue estrictamente jominiana. Ambos bandos se situaban a los extremos de la llanura que atraviesa el canal de Chesapeake y cada uno concentraba sus esfuerzos en abrirse paso por ella. Con excepción de los esfuerzos recurrentes por capturar el valle de Shenandoah, no se apartaban de aquel angosto campo de batalla. En el Oeste, en cambio, se hacía difícil definir la ubicación, o incluso la existencia, de la base de operaciones. El eje ofensivo, para el Norte, era bajando por el Mississippi, lo que determinaba que los esfuerzos defensivos del Sur remontaran el río y se concentraran a lo largo de este. Sin embargo, ninguno de los dos bandos poseía una base firme, como por ejemplo ciudades o centros económicos importantes, que estuviese situada perpendicularmente con respecto a la línea de operaciones. De hecho, cualquier intento por delinear sobre un mapa la geometría de la guerra en el Oeste produciría un entramado de desvíos, líneas y flechas entrecruzadas. Las fronteras estatales, especialmente las de Tennessee, imponían al Sur una cierta simetría. Sin embargo, para el Norte todo el escenario de la guerra en el Oeste contradecía a Jomini en todos los sentidos. Se hallaba desvinculado del grueso del territorio norteño, y la comunicación solo podía mantenerse siguiendo las grandes curvas de los meandros y los ferrocarriles. De hecho, una vez que la campaña del Norte abandonó el valle del Mississippi, como sucedió en 1863, y comenzó a horadar en dirección este, y luego hacia el norte, hacia el interior del territorio sureño, se perdieron todos los principios jominianos y no hubo otra perspectiva global de la campaña que la tenaz percepción mental de los generales, primero la de Grant y luego la de Sherman. En cierto sentido la capacidad del Norte para llevar la guerra al Oeste fue tanto un triunfo de la imaginación como de la logística.

Durante 1863, particularmente, Grant logró aprender solo, mediante un laborioso proceso de ensayo y error, exactamente qué vías navegables en el valle del Mississippi era beneficioso emplear y cuáles carecían de utilidad militar. Sin embargo, en 1861, aprender los secretos de la geografía distante era un problema menos apremiante que organizar los ejércitos para la guerra. No era solo a las tropas a las que había que entrenar. También había que formar a los oficiales, tanto los del estado mayor como los de los regimientos; sin oficiales de estado mayor eficientes no era posible dar forma operativa a los planes. No obstante, los oficiales de estado mayor eran en 1861 la categoría más escasa de personal militar. Unos pocos veteranos de la Guerra de México, de hacía quince años, permanecían en las filas o se habían reincorporado; los otros únicos oficiales que conocían los procedimientos militares eran aquellos que habían servido como intendentes generales o ayudantes generales.

El sistema del estado mayor estadounidense se derivaba del británico. La ayudantía general y la intendencia general se ocupaban, respectivamente, de los asuntos de personal y suministros; los que hoy en día llamaríamos asuntos operativos eran responsabilidad de los generales al mando y de sus oficiales adjuntos. En los ejércitos europeos había procedimientos que regulaban la comunicación entre todas las ramas del estado mayor y las formaciones subordinadas –cuerpos, divisiones, brigadas– y las unidades, los regimientos. En el ejército estadounidense anterior a la guerra no existían los cuerpos y las divisiones; las brigadas estaban empezando a surgir. Los veteranos de la Guerra de México y los militares de carrera que habían servido en la frontera del Oeste estaban familiarizados con el papeleo de las campañas de menor envergadura. Ninguno, salvo McClellan y McDowell, que habían sido enviados a ver ejércitos europeos, sabía cómo manejar fuerzas más grandes. La guerra, en consecuencia, fue llevada a cabo por comandantes y oficiales de estado mayor que estaban aprendiendo el oficio. La ventaja estaba en manos de los guerreros naturales, como el confederado Nathan Bedford Forrest, o en las de aquellos que aprendían más de prisa, como Ulysses Simpson Grant. Grant tenía el don de redactar rápida y fluidamente sobre el papel, lo que le permitía escribir docenas de órdenes claras en una noche de trabajo en su

tienda, así como la capacidad de visualizar en su mente el terreno. También dominaba las tecnologías en evolución, particularmente la del telégrafo, que al parecer usaba con facilidad natural.

En julio de 1861 ejércitos improvisados y planes vacilantes se combinaron para generar el primer intento de aquella guerra por librar una batalla decisiva, en Bull Run, en el norte de Virginia, que los confederados llamarían Manassas, por el cruce de ferrocarriles más cercano al campo de batalla. No fue el primer enfrentamiento de la guerra. Había habido escaramuzas en el juzgado de Fairfax y en Vienna, justo al otro lado del Potomac desde Washington, en junio; y entre el 3 de junio y el 13 de julio, McClellan alcanzó pequeñas pero impresionantes victorias en el oeste de Virginia, en Philippi, Rich Mountain y Carrick's Ford.

Estos tres lugares se encontraban en el borde oeste de las montañas Allegheny, en un territorio cultivado por virginianos con una actitud muy distinta a los de Tidewater en la bahía de Chesapeake. Pocos eran ricos y casi ninguno era dueño de esclavos. Desde hacía tiempo les venía molestando que los hacendados aristócratas controlasen la política del estado y habían mantenido una postura unionista durante la crisis de la secesión. Cuando en mayo las tropas de McClellan comenzaron a llegar desde Ohio, recibieron una calurosa bienvenida, nada menos que de dos regimientos federales de Virginia. La avanzada capturó rápidamente la ciudad de Grafton, por la que pasaba el ferrocarril de Baltimore-Ohio, desde donde avanzaron hacia el sur hasta Philippi junto al Monongahela, en el sitio donde un siglo atrás tuvo lugar la desastrosa derrota de Edward Braddock en los páramos de Pensilvania, en la víspera de la Guerra de los Siete Años. La toma de Philippi fue una acción trivial en la que solo murieron unos pocos confederados y ningún norteamericano, pero tuvo el efecto de hacer que la mayoría unionista de Virginia Occidental repudiase la secesión y creara en Wheeling un gobierno "restaurado" de Virginia el 11 de junio. Poco después el gobierno federal admitió a dos senadores de Virginia occidental y a tres delegados al Congreso. Estas legalidades eran dudosas, ya que la única vía constitucional para crear un nuevo estado a partir del territorio de un estado existente era el voto de una asamblea

legislativa estatal, voto que ciertamente la escindida Virginia no concedería. Sin embargo, en agosto la convención unionista que había creado el gobierno “restaurado” se reunió para acordar la formación, sujeta a un plebiscito, de un nuevo estado. El 24 de octubre tuvo lugar el plebiscito y, a pesar del pequeño número de votantes y de las numerosas abstenciones en los distritos proconfederados, prevaleció de manera convincente la “secesión de la secesión”. La creación del nuevo estado de Virginia Occidental –pudo haber sido nombrado Kanawha, por su principal río– fue aprobada por el Senado de Estados Unidos en julio y por la Cámara de Representantes en diciembre, y fue admitido en la Unión en junio de 1863.

La Confederación batalló duro por retener el occidente de Virginia dentro del territorio del estado. Inmediatamente después de la aplastante derrota de las fuerzas confederadas en Philippi, Robert E. Lee, comandante en jefe de Virginia, envió un pequeño ejército a las órdenes de Robert S. Garnett a ocupar los pasos de los montes Alleghenies cerca de Philippi. McClellan, que tenía abundantes voluntarios de Ohio, organizó una contraofensiva con William S. Rosecrans, un cuasi coetáneo suyo de West Point, como su segundo al mando. Su plan era atrapar a Garnett con un movimiento de tenazas en Rich Mountain, lo cual los nortños, que sobrepasaban a sus adversarios en una proporción de tres a uno, estaban bien posicionados para lograr. El 11 de julio McClellan no logró afianzar el éxito inicial de Rosecrans, por confundir los sonidos de la victoria con los de la derrota, una eventualidad que en lo sucesivo se repetiría frecuentemente en su carrera. Jacob Cox escribió más tarde: “Incurrió en la misma sobreestimación del enemigo, la misma tendencia a interpretar desfavorablemente las visiones y los sonidos del frente, la misma vacilación a enviar a la totalidad de sus fuerzas a la batalla cuando sabía que su subordinado se hallaba combatiendo”.<sup>[5]</sup> Garnett consiguió retirar sus tropas y alejarse. Pero entre sus tropas reinaba tal confusión que el 13 de julio las fuerzas de McClellan alcanzaron su retaguardia en Carrick’s Ford en el río Cheat y la derrotaron. Garnett resultó muerto en combate, y fue el primer general de cualquiera de los dos bandos que perdió la vida en la guerra. Una víctima indirecta de la campaña en el

oeste de Virginia fue Robert E. Lee. Este revés, que condujo a la pérdida de los principales depósitos de plomo del Sur, le valió ser vilipendiado en los periódicos y transferido a la superintendencia de las defensas costeras de las Carolinas.

Entretanto, otro episodio militar se había producido en las zonas fronterizas. St. Louis (Missouri), era la localización de un arsenal federal, situado peligrosamente en un estado en el que había una numerosa minoría secesionista. Las sesenta mil armas de fuego del arsenal eran codiciadas por los voluntarios confederados, que se habían reunido y estaban entrenando en el campamento Jackson, así llamado por el gobernador secesionista Claiborne Jackson. El militar de carrera que comandaba la pequeña fuerza que custodiaba el arsenal, el capitán Nathaniel Lyon, logró introducir de contrabando veintiún mil mosquetes desde la otra orilla del Mississippi hasta Illinois, pero luego se dedicó a perseguir a la milicia secesionista. Rodeados en el campamento Jackson, los milicianos se rindieron sin oponer resistencia. Los secesionistas civiles de la ciudad, en cambio, se amotinaron cuando Lyon hizo marchar a sus prisioneros por las calles; comenzó un tiroteo, y pronto hubo docenas de muertos y heridos. La asamblea legislativa estatal de Jefferson City votó por preparar a Missouri para la guerra, y parecía que iba a estallar una guerra civil interna. Para evitarla, Lyon se reunió con Jackson para negociar un acuerdo, pero los términos exigidos por Jackson indignaron a Lyon: Jackson mantendría a las tropas confederadas fuera del estado a cambio de que Lyon no dejara entrar a las tropas de la Unión. Lyon amenazó con declarar la guerra por su propia cuenta y el 16 de junio ocupó Jefferson City, ante lo cual la asamblea legislativa huyó hacia la esquina sudoeste del estado, perseguida por Lyon. Esta serie de acontecimientos tuvo el efecto de dejar a Missouri sin gobierno. Para remediar esta ausencia volvió a reunirse la convención que anteriormente había votado por permanecer dentro de la Unión durante la crisis de la secesión. Esta designó funcionarios estatales que asumieron el poder. Los pocos miembros de la asamblea legislativa que quedaban, presididos por Jackson, respondieron declarando la secesión a pesar de todo, el 3 de noviembre, lo que llevó a que el gobierno de Richmond reconociese a

Missouri como el duodécimo estado confederado el 28 de noviembre. Pero la secesión nunca se materializó. Los miembros de la asamblea legislativa que quedaban fueron expulsados del estado, el cual continuó estando representado en el Congreso de Estados Unidos por senadores y congresistas de antes de la guerra, mientras que los tres o cuatro missourianos blancos que pelearon en la Guerra de Secesión lo hicieron portando el uniforme azul de la Unión. La pelea entre Lyon y Jackson dejó amargas secuelas internas. Missouri padeció más a causa de las luchas entre vecinos que cualquier otro estado, y una guerra de guerrillas entre los partisanos de uno y otro bando perduró hasta 1865. Entre los montaraces confederados más notorios estaban Jesse James y su hermano Frank, quienes más tarde se harían célebres como pistoleros en el poco poblado Oeste.

Su victoria unionista en Missouri convirtió a Lyon en un héroe nacional en el Norte, al menos brevemente; moriría, como general de brigada, en el combate final contra la milicia confederada de Missouri en Wilson's Creek, cerca de Springfield (uno de los veinticuatro lugares llamados Springfield en Estados Unidos), el 10 de agosto. También a McClellan sus pequeñas victorias en el oeste de Virginia lo convirtieron en una figura nacional; los políticos y el pueblo lo identificaron como una promesa. Sin embargo, a principio de julio de 1861 los ojos nortños estaban fijos en otro general: Irvin McDowell, quien comandaba las tropas en las inmediaciones de Washington. Parte de estas tropas estaba comprometida con la defensa de la capital, pero existía un excedente lo bastante grande para formar un ejército de campaña, que podía ser enviado contra el enemigo. McDowell logró encontrar cerca de treinta y cinco mil tropas para una ofensiva contra los veinte mil hombres que comandaba el general Pierre Gustave Toutant Beauregard en Manassas. Beauregard provenía de la Acadiana, antigua comunidad de la Louisiana francesa, había luchado con honores en la Guerra de México, y a principios de 1861 había sido superintendente de West Point, hasta ser destituido a causa de su simpatía por la causa sureña. McDowell, que había coincidido con Beauregard en West Point, en la promoción de 1838, también había peleado en la Guerra de México y había sido instructor de dicha

academia. Era grueso, devoto de la buena mesa, aunque abstemio, y su experiencia había sido exclusivamente como oficial de estado mayor. Jamás había dirigido tropas en el campo de batalla y no tardó en cobrar fama de ser un hombre a quien nunca le salían bien las cosas. Pero en julio de 1861 todavía no había sido puesto a prueba, y se enfrentaba con seguridad al desafío de la acción.

Su base de operaciones, al menos, era segura. En las semanas que siguieron al bombardeo del fuerte Sumter se había cavado un denso cinturón de terraplenes fortificados alrededor de Washington, a ambos márgenes del río Potomac y en la orilla de Maryland de su tramo oriental, cercando no solo a la capital federal sino también Georgetown y Alexandria; la mayoría de estas defensas se hallaban en los que actualmente son los barrios periféricos de la ciudad, llegando incluso hasta Falls Church. McDowell estableció su cuartel general en la mansión con columnas de Robert E. Lee más allá de Arlington. Había guarniciones y artillería en los fuertes. Las tropas sobrantes acampaban, listas para marchar al encuentro del enemigo al otro lado del Potomac en el norte de Virginia.

McDowell envió su plan de batalla a Lincoln y al gabinete de la Casa Blanca el 29 de junio. Tres días antes el *New York Tribune* había publicado el que sería recordado como uno de los editoriales más influyentes de la guerra, “Adelante hasta Richmond”. Muchos en el Norte pensaban que un solo golpe contundente bastaría para abrir el camino hasta la capital sureña y poner fin a la guerra. McDowell era menos optimista. Él proponía tan solo montar un ataque al otro lado del pequeño río de Bull Run, un afluente del Occoquan cuarenta kilómetros al oeste de Washington, con el objetivo de forzar la entrada en el norte de Virginia.

El ejército de Beauregard estaba concentrado en Manassas Junction, donde el ferrocarril de Manassas Gap se unía al de Orange y Alexandria. Al norte se extendía el río Bull Run, atravesado por la barrera de peaje de Warrenton, que conducía hasta Alexandria pasando por el Puente de Piedra pero que también era vadeable en seis puntos: de izquierda a derecha, Sudley Springs, Poplar Ford, Farm Ford, Lewis Ford, Ball’s Ford y Mitchell’s Ford. El terreno era más elevado en la ribera sur del Bull Run,

lo que daba cierta ventaja a Beauregard, quien por otra parte se hallaba en desventaja en cuanto a número de hombres y de cañones.

McDowell comenzó su avance con treinta y cuatro mil hombres organizados en doce brigadas, el 16 de julio. La inexperiencia de sus tropas y la falta de organización de su columna de suministros ralentizaron su avance. No fue sino hasta las primeras horas de la mañana del 21 de julio que la vanguardia de su columna llegó a Centreville, una aldea de casas de madera a cinco kilómetros de Bull Run. Los confederados de Beauregard estaban estacionados, en la ribera sur del Run, en un frente de aproximadamente trece kilómetros, desde Sudley Springs hasta Mitchell's Ford, donde había tenido lugar una escaramuza preliminar el 18 de julio.

El plan de McDowell era inmovilizar el centro de las tropas de Beauregard organizando una demostración de fuerza en el Puente de Piedra, donde la barrera de peaje de Warrenton atravesaba Bull Run, al tiempo que enviaba al grueso de su ejército hasta Sudley Springs dando un largo rodeo, con la intención de cruzar el río y envolver el flanco izquierdo de Beauregard. Joseph E. Johnston se había unido ahora a Beauregard, trayendo tropas de Winchester, en el valle de Shenandoah; aquí Johnston se encontraba a las órdenes de Beauregard, pero el control seguía estando por el momento en manos de Johnston. La mayor parte de su fuerza estaba hacia su derecha, cerca de Mitchell's Ford, donde se había producido la escaramuza preliminar del 18 de julio, y su plan, en la medida en que lo había elaborado, era atacar el flanco izquierdo de McDowell, pero sin saber que en ese mismo momento McDowell atacaría su flanco derecho. Así pues, hubo una incongruencia entre las intenciones de ambos. Por otra parte, Beauregard, aunque se mantuvo a la defensiva, se hallaba en desventaja numérica. La única diferencia cualitativa entre ambos bandos era que los confederados habían repartido a sus oficiales profesionales entre todos los regimientos de voluntarios; mientras que la Unión, debido al irracional prejuicio de Winfield Scott contra la dispersión de los profesionales, los había concentrado en las cuatro unidades regulares de McDowell, un batallón de infantería, un batallón de marines de Estados Unidos, y dos baterías artilleras a las órdenes de los

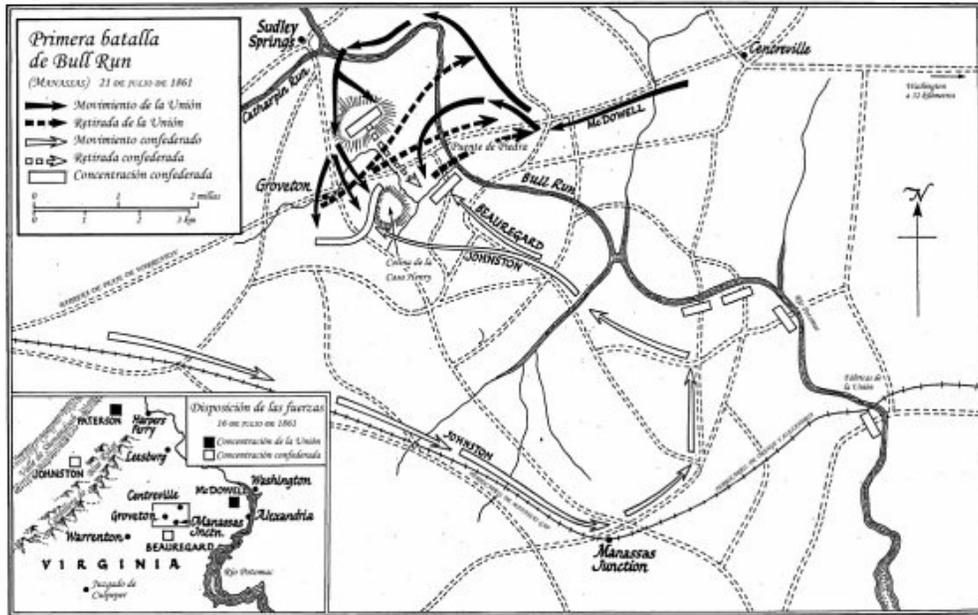
capitanes Ricketts y Griffin.

La primera batalla importante de la Guerra de Secesión comenzó cerca de las nueve de la mañana del 21 de julio cuando las tropas comandadas por el general Daniel Tyler abrieron fuego contra los hombres de Beauregard que bloqueaban el Puente de Piedra, un pequeño grupo de unidades de infantería, caballería y artillería. El general Nathan Evans, el hombre de West Point que dirigía las acciones en el puente, calculó con acierto que el tiroteo pretendía más bien detener a sus fuerzas que destruirlas, e inducido por una señal de uno de los oficiales de estado mayor de Beauregard, el capitán Edward Porter Alexander, que observaba la escena, decidió dividir sus tropas. Dejó cuatro compañías custodiando el Puente de Piedra, y llevó el resto en dirección norte para obstruir el avance de la Unión por Sudley Springs. Sus dos unidades más importantes eran los batallones de Carolina del Sur y Louisiana.

Poco después de que las unidades confederadas ocuparan sus posiciones, apareció la vanguardia de McDowell. Esta consistía en regimientos de New Hampshire y Nueva York, y dos de Rhode Island, apoyados por sus dos baterías regulares, la de Rickett y la de Griffin, y estaba comandada por el general Ambrose Burnside. A Burnside le costó trabajo maniobrar sus inexpertas tropas hasta formar un frente de batalla; pero finalmente logró adoptar la formación correcta y sus regimientos, apoyados por las baterías regulares, comenzaron a vapulear a los confederados. El general Evans envió urgentemente una solicitud de refuerzos. Apareció una brigada conducida por Joseph E. Johnston desde Harpers Ferry, consistente en el sexto de Carolina del Norte, el cuarto de Alabama, y el segundo de Mississippi; fue llevada al frente a toda prisa y logró detener el empuje enemigo, al menos por un rato.

Al percibir que la resistencia se fortalecía, McDowell ordenó a Tyler, que dirigía las acciones en el Puente de Piedra, que incrementara la presión. Tyler valoró que sería mejor ir a presionar por otro punto y, cuando apareció una brigada a las órdenes del general William Tecumseh Sherman, la dirigió hacia Farm Ford, justo al norte del Puente de Piedra. Sherman, de la promoción de 1840 de West Point, estaba destinado a convertirse en uno de los comandantes más ilustres de la Guerra de

Secesión. En prueba de su eminencia futura, Sherman condujo a su brigada hasta el terreno elevado que dominaba el campo de batalla, un ligero promontorio coronado por una casa que pertenecía a la familia Henry.



En la Colina de la Casa Henry se concentraría el clímax de la batalla de Bull Run. Johnston fue el primero en reconocer su importancia. Impaciente ante la fijación de Beauregard con envolver el flanco derecho de McDowell, a mitad de la tarde anunció de repente: “La batalla está allí, voy para allá” y, montando de un salto galopó hasta el escenario del combate. Al llegar, se encontró con que su subordinado el general Thomas J. Jackson, al mando de una brigada de tropas de Virginia que había servido anteriormente en el valle de Shenandoah, estaba estacionado en la cima. Jackson, de la promoción de 1846 de West Point, era un táctico consumado. Había posicionado a su brigada de tal modo que ocupaba la “cima militar” de la colina, de modo que las tropas federales solo podían verlos una vez que alcanzaban la “cima falsa”. Los cinco regimientos de Virginia de Jackson estaban apoyados por la Legión

de Hampton, una unidad mixta de infantería y caballería de Carolina del Sur, bajo el alto mando del general Bernard Bee. En su único acto digno de mención, Bee espoleó su caballo hacia adelante en el momento en que las tropas de la Unión aparecían en la frontera de la Casa Henry, y gritó a los hombres de Carolina del Sur, y a los menos resolutos que quedaban del ejército de Beauregard, que temporalmente habían encontrado camaradas en la Colina de la Casa Henry: “¡Mirad! Allí está Jackson resistiendo como una muralla de piedra. ¡Id a apoyar a los virginianos!”.

[6]

Algunos lo hicieron, en número lo bastante grande para ahuyentar a los regimientos federales y crear así una leyenda, la de Stonewall Jackson [Jackson Muralla de Piedra]. Stonewall, como se lo llamó después y para siempre, insistió en que el sobrenombre perteneciera a su brigada, la cual fue ciertamente llamada la Brigada de Stonewall por el gobierno confederado. El combate alrededor de la Casa Henry duró toda la tarde. El propio McDowell llegó hasta allí y subió hasta el piso superior de la Casa Henry, donde un cañonazo acababa de matar a la señora Henry, de ochenta y cuatro años. Poco después de la aparición de McDowell, las fuerzas federales, aunque todavía superaban en número a sus adversarios confederados, empezaron a replegarse. A la caída de la tarde la retirada se había convertido en una desbandada total.

No existe un motivo racional para que el ejército de McDowell se desmoronase del modo en que lo hizo. Beauregard había recibido refuerzos durante el transcurso del combate vespertino, incluyendo una brigada traída por ferrocarril desde el valle de Shenandoah, que había desembarcado directamente en el campo de batalla, un acontecimiento sin precedentes en la historia militar. Los refuerzos habían contraatacado a las columnas de McDowell desplegándose desde más allá del Bull Run. Las dos baterías regulares habían sido severamente debilitadas por las descargas de corto alcance de los mosquetes de un regimiento confederado que vestía de azul, al que los artilleros tomaron por uno de los suyos. Jeb Stuart había ejecutado una efectiva carga de caballería, ahuyentando a los Zuavos de Fuego de Nueva York y desorganizando completamente al batallón de marines, lo que no fue nada sorprendente

ya que sus hombres eran reclutas bisoños.

Sin embargo, ninguno de estos episodios constituyó una acción decisiva; y de hecho tampoco nadie tomó decisión alguna. Al iniciarse el tiroteo alrededor de la Casa Henry, Johnston había cabalgado hasta allí, pero al llegar no logró hacerse con el control. Tampoco McDowell, cuando, bastante después, llegó hasta ese mismo lugar. Beauregard lideró un contraataque subiendo por la Colina de la Casa Henry y rechazando a una columna federal, tras lo cual la retirada de la Unión se hizo general. Exactamente por qué, nadie podría decirlo. Había miles de soldados en movimiento, dando vueltas de un lado para otro. Se calcula que hasta doce mil federales habían perdido de vista a sus regimientos. Un número menor de confederados había sucumbido a la confusión. Probablemente esa fue la causa del éxito confederado, no obstante su falta de organización.

Ya a la caída de la tarde la barrera de peaje de Warrenton, que conducía de vuelta a Alexandria y Washington, estaba abarrotada de soldados, caballos y transportes militares pugnando por abandonar el campo de batalla; muchos de los fugitivos se imaginaban que la caballería de Stuart, cualquier tipo de caballería, les pisaba los talones. Mezclados con los soldados había muchos civiles, que habían venido por la mañana en carruajes, con provisiones de picnic, para ver la batalla, esperando que sería como una especie de espectáculo al aire libre. Entre ellos había por lo menos diez congresistas y seis senadores estadounidenses. Al anoecer ya estaban ansiosos por cenar a buen recaudo. Los transportes civiles se encontraron rueda con rueda con las cureñas y cajas de municiones de la artillería en el apuro por ponerse fuera de peligro.

Los confederados estaban apenas en mejores condiciones. Muchos de sus regimientos habían perdido cohesión y sus soldados deambulaban en grupos por el fondo del campo de batalla, desprovistos de oficiales y sin saber qué hacer. Jefferson Davis, que había venido en tren desde Richmond, creyó en un principio que había llegado al escenario de una derrota sureña, y comenzó a tratar de reunir a los rezagados. El primero de los suyos con quien se encontró fue Stonewall Jackson, vendándose una herida menor en un hospital de campaña. “Les hemos dado una

paliza”, gritó. “Huían como ovejas. ¡Deme cinco mil hombres frescos y estaré en la ciudad de Washington mañana!” <sup>[7]</sup>

Jackson, con inusual efervescencia, exageraba. El ejército de Beauregard no había obtenido una victoria notable. Simplemente había eludido una derrota, y por un margen comparativamente estrecho. No le quedaban fuerzas para perseguir a las debilitadas tropas de McDowell y mucho menos para tomar Washington. La línea del Potomac y los puentes que lo cruzaban continuaron siendo tan seguros en los días que siguieron a la batalla de Bull Run como lo habían sido en sus vísperas. De hecho la línea defensiva metropolitana se extendía aún más adelante. Centreville, un topónimo grandilocuente para un conjunto de simples chozas de tablas, albergaba a varias brigadas intactas a las órdenes del coronel Theodore Runyon que pronto fueron reforzadas por elementos del ejército de Bull Run, la brigada de Blenker y el batallón de soldados regulares del comandante George Sykes. Beauregard estaba ansioso por rebasar Centreville, pero nunca lo logró.

Bull Run había causado estragos en ambos ejércitos. Aunque una cuarta parte del ejército de McDowell había sobrevivido a las acciones de aquel día, y alrededor de un tercio de los de Beauregard, 460 norteros habían muerto, 1.100 resultaron heridos y más de 1.300 fueron hechos prisioneros; los confederados habían tenido 400 bajas fatales y 1.500 heridos, aunque casi ninguno fue hecho prisionero, siendo esta la verdadera prueba de su éxito. Bull Run no fue solo la primera gran batalla de la guerra. Fue también el primer episodio de un tipo enteramente nuevo de contienda, una lucha de ideas librada por poblaciones apenas entrenadas para combatir. Sus resultados, tan ambiguos militarmente, lograron fortalecer las pasiones en ambos bandos. En Richmond y en todo el Sur, la noticia de Manassas, como se la llamó allí, fue recibida como una importante victoria, y por tanto como un aliento para persistir. Los sureños de a pie pensaban que sus tropas, inferiores en número, habían derrotado a una fuerza muy superior, un presagio del futuro y de la victoria final. En el Norte, la noticia hizo añicos las esperanzas pero también robusteció la determinación. Los patriotas pensaban que tras un revés inicial no tardaría en venir el triunfo. La justeza de la causa de la

Unión era en sí misma una garantía de que la rebelión sería derrotada.

Entretanto, en Washington, Lincoln pasó los días que siguieron a la batalla analizando por qué vía podrían hacerse realidad los ideales estratégicos. Esbozó algunos vagos propósitos –mejorar el entrenamiento de las tropas en la fortaleza Monroe, incrementar la ocupación federal de Baltimore– y bosquejó planes de acciones ofensivas contra el Sur, afianzando el control del ferrocarril de Bull Run y abriendo un frente en la parte alta del Mississippi. Y, lo que es más significativo, recalcó la importancia de endurecer el bloqueo; y comenzó a pensar en hacer un cambio en el alto mando. Aunque no habían mediado reproches ni disputas entre él y McDowell, ya había empezado a tener dudas con respecto al militar, que le resultaba demasiado cauteloso, falto de resolución. Buscando un posible sustituto, los pensamientos de Lincoln se concentraron en el único general de la Unión que había obtenido algún tipo de éxito contra el ejército confederado, George McClellan, el vencedor de las pequeñas batallas en Virginia Occidental a principios de julio. El 22 de julio telegrafió a McClellan que se presentara en Washington.

No fue ninguna casualidad que el primer choque armado de la Guerra de Secesión tuviera lugar en la frontera marítima de Carolina del Sur, un sitio donde las fuerzas armadas de un estado enteramente secesionista se enfrentaron al poder militar de la Unión en el fuerte Sumter. En cualquier otro sitio la confrontación hubiera sido mucho menos clara; y la división de opiniones y de la población, menos acusada. Los frentes de batalla estaban menos delineados en los estados fronterizos, donde había menos esclavos, en caso de tratarse de estados esclavistas, y los votos a favor de la secesión eran menos concentrados y numerosos. Algunos estados fronterizos como Kansas, el vecino occidental de Missouri, no eran en absoluto secesionistas, aunque los inmigrantes sureños habían introducido esclavos en este estado durante la atribulada década de 1850. Virginia, un estado casi norteamericano en términos geográficos, era secesionista por mayoría, pero sus condados del noroeste contenían muy pocos esclavos y no era nada seguro que apoyasen al gobierno estatal en una votación a favor de permanecer dentro de la Unión o de abandonarla.

Kentucky, Tennessee y Missouri se hallaban evidentemente divididos, por contener entre sus electorados considerables poblaciones de esclavos pero pocos grandes esclavistas. Maryland era considerado sureño por su filiación pero no era un estado completamente esclavista. El diminuto Delaware, aunque tenía esclavos, estaba demasiado eclipsado por sus vecinos nortños para arriesgarse a optar por la secesión.

El dilema de los estados fronterizos –mantenerse firmes dentro de la Unión o seguir a sus facciones esclavistas hacia el Sur–, fue particularmente intenso en Tennessee, Kentucky y Missouri. Tennessee, cuya mitad oriental era unánimemente unionista, fue arrastrado a la secesión por su gobernador el 8 de junio; no obstante, proporcionó a la Unión un gran número de voluntarios y fue uno de los estados con regimientos con nombres en ambos ejércitos. A Lincoln le dolía especialmente el caso de Tennessee, y su estrategia en el escenario del Oeste estuvo sumamente influenciada por su deseo de devolver este estado a la Unión. Kentucky era tal vez el estado más dividido de todos, tanto que el gobernador, Beriah Magoffin, declaró su neutralidad, como si el estado fuese una entidad soberana al margen de Estados Unidos (como, naturalmente, decían los secesionistas radicales de todo el país que era el caso), y trató de negociar con Washington y Richmond tanto tiempo como pudo. Finalmente a Richmond se le fue la mano e invadió Kentucky, lo que provocó que los legisladores pidieran protección a la Unión. Así pues, permaneció dentro de la Unión, aunque su gobierno estatal patrocinado por Richmond mantuvo una precaria existencia durante toda la guerra, lo que permitió que los secesionistas contaran el estado como parte de la Confederación. Los kentuckianos se alistaron como voluntarios en ambos ejércitos, aunque al terminar la guerra los ciudadanos del estado comenzaron a mostrar una curiosa simpatía por la causa sureña, dando pie al comentario de que Kentucky “se separó después de la guerra”.

La crisis secesionista adoptó su peor faceta en Missouri, puesto que allí desembocó en una guerra abierta, costosa y despiadada. Los combates de baja intensidad que antecedieron a la guerra en Kansas, que habían ocasionado tantas matanzas entre vecinos, se habían extendido a Missouri

antes de 1861, dejando un legado de odios locales, que se entremezclaron con los sentimientos pro y antiesclavistas, ya que Missouri era un estado algodonero con una considerable población de esclavos. Los asaltos y asesinatos al estilo de Kansas comenzaron otra vez en Missouri a raíz de la noticia del fuerte Sumter. (Lincoln había puesto al comandante del fuerte, Robert Anderson, al mando de la milicia unionista de Kentucky a su regreso de Charleston).

Después de que Nathaniel Lyon salvara el arsenal de St. Louis, hubo un intento por evitar la guerra civil en Missouri, uno entre los muchos que estaban teniendo lugar en varios puntos de las fronteras, y también en el interior sureño, por aquella fecha. El comandante de la Unión, el general de brigada de origen sureño William S. Harney, negoció un acuerdo con el general Sterling Price de que las tropas de este no intervendrían de ninguna manera que exacerbara las tensiones. Price, un oficial de voluntarios, había ofrecido sus servicios al gobernador Jackson. Lyon y el congresista Francis Preston Blair coincidieron enseguida en que el acuerdo Price-Harney serviría más para acelerar la secesión que para impedirla y, con la autorización presidencial, Lyon se apresuró a retirar a Price de su cargo, el cual pasó a ocupar personalmente. Él y Blair se reunieron luego con el gobernador Jackson y el general Price en St. Louis para acordar los términos del gobierno estatal. Lyon exigió el derecho de libertad de movimiento para las tropas de la Unión en todo Missouri. El gobernador se negó y la conferencia degeneró en una riña. Posteriormente Jackson mandó traer tropas confederadas de Arkansas, Louisiana y Texas. Su llegada estimuló los enfrentamientos entre prosecesionistas y antisecesionistas que ya habían estallado en varios puntos del estado. A principios de julio, los federalistas de dos condados del norte del estado habían sido desalojados de sus hogares; activistas antiesclavistas de Kansas, llamados Jayhawkers, aparecieron en el oeste de Missouri para atacar a los secesionistas. Entonces Lyon auspició una convención estatal que declaró vacantes la gobernación y otros cargos estatales e instaló en el poder un gobierno firmemente unionista, y trasladó la capital estatal de Jefferson City a St. Louis.

Esto condujo la guerra civil desatada en Missouri a un punto crítico.

Ambos bandos comenzaron a concentrar tropas. Lyon partió a enfrentarse con Price en Wilson's Creek, cerca de Springfield, Missouri, a principios de agosto. Lo que ocurrió entonces, aunque trivial en términos militares y por lo poco que contribuyó al resultado de la guerra en su conjunto, fue sin embargo de suma importancia, puesto que reveló los rasgos que caracterizarían en todo lugar y momento a las batallas de la Guerra de Secesión. Fue un combate cruento, que dejó un saldo de cuantiosas bajas en ambos bandos, y numerosos heridos entre los supervivientes; pero a pesar de su costo en vidas humanas, no tuvo un resultado militar concluyente, pues la cuestión de quién controlaba el estado de Missouri, si el Norte o el Sur, solo se resolvería en el futuro. Wilson's Creek fue una típica batalla de la Guerra de Secesión y también fue la precursora de muchas otras que vinieron después.

Lyon, quien comandaba la concentración de tropas de la Unión, había estado en campaña en Missouri, combatiendo en escaramuzas aquí y allá cuando se encontraba con el enemigo. Ahora había identificado al principal cuerpo rebelde cerca de Springfield, y decidió atacarlo en su campamento cerca de Wilson's Creek. Sus tropas sumaban 6.200 hombres, quinientos de los cuales eran milicianos locales con casi ninguna preparación y escaso equipamiento. Mejor entrenados y mejor armados estaba el resto de sus hombres, organizados en tres brigadas. La primera estaba compuesta por soldados regulares del primero de infantería y un batallón del segundo de infantería de Missouri, y la segunda de soldados regulares del segundo de infantería de Estados Unidos y algunos reclutas locales. La tercera, a las órdenes del coronel Franz Sigel, designado por razones políticas pero con experiencia en las guerras europeas, estaba integrada por voluntarios de Missouri. Este pequeño ejército contenía también varias compañías de caballería regular de Estados Unidos y varias baterías artilleras, entre ellas la batería regular F del segundo de artillería de Estados Unidos. Al desplegarse para entrar en combate el primer día de la batalla de Wilson's Creek, el 10 de agosto de 1861, Sigel contó a sus hombres: eran 1.118 con seis piezas de artillería.

El enemigo superaba considerablemente en número a las fuerzas de la Unión, llegando a 10.175 hombres con quince piezas de artillería,

organizados en dos divisiones, incluyendo regimientos de Missouri, Arkansas, Texas y Louisiana, principalmente de infantería pero también algunos de caballería. Todos se hallaban bajo el mando del general de brigada Ben McCulloch, asistido por el general de división Sterling Price. El campo estaba lleno de colinas onduladas, cortadas en algunos sitios por barrancos, con Wilson's Creek [el arroyo de Wilson] corriendo entre las altas riberas. Había unas cuantas arboledas, que se espesaban en algunos puntos.

Lyon avanzó sus tropas hasta avistar el campamento enemigo durante la noche del 9 de agosto, mientras que Sigel condujo a sus hombres dando un gran rodeo lateral hasta llegar a la retaguardia del enemigo al amanecer del 10 de agosto. El clima era templado pero lloviznaba. El plan de Lyon era lanzar un ataque combinado contra los confederados. Él atacaría su campamento por el norte, Sigel por el sur. Aunque los confederados superaban ampliamente en número a los federales, no tenían casi ninguna preparación militar y estaban muy mal equipados. La mayoría llevaba solo escopetas de caza menor y mosquetes de chispa, mientras que la mayoría de los hombres de la Unión tenía rifles de percusión.

Lyon esperó a que el sonido de los disparos desde el sur y los fogonazos de rifles y cañones le indicaran que Sigel había iniciado su ataque. Entonces avanzó a lo largo del lado oeste de Wilson's Creek, ahuyentando a una fuerza de caballería confederada, que se retiró a una loma que daría en llamarse Bloody Hill [la colina sangrienta]. Pero cuando los hombres de Lyon llegaron a la cima de la loma se encontraron bajo el fuego de la artillería de Pulaski, situada en una loma al otro lado del arroyo. Esta intervención permitió a Price organizar una línea de fuego en Bloody Hill.

Sigel, al oír el ruido del combate, había enfilado su artillería contra el campamento confederado haciendo que sus despavoridos ocupantes huyesen en desbandada. Luego avanzó hacia el norte para incorporarse a la batalla por Bloody Hill. A las seis y media de la mañana el enfrentamiento en Bloody Hill continuaba ganando en intensidad. Nathaniel Lyon, a caballo y enardecido por el combate, envió a la infantería comandada por el capitán Joseph Plummer hacia el este de Wilson's Creek para proteger el flanco izquierdo de la Unión. Plummer

vio el efecto que el fuego de la batería de Pulaski estaba haciendo en sus camaradas y avanzó para poder abrir fuego contra esta. McCulloch respondió enviando dos regimientos de infantería para reforzar a los rebeldes en el centro del campo de batalla. Estos se enzarzaron con el enemigo en un maizal situado al norte de Bloody Hill. Las tropas de la Unión se retiraron del maizal y se replegaron cruzando Wilson's Creek, una maniobra que permitió a los confederados concentrar toda su fuerza contra las líneas de la Unión en Bloody Hill. Sigel sufrió entonces un desastroso revés al confundir un regimiento de tropas de Louisiana que avanzaba con el primero de infantería de Iowa de la Unión, el cual, como era usual en esta primera etapa de la guerra, aún vestía el uniforme gris de los milicianos. Confundidos por el ataque de las que creían eran fuerzas amigas, los federales rompieron filas y salieron corriendo. Entonces los confederados concentraron todos sus esfuerzos contra Lyon y sus hombres en Bloody Hill. Hubo tres ataques confederados durante las dos horas que siguieron. Lyon, quien mostró un arrojo temerario a lo largo de todo el combate, fue herido levemente y desmontado al inicio del mismo, pero volvió a montar a caballo y continuó alentando a sus hombres, agitando su gorra y gritando órdenes. Luego fue herido en el pecho por una bala minié y murió. Poco después, Price, al mando de todas las fuerzas confederadas, organizó sus unidades, aproximadamente unos seis mil hombres, en una única línea de novecientos metros de longitud y avanzó al encuentro de las tropas supervivientes de la Unión. Contaban con el apoyo de la artillería y llegaron hasta una distancia de seis metros del enemigo, abrumándolo con un fuego continuo.

El frente de batalla en esta etapa estaba envuelto en una densa nube de humo, un efecto común del fuego cerrado de los mosquetes en los campos de batalla de la Guerra de Secesión, lo que explica por qué la infantería no dejaba de disparar estando ella misma bajo un intenso fuego: sencillamente no podían ver al enemigo y eso los protegía del efecto psicológico de los mosquetes disparando a corta distancia. La Unión resistió con tal tenacidad que a pesar de la muerte de su heroico líder y la granizada de balas de mosquete, lograron repeler a los confederados. No obstante, por estar debilitados y severamente diezmados no pudieron

consolidar sus líneas y, cuando los confederados retrocedieron para reorganizarse, comenzaron a retirarse hacia el norte. No se detuvieron hasta que llegaron a Springfield.

Al mantener el control sobre el terreno, los confederados pudieron contar Wilson's Creek como una victoria. Sin embargo, el intrépido Lyon y Sigel habían desarticulado sus posiciones en Missouri, y la Unión logró retener la posesión del estado y su gobierno estatal, aunque la Confederación instaló un régimen títere y reconoció a unos pocos delegados al Congreso confederado.

De sus 5.400 combatientes, la Unión tuvo 223 muertos, 721 heridos y 291 desaparecidos, para un total de 1.235 bajas, en Wilson's Creek, cerca del veinte por ciento de los participantes. Los confederados contaron 265 muertos, 800 heridos, y 30 desaparecidos, un total de 1.095 bajas de los 10.175 que participaron, cerca del diez por ciento. En comparación con los baños de sangre del Este, como Fredericksburg y Chancellorsville, Wilson's Creek no fue una batalla costosa. Sin embargo, como experiencia humana resultó aterradora, y tuvo características que se repetirían en muchos campos de batalla a todo lo largo de la Guerra de Secesión, incluyendo una alta proporción de bajas entre los oficiales de alto rango. Además de Lyon, el primer general de la Unión (acababa de ser ascendido) que murió en la guerra, el Norte tuvo también dos coroneles heridos; las cifras equivalentes de la Confederación fueron un coronel muerto, uno mortalmente herido, un general de brigada y tres coroneles heridos.

---

<sup>1</sup> *Richmond Examiner*, 27 de septiembre de 1861, citado en James M. McPherson, ob. cit., 1988, p. 337.

---

<sup>2</sup> Abraham Lincoln, *Speeches and Writings, 1859-1865*, Nueva York, 1989, vol. 2, p. 302.

---

<sup>3</sup> Earl B. McElfresh, *Maps and Mapmakers of the Civil War*, Nueva York, 1999, pássim.

---

[4](#) T. Harry Williams, ob. cit., p. 5.

---

[5](#) *Ibíd.*, p. 24.

---

[6](#) Allen Tate, *Stonewall Jackson*, Nashville, TN, 1991, p. 86.

---

[7](#) *Ibíd.*, p. 88.

## VIII

### MCCLELLAN TOMA EL MANDO

No resulta del todo descabellado caracterizar a George Brinton McClellan como el Patton del ejército federal de la Guerra de Secesión. Al igual que Patton, era un hombre apuesto, tenía aspecto marcial e insistía en la dignidad militar que, según él, le correspondía. Como Patton, en sus relaciones sociales desplegaba una seguridad en sí mismo que procedía de su educación superior; los McClellan no eran ricos como los Patton, pero el padre era un médico muy distinguido de Filadelfia y la familia era respetada en la ciudad. El más joven de los McClellan había estudiado en una escuela preparatoria de Filadelfia y había asistido durante dos años a la Universidad de Pensilvania, futuro bastión de la Ivy League, donde había sobresalido en el estudio de los clásicos y las lenguas extranjeras. Pero siempre había querido ser soldado, una ambición que lo llevó a West Point en 1842, para incorporarse a la que se convertiría, antes de la promoción de 1915, en la más renombrada de la historia de la academia, la promoción de 1846. Entre sus compañeros de clase estaban George Pickett, el de la carga de Pickett, Ambrose Hill y Stonewall Jackson. Sin embargo, ninguno de ellos se destacó tanto como McClellan. Calificado por sus méritos como el segundo de su clase, desde un inicio sus coetáneos lo consideraron el más prometedor. “El hombre más capaz de la clase”, según uno de sus compañeros; “confiabamos en que lograría un gran historial en el ejército, y si se presentaba la oportunidad, le augurábamos auténtica fama militar”.<sup>[1]</sup> Los inicios de su carrera confirmaron su promesa. En la Guerra de México de 1846 le fue concedido un grado honorario, en prenda de un ascenso futuro, y al terminar la guerra fue seleccionado para viajar al “escenario de la guerra” en Europa, Crimea, donde Francia y Gran Bretaña estaban combatiendo a

Rusia para impedir que esta destruyese al Imperio Otomano, para informar sobre el desarrollo del conflicto entre las grandes potencias militares. Este nombramiento fue una gran distinción para McClellan, puesto que las fuerzas armadas estadounidenses no estaban precisamente a la vanguardia de la modernidad; además, por entonces los ciudadanos estadounidenses rara vez tenían ocasión de viajar al extranjero. McClellan resultó un perspicaz observador de la contienda de Crimea y entregó un informe que impresionó a sus superiores. Entonces el joven oficial anunció su separación de la que parecía una segura aunque laboriosa carrera de ascensos militares. Renunció a su comisión y se hizo ingeniero jefe y vicepresidente de la Illinois Central Railroad Company. Para sus amigos y parientes no debió de haber sido una decisión inesperada. En la década de 1850, los ferrocarriles eran el sector más dinámico de la economía estadounidense, por entonces en explosiva expansión. Los ferrocarriles prometían, y en breve lograrían, unificar físicamente Estados Unidos. Cualquier joven que pudiese ofrecer su competencia en las habilidades necesarias para hacer funcionar los ferrocarriles podía dictar sus propias condiciones. McClellan era uno de estos jóvenes.

Era ingeniero, formado en la escuela de ingeniería de West Point, por entonces el principal centro de enseñanza técnica en Estados Unidos y uno de los pocos de su tipo en el mundo. Los otros que existían –la Real Academia Militar de Woolwich en Inglaterra, la Escuela Politécnica en París– eran instituciones militares, puesto que la tecnología hacía poco que comenzaba a ser algo más que un instrumento al servicio de la guerra. Por suerte para McClellan, los profesores de ingeniería de West Point, así como sus homólogos europeos –el profesor de Woolwich era Michael Faraday– llevaban sus asignaturas mucho más allá de los límites tradicionales del ataque y la defensa de fortificaciones. McClellan, gracias a profesores de West Point como William Bartlett, quien iba a la vanguardia en su disciplina, se había empapado de una educación científica y técnica que lo capacitaba para ocupar cualquier puesto ejecutivo de ingeniería creado por la revolución industrial estadounidense de mediados de siglo. Ya en 1861 la Illinois Central no era el único ferrocarril al que McClellan había prestado sus servicios. Al estallar la

guerra, McClellan era un formidable candidato a asumir el alto mando en el conflicto que sumía a su país, un ingeniero militar preparado, un combatiente experimentado y un empresario ejecutivo de probada experiencia. No es de extrañar pues que a las pocas semanas de estallar la guerra, McClellan fuera ascendido a general de división de los voluntarios de Estados Unidos y designado para dirigir las acciones en Virginia Occidental.

McClellan fue uno de los primeros graduados de West Point en alcanzar el rango de general. Aunque ya en 1860 el ochenta por ciento de los oficiales estadounidenses provenía de West Point, ninguno había llegado más que a coronel. La vieja guardia –los veteranos de la Guerra de México, de las guerras contra los indios seminolas, incluso de la Guerra de 1812– todavía dominaba el alto mando y mostraba reticencia a considerar como sus iguales a los muchachos de la academia que aprendían por los libros. Solo la inminencia de la guerra, y la súbita necesidad de comandantes de brigadas y de divisiones y de oficiales de estado mayor, lograron descongelar el bloqueo. Pocos fueron promovidos al alto mando tan pronto como McClellan. Esta rapidez se debió al hecho de que todavía ningún otro comandante de la Unión había alcanzado éxitos en el campo de batalla, aunque cabe destacar que él no estuvo presente en ninguna de las tres batallas por las que fue tan prontamente aclamado. William Howard Russell, el corresponsal del *Times* de Londres que acababa de llegar de Crimea y había trabado estrecha relación con comandantes experimentados, se refirió desdeñosamente a McClellan en uno de sus despachos como “un pequeño cabo de batallas no libradas”.<sup>[2]</sup> La pulla era injusta, pero constituyó una saludable advertencia para los entusiastas de las victorias rápidas. Winfield Scott, el único soldado estadounidense con un conocimiento personal de cómo obtener la victoria, estaba particularmente preocupado por deshacer las esperanzas en un triunfo a corto plazo. En una nota añadida a su aprobación del primer plan de acción de McClellan, previno contra el “gran peligro que ahora nos acosa: la impaciencia de nuestros patrióticos y leales amigos de la Unión. Ellos abogarán por acciones instantáneas y enérgicas, sin pensar, me temo, en las consecuencias”.<sup>[3]</sup>

Fue la demanda de acciones instantáneas, “Adelante hasta Richmond”, lo que condujo a la debacle de Bull Run. La derrota de la Unión había revertido el clima moral de la guerra. Antes de Bull Run, era el Sur el que, según sus propios cálculos, se hallaba amenazado, aunque su bravuconería le impedía admitirlo. Después de Bull Run fue Washington, y no Richmond, la que estaba en peligro. Un racionalista estratégico, analizando la escena, hubiese opinado lo contrario. A pesar de la proximidad de las líneas confederadas, que avanzaron desde Bull Run hasta Centreville y dominaban el Potomac, el Sur carecía de fuerzas sobre el terreno para sacar partido de la ventaja que había obtenido. La noche misma de Bull Run, Winfield Scott disipó todos los rumores y temores de que los confederados estaban a las puertas de la ciudad. A un oficial de estado mayor que le trajo un informe de que Arlington, un barrio de las afueras del sur de Washington, había sido ocupado y de que la vanguardia confederada pronto estaría en la propia capital, Scott le espetó: “Ahora estamos probando los primeros frutos de la guerra y conociendo lo que es el pánico. Tenemos que estar preparados para toda clase de rumores. Vaya, que pronto oiremos que Jefferson Davis ha cruzado Long Bridge al frente de una brigada de elefantes”.<sup>[4]</sup> Scott, hipérbole aparte, estaba diciendo algo muy válido y atinado. La Confederación no tenía las fuerzas necesarias para invadir el Norte –al menos no de momento– y lo que la Unión debía hacer era echar a un lado los temores infundados y buscar la manera de llevar la guerra hasta el enemigo.

McClellan, rebotante del entusiasmo característico del favorito recién nombrado, llegó a Washington con un plan para ganar la guerra sin dilación. La ausencia de dilación era un concepto muy popular en el Norte al estallar la rebelión. Nadie, ni siquiera el presidente, quien abrigaba temores más realistas, quería contemplar la posibilidad de una guerra larga. Tampoco la idea de una contienda sería agradaba a muchos en el Norte. El general Scott se había convencido a sí mismo desde el comienzo, y había procurado convencer a los demás, de que al verse sometidos a las incómodas presiones del bloqueo y las amenazas, los federalistas del Sur, cuyo número él maximizaba, se rendirían para que la Unión pudiese ser restaurada sin gran derramamiento de sangre.

McClellan, un veterano en las guerras de dos continentes, era lo bastante realista para aceptar que la visión de Scott de una reconciliación sin conflicto no era nada segura. Él aceptaba que la lucha era un medio necesario para sofocar la rebelión. El plan que presentó a Washington, por tanto, preveía operaciones de enorme magnitud. Era un plan malo – eso es algo universalmente admitido en retrospectiva –, demasiado vago y no lo bastante feroz. Pero, como pudiera haber dicho Sherlock Holmes, tenía puntos de interés. El primero de estos era que incluía una dimensión marítima. El segundo, que trazaba una red estratégica muy amplia, revelando una comprensión del factor geográfico en la planificación bélica en el continente norteamericano que hablaba muy bien de la capacidad intelectual de McClellan. Proponía un avance por mar hacia Charleston, Carolina del Sur y Georgia. La operación anfibia vendría combinada con una incursión desde el Medio Oeste, con vistas a lograr un firme control del río Ohio y del alto Mississippi a lo largo del valle del Gran Kanawha hasta Virginia. El río Gran Kanawha es uno de los pocos que cruza la cordillera de los Apalaches; nace en Carolina del Norte y alimenta al río Ohio. A su vera se extiende Charleston, la capital de lo que es hoy Virginia Occidental y, finalmente, Pittsburgh, en el punto donde se le incorpora el río Monongahela. Físicamente el Gran Kanawha es una importante vía fluvial, pero en el siglo XIX el terreno por el cual fluía no estaba urbanizado, escaseaban los pueblos y carreteras y no había ningún ferrocarril. La elección de McClellan del Gran Kanawha como eje resulta difícil de comprender. McClellan deseaba combinar la ofensiva del Gran Kanawha con otra desde Kansas y Nebraska a lo largo de la línea de los ríos Mississippi y Missouri, dirigida hacia el interior sureño y finalmente hacia Texas. Nada de esto era objetable estratégicamente. Lo que McClellan no explicó a Scott, ni a Lincoln, era dónde establecería su base de operaciones o, lo que era aún más importante, cómo la abastecería de tropas, municiones y suministros.

Lincoln y Scott, aunque al principio parecieron aprobar el plan de McClellan, en realidad no lo aplicaron, ni facilitaron los recursos que lo hubieran puesto en marcha. Esto dejaba al Plan Anaconda, que Scott había propuesto a principios de mayo, a cargo de encerrar a la

Confederación, bloqueando las costas y controlando el río Mississippi. En términos económicos, el Plan Anaconda estaba bien concebido y era factible. El Norte, dado que controlaba la mayor parte de los barcos y hombres de la Marina de Estados Unidos, y casi todos los astilleros estadounidenses, estaba en posición de cerrar los accesos marítimos del Sur con bastante rapidez; como los dueños de las embarcaciones fluviales eran en su mayoría nortños, la Unión también estaba bien posicionada para controlar el tráfico de las grandes vías fluviales. Una vez hecho esto, la gran capacidad exportadora de la que tanto se enorgullecía el Sur quedaría anulada. Cuatro millones de pacas de algodón, una enorme reserva de riqueza, perderían todo valor si no podían sacarse de los almacenes. Al comienzo de la guerra, algunos sureños se convencieron de que sería ventajoso para la Confederación que se interrumpiera el suministro de algodón en el mercado mundial. La subsiguiente crisis en la industria manufacturera del norte de Inglaterra y de Francia obligaría, creían ellos, a los federalistas moderados a exhortar al gobierno federal a que aceptara la secesión, y a los poderosos socios comerciales del Sur a reconocer su independencia. Estas ideas resultaron erróneas. La falta de algodón ciertamente generó una crisis en las fábricas textiles europeas, pero tan fuerte era el apoyo de los trabajadores textiles a la causa antiesclavista que la penuria económica no se tradujo en protestas políticas. Los dueños de las fábricas, y la gente acaudalada en general, tenían más simpatía por el Sur; todavía había bastante resentimiento por la rebelión de las trece colonias para que la gente chapada a la antigua se regocijara viendo a los republicanos en aprietos. Sin embargo, la fuerza de la causa antiesclavista, que Gran Bretaña prácticamente había hecho suya en la primera mitad del siglo, el orgullo nacional por el éxito de la Marina Real en la eliminación del comercio de esclavos, y el mero sentido común sobre el modo de conducir la política exterior, resultaron los factores decisivos. El Ministerio de Exteriores, pese al intenso cabildeo de los representantes sureños, decidió no reconocer la independencia confederada.

En el terreno diplomático, por tanto, el Plan Anaconda, una vez instituido, cumplió su cometido. La campaña del Mississippi, a la cual dio

origen, capturó sucesivamente Cairo, Memphis y, en la desembocadura del río, Nueva Orleans, dividiendo el Sur y aislando su mitad occidental de los estados interiores. Al explicar el objetivo de su plan a Lincoln el 3 de mayo, Scott escribió que su intención era “despejar y mantener abierta esta gran línea de comunicación [...] para así cercar a los estados insurgentes y forzarlos a capitular con menos derramamiento de sangre que mediante cualquier otro plan”.<sup>[5]</sup> Este comentario era sumamente característico de Scott. Tras haber ganado una guerra, no tenía ninguna necesidad de demostrar sus virtudes marciales. A su entender, el plan de McClellan era deficiente porque requería lanzar grandes ofensivas contra el Sur, las cuales él, acertadamente, dudaba que funcionaran, pero en las que preveía, también acertadamente, que morirían muchos que él hubiera preferido mantener con vida. Mas, ay, el plan de Scott, con todas sus virtudes, también tenía defectos. Era como si Adam Smith se hubiese dedicado a la estrategia en vez de a la economía: una mano invisible habría de lograr el resultado que el comandante deseaba, sin ninguna intervención de la cruel maquinaria de guerra. En el Plan Anaconda de Scott era notable la omisión de toda referencia a las batallas. Aparentemente los puntos clave serían capturados, las vías fluviales controladas, sin provocar ninguna reacción del enemigo. El territorio del Sur sería dividido en dos sin que los confederados protestasen. Al parecer, el enemigo compartiría el loable deseo de Scott de evitar derramamientos de sangre entre compatriotas. Ciertamente, tal no era el caso. El Sur rebotaba de entusiasmo bélico, en parte porque quería terminar la guerra y ganarla, y en parte porque ardía en deseos de dar una buena tunda a los ineptos y amanerados yanquis. El Plan Anaconda tuvo, no obstante, el mérito de presentar a Lincoln una alternativa a los planes de maniobras en Virginia de McClellan, y de alertarlo sobre la importancia estratégica del Mississippi.

A Lincoln le preocupaban el Oeste y el Medio Oeste. Como escenarios de las maniobras ofensivas confederadas no constituían un gran peligro para el interior norteamericano, pero lo que realmente lo angustiaba era el riesgo de que sus poblaciones divididas se pasaran a las filas sureñas, con la consiguiente disminución del prestigio y la moral norteamericanos. Por otra parte

creía, con razón, que el bloque Kentucky-Missouri-Tennessee proporcionaba una base desde la que Virginia y sus vecinos podían lanzar invasiones exitosas. El primer comandante asignado al Oeste, John Frémont, candidato republicano a la presidencia en 1856, pronto hubo de ser reemplazado. Pese a su fama en Estados Unidos como “Pathfinder” [Explorador] en razón de sus hazañas como explorador en los territorios del Oeste antes de la guerra, y pese a ser militar de carrera, carecía de experiencia y de talento para la guerra. También era un ferviente abolicionista y uno de sus primeros actos como comandante del Departamento del Oeste fue liberar a todos los esclavos que pertenecían a los rebeldes en Missouri. Pero la emancipación inmediata no era la política de la Unión, ya que muchos, entre ellos Lincoln, pensaban de esa manera se perdería el apoyo de los estados fronterizos. Tras la destitución de Frémont, McClellan –que había sucedido en el cargo de general en jefe a Scott, a quien su enfermedad y la indiferencia de McClellan tenían deprimido–, dividió en dos el Departamento del Oeste, entregando a Don Carlos Buell el este de Kentucky y Tennessee, y poniendo a Henry Halleck al mando del resto. Buell tenía fama de haber sido muy eficiente en el ejército de antes de la guerra. Halleck había sido el principal rival de McClellan para asumir el mando del Ejército del Potomac. Ninguno de los dos desplegaría un gran talento práctico, ni en la inminente campaña del Oeste ni después.

Por desgracia para ambos, fue en este punto, en diciembre de 1861, cuando Lincoln y McClellan comenzaron a instarlos a entrar en acción. El propio McClellan se hallaba bajo presión para iniciar una muy postergada incursión en Virginia cruzando el viejo campo de batalla de Manassas, mientras que Lincoln, quien también esperaba que McClellan entrara en acción, estaba impaciente porque Buell y Halleck coordinasen sus movimientos con vistas a liberar el este de Tennessee y a su población anticonfederada. Lincoln confiaba en que Knoxville y Nashville podrían ser tomadas. Se quedó abatido cuando tanto Buell como Halleck admitieron carecer de fuerza suficiente para emprender o cooperar en cualquiera de estas operaciones. La incapacidad de los generales del Oeste no solo desanimó a Lincoln. McClellan había contado con que Buell

hiciese alguna maniobra en Kentucky que facilitase su propia incursión en Virginia, la operación que había estado prometiendo a Lincoln desde hacía varios meses. La operación de McClellan en Virginia se planificó tanto y en consecuencia se pospuso tanto que finalmente surgieron dudas en el gabinete y en los periódicos (pues el secreto, nunca bien guardado, salió a la luz pública) sobre la seriedad de las intenciones de McClellan. El propio McClellan, entretanto, empezó a sentirse inseguro acerca de las probabilidades de éxito de su ofensiva. Esta fue la primera manifestación del defecto que lo invalidaría como comandante: la propensión a seguir el consejo de sus temores. Es probable que si McClellan hubiese movilizado sus recursos en agosto o septiembre, o incluso en octubre, hubiese podido barrer a los confederados que defendían la ruta sur hasta Richmond y logrado un avance respetable. Ya en noviembre, sin embargo, había empezado a investir al enemigo en Manassas de una fuerza que este no poseía. Tenía un mal jefe de inteligencia, el director de la agencia de detectives Pinkerton, y los errores de inteligencia se combinaban con los de su imaginación. Pronto dio en estimar que las tropas confederadas rebasaban los cien mil hombres, y al hacerlo, comenzó a solicitar refuerzos, descartando la posibilidad de tomar acciones contra semejante superioridad numérica.

Como McClellan nunca organizó una operación en Manassas, parece probable que jamás lo hubiera hecho. Sin embargo, la ofensiva de Virginia no se quedó en nada. Enseguida fue sustituida por otra, mucho más ambiciosa, que se produjo de un modo extrañamente indirecto. A finales de noviembre, estando a solas con el jefe de ingenieros del Ejército del Potomac, el general John Barnard, McClellan mencionó que tenía una idea para capturar Richmond. Consistía en embarcar al Ejército del Potomac en Washington y bajarlo por la bahía de Chesapeake hasta la desembocadura del río Rappahannock y luego desplazarlo por tierra hasta Richmond, que él calculaba que podrían tomar antes de que los confederados de Manassas tuvieran tiempo de llegar hasta la capital. Era un plan típicamente McClellan para obtener un gran resultado sin correr un gran riesgo, como el que supondría una gran batalla lejos de cualquier base segura de la Unión. La idea fue creciendo y finalmente fue adoptada,

con extraños resultados. Pero lo más extraño del “Plan Urbana”, como se lo llamó inicialmente, por el sitio escogido por McClellan para desembarcar, fue en primer lugar cómo se le ocurrió la idea. Ni Scott, ni Lincoln, ni ningún otro comandante de la Unión habían propuesto elemento anfibia alguno en las operaciones encaminadas a derrotar al Sur. No había tradición anfibia en el modo norteamericano de guerrear. El poder marítimo británico había sido poco utilizado en el despliegue de los ejércitos del rey contra los rebeldes durante la Guerra de Independencia. Estados Unidos apenas había empleado su marina en la campaña contra México en 1846, que se había librado exclusivamente en tierra. ¿Entonces de dónde derivó McClellan su plan de descender por vía acuática en masa hasta las inmediaciones de la capital confederada? Dados su cautela y convencionalismo en lo militar, era insólito que abogara por semejante aventura.

La clave pudiera estar en su experiencia europea. Cuando McClellan observó el desarrollo de la Guerra de Crimea, en la que Gran Bretaña y Francia pelearon para impedir que Rusia destruyera el Imperio Otomano, vio que el principal obstáculo para la campaña anglo-francesa era la inaccesibilidad del imperio del zar. Aunque Rusia podía ser invadida desde el este de Europa, Francia y Gran Bretaña no tenían bases ni aliados allí. Esto los obligó a mirar hacia otra parte, es decir, a buscar puntos de entrada alrededor del litoral ruso. Aquí puede percibirse la semejanza que tal vez McClellan encontró con los confederados. La enorme extensión de Rusia equivale a la del Sur; de hecho, a menudo se los compara. Pero así como el Sur estaba protegido por vastas barreras oceánicas bordeadas por extensas cadenas montañosas con zonas de tierra árida y enormes vías fluviales internas, Rusia estaba casi completamente aislada del mundo exterior por mares congelados. Climáticamente, Rusia no tenía litorales. Los estrategas anglo-franceses, cavilando sobre cómo llegar hasta el enemigo, se decidieron finalmente por solo tres puntos por donde era posible atacarlo. Uno estaba en el Báltico, con un acceso de por sí muy difícil. El segundo estaba en la costa del Pacífico, al norte de Japón, donde Rusia tenía bases navales en la península de Kamchatka. La dificultad del Báltico y del Pacífico como escenarios militares era que su interior no se

prestaba a operaciones terrestres convencionales y, en el caso de la región del Pacífico, estaba lejos de cualquier posesión valiosa para el gobierno ruso. Estas consideraciones provocaron que los aliados escogieran finalmente el tercer punto de entrada, la península de Crimea en el Mar Negro. Como área de destino, también tenía sus desventajas, puesto que la península de Crimea no estaba bien conectada con el continente ruso y solo tenía un sitio de valor, la ciudad portuaria de Sebastopol. No obstante, podía ser atacada y, por lo tanto, sin muchas más opciones, los aliados la eligieron como punto de desembarco. Una vez establecida una base en la costa oeste del Mar Negro, concentraron sus flotas y fuerzas expedicionarias y comenzó la invasión. Su desenlace, que condujo a británicos y franceses a emprender un infructuoso asedio a Sebastopol, debió haber alertado a McClellan de no acometer el Plan Urbana, si es que realmente se inspiró en Crimea y reflexionó más a fondo sobre sus implicaciones.

Pero, teniendo en cuenta lo que conocemos sobre el contacto de McClellan con la expedición a Crimea, el atractivo de dar una solución anfibia a este problema resulta obvio. McClellan se sintió bloqueado en la ruta terrestre a Richmond, acaso por su propia sobreestimación de la fuerza del enemigo, acaso por el aura de derrota que se cernía sobre la región de Manassas. Decididamente, la bahía de Chesapeake, que sería el eje de avance del Ejército del Potomac, era una masa de agua que ofrecía abundantes posibilidades para un comandante imaginativo. Ubicada en un litoral monótono, como lo es, por su escasa altura, la costa atlántica de Norteamérica, poco accidentada en general, y muy obstruida por islas y pantanos, Chesapeake es un fascinante complejo de bahías, penínsulas y estuarios. Su proximidad a los Apalaches, que recoge las lluvias del Atlántico, hace que un gran número de ríos y de vías fluviales más pequeñas fluyan a través de los llanos del norte de Virginia y Maryland hasta desembocar en docenas de desagües en la bahía de Chesapeake. La mayoría fluyen en paralelo entre sí, algo exasperante desde el punto de vista militar, puesto que al sur de Washington la ruta terrestre hasta Richmond está atravesada cada treinta y dos kilómetros aproximadamente por una barrera de agua, como por ejemplo el ancho

Potomac, que fluye desde Harpers Ferry, al extremo del valle de Shenandoah, pero también el Rappahannock, el Mattaponi, el Chickahominy, el Appomattox, el James y el York, muchos de ellos alimentados por arroyos más pequeños que, para un ejército en marcha, resultan obstáculos formidables. En conjunto, los afluentes de la bahía de Chesapeake la convierten en una de las regiones más fácilmente defendibles y por tanto más problemáticas militarmente de todo el hemisferio norte; no es de extrañar que McClellan, cuyo cargo rebasaba con mucho su experiencia, aislado en Washington como general en jefe, a la entera disposición de un presidente al que no comprendía y sin amigos ni partidarios propios, corriera a aprovechar la oportunidad que le presentaba su percepción –si es que podemos suponer que la tuvo– de que la inaccesibilidad de la Confederación podía ser violada no tomando la evidente ruta terrestre, sino llegando de improviso hasta la puerta trasera del Sur por medios anfibios.

Cualesquiera que hayan sido sus orígenes, el Plan Urbana se aprobó tal vez incluso con mayor prontitud de la que McClellan esperaba. Durante su largo periodo de inactividad en octubre y noviembre, mientras dilataba la tarea de reorganizar con Lincoln el avance contra Richmond a través de Manassas, sus problemas se agravaron al caer enfermo de fiebre tifoidea. Lincoln estaba exasperado. El 10 de enero de 1862, varias semanas después de la fecha en que debía haber comenzado el avance contra Richmond, Lincoln recibió un despacho del general Halleck en el escenario del Oeste, recalcando su incapacidad para cumplir la voluntad del presidente en Kentucky. Lincoln al parecer se sumió en la desesperación, un estado de ánimo comprensible pero no característico en él. Fue a ver a Montgomery Meigs, el intendente general, un hombre poderoso en la escena del Washington del tiempo de guerra. Lincoln le contó sus problemas. Halleck y Buell no estaban ganando la guerra en el Oeste. Había problemas financieros en Washington. El electorado exigía victorias. El principal soldado de la Unión había caído enfermo. Meigs coincidió con él en que había que hacer algo, si en aquel mismo momento la Confederación atacaba desde sus posiciones en Manassas, Washington mismo podía verse amenazado. Meigs sugirió un consejo de guerra, un

recurso siempre dudoso en tiempos de peligro. Lincoln llamó, no obstante, a los políticos y soldados de mayor rango disponibles – incluyendo a McDowell, que había perdido en Manassas– para pedirles consejo. En su primera reunión los generales ofrecieron a Lincoln consejos contradictorios, aunque William B. Franklin recomendó un avance fluvial contra Richmond; él sabía lo que McClellan tenía en mente. McDowell una vez más abogó por la opción de Manassas. Inevitablemente la noticia de esta reunión llegó hasta McClellan en su lecho de enfermo e inevitablemente se indignó. Le pareció con razón que su jefe político estaba actuando a sus espaldas. Recuperándose de súbito, se presentó en la Casa Blanca en la noche del 13 de enero; el clima de la reunión fue malhumorado y su desenlace no fue fructífero, aunque Lincoln al final se declaró satisfecho con que McClellan estuviera a punto de acometer acciones.

Las acciones prometidas eran en el Oeste, no en Virginia, pero Lincoln estaba tan desesperado por ver actividad de cualquier tipo, y tan comprometido con su “joven Napoleón”, como llamaban a McClellan los periódicos a raíz de un supuesto parecido, que no puso reparos. Los combates no tardaron en producirse, aunque de un modo curiosamente indirecto. Halleck, eterno prevaricator, envió súbitamente a su subordinado Ulysses S. Grant a remontar el río Cumberland en Tennessee en dirección a un terraplén confederado, el fuerte Henry, que bloqueaba el río. La red de vías fluviales en esta zona de Tennessee es tan compleja como la del oeste de la bahía de Chesapeake, con esta diferencia: los ríos, que son afluentes del Ohio y se alimentan de las aguas que corren por las laderas occidentales de los Apalaches, sobre todo de los montes Cumberland, son mucho más anchos que los de Virginia y mueven volúmenes de agua mucho mayores. La topografía, por otra parte, presenta el mismo curioso efecto de vías fluviales con fuentes muy distantes desembocando en canales muy próximos que fluyen en paralelo entre sí. Tal es el caso de los ríos Tennessee y Cumberland. El Cumberland nace en la frontera de Virginia, el Tennessee en Tennessee, al oeste de Knoxville; sin embargo, justo antes de desembocar en el Ohio, corren casi en paralelo un corto tramo. Como la Unión controlaba el

Ohio en los puntos donde el Cumberland y el Tennessee desembocaban en él y por tanto estaba en condiciones de emplear ambos afluentes como vías de acceso a las importantes tierras fronterizas de Kentucky y Tennessee, desde donde había rutas fáciles para incursionar en Missouri y también en Alabama, la Confederación había tenido la sensata precaución de fortificar el sistema fluvial Tennessee-Cumberland en su punto de confluencia. Los fuertes de tierra Henry y Donelson se defendían mutuamente y bloqueaban el movimiento río arriba hacia el interior de Tennessee. Estos terraplenes, por otra parte, tenían una fuerte guarnición de veintiún mil hombres bajo el mando de Gideon Pillow y Simon Bolivar Buckner.

#### LA APARICIÓN DE ULYSSES S. GRANT

El adversario unionista de Pillow y Buckner, Ulysses S. Grant, los conocía a ambos; comandaba el mismo número de hombres, con base en Cairo, sobre el Mississippi, justo debajo de la confluencia con el Ohio. Contaba además con el apoyo de una flota de cañoneras a las órdenes de Andrew Foote, quien descollaría como uno de los oficiales más talentosos de la flota de agua dulce de la Marina de Estados Unidos. Grant, cuya meteórica carrera comenzó con la campaña de Henry-Donelson, llegó a ser el más grande genio militar de la Guerra de Secesión, desplegando todas las cualidades que Lincoln esperaba encontrar y no encontró en McClellan. Los Grant eran una vieja familia colonial que, cuando Ulysses nació, se había establecido en Point Pleasant (Ohio). Como la mayoría de los primeros colonos, habían salido adelante gracias al esfuerzo honrado, trabajando en servicios públicos. El padre de Ulysses abrió una curtiduría, y el hijo tuvo una crianza modestamente acomodada y una educación decente. Sin embargo, en 1839, para su sorpresa y disgusto, resultó nominado para una vacante en West Point y, mediante las influencias de su familia, fue designado. Partió hacia allá resentido y nunca cambió su actitud; no quería ser soldado, no le gustaba el ejército, y odiaba la guerra. En su maravillosa autobiografía califica de “infames” la Guerra de

Secesión y la Guerra de México. De haber funcionado con todo su vigor el sistema de West Point, Grant no hubiera sobrevivido hasta su graduación. Era indisciplinado y no se tomaba en serio sus estudios académicos, cosa rara, pues era un joven serio, si bien voluntarioso y testarudo, en una era en que la academia militar de Estados Unidos era uno de los pocos lugares del mundo occidental que ofrecían una preparación en matemáticas, ciencia y tecnología. Grant se jactaba de no repasar nunca, un defecto que bien pudo haber provocado que lo relegaran o incluso que lo expulsaran. Pero Grant era de una inteligencia excepcional. El programa matemático de la academia, el núcleo del curso, no tuvo para él mayor dificultad, tan poca de hecho que al graduarse solicitó un puesto de instructor y fue aceptado. Sin embargo, para entonces ya el ejército lo había reclamado y se hallaba camino de la Guerra de México. Pese a su desaprobación de aquel conflicto, Grant se desempeñó bien en la guerra, fue recompensado por servicios distinguidos, y aquello debió de haberle asegurado una carrera exitosa aunque algo lenta. No ocurriría así. Su temperamento conspiró contra ello. Asignado en tiempos de paz a un puesto en California, sin nada que hacer y lejos de su amada esposa, Julia Dent, se dio a la bebida y a la discordia. Luego de caer en desgracia con su oficial al mando, renunció a su comisión y probó suerte en la vida civil, lo cual no fue sino la continuación de una senda cuesta abajo. Trató de dedicarse al comercio en pequeña escala, intentó ser granjero, en un sitio con el desalentador nombre de Hardscrabble [Escarbaduro], y en 1861 se vio reducido a trabajar como empleado en la curtiduría de su padre. En el momento en que ya el anonimato se cernía definitivamente sobre él, el inicio de la Guerra de Secesión cambió su destino. De repente un hombre con una trayectoria militar como la suya podía encontrar empleo, ingresos y, con suerte, estatus social y la posibilidad de recuperar la dignidad personal. Al comienzo de la guerra Grant estaba en Galena (Illinois) y, en virtud de una serie de accidentes, se vio captado por el gobierno estatal para ayudar en la organización de los primeros regimientos de voluntarios del estado. No mucho después se encontraba al mando de uno de ellos, el 21º de Illinois. Poco después de asumir el mando, Grant recibió la orden de encontrar y entablar combate con un

regimiento rebelde en Florida (Missouri). Emprendió la marcha a través de la campaña abandonada, con creciente inquietud; al encontrar desierto el campamento del coronel confederado Harris, comprendió que Harris “había tenido tanto miedo de mí como yo de él”.

Esta valiosísima lección lo acompañó durante toda su vida militar. En consecuencia, el atrevimiento sería un rasgo distintivo de su desempeño como general, a veces en exceso. Como ha comentado James McPherson: “La determinación de Grant a veces lo llevaba a ver cosas que solo existían en su mente, y no lo que se proponía el enemigo, con consecuencias poco afortunadas. Pero el atrevimiento nunca llevó a Grant al desastre”.<sup>[6]</sup> Poco después del episodio de Harris, su atrevimiento lo llevó a atacar a una fuerza enemiga superior en Belmont, frente a Columbus, en el Mississippi. Su tropa fue rodeada; él anunció con desenfado que, así como se habían abierto paso para entrar, se abrirían paso para salir. Otra característica suya, derivada de su confianza en sí mismo, era su negativa a volver sobre sus pasos. “No daré ni un paso atrás” era una de sus frases más conocidas, usualmente interpretada como una reticencia a retirarse. A Grant ciertamente no le gustaba la retirada como medida de guerra, pero aquellas palabras significaban literalmente lo que decían. Al orientarse sobre el terreno, Grant prefería avanzar con la esperanza de llegar a su destino antes que comenzar de nuevo. Tenía un agudo sentido topográfico. Coleccionaba mapas y guías (Wellington tenía un entusiasmo similar) y, al estallar la Guerra de México, poseía una biblioteca cartográfica mejor dotada que la del propio ejército. Su sensibilidad para el terreno le resultó muy útil durante la guerra, pues con frecuencia esta se libraba en territorios sin mapear, llenos de maleza o abandonados, como en los densos bosques de Shiloh en 1862 o en lo que llamaban la Jungla en 1864, una tierra de labor donde había vuelto a crecer el bosque.

Su situación en el río Tennessee en enero de 1862 no era desfavorable en sentido topográfico. Era un terreno despejado, con escasa densidad arbórea. El contorno de las defensas resultaba bien visible. El problema era militar: ¿cómo tomar posesión de los fuertes a despecho de sus poderosas defensas artilleras y nutridas guarniciones? En cualquier caso, los confederados desperdiciaron sus oportunidades. Los artilleros del

fuerte Henry, el que Grant escogió como primer punto de ataque, no pudieron hacer frente a las cañoneras de la Unión. Cuando la infantería de Grant, que las embarcaciones fluviales habían desembarcado detrás del fuerte, apareció el 6 de febrero, el comandante confederado envió el grueso de su guarnición hasta el fuerte Donelson y se rindió. Las cañoneras avanzaron río arriba, destruyendo un puente ferroviario fundamental y capturando importantes ciudades ribereñas. Para mediados de febrero, entre Grant y Foote habían controlado toda la línea del Tennessee hasta Muscle Shoals en el sur, cerca de Florence (Alabama), abriendo de este modo una ruta fluvial directa desde la fortaleza nortea de Ohio hasta el interior del Sur.

A Grant solo le quedaba por someter el ahora reforzado fuerte Donelson, al que separaban del fuerte Henry dieciocho kilómetros de terreno inundado, y que era necesario capturar, pues controlaba el acceso a Nashville (Tennessee), capital del estado y uno de los pocos centros manufactureros del Sur. La intención declarada de Grant de capturar Donelson ponía a los confederados en un aprieto. El confederado de mayor rango era Albert Sidney Johnston (siempre llamado así para distinguirlo de Joseph E. Johnston), comandante supremo del Oeste. Su problema era que su tropa estaba dividida entre Donelson y Bowling Green, cerca de Nashville. Las tropas de la Unión también estaban divididas, con los veintiún mil de Grant cerca de Donelson y los cincuenta mil de Buell cerca de Louisville. Esta disposición daba a los federales más opciones que a los confederados: Grant y Buell podían acometer un ataque concéntrico en Bowling Green o ataques fluviales contra Columbus y Nashville. Johnston, en cambio, no podía coordinar las acciones de sus dos fuerzas debido a la pérdida del fuerte Henry y la interrupción del ferrocarril Louisville-Memphis. Cuando él y sus generales sureños analizaron la situación en Bowling Green el 7 de febrero, un recién llegado, Pierre Beauregard, el vencedor de Manassas, propuso con aplomo atacar primero a Grant y después a Buell, pues creía que ambos podían ser derrotados. Johnston no estuvo de acuerdo. Desgraciadamente, mientras decidía qué hacer, Johnston se metió en un berenjenal; decidió llevar la mayoría de sus tropas a Nashville, pero

dejando en el fuerte Donelson las suficientes para ofrecer una buena pelea a Grant. Pero el 14 de febrero Grant recibió abundantes tropas y cañoneras de refuerzo. Organizó un ataque con las cañoneras, para intimidar a la guarnición, mientras desplegaba las tropas recién llegadas para cercar completamente el fuerte. Las cañoneras llevaron la peor parte en aquel duelo de artillería, en tanto que palear nieve durante toda la noche redujo a muchos soldados nortños a una tiritante inactividad. El 15 de febrero los confederados, comandados por John Floyd –un hombre perseguido en el Norte, que había sido secretario de guerra del presidente anterior y, por tanto, estaba acusado de violar el juramento de lealtad a la Constitución–, perpetraron una escapada hacia Nashville. Esta ofensiva retrasó mucho a la Unión y estuvo a punto de provocar un colapso hasta que Grant, que había estado ausente, apareció de pronto a galope y enmendó la situación.

Lo que la salvó, no obstante, no fue su intervención, sino un súbito desmoronamiento del ánimo del comandante confederado de la fortaleza, el general Pillow. Desalentado por las pérdidas que sus hombres habían sufrido en el combate de las primeras horas de la mañana, Pillow decidió que no podía arriesgar a los supervivientes, que de hecho habían sido los vencedores, en una retirada a campo través hacia Nashville, y les ordenó regresar a sus trincheras. Fue en este punto cuando Grant valoró la situación. Al percibir que el enemigo estaba abandonado el terreno que había ganado, comentó a los oficiales de su estado mayor que era improbable que resistieran un contraataque, el cual ejecutaron exitosamente, apoyados por el fuego de algunas de sus cañoneras.

La noche siguiente, Floyd, Pillow y otro jefe de división, el enigmático y apuesto Simon Bolivar Buckner, debatieron acerca de su difícil situación. Floyd y Pillow tenían motivos para temer ser capturados. Ambos huyeron por el río antes del amanecer, Pillow con mil quinientos soldados. Buckner se quedó para negociar los términos de su rendición, pero dio permiso a su subordinado Nathan Bedford Forrest para que intentase escapar con su brigada de caballería. Forrest encontró un arroyo no custodiado pero transitable y lo cruzó al frente de sus hombres. De haber sabido Grant el premio que tenía a su alcance, se habría reprochado por

haberlo dejado escapar, pues Forrest, un autodidacta salido de la nada que había ascendido por sus propios esfuerzos, se convirtió después en el jefe de caballería más sobresaliente de ambos bandos en aquella guerra. Puede que fuese su carácter empecinado y su total ignorancia de las reglas y convenciones de la guerra lo que lo hicieron tan efectivo.

Buckner, que había estado en West Point con Grant y combatido junto a él en el ejército, creyó iniciar las negociaciones para su rendición, sugiriendo el reconocimiento de un armisticio como medida preliminar. Esto era algo perfectamente apropiado, según las convenciones de la guerra regular. Sin embargo, Grant no consideraba que se estuviese librando una guerra regular, sino una rebelión ilegal, y por tanto sus enemigos no tenían derecho a un tratamiento que se ajustase a las convenciones de una guerra legítima. A la gentil solicitud de Buckner contestó con una de las negativas más perentorias en los anales de la etiqueta militar: “Señor, acabo de recibir la suya con fecha de hoy, proponiendo un armisticio y el nombramiento de delegados para pactar términos de rendición. No se aceptan otros términos que una rendición incondicional e inmediata. Me propongo avanzar de inmediato sobre sus defensas. Quedo, Señor, muy respetuosamente, a su servicio, U. S. Grant. Brigadier”.<sup>[7]</sup>

En respuesta, Buckner se declaró obligado a aceptar aquellos términos “poco generosos y poco caballerosos”. Ese mismo día entregó once mil quinientos hombres, cuarenta cañones y gran cantidad de equipamiento. Al hacerlo, también estaba renunciando al dominio de una de las rutas más estratégicas de la Confederación. El control del río Tennessee, de ser usado correctamente, permitiría al Norte acceder al sur de Tennessee, al norte de Alabama y al alto Mississippi, y apoyar las operaciones a lo largo del propio Mississippi. La captura de los fuertes Henry y Donelson marcó el final de la primera etapa de la Guerra de Secesión en el Oeste. Aquella guerra, a diferencia del conflicto en el corredor Washington-Richmond, tuvo un cierto carácter de lucha local y ligeramente irregular. Pese a lo importante que era para ambos bandos, siempre fue una distracción de la lucha central, que dominaba la atención del público. Ninguno de los dos gobiernos en 1861 se había preparado para luchar en el Oeste; ambos

esperaban en el mejor de los casos no perder territorios allí y evitar ser derrotados, si es que llegaban a combatir. Pero al principio se hacía difícil organizar combates, debido a la escasez de tropas, y también a causa del desconocimiento del terreno. Como los principales generales norteros estaban constreñidos por la geografía del norte de Virginia, que se extendía a las puertas de la capital, no es de extrañar que las mentes militares de ambos bandos no se concentrasen con claridad y rapidez en las tierras lejanas del Mississippi y del Golfo, poco pobladas y casi sin cartografiar. La falta de información ponía a las tropas regulares en desventaja. Los combatientes más eficaces eran los lugareños capaces de explotar su conocimiento de primera mano del terreno. Por desgracia para la Confederación, la cual necesitaba defender la frontera norte de la hilera de estados de Mississippi, Alabama y Georgia, y también tenía el mayor interés en apoyar a los grupos prosureños en la siguiente hilera – Tennessee, Kentucky y Missouri–, no había suficientes fuerzas irregulares para sostener esta disputa con la Unión, aunque sí para hacer un infierno de las vidas de los residentes federalistas, en tanto que la disposición de sus tropas regulares, comprensiblemente orientada a derrotar a la Unión en el norte de Virginia, dejaba a los estados del Oeste en una situación poco satisfactoria. La pérdida de los fuertes Henry y Donelson vino a evidenciar esto de manera preocupante. La victoria de Grant dispersó a las fuerzas de Johnston en un área de hasta 281 kilómetros de distancia entre Murfreesboro y Memphis. Johnston gozaba de la confianza del comandante supremo, quien reconocía el peligro de la dispersión sureña en el área bajo su mando. Durante marzo, las fuerzas fueron reunidas y enviadas desde la costa hacia Tennessee. Los diez mil hombres de Braxton Bragg fueron trasladados rápidamente desde Mobile, en el litoral de Alabama, hasta Corinth, al este de Memphis, pero cerca de la cuenca alta del río Tennessee, que Grant estaba utilizando en ese momento para concentrar una gran fuerza cerca de una parada ribereña conocida como Pittsburg Landing, al lado de un lugar de reuniones dominicales llamado Shiloh Church.

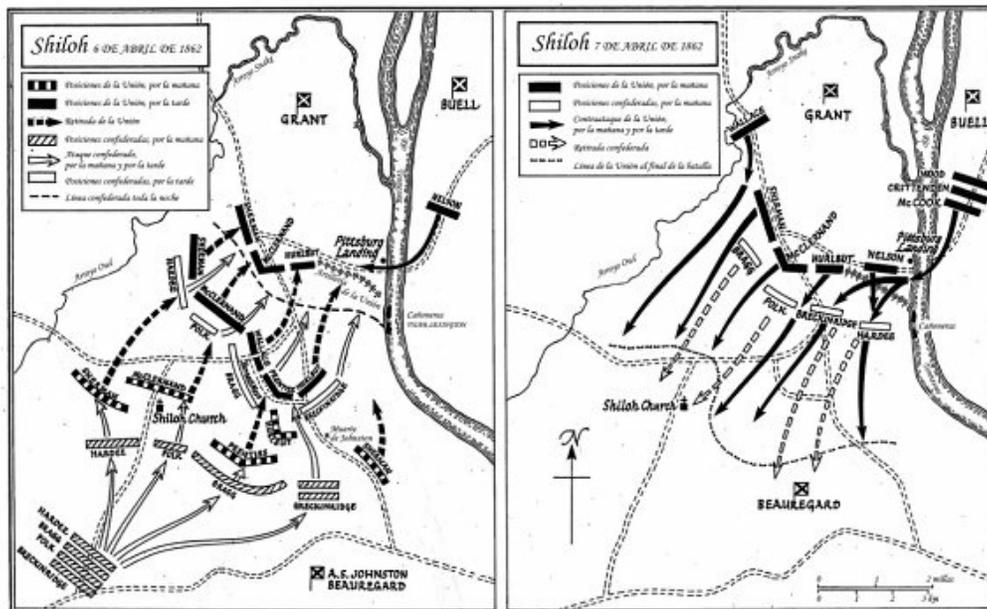
Es difícil explicar por qué se produjo una batalla importante en Pittsburg Landing. Grant quería combatir, para dar continuidad a su triunfo en los

fuertes Henry y Donelson; y también Halleck, su inmediato superior, cuyo objetivo a largo plazo era la cercana ciudad ferroviaria de Corinth. El hecho de que la Unión controlase las vías locales de comunicación estratégica, el propio río Tennessee y el ferrocarril que llegaba a Corinth desde el norte, sugiere que Grant y Halleck proyectaban transformar la zona de Memphis y Corinth en una base importante de operaciones ofensivas tanto hacia Chattanooga en el este como hacia el sur bajando por el Mississippi. A finales de marzo y principios de abril, Halleck se ocupó principalmente de reforzar esta zona, sobre todo trayendo la gran tropa de Buell desde Nashville. Mientras tanto instó a Grant a no entablar combate con los confederados hasta contar con suficientes fuerzas para que el éxito fuese seguro. Pero Grant estaba ansioso por combatir. Hubiera sido alentador para él saber que el enemigo también lo estaba. El 5 de abril, el general A. S. Johnston dio órdenes de atacar el 6 de abril, tomando como objetivo preliminar el campamento de la Unión que había crecido en los últimos días en torno a Pittsburg Landing.

Era un blanco tentador. Las divisiones norteñas, comandadas por John McClernand, Lew Wallace (que más tarde escribiría *Ben-Hur*), Stephen Hurlbut, Benjamin M. Prentiss, William T. Sherman, habían acampado en las tierras bajas entre el río Tennessee y su pequeño afluente, Owl Creek. Sin embargo, el campamento no poseía trincheras ni otro tipo de defensas y estaba expuesto a ser atacado por sorpresa. El entorno de la zona que se convertiría en campo de batalla favorecía la sorpresa, pues estaba cubierto de modo irregular por bosques y maleza, y cortado por arroyos y riachuelos. Este terreno enmascaró perfectamente el avance confederado, que tuvo lugar aproximadamente a las seis de la mañana. Muchos norteños dormían en sus tiendas o barracas cuando los confederados atacaron desde los matorrales circundantes, y algunos fueron muertos a bayonetazos en sus mantas. Aquel asalto inicial pudo haber puesto fin a la batalla, si no fuera porque Johnston dirigió mal el despliegue confederado y porque Grant apareció en la escena en un momento crítico. La intención de Johnston había sido atacar en columnas, reteniendo una reserva para reforzar el éxito. En lugar de eso atacó en líneas, que pronto se vieron entremezcladas y desorientadas. Sin

reservas que reforzaran el avance, la formación de combate confederada se desorientó, perdió cohesión y fue presa de la confusión impuesta por el opresivo bosque. La peor confusión y el combate más intenso tuvo lugar en un extremo del campamento, a lo largo de un accidente del terreno que los federales llamaron Sunken Road [el Camino Hundido] y los confederados Hornets' Nest [el Avispero]. Los confederados cometieron el error de atacarlo repetidas veces, a un costo cada vez mayor. Finalmente, en las últimas horas de la tarde, el comandante de la Unión aceptó la derrota y entregó a sus supervivientes, dos mil quinientos en total, a los confederados, que rodeaban su posición por tres lados.

El combate hasta entonces había adoptado la forma de una “batalla entre soldados”, conformada por las reacciones de los soldados al toparse unos con otros en los bosques circundantes, y no por los empeños de sus comandantes por imponer orden y sentido a sus movimientos. Sin embargo, hubo comandantes involucrados en esta contienda. Johnston, quien había recorrido a caballo el campo de batalla intentando organizar un movimiento de flanqueo que alejara a las tropas de la Unión del río Tennessee hacia Owl Creek, se involucró tanto en la refriega que una bala seccionó una arteria de su pierna y murió desangrado. Sherman, que había descartado la posibilidad de un ataque confederado, también resultó herido dos veces, mas no de gravedad; aunque perdió tres caballos, conservó la compostura, y cabalgando constantemente de un lado al otro de su línea, proporcionando aliento y refuerzos, logró preservar su integridad.



El 5 de abril, convaleciente tras una caída de su caballo que le imposibilitó caminar sin muletas, Grant había escrito a Halleck: “Tengo una ligerísima sospecha de que podemos ser atacados, pero estaré preparado si tal cosa llega a suceder”. Sin embargo, se hallaba a trece kilómetros de distancia cuando el fragor del combate llegó hasta él al día siguiente. Inmediatamente regresó a Pittsburg Landing en una embarcación fluvial, y se encontró con que la orilla estaba llena de los primeros fugitivos de la batalla. De haber estado en pleno campo, hubieran huido hacia la retaguardia, pero en los densos bosques de Tennessee era imposible distinguir la retaguardia del frente, siendo el río el único punto de referencia. Grant comenzó a reunir a los fugitivos. Afortunadamente para él los confederados también estaban huyendo por miles de lo que se había convertido en tres horas en la batalla más feroz de la Guerra de Secesión hasta ese momento, y de hecho fue una de las más feroces que se libraron hasta el advenimiento de la guerra masiva en el Frente Occidental cincuenta años después. Las condiciones no eran muy distintas. Participaban grandes cantidades de soldados: seis divisiones confederadas, cinco de la Unión, aproximadamente treinta mil hombres por cada bando. La forma y la naturaleza del campo de batalla –densos

bosques, limitados por una gran barrera acuática y cruzados por otras vías fluviales más pequeñas que restringían el movimiento—, hacían coincidir a los hombres en súbitos e inesperados enfrentamientos, de los que solo parecía posible escapar abriendo fuego. En su punto de máxima intensidad la batalla enfrentó a sesenta mil hombres en un espacio de tan solo veintiún kilómetros cuadrados, condiciones que imponían la terrible lógica de “matar o morir”. Circunstancias similares provocaron el espeluznante número de bajas en Antietam, la batalla de un solo día más costosa de la historia de Estados Unidos hasta hoy.

Hacia el final del día Beauregard, ahora al mando de los confederados, se vio exhortado por sus subordinados a llevar a cabo un ataque final que, según creían, aniquilaría la resistencia de la Unión. Beauregard objetó, pues notó que sus hombres estaban al límite de sus energías. Grant, por su parte, había llegado a la misma conclusión. Algunos de sus subordinados lo instaban a la retirada, dado el índice de bajas que había sufrido la Unión. Grant se negó. Los refuerzos estaban llegando, incluyendo la división de Lew Wallace, que había doblado por un camino equivocado en su marcha hacia la batalla y se había perdido, y la vanguardia de los cincuenta mil de Buell desde Nashville. Cuando le pidieron que reconociera que el 6 de abril había sido una derrota, Grant respondió evasivamente, y luego sentenció: “Denles una paliza mañana”.

Ciertamente el 7 de abril las cosas les fueron mejor a los norteros, si es posible hablar en estos términos de una batalla tan horrible como Shiloh. En las primeras horas de aquella mañana, el Ejército del Ohio de Buell, como se lo designaba oficialmente, y el Ejército del Tennessee de Grant, reanudaron el combate. Durante varias horas los norteros llevaron la mejor parte y recuperaron el terreno perdido el día anterior. Luego los confederados recobraron su espíritu y comenzaron a resistir. Sin embargo, para ambos bandos, la batalla había perdido impulso. Los sudistas no lograban reconquistar el terreno, mientras que el espectáculo del sufrimiento a su alrededor enfermaba a los dos bandos, como enfermaría también a los guerreros de las trincheras de 1916. Llovía a raudales; las bajas del día anterior, abandonadas y desprotegidas durante una noche glacial, yacían sobre la tierra empapada, pidiendo un auxilio

que el ejército no podía darles. Muchos de los abandonados a su suerte ya estaban muertos, y sus heridas advertían a los soldados de ambos bandos de las implicaciones de persistir en aquel atroz combate. En las primeras horas de la tarde la primera línea de fuego había regresado hasta la posición que ocupara la Unión antes del primer ataque confederado. A Beauregard le sugirieron que considerara la posibilidad de abandonar el campo. Él accedió y ordenó una retirada. Las tropas de la Unión estaban demasiado exhaustas para perseguir a los sudistas hasta Corinth. Los hombres de Beauregard dejaron tras de sí un espectáculo horrendo y una tragedia objetiva. De los cien mil combatientes, más de veinticuatro mil habían resultado muertos o heridos. Muchos de los heridos habían muerto, por *shock* y por exposición a la lluvia gélida, durante la fría noche del 6 al 7 de abril. La batalla había sido tan encarnizada que resultó casi imposible brindarles socorro. Su lastimoso estado era un terrible recordatorio de lo peor de las batallas napoleónicas (cuarenta mil heridos quedaron en el campo de Waterloo) y una antesala de las catástrofes médicas de la Primera Guerra Mundial (las víctimas del primer día del Somme fueron tan numerosas que, aun cuando se las logró trasladar, el servicio médico británico se vio obligado a elegir los casos más desesperados, y simplemente dejarlos morir aliviando de algún modo sus sufrimientos). Shiloh fue en muchos aspectos una batalla inesperada; por su momento y su lugar, pero sobre todo por su carácter. Fue una terrible demostración de lo que un hombre decidido con su rifle es capaz de hacer contra un enemigo. Los veteranos de 1846, acostumbrados a la menor velocidad de las balas esféricas del mosquete, no estaban preparados para la bala Minié cónica. Al no poder realizarse transfusiones de sangre ni operaciones quirúrgicas, eran afortunadas las víctimas de una Minié que no morían enseguida o no quedaban con alguna discapacidad permanente. Shiloh fue la primera batalla de la guerra que expuso a gran escala estos efectos. En consecuencia, influyó profundamente en la actitud de los que participaron en ella y sobrevivieron. Grant, un militar realista con marcada sensibilidad moral, extrajo de ella la conclusión de que toda esperanza de poner rápido fin a las hostilidades mediante una única victoria era una quimera. Ningún intercambio de fuego podía resultar tan

desigual que dejara a un bando como el vencedor indiscutible y al otro intimidado e inactivo. Shiloh demostró a Grant, y a otros soldados tan inteligentes como él, que se hallaban inmersos en una guerra de desgaste, en la que las bajas estarían equitativamente distribuidas, y cuyo desenlace favorecería al ejército que mejor soportase aquella agonía.

En cierto sentido, fue apropiado que esta importante lección tuviera lugar en un paisaje tan típicamente estadounidense como el de Shiloh. Los bosques y el agua eran mucho más típicos del ambiente de una guerra decimonónica que la tierra talada y colonizada del norte de Virginia, Maryland y Pensilvania. Habría más de Shiloh que de Manassas en los enfrentamientos futuros, y la experiencia combativa de Grant en los bosques fue una introducción esencial a los años que le esperaban en el alto mando. Al finalizar esta batalla resucitaron viejos reclamos contra Grant: que si en sus peores momentos se emborrachaba, que si en los mejores era ineficiente. Lincoln no les prestó atención, y en respuesta a un crítico de Grant, pronunció uno de sus más memorables apotegmas de guerra: “No puedo prescindir de este hombre, él sabe pelear”.

Grant había hecho más que pelear. Aunque todavía era un oficial relativamente subordinado y no participaba en los planes de Washington para la conducción de la guerra, había contribuido sin proponérselo a definir su curso. En ninguno de los dos bandos nadie parecía haberse dado cuenta de que los cauces navegables del valle del Mississippi constituían una ruta de avance militar hacia el sureste que culminaba en Nueva Orleans, exactamente lo contrario de lo que sucedía con los del norte de Tennessee, contando el alto Mississippi y el Ohio como un único obstáculo militar centrado en St. Louis y Louisville, que constituían una barrera casi impenetrable para una invasión contra Indiana e Illinois por parte del Sur. A Grant no le llevó mucho tiempo percatarse de esto. El Sur había cometido el error de evacuar en febrero la ciudad ribereña de Columbus, donde reinaba la insalubridad. Asimismo había abandonado tontamente la estratégica Isla Número Diez, al sur de Columbus. Barqueros y constructores de botes acudieron a ayudar a levantar las defensas fluviales del Sur, y el 6 de junio zarparon a enfrentarse contra una flota similar de espolones y cañoneras, que había llegado para

desafiarlos por el control del río. El encuentro no tardó en convertirse en una de las batallas fluviales más intensas de la guerra hasta ese momento. Los espolones resultaron especialmente efectivos en las confinadas aguas ribereñas y varios barcos confederados resultaron hundidos o inutilizados por sus impactos. Seis buques de guerra confederados fueron puestos fuera de combate; solo uno sobrevivió. Al cabo del encuentro, Memphis, la quinta ciudad más grande de la Confederación, había dejado de oponer resistencia y la flota fluvial de la Unión estaba lista para avanzar en dirección sur hacia Vicksburg, el último bastión confederado en el Mississippi. Era el último porque, en abril de 1862, el alto oficial de Marina de la Unión (equivalente a almirante) David Farragut había completado su triunfante reducción de las defensas de Nueva Orleans, en la desembocadura del río Mississippi.

Nueva Orleans era importante por varias razones. Era la ciudad más grande del Sur. Asimismo en tiempos de paz había sido una de sus principales puertas de acceso al mundo exterior y a los canales del comercio mundial. Su pérdida resultaba un severo golpe para el prestigio sureño, además de abrir una ruta directa desde el Golfo de México hasta el valle del Mississippi.

#### EL INICIO DE LA GUERRA NAVAL

El 19 de abril de 1861, el presidente Lincoln había emitido la Proclamación del Bloqueo Contra los Puertos Sureños:

Por cuanto ha estallado una insurrección contra el Gobierno de Estados Unidos en los Estados de Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Florida, Mississippi, Louisiana y Texas, y las leyes de Estados Unidos para la recaudación de rentas públicas no pueden ser ejecutadas en conformidad con lo previsto por la Constitución que exige que los impuestos sean uniformes en todo el territorio de Estados Unidos: Y por cuanto un conjunto de personas involucradas en dicha insurrección ha amenazado con entregar pretendidas

patentes de corso para autorizar a los portadores de las mismas a atentar contra las vidas, embarcaciones y propiedades de los buenos ciudadanos del país que se dedican legalmente al comercio en alta mar, y en las aguas de Estados Unidos: Y por cuanto ya se ha emitido una Proclamación Ejecutiva, exigiendo a las personas dedicadas a estos desórdenes que desistan de ellos, llamando a una milicia con el fin de reprimirlos, y convocando a una sesión extraordinaria del Congreso, para deliberar y decidir sobre esto: Ahora, por tanto, yo, Abraham Lincoln, presidente de Estados Unidos, en aras de los objetivos antes mencionados, y para la protección de la paz pública, y las vidas y propiedades de los ciudadanos tranquilos y pacíficos entregados a sus ocupaciones legales, hasta que el Congreso se haya reunido y haya deliberado sobre dichos desórdenes, o hasta que los mismos hayan cesado; he considerado prudente implantar un bloqueo de los puertos de los Estados antes mencionados, en cumplimiento con lo que establecen en tales casos las leyes de Estados Unidos, y la ley de las Naciones. Con este objetivo se colocará una fuerza competente que impedirá la entrada y salida de embarcaciones de los puertos antes mencionados. Si, por tanto, con vistas a violar este bloqueo, una embarcación se aproximare, o intentare abandonar cualquiera de los puertos bloqueados, será debidamente alertada por el Comandante de una de las embarcaciones del bloqueo, que asentará en su registro la fecha de dicha advertencia, y si la misma embarcación intentare una vez más entrar o salir del puerto bloqueado, será capturada y enviada al puerto conveniente más cercano, para proceder con ella y su cargamento como botín según se estime prudente. Y por medio de la presente proclamo y declaro que si cualquier persona, bajo la pretendida autoridad de dichos Estados, o bajo cualquier otro pretexto, interfiriera con una embarcación de Estados Unidos, o con las personas o cargamento a bordo de la misma, tal persona será responsable ante las leyes de Estados Unidos para la prevención y el castigo de la piratería. En fe de lo cual, a continuación estampo mi firma, y hago poner el *sello de Estados Unidos*. Hecho en la Ciudad de Washington, este día diecinueve de

abril, en el año de nuestro Señor mil ochocientos sesenta y uno, y el 85° de la *Independencia de Estados Unidos*.<sup>[8]</sup>

El triunfo en el valle del Mississippi fue el resultado indirecto de una campaña distante y mucho más grande a lo largo de la costa atlántica de la Confederación, y el primero del que acaso fue el primer y más importante esfuerzo de Lincoln por elaborar una estrategia a gran escala. En su memorándum del 1 de octubre de 1861 para un plan de campaña había recomendado que la marina capturase Port Royal, cerca de la costa de Carolina del Sur. Esto devino un elemento de su plan para imponer un bloqueo general, un programa que él promovió insistentemente durante el primer año de la guerra. Como plan resultaba bastante obvio. El Sur era una economía exportadora y al mismo tiempo una sociedad importadora. Carecía de los medios para fabricar muchos de los artículos que necesitaba, particularmente artículos de guerra, y al no tener la libertad de exportar carecía de los medios para pagar por lo que compraba. El Sur, además, era especialmente susceptible de ser bloqueado. Aunque su litoral tenía casi mil seiscientos kilómetros de largo, poseía pocos puertos importantes y pocos estuarios fácilmente penetrables. Adicionalmente, su costa atlántica estaba separada del océano por largas cadenas de bajíos e islas que, de caer en manos de la Unión, se convertirían en barreras del bloqueo, además de proporcionar fondeaderos seguros a la flota encargada de imponer el bloqueo. Lincoln estaba más interesado en los frutos derivados del bloqueo que sus generales, quienes pensaban derrotar al Sur exclusivamente en términos napoleónicos, ganando grandes batallas terrestres. La Marina de Estados Unidos estaba, por supuesto, interesada en el bloqueo, pero a diferencia de la Marina Real, no poseía una alta jerarquía militar y tenía comparativamente poca influencia en la elaboración de la estrategia. No obstante, tuvo la suficiente como para persuadir a Lincoln y al secretario de guerra de que le permitiera financiar y organizar una fuerza expedicionaria en noviembre de 1861 para capturar el fondeadero más importante tras los bajíos protectores de Port Royal.

Los defensores sudistas, poco después a las órdenes de Robert E. Lee,

creían Port Royal segura porque su entrada estaba sumamente fortificada. El comandante naval de la Unión, el alto oficial de marina Samuel du Pont, no se dejó amilanar por ello. Puede que tuviese conocimiento del éxito de los británicos contra las fortificaciones en el Báltico durante la Guerra de Crimea (la derrota de la gran fortaleza de Bomarsund era un buen ejemplo de ello). De cualquier manera, el bombardeo desde sus naves pronto ahogó el fuego de los fuertes de Port Royal, provocando la huida de los defensores y de la población confederada de las cercanas Sea Islands, el centro más rico de producción de algodón de alta calidad en el Sur. El fondeadero de Port Royal no tardó en establecerse como un centro antibloqueo, desde el que pronto partieron varias expediciones exitosas contra los puertos de Carolina del Norte en las ensenadas costeras de los ríos Albemarle y Pamlico. Durante 1862 la ofensiva naval nortea se desplazó hacia el sur a lo largo de la costa atlántica, tomando un sitio tras otro: la isla de Roanoke, el cabo Hatteras, New Bern, Elizabeth City, el fuerte Macon y después, al sur de Port Royal, el fuerte Pulaski –uno de los enormes fuertes del Tercer Sistema, que protegía Savannah, Brunswick, Fernandina y Jacksonville– y, el 11 de marzo de 1862, St. Augustine, el lugar habitado más antiguo de América del Norte. La ofensiva también dobló la esquina y penetró en el Golfo, para tomar, antes de la mitad del verano de 1862, Apalachicola, Pensacola, Biloxi y las plazas fuertes en las inmediaciones de Nueva Orleans: el fuerte St. Philip, el fuerte Jackson, Head of Passes y Pass Christian. El general Burnside se involucró mucho en la ofensiva marítima en Carolina del Norte; las defensas marítimas de Nueva Orleans fueron el blanco de David Farragut durante su ataque de 1862.

De todas estas fortalezas costeras, la más extraordinaria captura fue la del fuerte Pulaski, en la desembocadura del río Savannah. El fuerte, construido desde 1829 en adelante, era uno de los monstruos del Tercer Sistema, especialmente reforzado en la parte posterior con gigantescas vigas de madera para ayudar a absorber el impacto de los disparos contra la cara externa de sus murallas, descomunales gruesas. Este método de construcción, inmensamente caro, resultó inútil por completo contra la recién inventada artillería de cañón estriado del Norte. En dos días, diez

baterías –bautizadas con los nombres de los principales generales de la Unión: Grant, Sherman, Burnside, Halleck, y McClellan– instaladas en una isla vecina y disparando a una distancia de hasta 2.740 metros, abrieron la cubierta, mientras que los obuses de los morteros pesados devastaban el interior. Las fuerzas confederadas locales carecían de artillería para contraatacar y de lanchas de desembarco para lanzar tropas contra los artilleros de la Unión. La operación fue una demostración perfecta de la libertad de acción de la Unión en la guerra anfibia, la cual, mediante esta ofensiva, completó la adquisición de una cadena de puntos costeros y protegió sus fondeaderos desde la fortaleza Monroe, en la boca de la bahía de Chesapeake, hasta Mobile, en el estuario del río Alabama. Al inicio de la campaña anfibia, la Marina de Estados Unidos tenía solo dos bases sureñas desde las que podía efectuar un bloqueo: la fortaleza Monroe y la isla costera de Key West. Al finalizar la misma, era el Sur el que contaba únicamente con dos puertos atlánticos: Wilmington, en Carolina del Norte, y Charleston, en Carolina del Sur, los ejes centrales de la campaña de Cornwallis antes de Yorktown ochenta años atrás. Esta situación fue un terrible revés para la causa sudista, sobre todo por haberse producido de manera casi inadvertida. Aun teniendo tan claro el concepto del bloqueo, Lincoln no tenía idea de que este pudiera llevarse a cabo de un modo tan completo y tan barato. Por su parte, el Sur había regalado su seguridad costera, al no hacer casi ningún esfuerzo por proteger del enemigo sus más valiosos puertos y puntos de acceso marítimo.

El único intento serio del Sur por lograr la superioridad marítima fracasó a causa de un golpe de mala suerte. Ambas marinas, la unionista y la confederada, sabían en 1861 que los barcos que poseían estaban anticuados y que si una de las dos lograba construir o adquirir ejemplares de los nuevos barcos que estaban haciéndose a la mar en Europa, triunfaría. Los franceses y los británicos habían construido cada uno un barco así, *La Gloire* y el HMS *Warrior*, que eran acorazados a vapor. Disraeli dijo del *Warrior*, al verlo en el fondeadero naval de Portsmouth en 1861 entre los viejos flancos de madera de la Flota del Canal, que parecía “una serpiente entre conejos“. Los únicos barcos que la Marina de

Estados Unidos poseía en 1861 eran conejos. La marina confederada no tenía ni un solo barco, salvo los que quedaron atrapados en los puertos sureños al estallar la guerra; estos también eran conejos. Ambos bandos sabían que para mantenerse en el mar tendrían que adquirir a toda prisa algunas serpientes. Y el Sur ganó esta carrera. Su esperanza de lograr la supremacía naval descansaba en una fragata de vapor de la Marina de Estados Unidos, el *Merrimack*, que había sido hundida cuando la secesión pero después recuperada y reparada. Para transformarla, el Departamento de la Marina Confederada requisó la producción de la fundición Tredegar en Richmond para cubrirla con placas de hierro, lo cual bastaba para proteger sus cincuenta y dos metros, pero que, naturalmente, le restaba francobordo. Se sumergía tanto en el agua que parecía una balsa. En su primera salida, el 8 de marzo de 1862, la balsa, cuyos motores de antes de la guerra generaban demasiada poca potencia para moverla con alguna velocidad, zarpó desde el astillero naval de Norfolk, que el Sur había arrebatado al Norte, para atacar a la flota de guerra de madera de la Unión en Hampton Roads justo al otro lado del agua. Los cañonazos de la Unión rebotaban en el armazón del *Merrimack*, dañando sus partes y accesorios. A su vez, los cañones estriados del *Merrimack* causaron terribles estragos. Dos grandes buques de guerra resultaron completamente hundidos, a cañonazos o a golpes de espolón, y los sobrevivientes huyeron hasta aguas poco profundas, donde el *Merrimack* no podía seguirlos. El enorme peso de las placas del *Merrimack* provocaba que este desplazase dos veces el volumen de agua que antes de su conversión.

El día siguiente debió haber supuesto el fin de los supervivientes del 8 de marzo. Sin embargo, por una extrañísima coincidencia, el astillero naval de Brooklyn, que había estado trabajando aceleradamente para diseñar y construir un acorazado, había logrado botar uno y enviarlo hacia el sur el día anterior. El *Monitor* era en realidad una balsa, con una torreta giratoria con cañones de veintiocho centímetros colocada encima. Era extremadamente poco apta para navegar, y a duras penas sobrevivió al trayecto atlántico entre Sandy Hook y Norfolk para arribar el 9 de marzo, y situarse junto a uno de los supervivientes de la masacre del día anterior. La tripulación del *Merrimack* confundió al *Monitor* con un buque

astillero. Solo cuando este abrió fuego la batalla comenzó, y luego se desarrolló de un modo de lo más azaroso, pues, por más que lo intentaban con espolones y cañones, ninguna de las dos embarcaciones lograba asestar un golpe que inutilizara a su rival. Al cabo de dos horas de rodeos y embestidas inefectivos, las tripulaciones dieron por terminado el combate y se retiraron.

Sin embargo, los expertos navales de todo el mundo reconocieron la importancia del 9 de marzo de 1862. La construcción de barcos de guerra de madera cesó casi de inmediato, y estos fueron sustituidos por acorazados, aunque de mejor diseño que los desgarrados *Monitor* y *Merrimack*. Ninguno de los dos sobrevivió por mucho tiempo a su encuentro revolucionario. *Monitor* naufragó en alta mar mientras navegaba hasta el sur para fortalecer el bloqueo; *Merrimack* hubo de ser abandonado cuando Norfolk cayó en manos de las tropas de McClellan en 1862. El fracaso del *Merrimack* fue un acontecimiento decisivo. Disipó para siempre las esperanzas del Sur de derrotar el bloqueo por medios técnicos. Sus escasos intentos subsiguientes de construir acorazados se redujeron a embarcaciones fluviales. Nunca más volvería a desafiar a la Marina de la Unión por el dominio del mar, y al no hacerlo, aceptaron el poder del bloqueo norteamericano. El Sur construyó y compró en el extranjero una serie de veloces barcos de contrabando para burlar su aislamiento; sin embargo, estos estaban mejor adaptados para amasar fortunas para sus dueños que para hacer mella en la barrera que el Norte había erigido en torno a las costas del Sur. El bloqueo redujo en dos tercios el comercio de exportación del Sur. Esto no fue solo gracias a la efectividad de los esfuerzos activos del Norte, sino a que en 1863 uno de cada tres barcos de contrabando era capturado por el cordón de la Unión. Incluso si un barco de contrabando lograba escabullirse, tenía, después de 1863, pocos puertos a los que dirigirse. En 1864 las únicas ciudades portuarias que no habían sido tomadas por la Unión eran Wilmington (Carolina del Norte); Savannah (Georgia); y Charleston (Carolina del Sur). En consecuencia, el comercio de contrabando se transfirió hacia puertos extranjeros, Nassau en Las Bahamas, Bermuda y La Habana, desde donde las mercancías tenían que ser transbordadas, lo cual no aliviaba el problema de las

entregas. Las mercancías llegaban, pues hasta nueve de cada diez barcos lograban burlar el bloqueo en 1861, y hasta uno de cada dos en 1865. No obstante, el bloqueo atrofió la capacidad del Sur de intercambiar productos en el extranjero, y por tanto ralentizó su consumo de mercancías extranjeras, no solamente artículos de lujo sino también artículos de primera necesidad, incluyendo municiones y armas de fuego. La escasez, naturalmente, estimuló una economía de sustitución en el Sur, pero de tipo limitado, puesto que carecía de los recursos naturales esenciales y de los medios industriales para procesarlos, mientras que su vecino, México, era demasiado subdesarrollado y demasiado pobre para organizar un mercado. El bloqueo resultó demoledor para las ambiciones confederadas. Si el Sur logró sobrevivir a las privaciones durante tanto tiempo fue solo por ser una región atrasada, cuya población estaba acostumbrada a vivir en condiciones extremas.

Aun así necesitaba, por supuesto, distribuir artículos esenciales dentro de su territorio, pero esto se reducía poco más que a maíz y carne de cerdo, lo cual sus distritos agrícolas producían en abundancia. El traslado de esta producción solía ser corto. La mayoría de los sureños comían lo que ellos o sus vecinos cultivaban. No obstante, existía la necesidad de un transporte estratégico, para trasladar material de guerra y tropas. Este traslado se efectuaba a través de los ferrocarriles y los ríos, sobre todo en el valle del Mississippi. Después de que Grant lograra interrumpir la comunicación ferroviaria de un lado al otro del río Tennessee, separando de este modo a Memphis de Chattanooga, la necesidad del Sur de mantener abierta la ruta del río Mississippi se volvió apremiante. Si los confederados llegaban a perder completamente el control de la línea del Mississippi, gran parte de la cual había caído en manos de la Unión tras la captura de Nueva Orleans, de la Isla Número Diez y del vecino fuerte Pillow, la Confederación quedaría cortada en dos, y las riquezas agrícolas de Arkansas, Missouri y Texas, donde radicaba gran parte del ganado del Sur, se perderían para la causa sudista. Era por tanto fundamental conservar las plazas fuertes confederadas que quedaban a lo largo del curso del río.

Básicamente Vicksburg, una elegante ciudad donde una de las muchas

amplias ondulaciones del río bordea un acantilado que se eleva sesenta metros sobre su superficie. Era una formidable posición defensiva, capaz de abrir fuego con más de doscientos cañones contra cualquier cañonera de la Unión que intentase entrar por allí. Farragut, que había sometido Nueva Orleans y los fuertes que la defendían con una fuerza de casi treinta buques de guerra, y creía que podía hacerlo de nuevo en Vicksburg, subió dos veces por el río, tomando por el camino la ciudad de Natchez, un sitio de veraneo de los hacendados locales, y Baton Rouge, la capital del estado de Louisiana. La flota fluvial que había capturado Memphis bajó por el río para reunirse con él. Lo que había sido fácil en el delta resultaba ahora en junio de 1862 muy difícil en los anchos tramos centrales. Al ser conminado a rendirse, el gobernador militar de Vicksburg devolvió a Farragut una negativa desafiante. Y las fuerzas encargadas de proteger Vicksburg se mostraron intransigentes, bajo el mando de Earl van Dorn, quien dirigió la muy reñida batalla de Pea Ridge en la frontera entre Arkansas y Missouri en marzo de 1852. Pea Ridge fue una de las muchas batallas encarnizadas pero casi desconocidas de la guerra; causó numerosas bajas en ambos bandos pero fue poco recordada, salvo por los consternados supervivientes. Los veteranos de Van Dorn resultaron un hueso demasiado duro para las tripulaciones de Farragut, al margen de su experiencia anterior. Farragut trajo infantería desde Nueva Orleans pero Van Dorn la sobrepasaba en número. La Unión se había metido en aquel río en un clásico dilema. Para tomar Vicksburg necesitaba poner en acción una gran tropa terrestre con la cual atacar por tierra. Pero la única forma de desplegar dicha tropa era por agua, y la flota fluvial de la Unión no lo lograba hacer a causa de las baterías confederadas en el acantilado sobre la gran curva del río. Durante gran parte de 1862 y 1863 Grant caviló sobre cómo resolver este problema. De un modo netamente americano, buscó soluciones ingenieriles, intentando llegar al otro lado de Vicksburg excavando canales a través del istmo formado por las curvas de Lake Providence, Pass Yazoo y Milliken's Bend. Se removió una gran cantidad de tierra.

Lo que dificultaba el avance de Grant en el valle del Mississippi era en parte lo distante de Washington que estaba aquel escenario, lejanía que

atentaba contra la atención a los detalles por parte del alto mando. El Oeste era el segundo frente en una guerra de dos frentes, en la que el primer frente, el norte de Virginia, acaparaba forzosamente la atención. Esto no significa que Grant careciera de tropas o recursos. Tal no era el caso. Los estados federalistas del Oeste reclutaban grandes cantidades de soldados, que estaban disponibles para servir en sus localidades, y Washington no escatimaba dinero ni suministros. Los revolucionarios espolones y cañoneras de río, construidos por los astilleros Eads y Ellet, eran financiados sin rechistar por fondos centrales. No faltaban recursos materiales sino visión. Lincoln sabía lo que quería en el escenario del Oeste: frustrar cualquier incursión de la Confederación en las poblaciones divididas de los estados fronterizos y consolidar de inmediato la adhesión a la Unión de sus poblaciones pronorteñas, sobre todo en Tennessee. Lo que no lograba era formular una estrategia general para materializar sus deseos. De haber visitado personalmente el escenario, tal vez habría logrado imponer su voluntad; pero no podía abandonar Washington. Los hombres con que contaba no parecían capaces de formular el plan necesario. Grant sin duda hubiera podido hacerlo, si lo nombraban comandante supremo, pero todavía no tenía el prestigio suficiente para ello. Los hombres a los que Lincoln se había visto obligado a investir de autoridad, Frémont, Halleck y Buell, no daban la talla. Ninguno hubiera obedecido a Grant, comprensiblemente ya que era su subalterno, pero ninguno era capaz de superar las dificultades cotidianas de operar en la enredada y confusa geografía del Mississippi y sus vías fluviales adjuntas, y diseñar una estrategia clara para ganar aquella campaña. No sería justo culparlos del todo. Militarmente, el escenario era uno de los más complejos en los que jamás combatieran grandes ejércitos, no porque algún accidente geográfico bloquease el camino correcto hacia adelante – de hecho era al revés: todos los grandes ríos conducían directamente hacia el sur–, sino porque los meandros, pantanos y ondulaciones dificultaban la comunicación a campo través entre los distintos ejércitos, que usualmente solo era posible recurriendo al transporte acuático. Como a menudo sucedía en esta guerra, la escasez o ausencia de mapas se sumaba a estas dificultades. Lincoln y los oficiales de su gabinete en Washington

no podían tener más que una vaguísima idea de lo que los ejércitos de la Unión estaban intentando hacer durante las maniobras en torno a Vicksburg entre 1862 y 1863.

La campaña de 1862 en el Este, de la que Lincoln se mantuvo sumamente pendiente y muy bien informado, se desarrolló en un terreno completamente distinto. El norte de Virginia era una tierra de labranza, que se cultivaba desde el siglo XVII. Estaba tan bien cartografiada como podía estarlo cualquier zona de Estados Unidos en aquella época y contaba con bastantes carreteras, y aunque pocas eran practicables bajo cualquier clima, los soldados no podían quejarse de aquella región como escenario de campaña. Con esta salvedad: mientras que en el valle del Mississippi todas las vías fluviales conducían hasta objetivos importantes –Cairo, Corinth, Vicksburg–, los ríos del norte de Virginia, fluyendo desde la cordillera Blue Ridge en los Apalaches hacia la bahía de Chesapeake, corrían en sentido totalmente contrario a la línea de avance hacia Richmond que convenía al Norte, aunque también atravesaban el Sur en dirección a Washington. Estos ríos cortos eran obstáculos naturales para el movimiento pero también eran líneas de defensa; de hecho, la primera batalla de Bull Run tuvo lugar allí debido a que Bull Run proporcionó a los confederados que defendían Richmond una zona óptima donde apostarse y constituyó la primera línea entre los dos ejércitos durante la mayor parte del invierno de 1861 y 1862. Los ríos de Chesapeake obligaban con frecuencia a los ejércitos que marchaban hacia el sur a cruzar puentes y probablemente también a hacerlo a despecho de la resistencia enemiga.

A los soldados les disgusta enormemente cruzar ríos bajo el fuego enemigo. No en balde, en noviembre McClellan había concebido la idea de evitar los ríos cortos de Virginia cruzando por su punto de desagüe, la bahía de Chesapeake, para así arribar subrepticamente por barco hasta la puerta trasera de Richmond. Hubo objeciones prácticas y políticas a este plan. En lo práctico, requería el ensamblaje de una gran cantidad de barcos. En lo político, a Lincoln le alarmaba el hecho de que alejaba las fuerzas de defensa de Washington sin ninguna garantía de que pudieran regresar a tiempo si los confederados reanudaban su ofensiva contra la

capital. La dificultad práctica tuvo fácil solución. El escollo político hizo que pasaran casi siete meses antes de que el Plan Urbana se convirtiera en la Campaña Peninsular con tropas reales sobre el terreno, meses gastados principalmente en debates y vacilaciones. Urbana hubo de ser abandonada como objetivo porque a principios de marzo los confederados trasladaron su punto de concentración detrás del Rappahannock hacia el terreno desde el que McClellan había planeado organizar su partida hacia Richmond. Él, por tanto, avanzó hasta la posición abandonada de Manassas, la cual la prensa de Washington detectó que no había sido ocupada por un ejército tan grande como el que proclamaba McClellan. Esta observación alimentó la sospecha, que iría in crescendo, de que McClellan exageraba sus dificultades. Pero su obsesión con verse en inferioridad numérica comenzó a poseerlo de verdad cuando finalmente desembarcó el Ejército del Potomac en la punta de la península de Virginia, entre los ríos York y James, bajo el amparo de la fortaleza Monroe, a comienzos de abril. El camino hacia Richmond estaba abierto y desprotegido, salvo por una fuerza de aproximadamente once mil confederados a las órdenes del general John Magruder, que ocupaba los viejos terraplenes fortificados que los británicos cavaron para defender Yorktown durante la Guerra de Independencia, ochenta años atrás. Magruder hubiera podido ser apartado fácilmente. Pero McClellan montó un asedio formal y comenzó a importunar a Lincoln solicitando refuerzos. Su principal obsesión entró aquí en contradicción con la de Lincoln, que era la seguridad de la capital.

Ambos se proponían alterar el equilibrio de fuerzas en el escenario del norte de Virginia. Además de la gran concentración de McClellan en la península, Lincoln había retenido parte de su ejército, el cuerpo de McDowell, para la defensa de Washington. Las otras fuerzas de gran tamaño en las cercanías eran el ejército de Nathaniel Banks en el valle de Shenandoah y el de Frémont más allá en las montañas del oeste de Virginia. El valle de Shenandoah, como Chesapeake, era un corredor estratégico de la mayor importancia, una ruta sencilla para ascender por los Apalaches hasta las llanuras al norte de Washington y cerca de Baltimore, y su control del Shenandoah confería una gran ventaja. A

principios de 1862 estaba nominalmente en poder de la Unión, debido a que Banks ocupaba su extremo norte cerca de Harpers Ferry. Sin embargo, en el valle había también un pequeño ejército confederado, de quince mil hombres, comandado por un exprofesor del Instituto Militar de Virginia, Thomas Jackson, conocido como Stonewall desde la primera batalla de Bull Run. Jackson perteneció a la promoción de 1846 de West Point y por tanto fue condiscípulo de McClellan. Como la mayoría de los graduados de West Point de su generación, conocía también a muchas otras figuras importantes en los dos ejércitos de la Guerra de Secesión. Lo que distinguía a Jackson era su temperamento profundamente religioso, su carácter sumamente difícil, y el hecho de que era un genio militar, el único soldado verdaderamente original, además de Grant, que emergió de aquel conflicto. Sin embargo, el de Jackson era un tipo de genio difícil de transferir a los demás. Su breve y famoso adagio sobre su método operacional: “Siempre desconcertar, confundir y sorprender al enemigo”, aunque indiscutible, requería de sus dotes de mando para ser puesto en práctica. Así pues, pese a que Stonewall Jackson es en justicia uno de los soldados más admirados de todos los tiempos, muy pocos –acaso solo Erwin Rommel– han sido capaces de reproducir su técnica, que funciona mejor con un pequeño ejército en un entorno propicio a los rápidos desplazamientos y las maniobras inesperadas.

El valle de Shenandoah es exactamente este tipo de entorno. Su extremo oriental está formado por la cordillera Blue Ridge, el occidental por las montañas de Shenandoah, tras las que se extiende el gran macizo de los Apalaches. Es por tanto una zona aislada e independiente, cuyas tierras altas y vías fluviales internas complican aún más su geografía. La cresta central del cerro Massanutten se extiende dividiendo en dos el valle de Shenandoah, flanqueado por sendas bifurcaciones del río Shenandoah. Las montañas están cortadas por numerosas brechas que sirven de vías de acceso rápidas; los ríos en 1862 eran frecuentemente atravesados por puentes de madera que se quemaban con facilidad. Había una sola carretera transitable bajo cualquier clima, el Camino de Peaje del Valle, y tres ferrocarriles se adentraban en el valle con ramales que conectaban con sistemas más grandes.

De haberse imaginado Lincoln cuán creativamente usaría Jackson la compleja geografía de Shenandoah, hubiera tenido graves motivos para preocuparse, no por la seguridad de Washington, sino ciertamente por la habilidad del militar confederado para explotar los temores de McClellan.

En un inicio, McClellan estaba demasiado atareado en la península y Lincoln demasiado preocupado por cómo el general manejaba su expedición para que cualquiera de ellos se inquietara seriamente por lo que sucedía en el valle. Jackson enseguida los obligó a prestar atención. Su estrategia tenía un propósito bien definido: impedir que las fuerzas federales del valle y sus inmediaciones se concentraran contra él, y al mismo tiempo amenazar con transferir su ejército rápidamente hacia Richmond para reforzar a Joseph E. Johnston contra McClellan. Jackson comenzó su campaña a la entrada del valle, donde había pasado el invierno. Su adversario era Nathaniel Banks, quien lo superaba ligeramente en número. Jackson por lo tanto se retiró a Strasburg, al norte del cerro Massanutten. En las semanas que siguieron procuró, mediante maniobras y rápidas marchas, mantener contacto con Banks pero eludiendo todo combate que pudiera perder, y amagando hacia el oeste para mantener a raya a Frémont; pero simultáneamente dando la falsa impresión de que podía retirarse rápidamente para reforzar a Johnston contra McClellan en las afueras de Richmond. Jackson logró todos sus objetivos, aunque no sin pelear. Eligió, o se vio forzado, a combatir en Front Royal y Winchester a finales de mayo, y Cross Keys y Port Republic a principios de junio. Entre estos enfrentamientos sus columnas cubrieron velozmente grandes distancias a pie de un lado al otro del valle, manteniéndose frente a Banks o atrayéndolo hacia adelante. Las exigencias de Jackson pusieron duramente a prueba al ejército del valle. A menudo sin comida suficiente ni vestimenta apropiada, bajo un clima gélido, muchos de estos soldados recorrían regularmente, a pie y descalzos, docenas de kilómetros al día. Los que sobrevivieron adquirieron una resistencia que los convirtió en adversarios formidables en el combate. Se llamaban con orgullo a sí mismos “la caballería de a pie”. La última marcha del ejército del valle, de ciento trece kilómetros en tres días, llevó a Jackson hasta Front Royal, donde ganó

desordenadamente una pequeña victoria contra Banks, cuya retirada persiguió hasta Harpers Ferry. Estas acciones alarmaron tanto a Lincoln que ordenó a Frémont y McDowell que abandonaran sus posiciones en los Alleghenies y en la afueras de Washington, respectivamente, y que partieran en ayuda de Banks. Esta orden se dio el 24 de mayo e involuntariamente contribuyó al éxito de la campaña de distracción estratégica de Jackson en el valle, pues anularon cualquier intento por reforzar a McClellan en las afueras de Richmond. Ahora todos los objetivos de la campaña del valle se habían cumplido. Sin embargo, Jackson sabía lo que se traía entre manos y llevó su campaña de marcha y contramarcha a una brillante conclusión. Uno de sus pocos reveses fue la pérdida de su líder de caballería, Turner Ashby, un bucanero del mismo molde que Nathan Bedford Forrest, quien murió en combate en Port Republic el 6 de junio.

Trasladándose en parte por ferrocarril y en parte a pie, el ejército del valle arribó a Richmond a tiempo para tomar parte en las últimas batallas contra el intento de McClellan de capturar la capital confederada, y también para escapar de la laboriosa trampa que Lincoln había tendido para capturar a Jackson coordinando los movimientos de Frémont, Banks y McDowell. La llegada de Jackson a las afueras de Richmond coincidió con un cambio importante en la jefatura confederada. Durante la batalla de Seven Pines, una de las batallas defensivas libradas en las inmediaciones de Richmond durante la ofensiva de McClellan, Johnston fue herido por esquirlas de obús y hubo de ser sustituido como jefe del Ejército del Norte de Virginia por Robert E. Lee, quien hasta entonces había ejercido de jefe de estado mayor de Jefferson Davis. Lee había adquirido injustamente una mala reputación durante los primeros combates en el Oeste. No obstante, había sido el cadete más sobresaliente de su año en West Point y se había destacado en la Guerra de México. Provenía de una de las familias más antiguas y distinguidas de Virginia, y su decisión de “marchar junto a su estado” en 1861 fue considerada un serio revés en el Norte, donde le habían ofrecido el mando del ejército de la Unión. Demostró ser un maestro de la guerra, y al asumir el control en medio de los intentos de McClellan por irrumpir en Richmond, comenzó

de inmediato a exhibir sus facultades.

McClellan había comenzado su ofensiva contra Richmond el 7 de abril asediando las defensas de Magruder en las afueras de Yorktown, ciento trece kilómetros al sudoeste. Un asedio era algo totalmente innecesario. McClellan tenía tropas suficientes para aplastar aquella resistencia, pero su temor a verse superado numéricamente se estaba intensificando y necesitó casi un mes, y el despliegue de mucha artillería, para forzar a Magruder a retirarse. Luego persiguió la retirada confederada con una lentitud agónica, hasta que finalmente los alcanzó en las afueras de Williamsburg, el primer pueblo inglés de Virginia y la capital original del estado. La batalla subsiguiente fue un triunfo para la Unión, pero no tan consumado como para impedir que el ejército confederado se retirara hasta Richmond, que ahora contaba con una fuerte guarnición y había desaparecido tras una sólida línea de terraplenes fortificados. Mientras McClellan se iba acercando poco a poco, Johnston decidió atacar la vanguardia nortea, que había llegado hasta la orilla equivocada del río Chickahominy. McClellan había permitido que ocurriera este error porque los confederados habían logrado bloquear la vía de acceso más obvia a Richmond desde el sudeste cerrando el río James con barricadas de árboles y cascos de barcos. Sin embargo, McClellan se libró de las consecuencias de aquel percance porque James Longstreet, subalterno de Johnston, también dirigió mal su ataque. En Seven Pines, como dio en llamarse la batalla, se las arregló para enviar a sus tropas de manera irregular en lugar de concentrarlas, y en consecuencia resultó completamente derrotado.

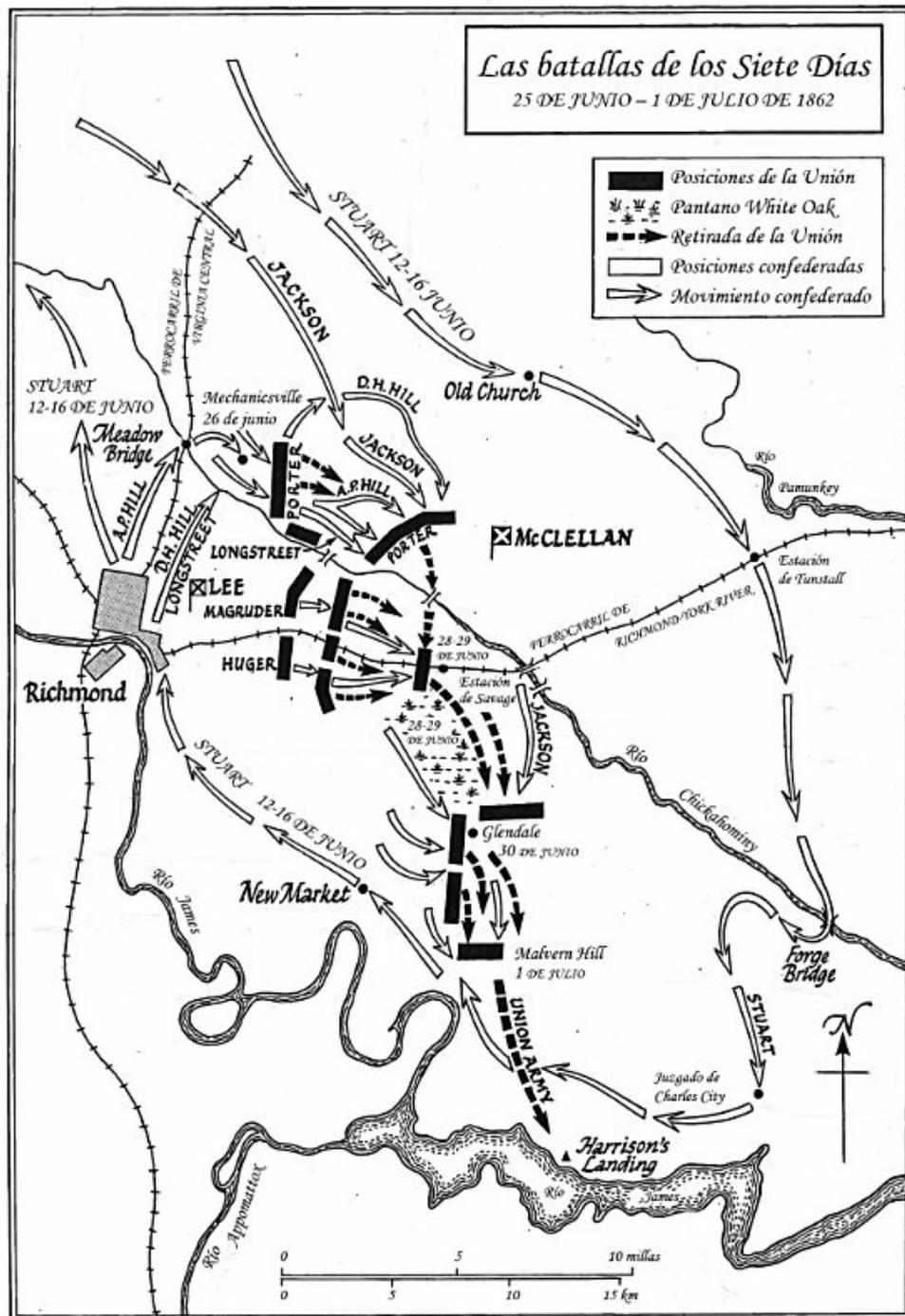
McClellan, aunque convencido de que lo superaban en número, doscientos mil hombres contra sus ciento cinco mil (las fuerzas confederadas sumaban realmente noventa mil hombres), y de que Johnston estaba a punto de llegar desde el valle (cuando todavía se encontraba combatiendo intensamente en él), decidió inusitadamente persistir en la ofensiva. Lo que aconteció entonces dio en llamarse las batallas de los Siete Días: una serie de combates alrededor del perímetro de Richmond, en los que las tropas de la Unión pivotaban hacia la derecha, los confederados giraban retrocediendo hacia la izquierda, hasta

que los límites de la ciudad fueron quedando atrás y McClellan se encontró una vez más en pleno campo, con Richmond hacia el norte y el estuario del río James a sus espaldas. Los campos de batalla, que se encuentran muy próximos unos de otros, se llaman Oak Grove (25 de junio); Mechanicsville (26 de junio); Gaines's Mill (27 de junio); Savage's Station–White Oak Swamp (28-29 de junio); Glendale (también llamado White Oak Swamp o Frayser's Farm, 30 de junio); y Malvern Hill (1 de julio).

En la actualidad todos se encuentran bellamente preservados por el Servicio Nacional de Parques, y pocos dan la impresión de haber sido escenarios de derramamientos de sangre. Con una excepción: el combate en Mechanicsville se desplazó del sitio original del encuentro y vino a concentrarse en Beaver Dam Creek, donde el Chickahominy fluye invisible entre los árboles circundantes. El arroyo es vadeable en este punto, pero el sitio está anegado y lleno de juncas y herbazales. Era completamente inapropiado para una acción militar. Sin embargo, norteños y sureños pelearon aquí denodadamente el 26 de junio de 1862, los sureños atacando a los norteños, quienes habían construido a toda prisa una empalizada en su orilla del arroyo. También habían traído artillería para disparar desde la orilla oriental, más elevada. Un artillero confederado pensó que la posición unionista era “absolutamente inexpugnable a un ataque frontal”. Desde cualquier punto de vista lógico tenía razón. Incluso hoy Beaver Dam Creek conserva una atmósfera siniestra. En 1862, cuando los árboles circundantes estaban repletos de tiradores decididos a defender sus posiciones, debió de haber sido un sitio aterrador. De todos los campos de batalla de los Siete Días este es el más cercano a la ciudad, lo que tal vez fortaleció especialmente la determinación de los confederados de echar de allí a las tropas de la Unión. En el proceso, 1.475 sudistas resultaron muertos o heridos. El primero de Carolina del Norte perdió a su coronel, teniente coronel, comandante y seis capitanes. El 44o de Georgia perdió 335 hombres, el sesenta y cinco por ciento de sus fuerzas. Mechanicsville hubiera contado como una victoria de la Unión si McClellan hubiera estado dispuesto a sacar partido de ella. Sin embargo, como iba haciéndose costumbre, no lo

hizo. Cuando Stonewall Jackson apareció en Mechanicsville, pero, inusualmente, decidió no intervenir, McClellan concluyó que la batalla había sido un revés, que Jackson representaba un grave peligro y ordenó al comandante del cuerpo de ejército local, Fitz-John Porter, replegarse hasta la posición de Gaines's Mill.

Cuando los confederados iniciaron su ataque, en la mañana del 27 de junio de 1862, se encontraron con el cuerpo de ejército de Porter emplazado en una empinada meseta de laderas boscosas. Sumaba unos veintisiete mil hombres, pero su artillería era más fuerte, con cerca de cien cañones contra los cincuenta del Sur. Sin embargo, tácticamente, los confederados estaban en una posición más ventajosa, desplegando seis divisiones contra las dos de la Unión. La única ventaja de la Unión era la elevación del terreno.



Fitz-John Porter tuvo la impresión de que su cuerpo de ejército sería vulnerable a una ofensiva confederada y rogó a McClellan que le enviara refuerzos; irónicamente, siempre era McClellan quien pidió refuerzos a

Washington. También solicitó hachas, para talar troncos y levantar una barricada por el frente. Las hachas resultaron inútiles, pero con otras que tomó prestada a la artillería consiguió cubrir parte de su frente con una estructura de rieles rellena con mochilas. Aquella tarde, los hombres de Porter lograron repeler una serie de ataques por parte de las tropas de Longstreet, A. P. Hill, D. H. Hill y Stonewall Jackson. Ante el éxito de su defensa, Porter consideró la posibilidad de desplazar fuerzas hacia la derecha para atacar al enemigo por el flanco, pero desistió al reconocer que este los superaba demasiado en número para arriesgarse a abandonar su posición defendida.

En el transcurso de la tarde, los ataques confederados contra el flanco izquierdo de Porter ganaron en intensidad, provocando el pánico entre los caballos de la artillería desplegada allí. Veintidós cañones se perdieron en la confusión. Ya en la noche Porter fue llamado al cuartel general de McClellan, donde se le ordenó retirarse hasta el otro lado del río Chickahominy, que corría a lo largo de su retaguardia, y luego retroceder hasta el río James, en el que McClellan había decidido concentrar su ejército. En las últimas etapas del combate, Porter estuvo muy preocupado por la seguridad de unos ayudantes de campo, el conde de París y el duque de Chartres, miembros de la familia real francesa que se habían ofrecido a servir en su estado mayor. Como el conde de París era un aspirante al trono de Francia, a Porter le fue indicado que velara por su seguridad. Esta distracción totalmente irrelevante ocupaba su mente cuando debería haber prestado toda su atención a la batalla.

Durante la retirada desde Gaines's Mill, Jackson abandonó su cuerpo de ejército para efectuar un reconocimiento de las líneas de la Unión. Lo hizo sin pedir permiso a su superior ni explicar sus intenciones a sus subordinados. El hombre que dejó al mando durante su ausencia no era un soldado, sino un profesor de un seminario teológico, el reverendo R. L. Dabney. El respeto de los subordinados hacia Jackson era tal que ninguno cuestionó la autoridad del teólogo. Otro incidente de la retirada fue la "carga" de un intendente de la Unión que, conduciendo un carromato cargado con manjares tales como piñas enlatadas, se topó con una columna confederada en el camino y, tratando de salvar sus mercancías,

se lanzó a la desesperada contra las filas sureñas. Tras causar cierta disrupción, fue capturado junto con los manjares, para delicia de los soldados confederados.

En las etapas finales de la batalla de Gaines's Mill se capturaron prisioneros. Entre los apresados por los confederados estaban algunos coetáneos de West Point de D. H. Hill. Uno era el general John Reynolds, quien al ser llevado ante su captor se tapó la cara con las manos. Ambos habían sido compañeros de comedor en el viejo ejército y durante seis meses habían compartido la misma tienda. Reynolds dijo: "Hill, no deberíamos ser enemigos". Se había ido a dormir durante una pausa en el combate y había sido capturado al ser hallado lejos de sus tropas. Hill le aseguró que no había animadversión entre ellos, y que su captura se había debido a la fortuna notoriamente voluble de la guerra. Reynolds, quien luego fue intercambiado, cayó muerto en Gettysburg.

La retirada desde Gaines's Mill llevó el combate el 29 de junio hasta Savage's Station, donde la Unión había establecido un gran hospital. La lucha en Savage's Station fue en general menos cruenta que en Gaines's Mill, ya que su objetivo no era ofensivo –atacar Richmond– sino asegurar una línea de retirada hasta Malvern Hill, sitio que McClellan había fijado como punto de partida y retirada del escenario de las batallas de los Siete Días. Las baterías artilleras protagonizaron la mayor parte del enfrentamiento. Luego vino la batalla de Glendale o de Frayser's Farm, otra embestida de la Unión para alejarse de Richmond en dirección al río James en Malvern Hill. Glendale contó como un triunfo de la Unión porque los confederados fueron repelidos en todos los puntos, la artillería y el tren de suministros del ejército fueron evacuados exitosamente hacia Malvern Hill, y la infantería logró concentrarse en Malvern Hill, fresca para la batalla del 1 de julio.

La Unión había colocado treinta y seis cañones, de seis baterías, junto con la batería de asedio de Connecticut, en un terreno elevado, desde donde podían disparar por encima de las cabezas de su propia infantería contra las líneas de sus atacantes. Durante el combate del 30 de junio, la artillería de la Unión causó grandes estragos en las baterías confederadas. No fue sino hasta las últimas horas de la tarde del 1 de julio que los

confederados comenzaron a lanzar ataques de infantería contra el frente de la Unión, donde la infantería nortea se hallaba intercalada entre las posiciones de los cañones. Los confederados sufrieron graves pérdidas y fueron repelidos por todas partes. Al caer la noche, la Unión comenzó su retirada hacia las márgenes del río James en Harrison's Landing. Las bajas de la Unión en aquellos siete días alcanzaron un total de 15.855; las del Ejército del Norte de Virginia, 20.204.

Lincoln envió a Halleck, recién nombrado general en jefe, a ver a McClellan, a examinar su ejército y a asesorar sus próximos movimientos. En una conversación en Washington, Lincoln dijo que estaba seguro de que McClellan no volvería a luchar en aquella campaña, y que si lograba enviar a McClellan cien mil hombres, este caería en éxtasis y anunciaría que estaba a punto de capturar Richmond. Sin embargo, al día siguiente informaría de que los confederados eran cuatrocientos mil y que no podía avanzar a menos que le enviaran más hombres. Halleck llegó a Harrison's Landing, donde habían cavado un campamento atrincherado, y preguntó a McClellan cuáles eran sus intenciones. McClellan insistió en que quería avanzar sobre Richmond, siguiendo la línea del río James, tomando Petersburg por el camino. Halleck le pidió que consultara a sus oficiales, y así lo hizo. Estos votaron por avanzar sobre Richmond si recibían veintemil tropas de refuerzo. McClellan también continuaba exagerando el tamaño de los ejércitos enfrentados de noventa mil a doscientos mil, lo cual convertía sus planes para el ataque en un sinsentido. Por otra parte, Halleck, al regresar a Washington, telegrafió a Lincoln para decirle que tras haber reflexionado necesitaría no veinte sino cuarenta mil soldados más. Esta cantidad no estaba disponible, y Lincoln, por tanto, indicó a Halleck que ordenara a McClellan retirarse. Se enviaron barcos, y en los últimos días de agosto el Ejército del Potomac fue embarcado y devuelto a Washington.

Así concluyó la mejor coyuntura que tuvo la Unión a lo largo de todo el conflicto para poner rápido fin a la guerra. Lee había dirigido las batallas de los Siete Días con gran habilidad. McClellan había desperdiciado todas las oportunidades. Su posición en Mechanicsville-Beaver Dam Creek era desfavorable. Pero hubiera podido sacar alguna ventaja en cualquiera de

los combates intermedios, de los cuales solo Glendale-Fraser's Farm y Gaines's Mill fueron realmente encarnizados. En Malvern Hill tuvo todas las ventajas, una posición fuerte y dominante, superioridad artillera y suficiente infantería. Malvern Hill fue una victoria de la Unión, pero McClellan no supo aprovechar sus frutos en aras de un desenlace que hubiera podido dar un giro a los acontecimientos de los días subsiguientes. La campaña en su totalidad confirma la opinión de sus críticos de que McClellan estaba psicológicamente discapacitado para conducir las acciones hasta el punto de obtener resultados. Por temor al fracaso, no intentaba ganar.

Los líderes políticos, tanto del Norte como del Sur, tenían grandes esperanzas en las facultades estratégicas de sus generales para lograr sus fines. George McClellan expresó en detalle, aunque no de modo convincente, su filosofía acerca de la Guerra de Secesión, en una carta al presidente Lincoln el 7 de julio de 1862, por increíble que parezca, después de las batallas de los Siete Días, que cualquiera diría que bastaban para poner en duda la creencia de que la Confederación no estaba del todo decidida a dividir la Unión. La guerra, escribió McClellan, “debería guiarse por los más altos principios de la Civilización Cristiana. En ningún caso debería ser una Guerra abocada al sojuzgamiento del pueblo de ningún Estado. No debería ser en absoluto una Guerra contra la población, sino contra las fuerzas armadas y las organizaciones políticas. La confiscación de propiedades, la ejecución política de individuos, la organización territorial de los estados y la abolición forzosa de la esclavitud no deberían ser contempladas ni por un momento”.<sup>[9]</sup> Huelga decir que casi todos los principios propuestos por McClellan fueron incumplidos, incluyendo su restricción contra la “organización territorial de los estados”, que fue violada por la separación de Virginia y Virginia Occidental, que para McClellan no solo era indeseable desde el punto de vista práctico sino también de dudosa constitucionalidad. La moderación nortea no tenía correspondencia en el Sur, donde hubo desde el inicio una gran sed de victoria, dado que el Sur se consideraba la parte agraviada, sometida a los ataques del altanero Norte.

---

[1](#) John C. Waugh, *The Class of 1846: From West Point to Appomattox; Stonewall Jackson, George McClellan and Their Brothers*, Nueva York, 1994, p. 332.

---

[2](#) *Ibíd.*, p. 362.

---

[3](#) T. Harry Williams, *ob. cit.*, p. 14.

---

[4](#) *Ibíd.*, p. 21.

---

[5](#) *Ibíd.*, p. 16.

---

[6](#) James M. McPherson, *ob. cit.*, p. 396.

---

[7](#) U. S. Grant, *ob. cit.*, p. 311.

---

[8](#) Abraham Lincoln, *ob. cit.*, pp. 323-324.

---

[9](#) T. Harry Williams, *ob. cit.*, p. 109.

## IX

### LA GUERRA EN EL MEDIO OESTE

Shiloh fue una batalla inesperada en un lugar imprevisto, al cual el ejército de Grant llegó bajando por el río Tennessee a raíz de sus victorias en los fuertes Henry y Donelson. Su efecto fue la apertura de un nuevo frente en el centro de los Estados Unidos decimonónicos, en Tennessee, un estado crucial tanto para la Unión como para la Confederación, puesto que colinda con Alabama, Mississippi y Georgia y, al otro lado del Mississippi, con Arkansas y Missouri. Por el norte limita con Illinois, Indiana y Ohio, importantes territorios leales a la Unión, que la caballería de Morgan atacó en julio de 1862; por el este también ofrecía una ruta hacia Carolina del Sur. Incluso el este del propio Tennessee, cubierto por la falda de los Apalaches, apoyaba unánimemente a la Unión, siendo el mayor reducto de lealtad unionista dentro de la Confederación. Al ser una región montañosa y relativamente infértil, abundaba en ella una agricultura de subsistencia casi sin esclavos.

Al comienzo de la guerra, en Tennessee no se libraron combates, porque el gobierno estatal, si bien no se sumó a la secesión, pactó una alianza con la Confederación. Esta medida transparentemente evasiva no podía durar. Washington siguió considerando a Tennessee un estado de la Unión, y sus representantes electos continuaron sentándose en ambas cámaras del Congreso. Si bien la Confederación también consideraba a Tennessee un estado miembro, sus líderes políticos constituían en el mejor de los casos un gobierno en el exilio. Los condados del Este habían votado enérgicamente contra la secesión cuando se celebró una convención. Richmond estaba decidido a pelear por mantener Tennessee fuera de los predios de la Unión, pero en un principio casi no había fuerzas opositoras dentro del estado, hasta que Grant y Halleck aparecieron para organizar el

Ejército del Tennessee, al que más tarde se enfrentaría el Ejército de Tennessee de Bragg. De este modo quedó abierto un nuevo frente, o “línea”, como solían llamarse los frentes en la Guerra de Secesión. El vocablo “frente” no empezó a usarse hasta la Primera Guerra Mundial, cuando se tomó del vocabulario de la meteorología, por la analogía con los frentes climáticos de bajas y altas presiones. Había un frente evidente en Virginia en la zona de altas presiones entre Washington y Richmond. No tanto en el Oeste, donde la densidad de tropas era baja y había pocas ciudades importantes. Sin embargo, el centro de Tennessee se fue convirtiendo gradualmente en lo que una generación posterior reconocería como un frente bien definido, cuyos rasgos fundamentales eran los ríos y los ferrocarriles. La clave para organizar la guerra en esta región era concentrar las fuerzas dispersas de ambos bandos y crear ejércitos en campaña. Los componentes principales eran los hombres de Halleck en St. Louis y los confederados de Beauregard que habían sobrevivido a Shiloh. Otras tropas confederadas estaban llegando a Tennessee desde la costa atlántica y también desde Arkansas. Durante abril de 1862, Halleck logró, haciendo venir a Pope desde el frente del Mississippi en Nuevo Madrid e Isla Número Diez y a Grant desde las inmediaciones de Shiloh, reunir un ejército de cien mil hombres. Entre sus generales había muchos futuros líderes de la Unión, incluyendo no solo a Grant, sino también a Sherman y Sheridan, Don Carlos Buell, Rosecrans y George Thomas, la “Roca de Chickamauga”. El ejército de la Unión en el Oeste estaba organizado por Halleck; sus tres ejércitos llevaban los nombres de los principales ríos de la región: el Ejército del Tennessee bajo el mando de Grant, el Ejército del Ohio bajo el mando de Buell, y el Ejército del Mississippi bajo el mando de Pope. Puede que los lectores legos en la materia no comprendan el término “ejército”, su sentido enteramente organizativo y jerárquico. Los regimientos estaban formados por (dos) batallones, las brigadas estaban formadas por (tres) regimientos, las divisiones estaban formadas por (tres o más) brigadas, los cuerpos estaban formados por (dos o más) divisiones, los ejércitos estaban formados por (dos o más) cuerpos. En el bando de la Unión los ejércitos eran nombrados según el río cerca del cual operaban (por ejemplo, el

Potomac). En la Confederación, los ejércitos recibían el nombre de la región en la que operaban (por ejemplo, el Norte de Virginia). Asimismo los ejércitos tendían a ser regionales en su composición, de manera que los Ejércitos del Tennessee y del Ohio, por haber sido creados en el Medio Oeste, estaban compuestos principalmente por reclutas de esa región.

Halleck comenzó su campaña contra Beauregard avanzando sobre Corinth, un pueblo ferroviario del norte de Mississippi que los confederados habían fortificado. Intimidado por la noticia de que Halleck se acercaba, Beauregard abandonó Corinth a finales de mayo y se retiró hacia el sur. Su ejército estaba muy diezmado por las enfermedades y la desertión. No obstante, inició una agresión contra el centro de Tennessee y Kentucky, y Halleck, en lugar de combatirlo, dedicó sus energías a fortificar aún más Corinth, convirtiéndola en una de las plazas más fuertes de toda la zona de conflicto. Halleck al parecer esperaba que las tropas sureñas le concederían la ventaja de atacar sus fortificaciones, pero estas no hicieron tal cosa, sino que atacaron los ferrocarriles de la Unión y amenazaron con avanzar hacia los estados más meridionales. Halleck distribuyó sus fuerzas ampliamente con la intención de salvaguardar su nueva área de responsabilidad, optando por avanzar sólo contra Chattanooga como medida activa. En Washington, Lincoln se estaba cansando del letargo de Halleck. Sin embargo, respetaba su facultad como organizador, y el 11 de julio lo hizo ir a la capital para que asumiera el cargo de general en jefe, en sustitución de McClellan. Pero pronto Lincoln se dio cuenta, como ya había descubierto dolorosamente Grant, que el temperamento de Halleck era tan reacio a la ofensiva como el del joven Napoleón. Y además era igualmente detallista y dado a encontrar defectos en sus subordinados. El mando de Tennessee pasó a manos de Grant, pero los confederados perdieron la oportunidad de atacar durante el interregno, pues Beauregard, después de disgustar a Jefferson Davis por retirarse por enfermedad en un momento tan inconveniente, fue asimismo relevado del mando y sustituido por Braxton Bragg. Bragg, aunque era un luchador, tenía mal carácter e insultaba a sus subalternos, con lo cual había perdido el apoyo de la mayoría de ellos. A diferencia de Halleck y de McClellan, tenía un estilo ofensivo y no seguía el criterio

jominiano de que el propósito de una campaña era descolocar al oponente mediante maniobras, sin llegar a combatir con él. Tan pronto como sucedió a Beauregard, Bragg se dispuso a enfrentarse a Grant en su cuartel general de Corinth. Su primer plan fue marchar directamente contra él. Luego lo reconsideró y optó por acercarse por el oeste dando un rodeo a través del centro de Mississippi. Grant, consciente de aquel peligro, respondió movilizando sus fuerzas, pero Halleck, con su obsesión por defender en todas partes, tenía otras ideas con respecto a Tennessee y Kentucky.

Mientras estaba ausente desplegando sus tropas, Bragg dejó grandes destacamentos en el norte de Mississippi a las órdenes de los generales Price y Van Dorn, y él se trasladó a Kentucky, desde donde apareció para amenazar Louisville y Cincinnati. A principios de septiembre de 1862, convocó a Price y sus dieciséis mil hombres. Grant, comprensiblemente alarmado, concluyó acertadamente que el lugar donde probablemente Price atacaría sería Iuka, una aldea ferroviaria cerca de Corinth que era un gran almacén de suministros, comida y pertrechos de guerra. Para defender Iuka seleccionó una brigada de Wisconsin, llamada, por su mascota, la Brigada del Águila. Rosecrans lideró el avance mientras que Grant, con el general Edward Ord bajo su mando, esperaba como reserva. Rosecrans avanzó hacia el combate detrás de una nube de escaramuzadores y con una batería acompañante. Sobrevino un tiroteo tremendo. El suelo estaba cubierto por densos matorrales entre los que combatientes azules y grises se resguardaban en medio de la refriega. Hacia el final de la tarde dos brigadas norteamericanas y dos sudistas habían sufrido 790 y 525 bajas, respectivamente, de los 3.100 y 2.800 efectivos con que contaban. No obstante la disparidad, la Unión llevó la mejor parte en el combate, obligando a los confederados a retirarse.

Grant aguardaba como reserva a pocos kilómetros del campo de batalla, pero la dirección del viento y otros factores crearon una “sombra acústica” que le impidió escuchar el tiroteo. Se enteró de que el combate había tenido lugar por un despacho de Rosecrans cuando ya había concluido. De inmediato se unió a Rosecrans para perseguir a Price y a los confederados vencidos, pero para enorme disgusto de Grant, Rosecrans

abandonó la persecución después de que Grant lo dejara y Price consiguió escapar. Entonces él y Van Dorn unieron fuerzas. Juntos sumaban alrededor de veintidos mil hombres, a los que Price condujo hacia el sur de Tennessee para amenazar Corinth, la base ferroviaria y centro de suministros de Grant, el eje de sus puestos de avanzada en Jackson, Memphis y Bolivar. A principios de octubre Grant detectó que el ejército rebelde, ahora comandado por Van Dorn, se había reubicado para atacar Corinth desde el norte. El 3 de octubre los rebeldes ya estaban listos para el asalto. Las tropas de la Unión, bajo el mando de Rosecrans, estaban menos preparadas, pues Rosecrans se había demorado en concentrar a sus hombres. Se hallaban estacionados en el viejo terraplén fortificado confederado que defendía Corinth, detrás del cuál había una segunda línea, mejor posicionada, en Capitol Hill. Durante todo el día 3 de octubre, los confederados arremetieron con fuerza contra la línea de Rosecrans, sufriendo grandes bajas pero rehusando retirarse. Fueron ganando terreno, organizando un ataque tras otro, haciendo retroceder a las tropas de la Unión hasta las calles de Corinth. Una formación que se retiró fue la llamada Brigada de la Unión, compuesta por los regimientos que quedaron desorganizados en Shiloh. Sin embargo, una vez entre las casas de la ciudad, se concentraron y, tras encontrarse con otras unidades, reanudaron la resistencia y mantuvieron a raya a los atacantes. El general Rosecrans recorría a caballo lo que quedaba de sus líneas en esta fase del combate, y gritaba a sus hombres que se mantuvieran firmes. Ayudados por la artillería de la Unión, así lo hicieron, repeliendo un ataque tras otro. Finalmente el combate se concentró en torno a un terraplén de la Unión, la batería Robinet, donde la Unión infligió cuantiosas bajas. Más tarde, en el foso de la batería fueron encontrados cincuenta y dos confederados muertos, entre ellos el coronel del segundo de Texas, al que alcanzaron trece veces. Al cabo de la lucha por el control de la batería, los confederados se batieron en retirada. Habían sufrido cuatro mil bajas; la Unión, dos mil quinientas. Por otra parte, la línea de retroceso de los confederados se hallaba obstruida por el río Hatchie, el cual Van Dorn buscó la forma de cruzar. Los puentes eran difíciles de encontrar, pero Rosecrans no se lanzó en su persecución. Él fue otro ejemplo de un

general de la Unión que carecía de voluntad y perspicacia para aprovechar la victoria cuando ganaba. Rosecrans detuvo la marcha de su ejército hacia el Hatchie durante dos noches sucesivas, con lo cual este avanzaba a paso de tortuga. Sus soldados se sentían frustrados y muchos continuaron adelante sin órdenes. Cuando llegaron a la planicie del Hatchie, las tropas de la Unión se toparon con varias baterías confederadas defendiendo los vados, y se entabló un sangriento combate, con refuerzos por ambos bandos. Finalmente se produjo un *impasse* en la lucha, tal como Grant pudo reconocer incluso desde lejos. Envió órdenes a Rosecrans de que se retirase, pero mientras Van Dorn conseguía escapar, Rosecrans insistió, algo muy típico de él, en que estaba a punto de obtener una gran victoria y en que Grant le estaba escamoteando una oportunidad dorada. Van Dorn encontró refugio tras sólidas defensas en Holly Springs, en el norte de Mississippi, una posición demasiado fuerte para ser atacada sin una larga preparación, cosa que Grant también reconoció. Rosecrans continuaría quejándose de la oportunidad perdida, pero Grant sabía lo que hacía. Estaba decidido a terminar con la campaña en el centro de Tennessee y transferir sus esfuerzos a un ataque directo contra Vicksburg.

La campaña en el centro de Tennessee, no obstante, no fue completamente estéril para la Unión. Al final de la misma, el oeste de Tennessee había quedado bastante libre de tropas regulares confederadas, aunque no de guerrillas, y el norte de Mississippi estaba en manos de la Unión; el leal este de Tennessee no había podido ser liberado pero se hallaba bajo amenaza de ser invadido por la Unión. La gran ventaja para la Unión en esta zona era que colindaba con el Medio Oeste, donde era posible reclutar tropas en gran número.

El verano de 1862 fue por lo demás una época problemática para la Unión. Tras el abandono de la Campaña Peninsular y la humillación de la retirada de Richmond, el Sur emprendió la ofensiva en el Este y reanudó sus incursiones en el norte de Virginia y luego en Maryland. Inmediatamente después de la derrota en la segunda batalla de Bull Run tuvo lugar el costoso empate en Antietam. Y no solo en el escenario del Este parecían ir mal las cosas para la Unión. En el Oeste, Grant no conseguía progresar en su campaña alrededor de Vicksburg encaminada a

abrir el valle del Mississippi al tráfico de la Unión. Había habido grandes incursiones de caballería en los inseguros territorios de la Unión de Tennessee y la liberación de Arkansas sufrió varios reveses. Lo peor de todo fue que, en julio, Braxton Bragg, el comandante confederado de Mississippi, inició una invasión a gran escala contra Kentucky. Kentucky era probablemente el más controvertido de los estados limítrofes, pues ambos bandos lo contaban como parte de sus territorios gobernados y tenían regimientos y gran cantidad de jóvenes de Kentucky en sus respectivas filas. Sin embargo, el verdadero peligro para la Unión en Kentucky no era político sino geográfico. Su frontera norte estaba formada por el río Ohio, al otro lado del cual se extendía la gran ciudad de Cincinnati, más importante incluso que Chicago como centro industrial y ferroviario, con una población marcadamente unionista y en extremo sensible al peligro que representaban los avances militares de la Confederación. El camino hacia Cincinnati, por otra parte, atravesaba un territorio fácilmente transitable. Si la Confederación lograba establecer un corredor de un lado al otro de su sección central, el territorio de la Unión quedaría partido en dos, exactamente del mismo modo en que la campaña de la Unión que se desarrollaba en el valle del Mississippi amenazaba con partir en dos el Sur. Era vital, por tanto, que la invasión de Bragg fuese derrotada.

La dificultad estribaba en organizar una contraofensiva. Los dos líderes de caballería confederados que habían cabalgado tan displicentemente por aquella región, Nathan Bedford Forrest y John H. Morgan, continuaban en activo, mientras un ejército suplementario al de Bragg, comandado por Edmund Kirby Smith, avanzaba desde Knoxville hacia el desfiladero de Cumberland, la histórica entrada para atravesar los Apalaches, desde donde arribó rápidamente a Richmond (Kentucky), a solo tres mil doscientos kilómetros de Cincinnati. Allí le salió al paso una división de la Unión, pero sus tropas eran bisoñas y fueron dispersadas con numerosas bajas entre muertos, heridos y hombres capturados. Braxton Bragg no sentía demasiado entusiasmo por la guerra ofensiva, pero en aquella etapa y en aquel lugar, tenía más posibilidades de ganar que su adversario, Don Carlos Buell.

No obstante, desde Washington, Halleck hostigó tanto a Buell con instrucciones de avanzar, de presionar a Bragg y de pelear, que finalmente Buell no tuvo alternativa. No podía aducir falta de tropas, puesto que a mediados de septiembre dos divisiones de Grant habían acudido a reforzarlo, mientras que en Louisville y Cincinnati sesenta mil reclutas de la localidad estaban siendo entrenados. Durante septiembre, en tanto que Buell se había retirado prudentemente a Louisville, Bragg intentó preparar el escenario para una gran batalla que resolviera el equilibrio de fuerzas en Kentucky. Desde su posición cerca de Louisville, envió una petición a Kirby Smith, quien estaba por entonces en el área de Lexington y Frankfort, la capital del estado, de que se reuniera con él junto a sus veinte mil hombres en Bardstown, al sur de Louisville. Con sus fuerzas combinadas, Bragg creía poder derrotar a Buell y de esta manera arreglar las cosas en los territorios fronterizos. También pensaba que una gran batalla obligaría a los kentuckianos a tomar partido y los atraería definitivamente hacia la Confederación.

Buell estaba por fin cumpliendo los deseos de Washington, y a principios de octubre alcanzó las cercanías del ejército de Bragg en Bardstown. Concentró a sesenta mil hombres, frente a los cuarenta mil confederados. Estos se hallaban, durante la ausencia temporal de Bragg, bajo las órdenes del obispo Leonidas Polk, quien condujo a sus hombres hasta la ciudad de Perryville, al sur de Louisville. Lo que lo atrajo hasta allí fue la necesidad de agua, pues el verano sureño había secado los arroyos. Una prolongada sequía había convertido al río Chaplin en una hilera de pozas estancadas. Como esta era la única agua disponible, ambos bandos la querían. Polk llegó primero hasta ella, pero no tardó en ser atacado por la vanguardia del ejército de Buell, comandada por un oficial que llegaría lejos, Philip Sheridan. Sheridan era agresivo y manejó sus divisiones con tal eficacia que derrotó a las fuerzas de Polk y penetró en las calles de Perryville, en persecución de los restos de su ejército. En este punto, Buell debió haber completado lo que empezaba a perfilarse como la victoria de Perryville, derrotando, con refuerzos, a lo que quedaba del ejército de Bragg. Sin embargo, debido al accidente meteorológico de la sombra acústica, ningún sonido de la batalla que se desarrollaba en Perryville

llegó a los oídos de ningún subordinado de Buell. En consecuencia, este no acudió en ayuda de Sheridan; aunque al caer la noche la línea confederada estaba defendida por una sola brigada que se habría dispersado ante un ataque contundente. A la mañana siguiente, cuando Buell posicionó su ejército para un avance general, el terreno estaba vacío. Durante la noche Bragg había decidido aceptar su derrota y alejarse con su ejército.

Perryville fue una batalla sumamente típica de la Guerra de Secesión por la ambigüedad de su desenlace, no obstante el gran número de bajas en ambos bandos. La indeterminación de las batallas es uno de los grandes misterios de esta guerra. En el Este, sobre todo de 1864 en adelante, se debió principalmente al uso de terraplenes fortificados, de los cuales era casi imposible desalojar al enemigo. En el Oeste, por el contrario, sobre todo en los primeros años, los terraplenes fortificados eran menos frecuentes. La explicación, por tanto, parece estar en dos factores independientes entre sí: la falta de medios militares, tales como grandes tropas de caballería o artillería móvil a caballo, que pudieran asestar un golpe pulverizador, y la extraordinaria capacidad de la infantería de ambos bandos para asimilar bajas. Ciertamente las bajas de Perryville fueron altas –4.200 federales y 3.400 confederados –, pero ninguno de los dos bandos parecía debilitado. Un testigo ocular, el comandante J. Montgomery Wright del ejército de Buell, describe el extraño fenómeno de la sombra acústica. Cabalgando como oficial del estado mayor en una misión independiente, “súbitamente doblé por un camino y entonces a unos pocos cientos de metros, irrumpió ante mi vista la batalla de Perryville, y el rugir de la artillería y el continuo golpeteo de la mosquetería llegó por primera vez a mis oídos [...] Fue algo completamente inesperado, y me paralizó de asombro. Fue como arrancar la cortina de delante de un gran cuadro [...] De un salto mi caballo me transportó de la quietud al fragor de la batalla. El recodo de un camino de herradura solitario a través de los bosques me llevó cara a cara ante la lucha sangrienta de miles de hombres”. El comandante Wright fue testigo de los efectos de la lucha sobre un grupo de hombres, lo que sugiere que la batalla estaba teniendo un efecto decisivo sobre ellos: “Vi al joven Forman

con el resto de su compañía del decimoquinto regimiento de Kentucky retirarse para dar paso a los refuerzos, y mientras pasaban en silencio junto a mí parecían tambalearse como hombres que se hubieran enfrentado a una gran tempestad. Forman tenía el estandarte en la mano, y él y varios de los de su pequeño grupo tenían las manos sobre el pecho y los labios separados como si les costase respirar. Se adentraron en un campo y sin pensar en las balas o en la metralla se tendieron sobre la tierra en un evidente estado de agotamiento”.<sup>[1]</sup> Pero a pesar de tales esfuerzos la línea de la Unión no se rompía, ni tampoco la de los confederados, igualmente exhaustos. Bragg, reconociendo que se hallaba en desventaja numérica, decidió a toda prisa replegarse durante la noche del 8 de octubre y se retiró hasta Knoxville y Chattanooga, abandonando por completo su invasión de Kentucky. La prensa sureña, y varios de los generales, hervían de disgusto; Bragg fue convocado a Richmond para rendir cuentas por su fracaso, pero Bragg tenía un amigo en Jefferson Davis, quien aceptó sus explicaciones y le permitió continuar al mando.

La renuncia de Bragg a sus planes en Kentucky fue la culminación de un fracaso general de los confederados en el frente central del Oeste. Justo antes de Perryville, los generales Price y Van Dorn habían sido derrotados por el general Rosecrans en Corinth, en Mississippi. Luego tuvo lugar otra derrota confederada en la vecina Iuka. Grant, quien desde lejos se mantenía involucrado en la campaña, había esperado atrapar a los confederados en Corinth o en Iuka y estaba decepcionado por no haberlo logrado. Culpaba a Rosecrans por un movimiento de las tropas que él consideraba dilatorio, aunque la recurrencia de la sombra acústica pudo haber jugado un papel. No obstante, por las razones que fueran, los confederados habían fracasado en sus esfuerzos por revertir el equilibrio de fuerzas en Kentucky y en Tennessee, en la que sería la última ofensiva no forzada de la Confederación al oeste de los Apalaches. Al ir amainando los combates, Grant reunió sus fuerzas para reanudar su campaña contra Vicksburg. Los ciudadanos de Cincinnati y Louisville volvieron a la tranquilidad, tras unas semanas bastante perturbadoras. Aunque en Richmond no se dieron cuenta, el fracaso en el Oeste fue un serio revés para la Confederación, pues reducía su rango de opciones estratégicas al

trillado sendero de perpetuar los temores de la Unión a un ataque contra Washington, o a amagos contra Pensilvania y Maryland, escenarios en los que el Norte disfrutaba de ventajas permanentes. La incursión en Kentucky y las amenazas contra Tennessee fueron los únicos movimientos imaginativos realizados por la Confederación durante toda la guerra; al fracasar estos y no volver a repetirse, los observadores objetivos estimaron que ahora el Sur solo podía esperar la derrota. Puede que tardara en llegar, pero desde el final de 1862 era inevitable.

Y había observadores objetivos. Dos de ellos eran Karl Marx y Friedrich Engels, por entonces exiliados en Inglaterra, donde en marzo de 1862 redactaron un análisis de extraordinaria clarividencia sobre el desarrollo de la Guerra de Secesión. Su interés en esta guerra no era político. Como revolucionarios, no esperaban nada de Estados Unidos. Era simplemente que, como hombres con un interés profesional por la guerra, no podían evitar estudiar los acontecimientos militares y hacer pronósticos basados en sus lecciones. Marx concluyó que, tras la captura del fuerte Donelson, Grant, a quien había llegado a admirar, había logrado un triunfo crucial sobre Secesia, como llamaba él a la Confederación. El motivo por el cual pensaba esto era que Marx consideraba a Tennessee y Kentucky como territorios vitales para la Confederación. De perderse estos, la cohesión de los estados rebeldes sería destruida. Para demostrar este punto, preguntaba: “¿Existe un centro de gravedad militar cuya captura rompería el espinazo de la resistencia de la Confederación, o es esta, como lo era todavía Rusia en 1812 [cuando la invasión napoleónica], inconquistable sin, en una palabra, ocupar cada aldea y cada parcela a lo largo de toda su periferia?”.

Su respuesta era que Georgia era este centro de gravedad. “Georgia”, escribió, “es la llave de Secesia”. “Con la pérdida de Georgia, la Confederación quedaría dividida en dos secciones que habrían perdido toda conexión entre sí”. Para lograr este resultado no sería necesario conquistar la totalidad de Georgia, sino solo los ferrocarriles que atravesaban el estado.

Marx había previsto, con asombrosa perspicacia, exactamente cómo se libraría la etapa decisiva de la Guerra de Secesión. Expresó cáusticamente

su desdén por el Plan Anaconda, y también minimizó la importancia de tomar Richmond. En este punto su previsión era errónea. El bloqueo, un elemento fundamental de la estrategia Anaconda, fue crucial para derrotar a la Confederación, como lo fue también la caída de Richmond, que provocó el fin de la guerra. Pero en casi todos los demás aspectos, el análisis de Marx resultó extrañamente preciso, testimonio de su sombrío interés por el uso de la violencia para fines políticos. Este análisis fue publicado en alemán, en Viena, en la revista *Die Presse*. Puede que en Estados Unidos no tuvieran noticia de él.<sup>[2]</sup>

Marx, que tenía un ojo excelente para la geografía estratégica, no discutió la importancia de Tennessee y Kentucky como puntos débiles en las defensas de la Unión. Materialista como era, estaba convencido de que la enorme superioridad del poder industrial y financiero del Norte garantizaría su victoria. Sin embargo, no tuvo suficientemente en cuenta la necesidad de luchar por ese resultado ni cuán implacable sería esta lucha.

---

<sup>1</sup> R. U. Johnson y C. C. Buel, *Battles and Leaders of the Civil War*, Nueva York, 1884-1888, vol. 3, p. 68.

---

<sup>2</sup> James M. McPherson, ob. cit., p. 550.

## X

### LA GUERRA DE LEE EN EL ESTE Y LA GUERRA DE GRANT EN EL OESTE

*L*a segunda mitad de 1862 inauguró una transformación de la guerra; súbitamente esta se tornó más seria, intensa y encarnizada de lo que había sido el año anterior. Dicha transformación tuvo que ver con un cambio en el personal. McClellan, cuya carrera estaba a punto de agotarse, no solo carecía de instinto asesino, defecto que lo inhabilitaba para los dos cargos que Lincoln le había dado, jefe del Ejército del Potomac y general en jefe. Peor aún: McClellan tenía de hecho una concepción de la guerra, al menos de la Guerra de Secesión, contraria a los golpes contundentes. Para él, como para muchos otros norteamericanos, los efectos de la división eran casi tan dolorosos como la propia división. Deploraba los odios que la guerra había fomentado y procuraba pelear evitando intensificarlos; o sea, sin confiscar las propiedades del enemigo, sin vivir de la tierra, y ciertamente sin emancipar a los esclavos. Aunque Lincoln, por no tener a nadie más, volvió a emplear a McClellan tras su retirada de Richmond después de las batallas de los Siete Días, ya para entonces este había perdido la confianza del presidente, y un fracaso más en su jefatura conllevaría su destitución para siempre. Lincoln había perdido hasta tal punto la fe en McClellan que, después de su retirada hacia Harrison's Landing, dividió las tropas de la Unión en el norte de Virginia para conformar dos ejércitos, dejando, de mala gana, a McClellan a cargo del Ejército del Potomac, pero combinando las fuerzas de Virginia Occidental con los cuerpos del Ejército del Potomac que estaban a las órdenes de McDowell, para crear el Ejército de Virginia bajo el mando de John Pope. Pope, a diferencia de McClellan era radical en sus opiniones y consideraba que la guerra podía ganarse más rápidamente haciendo padecer a la población sureña. No

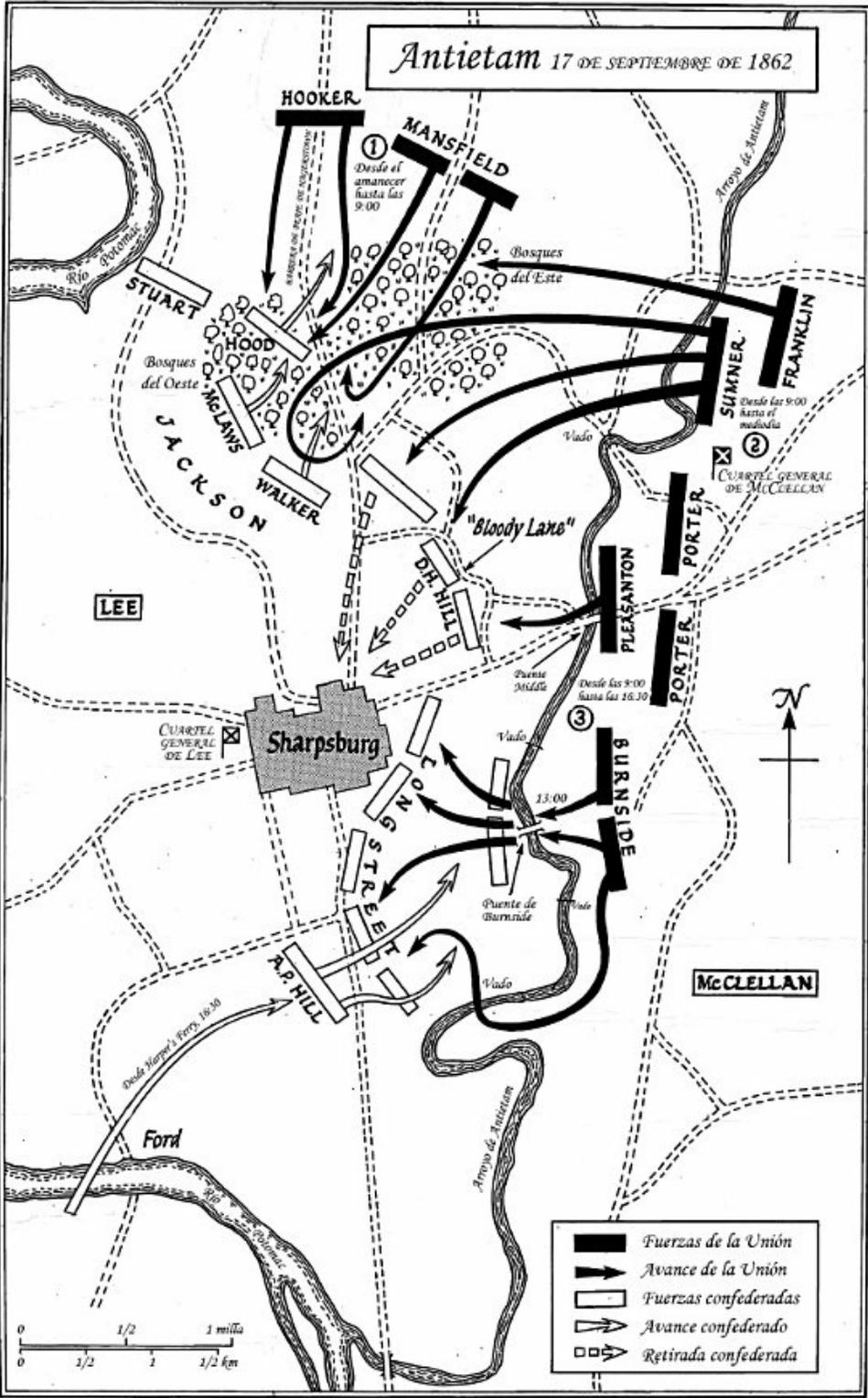
tuvo oportunidad de ver si sus rudos métodos surtían efecto, pues mientras Halleck, el general en jefe que fue designado para sustituir a McClellan en julio de 1862, traía de vuelta el ejército de este de la península de Virginia, Lee vislumbró la oportunidad de invadir el Norte y tal vez infligir alguna derrota, mientras los dos grandes ejércitos de la Unión, los de Virginia y el Potomac, estaban desconectados uno del otro. La línea de partida de Lee fue el Rappahannock. Las bien curtidas tropas de Jackson estaban cerca de allí y asestaron el primer golpe, infligiendo un duro revés a Pope en el monte Cedar, en la cordillera Blue Ridge. La batalla del monte Cedar, aunque comparativamente pequeña, fue significativa por cuanto requirió que Jackson demostrara sus facultades como vencedor de combates, así como durante la campaña en el valle había desplegado su astucia estratégica. Estas facultades no comparecieron. Su viejo adversario del valle, Nathaniel Banks, comandaba el ejército de la Unión, al que Jackson sobrepasaba en número, pero con su determinación a no admitir la derrota y la combatividad de sus soldados, Banks privó a Jackson de una victoria en el monte Cedar y le dejó tan solo el consuelo de ocupar el campo al final de la batalla, que costó a ambos bandos cerca de trescientos muertos, aunque el número de desaparecidos de la Unión sobrepasaba al de los confederados.

En una campaña que, de haber sido correctamente dirigida por la Unión, debió haber concluido con la captura del ejército de Lee entre las dos grandes fuerzas de la Unión, ahora Lee vislumbraba una oportunidad de aplastar a Pope. En la práctica Pope, con hábiles maniobras, eludió los esfuerzos de Lee por atraparlo entre el Rapidan y el Rappahannock, y creyó que ahora podía sorprender a Jackson en desventaja. Su decisión se basaba en la suposición de que Jackson, quien se hallaba maniobrando para cooperar con Lee, estaba retirándose hacia el Shenandoah. No era así. En realidad, retomando su técnica de la caballería de a pie – recorriendo cincuenta y ocho kilómetros en cincuenta y cuatro horas –, iba camino de colocarse en la retaguardia de Pope. El sitio que decidió ocupar no podía haber sido más peligroso para Pope. Era en Manassas Junction donde Pope había establecido su base de suministros. La marcha

relámpago proporcionó a los soldados de Jackson comida en abundancia y también artículos de primera necesidad, en tanto que su posición amenazaba, como era la intención de Lee, con cortar la línea de retirada hacia Washington de Pope. De hecho, la ocupación de Manassas Junction por Jackson obligó a Pope a librar una repetición de la primera batalla de la guerra. La segunda Manassas, o la segunda batalla de Bull Run, fue un combate mucho más feroz que el primero, lo que evidenciaba cuánto habían aprendido ambos bandos a lo largo de trece meses de enfrentamientos. Jackson, esperando hallar a Pope en desventaja, lanzó a sus hombres desde los bosques contra los de Pope cuando recibió de Lee la noticia de que Longstreet se acercaba, con una tropa numerosa, desde el valle. La correlación de fuerzas debió haber garantizado una demoledora victoria confederada, de no haber sido por las virtudes combativas de las tropas de la Unión. Estas incluían cuatro regimientos del Medio Oeste, uno de los cuales, el segundo de Wisconsin, había peleado en la primera batalla de Bull Run. Estos regimientos, que formaban la llamada Brigada de las Gorras Negras, por vestir el uniforme del ejército regular de antes de la guerra, combatieron con tal determinación que consiguieron rechazar todos los intentos de la Brigada de Stonewall por romper la línea de la Unión, y de este modo lograron, al final del día, anular las esperanzas de Lee de infligir una derrota aplastante. Una vez más Jackson mostró su imperfecta capacidad de liderazgo al calor del combate. La culminación de sus esfuerzos fue un intento por envolver el flanco derecho de Pope mediante un rodeo hacia Chantilly, al este de Manassas, lo que provocó una pequeña y confusa batalla, también llamada Ox Hill. Jackson no consiguió rodear a Pope, quien mantuvo abierta su línea de comunicación con Washington. Los confederados fracasaron principalmente porque para entonces ya había una cantidad abrumadora de tropas de la Unión en el viejo campo de batalla y sus alrededores, incluyendo al grueso del Ejército del Potomac de McClellan. Su superioridad numérica era tal que la segunda batalla de Bull Run debió haber sido una clara victoria de la Unión. Que no lo fuera fue culpa de McClellan. Este sentía antipatía por Pope y, en un raptó de mezquindad que perjudicó gravemente a la Unión, se negó a ir en su ayuda.

La segunda batalla de Bull Run se convirtió, por tanto, en una derrota de la Unión, aunque ambos bandos sufrieron bajas igualmente numerosas: 1.724 soldados de la Unión muertos y 1.481 confederados. Después de esta batalla, Lincoln relevó a Pope del mando y combinó su Ejército de Virginia con el Ejército del Potomac, y trajo este hasta Washington para garantizar su defensa, que seguía siendo prioritaria para él. El fracaso de la Unión en la segunda batalla de Bull Run alentó a Lee a adoptar una nueva estrategia. En lugar de utilizar todas sus fuerzas para defender el territorio de Virginia, Lee cambió completamente el ritmo del conflicto invadiendo el territorio del enemigo y llevando la guerra hasta él, una estrategia que continuó durante los diez meses siguientes. Hasta entonces Lee no había dado señales de poseer ningún impulso ofensivo o la capacidad de liderar con éxito maniobras de ataque. De hecho, había adquirido una desagradable reputación de estar siempre a la defensiva y de no querer correr riesgos. La razón de este cambio de ritmo era simple. Esta ofensiva incrementaba la presión de la guerra en Virginia, su estado natal, y ponía los recursos naturales del Norte a disposición de un ejército invasor. Estratégicamente, alteró el equilibrio de la guerra, arrebatando la iniciativa al Norte y amenazándolo con el fantasma de la derrota en su propio territorio. Semejante cambio también reavivó las esperanzas de los civiles del Sur y de los partidarios de la Confederación en Europa. El objetivo del reconocimiento diplomático siempre sobrevolaba los planes de guerra del Sur.

# Antietam 17 DE SEPTIEMBRE DE 1862



Lee cruzó el Potomac, al noroeste de Washington, entre el 4 y el 6 de septiembre de 1862, y penetró en Maryland hasta Frederick, donde Barbara Fritchie desafió a los invasores, tal como cuenta el famoso poema de John Greenleaf Whittier: “Ella les dijo: ‘Disparad, si queréis, contra estas canas, / mas no contra la bandera de vuestro país’”. Allí dividió unilateralmente su ejército en tres partes, enviando a Jackson a Harpers Ferry; Longstreet a Hagerstown, en el alto Potomac; quedándose solo con las formaciones de D. H. Hill y J. E. B. Stuart. Un extraño episodio puso en peligro su estrategia. Los planes de Lee, redactados en una orden especial, la N° 191, que detallaba los distintos movimientos de su ejército, fueron encontrados por un soldado de la Unión envueltos en tres cigarros en un campamento abandonado de la Confederación. El papel fue llevado ante el asistente general de McClellan, quien conocía al hombre que lo había escrito y por tanto pudo autenticar la caligrafía. Incluso el timorato McClellan se convenció de que se hallaba ante un extraordinario golpe de suerte. La noticia le llegó el 13 de septiembre y lo decidió a emplazar su ejército tras el monte South, cerca del pueblo de Sharpsburg. Como era característico en él, McClellan se demoró en dar la orden de avanzar durante la noche y siguió proclamando, como de costumbre, que se hallaba en inferioridad numérica, aunque las órdenes capturadas revelaban exactamente lo contrario. Lee, aunque amenazado por el despliegue de McClellan, concentró sus tropas; informado por una brecha en la seguridad del cuartel general de la Unión de que la Orden Especial N° 191 había caído en manos enemigas, se mantuvo firme y colocó sus veinticinco mil hombres, frente a los ochenta mil de la Unión, a lo largo de un afluente del Potomac llamado Antietam, el cual daría nombre a la siguiente batalla en los anales norteamericanos; el Sur la conocería como Sharpsburg. Ambos nombres conservarían un eco aterrador durante muchos años; de hecho, aún hoy lo tienen. Pues el 17 de septiembre de 1862 tuvo lugar, no solo la batalla más sangrienta de la Guerra de Secesión, sino la más sangrienta de cualquier guerra pasada o futura de Estados Unidos, más sangrienta que el 6 de junio de 1944, durante el desembarco en la playa de Omaha el Día D, o que el 19 de febrero de 1945, cuando el desembarco en Iwo Jima. La razón de la mortandad de

Antietam fue la naturaleza del campo de batalla: un espacio constreñido de solo 5,2 kilómetros cuadrados entre dos ríos, el Potomac y su afluente el Antietam. El interior de este diminuto campo de batalla se veía aún más reducido por la existencia de varios campos de tiro, como el que dio en llamarse Cornfield [Maizal], y la carretera hundida que llamarían Bloody Lane [Camino Sangriento]. En este laberinto Lee y McClellan fueron introduciendo sus tropas a medida que estas arribaban. Las de Lee estaban llegando desde Harpers Ferry; así pues, aquella masa total de 120.000 hombres se vio obligada a causarse el mayor estrago posible. En Dunker Church, una pequeña casa de oración, y en el puente de Rohrbach sobre el arroyo Antietam, más tarde llamado Puente de Burnside por los repetidos intentos de aquel general por tomarlo, las tropas de la Unión combatieron contra los confederados una y otra vez, casi rompiendo la línea de Lee pero sin llegar nunca a lograrlo, debido a que McClellan se negó a emplear todas las tropas de que disponía. Durante el transcurso de aquel horrendo día, el número de muertos y heridos fue en ascenso. El total final fueron 12.400 bajas de la Unión, y 10.300 de la Confederación. Ciertas unidades tuvieron pérdidas elevadísimas. El primero de Texas perdió el ochenta por ciento de sus fuerzas entre muertos y heridos. De los 250 hombres del sexto de Georgia, solo 24 sobrevivieron ilesos. El coronel David Thompson del noveno de Nueva York anotó un fenómeno peculiar que presencié durante la batalla: en determinado momento vio “el singular efecto mencionado, me parece, en la biografía de Goethe, en una ocasión parecida: todo el paisaje se volvió por un instante ligeramente rojo”.<sup>[1]</sup> El hijo de Lee, que peleó en el Ejército del Norte de Virginia durante la batalla de Antietam, recordó el siguiente suceso:

Cuando yo estaba en el Ejército del Norte de Virginia, ocasionalmente veía al comandante en jefe, sobre la marcha, o pasaba lo bastante cerca de su cuartel general para reconocerlo a él y a los miembros de su estado mayor, pero como soldado raso del cuerpo de Jackson no tenía mucho tiempo, durante aquella campaña, para visitarlo, y hasta la batalla de Sharpsburg no tuve oportunidad de hablar con él. En aquella ocasión nuestra batería había quedado muy

maltrecha, perdiendo muchos hombres y caballos. Como teníamos tres cañones inutilizados, se nos ordenó retirarnos, y mientras nos replegábamos pasamos junto al general Lee y varios oficiales de su estado mayor, agrupados sobre un montículo cerca del camino. Como no teníamos órdenes específicas, nuestro capitán, al ver allí al general, nos hizo detenernos y cabalgó hasta ellos para recibir instrucciones. Algunos otros y yo mismo fuimos con él para ver y escuchar. El general Lee había desmontado, y se hallaba rodeado por parte de su estado mayor, mientras un mensajero sostenía las riendas de su caballo. El capitán Poague, quien comandaba nuestra batería, la Artillería de Rockbridge, saludó, informó de nuestra situación y solicitó instrucciones. El General, escuchándolo pacientemente nos miró –sus ojos pasaron por mí sin dar muestras de haberme reconocido– y luego ordenó al capitán Poague que tomara los caballos y hombres que estuvieran en mejores condiciones, que se hiciera cargo del cañón sano, que enviara a reparar las piezas de artillería inutilizadas, y que regresara al frente. Cuando Poague se volvió para irse, yo me acerqué a hablar con mi padre. Cuando se dio cuenta de quién era yo, me felicitó por encontrarme sano e ileso. Entonces le dije: “General, ¿va usted a enviarnos al combate otra vez?” “Sí, hijo”, respondió, con una sonrisa; “todos vosotros tenéis que hacer lo posible para ayudar a repeler a esta gente”.<sup>[2]</sup>

La noche después de la batalla, Lee retiró a sus supervivientes hasta el otro lado del Potomac. Era el comienzo de su retirada de Maryland. McClellan, por tanto, podía proclamar, como en efecto hizo, que había obtenido una victoria. Pero Lincoln no estaba muy convencido. Como McClellan no acababa de salir en persecución de la retirada de Lee, Lincoln se fue impacientando con su fracaso y el 7 de noviembre lo destituyó. Aquello no fue el final de McClellan. En las elecciones presidenciales de 1864 se postularía, sin éxito, como candidato demócrata contra Lincoln. Pero sí fue el fin de su carrera militar. Su partida no melló en absoluto su autoestima, más bien reafirmó su convencimiento de estar rodeado de tontos de capirote. Las señales de impaciencia de Lincoln ante

su inactividad se hicieron cada vez más obvias. Cuando Lincoln le señaló que podía introducir tropas entre Lee y Richmond, McClellan ignoró sus sugerencias. El general arguyó que su ejército no podía marchar sin botas ni comida, por más que, como Lincoln le respondiera, los hombres de Lee sí podían. Finalmente Lincoln perdió la paciencia. Fueron tanto su intransigencia como su incompetencia las que provocaron que lo sustituyera por Burnside. Burnside era un general combativo y un hombre valiente, pero carecía del talento de McClellan, que, no obstante sus muchos fracasos, era considerable. McClellan además había inspirado a los soldados de la Unión, quienes creían fervientemente en su liderazgo sin tener en cuenta los reveses a los que los había conducido. La partida de McClellan fue ostensible y genuinamente lamentada por las tropas. Ningún otro general se ganó como él el respeto y el afecto del ejército hasta la llegada de Grant del Oeste en 1864.

Antietam provocó otra profunda transformación, además del reemplazo de McClellan. La batalla también alteró para siempre la atmósfera moral de la guerra, al proporcionar a Lincoln la oportunidad de proclamar la emancipación a gran escala de la población esclava del Sur, una medida largamente anhelada por el presidente y por millones de sus compatriotas. Lincoln ya había redactado personalmente un proyecto de ley de emancipación y había instado a la emancipación en los estados fronterizos, aunque sin éxito. Los blancos de los estados fronterizos temían que los negros emancipados se portaran mal; también temían que el otorgamiento de la libertad en sus estados atrajera a masas de esclavos de las plantaciones buscando la libertad en aquel suelo. El temor a una migración de esclavos hacia el norte fue lo que hizo que muchos nortños altruistas se opusieran a la emancipación aunque apoyaran la guerra. Lincoln había tenido que anular la prematura proclamación de liberación de Frémont en el Departamento del Oeste a causa del peligro de que esta inclinase en su contra la opinión pública en los estados fronterizos. Ahora Antietam le ofrecía la oportunidad de iniciar las reformas prometidas en sus grandes discursos de 1858 –“este gobierno no puede tolerar permanentemente una esclavitud a medias y una libertad a medias”–, pero que durante los primeros años de su administración habían quedado

sin cumplir. En el proyecto de proclamación de la emancipación que leyó ante su gabinete el 22 de julio de 1862, había implorado a los estados esclavistas que liberaran a sus siervos en previsión de la amenaza de que estos quedarían libres por decreto presidencial en los estados aún rebeldes el 1 de enero de 1863. William Seward, secretario de estado, había convencido a Lincoln de posponer el lanzamiento de aquella proclama hasta que se produjera una coyuntura más propicia en el desarrollo de la guerra, por entonces desfavorable a la Unión tras la debacle de las batallas de los Siete Días. El 22 de septiembre, cinco días después de Antietam, Lincoln decidió que había llegado el momento. Por razones no militares sino políticas, decidió aceptar el juicio de McClellan de que la batalla había sido una victoria, aunque solo fuese porque había provocado la retirada de Lee de Maryland, y así pues anunció que el 1 de enero de 1863 todos los esclavos en los territorios de los estados aún rebeldes serían legalmente libres. La Proclamación de la Emancipación transformó la atmósfera moral de la guerra. De allí en adelante la guerra tuvo que ver con la esclavitud, un tema que cristalizaba actitudes. Los abolicionistas se habían salido con la suya. Los nortños moderados conocieron por fin cuál era la postura de la Unión. Ahora los sureños podían pensar que la Unión se oponía a los derechos de los estados con el fin de abolir la esclavitud, empobreciendo así a los hacendados sureños y socavando las bases del orden civil de la Confederación.

La batalla de Antietam tuvo un efecto adicional. Como Lincoln decidió que había sido una victoria, las potencias europeas la aceptaron como tal y la posibilidad de otorgar su reconocimiento diplomático al Sur se desvaneció. La mejor oportunidad del sur de obtener este reconocimiento había sido durante la gran escasez de algodón de 1861 y 1862, cuando un embargo impuesto por los productores y los intermediarios sobre las ventas a Europa detuvo la producción textil de muchas zonas de Gran Bretaña y Francia. El embargo finalmente fracasó debido a que se adoptaron fuentes alternativas de suministro y a que en Europa existían grandes reservas acumuladas durante un periodo de sobreproducción en 1859 y 1860. Al margen de disputas y agitaciones puntuales, como el incidente del *Trent*, el peligro que constituía para el Norte la posibilidad

del reconocimiento diplomático europeo de la Confederación desapareció después de Antietam. El reconocimiento de la beligerancia del Sur por parte de Gran Bretaña en mayo de 1863, que comportaba el derecho a efectuar operaciones en el mar pero no equivalía a un reconocimiento diplomático, palió en cierta medida la sensación de injusticia del Sur, y aunque no dañaba los intereses norteamericanos, sí causó gran indignación en el Congreso de Estados Unidos.

La sustitución de McClellan no mejoró inmediatamente la suerte del Ejército del Potomac. Burnside no tardó en poner en peligro su nuevo cargo. Su plan era trasladar el ejército hacia el sur desde las cercanías de Sharpsburg hasta las de Fredericksburg, sobre el río Rappahannock, desde donde pensaba iniciar un avance contra Richmond. Para tener éxito necesitaba moverse rápidamente, para lo cual tenía que cruzar por sorpresa el río Rappahannock. Esta maniobra requería de pontones, y estos hubo que traerlos de unos almacenes controlados por el general Halleck en Washington. Ya fuera porque Burnside no se supo explicar o porque Halleck no lo entendió, se perdió tiempo en conseguir los pontones y en llevar a cabo el cruce. El ejército de Lee tuvo tiempo de sobra para prepararse para impedir aquella operación. El tendido de los puentes en Fredericksburg se efectuó bajo el fuego enemigo. Y los ingenieros de la Unión sufrieron muchas bajas. Sin embargo, el 13 de diciembre ya el Ejército del Potomac había logrado cruzar y estaba posicionado en la ribera sur, frente a una cadena de elevaciones ocupadas por el Ejército del Norte de Virginia. El plan de Burnside era que los hombres de Joseph Hooker y Edwin Sumner liquidaran las defensas confederadas, mientras que los de William Franklin hacían un amago contra la posición de Stonewall Jackson en el terreno elevado ubicado al sur de la ciudad. De tener éxito, el avance debía transformarse en un ataque a fondo, barriendo el frente sureño de derecha a izquierda. La dificultad de este plan estribaba en que había demasiado terreno elevado en la orilla sur del Rappahannock y en que las tropas confederadas lo controlaban. También dominaban, con artillería, el terreno bajo por el que las tropas de la Unión tendrían que atravesar para batirse con los defensores, quienes se hallaban resguardados por barreras naturales y

artificiales.

Tan pronto apareció la infantería de la Unión, los confederados abrieron un fuego graneado y preciso desde una carretera hundida, protegida por un muro de piedra que se extendía a lo largo del terreno elevado de los cerros de Marye, por detrás de Fredericksburg. La batalla comenzó en la mañana del 13 de diciembre y, a medida que se fue disipando la niebla, las bajas norteñas, que el comandante de la artillería confederada había alardeado de que serían cuantiosas, comenzaron a incrementarse rápidamente. Los confederados tenían todas las ventajas –una posición dominante, protección contra el contrafuego– y, por tanto, podían abatir a los atacantes con facilidad y sin peligro para ellos mismos. Durante aquella breve tarde de diciembre, bajo un frío glacial intensificado por chubascos de nieve, doce brigadas de la Unión entraron en combate y hacia el final del día 12.700 hombres resultaron muertos o heridos. Si han de hacerse comparaciones, Fredericksburg no se asemeja en su horror a casi ninguna otra batalla de la Guerra de Secesión, sino que se anticipa a las peores de la Primera Guerra Mundial. En ella se dieron las mismas atroces condiciones climáticas, la misma falta de protección, la misma demora y dificultad para recoger y evacuar a los heridos. Durante varias horas el fuego enemigo inmovilizó a los atacantes de la Unión contra el suelo congelado; muchos de ellos recibían heridas nuevas tan solo por mover algún miembro entumecido. Fredericksburg, para las fuerzas de la Unión, fue un Antietam unilateral, donde sufrieron un número similar de bajas sin ninguna posibilidad de responder.

También la frecuencia y el acortamiento de los intervalos entre las batallas libradas en el escenario del Este durante 1862, anticiparon el carácter de la Primera Guerra Mundial. La segunda batalla de Bull Run, Antietam y Fredericksburg tuvieron lugar en el periodo entre el 29 de agosto y el 13 de diciembre. Todas ellas fueron batallas grandes, que arrojaron un gran número de bajas –un número excepcionalmente elevado en el caso de Antietam y Fredericksburg–, y consumieron enormes cantidades de municiones y otros recursos. Batallas como esas no podían librarse sin grandes reservas de hombres y equipamiento, como tampoco hubieran sido posibles las sucesivas etapas de las batallas del

Somme o Verdún. Y al igual que el Somme y Verdún, la segunda batalla de Bull Run, Antietam y Fredericksburg desgastaron a los ejércitos. Ya en la Navidad de 1862, el Ejército del Potomac estaba maltrecho y exhausto por los estragos del combate, por el rigor de la vida en campaña y en el frente, y por las exorbitantes bajas. El Ejército del Norte de Virginia lo estaba aún más, debido a la relativa escasez de recursos humanos del Sur. Lincoln, aunque estaba decidido a mantener en jaque a la Confederación, se alarmó cuando oyó que Burnside pretendía dar media vuelta con su ejército y volver a cruzar el Rappahannock ante las fuerzas de Lee; el presidente temía con razón otra catástrofe. Burnside admitió ante Lincoln su total responsabilidad por la derrota y anunció su intención de confesarla públicamente. No obstante, todavía ambicionaba llevar a cabo otra incursión. Dos de sus subordinados, el general John Newton y el general de brigada John Cochrane, estaban tan preocupados por aquella disposición suya que fueron a ver a Lincoln. Negando que fuese su intención la destitución de Burnside, advirtieron no obstante que su plan debía ser prohibido.

Esta fue una crisis en el alto mando con la que Lincoln tuvo que lidiar personalmente, por más que él prefiriese dejar que sus generales tomaran sus propias decisiones. El 1 de enero de 1863, Lincoln convocó una reunión en la Casa Blanca. Esta tomó un cariz sumamente insatisfactorio. Burnside pidió la renuncia de Halleck y Stanton, pero también declaró que el ejército había perdido la confianza en él y pidió ser relevado. Dos días de infructuosos debates concluyeron con el regreso de Burnside a Rappahannock, decidido a cruzarlo, pero pidiendo la aprobación de Halleck. Este se la negó categóricamente. Burnside cruzó de todos modos e intentó un avance que hubo de ser interrumpido a causa del estado pegajoso de los caminos. Se la llamó *Mud March* [la Marcha del Fango], y desanimó profundamente al ejército, provocando severas críticas entre los subordinados de Burnside. Consternado por lo que él percibía como deslealtad, Burnside amenazó con destituir a varios de ellos. Incluso llegó a hablar descontroladamente de ahorcar a Joseph Hooker, uno de sus comandantes de cuerpo. No tenía poder legal para hacer ninguna de estas cosas. La noticia de la turbación de Burnside llegó a oídos de Lincoln,

quien, en el transcurso de los días que siguieron, decidió que había que relevarlo del mando y los sustituyó por Hooker, quien tenía fama de buen combatiente. El 25 de enero, el cambio estaba hecho, aunque Lincoln, quien admiraba las cualidades personales de Burnside, se negó a permitirle que renunciara a su grado de oficial. Probablemente Lincoln reconoció que Burnside se hallaba al borde de una crisis nerviosa. Las pérdidas de Fredericksburg habían afectado profundamente al general, como afectaría a varios generales de la Primera Guerra Mundial el holocausto de las trincheras durante la ofensiva del Frente Occidental. Esto era un fenómeno nuevo. Durante las guerras de las monarquías absolutas, los comandantes, aunque presidieran terribles matanzas, no parecían afectados por ello, tal vez debido a su largo aprendizaje y a la distancia social que separaba a los soldados de sus líderes. La empatía con el soldado común era un fruto de la democracia estadounidense y del carácter populista de la Guerra de Secesión. No era en modo alguno una emoción universal. Lee, hombre de gran humanidad, jamás estuvo cerca de desmoronarse, ni aun cuando se hallaba próxima la destrucción de sus ejércitos. Grant, quien dirigió algunas de las batallas más sangrientas de la guerra, fue capaz de aceptar sus víctimas, tal vez porque había generado una filosofía de guerra en la que la celebración de sus glorias no jugaba ningún papel. Burnside, un hombre modesto, incluso humilde, no buscaba labrar su reputación a expensas de las vidas de sus soldados, pese a su desastroso desempeño en Fredericksburg. Al parecer, el espectáculo de la matanza a gran escala, que no había conocido antes de 1861 por haberse incorporado tarde a la Guerra de México, resultó demasiado para él.

Al inicio del año 1863 la Confederación seguía teniendo la iniciativa en el Este. Aunque Lee ya no estaba en territorio de la Unión, y a pesar de que el Ejército del Potomac había sido reforzado hasta alcanzar los 133.000 soldados, su punto más alto hasta ese momento, la debacle de Fredericksburg y las incertidumbres provocadas por la confusión en el alto mando habían despojado a la Unión del predominio moral. Lee había demostrado que era capaz de invadir y de pelear exitosamente en el suelo de la Unión. Su ocupación de posiciones avanzadas en el norte de Virginia

indicaba que volvería a intentar invadir, y muchos en el Norte sospechaban con razón que los confederados tal vez podrían ganar. Fue un Año Nuevo lleno de incertidumbre en Washington y las ciudades del Este.

Las noticias de Mississippi y del Oeste no eran muy consoladoras. La esperanza de 1862, la de que toda la extensión del Mississippi desde Nueva Orleans hasta Memphis se abriera al tráfico de la Unión, no se había cumplido. El ejército de Grant continuaba infructuosamente buscando pelea a las puertas de Vicksburg, mientras en Tennessee la situación se había revertido de modo favorable a los confederados. La pasión por la discordia que se apoderó de Estados Unidos en 1861 no se redujo a las regiones más pobladas de las trece colonias. También cobró fuerza en los nuevos territorios ganados por la expansión hacia el Oeste, en zonas que apenas habían conocido la esclavitud, lo que viene a demostrar que la secesión era tanto un interés económico como un estado mental. Durante el verano y el otoño de 1861 estallaron algunos enfrentamientos, a menudo intensos y sangrientos, en Kentucky y Missouri, llegando incluso hasta Arkansas en el Oeste. La población de Kentucky era mayoritariamente oriunda de Virginia, de modo que no era de extrañar su tendencia a cerrar filas con el nuevo gobierno de Richmond. Cronológicamente, la primera confrontación de los ejércitos confederados en el Oeste fue en Wilson's Creek, en Missouri, en agosto de 1861, donde Nathaniel Lyon, quien había salvado el estado para la causa de la Unión, murió en combate contra un pequeño ejército comandado por Sterling Price. La siguiente zona en cobrar vida militar fue el este de Tennessee, que era el objetivo principal de la estrategia de Lincoln en el Oeste, puesto que el presidente tenía la ferviente esperanza de salvar del control confederado a los federalistas de Tennessee, más numerosos en el occidente del estado. El comandante local de la Unión no estuvo a la altura de la misión de desalojar a los confederados y fue destituido, junto con su subalterno, William Tecumseh Sherman, en lo que sería tan solo un revés temporal en su carrera. El sucesor fue Don Carlos Buell, quien tenía bajo sus órdenes a George Thomas, la futura Roca de Chickamauga.

En enero de 1862, en Mill Springs (Kentucky), sobre el río Cumberland, Thomas se enfrentó a los cuatro mil hombres del general George Crittenden en la batalla conocida también como Logan's Crossroads. Crittenden trató de atacar, pero Thomas logró frenarlo y luego contraatacó desbandando a los confederados, a los que persiguió desde el campo de batalla. Aunque hubo pocas bajas, Mill Springs fue una genuina victoria de la Unión. Lincoln estaba encantado, pues aquella victoria parecía presagiar que irían en ayuda de su dilecto enclave unionista en el este de Tennessee.

Sin embargo, la segunda parte de Mill Springs no se produjo en Tennessee sino en Missouri, donde, después del revés de la Unión en Wilson's Creek, el general confederado Sterling Price condujo su ejército de once mil hombres en dirección sur, hacia la esquina noroeste de Arkansas, para posicionarse en un sitio llamado Pea Ridge. Allí se puso a las órdenes del general Earl van Dorn, que había traído refuerzos; más tarde Van Dorn alcanzaría renombre como jefe de caballería de la Confederación. Su oponente era el general Samuel Curtis, cuyo Ejército del Missouri se hallaba en desventaja numérica. Curtis comenzó su campaña a la ofensiva, pero se vio obligado a retirarse hasta la meseta Ozark, situada sobre la frontera entre Arkansas y Missouri. Allí, el 7 y 8 de marzo de 1862, libró una encarnizada y costosa batalla, llamada Pea Ridge o bien Elkhorn Tavern, por los dos lugares donde se concentró la acción a lo largo de los dos días que duró la batalla. Las fuerzas de la Unión maniobraron mejor, reordenándose en un momento dado en ángulo de ciento ochenta grados; su artillería tuvo un mejor desempeño, haciendo de Pea Ridge, cosa rara en la Guerra de Secesión, una batalla en la que la artillería jugó un papel decisivo. Van Dorn levantó el campamento en dirección este, hacia el teatro de operaciones que estaba inaugurándose en la región central de Mississippi, al sur de los fuertes Henry y Donelson. Al hacerlo, abandonó Missouri y Arkansas en manos de las fuerzas federales. Curtis, un graduado de West Point, designado por Halleck para comandar el distrito militar del sudoeste de Missouri, tenía alrededor de once mil hombres, a los que grandilocuentemente llamaba el Ejército del Sudoeste. En febrero de 1862, condujo este ejército contra Price en Springfield

(Missouri), a lo largo de una carretera que atravesaba las tierras altas de Ozark, conocida como Wire Road o Telegraph Road. Su victoria en Pea Ridge desató el resto de la campaña en el escenario del Oeste, movilizándolo al ejército de Ulysses S. Grant que libró la batalla de Shiloh. Curtis debió en gran medida su éxito en este distante escenario, donde las marchas eran duras y el entorno accidentado, a los esfuerzos de su oficial de suministros, el capitán Philip Sheridan, un maestro de la logística que se las arregló para garantizarle comida y municiones durante toda la campaña. A lo largo de la misma, Sheridan atrajo la atención de Grant, y a través de esa conexión comenzó su ascenso hacia el alto mando, que culminó con su nombramiento como jefe de la caballería de la Unión en la Campaña Terrestre, el asedio de Petersburg y la rendición de Appomattox.

La victoria unionista en Pea Ridge también desencadenó operaciones aún más al oeste, en Nuevo México, en las que participaron tropas federales de California. Jefferson Davis estaba ansioso por llevar la bandera de la Confederación hasta la costa del Pacífico. La pusilanimidad de la Unión había permitido a los confederados de Texas penetrar en Nuevo México. Canby, el comandante de la Unión, reunió entonces nuevo valor y derrotó a Sibley, su adversario confederado e inventor de las omnipresentes tiendas Sibley, primero en la batalla de Johnson's Ranch (también llamada de Apache Canyon) el 26 de marzo de 1862. La acción se reanudó el 28 de marzo en La Glorieta Pass, desde donde Sibley se retiró por completo hasta su punto de partida en San Antonio (Texas). Las tropas de la Unión estaban compuestas por el primero de infantería de California y un contingente de mineros de oro de Colorado. La contribución de los hombres del lejano oeste dio un carácter típicamente norteamericano a la Guerra de Secesión, aunque también aniquiló los esfuerzos confederados por crear un puesto de avanzada sureño en la costa pacífica.

Sin embargo, a fin de cuentas fueron los confederados los que más éxito tuvieron en las tierras fronterizas en el verano de 1862, éxitos que llevaron al comandante supremo de aquel escenario, Braxton Bragg, a decidirse a invadir Kentucky. Al hacerlo pudo explotar los mayores temores de

Lincoln, pues al presidente no solo le inquietaba vivamente el destino de los federalistas de los estados fronterizos, sino que también abrigaba un intensa aprensión geoestratégica acerca de la seguridad de la “cintura” de la Unión entre el río Ohio y los Grandes Lagos. Puede que esta “cintura” fuese una fantasía geográfica, pero era sumamente real en la mente del Lincoln, quien temía una invasión confederada hacia el norte a través de Kentucky y Ohio en dirección a la orilla sur del lago Erie, tanto como el Sur temía, con más motivos, una bisección de la Confederación a lo largo del valle del Mississippi. El éxito de la Unión en el área de confluencia de los ríos Mississippi, Cumberland y Ohio aquel mismo año parecía haber repelido la amenaza contra la “cintura” de la Unión. Sin embargo, en septiembre y octubre los confederados volvieron a penetrar en esa región, llegando hasta Corinth (Mississippi), cuya captura aquel mismo año había sido la coronación de la campaña de Shiloh.

La campaña en el Oeste en 1862 culminó con el inicio de la ofensiva directa de Grant contra Vicksburg, por más que esta permanecería estancada durante meses a causa de las pésimas condiciones del terreno. Mientras Grant, acosado por los soldados de caballería de Van Dorn y Forrest, se empeñaba en encontrar un camino hacia adelante, Rosecrans –quien había sucedido a Buell al mando del Ejército del Cumberland– intentó ayudarlo agrandando el área controlada por la Unión dentro de Tennessee. El avance de Rosecrans se vio amenazado por Bragg, quien en Murfreesboro –también llamado Stones River– inició una batalla que, en términos de bajas porcentuales de las tropas enfrentadas, fue una de las más costosas de la guerra para ambos bandos. Duró tres días, desde el 31 de diciembre de 1862 hasta el 2 de enero de 1863, y comenzó con los ataques confederados contra las posiciones de la Unión, las cuales fueron sucesivamente desalojadas. Sin embargo, finalmente las líneas federales se reordenaron, dejando a los confederados expuestos al fuego de la artillería agrupada de la Unión, que, como acertadamente predijera el general John C. Breckinridge, subordinado de Bragg, masacró a su infantería cuando esta intentó lanzarse en una carga decisiva para la batalla. Ambos ejércitos se proclamaron victoriosos, pero ambos se retiraron, tras perder cada uno un tercio de sus respectivas fuerzas. Murfreesboro, o Stones River, puso

fin a la campaña en Tennessee durante aquel invierno.

El Oeste era un escenario enorme que empequeñecía al del Este, donde solo ciento sesenta kilómetros separaban a las dos capitales, y las redes de carreteras y ferrocarriles, así como los canales de las marismas, facilitaban la comunicación este-oeste y norte-sur. Desde Memphis hasta Nueva Orleans había 643 kilómetros a lo largo del Mississippi; desde Chattanooga hasta Memphis, casi 482 kilómetros por tierra. Las comunicaciones a campo través eran deficientes, pues los ferrocarriles solían ser de diverso grosor y muchas vías no llegaban a ninguna parte. Para la Unión no había ninguna conexión ferroviaria de larga distancia entre el Este y el valle del Mississippi, salvo la ruta indirecta que llegaba a St. Louis pasando por Cincinnati. Tampoco los ríos eran de gran ayuda, pues se hallaban en la cuenca del Ohio. Los afluentes del Mississippi corrían hacia el oeste en dirección al campo del Sur. Sus vecinos, como el Alabama y el Chattahoochee, no rebasaban los estados que regaban, por lo que no constituían ejes de comunicación. La geografía humana y física del escenario occidental desafiaba todo esfuerzo por organizar la guerra, condenando a los ejércitos que operaban en él a no llevar a cabo más que campañas irregulares e incursiones. Tampoco ofrecía, con excepción del valle del Mississippi, objetivos cuya captura prometiera resultados decisivos. Combatir en el Oeste equivalía a poco más que dedicarse a explorar y a abrir nuevos caminos, en una lucha por encontrar al enemigo y rutas entre los potenciales campos de batalla.

Winfield Scott estuvo en lo cierto al afirmar desde el comienzo mismo de la guerra que la clave del éxito en el vasto territorio al sur del río Ohio era la captura del valle del Mississippi, que ya desde principios de 1863 se había convertido en el principal objetivo de Grant. Pero la geografía del valle frustraba sus esfuerzos. Su captura de los fuertes Henry y Donelson y su dominio de la confluencia del Cumberland, el Ohio y el Tennessee le habían proporcionado, fortuitamente, el control de la cuenca alta del Mississippi. La valiente captura de Nueva Orleans por parte de Farragut había otorgado a la Unión el control de la desembocadura del río en el Golfo de México. Pero todavía a principios de 1863 no se había logrado controlar todo el río, debido a que Vicksburg, y más al sur Port Hudson,

continuaban en manos de la Confederación. Vicksburg era el mayor obstáculo.

---

[1](#) R. U. Johnson y C. C. Buel, ob. cit., p. 662.

---

[2](#) *Ibíd.*, vol.3, p. 682.

## XI

### CHANCELLORSVILLE Y GETTYSBURG

*L*as victorias de la Unión en el valle del Mississippi en la primera mitad de 1863 presagiaban el derrumbe de todas las posiciones confederadas en el Oeste, pero todavía dejaban vulnerable a la Unión en lo que ambos gobiernos consideraban el principal escenario de operaciones, los territorios fronterizos de Virginia, Maryland y Pensilvania. También había amenazas en otras partes, naturalmente, y fracasos: en abril una flota de acorazados de la Unión fue incapaz de derrotar al primero de los fuertes que defendían el puerto de Charleston y sufrió graves daños en el intento. La guerra en Tennessee, cuyo electorado unionista era tan querido por Lincoln, podía tornarse desfavorable, pues los ejércitos de Bragg y Buckner casi superaban en número al de Rosecrans. Y hasta era posible que los ejércitos sudistas supervivientes en Louisiana lograsen recuperar Nueva Orleans.

Sin embargo, la verdadera amenaza para la Unión era la presencia sostenida del Ejército del Norte de Virginia en Fredericksburg, desde cuya posición podía atacar Maryland o Pensilvania, una maniobra que hubiera hecho cundir el pánico entre los residentes de las grandes ciudades norteamericanas, y ciertamente hubiera alarmado mucho a Lincoln y su gobierno. Lee, hombre supremamente seguro de sí mismo, también poseía una gran confianza en sus soldados, a los que creía capaces de derrotar a cualquier ejército norteamericano con que se enfrentaran. Irónicamente, a la luz del desenlace de la venidera campaña, el recién nombrado comandante del Ejército del Potomac, general Joseph Hooker, también creía que podía ganarle a Lee y daba muestras de absoluta confianza en su superioridad y en la de su ejército. Conocido como “Fighting Joe” a raíz de un imprudente titular de un periódico, había sido elegido para suceder a

Burnside después de las atroces bajas sufridas en Fredericksburg bajo las órdenes de este general. En realidad Hooker era un oficial valiente y normalmente capaz. Por desgracia, había decidido desafiar a Lee a un duelo de maniobras, un arte en el que este era ya un maestro y acaso el principal experto en el mundo occidental. El 12 de abril comenzaron aquellos preparativos que caracterizan a todas las grandes batallas: evacuar los hospitales, inspeccionar el armamento, conseguir municiones, herrar los animales, repartir provisiones y, en general, disponer todo lo necesario para un avance.

La primera en movilizarse fue la división de caballería del ejército, que Hooker pretendía enviar contra el ferrocarril que traía suministros a Lee. Sin embargo, aquella operación requería cruzar el Rappahannock, y como las lluvias torrenciales lo habían desbordado, George Stoneman, el comandante de la caballería, no fue capaz de proceder, obligando a Hooker a posponer el avance de su ejército. Este fue el primero de una serie de reveses. Hooker esperaba, interrumpiendo el ferrocarril, sacar por hambre a Lee de Fredericksburg y obligarlo a pelear al descubierto. Como preámbulo a la campaña, dividió su ejército, enviando tres cuerpos al otro lado del Rappahannock hacia el este y los cuatro cuerpos restantes al oeste hacia Chancellorsville, un punto del paisaje marcado por una gran mansión, la Casa Chancellor. Las fuerzas totales de Hooker, incluyendo la caballería, sumaban alrededor de ciento veinticinco mil; las de Lee, menos de sesenta mil más la caballería. Sin embargo, Hooker se hallaba en una posición debilitada, puesto que para dominar los vados del río había dividido su ejército, y de tal manera que el ejército de Lee quedaba entre ambas mitades. Inicialmente Hooker conservó la iniciativa, pues su posición dominaba varias carreteras que conducían hasta la retaguardia de Lee, de modo que podía cortar las comunicaciones de Lee con Richmond en caso de que el Ejército del Potomac avanzase en esa dirección. Pero a mitad de la tarde del 1 de mayo llegaron órdenes de Hooker a sus comandantes de replegar sus cuerpos de ejército hacia Chancellorsville. Sus subordinados protestaron, acordando entre sí que el descampado que ocupaban y el terreno elevado de su retaguardia constituían una posición sumamente favorable para un ataque exitoso. El

fuego por entonces había cesado y Darius Couch corrió hasta la Casa Chancellor para intentar convencer a Hooker de que deberían atacar a los confederados que avanzaban. Inexplicablemente, algo le había ocurrido a Hooker. Todo impulso por sacar partido de su hasta entonces exitosa maniobra se había evaporado. “Todo está bien, Couch”, respondió. “Tengo a Lee justo donde quiero. Tendrá que combatirme en mi propio terreno”. Couch pensó que “librar una batalla defensiva en aquellos matorrales era demasiado.” Salió de allí con la íntima sospecha de que “mi general estaba vencido de antemano”.<sup>[1]</sup>

Los acontecimientos revelaron bien pronto lo acertado de su conclusión. Hooker había sucumbido a su inseguridad, una característica que nunca antes había mostrado, aunque su comportamiento no sorprendió a sus coetáneos de West Point. Esta debilidad estaba a punto de ser aprovechada por Lee y Jackson, a ninguno de los cuales le faltaba seguridad en sí mismo. De hecho, durante los dos días siguientes, el 2 y el 3 de mayo, Lee violó dos reglas inflexibles de la guerra –no dividir un ejército enfrente del enemigo y no desplazar un ejército enfrente de un ejército enemigo en orden de batalla–, y eludiría las consecuencias, principalmente gracias a la imperturbable presencia de ánimo de Jackson. Los dos generales se reunieron durante la noche del 1 de mayo en un bosque a unos dos kilómetros hacia el sudeste de la Casa Chancellor. Jackson se sentó en un tocón, Lee en un cajón de galletas vacío, con una pequeña fogata entre ambos, para discutir la situación y sus perspectivas. La retirada de Hooker había desconcertado a Lee, quien primero pensó que se debía a que el enemigo había reconocido alguna debilidad en su posición. Sin embargo, un reconocimiento personal reveló que las fuerzas federales se hallaban desplegadas en “una posición naturalmente fortificada, rodeada por todas partes por un denso bosque lleno de enredada maleza, en medio del cual habían sido levantados parapetos de troncos”. Esta descripción aludía a la localidad conocida como Wilderness [la Jungla], unas tierras de labranza abandonadas en las que el bosque había vuelto a crecer, formando una de las zonas menos transitables de todo el escenario de Virginia, aunque había sitios análogos en otras regiones. Quiso la mala suerte que los ejércitos hubieran de pelear no una

sino dos veces en aquel fatídico bosque.

Los dos generales al principio dudaron de la posibilidad de combatir exitosamente al enemigo en tales condiciones. Entonces recibieron un informe de J. E. B. Stuart, al mando de la caballería, que los avisó de que el flanco derecho de Hooker se encontraba fuera de la Jungla, no guarecido por los obstáculos naturales, y que era vulnerable a un ataque sorpresa. Lee ordenó a Jackson, quien accedió entusiasmado, que marchara junto con su cuerpo de ejército por un sendero del bosque, internándose unos diecinueve kilómetros en la espesura, para atacar a los federales por la retaguardia. Era una acción peligrosa, tanto en la práctica como en la teoría, puesto que solo cortinas vegetales ocultarían su avance de la vista del enemigo. Jackson, no obstante, partió con gran confianza a las 7:30 de la mañana siguiente. Su retaguardia fue descubierta y atacada por dos divisiones de la Unión comandadas por el general Daniel Sickles, pero Sickles no llegó a comprender la razón de la presencia de Jackson en esa zona. A las cinco de la tarde, al crepúsculo, los hombres de Jackson habían llegado al campamento de los regimientos del undécimo cuerpo de Howard. La mayoría de sus soldados eran alemanes, inmigrantes recientes que habían apilado sus rifles y estaban preparando la cena. En los años que precedieron a las grandes victorias prusianas en Europa de 1864 a 1871, los alemanes no eran vistos como un pueblo militar, ciertamente no en Estados Unidos, donde tenían fama de malos soldados. Estos infortunados estaban a punto de confirmar esta reputación. Lo primero que los inquietó fue una manada de ciervos en estampida, que huían de los hombres de Jackson, seguidos por un tropel de conejos y ardillas. Antes de que pudieran adivinar la causa de aquel sálvese quien pueda de animales, oyeron el alarido enervante de los rebeldes y fueron acosados por las tropas de Jackson. Los rebeldes estaban enardecidos y provocaron un frenético desorden en los regimientos de la Unión, persiguiéndolos hasta la vecina Plank Road, donde otras unidades de la Unión se vieron atrapadas en aquel frenesí. El general Oliver Howard, cuyo cuerpo de ejército fue el que más sufrió, describió con admirable franqueza el efecto del ataque de los rebeldes: “Más rápido de lo que puede contarse, con toda la furia de la granizada más salvaje, todo, todo tipo de organización que se

atravesase en el camino de aquella corriente enloquecida de hombres aterrorizados, tenía que ceder el paso o romperse en fragmentos”.<sup>[2]</sup>

Cabalgando justo detrás de la primera línea confederada venía Stonewall Jackson. Uno de sus subordinados exclamó, mientras las vencidas tropas de la Unión se dispersaban por el bosque: “Corren demasiado aprisa para nosotros. No podemos seguirles el paso”. Jackson gritó en respuesta: “Nunca corren demasiado aprisa para mí. A por ellos. A por ellos”. Las tropas de la Unión comenzaron a oponer resistencia y, mientras su línea de defensa se solidificaba, Jackson, a caballo, se adelantó a sus tropas para hacer un reconocimiento. Cuando él y su grupo regresaban, en medio de la creciente penumbra, fueron divisados por hombres de la división de A. P. Hill, quienes los confundieron con el enemigo. A una distancia de aproximadamente trescientos setenta metros, abrieron fuego. Un sargento y un capitán que cabalgaban con Stonewall cayeron muertos. Entonces un regimiento de tropas de Carolina del Norte disparó otra andanada y el general Jackson fue alcanzado tres veces. Un proyectil se alojó en su mano derecha, otro le atravesó la muñeca izquierda. Un tercero hirió su brazo izquierdo entre el codo y el hombro, destrozando el hueso. Cayó de su caballo y cuando llegaron hasta él estaba sangrando copiosamente. El capitán James Power Smith, un oficial del estado mayor, ayudó al general Hill con los primeros auxilios. Cortaron la manga de Stonewall y apretaron un pañuelo en torno de la herida para detener la sangre. Trajeron un grupo de porteadores de una tropa vecina, con una litera, en la que colocaron al herido y lo cargaron a la altura de los hombros. El fuego de artillería de la Unión hirió a uno de los porteadores de la camilla y Stonewall casi se cae, pero fue sostenido en el último momento. Los porteadores se vieron obligados a ponerse a cubierto y el general fue tendido sobre el camino. Cuando el fuego cesó, el capitán Smith rodeó a Stonewall con sus brazos y lo ayudó a caminar hasta el bosque, donde una vez más los porteadores de la camilla lo llevaron en andas. Otro porteador resultó herido y Jackson cayó a tierra con un grito de dolor, pero lo ayudaron a incorporarse y a volver a la camilla, en la que finalmente llegó hasta un hospital de campaña instalado cerca de la taberna de Wilderness. Allí, cerca de la medianoche, los cirujanos amputaron su brazo izquierdo

cerca del hombro y extrajeron una bala de rifle de su mano derecha.

Sus médicos y camaradas se mostraban optimistas. Ningún órgano vital había sido tocado y se había evitado una grave pérdida de sangre. Recibió un torrente de mensajes de todo el ejército, expresando su fe en que se recuperaría. Sobrevivió durante una semana, asistido por su esposa con su hija recién nacida, pero contrajo una neumonía y quizá también una pleuresía y durante la tarde del domingo, 10 de mayo de 1863, murió. Sus últimas palabras fueron: “Crucemos el río y descansemos a la sombra de los árboles”. Hemingway las adaptó en el título de una de sus novelas de guerra, *Al otro lado del río y entre los árboles*. Lee lamentó eternamente la pérdida de Jackson, y los líderes del Ejército del Norte de Virginia nunca se recuperaron; en palabras de Lee: “El valor, la capacidad y la energía de este hombre grande y bueno” se habían perdido para la Confederación, y no pudieron ser reemplazados.

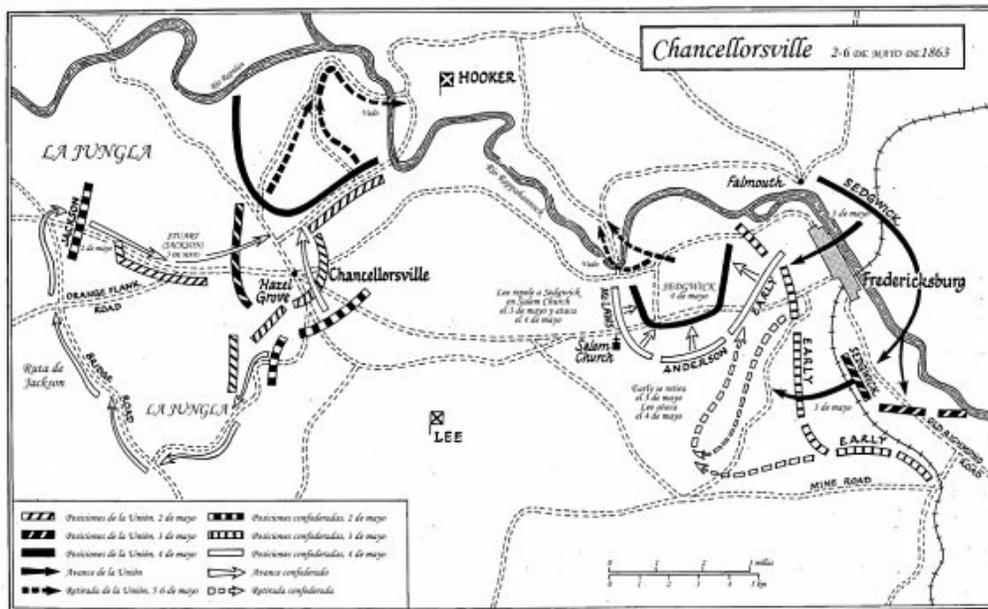
Durante el 3 de mayo, mientras Jackson sucumbía gradualmente a sus heridas, Lee renovó su ataque contra Hooker. Ambos ejércitos estaban ahora divididos, pues Hooker había enviado un cuerpo a las órdenes del general John Sedgwick a capturar Fredericksburg. Lee ordenó a J. E. B. Stuart, quien había asumido el mando del cuerpo de Jackson, que unificara las dos mitades del Ejército del Norte de Virginia. Como el ejército de Hooker superaba en número al de Lee, aquel debería haber conservado la ventaja. Sin embargo, el intrépido ataque de Lee y su propia malinterpretación de la batalla hicieron que Hooker perdiera el valor. Su único objetivo ahora era defender su posición, para lo cual ordenó abandonar un importante emplazamiento en Hazel Grove, a fin de acortar su línea de defensa. Después de ocupar Hazel Grove, los confederados siguieron avanzando hasta otra cumbre llamada Fair View. Las tropas de la Unión obstruyeron su avance y se entabló un intenso combate en los matorrales de la Jungla, que según la descripción del general Howard contenían “robles esmirriados, abetos espesos, cedros y enebros, todos enredados en una maleza densa, casi impenetrable, y entrecruzados de abundantes lianas”. Parecía intransitable, y los escaramuzadores solo podían abrirse paso con extrema dificultad. No obstante, el combate alcanzó una intensidad realmente sangrienta, que duró media hora y

obligó a la Unión a abandonar sus posiciones en Fair View. La artillería confederada estaba ahora lloviendo fuego sobre el campo de batalla, llegando a impactar la Casa Chancellor, donde Hooker había establecido su cuartel general. Un cañonazo alcanzó una de las columnas de la casa, en la que se apoyaba Hooker, la partió en dos y derribó a Hooker, inconsciente, al suelo. Después quedó en un estado de aturdimiento. El 5 de mayo dio órdenes a su ejército de cruzar hacia la orilla norte del Rappahannock. Esto equivalía a admitir la derrota, y ciertamente Hooker había sido derrotado de modo aplastante.

Todo desde un inicio anunciaba un desenlace diferente. Las fuerzas de Hooker duplicaban a las de Lee; varias veces Lee se había mostrado vulnerable dividiendo su ejército frente al enemigo. Hooker, sin embargo, simplemente por falta de valor y por no comprender los movimientos de Lee, había desperdiciado toda ventaja. Incluso justo al final, cuando había anunciado su fracaso replegando su ejército hasta el otro lado del Rappahannock, permitió a Lee alcanzar otra victoria, al dejar que Sedgwick, a quien había enviado a Fredericksburg, combatiera sin refuerzos en Salem Church los días 3 y 4 de mayo. Sedgwick siguió después al resto del ejército en su retirada a través del Rappahannock. El análisis de Hooker de su deplorable actuación revelaba la autojustificación de un débil incompetente. “Mi ejército no fue derrotado. Solo una parte de él había entablado combate. Mi Primer Cuerpo [...] estaba fresco y listo y ansioso por entrar en acción, como lo estaba todo mi ejército. Pero me había convencido completamente de la inutilidad de atacar posiciones fortificadas y estaba decidido a no sacrificar a mis hombres innecesariamente, aunque esto fuese en detrimento de mi reputación como buen combatiente”.<sup>[3]</sup> Esto era insincero. La posición de Chancellorsville no estaba fortificada, salvo por la dificultad de la propia Jungla y por otras defensas y obstáculos improvisados. En cualquier caso, Hooker sacrificó la reputación de que gozaba al negarse a combatir en aquellos momentos y lugares donde pudo haber triunfado. Al igual que McClellan, había desperdiciado todas sus ventajas sin otro motivo que su propia indecisión.

El acobardamiento de Hooker en Chancellorsville alarmó a Lincoln,

quien se pasó las primeras dos semanas de mayo de 1863 intentando insuflarle coraje, cuando no estaba tratando simplemente de discernir lo que el general estaba haciendo y lo que se proponía hacer. Ya el 6 de mayo Lincoln se había enterado por fin de que había tenido lugar una gran batalla, sin “ningún triunfo para nosotros”, y de que el Ejército del Potomac se había retirado hasta la ribera norte del Rappahannock. Sosteniendo el telegrama donde se le comunicaba la noticia, y con el rostro gris a causa de la angustia, caminaba de un lado a otro por la Casa Blanca, repitiendo: “Dios mío, Dios mío. ¿Qué va a decir el país? ¿Qué va a decir el país?”. Aquella misma tarde, consternado, decidió que tenía que ver e interrogar a Hooker, y partió de inmediato. Cuando llegó al cuartel general del Ejército del Potomac, conferenció con los oficiales de alto rango, a los que decepcionó al no referirse en absoluto a la batalla de Chancellorsville. Tampoco les dio ocasión de recomendar la destitución de Hooker, aunque varios de los comandantes de cuerpo la deseaban. No obstante, algunos críticos de Hooker hablaron sobre hacer una visita a Washington para llevar el asunto directamente ante Lincoln, a espaldas de su superior, y sugerir que fuese reemplazado por George Meade, uno de los comandantes de cuerpo. Finalmente desistieron, puesto que Meade se negó a ser propuesto.



Lincoln también entrevistó a Hooker a solas, y en aquella ocasión, según acostumbraba a hacer, entregó al general una carta en la que exponía sus puntos de vista y formulaba las preguntas que necesitaba que él respondiera. Lo que realmente quería saber era lo que Hooker pretendía hacer ahora, puesto que los confederados estaban en una posición claramente dominante en aquel escenario de la guerra. Hooker le envió a Washington una respuesta extrañamente evasiva. Dijo haber conformado un plan, que estaba dispuesto a revelarle si Lincoln lo deseaba. Una semana más tarde, el 13 de mayo, volvió a escribir, anunciando que se proponía atacar cruzando el Rappahannock de inmediato, incluso a pesar de que ahora se hallaba en inferioridad numérica, un lamento familiar de los tiempos de McClellan. Asimismo, a lo McClellan, solicitaba refuerzos. Lincoln pidió reunirse con él en Washington. Abandonando su plan de atacar a Lee, Hooker partió enseguida. A su llegada, el presidente le entregó otra carta, y le dijo que sería muy satisfactorio que Hooker defendiera sus posiciones en Virginia y se limitara a mantener bajo observación a Lee. También le dijo que le estaban llegando expresiones de inconformidad con su conducción de las operaciones por parte de los subordinados inmediatos de Hooker, lo cual era absolutamente cierto.

Algunos generales habían escrito al presidente o lo habían ido a ver a Washington. Atrevidamente, Hooker exigió nombres, que le fueron denegados, y acto seguido conminó al presidente a interrogar a cada general que llegase a Washington.

Hooker debió de haber sentido que las sombras lo cercaban. Había estado involucrado en una campaña de murmuraciones contra su predecesor, Burnside, y sabía cómo se socavaba la confianza. Esta crisis en el alto mando se estaba acrecentando, por otra parte, debido a que ahora Lee había puesto en marcha su plan de llevar la guerra al Norte. Este fue el inicio de lo que se convertiría en la campaña de Gettysburg. Lee había estado en Richmond para convencer a Davis de que solo una espectacular iniciativa podría sacar a la Confederación de aquel marasmo militar, que dejaba al interior del estado rebelde mortalmente amenazado por el ejército de Grant en el valle del Mississippi, donde ahora Vicksburg estaba en peligro de ser tomada, y que además, pese a la sucesión de victorias parciales en el norte de Virginia, no lograba obtener resultados decisivos contra el principal ejército de la Unión. Lee argumentó, y convenció a Davis y al gabinete, y al secretario de guerra Seddon, que la estrategia correcta era atacar en el Norte, a través de Pensilvania, reforzando el Ejército del Norte de Virginia, de ser necesario, con las fuerzas defensivas de las Carolinas. Enumeró un conjunto de desenlaces deseables para aquella línea de acción: aliviaría a Virginia de la tarea de mantener a sus propias tropas y reduciría su exposición a las depredaciones norteamericanas; obligaría al Ejército del Potomac a salir de sus fuertes posiciones a lo largo del Rappahannock hacia terrenos más abiertos en el norte, donde se lo podría combatir en circunstancias favorables; pondría al Norte en estado de alarma amenazando las grandes ciudades atlánticas como Baltimore, Filadelfia, quizá incluso Nueva York y, por supuesto, Washington; y, de obtenerse un desenlace propicio, se reactivaría la posibilidad de un reconocimiento diplomático por parte de las monarquías europeas.

La respuesta fue favorable, y el 3 de junio el segundo cuerpo del Ejército del Norte de Virginia levantó su campamento cerca de Fredericksburg y comenzó su marcha hacia Pensilvania. No quedaba claro para las fuerzas de la Unión hacia dónde se dirigía Lee, en parte porque a raíz de una

reciente reorganización, las disposiciones del Ejército del Norte de Virginia eran desconocidas para sus oponentes. Tras la muerte de Jackson, su segundo cuerpo fue entregado a Richard Ewell y el resto del ejército se reorganizó en un primer y tercer cuerpo bajo las órdenes de los generales James Longstreet y Ambrose P. Hill, cada uno con tres divisiones. La caballería, dirigida por J. E. B. Stuart, consistía en siete brigadas. Esta formación sería la primera en entrar en acción. El plan de avance de Lee no era directamente hacia el norte desde Fredericksburg, sino que implicaba una marcha lateral hasta el valle de Shenandoah y luego un giro hacia el norte, rumbo a Winchester, Harpers Ferry y Harrisburg. La cordillera Blue Ridge en un inicio enmascaró sus movimientos, pero ya el 8 de junio era evidente para la Unión que los confederados estaban utilizando el valle como eje de avance y la caballería nortea se movilizó hacia el oeste para interceptarlos. El 9 de junio, las tropas de caballería de la Unión se toparon con los hombres de Stuart en Brandy Station, sobre el Rappahannock, y comenzó un combate que creció hasta convertirse en el mayor enfrentamiento de caballería de la Guerra Civil. La Unión tomó la iniciativa y en general derrotó a los confederados, para disgusto de Stuart, que estaba acostumbrado a superar a la caballería enemiga. Inusualmente, para la Guerra de Secesión, la caballería peleó realmente como caballería, ensillados y empuñando los sables, y no como infantería desmontada. Alfred Pleasanton, el comandante de la Unión, interrumpió las acciones no bien consideró haber impuesto su superioridad, aunque las bajas de la Unión fueron 866 y las de la Confederación 523.

En la primera etapa de la invasión de Pensilvania por Lee, Lincoln estaba más nervioso por la incapacidad de Hooker para tomar medidas adecuadas y seguras contra el avance confederado que por las acciones del enemigo. Hooker, a mediados de junio, hizo una muy real imitación de McClellan en sus momentos de mayor indecisión. Se hallaba ahora al norte del Rappahannock. Su primera propuesta a Lincoln fue volver a cruzar el Rappahannock y atacar la retaguardia del ejército de Lee en Fredericksburg. El presidente le prohibió hacer esto, aunque negó estar dándole órdenes, y dijo que quería ser guiado por Hooker y por Halleck,

como general en jefe. Esto fue una idea desafortunada. Hooker había desarrollado una animosidad contra Halleck, a quien consideraba su enemigo. Sus diferencias podían haberse zanjado si Hooker hubiera visitado Washington con una disposición de ánimo conciliadora. Pero no lo hizo. Poco después de haber propuesto combatir en Fredericksburg, empeoró las cosas proponiendo abandonar por completo el escenario del norte de Virginia y marchar contra Richmond, dejando a cargo de oponerse a Lee a una fuerza tomada de la guarnición de Washington. De haber tratado deliberadamente de despertar a un tiempo todos los mayores miedos de Lincoln, Hooker no hubiera podido hacerlo mejor. Aquel plan evocó visiones de los inútiles ademanes de McClellan ante la capital confederada, exigiendo refuerzos que solo podían reunirse despojando de sus defensores a la capital de la Unión. Lincoln contestó a Hooker el 10 de junio, a menos de noventa minutos de haber recibido su proposición. Su respuesta fue sucinta y exacta, uno de sus mejores juicios estratégicos en el transcurso de la guerra: “Creo que es el ejército de Lee, y no Richmond, vuestro verdadero objetivo. Si este se acerca a la cuenca alta del Potomac, caed sobre su flanco, y por la ruta más corta, acortando vuestras líneas mientras él alarga las suyas [...] Si se queda donde está, acóselo y acóselo”.<sup>[4]</sup>

Lee no se quedó donde estaba. Su ejército se hallaba ahora furiosamente en marcha, destrozando el valle de Shenandoah y amenazando las guarniciones federales de Winchester y Martinsburg, al noroeste de Washington, aunque no lo bastante cerca para amenazar la capital. Todavía. Ahora Lincoln urgía a Hooker a atacar, cosa que él por fin estaba en disposición de hacer, pues había puesto en marcha su ejército por la “ruta más corta” que Lincoln había identificado. Su trayectoria lo acercó a Washington y acortó el tiempo de transmisión de los mensajes, que ahora volaban de un lado para otro. Imprudentemente, Hooker telegrafió a Lincoln quejándose de que no gozaba de la confianza de Halleck. Estaba preparando el terreno para transferir la culpa de cualquier fracaso a sus superiores. Lincoln se le adelantó escribiéndole instrucciones que lo colocaban explícitamente bajo las órdenes de Halleck en el campo y no solo a efectos administrativos. “Para eliminar todo malentendido”,

escribió, “ahora lo coloco a usted en estricta relación militar con el general Halleck, la de un comandante de uno de los ejércitos con el General en Jefe de todos los ejércitos. Nunca fue otra mi intención; pero como esto parece haber sido interpretado de otro modo, le indicaré a él que dé las órdenes, y a usted que las obedezca”.<sup>[5]</sup>

Esta carta no mejoró la situación. Halleck no estaba ejerciendo de principal estrategia de la Unión, sino Lincoln. Por otra parte, por mucho que se hubiese desarrollado su pensamiento militar, Lincoln no podía dirigir directamente operaciones frente al enemigo. Solo Hooker estaba en posición de hacerlo, aunque cada vez manifestaba menos capacidad para ello. Con la esperanza de aliviar su mente, que a todas luces ahora estaba oprimida por toda clase de temores, Lincoln escribió a Hooker una carta personal, instándolo a hacer las paces con Halleck y a atacar la extendida línea de comunicaciones de Lee, la cual estaba ahora en posición de poder dominar. La situación no mejoró. Hooker fue a Washington, se reunió con Lincoln y con Halleck, y obedeció a Lincoln al menos hasta el punto de trasladar tropas para proteger Harpers Ferry, ahora bajo amenaza inminente. Pero persistió en no entablar combate con Lee, limitándose a seguir una ruta paralela a la de los confederados, a cierta distancia hacia el este. Lincoln, no obstante, cobró aliento tras su reunión con Hooker y comentó a Gideon Welles, secretario de la marina: “No podemos sino vencerlos, si tenemos al hombre. Cuánto depende en asuntos militares de quien planea y organiza. Puede que Hooker cometa el mismo error de McClellan y pierda su oportunidad. Pronto lo veremos, pero me parece que no puede sino ganar”.<sup>[6]</sup> Este fue el último soplo de sus vanas esperanzas en Hooker, quien casi inmediatamente repitió las muestras de timidez de McClellan durante la Campaña Peninsular. Ahora se había persuadido a sí mismo de que lo superaban en número y de que no podía hacer nada a menos que recibiera refuerzos. Reiteró su demanda de tropas de la guarnición de Washington, el punto más débil de Lincoln. Al recibir una negativa, pidió permiso para abandonar Harpers Ferry, un sitio de verdadera importancia estratégica, para poder transferir sus defensores a su ejército en campaña. Al recibir otra negativa –de Halleck– pidió ser relevado del mando. En su respuesta a Halleck alegaba haber recibido

demasiadas misiones, defender Washington y Harpers Ferry y enfrentarse a un ejército enemigo más fuerte. Su valor lo había abandonado completa y definitivamente. Esto quedó claro en los telegramas escritos el 26 y 27 de junio. El 27 de junio Lincoln dijo al gabinete que relevaba a Hooker de su cargo. En su lugar nombró a George Meade, comandante del quinto cuerpo del Ejército del Potomac.

Meade era un respetado oficial con una experiencia de mando considerable, aunque de mando subordinado. Jamás había dirigido un ejército en campaña. Fue elegido por eliminación. Ninguno de los demás comandantes de cuerpo lo igualaba en experiencia o capacidad, aunque el general John Reynolds, al frente del primer cuerpo, fue tenido en cuenta como reemplazo, y propuesto por el propio Meade. Las circunstancias del nombramiento de Meade fueron inadecuadamente jocosas. El mayor James Hardie, de la oficina del asistente general, quien se apresuró a ir desde Washington para llevar la noticia, encontró a Meade dormido en su lecho de campaña, y comenzó por informarle de que sería relevado del mando de sus tropas. Meade respondió defensivamente que ya se lo esperaba. Entonces Hardie le respondió que debía asumir el mando de todo el ejército, a lo que Meade objetó que no estaba cualificado para ello. Hardie le dijo que el gobierno no aceptaría una negativa. Meade por tanto se sometió, aunque alegó que no sabía dónde estaban ubicadas las distintas formaciones del ejército. Su actitud era absolutamente sincera. Aunque algo cascarrabias y propenso a los arranques de mal genio con sus subordinados, era un hombre modesto en lo personal y, como demostrarían los hechos, de admirable firmeza de carácter.

La fecha de su nombramiento fue el 28 de junio. Federales y confederados habían estado maniobrando en Pensilvania durante la mayor parte del mes. Los mejores informes de la Unión situaban a Longstreet, comandante del primer cuerpo confederado, en Chambersburg; a A. P. Hill, comandante del segundo cuerpo, entre Chambersburg y Cashtown; y a Ewell, con el tercer cuerpo, en Carlisle, amenazando Harrisburg, la capital del estado. Stuart, con la caballería, estaba bordeando las posiciones de la Unión más allá de Centreville, adentrándose en Maryland. El ejército de la Unión estaba desplegado

entre el Potomac y Frederick y el este del monte South. Meade decidió enseguida posicionar el ejército de modo que impidiese a Lee cruzar el río Susquehanna, que divide Pensilvania de este a oeste. Hardie había traído órdenes, redactadas por Halleck pero concebidas por Lincoln, que le recordaban que debía cubrir tanto Washington como Baltimore, pero que debía entablar combate con el enemigo, aunque no establecían nada que limitara su libertad de acción. Meade, quien poseía una agudeza estratégica considerable, llegó a la siguiente conclusión acerca de sus instrucciones y las de Lee. Lee tenía que atacar, puesto que se hallaba invadiendo un territorio enemigo; si se retiraba sin presentar combate, esto constituiría un gran desprestigio. Lee había dispersado sus tropas; las de Meade estaban relativamente concentradas. Si Meade las concentraba aún más, Lee estaría obligado a atacarlo. Meade decidió que su mejor plan era asumir una fuerte posición defensiva y esperar el ataque de Lee. Un análisis del mapa sugería que Pipe Creek, justo al sur de la línea del estado de Pensilvania, era un lugar adecuado para presentar batalla.

La noticia del avance de las fuerzas de Meade alarmó a Lee, quien comenzó a reunir a toda prisa sus tropas dispersas. Las concentró primero en Cashtown, entre Chambersburg y Gettysburg, pero cuando le avisaron de que algunas tropas de la Unión se hallaban en Gettysburg, trasladó hacia allí su punto de concentración. Otra razón para hacer esto fue que sus exploradores le informaron de que en Gettysburg encontraría un suministro de zapatos, algo de lo que siempre andaban cortos los confederados. El 30 de junio fue enviada una partida de exploradores, y esta descubrió que el pueblo y sus alrededores estaban llenos de tropas de caballería de la Unión. Un segundo reconocimiento, el 1 de julio, desencadenó el inicio de una importante batalla.

Gettysburg era el centro de un terreno propicio para operaciones defensivas. El pueblo, situado al norte de una extensión de terreno despejado y ondulado, con escasos grupos de árboles, era un sitio acomodado y próspero, con algunas casas de ladrillos así como los grandes y sólidos edificios de la Universidad de Gettysburg, un seminario luterano, ambos con cúpulas que los oficiales del Norte y del Sur utilizaron sucesivamente como puntos de observación. Al sur del pueblo

el terreno formaba dos cadenas de cerros, llamadas Seminary Ridge hacia el oeste y Cemetery Ridge hacia el este. El extremo norte de Cemetery Ridge conducía hasta dos pequeñas colinas: Cemetery Hill y Culp's Hill. Hacia el sur la cadena culminaba en las alturas de Little Round Top y Round Top. Enfrente de las Round Tops el terreno era accidentado y estaba lleno de pedruscos, con campos y cercas que constituirían los escenarios de las matanzas de Devil's Den [la Guarida del Diablo], Wheatfield [el Trigal] y Peach Orchard [el Melocotonal].

A las ocho de la mañana del 1 de julio, la caballería de la Unión, dos brigadas en total, tropezó con el avance de la infantería confederada. Los soldados de la caballería unionista defendieron enérgicamente el pueblo, con la ventaja de estar armados con carabinas de retrocarga. Aproximadamente a las diez, la infantería de la Unión comenzó a llegar en su ayuda, comandada por el general John Reynolds. Poco después de su llegada, este envió un informe a Meade donde le advertía que el enemigo estaba avanzando en gran número y que temía que ocupara el terreno elevado antes que ellos: "Lo combatiré pulgada a pulgada", prometió, "y si me veo obligado a entrar en el pueblo, levantaré barricadas en las calles y lo contendré tanto como pueda". Poco después de entregar esta nota a un mensajero, una bala lo alcanzó en la cabeza y cayó muerto.

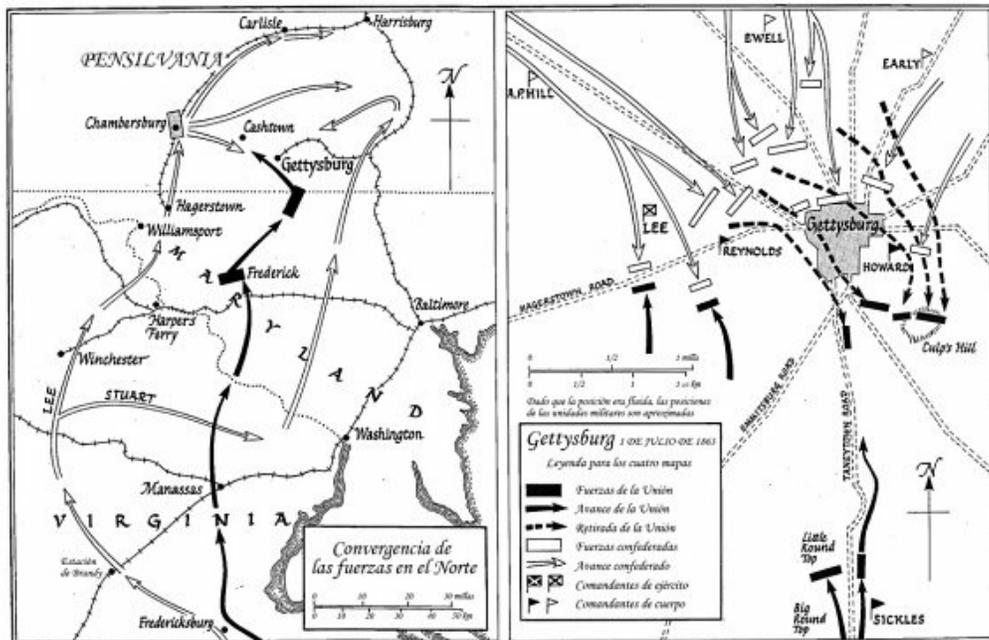
Aproximadamente en aquel momento el general Lee llegaba al campo de batalla. Su primer comentario al inspeccionar la escena, que evidenciaba que había un combate delante de Gettysburg, con unidades confederadas arremolinadas en torno a McPherson's Ridge, situada delante de Seminary Ridge, fue que él no pretendía librar una batalla campal aquel día. Sin embargo, la situación era en extremo voluble, y casi mientras decía esto, la línea de la Unión que se extendía hasta el otro lado de las carreteras de Carlisle y Harrisburg que conducían hasta el pueblo desde el norte, cedió, y los fugitivos huyeron en tropel hacia el sur rumbo a Cemetery Hill. La fuerza unionista que estaba en McPherson's Ridge y Seminary Ridge fue rápidamente ahuyentada; entonces Lee cambió de actitud, y decidió que había que combatir lo que fuese necesario para ganar todo el terreno decisivo posible mientras durara el día. Los prisioneros capturados revelaron que la llegada de Meade, con el grueso

del ejército unionista, era inminente. Lee por tanto dio órdenes de “presionar” a las unidades de la Unión hacia el sudoeste con el objetivo de capturar Cemetery Hill antes de que pudiera ser fortificada con trincheras. Ordenó al general Ewell, al frente del segundo cuerpo confederado, que tomara Cemetery Hill. Los hombres de Ewell, ocho mil de los cuales habían caído desde aquella mañana, estaban demasiado desorganizados para llevar a cabo aquella acción, y Ewell, que cabalgaba al frente de su tropa en movimiento, fue alcanzado por un disparo. La bala le dio en la pierna que había perdido en la segunda batalla de Manassas, y Ewell le comentó al jinete que tenía al lado: “No duele nada que te disparen en tu pata de palo”.

El general Meade se hallaba de vuelta en Taneytown cuando le llegó la noticia de Reynolds. Envió a su mejor comandante de cuerpo, Winfield S. Hancock, al lugar. Hancock se reunió con Howard, el sucesor de Reynolds, y le dijo que había sido enviado para asumir el mando de los tres cuerpos desplegados en Gettysburg. Howard objetó que tenía mayor rango. Hancock dijo que él tenía unas órdenes escritas en el bolsillo, y que apoyaría cualquier orden que Howard diera, pero señaló que Meade le había encargado a él que las confirmase. Pasando la vista por el terreno que iba desde el pueblo de Gettysburg hasta los Round Tops al sur, concluyó: “Creo que esta es, por su naturaleza, la posición más fuerte que jamás haya visto para librar un combate, y, si usted la aprueba, yo la elijo como campo de batalla”.

Se suponía que Ewell, según la intención de Lee, iba a tomar Cemetery Ridge. No lo hizo, sino que cabalgó de un lado a otro reuniendo a sus unidades dispersas. Entretanto, los hombres de la Unión cavaban para mejorar sus posiciones, lo cual hicieron durante la noche. En la mañana de aquel 2 de julio, el segundo día de la batalla, ambos bandos ocuparon posiciones paralelas en Seminary Ridge y Cemetery Ridge, separadas por un valle poco profundo de alrededor de un kilómetro de ancho. Todas las tropas se hallaban en sus posiciones, los confederados sumaban cerca de 64.000, los de la Unión unos 99.000, aunque ambas fuerzas se encontraban muy disminuidas por los miles de bajas sufridas el día anterior. Aquel 2 de julio Lee se proponía atacar el flanco izquierdo de la

Unión y luego desalojar al resto del ejército del terreno elevado. El general James Longstreet, el hombre más experimentado con que contaba Lee, y a quien este le encomendó la misión, no se mostró nada entusiasmado. Él prefería, como le había dicho a Lee la tarde del 1 de julio, retirarse, llevar el ejército hacia el sur, y librar una batalla defensiva en alguna otra parte de la campiña pensilvana. Ahora le reiteraba su propuesta. Lee no quiso ni escucharla, pese a la razonable objeción de Longstreet de que si la Unión aguardaba ser atacada, era porque así lo deseaba, y con ello aludía al sabio axioma militar de que un general no debería hacer aquello que el enemigo desea.



Lee insistió: “Allí están ellos en sus posiciones, y yo voy a derrotarlos, o ellos me derrotarán a mí”. [7] Longstreet contuvo su lengua pero no dio muestras de urgencia en ejecutar las órdenes de Lee. No fue sino hasta las cuatro de la tarde del 2 de julio que sus unidades se movilizaron. Por otra parte, cuando se pusieron en movimiento no fue hacia el nordeste, como quería Lee, subiendo por Emmitsburg Road, a fin de llegar hasta la línea

de la Unión desde el sur, sino en dirección este rumbo a las Round Tops y Devil's Den. Pronto los confederados se vieron inmersos en un frenético combate entre grandes rocas glaciales en Devil's Den y entre las espigas de trigo en Wheatfield. John Bell Hood, uno de los comandantes de división del cuerpo de Longstreet, fue una de las primeras víctimas, al ser herido en un brazo, pero aquella baja no disminuyó la ferocidad del ataque confederado.

Cuando la refriega en Devil's Den alcanzó su clímax, el decimoquinto regimiento de Alabama pasó junto a los combatientes en dirección sur, camino de Little Round Top, a través de la más elevada Round Top. El ingeniero jefe de Meade, el general Gouverneur K. Warren, había detectado el peligro justo a tiempo. De ser tomada Little Round Top, los confederados podrían colocar artillería en doble hilera y hacer llover fuego sobre la línea de la Unión. Contando con solo unos minutos, envió al 20° de Maine a reunirse con el equipo de señales de la Unión en la cumbre para resistir el avance confederado. El 20° de Maine estaba comandado por uno de los más sobresalientes oficiales de regimiento del Ejército de la Unión, el coronel Joshua Chamberlain, quien en tiempo de paz enseñaba retórica y lenguas extranjeras en la Universidad de Bowdoin. Cuando las autoridades de su universidad le negaron el permiso para unirse al ejército, él pidió excedencia académica y se incorporó de todos modos. En Little Round Top, con 386 hombres, dirigió acciones, bajo el denodado fuego enemigo, que salvaron al flanco izquierdo de la Unión y probablemente a todo el ejército de Meade de la derrota. Sus dos hermanos eran oficiales en su regimiento. Enviando a uno de ellos adelante a que buscara un sitio donde recoger a los heridos, y al otro hacia la retaguardia para mantener cerradas las filas, llegó a la cima de Little Round Top cuando ya aparecía el decimoquinto de Alabama. Desplegó a su compañía B en ángulo con la línea del regimiento, para proteger el flanco, y entonces ordenó un fuego sostenido. Muy rápidamente el 20° sufrió 125 bajas del total de 386 hombres, y comenzó a quedarse sin municiones. Entonces Chamberlain ordenó a los que continuaban en pie calar bayonetas, y dirigió una carga que desalojó al enemigo de la colina y capturó trescientos prisioneros.

El éxito en Little Round Top y el anterior triunfo en Devil's Den y Wheatfield tuvo el efecto de mellar la ofensiva confederada, dirigida a hacer colapsar la línea de la Unión. Gran parte del mérito corresponde al general Daniel Sickles, quien, desobedeciendo órdenes, había traído su tercer cuerpo desde Cemetery Ridge para ocupar el saliente formado por Peach-Orchard y Wheatfield, profundizando así la línea de la Unión justamente en el punto en que Lee planeaba quebrantarla, resultó una desobediencia inspirada, puesto que frustró un peligrosísimo golpe del enemigo. Otro pequeño regimiento, el primero de Minnesota, de tan solo 262 hombres, inclinó aquí la balanza a favor de la Unión, perdiendo 216 soldados entre muertos y heridos al cargar al contraataque en respuesta al asalto confederado. El primero de Minnesota había participado en todas las batallas importantes libradas hasta entonces en el Este, lo que acaso explica la efectividad de su acción. Hacia las siete y media de la noche las unidades de la Unión habían conseguido a duras penas defender el extremo norte de su línea en Cemetery Hill, pero la necesidad de mover unidades de un lado a otro había debilitado tanto su línea que Meade temía que esta no podría resistir el día siguiente. Como los confederados habían hecho su primer intento en el extremo norte del frente de la Unión y el segundo en el extremo sur, Meade esperaba que por la mañana la zona de peligro estuviera en el centro. Le dijo al general John Gibbon, quien estaba al mando de la división que defendía exactamente el área central: "Gibbon, si Lee ataca mañana, será en tu frente". Lee no tenía otra opción que atacar; si interrumpía ahora el combate, habría admitido la derrota y se arriesgaba a sufrir graves pérdidas al retirarse del campo. Meade, no obstante, tenía sus propios temores en relación con proseguir el combate, y durante la noche convocó a un consejo de guerra para conocer la opinión de sus comandantes de cuerpo y de algunos de los de división.

Dieciocho años después de la batalla, entre los papeles del general Meade apareció un acta de esta discusión. Se habían formulado tres preguntas: 1. ¿Quedarse y pelear, o retirarse a una posición más próxima a la base de suministros del ejército? 2. En caso de quedarse, ¿atacar o esperar a ser atacados? 3. En caso de esperar, ¿cuánto tiempo? Se anotaron nueve

respuestas. Había consenso en cuanto a quedarse, aunque algunos de los generales querían “corregir” o “rectificar” el despliegue del ejército. Gibbon, quien sabía que el ataque confederado se concentraría probablemente contra su posición, deseaba “corregir la posición del ejército, pero no retirarnos”, y pensaba que la Unión “no estaba en condiciones de atacar”, sino que debía esperar “hasta que [Lee] se mueva”. Slocum, quien dirigía el duodécimo cuerpo, fue el más sucinto y resolutivo. Su respuesta fue simplemente: “Quedarse y pelear hasta el fin”. Meade anunció: “Esa es pues la decisión”. El acta recoge también las fuerzas restantes del Ejército del Potomac, después de dos días de combate. Los cuerpos tenían 9.000, 12.500, 9.000, 6.000, 8.500, 6.000 y 7.000 hombres respectivamente, un total de 58.000. Los confederados también habían sufrido, pero conservaban su cohesión y espíritu ofensivo.

La mañana del 3 de julio era cálida y húmeda. El tiroteo en el extremo norte de la línea comenzó temprano. Las tropas de la Unión estaban atacando para retomar las trincheras que habían caído en manos del enemigo durante el primer día. En el resto del campo de batalla se oían solo tiroteos esporádicos, aunque había mucho movimiento, pues los comandantes de ambos bandos estaban reordenando sus fuerzas. Lee pasó la mañana cabalgando a lo largo de la cima de Seminary Ridge, observando la línea de la Unión que tenía enfrente. Había decidido que la división de Pickett del primer cuerpo de Longstreet liderara el ataque, comenzando al abrigo de los bosques de Seminary Ridge y luego atravesando los campos despejados y desprotegidos del valle hasta subir por la ladera de Cemetery Ridge. La mayoría de los hombres de Pickett eran virginianos; en las brigadas designadas para reforzar su división había alabamianos y tejanos. Los hombres de Pickett estaban completamente frescos, pues venían de custodiar el tren de carromatos del ejército durante los días que precedieron a la batalla. Longstreet persistió en su reticencia a atacar. Cabalgando con Lee en las últimas horas antes de la batalla, volvió a sugerir cambiar el frente de ataque contra el ala izquierda de los federales. “No”, respondió Lee, “voy a acometerlos allí donde están, en Cemetery Hill. Quiero que tú y la división de Pickett realicéis el ataque”. Él los reforzaría con seis brigadas

de las divisiones de Heth y Pender (a las órdenes de Pettigrew y Trimble, respectivamente) del tercer cuerpo. Longstreet, ante la probable irritación de Lee, sostuvo su objeción. “Eso me dejara con quince mil hombres. Yo, si me permite, he sido soldado, desde abajo hasta mi cargo actual. He participado en todo tipo de refriegas, desde las de dos o tres soldados hasta las de todo un cuerpo de ejército, y creo poder decir con certeza que jamás hubo un cuerpo de quince mil hombres que pudiera llevar a cabo con éxito un ataque así”. “El general”, comentaría Longstreet, “pareció un tanto impaciente con mis observaciones, por lo que no dije nada más. Como él no daba muestras de cambiar su plan, fui de inmediato a ocuparme de organizar mis tropas para el ataque”.

Longstreet dispuso las baterías artilleras de su ejército de modo que silenciaran a las de la Unión (había aproximadamente cuarenta baterías, o ciento sesenta cañones, en cada bando para cubrir el avance de la infantería). También ordenó que no se hiciera ningún disparo o movimiento hasta oír la señal de un doble cañonazo. Permaneció con los nervios crispados durante todo el periodo de espera. La señal fue disparada a la una y siete minutos, y el cañoneo subsiguiente se prolongó durante dos horas. Los confederados dispararon contra las posiciones de las baterías de la Unión. El comandante artillero de la Unión, el general Henry Hunt, ordenó a sus baterías reducir el fuego hacia el final del bombardeo, a fin de dar la impresión de que se estaban quedando sin municiones. El estruendo y el humo fueron algo tremendo durante aquel duelo de artillería, el cual causó menos daño de lo que parecía, pues gran parte del fuego confederado pasaba demasiado alto. Las andanadas de la Unión tampoco causaban mucho daño, dado que la infantería confederada permanecía a cubierto tras la hilera de árboles que había a lo largo de la cima de Seminary Ridge. Finalmente, cuando el fuego de la Unión mermó, Pickett cabalgó hasta Longstreet para pedirle permiso para avanzar. Longstreet, según su propio testimonio posterior, no pudo decir nada, “por miedo a revelar mi falta de confianza”. Simplemente asintió.

Aquel asentimiento se tradujo en una orden de lanzarse a cruzar los 1.280 metros de valle que separaba ambos cerros. El teniente coronel Edmund Rice del decimonoveno de Massachusetts se hallaba cerca del

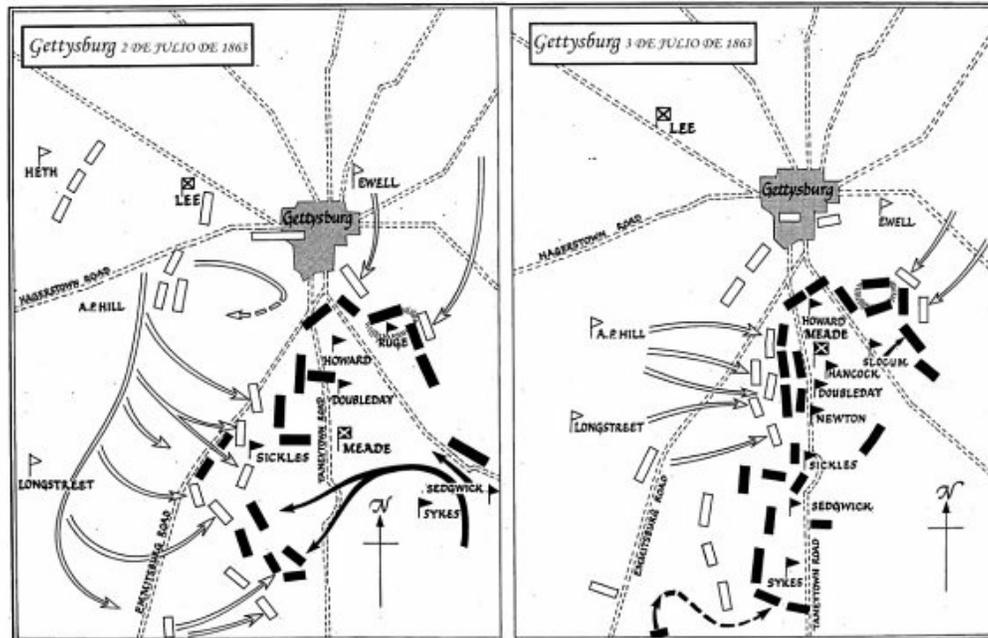
grupo de árboles en Cemetery Ridge que Pickett había escogido como blanco de su ataque. Cuando aparecieron las largas líneas de la infantería confederada, una tras otra, y un tercer cuerpo de tropas en columnas de batallón en la tercera fila, Rice oyó gritar a los hombres de la Unión: “¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! ¡Ahí viene la infantería!”.

Avanzaban con “paso sereno y vivaz”, con una línea de escaramuzadores delante. Intercambiaron disparos con los escaramuzadores de la Unión, quienes rápidamente alcanzaron la cerca de Emmitsburg Road que se extendía a lo largo de la base de Cemetery Ridge. El coronel Rice tenía

una vista excelente del campo de batalla [...] y podía ver toda la formación de la columna atacante, las distintas líneas de las brigadas de Pickett [su división estaba formada por tres brigadas] perdieron su alineación al cruzar Emmitsburg Road, llevando con ellos su hilera de escaramuzadores. Avanzaron hacia la cima y se combinaron hasta formar un nutrido frente de avance, con varias filas de profundidad. Al cruzar la carretera, la infantería de Webb, a la derecha de los árboles, inició un tiroteo irregular, vacilante, que aumentó gradualmente [...] mientras la metralla y los botes de las baterías abrían grandes huecos en aquellos espléndidos batallones de Virginia.

Los hombres de nuestra brigada aguardaban, con los mosquetes listos. Podían oírse claramente las órdenes de los oficiales cuando gritaban: “¡Calma, soldados, calma! ¡No disparéis!” y no se disparó ni un tiro contra la línea enemiga que avanzaba, y que ahora se acercaba irremisiblemente. La apretada línea de confederados desapareció por un momento de nuestra vista en una hondonada del suelo. Un instante después pareció como si hubieran surgido de la tierra, y tan cerca que se veía claramente la expresión de sus caras. Entonces nuestros hombres supieron que había llegado el momento, y no pudieron esperar más. Apuntando bajo, dispararon una andanada mortalmente densa sobre la masa móvil frente a ellos. Nada humano podía resistirla. Aturdidos por la tormenta de plomo, la línea atacante vaciló [...] y toda aquella parte de la división de Pickett que se hallaba en la zona de la terrible y cercana descarga de mosquetería pareció

derretirse y dispersarse en el humo de la pólvora de ambos bandos. En esta coyuntura, alguien detrás de mí dio esta rápida e impaciente orden: “¡Adelante, soldados! ¡Adelante! Es vuestra oportunidad”.



Me volví y vi que era el general Hancock, quien estaba adelantando a la izquierda del regimiento. Detuvo su caballo y señaló hacia el grupo de árboles que teníamos a nuestra derecha y al frente. Deduje que aquello era una orden de que corriésemos hacia los árboles, para impedir que el enemigo penetrase [...] Con un hurra los dos regimientos abandonaron su posición [...] y realizaron un impetuoso avance, corriendo en diagonal hacia el macizo de árboles [...] Muchos de los hombres de Webb continuaban tendidos en sus puestos en filas, y disparaban contra los que venían detrás de la carga de Pickett, que, entre tanto, había pasado sobre ellos.

Un estandarte tras otro, apoyados por la infantería de Pickett, fueron apareciendo a lo largo de la linde de los árboles, hasta que

todo el bosquecillo parecía literalmente atestado de hombres.

La descripción de Rice se torna la de una batalla larga y confusa, con tropas azules y grises entremezclándose a corta distancia, hombres cayendo en rápidos intervalos, y nadie al mando de la situación.

Este fue uno de esos momentos del combate que pueden medirse en segundos. Los hombres que estaban cerca parecían disparar muy lentamente. Los que estaban detrás, aunque venían a la carrera, parecía que arrastraban los pies. Muchos disparaban en los intervalos de los que tenían enfrente en la desesperación por herir al enemigo. Este modo de disparar [...] a veces recae en los amigos y no en los enemigos. Un sargento recibió junto a mí una bala en la nuca por uno de estos disparos [...] La arboleda estaba repleta de hombres de Pickett, en todas las posiciones, tendidos o arrodillados, había otros con las manos en alto, en actitud de rendirse. Reparé especialmente en dos hombres [...] uno apuntando de tal modo que yo podía ver el interior del cañón de su mosquete; el otro, tendido sobre su espalda, armando serenamente un cartucho. Un poco más allá había uno arrodillado, agitando algo blanco con las dos manos.

Una batería confederada, cerca de Peach Orchard, comenzó a disparar [...] Un cañonazo abrió una horrible brecha en la densa multitud de hombres de azul, que se estaba concentrando más allá de los árboles.

Rice reconoció que, si podía captar la atención de sus hombres, podría conducirlos rápidamente a una posición fuera de la línea de fuego de la artillería y de los rifles confederados; pero, mientras retrocedía con el rostro en dirección hacia sus hombres:

[sentí] un golpe fuerte pues me había alcanzado un disparo, y luego otro; giré en redondo, y la espada se desprendió de mi mano [...] En tanto yo caía, nuestros hombres pasaban corriendo junto a mí, capturando estandartes y prisioneros.

La división de Pickett perdió casi seis séptimas partes de sus oficiales y soldados. La división [unionista] de Gibbon, con su líder herido, y habiendo perdido más de la mitad de sus fuerzas, continuaba resistiendo en la cima.<sup>[8]</sup>

La brigada de Lewis Armistead de la división de Pickett había llegado a la cima, con Armistead en primera fila, agitando su gorra en la punta de su espada para alentar a sus hombres a seguir adelante. Llegó hasta el muro de piedra que se extendía a lo largo de la cima, pasó por encima de él y puso la mano en la boca de un cañón de la Unión, como para reclamar su captura. Entonces lo alcanzó un disparo y cayó mortalmente herido. Armistead había estado por última vez junto a las tropas de la Unión en el Presidio de San Francisco en 1861, cuando, durante la secesión, se había despedido de algunos colegas suyos de West Point, para luego marchar junto a su estado. Su valentía llegó a ser recordada como “el máximo nivel de la marea de la Confederación”. El ejército confederado no volvería a penetrar en el territorio de la Unión.

Cuando los supervivientes de la carga de Pickett regresaban a través del valle hasta Seminary Ridge, Robert E. Lee apareció a caballo. Al toparse con ellos, exclamó: “Todo esto se enmendará al final. Hablaremos de ello después. Pero mientras tanto, todos los buenos soldados deben agruparse. ¡Queremos a todos los buenos y leales soldados ahora mismo!”. Se le acercó Pickett, quien venía cabalgando con paso inseguro, las lágrimas corriendo por su cara. “General Lee, ahora no tengo división”. “Vamos, general Pickett”, respondió Lee. “Sus hombres han hecho cuanto pueden hacer los hombres. La culpa, ciertamente, es mía”.

Más tarde, después del anochecer, se reunió con Lee el general John Imboden, quien comandaba una brigada independiente de caballería. Ayudó a Lee a desmontar y le dijo: “General, este ha sido un día duro para usted”. Lee respondió: “Sí, ha sido un día triste, muy triste, para nosotros. Nunca vi tropas comportarse tan magníficamente como hoy lo hizo la división de virginianos de Pickett [...] Y de haber sido reforzados [...] habríamos conservado la posición y la victoria habría sido nuestra”. Entonces, tras una pausa, gritó con voz agónica: “¡Qué lástima! ¡Qué

lástima! ¡OH! ¡QUÉ LÁSTIMA!”.

Pero lo lastimoso de aquella jornada se revelaría al hacer los ejércitos el balance de sus pérdidas durante los días que siguieron a la batalla. El Ejército del Norte de Virginia había perdido aproximadamente 22.600 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos; el Ejército del Potomac, aproximadamente 22.800. La peor pérdida en el segundo cuerpo de Hancock fue la división de Gibbon, que había defendido Cemetery Ridge. Su primera brigada perdió en total 768, de los cuales 147 resultaron muertos y 47 desaparecidos. Uno de sus regimientos era el primero de Minnesota, que comenzó la batalla con alrededor de doscientos hombres, y resultó casi completamente aniquilada por la energía de su propio contraataque. También sufrió graves pérdidas el primer cuerpo del general Reynolds, con un total de seis mil bajas, dos mil de ellas entre prisioneros y desaparecidos, principalmente durante el primer día de la batalla. Las cifras de los desaparecidos fueron altas en la mayoría de los combates de la Guerra de Secesión, en parte porque los soldados no llevaban documentos de identidad, lo que volvía azarosa la identificación de los cadáveres. Otras desapariciones incluían sin duda las que tenían lugar en el sistema, más bien inexistente, de hospitales, y la oportunidad que brindaban las heridas, a quienes estaban hartos de la guerra, de escabullirse de vuelta a la vida civil. El sexto cuerpo del general John Sedgwick, en cambio, perdió muy pocos hombres, tan solo once soldados heridos en una brigada, un muerto y cuatro heridos en otra, y solo dos heridos en una tercera.

Pero, pese a que algunas formaciones escaparon de la masacre, Gettysburg había sido una batalla histórica, aunque no exactamente decisiva. Restauró la fe en la victoria definitiva de la Unión, y desalentó a la Confederación, acaso terminalmente. Fue la batalla más grande de la guerra hasta ese momento, y no fue superada en magnitud. Quienes participaron en ella, ganadores o perdedores, sabían que habían participado en un acontecimiento histórico, cuyo recuerdo llevarían en la memoria el resto de sus vidas.

El 19 de noviembre de 1863, el presidente Lincoln viajó hasta Gettysburg para participar en la inauguración del nuevo cementerio nacional que ya

había sido creado al ampliar el cementerio municipal. El orador principal iba a ser Edward Everett, exgobernador de Massachusetts y tribuno notable. A Lincoln tan solo se le había pedido que añadiera unas pocas palabras al discurso principal.

Everett habló durante dos horas, a partir de un guión cuidadosamente preparado, de estilo florido y verboso. Evocó las ovaciones funerales de la antigua Atenas, sometiendo a sus oyentes a un despliegue de minuciosa erudición clásica. Cuando por fin terminó, Lincoln se levantó y habló durante dos minutos. Sus palabras han llegado a ser tan recordadas y aclamadas como el inicio de la Declaración de Independencia y la Constitución. Comenzaba diciendo:

Hace ocho décadas y siete años, nuestros padres hicieron nacer en este continente una nueva nación concebida en la libertad y consagrada al principio de que todas las personas son creadas iguales.

Ahora estamos empeñados en una gran guerra civil que pone a prueba si esta nación, o cualquier nación así concebida y así consagrada, puede perdurar en el tiempo. Estamos reunidos en un gran campo de batalla de esa guerra. Hemos venido a consagrar una porción de ese campo como último lugar de descanso para aquellos que dieron aquí sus vidas para que esta nación pudiera vivir. Es absolutamente correcto y apropiado que hagamos tal cosa.

Pero, en un sentido más amplio, nosotros no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este terreno. Los valientes hombres, vivos y muertos, que lucharon aquí lo han consagrado ya muy por encima de nuestro pobre poder de añadir o restarle algo. El mundo apenas advertirá, y no recordará por mucho tiempo, lo que aquí decimos, pero nunca podrá olvidar lo que ellos hicieron aquí. Somos, más bien, nosotros, los vivos, los que debemos consagrarnos aquí a la tarea inconclusa que, aquellos que aquí lucharon, hicieron progresar tanto y tan noblemente. Somos más bien los vivos los que debemos consagrarnos aquí a la gran tarea que aún resta ante nosotros: que, de estos muertos a los que honramos, tomemos una devoción incrementada a la causa por la que ellos dieron hasta la

última medida completa de celo. Que resolvamos aquí, firmemente, que estos muertos no habrán dado su vida en vano. Que esta nación, Dios mediante, tendrá un nuevo nacimiento de libertad. Y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá de la Tierra.

Lincoln quedó insatisfecho con sus doscientas setenta palabras. “Es un rotundo fracaso”, dijo. El corresponsal del *Times* de Londres estuvo de acuerdo. “La ceremonia”, escribió, “resultó ridícula por las salidas de ese burdo presidente Lincoln”. Sin embargo, Edward Everett escribió más tarde a Lincoln: “Sería feliz si pudiera jactarme de haberme acercado a la idea central del homenaje en dos horas tanto como logró hacer usted en dos minutos”. Acaso el genio del Discurso de Gettysburg de Lincoln estribe menos en sus magníficas palabras que en su negativa a distinguir el sacrificio del Norte de el del Sur.

---

[1](#) R. U. Johnson y C. C. Buel, ob. cit., p. 161.

---

[2](#) *Ibíd.*, p. 196.

---

[3](#) *Ibíd.*, p. 249.

---

[4](#) James M. McPherson, ob. cit., p. 651.

---

[5](#) Abraham Lincoln, ob. cit., p. 464.

---

[6](#) T. Harry Williams, ob. cit., p. 211.

---

[7](#) James M. McPherson, ob. cit., p. 655-656.

---

[8](#) Johnson y Buel, ob. cit., pp. 387-390.

## XII

### VICKSBURG

*T*ras la noticia de la derrota en Gettysburg, al día siguiente, 4 de julio de 1863, llegó la noticia de la rendición de Vicksburg, que había sido un elemento clave de la capacidad de la Confederación para cerrar el tráfico por el río Mississippi entre el Medio Oeste y la salida al mar al sur de Nueva Orleans. Esta apertura era más simbólica que sustancial, ya que el traslado de mercancías en masa desde el interior hasta el océano por ferrocarril ya había sustituido el tradicional tráfico por el río. No obstante, el control de la ruta del Mississippi era un elemento fundamental del Plan Anaconda de Winfield Scott y un objetivo esencial para la estrategia de la Unión y para la continuación de la guerra.

Esta victoria también simplificó el camino a seguir en el escenario del Oeste, para el cual la Unión no había trazado ninguna estrategia coherente. La guerra en el Oeste (lo que hoy se conoce como centro-sur de Estados Unidos) no había seguido ningún plan organizado, sino que había ido evolucionando como resultado de las oportunidades brindadas por los sucesivos triunfos. El primero de estos, del que se derivaron todos los demás, fue la captura de los fuertes Henry y Donelson, ambos en Tennessee, en febrero de 1862. Grant decidió atacar estos dos sitios porque se hallaban en la frontera confederada del Oeste, pero también porque controlaban el movimiento por los ríos Cumberland y Tennessee. Militarmente, los ríos del Oeste jugaban un papel muy diferente que los del Este. En particular, los ríos orientales de Virginia constituían barreras acuáticas, sumamente útiles para un defensor. En el Oeste, los ríos eran rutas de desplazamiento, sobre todo el Mississippi, pero también el Ohio, el Tennessee y el Cumberland, puesto que ofrecían puntos de penetración para la Unión en territorio confederado, para el traslado masivo de tropas,

artillería y suministros. El complejo Mississippi-Ohio-Tennessee-Cumberland tenía especial importancia estratégica, ya que, como dijera Jefferson, se interconectaban, y sus puntos de interconexión o confluencias proporcionaban grandes ventajas a quien los controlase. Es difícil valorar cuán agudamente percibía Grant la importancia de las tierras fluviales. Como para cualquier otro general en campaña en el Sur en aquella época, la falta de buenos mapas le suponía un obstáculo, pero cabe imaginar que él vislumbraba las oportunidades. Por otra parte, no bien fueron tomados Henry y Donelson, Grant descendió por el Tennessee para atacar bien adentro del territorio confederado y librar la sangrienta batalla de Shiloh a orillas del río en Pittsburg Landing. Aquella victoria permitió al comandante principal de la Unión en el Oeste, Henry Halleck, avanzar contra el centro ferroviario de Corinth, el cual el recién llegado general Beauregard evacuó antes de que pudiera ser tomado. Un ejército recién creado a las órdenes del general John Pope había capturado ya para la Unión las posiciones fortificadas de Nuevo Madrid e Isla Número Diez. Así pues, indirectamente, la batalla de Shiloh en el río Tennessee había abierto el bajo Mississippi al avance de la Unión. Tras la toma de la Isla Número Diez, tan solo el fuerte Pillow y Memphis se interponían entre las fuerzas federales en Tennessee y Vicksburg en la cuenca baja del río. Memphis fue tomada rápidamente tras la evacuación de Corinth, gracias a la intervención de una flota de espolones acorazados, construidos por un ingeniero de Pensilvania, Charles Ellet. En una reñida batalla, el 6 de junio, Ellet y varios parientes cercanos suyos que prestaban servicio a bordo de sus barcos, se enfrentaron a la flotilla confederada en Memphis y la derrotaron, a cañonazos y espolonazos. El ataque fue bastante inesperado y dejó atónitos a federales y confederados por su sorpresa y su rápida conclusión. Antes del final del día, la bandera de la Unión ondeaba sobre la oficina de correos de Memphis. En poco más de cuatro meses, los tramos vitales de la mayor ruta fluvial del Sur habían caído bajo el control de la Unión; todos ellos estaban amenazados.

Esta nefasta situación se debía a la naturaleza de la estrategia confederada en el escenario occidental. Quien logró que se reconsiderara la estrategia confederada en el Oeste fue George Randolph, secretario

confederado de guerra. Él creía en la coordinación de las operaciones de todos los ejércitos desplegados desde los Apalaches hasta Arkansas, que eran varios. Comenzó por ordenar al general Theophilus Hunter Holmes del Departamento Trans-Mississippi que trajese a su ejército desde el otro lado del río para ayudar en la defensa de Vicksburg. Al ser informado, Jefferson Davis enseguida vetó esta orden. Recalcó que se esperaba de los comandantes de departamento que permanecieran en sus respectivos puestos y que cualquier desplazamiento de tropas debía de ser autorizado por el presidente. Randolph reconoció acertadamente que esta medida privaba de toda función al secretario de guerra y prontamente renunció. Davis lo reemplazó por James Seddon, un semiinválido pero experimentado político de Virginia. Seddon era menos propenso a ofenderse que Randolph; además tenía el don de plantar ideas en la mente de Davis de tal modo que el presidente las asumiera como propias. La idea fundamental de Seddon era que la Confederación debía salvar sus provincias occidentales de la Unión, y que esto requería la reconstitución, bajo un solo comandante, del Departamento del Oeste. Davis quedó convencido, no solo de que a él mismo se le había ocurrido aquel plan, sino también de que había escogido al comandante, Joseph E. Johnston. Este fue un logro extraordinario, ya que Davis y Johnston tenían un largo historial de rencillas. Sin embargo, Johnston era un general de innegable talento, pero de ideas muy diferentes a las de cualquier otro líder confederado.

En una primera etapa, Albert Sidney Johnston y Jefferson Davis habían decidido juntos la creación de un cordón defensivo en el sur de la Confederación, a lo largo de una línea cercana a las laderas occidentales de los Apalaches, que se extendiera unos cuatrocientos ochenta kilómetros, pasando por Bowling Green, en Kentucky, y los fuertes Henry y Donelson, en Tennessee, hasta Columbus, en el Mississippi. Como el grueso de las tropas confederadas, y de sus mejores tropas además, debía permanecer en Virginia, en el eje Richmond-Washington, no había fuerzas suficientes para custodiar la larga frontera del Oeste, y estas no eran de primera calidad, ni por su liderazgo, ni por su equipamiento, ni por su capacidad combativa. Tampoco las favorecía la configuración

geográfica, puesto que había poco terreno elevado donde formar líneas defensivas, y las rutas fluviales corrían justamente en la dirección menos conveniente, al revés de lo que sucedía en Virginia. El Sur tuvo que optar por la defensa de puntos clave, ferrocarriles o ríos, para impedir el avance de la Unión. Fue en ese contexto en el que la entrega de plazas tan importantes como la Isla Número Diez les costaría sumamente caro. Aún peor resultó la rendición del llamado Gibraltar del valle del Mississippi, Columbus, en Kentucky, en febrero de 1862, pues marcó el inicio del repliegue sureño. Ya en el verano de 1863, la Unión controlaba todo el cauce del Mississippi, al sur de Columbus, con excepción de Vicksburg y Port Hudson. El triunfo más espectacular de la Unión en el río había sido la toma de Nueva Orleans, la mayor ciudad de la Confederación, en abril de 1862. La toma de Nueva Orleans fue el primer logro destacado de la Marina de Estados Unidos en la guerra hasta ese momento. El vencedor fue el almirante David Glasgow Farragut, un oficial regular de marina oriundo del Sur, que había servido con lealtad inquebrantable a la Unión durante treinta años. Cuando en los días de la secesión Farragut escuchó a otros oficiales de marina de origen sureño discutir la situación militar, decidiendo si luchar o no al lado de sus estados, les advirtió que “antes cazarían al diablo que ganarían aquel pleito”. Él había peleado en la Guerra de 1812, pero conservaba una mente perspicaz y original, y el coraje de un valeroso guardiamarina.

Farragut inició la campaña en el Mississippi en febrero de 1862 cuando condujo una flota de ocho balandros a vapor y catorce cañoneras por los bajíos de la desembocadura del río, y quince mil soldados a las órdenes del general Benjamin Butler. Los primeros obstáculos que encontraron fueron dos fuertes del Tercer Sistema, el St. Philip y el Jackson, que habían caído en manos confederadas cuando la secesión. Farragut los cañoneó intensamente durante seis días; cuando ambos fuertes se negaron a rendirse, optó por abrirse paso a través de la barrera de cadena que ambos defendían, lo cual ya había logrado para el 25 de abril con su flota casi intacta. Entonces prosiguió de inmediato hasta Nueva Orleans, intercambiando fuego con los defensores ribereños conforme avanzaba. Cuando llegó a la ciudad, se reunió con las tropas de Butler que se

hallaban cerca. Ya el 27 de abril Nueva Orleans estaban en manos de la Unión; su captura, por ser la ciudad más grande del Sur, constituyó un tremendo estímulo para el prestigio del Norte, y en concordancia un motivo de depresión para la Confederación. Butler resultó un ocupante severo; impuso un estricto régimen militar, aunque la ciudad nunca había sido un baluarte de la secesión. Ya en junio la flota de Farragut había subido por el río hasta Vicksburg, tomando por el camino Baton Rouge, la capital estatal de Louisiana, y Natchez, y había contactado con la armada federal de la cuenca alta del río. Pero ambas habían sido tan intensamente castigadas por los cañones de Vicksburg y los de las márgenes adyacentes, que no habían conseguido permanecer en las inmediaciones de la ciudad ni hacer la menor mella en sus fortificaciones o guarniciones, las cuales se habían visto reforzadas por el arribo de tropas comandadas por Van Dorn. Se había vuelto evidente que solo podrían tomar Vicksburg, y abrir la ruta del río, con el concurso de un ejército grande que operase en la orilla este del Mississippi. Los comandantes de la Unión se devanaron los sesos durante el año siguiente para dar con el mejor modo de posicionar dicho ejército.

Las dificultades del ejército de la Unión en el Mississippi se vieron agravadas al principio por disputas en torno a la autoridad. A raíz de sus triunfos contra los fuertes Henry y Donelson y en Shiloh, Grant fue nombrado comandante del Ejército del Tennessee el 25 de octubre de 1862. Desgraciadamente, un rival potencial, John McClernand, quien contaba con un respaldo considerable en Washington, puso en práctica un plan personal para tomar Vicksburg justo en el momento en que Grant comenzaba su propia campaña. A McClernand, un excongresista, lo protegía Stephen Douglas, y aunque su mentor había muerto, McClernand seguía destacándose en la política como el principal demócrata de Illinois. Sus dotes de oratoria atrajeron un número significativo de reclutas del Medio Oeste a las filas en el Mississippi, adonde había enviado regimientos formados, y este triunfo le valió que Lincoln, agradecido, le otorgara el rango de general de brigada. McClernand tenía sus propias ambiciones. Comprendía las ventajas políticas que se derivaban de una carrera militar exitosa, y aunque su

experiencia militar se limitaba a unas pocas semanas de servicio en la guerra contra los Black Hawk, desgraciadamente creía ser un comandante de talento, por lo menos tanto como Grant, y se propuso comandar por su cuenta un ejército y llevarlo a la victoria. McClernand, por otra parte, tenía su propio canal de comunicación con Halleck, el general en jefe, y gozaba del favor de Lincoln. Comenzó por persuadir a Halleck en Washington de que emitiera una orden que aparentara darle una misión independiente en el Oeste, para luego hacerse cargo de los regimientos de Illinois que estaban siendo conformados y enviados al Sur. Los regimientos se incorporaban al ejército de Grant, pero McClernand explotó la ambigüedad de los comunicados de Halleck para que pareciera que estos estaban siendo creados para una operación independiente contra Vicksburg.

Grant le dio vueltas al problema de McClernand durante todo octubre y noviembre de 1862, y lo discutió con Sherman en varias ocasiones, pero sin llegar a una conclusión. McClernand era astuto, y nunca desafió abiertamente la autoridad de Grant, sino que apelaba a Halleck y a los correligionarios políticos en Illinois y en otros estados del Oeste en un persistente intento por incrementar su libertad de acción. Técnicamente, McClernand contaba con autorizaciones por escrito que justificaban su insubordinación, y se valió de ellas con todo descaro; pero a fin de cuentas se aferraba a una vana esperanza. No obtuvo ninguna de las libertades a que aspiraba, y carecía completamente del talento como general que alegaba poseer. Grant logró ponerle coto reorganizando el Ejército del Tennessee en cuatro cuerpos y dando a McClernand el mando de un quinto, el decimotercero, con lo cual definió exactamente sus facultades. McClernand, no obstante, continuó comportándose como si fuese un comandante hecho y derecho y carteándose con Halleck y Lincoln. Por fortuna, Halleck, aunque no simpatizara con Grant, era un purista del decoro militar y terminó por cansarse de las maquinaciones de McClernand. Finalmente, en junio de 1863, McClernand fue demasiado lejos. Desafiando una orden del ejército que prohibía a los subordinados escribir sin permiso a los periódicos, publicó en un diario de Illinois un despacho en el que se autocongratulaba por sus acciones en Champion's

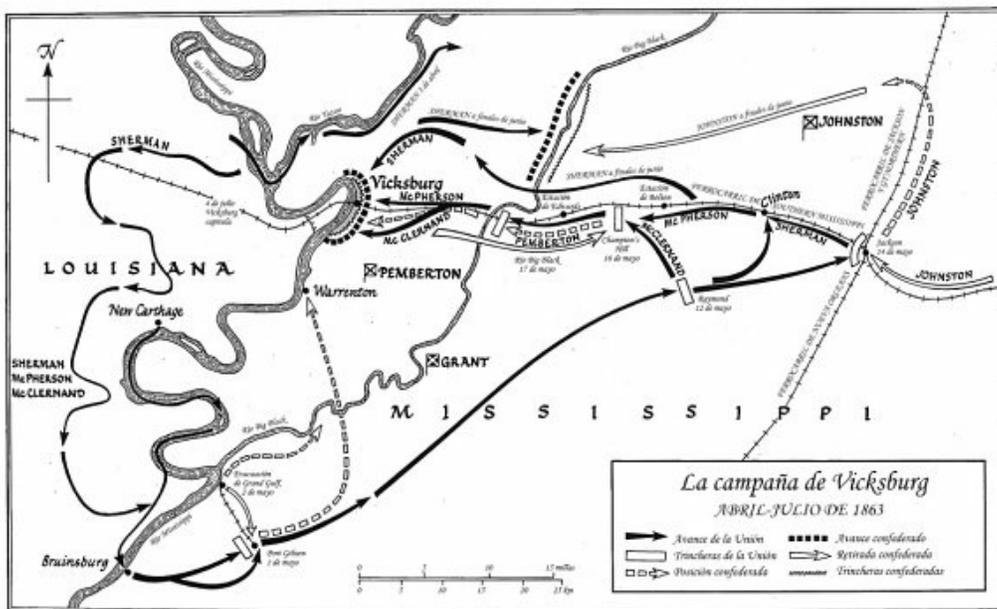
Hill. Grant inmediatamente lo relevó del mando, poniendo fin a su extraordinaria carrera de líder autotitulado. Ciertamente, McClernand no había contribuido en nada a la toma de Vicksburg, que durante todo el inicio del verano de 1863 permaneció fuera del alcance de Grant.

El problema de Vicksburg, aunque exacerbado por las querellas por el mando, era fundamentalmente geográfico. Ya en el verano de 1863, Vicksburg era una poderosa fortaleza, gracias al terreno que la rodeaba y a los terraplenes fortificados que su guarnición confederada había construido. Las colinas Walnut, donde se encuentra Vicksburg, son empinadas, y en 1863 estaban cortadas a pico por muchos desfiladeros profundos y boscosos. Sus simas estaban densamente cubiertas de malezas y cañas; sus laderas, a veces de doce o quince metros de altura, estaban llenas de árboles madereros, cuyos troncos caídos formaban a menudo barricadas naturales: amasijos de obstáculos con salientes agudos que herían a los atacantes e impedían su avance. Los defensores habían creado también muchas barricadas artificiales –troncos de árboles agujereados y erizados de estacas afiladas– en torno a las defensas de Vicksburg.

Una fortaleza europea o una fortaleza norteamericana en el Este hubiera modificado su entorno buscando crear “terreno muerto” y campos de tiro al otro lado de una explanada lisa que pudiese ser barrida por el fuego de la artillería y la mosquetería. La naturaleza del terreno y la abundancia de vegetación en Vicksburg hacían imposible algo semejante. Sin embargo, ambas cosas contribuían grandemente a reforzar las defensas levantadas. Alrededor del recinto, o muralla exterior, había una serie de puntos de resistencia, plataformas artilleras, reductos, fortificaciones, redientes y lunetas, términos en su mayoría de origen francés, derivados del vocabulario internacional de la ciencia de la fortificación, que se enseñaba meticulosamente en West Point. Estos vocablos figurarían particularmente en el asedio de Grant en 1863 a la Luneta del Segundo de Texas, el Rediente del Tercero de Louisiana, el Rediente de la Estacada, el Reducto del Ferrocarril, todos ellos bautizados con el nombre de la unidad que los había construido o defendido, o el de algún elemento cercano. La teoría del ataque a las fortalezas prescribía un avance de la infantería contra las defensas o murallas exteriores, en un intento de

tomarla por asalto y, si esto fallaba, se montaba un asedio metódico, con excavaciones y bombardeos.

La ciudad fortificada de Vicksburg, bajo el mando del general John C. Pemberton, comandante del Departamento del Mississippi, era una plaza muy fuerte, pero, aún más importante que los puntos de resistencia y las baterías que la protegían contra el ataque de la Unión, era la naturaleza de su entorno. En diciembre Sherman intentó un asalto contra Vicksburg por detrás, por Chickasaw Bluff. El terreno que escogió para montar el asalto, el único disponible, fue el pantano de Chickasaw. Era un triángulo estrecho al que los hombres de Sherman tuvieron que entrar por el ápice, y que apenas tenía zonas secas. Entre el 27 de diciembre de 1862 y el 3 de enero de 1863 se llevaron a cabo varios asaltos, pero los defensores sobrepasaban en número a los atacantes de la Unión y contaban con apoyo artillero. Al final las bajas de la Unión sumaban 208 muertos y 1.005 heridos frente a los 63 muertos y 134 heridos de la Confederación. Sherman se vio obligado a retirar sus fuerzas. Había sido derrotado por la geografía, pese a todos los esfuerzos de sus ingenieros por tender puentes y construir pontones.



La tierra que rodeaba el pantano de Chickasaw era típica de toda la cuenca baja del Mississippi; Grant la describió como “un fondo aluvial poco profundo, de muchos kilómetros de ancho [...] de curso muy tortuoso, que a veces se extiende hasta unos pocos kilómetros en todas las direcciones de la brújula”. Hay terreno elevado, los acantilados de Vicksburg, en la orilla este, pero las orillas en general son bajas y pantanosas, cortadas en muchos puntos por los pantanos que son el rasgo distintivo del río, aguas bajas estancadas que se secan en verano pero que crecen en primavera. La navegación era muy difícil, puesto que el río y sus afluentes y vías fluviales de temporada estaban cubiertos por una densa vegetación que a menudo había que cortar para que pudiera pasar un barco. Los meandros del gran río y de sus afluentes eran tan tortuosos como los de cualquier río en cualquier lugar del mundo, a menudo formando curvas muy cerradas, lo que obligaba a los navegantes a recorrer distancias largas e inútiles para llegar al destino deseado. A las dificultades de la Unión durante la campaña de Vicksburg se sumaba el clima del verano, caluroso, húmedo y propagador de enfermedades, debido a la gran densidad de insectos.

Grant había tratado de avanzar hacia el sur sobre Vicksburg por la orilla este del Mississippi entre noviembre y diciembre de 1862, empleando como ruta de suministros el Mississippi Central Railroad, que llevaba hasta Kentucky. Pero las incursiones de la caballería confederada, dirigidas por Forrest y Van Dorn, destrozaron su base avanzada de Holly Springs, al noroeste de Vicksburg, y lo obligaron a abandonar aquel empeño. Entonces retomó el plan de acercarse por el río desde varias direcciones, incluyendo los esfuerzos de Sherman y McClernand. Llamaba a los elementos de su plan “experimentos”, y de hecho lo eran, pues no sabía si alguno de ellos tendría éxito, y en todos trabajó a oscuras, en las circunstancias inciertas que presentaban pantanos inexplorados, meandros y aguas estancadas cenagosas. Su idea era aproximarse abriendo canales que permitieran a su flota de cañoneras, con sus transportes, atravesar desde el norte de Vicksburg hasta el cauce principal del Mississippi sin caer bajo el fuego de sus baterías. La primera vez que intentó modificar el valle del Mississippi fue en el verano de 1862, pero

pese a que las excavaciones duraron varios meses, a la larga tuvo que desistir porque no se avizoraba el fin de aquella tarea. En invierno realizó otros cuatro intentos.

El primero fue un esfuerzo por completar el canal comenzado el verano anterior, el cual atravesaba el istmo rodeado por el meandro debajo de Milliken's Bend, uno de los principales tramos navegables del gran río al norte de Vicksburg. Al cabo, las crecidas primaverales del río amenazaron con ahogar a los cavadores, que pertenecían al cuerpo de Sherman, y hubo que abandonar otra vez aquel empeño. El segundo fue un intento en el lago Providence, ochenta kilómetros al norte de Vicksburg, desde el cual se excavaron canales que permitirían a las cañoneras incorporarse al cauce principal del Mississippi seiscientos cuarenta kilómetros por debajo de la ciudad y, desde allí, dando un rodeo a través de pantanos y aguas estancadas, llegar hasta el vital terreno seco que había detrás de ella. Las tropas fueron suministradas por el cuerpo comandado por el general James McPherson. Este era un ingeniero militar al que Grant había identificado como un comandante sumamente eficaz en los combates. Pero el lago Providence sobrepasó sus facultades ingenieriles. Árboles inmensos arraigados en el lecho del río obstruían la ruta y fue menester aserrarlos. Meses dedicados a este tipo de trabajo, unido a las excavaciones y dragas, desanimaron a McPherson y a sus soldados, hasta el punto de que el proyecto hubo de ser abandonado, como lo había sido el de Milliken's Bend. Los intentos tercero y cuarto consistieron en excavar canales navegables a través de lo que se llamaba el delta del Yazoo, y que de hecho era un desconcertante complejo de vías fluviales que unían el río Yazoo con el Mississippi al norte de Vicksburg; desde allí, alterando los niveles del agua con el bloqueo de agujeros en las márgenes del Mississippi, se esperaba poder llegar hasta el río Tallahatchie y luego hasta la cuenca baja del Yazoo, que comunicaba con el acceso norte de Vicksburg. La dura prueba mental que suponía llevar a cabo aquel proyecto ingenieril afectó tanto al oficial de estado mayor a cargo del mismo, que comenzó a mostrar síntomas de desajuste nervioso. Sus problemas empeoraron a causa del derribo de árboles de una orilla a la otra del Yazoo por parte de los confederados, que impedían el paso de las

cañoneras por aquella vía. En esta etapa la campaña parecía menos una guerra fluvial que una expedición a través de un bosque subtropical, por lo entrelazadas que estaban las ramas de los árboles a lo largo de aquella ruta. La densidad de la vegetación de las márgenes y la complejidad del curso de las vías fluviales hicieron fracasar aquel empeño, y a la larga este se vio repelido por los cañones confederados del improvisado fuerte Pemberton.

Tres meses se invirtieron en estos laboriosos y estériles esfuerzos ingenieriles. Los críticos de Grant en el Este se quejaron de que estaba desperdiciando el tiempo sin conseguir nada. Grant era refractario a las críticas, pues tenía una confianza extraordinaria en su propio criterio; afirmaba que sus “experimentos” mantenían desconcertado a John Pemberton, el comandante confederado de Vicksburg. Sin embargo, debió haberle preocupado el efecto de estas operaciones en sus tropas, que se hallaban viviendo en condiciones deprimentes y anegadas, obligados a realizar una ingente cantidad de trabajo pesado sin ningún resultado perceptible.

A principios de abril de 1863 Grant estaba desesperado. Todos sus intentos por llevar el Ejército del Tennessee hasta el terreno seco de la orilla este del Mississippi, desde donde se podía organizar un ataque para capturar Vicksburg, se habían frustrado. Entonces se le ocurrió una nueva idea. Si no funcionaba, tendría consecuencias nefastas. Pero si funcionaba, posiblemente eliminaría todos sus obstáculos y permitiría avistar una victoria completa. Grant no se amilanaba ante los riesgos, y toda su experiencia en la guerra hasta ese momento había incrementado su sed de audacia. A diferencia de McClellan y Halleck, no cargaba con el lastre de la teoría y de la ciencia militares, por lo que no hubo de padecer el temor de hallarse sin comunicación con su base, pues era esto exactamente lo que ahora se proponía hacer. Su base y su ejército se hallaban al norte de Vicksburg. Pretendía transportar sus fuerzas hasta un punto decisivo al sur de esta ciudad. Lo que le impedía reunir sus barcos con sus tropas eran los casi veintitrés kilómetros de cañones alineados en las márgenes del Mississippi a ambos lados de Vicksburg, a los que los soldados no podían exponerse sin sufrir espantosas pérdidas. Pero los barcos acaso

podrían correr el riesgo, si zarpaban por sorpresa, a toda velocidad y bajo el amparo de la oscuridad. Este era en esencia el plan de Grant. Llevaría a su ejército un poco más abajo por la orilla oeste, hasta un punto donde, si la flota llegaba, podría cruzar en los barcos a vapor hasta el terreno seco de la costa este, cerca de la misma Vicksburg. La flota de Fitz-John Porter, entretanto, sería protegida y preparada para soportar un intenso cañoneo. Luego, al amparo de la noche, pasaría frente a las baterías de norte a sur, para reunirse con las tropas en el punto escogido, debajo de Vicksburg. De esta manera estaría colocándose doblemente tras las líneas enemigas: en primer lugar, al cruzar hacia el territorio enemigo; en segundo, al dejar a la fuerza principal del enemigo en posiciones fortificadas de banda a banda con su línea de comunicación y suministros. Grant estaba decidido a no dejarse intimidar por los riesgos o por la heterodoxia de sus intenciones. Una vez en la orilla este del Mississippi, se abastecería de los frutos del campo, cargando solo las municiones y haciéndose con comida y forraje allí donde los encontrase.

La buena suerte le sonrió: la noche del 29 de abril, con sus tropas acampadas al sur de Vicksburg en Grand Gulf, un negro del lugar llegó con la noticia de que era posible efectuar un cruce un poco más abajo en Bruinsburg, cerca de Grand Gulf. La información resultó ser correcta. En un enfrentamiento que duró cinco horas, la noche del 16 al 17 de abril, el almirante David Porter había pasado frente a las baterías de Vicksburg hasta un punto situado cuarenta y ocho kilómetros al sur de la ciudad, con sus cañoneras protegidas por pacas de algodón apiladas en las cubiertas, y tripuladas por barqueros de las filas del ejército que se ofrecieron como voluntarios. Una cañonera fue hundida pero tres lograron pasar, y ya el 22 de abril habían logrado bajar por el río dieciséis transportes y lanchas. El 30 de abril la flota comenzó a transportar al ejército hasta el otro lado del río en Bruinsburg. Para distraer a Pemberton, el defensor confederado de Vicksburg, Grant envió simultáneamente al coronel Benjamin Grierson a hacer una profunda incursión de caballería con mil setecientos jinetes. Partiendo de La Grange (Tennessee), cerca de Memphis, el 17 de abril, Grierson había cabalgado hacia el sur entre los ferrocarriles de Mobile y Ohio y Mississippi Central,

destruyendo vías férreas y quemando locomotoras y vagones. Asimismo causó graves daños al ferrocarril del sur antes de unir fuerzas con Banks en Baton Rouge el 2 de mayo. Grierson, profesor de música, demostró tener un talento excepcional como merodeador montado. A lo largo de una marcha de 965 kilómetros y dieciséis días devastó la región central de Mississippi, destrozando hasta ochenta kilómetros de vías férreas y viviendo de los frutos del campo.

Pemberton había hecho salir a su ejército de Vicksburg para desafiar a Grant a campo abierto, para angustia de Jefferson Davis y del general Johnston. Estos le ordenaron que regresara a Vicksburg, advirtiéndole que perdería a su ejército y a Vicksburg, si peleaba más allá de la protección de sus defensas. Pemberton disintió. Tenía treinta mil soldados frente a los diez mil de Grant y estaba seguro de poder retener a Grant y tal vez de hacerlo retroceder hasta Tennessee. Por lo tanto llegó hasta la región central de Mississippi, maniobrando entre el río y la ciudad de Jackson, la capital del estado. Grant no se inmutó. Como escribiera en sus memorias: “Me encontraba ahora en el país del enemigo, un inmenso río y la fortaleza de Vicksburg me separaban de mi base de suministros. Pero estaba en terreno seco y del mismo lado del río que el enemigo. Todas las campañas, trabajos, penalidades y peligros desde el mes de diciembre hasta este momento habían tenido lugar en aras del cumplimiento de este único objetivo”.

La alusión de Grant a su “base de suministros” es sumamente significativa. Su propio testimonio sobre Vicksburg comenzaba con esta observación: “Generalmente se tiene por un axioma de guerra que todos los ejércitos grandes que se desplacen por un territorio enemigo deben partir de una base de suministros, la cual debe ser fortificada y protegida”. Ahora Grant se hallaba embarcado en una campaña de gran alcance en el interior de la Confederación, cuya naturaleza lo había obligado a apartarse de la geometría. En la actualidad los especialistas técnicos dirían que estaba “operando en líneas exteriores”, dando vueltas en torno al centro de la Confederación en busca de una brecha por donde penetrar. Un hombre menos imaginativo que Grant probablemente hubiera procurado definir geoméricamente una base y un frente de operaciones.

Lo que Grant hizo, tras eludir Vicksburg, desafió todas las reglas de estrategia de su época. Una vez efectuado el encuentro entre la flota de Porter y su Ejército del Tennessee, había utilizado las cañoneras y transportes para llevar a su ejército hasta la orilla este del río.

Desde Grand Gulf había enviado a dos de sus cuerpos –el de McPherson y el del fastidioso McClernand– a avanzar tierra adentro hacia el este rumbo a Jackson, donde Joseph E. Johnston se esforzaba por organizar un nuevo ejército. A Johnston le habían asignado, desde el 9 de mayo, el alto mando de todo el Mississippi confederado. Contaba con alrededor de veinte mil hombres frente a los veintinueve mil de la Unión, y puede que hubiera dado una buena pelea, si Grant hubiera avanzado y se hubiera desplegado de manera ortodoxa. Mas Grant no lo hizo. Tras dejar a un lado las reglas de combate jominianas, abandonó también las reglas de una campaña organizada. En lugar de traer consigo suministros, u organizar una línea de suministros desde la retaguardia, decidió no preocuparse por los suministros y vivir de los frutos del campo, como había hecho Sherman en la campaña de Arkansas de 1862. De este modo pudo sorprender a Johnston en Raymond, en las afueras de Jackson, el 12 de mayo. Dos días más tarde las tropas victoriosas de la Unión derrotaron a Johnston en Jackson, obligando a Pemberton a llevar su pequeño ejército hasta un sitio por donde pasaba el ferrocarril al este de Jackson, llamado Champion's Hill, cuyo nombre provenía de una familia de hacendados del lugar cuyo hijo era un oficial del decimoquinto de Mississippi. El pueblo era sumamente defendible, por hallarse en una colina a veintiún metros sobre la llanura circundante. El 16 de mayo, la Unión atacó exitosamente Champion's Hill. El cuerpo comandado por McPherson abrió una brecha en la línea confederada. El cuerpo de McClernand atacó con menos agresividad. Esto aumentó la falta de confianza de Grant en él, la cual provocó su destitución el 19 de junio.

Desde Champion's Hill, Grant prosiguió hasta el río Big Black, que se interponía entre él y Vicksburg. La posición rebelde fue atacada y rápidamente desbaratada el 17 de mayo, tras lo cual el ejército de Pemberton, raído y hambriento, se replegó hasta las líneas de Vicksburg. Grant de inmediato puso a la ciudad bajo asedio, y entre el 19 y el 22 de

mayo lanzó una serie de asaltos contra las defensas, los cuales costaron sumamente caro a la Unión, tan caro que un soldado del 93º regimiento describió el ataque como “hombres marchando hacia la muerte en línea de batalla”. Después del último y más decidido asalto del 23 de mayo, Grant optó por la táctica del asedio minucioso. Durante aquella noche, los soldados de la Unión, cuyos ataques los habían llevado hasta el borde mismo de las trincheras confederadas, se retiraron sigilosamente hasta posiciones más seguras. Los atacantes habían sufrido tres mil bajas durante el gran asalto del 22 de mayo, de las cuales por lo menos mil se debieron a las ridículas demandas de refuerzos de McClellan a raíz de un triunfo que no había alcanzado.

Johnston no apareció ni aparecería durante las semanas de asedio que siguieron, aunque el periódico de Vicksburg, en un intento por sostener la moral, relataba constantemente que se hallaba cada vez más cerca. El periódico se imprimía ahora en el reverso de cuadrados de papel de empapelar. El papel de periódico no era el único artículo que escaseaba; también faltaban pan, harina, carne y verduras. La guarnición y los ciudadanos, que habían excavado refugios contra la metralla a los lados de las calles más bajas de la ciudad, subsistían a base de carne de mula y cacahuates, complementados con ratas desolladas. Grant hizo su primer intento de asalto el 19 de mayo, y fue rechazado con numerosas bajas; volvió a intentarlo el 22 de mayo, una vez más sin éxito, pese al apoyo artillero de trescientos cañones que disparaban desde tierra y desde las cañoneras. El 25 de mayo, Pemberton, desde el interior de la fortaleza, declaró una tregua para poder enterrar a los muertos y recoger a los heridos. El hedor de los cuerpos en descomposición flotaba en torno a las defensas. Aquel mismo día, sin embargo, Grant ordenó la reanudación del asedio minucioso, dirigido ahora contra el sector dominado por el Reducto del Tercero de Louisiana, o Fort Hill, como lo llamaban los soldados de la Unión. Hubo otros asaltos durante las semanas siguientes; en los intervalos, Johnny Reb y Billy Yank confraternizaban de un lado al otro de los terraplenes fortificados, chismeando, intercambiando pullas, amenazas y fanfarronadas, pero también productos, entre ellos el café de la Unión y el tabaco confederado, en tanto que duraron tales suministros.

Las defensas confederadas de Vicksburg eran tan fuertes que, como sucedería en Petersburg en 1864, la Unión se propuso socavarlas en un intento por asegurar una brecha. Una vez abierta una brecha para llegar hasta el terreno seco del otro lado del río, la defensa exterior de Vicksburg fue atravesada con sorprendente facilidad. Quedaba la dificultad de sitiar la fortificación. Esto se llevó a cabo según la técnica europea clásica de asedio, cavando trincheras y paralelas para poder avanzar, pero con una variante estadounidense. Al frente de los zapadores que iban cavando, los asaltantes empujaban un escudo antibalas, el *sap-roller*, hecho de mimbre y ramas, que los protegía mientras afianzaban los terraplenes. A intervalos los zapadores también cavaban un foso de batería, en el que instalaban piezas de artillería para mantener a los confederados bajo fuego a una distancia cada vez menor. Ya el 7 de junio la batería más avanzada estaba a sesenta y nueve metros del parapeto de Fort Hill. Los sitiadores sostenían un implacable fuego de fusilería. Los zapadores también refinaron su tarea de socavación trayendo un vagón de ferrocarril cargado de pacas de algodón para absorber el fuego enemigo, pero los rebeldes revirtieron esta ventaja disparando balas incendiarias contra el vagón, calcinándolo por completo. No obstante, las zapas avanzaron y el 22 de junio los zapadores ya habían llegado al pie del parapeto de Fort Hill. El coronel Andrew Hickenlooper, quien dirigía el avance, concibió entonces una nueva técnica. Convocó a voluntarios con experiencia en minería de carbón, y les pagó para que cavaran un túnel bajo la posición confederada. Para el 25 de junio estuvo concluido, tenía cuarenta y un metros de largo y terminaba en una cámara rellena con casi una tonelada de pólvora. A las tres y media de la tarde del 25 de junio aquella gigantesca carga fue detonada y la mayor parte de Fort Hill voló por los aires convertida en polvo y cenizas. Cuando la nube se despejó, los atacantes vieron consternados que los defensores, anticipando la explosión, la cual habían contraminado, habían cavado un nuevo parapeto en el interior del fuerte, desde donde podían disparar a los soldados de la Unión cuando estos irrumpían en el cráter. Grant continuó atacando toda la tarde y la noche hasta que el suelo del cráter se volvió resbaladizo por la sangre, pero las defensas continuaban resistiendo. Finalmente, después de que 34

hombres resultaran muertos y 209 heridos, el asalto fue cancelado.

Pero casi de inmediato la Unión reanudó las excavaciones, y para el 1 de julio había abierto un nuevo túnel bajo el ala izquierda del fuerte, atestado de pólvora. Los confederados contraminaron, utilizando a seis esclavos para cavar. El 1 de julio, los mineros de la Unión detonaron ochocientos kilos de pólvora, destruyendo las contraminas confederadas y matando a todos los contramineros, con excepción de un esclavo que salió proyectado y aterrizó en las líneas de la Unión. Esta vez ningún contraataque siguió a la explosión, sino que los asaltantes se acercaron rápidamente haciendo fuego contra la entrada del reducto, la cual los confederados intentaron cerrar con otro parapeto, y al final lo consiguieron. Las maniobras de asedio continuaron a todo lo largo del perímetro de Vicksburg, donde en algunos sitios ambos bandos estaban separados únicamente por el grosor de un parapeto. Se iniciaron nuevas minas en varios puntos y las trincheras se ensancharon en preparación de un nuevo asalto terrestre, que Grant tenía la intención de lanzar el 6 de julio. La Unión ignoraba, aunque sospechaba con razón, que los defensores se hallaban al límite de sus fuerzas. En Milliken's Bend, veinticuatro kilómetros al norte de Vicksburg, el 7 de junio, dos regimientos de soldados negros, que desde la Proclamación de la Emancipación tenían derecho a portar armas, repelieron valientemente un ataque confederado, aunque sufrieron bajas considerables.

Pemberton, mientras tanto, estaba haciendo construir botes con la madera de casas desmanteladas y planeando escapar de esta forma hacia la orilla este. Muchos en la guarnición estaban a punto de amotinarse, pues se morían de hambre. Era evidente que muy pronto Pemberton se vería forzado a rendirse. La desmoralización de la guarnición había llegado a oídos de Grant, y este se mostraba reacio a montar nuevos ataques que tan caro le costaban. Johnston se acercaba por el este, pero, como se hallaba en desventaja numérica, era sumamente improbable que lograra levantar el cerco. El 1 de julio, Pemberton interrogó a sus comandantes para conocer sus opiniones sobre las probabilidades de éxito de un intento por romper el cerco. Dos respondieron a favor de la rendición, y los otros dos casi en los mismos términos. La situación de la

guarnición era desesperada. Los soldados, así como los tres mil residentes civiles que quedaban, se morían de hambre, los hombres estaban demasiado débiles para continuar manteniendo una defensa férrea. En los días que siguieron al 1 de julio el espíritu de la guarnición se desmoronó. El 3 de julio aparecieron banderas blancas en varios puntos de los parapetos, y se oyeron voces provenientes del Reducto del Tercero de Louisiana llamando a un cese del fuego. Una delegación unionista se adelantó a investigar y regresó con dos oficiales confederados, con los ojos vendados según exigía el protocolo de la guerra de asedio. Uno de ellos era el ayudante de campo de Pemberton, quien llevaba una carta para Grant. Pemberton había escrito para evitar más “efusión de sangre”, las mismas palabras que utilizó Lee en su rendición en Appomattox dos años después. También solicitaba que se nombrasen delegados para pactar los términos de la rendición, un procedimiento normal y convencional al término de un asedio. La posición de Grant al respecto era firme y bien conocida. Era la misma que había adoptado ante el fuerte Donelson en febrero de 1862: “No se aceptan otros términos que una rendición incondicional e inmediata”.

Grant, que había combatido junto a Pemberton en México, fue menos perentorio en esta ocasión, pero dejó un mensaje igualmente claro. Pemberton intentó prolongar las conversaciones reuniéndose con Grant fuera del frente, pero el comandante de la Unión no cedió ni un milímetro. Pemberton protestó y pareció que se reanudarían los combates, hasta que un subordinado de Pemberton sugirió que se seleccionaran oficiales de menor rango para discutir el asunto. Grant accedió, bajo la condición de no estar obligado a hacer lo que estos acordasen. Su emisario, el general Bowen, regresó donde Grant con la sugerencia de Pemberton de que se concediesen “honorés de guerra” a la guarnición, lo que significaba que se les permitiese salir pero portando armas, y luego conservarlas. Grant rechazó de plano esta sugerencia, pero dijo que haría un último ofrecimiento antes de la medianoche. Se atenía estrictamente a su criterio de que el enemigo se hallaba en rebelión y que no podía gozar de privilegios propios de combatientes legítimos. Entretanto, celebró un consejo de guerra, aun sabiendo que era un error,

en el cual el general James McPherson, al que Grant tenía en alta estima, sugirió que Grant ofreciese dejar en libertad condicional a las tropas de Pemberton. Como, incluso si Pemberton se rendía incondicionalmente, Grant se enfrentaría a la pesada tarea de enviar a los miles de hombres de Pemberton al cautiverio, Grant accedió y la propuesta fue enviada a la fortaleza. Pemberton, cuyos hambrientos soldados estaban a punto de amotinarse, aceptó, y el 4 de julio la guarnición salió a recibir su libertad condicional. A los oficiales de Pemberton se les permitió conservar sus espadas y una carreta de caballos. El resto de armas y estandartes de los regimientos debía ser apilado fuera de las líneas. Los documentos de libertad condicional para los prisioneros fueron escritos y firmados, 31.600 en total. Grant les permitió volver a entrar a Vicksburg y luego los dejó dispersarse. Como estaba seguro de que, al quedar en libertad, regresarían a sus hogares y no retomarían el servicio militar, le pareció que aquella sería una línea de acción segura. Y en sentido general lo fue. Los confederados vencidos estaban, de hecho, conformes con alejarse cada cual por su camino del campo de batalla, un efecto perturbador de la campaña del valle de Mississippi, con implicaciones para todo el Sur. La sucesiva ocupación de la ciudad fue notable por su bondad, y las tropas de la Unión distribuyeron sus raciones entre los escuálidos supervivientes. Acaso el valor de su victoria movía a los vencedores a ser generosos. Como acertadamente comentara Grant: “La caída de la Confederación se decidió con la toma de Vicksburg”.<sup>[1]</sup>

La noticia de la rendición de Vicksburg llevó al general Frank Gardner, que comandaba la guarnición de Port Hudson, el último de los obstáculos confederados en el Mississippi, a rendirse el 8 de julio. Port Hudson, sumamente fortificada, controlaba una curva del río con veintiún cañones pesados. En el momento de su rendición, la guarnición contaba con 6.340 soldados, pero estos se hallaban debilitados por la escasez de comida. Habían sido objeto de ataques por tierra y por agua durante muchas semanas. La rendición constituyó un alivio. Al igual que en Vicksburg, los soldados de la Unión ofrecieron sus raciones a los famélicos defensores.

Esto no solo dejaba la ruta del Mississippi bajo el control de la Unión, de modo que, como dijera Lincoln, “el Padre de las Aguas llega un vez más

sin escollos hasta el mar”, sino que también seccionaba a la Confederación, privando a la mitad occidental, que incluía todo Texas y los territorios de Nebraska, Nuevo México, Nevada, Utah, Colorado y lo que sería Oklahoma de toda ayuda material o de casi cualquier otro tipo por parte del Viejo Sur. La Confederación perdió inmensas reservas de ganado, caballos y mulas con la toma de Vicksburg, y en los días que siguieron, Jefferson Davis dijo a Kirby Smith, comandante del Departamento del Oeste, que en lo adelante tendría que arreglárselas solo. Tras la toma de Vicksburg, Grant recibió la siguiente carta de Lincoln:

Mi querido general:

No recuerdo que usted y yo nos hayamos visto alguna vez personalmente. Le escribo ahora a manera de agradecido reconocimiento por el servicio casi inestimable que ha hecho usted al país. Quisiera decirle algo además. Cuando usted llegó por primera vez a las inmediaciones de Vicksburg, yo pensé que usted –como al final hizo– debía llevar las tropas al otro lado del istmo, pasando frente a las baterías con los transportes, y de este modo llegar hasta abajo; y nunca tuve fe en ello, salvo la esperanza de que usted supiera mejor que yo si la expedición del Paso del Yazoo, y lo demás, podía tener éxito. Cuando llegó hasta abajo, y tomó Port Gibson, Grand Gulf y sus inmediaciones, yo pensé que usted debía bajar por el río y reunirse con el general Banks; y cuando usted tomó rumbo norte al este del Big Black, temí que esto fuera un error. Ahora deseo reconocer personalmente que usted tenía razón, y que yo estaba equivocado.

Sinceramente suyo,

A. Lincoln.<sup>[2]</sup>

---

<sup>1</sup> U. S. Grant, ob. cit., p. 281.

---

<sup>2</sup> Abraham Lincoln, ob. cit., p. 477-478.

## XIII

### CORTANDO LA CONEXIÓN CHATTANOOGA- ATLANTA

Las victorias de mediados del verano de 1863, en Gettysburg y Vicksburg, cambiaron la suerte de la Unión. En el Este, la reticencia de Meade a comprometer su grande e inesperado triunfo en Gettysburg lo indujo a no perseguir a Lee con la intensidad que Lincoln hubiese deseado. Meade y Lee se enfrentaron de un lado al otro del Rapidan sin entablar ningún combate importante durante los siguientes seis meses. En el Oeste, la caída de Vicksburg permitió a las fuerzas de la Unión luchar contra las guarniciones confederadas de Kentucky y Tennessee e inaugurar una línea de avance hacia el interior de Georgia. Militarmente, la situación en los estados fronterizos era absolutamente confusa. Desde febrero de 1863 el presidente Davis había conformado, con los estados del otro lado del río, el Departamento Trans-Mississippi, bajo el mando del general Edmund Kirby Smith, quien lo administraba prácticamente como un feudo independiente: el “Kirby Smithdom” [el reino de Kirby Smith]. Davis había dejado bien claro que Kirby Smith tendría que arreglárselas solo, cosa que este hizo sumamente bien. Utilizó la enorme riqueza del Trans-Mississippi en ganado, caballos, mulas y productos alimenticios, así como el algodón, que ya no era posible transportar hacia el Este, a raíz de la pérdida del control del Mississippi, para establecer un imperio comercial, con mercados en México, las Antillas y hasta en Europa. Asimismo construyó su propia fábrica de armamentos en Tyler (Texas), y encontró vías para sustituir aquellos bienes militares a los que ahora no tenía acceso. Sin embargo, la autonomía del Trans-Mississippi no pudo traducirse en éxitos militares, puesto que Kirby Smith carecía de las tropas y del talento militar necesario para derrotar a los ejércitos de la Unión, los

cuales, sensatamente, lo dejaron tranquilo hasta que la guerra terminó.

En el verano de 1863, los principales ejércitos de la Unión en el Oeste, además de los de Grant y Sherman, se encontraban en Tennessee y Kentucky. En Tennessee, Rosecrans mantenía el considerable Ejército del Cumberland, con el que había expulsado de Murfreesboro al Ejército de Tennessee de Bragg en la batalla de Stone's River en la Navidad de 1862. Desde aquel triunfo había permanecido inactivo. Sin embargo, en junio Rosecrans había atravesado los pasos de los montes Cumberland logrando sorprender a Bragg y obligándolo a retirarse hasta Chattanooga, a través del valle del río Duck. Al mismo tiempo Burnside, con el Ejército del Ohio en Kentucky, avanzó para tomar Knoxville, centro del unionismo en Tennessee. El fracaso de Bragg en Kentucky tuvo múltiples causas. Él mismo había llegado a no creer en las declaraciones de patriotismo sureño de los confederados de Kentucky. Con frecuencia repetía a su principal oficial de estado mayor que los kentuckianos, pese a todos sus beligerantes alegatos, "tenían demasiadas reses gordas y estaban demasiado acomodados para pelear". Su retirada a Chattanooga marcó el final de la Confederación en Kentucky. Sin embargo, Jefferson Davis estaba decidido a apoyar a Bragg, pese a su manifiesta incapacidad como comandante. Aunque Bragg se hallaba en malos términos con sus comandantes subalternos y no era popular entre sus soldados, Davis lo reforzó con tropas del ejército de Johnston, e intentó convencer a Lee para que se le uniera con el Ejército del Norte de Virginia – movimiento al que Lee se resistió particularmente–, y organizó el traslado del cuerpo de Longstreet desde el norte de Virginia por tren hasta Georgia, en un tortuoso viaje de más de mil cuatrocientos kilómetros a lo largo de una docena de ferrocarriles distintos.

Estos refuerzos vigorizaron al ejército de Bragg hasta el punto de que este contempló la posibilidad de pasar al ataque. Era evidente que las tropas de la Unión en Tennessee tenían como objetivo invadir Georgia y capturar la vital conexión ferroviaria de Chattanooga-Atlanta. La ruta que tenían ante sí no era nada fácil, pues el acceso a Georgia estaba bloqueado por el cauce del río Tennessee y por el ramal sur de los Apalaches, sobre todo las alturas del monte Lookout y Missionary Ridge, que dominaban

Chattanooga. El plan de Bragg era tentar a Rosecrans a adentrarse en las montañas y luego caer sobre sus columnas en cuanto salieran de los pasos. Sus primeros intentos por lograrlo fracasaron a causa de la timidez de sus subalternos a la hora de ejecutar la emboscada. Sin embargo, a mediados de septiembre, el arribo de los refuerzos de Longstreet otorgó superioridad numérica a los confederados y envalentonó a los pusilánimes. Cuatro de los generales presentes habían combatido en la misma unidad en México. Uno de ellos, George Thomas, había nacido en el Sur pero luchaba del lado de la Unión, y jugó un papel decisivo en la batalla que estaba a punto de desencadenarse. Cuando Bragg lanzó una fuerte y concentrada ofensiva contra la izquierda de la Unión en la mañana del 19 de septiembre, el cuerpo de Thomas acababa de llegar a aquel escenario. El propio Thomas logró situar en posición defensiva todas las tropas que pudo encontrar, aunque afortunadamente, en el punto que había escogido para defender, el frente había sido fortificado con barricadas de troncos durante la noche. Una de las unidades desplegadas, el 39º de infantería montada de Indiana, contaba con carabinas Spencer de repetición, que infligieron multitud de bajas a sus contrincantes no tan bien armados. Los confederados se habían posicionado en la orilla oeste del arroyo Chickamauga, un pequeño afluente del río Tennessee que corría al sur de Chattanooga. El plan de Bragg era rodear el flanco izquierdo de Rosecrans y cortar sus comunicaciones con Chattanooga. Rosecrans frustró esta maniobra extendiendo su línea. Al amanecer, sesenta mil federales se hallaban frente a frente con sesenta y dos mil confederados, y ambos bandos estaban listos para la batalla.

#### LA BATALLA DE CHICKAMAUGA

La que sobrevino llegó a ser una de las batallas más sangrientas e intensas que se libraron en el escenario occidental. Las circunstancias locales favorecían el combate, pues la maleza y los árboles que cubrían las orillas del arroyo impedían que ambos bandos pudieran verse bien, aun estando

muy cerca el uno del otro. “Los dos ejércitos se encontraron como dos bestias salvajes”, recordó un testigo presencial, “y cada uno peleó mientras pudo mantenerse en pie a lo largo de aquel encuentro fulminante y prolongado”. Hacia la mitad de la mañana el monte estaba lleno de densas nubes de polvo gris y el suelo estaba cubierto de cadáveres y de heridos. La matanza prosiguió durante toda la tarde “como si todos los fuegos de la tierra y del infierno se hubieran desencadenado en un tremendo esfuerzo por destruirse mutuamente”. Al anochecer, la división confederada de Patrick Cleburne, compuesta por tropas de Texas, Tennessee, Alabama y Arkansas, lanzó un último ataque que curvó pero no logró romper la línea de la Unión. Los soldados nortños levantaron barricadas de troncos durante la noche y se prepararon para resistir otro asalto de los confederados.

La batalla comenzó de nuevo a las ocho y media de la mañana con un ataque confederado contra el centro de la Unión. Bragg aún esperaba poder rodear la izquierda de la Unión y cortar sus comunicaciones con Chattanooga, pero los ataques se estrellaron contra las barricadas de los nortños. Rosecrans hubiera podido mantener su posición sin dificultades de no haber cometido un error grave y casi inexplicable. Uno de sus oficiales de estado mayor malinterpretó el frente de batalla y dijo a Rosecrans que había una brecha, cuando en realidad no existía ninguna; la culpa pudo haber sido de la escasa visibilidad del campo de batalla. Rosecrans, sin embargo, sin verificarlo por sí mismo, sacó una división del frente para cubrir la supuesta brecha, creando de este modo una auténtica brecha en sus filas, contra la cual cargó el cuerpo de Longstreet, haciendo retroceder a la Unión casi un kilómetro y medio en aquel punto.

El efecto fue desastroso: cundió el pánico, afectando no solo a los soldados de fila sino, vergonzosamente, también a Rosecrans y a varios de sus comandantes, quienes escaparon hacia la seguridad de Chattanooga. El único oficial de alto rango de la Unión que permaneció en el campo fue el general George Thomas, quien era amigo de su adversario confederado, James Longstreet. Thomas logró reunir algunas tropas de su cuerpo en la colina de Snodgrass y formar una línea de defensa. Esta línea resistió durante el resto del día, impidiendo que los confederados llegaran hasta la

retaguardia del desorganizado ejército de la Unión, salvando de este modo la situación. Thomas, un hombre silencioso y de habla lenta, fue llamado desde entonces “la Roca de Chickamauga”, y Ulysses S. Grant llegó a considerarlo uno de los pocos generales indispensables del Ejército de la Unión. Él y sus hombres aguantaron los ataques, que persistieron toda la tarde hasta que, al caer la noche, ordenó la retirada hasta Rossville, un poco antes de Chattanooga en Missionary Ridge, donde Rosecrans estaba intentando reorganizar sus filas. El general Emerson Opdycke, quien observó la conducta de Thomas durante las últimas etapas de la batalla, escribió ejemplarmente sobre su dirección de la defensa de la línea de retirada. Opdycke vio que solo seis divisiones defendían la línea. “Enfrente se hallaba todo el ejército enemigo, ansioso por caer sobre nosotros con la energía que emana de un gran triunfo y de aún mayores esperanzas. Pero justo detrás de nuestra línea cabalgaba un general cuyo juicio nunca erraba, cuya calma invencible jamás se doblegaba; y, en torno a él, treinta mil soldados decididos a agotar hasta su último cartucho, y luego a defender su posición con sus bayonetas. Soldados tan inspirados y con tal comandante son más fáciles de matar que de derrotar”.<sup>[1]</sup>

Thomas se mantuvo en todo momento bien cerca de la línea de batalla, hablando frecuentemente a sus tropas y alentándolas. Y este aliento era necesario, pues las bajas ascendieron terriblemente: 2.312 confederados muertos, 14.674 heridos, 1.468 desaparecidos; 1.657 federales muertos, 9.756 heridos, 4.757 desaparecidos. La Confederación contó esta batalla como una victoria, aunque pocas más podría permitirse a semejante precio. Durante los días que siguieron, Rosecrans se replegó hasta el interior de las defensas de Chattanooga, a las que Bragg puso bajo asedio. Los confederados lograron cerrar el cerco hasta el punto de que a los soldados de la Unión solo podían llegarles suministros por un camino angosto y accidentado que había al norte, frecuentemente atacado por la caballería confederada con un alto costo en carromatos destruidos y caballos y mulas masacrados. El ejército de Bragg ocupó posiciones en el monte Lookout y Missionary Ridge, desde donde dominaban la línea de retirada de la Unión.

Halleck tomó medidas para que Rosecrans no quedase abandonado. A

principios de octubre Hooker llegó a Chickamauga desde Virginia con veinte mil soldados. Habían viajado en tren, efectuando un viaje de mil novecientos kilómetros en once días –una maniobra logística solo superada en el siglo XX–, y a mediados de noviembre Sherman trajo otros dieciséis mil desde Mississippi. Y lo más importante de todo, a Grant se le encargó el mando de una División del Mississippi global, que comprendía desde el río hasta los límites de Georgia, supervisando los ejércitos del Tennessee y del Cumberland. Rosecrans fue relevado del mando del Ejército del Cumberland y sustituido por Thomas. Grant ya lo había identificado como un ganador de batallas, y su admiración por él crecería aún más. La primera medida de Grant fue llevar una ruta de suministros hasta la ciudad; los soldados la llamaban “La Línea del Pan Duro”, pues por ella llegaba una provisión regular de pan duro, y también de carne de res y “pequeñas raciones”, que consistían en café, arroz, azúcar y verduras secas. Grant se percató de su efecto transformador: la lasitud desapareció y retornaron el vigor y el buen ánimo.

La Línea del Pan Duro quedó inaugurada el 28 de octubre, y el 23 de noviembre Grant inició los ataques contra el monte Lookout y Missionary Ridge que desembocarían en el levantamiento definitivo del asedio. Mientras llegaban los refuerzos y Chattanooga era reabastecida de comida y material de guerra, Grant había emprendido una ingente tarea de reparación y reconstrucción de la infraestructura de la región. En su empeño por privar a la Unión de la posibilidad de tomar posiciones en el estado de Mississippi y llevar a cabo operaciones contra sus soldados, los comandantes confederados se habían visto forzados a destruir gran cantidad de ferrocarriles y almacenes, e incluso carreteras. Grant no tardó en supervisar una empresa de construcción de ferrocarriles que producía vagones y herramientas de trabajo. Afortunadamente encontró en su ejército suficientes hombres cualificados para esta tarea, una muestra de lo mucho que había atraído a la fuerza de trabajo de Estados Unidos el auge del ferrocarril en la década de 1850. En las tierras interiores de Chattanooga, hubo que reconstruir 182 puentes, algunos con arcos de un kilómetro y medio de largo. También se construyó un gran número de pontones para utilizarlos en el tendido de puentes y como balsas.

La batalla para tomar Missionary Ridge y el monte Lookout comenzó con un cruce sigiloso del arroyo Chickamauga en pontones, impulsado con remos que habían sido traídos en carromatos y volcados junto a ellos. Las avanzadillas de la Unión cruzaron sin ser detectadas, al amparo de la oscuridad, en la mañana del 23 de noviembre. Ya en las primeras horas de la tarde habían ocupado una colina, Orchard Knob, en la que instalaron una posición artillera. El asalto al monte Lookout comenzó al día siguiente; el de Missionary Ridge, el 25 de noviembre. Ambos eran formidables fortalezas naturales. El monte Lookout culmina a trescientos treinta metros de altura, en una escarpada plataforma rocosa, y Missionary Ridge tiene abruptas laderas de ciento cincuenta metros. La capacidad defensiva de ambas elevaciones había sido mejorada mediante excavaciones y estaban entrecruzadas de trincheras e hileras de fosos de tiradores. También se habían excavado trincheras comunicando ambas alturas.

Grant comenzó su gran asalto a la fortaleza de la montaña el 25 de noviembre, tras un triunfo el día anterior en Missionary Ridge. Grant había recibido refuerzos que Sherman había traído desde Mississippi y contaba con fuerzas suficientes para poner en un aprieto a Bragg. La capacidad de Bragg para defender aquella posición se veía afectada por el deterioro de sus relaciones con sus subordinados, que, aunque nunca fueron buenas, ahora rayaban en el amotinamiento. Jefferson Davis se vio obligado a acudir desde Richmond para mediar entre ellos, solo para toparse con las demandas de que Bragg fuese destituido y reemplazado por Johnston o Longstreet. Davis no confiaba en Johnston, mientras que a Longstreet, como oficial del Ejército del Norte de Virginia, sentía que le faltaba autoridad para comandar a los soldados del oeste. De manera que Bragg permaneció en su puesto, con consecuencias que tanto el presidente como el ejército lamentarían.

Tales consecuencias sobrevinieron poco después de que Grant iniciara sus asaltos contra Missionary Ridge y el monte Lookout. El 24 de noviembre los hombres de Hooker entablaron combate con los confederados en un angosto escalón de las laderas del monte Lookout. Hacía un día brumoso y la neblina se convirtió en una niebla densa, lo que

dificultó que ambos bandos pudieran verse uno al otro. En consecuencia, el combate fue interrumpido, aunque en lo sucesivo se lo llamó “la Batalla sobre las Nubes”. La noche siguiente, los defensores confederados se escabulleron para reunirse con los de Missionary Ridge. Para el 25 de noviembre, Grant había elaborado un nuevo plan que requería que el cuerpo de Sherman atacase el flanco derecho confederado, el de Hooker el izquierdo, y que Thomas defendiese el sector central, pero sin atacar. Tras un combate que duró toda la mañana y las primeras horas de la tarde, Grant decidió que ni Sherman ni Hooker podían hacer nada más y envió a Thomas órdenes de avanzar. Estas órdenes provocaron que veinticinco mil hombres atravesaran un kilómetro y medio de descampado entre Orchard Knob y el centro enemigo. Los hombres de Thomas estaban ansiosos por desquitarse de su derrota en Chickamauga y marcharon obstinadamente al encuentro de sus oponentes, gritando “¡Chickamauga! ¡Chickamauga!” mientras avanzaban. Tomaron rápidamente la línea de fosos de tiradores al pie de Missionary Ridge y luego comenzaron a ascender por sus laderas, ignorando las órdenes de sus oficiales de detenerse y volver a formar filas. Los hombres de apoyo y de reserva se les unieron y pronto los veinticinco mil en pleno cargaron en pos de la cima, mientras los confederados corrían desmoralizados delante de ellos.

Grant, que contemplaba la acción con Thomas desde la altura de Orchard Knob, empezó a interrogar a su séquito, creyendo que había sido desobedecido. “Thomas, ¿quién ordenó a esos hombres que subieran?”. Thomas le respondió que no sabía, y que no había sido él. Entonces se dirigió al general Gordon Granger, comandante del cuarto cuerpo del ejército de Thomas: “¿Se lo ordenaste tú, Granger?”. “No, se lanzaron sin órdenes. Cuando esos tipos se lanzan, ni todo el infierno puede detenerlos”. Grant les advirtió que si las cosas no acababan bien, alguien lo pagaría. Entonces el general Joseph Fullerton, un oficial de estado mayor del ejército de Thomas, salió a caballo a hacer averiguaciones, y también a dar órdenes de proseguir, de ser posible, con aquella acción. “Yo no les ordené que subieran, pero van a tomar ese cerro”. Alzó su cantina a manera de saludo hacia un grupo de oficiales confederados que vigilaban desde un mirador, y la artillería confederada disparó contra él

en respuesta.

Durante la noche, el ejército de Bragg se retiró por completo de la posición de Chattanooga y no volvió a intentar penetrar en Tennessee. Su vanguardia se había adentrado ya cincuenta kilómetros en Georgia. Bragg escribió a Jefferson Davis para ofrecerle su renuncia en reconocimiento de la completa derrota que había sufrido, y fue sustituido por Johnston; era un cambio que Davis no hubiera querido hacer, pero su reserva de generales se había agotado.

Dada la intensidad de los combates en las dos montañas y la cantidad de municiones gastadas, las bajas de ambos bandos fueron menos numerosas de lo que cabría esperarse: 753 federales muertos, 4.722 heridos, 349 desaparecidos; 361 confederados muertos, 2.160 heridos, 4.146 desaparecidos.

#### EL SITIO DE KNOXVILLE

Knoxville era la principal ciudad del este de Tennessee, la montañosa región por la que tanto se preocupaba Lincoln, ya que era el centro del sentimiento unionista dentro de la Confederación. Desde el inicio de la guerra, Lincoln ansiaba poner Knoxville bajo el control federal, y durante 1862 y 1863 exhortó sucesivamente a los comandantes de la Unión a marchar sobre Knoxville. En marzo de 1863 el general Ambrose Burnside, quien sufriera una aplastante derrota en Fredericksburg en diciembre del año anterior, fue transferido al Oeste. Se le ordenó que marchara sobre Knoxville tan pronto como fuese posible, mientras que al general Rosecrans se le encomendó operar contra Braxton Bragg en lo que devendría la campaña de Tullahoma. Burnside comandaba el Ejército del Ohio, Rosecrans el Ejército del Cumberland.

Burnside se proponía avanzar desde Cincinnati con dos cuerpos, el noveno y el 23º, pero perdió el noveno cuando este fue entregado a Grant para la campaña contra Vicksburg. Mientras esperaba su regreso, Burnside envió una brigada y algo de caballería contra Knoxville. A lo largo de junio, esta fuerza, conducida por el general William Sanders,

destruyó los ferrocarriles alrededor de la ciudad, al mando de la cual estaba el general Simon Buckner.

En agosto Burnside inició su avance sobre Knoxville. Su ruta directa atravesaba el desfiladero de Cumberland, fuertemente defendido por los confederados. Para evitarlos, Burnside realizó un movimiento de flanqueo en dirección sur, mediante marchas forzadas a través de territorios accidentados. Al comenzar la campaña de Chickamauga, Buckner recibió órdenes de enviar a la mayor parte de sus tropas a reunirse con Bragg en Chattanooga y se quedó con solo dos brigadas, una en el desfiladero de Cumberland, en la frontera nordeste del estado, y la otra al este de Knoxville. En estas circunstancias Burnside avanzó y consiguió introducir una brigada de caballería en Knoxville el 2 de septiembre sin hallar resistencia: encontró la ciudad vacía de tropas rebeldes. Fue recibida con entusiasmo por la población leal. Burnside arribó con su ejército al día siguiente.

Luego se dispuso a lidiar con los confederados del desfiladero de Cumberland a fin de abrir una ruta más directa hacia Kentucky. Tenía dos fuerzas posicionadas contra el nuevo comandante confederado, el general John Frazer; aunque se hallaba en desventaja numérica, Frazer se negó a rendirse. Entonces Burnside condujo una brigada desde Knoxville hasta el paso, recorriendo casi cien kilómetros en cincuenta y dos horas. A su llegada, Frazer, aceptando hallarse completamente superado en número, se rindió el 9 de septiembre. Burnside reclutó nuevas unidades de voluntarios de Tennessee y se dedicó a despejar las carreteras y pasos que conducían al norte hacia Virginia. Entretanto, Grant, que ya había tomado Chattanooga, se preparaba para combatir en Chickamauga, a donde Lincoln y Halleck ordenaron a Burnside que enviase algunas tropas para apoyar a Rosecrans, quien se hallaba en dificultades. Pero, temiendo perder Knoxville, Burnside lo dejó para luego; estaba teniendo problemas para abastecer a sus tropas en la desolada campiña del este de Knoxville. Durante septiembre y a principios de octubre se vio obligado a librar dos pequeñas batallas, en Blountsville y Blue Springs; ambas victorias menores, pero que restablecieron la autoridad de la Unión en el este de Tennessee.

Braxton Bragg, temiendo que Burnside reforzara las tropas de la Unión en Chattanooga, pidió a Jefferson Davis que ordenara a Longstreet concentrarse contra él. Longstreet protestó, sabiendo que se vería en grave desventaja numérica, pues grandes refuerzos de la Unión se acercaban a Chattanooga para incrementar la disparidad. También protestó contra la división de fuerzas que ello implicaría, la cual, según dijo, pondría a ambos comandantes confederados en peligro de ser derrotados. Por lo tanto, Longstreet continuó con los preparativos para avanzar sobre Knoxville. El traslado se efectuó por ferrocarril, pero el viaje resultó difícil. Los trenes no llegaron a tiempo, y hubo que iniciar la marcha a pie. Cuando por fin llegaron los trenes, resultó que a las locomotoras les faltaba potencia, lo que obligaba a las tropas a desmontar en las pendientes empinadas. Asimismo tenían que recolectar leña para los motores. La comida escaseaba. El avance de Longstreet, no obstante, alegró a Lincoln, quien, tras haber dicho a Burnside que abandonara Knoxville, le ordenó ahora quedarse y defender la ciudad. Grant se preparó para enviar refuerzos desde Chattanooga, pero Burnside lo convenció de que él disponía de tropas suficientes para mantener a raya a Longstreet. Grant aceptó de buen grado. Entonces los confederados intentaron rodear Knoxville con su caballería, pero la resistencia de la Unión frustró su plan y la caballería se reunió con Longstreet en el norte. Burnside maniobró fuera de la ciudad y logró alcanzar un vital cruce de caminos, donde ganó una rápida victoria menor en la estación de Campbell, lo que le permitió retirar sus fuerzas al interior de Knoxville. El 17 de noviembre Longstreet sitió la ciudad. Su asalto contra las defensas se demoró, y Longstreet aprovechó la oportunidad para fortalecer sus terraplenes. Longstreet finalmente atacó una semana después de iniciado el asedio, por el fuerte Sanders, un punto que le pareció débil pero que resultó engañoso. La Unión había rodeado los terraplenes con una red de cables de telégrafo tensados entre los árboles. El ataque confederado, lanzado el 29 de noviembre de 1863, fue repelido eficazmente por las defensas y el fuego de apoyo de la Unión. Hubo 813 bajas confederadas, por solo trece de la Unión.

El vencido Longstreet analizó sus opciones. Se le había ordenado unirse

a Bragg, quien acababa de ser derrotado en Missionary Ridge el 25 de noviembre. Este movimiento le parecía impracticable, y dijo a Bragg que se retiraría hacia Virginia con el Ejército de Tennessee, pero que mantendría el asedio de Knoxville tanto como fuese posible, para impedir que Grant y Burnside se concentraran contra él. La testarudez de Longstreet tuvo el efecto de hacer que Grant enviara a Sherman con veinticinco mil hombres a levantar el sitio de Knoxville. Longstreet, en consecuencia, abandonó el asedio el 4 de diciembre y se retiró hacia el norte hasta Rogersville (Tennessee), donde se preparó para pasar el invierno. Sherman dejó parte de su fuerza en Knoxville y regresó con el resto a Chattanooga. El general John Parke, jefe de estado mayor de Burnside, persiguió a los confederados con ocho mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería, aunque sin apretar el paso. Longstreet cruzó Rutledge y Rogersville, seguido por el general John Shackelford con cuatro mil soldados de caballería e infantería. El 9 de diciembre, Shackelford se hallaba cerca de la estación de Bean cuando Longstreet decidió volverse y atacar. Los confederados atraparon a Shackelford con un movimiento de tenazas, pero las tropas unionistas se defendieron con tal firmeza que repelieron todos los ataques confederados hasta que llegaron más refuerzos. Entonces Shackelford se vio obligado a retirarse hasta el cruce de Blain. Longstreet lo siguió, pero se abstuvo de atacar sus trincheras. Ambos bandos se retiraron a sus cuarteles de invierno. Longstreet, quien culpaba a sus subordinados de sus fracasos en la campaña, pidió ser relevado del mando, pero no se lo permitieron. Sus tropas sufrieron a causa del crudo invierno, y no logró regresar a Virginia hasta la primavera. Esta campaña dañó su reputación y su confianza en sí mismo, mientras que la reputación de Burnside quedó restaurada. La campaña de Knoxville, y la victoria de Grant en Chattanooga, devolvieron a la Unión el control del este de Tennessee durante el resto de la guerra.

Las batallas de Chattanooga, Knoxville, el monte Lookout y Missionary Ridge habían alterado el equilibrio de fuerzas en Tennessee muy a favor de la Unión. Con Rosecrans al frente de numerosas tropas en Chattanooga, Burnside operando al nordeste de Tennessee, y Grant libre

para atacar en varias direcciones desde Tennessee hacia el este o hacia el sur, podía decirse que el sueño largamente acariciado por Lincoln de liberar al Tennessee unionista se había cumplido. Grant, como comandante supremo del escenario del Oeste, tenía ahora libertad para proponer, si así lo decidía, una estrategia general para la conducción de la guerra en este escenario. Y en la primavera de 1864, se decidió a hacerlo. Grant no pretendía ser un pensador estratégico de alto vuelo. Nada en sus modales ni en su aspecto sugería que fuera otra cosa que un sencillo combatiente. Sin embargo, el sentido común y la sencillez están entre las cualidades más valiosas que un estratega puede poseer, y él las poseía en abundancia. Lo valioso para quienes se interesan en su carrera es que en sus *Memorias personales* describe con amena franqueza cómo se conformó su manera de pensar. Grant también prefería atacar, de ser posible. No era un general de “espera a ver”, sino de “ve y mira”, como demostró su conducta después de Chattanooga. Así pues, decidió exponer sus planes ante Lincoln para la siguiente etapa de la campaña en el Oeste. Puede que lo hiciera porque tenía en su cuartel general a un “representante especial” de Washington, Charles Dana, exredactor del *New York Tribune*. Dana había sido enviado, en parte, debido a que continuaba llegando a Washington algún que otro informe poco halagüeño sobre los malos hábitos de Grant, y Lincoln, quien ya deseaba promover a Grant, se procuró su propia fuente de información. Grant utilizó a Dana como mensajero para llevar hasta Washington sus ideas respecto al Oeste. Él proponía dejar un reducido Ejército del Tennessee vigilando a Bragg y llevar el grueso de las tropas Mississippi abajo hasta Nueva Orleans y luego, atravesando el Golfo de México, hasta Mobile, Alabama, donde atacaría importantes puntos de Alabama y Georgia. Él había propuesto este plan antes, y continuaba creyendo en él. Los que ostentaban el poder en Washington, en cambio, no pensaban igual. Lincoln, Halleck y Stanton temían que, si las fuerzas de Grant se alejaban tanto, los rebeldes reavivarían la guerra en el este de Tennessee. No obstante, la comunicación con Washington tuvo el efecto de involucrar a Grant en la discusión de la estrategia al más alto nivel. Halleck explicó a Grant que los temores del presidente en el Oeste seguían fijos en

Tennessee y sus unionistas, y que por tanto, antes de hacer cualquier movimiento hacia otra parte, quería ver perseguidas y derrotadas a las fuerzas confederadas supervivientes allí; asimismo quería que el ejército confederado en el sur de Georgia fuera repelido de la frontera con Tennessee, hasta garantizar que no volviese a penetrar en este estado; solo cuando esto se hubiere logrado, Lincoln consideraría la aprobación de operaciones más vastas en el Oeste.

La operación proyectada por Grant contra Mobile no era un buen plan, cosa sorprendente, dada su claridad mental. La Unión no tenía tropas suficientes en el Oeste para organizar dos operaciones grandes al mismo tiempo. No podía marchar sobre Mobile y continuar amenazando a los confederados en Georgia. Intentar reunir las tropas necesarias redundaría inevitablemente en un debilitamiento de la posición alrededor de Chattanooga y alentaría a Johnston a atacar Tennessee. Chattanooga era ese elemento estratégico tan anómalo: un punto genuinamente crítico. Controlado por la Unión, permitía retener Tennessee y amenazar Georgia. De volver a caer en poder de los confederados, Tennessee se perdería y con él el futuro dominio de Georgia. Halleck escribió a Grant vetando aquel plan, aduciendo que el presidente no lo aprobaría, algo que Halleck podía afirmar con toda legitimidad, pues conocía a la perfección las opiniones de Lincoln.

Posteriormente, en enero de 1864, Grant volvió a escribir a Halleck exponiéndole en líneas generales un plan para la siguiente etapa de las operaciones en el Este. Proponía abandonar el avance directo sobre Richmond e intentar una aproximación indirecta. La marina debería embarcar sesenta mil soldados del Ejército del Potomac y conducirlos hasta la costa de Carolina del Norte, desde donde podrían avanzar para cercenar la conexión ferroviaria de la capital confederada con el Bajo Sur, y de este modo obligar a Lee a abandonar Richmond. Halleck respondió a Grant lo mismo que antes: Lincoln no lo aprobaría, puesto que aquel plan alentaría a Lee a movilizar un gran número de tropas contra cualquier ejército unionista en las Carolinas; y por otra parte, debilitaría las defensas de Washington. Halleck señaló a Grant que su plan no contemplaba enfrentarse al ejército de Lee, lo que sería el objetivo apropiado de la

estrategia en el Este. Insistió en que la mejor manera de derrotar a Lee era enfrentarlo a campo abierto cerca de Washington. Sin embargo, su segunda carta a Grant concluía diciendo que pronto tendría la oportunidad de participar en el diseño de la estrategia para el escenario del Este, una señal evidente de que Grant estaba a punto de ser llamado al mando supremo.

Circulaban fuertes rumores al respecto, que Grant no pudo haber ignorado. En febrero el Congreso aprobó una ley que resucitaba el rango de lugarteniente general. La Confederación designaba a sus generales con los rangos de brigadier, mayor general, lugarteniente general y, hacia 1864, general (o *full general*). En el ejército de la Unión, en cambio, el máximo rango otorgado era el de mayor general, y la mayoría de los generales de la Unión ostentaba su rango en los cuerpos de voluntarios de Estados Unidos, como lo había hecho Grant antes de su victoria en Vicksburg, tras la que se le nombró mayor general en el ejército regular. El nuevo rango de lugarteniente general estaba disponible para los mayores generales regulares, de modo que Grant reunía las condiciones para el ascenso. La ley permitía que el lugarteniente general fuese nombrado general en jefe. A principios de marzo, Grant, todavía en Tennessee, recibió órdenes de ir a Washington, a donde llegó el 8 de marzo. Se hospedó inicialmente en el Willard's Hotel, donde recibió una invitación para asistir a una recepción en la Casa Blanca aquella noche. A su llegada el bullicio de la concurrencia aumentó. Grant no conocía a casi nadie en la capital, pero desde Vicksburg se había vuelto muy conocido allí. El presidente reconoció la señal y se acercó a Grant con estas palabras: "Usted es el general Grant, ¿verdad?". Tras unas pocas palabras, Grant fue arrastrado por la multitud, pero más tarde Lincoln y Stanton lo llevaron hasta el salón Azul, donde Lincoln le dijo que deseaba ofrecerle su nuevo cargo por la mañana. El presidente añadió que le mostraría de antemano el borrador del breve discurso que pronunciaría. Puede que Lincoln supiera ya que Grant era tímido y completamente inepto para hablar en público. No obstante, sugirió que Grant dijera unas palabras para prevenir los celos de los demás comandantes y para agradar al Ejército del Potomac. Es algo absolutamente típico de Grant que, llegado el momento,

no hiciera ninguna de las dos cosas. Cuando fue propuesto para la presidencia, en 1868, su discurso de aceptación fue de cinco palabras. En esta ocasión, cuando Lincoln anunció su nombramiento en la sala de la Casa Blanca donde se reunía el gabinete, Lincoln pronunció un breve pero detallado discurso. “Con este alto honor recae sobre usted una responsabilidad acorde. He aquí que el país confía en usted, y asimismo, con el favor de Dios, lo respaldará. No necesito añadir que, junto a esto que digo en nombre de la nación, va mi caluroso asentimiento personal”.

[2] Grant había escrito una respuesta en la mitad de una hoja de papel pero la leyó tan entrecortadamente que sus palabras no fueron registradas.

Al día siguiente de su nombramiento, el Departamento de Guerra de Estados Unidos anunció que Halleck cesaba en sus funciones como general en jefe, pero que sería reasignado al nuevo cargo de jefe del estado mayor. Así pues, quedó inaugurada en Estados Unidos la que devendría la organización estándar de un sistema de mando moderno, con Lincoln como comandante supremo, Grant como jefe de operaciones, y Halleck como administrador militar principal. A lo largo del siguiente siglo, la estructura del alto mando de todos los ejércitos grandes se ajustaría a este esquema, comenzando por el ejército prusiano, donde, entre 1870 y 1871, Bismarck ejerció de comandante supremo y Moltke el Viejo como jefe de operaciones. La racionalización de las fuerzas armadas nacionales, o federales, como las llamaba Grant, era fundamental, pues a sus órdenes, en el momento en que asumió el cargo de general en jefe, había diecisiete comandantes de la Unión y 533.000 hombres. El ejército más importante era el del Potomac, que aún permanecía en el norte de Virginia delante del ejército de Lee, pero sin llevar a cabo de momento operaciones ofensivas. La situación militar en las demás zonas estaba determinada por los despliegues de de la Confederación, que incluían principalmente el del Ejército de Tennessee de Johnston en Dalton (Georgia), en el ferrocarril Western-Atlantic, el cual se extendía desde Chattanooga hasta Atlanta. La otra gran fuerza confederada en el Oeste era el cuerpo de caballería a las órdenes de Nathan Bedford Forrest, ubicado en el este de Tennessee. Forrest era un peligro potencial, pues podía atacar incluso hasta Cincinnati, pero en tanto estuviese separado de cualquiera de los grandes

ejércitos confederados –el de Lee y el de Johnston–, no llegaba a multiplicar el poderío confederado.

Como general en jefe, Grant podía ahora plantearse qué operaciones de gran envergadura llevar a cabo. Su primera acción en el alto mando fue regresar al Oeste, para hablar con Sherman, quien, a instancias suyas, había sido nombrado su sucesor. Grant ya había identificado a Sherman como el más competente de sus subordinados, un verdadero ganador de batallas con un temperamento infatigable. Asimismo había hecho promover a Sheridan, otro general del oeste que se había ganado su estima, para que viniese al este como comandante de la caballería del Ejército del Potomac, en sustitución de Pleasanton, quien era competente pero carecía de la agresividad que tanto valoraba Grant.

Durante su visita a Sherman, Grant expuso en líneas generales la filosofía de las que él pretendía que fueran las últimas etapas de la guerra. Esta coincidía con la ahora firme concepción estratégica de Lincoln –y acaso estaba inspirada en ella–, conformada por ensayo y error a lo largo de tres años de frustración. Lincoln en 1861 no sabía nada de guerra, pero la cruel experiencia le había enseñado algunos puntos esenciales que él sostenía con la fuerza de una convicción inquebrantable. Había abandonado por completo la idea convencional de que tomar la capital enemiga redundaría en la victoria. Ahora percibía acertadamente que solo la destrucción del principal ejército del Sur acarrearía la derrota de la Confederación, y a dicha percepción sumaba la creencia de que ello podría lograrse atacando al enemigo en varios puntos simultáneamente.

Esto es lo que los franceses han llamado una “solución rica” al problema de la Guerra de Secesión, solo al alcance del bando con mayor número de soldados y varios ejércitos, en oposición a la estrategia del Sur de un “poder pobre”, con menos tropas y tan solo un ejército, o como mucho uno y medio. Halleck, un pensador militar extremadamente ortodoxo, había afirmado que la respuesta adecuada a la rebelión era concentrar la fuerza del Norte en puntos decisivos: “Operar en las líneas exteriores contra un enemigo que ocupa una posición central fracasará, como ha fracasado en noventa y nueve casos de cada cien. Está contraindicado por absolutamente todas las autoridades militares que he leído”. Lincoln casi

no había leído libros de ciencia militar, y Grant había aprobado el reconocidamente incompleto plan de estudios de West Point eludiendo la mayoría de ellos. Un mérito de West Point fue que sus enseñanzas, aunque hasta cierto punto anquilosadas, eran prácticas –matemáticas e ingeniería–, y de hecho resultaron útiles, sobre todo durante los intentos de Grant por alterar la geografía del valle del Mississippi en 1863. Una doctrina de la cual Grant pudo imbuirse, pero no lo hizo, fue la de la batalla decisiva, que de un solo golpe resolvía y ponía fin a un conflicto. Esta doctrina ha sido llamada napoleónica, y con razón. Napoleón fue un maestro de la gran batalla y su nombre está asociado con varias que dieron fin a conflictos y alteraron la historia. Lee aspiraba a librar tales batallas y a poner fin a la guerra con la Unión mediante una única y aplastante victoria, como había terminado Napoleón el conflicto con Prusia en 1806 al ganar las batallas de Jena y Auerstedt, y casi había puesto fin a la guerra con Rusia al pelear en Borodino en 1812. Sin embargo, a la larga, Napoleón había sido víctima de su propio método, pues la batalla verdaderamente decisiva de las guerras napoleónicas fue la de Waterloo. Por otra parte, desde 1815 hubo solo, si acaso, unas pocas batallas decisivas. De hecho, la era de las batallas decisivas se acercaba a su fin. Todavía habría varias durante las guerras de unificación de Prusia entre 1866 y 1871, como la victoria de Königgrätz-Sadowa contra Austria, y Sedán contra Francia en 1870. Hacia el final de esta era, los estados tendían a negar al enemigo la oportunidad de librar una batalla decisiva aumentando el tamaño de sus ejércitos hasta el punto de que fuera difícil, si no imposible, aniquilarlos en un único combate, y al mismo tiempo recurrían a tácticas heterodoxas que involucraban al oponente en una guerra de guerrillas, o a la táctica de la guerra prolongada en caso de ser derrotado el ejército principal. Entre 1870 y 1871 Francia escamoteó a Prusia la definición del conflicto recurriendo a una guerra en las provincias con fuerzas irregulares tras la derrota de Sedán.

A mediados de 1863, la Unión se acercaba al punto en que tendría que decidir qué acciones militares pondrían fin a la guerra: persistir en el objetivo de una decisiva batalla final o algún otro método menos directo. Asimismo, la Confederación, que estaba perdiendo a toda prisa la

capacidad de librar y ganar batallas de gran magnitud, tenía que considerar la posibilidad de recurrir a tácticas guerrilleras prolongadas para evitar la derrota. Las instrucciones que Grant dio a Sherman durante su visita a los ejércitos del Oeste tras su nombramiento como general en jefe no tardaron en forzar a la Confederación a librar una guerra en pequeña escala y de baja intensidad dentro de su propio territorio, en lugar de una guerra convencional entre ejércitos en su frontera. Las instrucciones escritas de Grant para Sherman eran “avanzar contra el ejército de Johnston, dispersarlo y adentrarse en el territorio enemigo hasta donde se pueda, infligiendo todo el daño posible a sus recursos bélicos”. Sherman estaba enteramente dispuesto a ejecutar aquellas instrucciones, pues ya había llegado a la conclusión de que el modo más rápido de vencer a la Confederación era hacer sufrir a sus pobladores.

A Meade, al mando del Ejército del Potomac, Grant le envió la siguiente orden: “Vuestro objetivo será el ejército de Lee. Dondequiera que Lee vaya, allá irá usted”. Grant ya había decidido, con la aprobación de Lincoln, asentar su cuartel general junto a Meade, dejándole tanta libertad de acción como fuese posible. Esto requería de un buen tino que este no siempre lograba tener. Meade se quejaba con frecuencia en cartas a su mujer de que cualquier logro del Ejército del Potomac la prensa se lo atribuía a Grant, y cualquier fracaso a él. No obstante, las intenciones de Grant eran justas y honestas, y ambos hombres mantuvieron una relación estable y funcional durante el resto de la campaña en el Este.

Entretanto, en el Oeste, Sherman estaba iniciando la que sería la campaña decisiva de la guerra.

---

1 Johnson y Buel, ob. cit., p. 671.

---

2 U. S. Grant, ob. cit., p. 469.

## XIV

### LA CAMPAÑA TERRESTRE Y LA CAÍDA DE RICHMOND

*P*uede que Josiah Gorgas presintiera después de Gettysburg que la Confederación se tambaleaba, pero no se hallaba abocada a la destrucción. Como podría haber dicho Adam Smith, cabe muchísima destrucción en un país. Norteamérica se encontraba aún llena de soldados confederados, que estaban armados y abastecidos de lo necesario para luchar y cuya moral, pese a la pérdida de Vicksburg y la derrota de Gettysburg, se mantenía alta. Lincoln, ansioso por ver completada la victoria de Gettysburg, exhortó a Meade a hostilizar al ejército de Lee hasta destruirlo, pero Meade perdió su oportunidad. Su persecución del Ejército del Norte de Virginia fue letárgica. Debió haber acorralado a Lee contra el Potomac mientras este se retiraba hasta la línea de Virginia; pero aunque los puentes de Williamsport habían sido destruidos, Meade vaciló en atacar la defendida cabeza de puente del enemigo, temiendo una resistencia feroz, lo que concedió a Lee el tiempo suficiente para improvisar un puente con los troncos de un almacén desmantelado, cruzar y escabullirse durante la noche del 13 al 14 de julio. Lee se retiró entonces hasta el Rappahannock, y allí permaneció, vigilado por Meade, intercambiando disparos ocasionalmente pero sin entablar combate, durante los siguientes cinco meses.

“Poco después de la medianoche, del 3 al 4 de mayo [de 1864], el Ejército del Potomac salió de sus posiciones al norte del Rapidan, para iniciar aquella memorable campaña que culminaría con la captura de la capital confederada y del ejército que la defendía”, anotó Grant en sus memorias.

[1] Aunque ahora era general en jefe, su cuartel general se hallaba en el Ejército del Potomac, a cuyo comandante, el general George Meade,

Grant había decidido otorgar la mayor independencia posible. Sin embargo, era inevitable que Meade ejerciese esta libertad de acción en consulta con su superior, y así lo hizo. Grant determinó también el curso de la inminente campaña, así como las operaciones de los ejércitos subordinados, el de Butler en el río James, el de Sigel en el valle de Shenandoah, y el de Banks en el Golfo. Sherman, al frente del otro gran ejército de la Unión, no se hallaba bajo una supervisión tan detallada, pero la dirección general de su avance estaba supeditada al objetivo principal de la campaña de 1864. Al marchar a través de Georgia y las Carolinas, Sherman estaría en camino de contactar con Grant, quien estaría combatiendo para abrirse paso en dirección sur hacia el centro de Virginia.

Pero, pese a la ausencia de efectos negativos inmediatos, después de Vicksburg y Gettysburg el juicio del intendente de guerra rebelde era correcto. En julio de 1863 la guerra tomó un rumbo fatal para el Sur. Retrospectivamente resulta fácil ver lo que había sucedido. Dos áreas de vital importancia para la supervivencia del Sur se habían perdido o su defensa se hallaba en peligro. Una de estas áreas era el norte de Virginia, que la decisión de Lee de invadir Maryland y Pensilvania había convertido en una zona crítica como defensa de vanguardia, o glacis, para la Confederación. Su geografía dificultaba su uso para una campaña ofensiva por parte de la Unión; su estrechez y su plétora de ríos cortos que desembocaban en la bahía de Chesapeake proporcionaban al defensor una sucesión de excelentes líneas de defensa. McClellan, aunque no formuló expresamente esta percepción, había visto correctamente desde el principio que utilizar el Ejército del Potomac para avanzar entrecortadamente hacia el sur de un río a otro provocaría el desgaste de sus fuerzas y beneficiaría a los confederados. Su plan de eludir completamente esta región mediante un movimiento anfibio pero de flanqueo hacia la península de Virginia fue brillante en términos de estrategia, y nadie le ha dado nunca el crédito debido. Su retirada de Harrison's Landing después de los Siete Días fue, por el contrario, un grave error estratégico. De haberse mantenido abiertos los desembarcaderos, Richmond habría quedado expuesta a una amenaza

permanente, con consecuencias sumamente beneficiosas. Aquella retirada brindó a Lee la oportunidad de organizar sus dos invasiones en el Norte y reconquistar el territorio por el que tanto tiempo y a tan alto costo hubo que pelear durante 1864.

Sin embargo, incluso al iniciar su avance contra Virginia en mayo de 1864, Grant mantenía el más sano respeto por el ejército de Lee. Aunque su comandante había perdido a sus subordinados más talentosos, Grant dudaba que el Ejército del Norte de Virginia pudiera ser acorralado contra algún obstáculo o privado de su línea de retirada. Lee era demasiado hábil y su ejército estaba demasiado adaptado a sus métodos para llegar a verse atrapado a campo abierto. Grant había decidido que el único modo seguro de vencer al enemigo era reduciendo despiadadamente su número de combatientes. Él siempre había estado exento de sentimentalismo respecto a la naturaleza de la guerra, la cual despreciaba sinceramente. Había odiado la Guerra de México, por parecerle un acto de agresión injustificada. Y le disgustaba todo acerca de la Guerra de Secesión hasta ese momento; pero había aprendido a sobrellevar aquel coste emocional. Lo que lo sostenía era que la rebelión le disgustaba más que el derramamiento de sangre. Si la sangre era el precio de la restauración de la Unión, él la derramaría. Con esta disposición de ánimo partió rumbo al sur desde el Rapidan en mayo de 1864.

Su primer punto de encuentro con Lee garantizó que el coste de la batalla fuese alto. El terreno en el que ambos ejércitos se encontraron fue el denso bosque de la Jungla, tierras de labor abandonadas en las que había crecido un bosque secundario, donde Lee y Hooker se habían enfrentado en la batalla de Chancellorsville en 1863. Lee encontró a Grant primero y atacó. Bajo la densa espesura era difícil maniobrar, aunque Longstreet logró efectuar un eficaz ataque lateral, y el combate se redujo a disparar una andanada cada vez que la visibilidad permitía ubicar al enemigo. Aquellas circunstancias, las mismas que habían permitido que Stonewall Jackson fuese disparado por sus propias tropas en Chancellorsville, provocaron otro error similarmente costoso. Los confederados dispararon contra Longstreet, quien también resultó herido en el brazo; pero la herida, aunque grave, no resultó fatal. La Jungla sí

resultó fatal para muchos otros. Grant había esperado poder cruzarla en un solo día y proseguir para enfrentarse a Lee a campo abierto. Meade, sin embargo, se retrasó a causa de la gran caravana de transporte del Ejército del Potomac y, al no querer separarse de ella, se convirtió en blanco del ataque de los confederados.

Gettysburg había puesto fin al uso del norte de Virginia como zona de contención estratégica de los confederados. La pérdida de Vicksburg fue peor. Esta inauguró el ahuecamiento del Sur, la captura de bases y líneas de comunicación en el corazón de la Confederación desde las cuales fuera posible organizar campañas para agrandar el vacío en el interior del Sur y destruirlo desde dentro. También significó el fin de las esperanzas del Sur de organizar contra el Norte una amenaza estratégica equivalente a la orquestada por Grant al emprender su campaña para capturar la línea del Mississippi y partir por el centro la Confederación. Sus posibilidades de éxito, dada la relativa inferioridad del Sur en cantidad de tropas y recursos, nunca fueron las mismas que cuando el Norte partió en dos la Confederación.

Grant había procurado ansiosamente evitar como escenario de combate la Jungla, donde el ejército de la Unión había sufrido tan graves bajas en el mayo anterior. Lee, pensando que su ejército, por ser más reducido, se hallaría en menor desventaja entre la enredada maleza del bosque, estaba dispuesto a arriesgarse a combatir allí. Se daba cuenta de que el enemigo se hallaba peligrosamente cerca de Richmond y que, si maniobraba exitosamente, acaso podría salir de la Jungla y situarse en el campo abierto que llegaba, atravesando los pequeños ríos de la costa de Chesapeake, hasta las afueras de la capital. A lo largo de un día de intensos y confusos combates, el 5 de mayo las fuerzas de la Unión fueron empujando hacia el sur a los confederados, a los que superaban en número, y ya por la noche habían conquistado un terreno desde el que podrían caer al día siguiente sobre el flanco derecho de Lee.

Lee planeó un ataque a la misma hora en el mismo sector. Pero el Ejército del Potomac atacó primero, haciendo retroceder a la vanguardia confederada a través del bosque, hasta que los dos bandos se enfrentaron a ambos lados de un pequeño claro donde Lee tenía su cuartel general. Las

circunstancias del campo de batalla eran ahora caóticas; el monte ardía y amenazaba a los muchos heridos con la muerte. El éxito de la Unión se había debido en parte a la ausencia de la masa confederada del cuerpo de Longstreet, que se hallaba en camino desde Tennessee. Justo a tiempo, su vanguardia apareció; el propio Lee intentó conducirla al combate. Los tejanos que conformaban la unidad contuvieron a Lee con gritos de consternación, y al ir llegando más de sus compañeros la suerte del combate se revirtió. En dos horas de lucha, los hombres de Lee hicieron retroceder a las unidades de Meade casi hasta su punto de partida. Los confederados se valían de su conocimiento del terreno. Uno de los brigadieres de Lee sabía de la existencia de un ferrocarril inconcluso, a lo largo del cual Longstreet condujo a cuatro de sus brigadas a atacar el flanco de la Unión. Consiguieron tomarlos por sorpresa. En la refriega que sobrevino, las unidades confederadas colisionaron entre sí inesperadamente y, tal como ocurriera en Chancellorsville en 1863, un tirador confederado disparó por error contra uno de los suyos. Longstreet fue herido en el cuello por una bala que, aunque no lo mató, lo incapacitó gravemente y lo mantuvo alejado de la acción durante varios meses.

La herida de Longstreet restó ímpetu al ataque de los sudistas, hasta que Lee logró reorganizar sus enredadas líneas. Al caer la tarde uno de sus brigadieres descubrió que el flanco de Grant estaba expuesto y, por iniciativa propia, obtuvo permiso para lanzar un ataque, durante el cual fueron capturados dos generales de la Unión. Grant, sin embargo, se negó a dejarse llevar por la agitación que cundió. Por el contrario, se puso a elaborar los planes de ataque de la Unión para el día siguiente.

En todas sus anteriores batallas en el norte de Virginia, el Ejército del Potomac estaba acostumbrado a ser conducido hasta la orilla norte de uno de los ríos vecinos para establecer una posición defensiva en la cual descansar y reabastecerse tras un enfrentamiento intenso. En los días que siguieron a la batalla en la Jungla, donde hubo un total de 17.500 bajas (las pérdidas confederadas fueron 7.750), los soldados se sorprendieron cuando Grant y su estado mayor los alcanzaron, cabalgando hacia el sur en orden de batalla, como pronto se hizo evidente, para reanudar la ofensiva. Su objetivo, dieciséis kilómetros al sur de la Jungla, era el

juzgado de Spotsylvania. Si lograba tomarlo, estaría más cerca de la capital confederada que el Ejército del Norte de Virginia, y ocuparía una posición que obligaría a Lee a atacar o a retirarse. Durante el 7 de mayo hubo escaramuzas entre los ejércitos, sin que llegara a desencadenarse ningún combate serio, y Grant envió sus columnas de suministros y su artillería pesada a la retaguardia; Meade recientemente había intentado reducir su caravana logística, pero al atravesar la Jungla esta contaba aún con cuatro mil carromatos. Esta sobreabundancia aseguraba que sus soldados estaban tan bien alimentados que podían marchar a base de raciones pequeñas durante unos pocos días sin dificultad. Durante la noche del 7 de mayo, las divisiones de combatientes también fueron puestas en marcha. Los soldados, para su sorpresa, se percataron de que avanzaban en vez de retroceder. Algunos comenzaron a cantar. Pese a la certidumbre de la batalla, se sentían estimulados por el cambio de atmósfera que había traído Grant al asumir el mando.

Un avance de caballería complementó el avance de la infantería. Los diez mil jinetes de Sheridan partieron hacia el sur para hostigar la línea de comunicaciones de Lee. Les salieron al paso sus viejos enemigos, el cuerpo de caballería de J. E. B. Stuart, que los desafiaron a combatir. Finalmente lo hicieron, el 11 de mayo en Yellow Tavern, después de que Sheridan causara bastantes estragos en los ferrocarriles y almacenes de suministros locales. La caballería de la Unión estaba ahora mucho mejor armada que sus adversarios, pues cada uno de sus hombres tenía una carabina de repetición. El encuentro en Yellow Tavern resultó un fácil triunfo para los hombres de Sheridan, quienes dispersaron a los jinetes de Stuart en distintas direcciones. Durante el tiroteo, Stuart recibió una herida mortal; su muerte fue un golpe casi tan grave para Lee como la de Jackson un año atrás.

Mientras tanto, el 9 de mayo los dos ejércitos en marcha se habían encontrado en Spotsylvania. El plan de Grant era flanquear a Lee por el este y así situarse en el camino de Richmond, ahora a solo sesenta y cuatro kilómetros de distancia, aunque todavía defendido por los ríos cortos que habían sido la plaga de las campañas en el norte de Virginia desde los primeros días de la guerra. Pero no sería el agua lo que crearía obstáculos

decisivos en Spotsylvania, sino la tierra. El Ejército del Norte de Virginia, tan pronto supo que tendría que pelear, había fortificado su frente con trincheras y obstáculos de madera. En los doce meses anteriores cavar se había convertido en un preparativo automático para el combate en ambos ejércitos, aunque quizá más del lado sudista, que no podía permitirse tantas bajas en las andanadas a corta distancia como la Unión. Inusualmente, la táctica del atrincheramiento no parece que hubiera sido impuesta desde arriba, sino adoptada como medida de autoprotección por los propios soldados. Los obstáculos preexistentes habían jugado un papel muy claro en la victoria confederada en Fredericksburg: el camino amurallado al pie de los cerros de Marye había mantenido a distancia a los norteros mientras estos caían por centenares bajo el fuego enemigo. Sin embargo, la excavación intencionada del campo de batalla había comenzado antes. Ambos bandos habían excavado extensivamente durante la Campaña Peninsular. Una parte de estas zanjas tuvo como objetivo construir defensas de asedio estándares alrededor de Richmond. Pero otra parte fueron atrincheramientos “improvisados”, cavados para defender una posición antes de un inminente tiroteo. En Beaver Dam Creek (Mechanicsville), las tropas de la Unión habían construido barricadas de madera, llamadas *abatidas*, para mantener a distancia a los confederados, y al día siguiente levantaron extensas barricadas a lo largo de Boatswain Creek. La abundancia de madera en la Norteamérica del siglo XIX era una enorme ventaja para cualquiera de los dos bandos que se estuviera defendiendo. Aun cuando la batalla no se libraba en un bosque, como en Shiloh, Chancellorsville o la Jungla, también había troncos disponibles. Por aquella época las vallas de los campos solían estar hechas de troncos partidos a lo largo, y con solo cortarlas en trozos proporcionaban el material para *abatidas*, barricadas y *chevaux-de-frise*. Los granjeros norteamericanos derrochaban en el uso de los troncos, que de todos modos había que derribar para crear tierras de labor. La tala cotidiana aportaba enormes cantidades de madera ya trabajada que podía usarse de inmediato en obras de ingeniería militar.

Aunque a la larga el impulso por fortificar se implantó solo entre los soldados, por la más poderosa de las razones, la de salvar sus propias

vidas, también era parte de la mentalidad militar de los oficiales regulares. West Point era una escuela de ingeniería, y el profesor de esta materia, Denis Hart Mahan, padre del estratega estadounidense más importante del siglo XIX, Alfred T. Mahan, era un defensor de las obras de ingeniería en el campo de batalla. Después de estudiar la guerra europea contemporánea, extrajo de sus estudios la doctrina de que las crecientes bajas en combate provocadas por el fuego de largo alcance solo podían reducirse si los soldados cavaban. Algunos de sus alumnos tomaron nota. Ya en 1864 estaban cavando, y fortificando sus excavaciones con troncos cortados, sin ningún incentivo por parte de sus superiores. En Spotsylvania, los soldados de Lee construyeron el atrincheramiento más fuerte que se vio en los campos de batalla de toda la guerra. Grant intentó flanquear sus defensas el 9 de mayo y no lo consiguió. El 10 de mayo envió una fuerza superior a lanzar otro de sus costosos asaltos frontales. El ataque repelido por la izquierda del enemigo tuvo más éxito por el centro, donde el joven general Emory Upton ordenó a las tropas de asalto que intentaran una nueva táctica. Formó sus doce regimientos en cuatro líneas, con instrucciones de no disparar sus rifles hasta estar encima de las trincheras enemigas, las cuales debían ser arrasadas con las bayonetas. Los siguientes regimientos tenían que cruzar hasta la próxima línea de trincheras enemigas, y así sucesivamente, hasta abrir y ensanchar una brecha en el corazón de la posición enemiga. Upton, aunque no podía saberlo, estaba anticipando una solución al problema de arrasar posiciones atrincheradas que se presentaría sesenta años después en el Frente Occidental durante la Primera Guerra Mundial. Los hombres de Upton hicieron mil prisioneros y abrieron una amplia brecha en el frente de Lee. Luego el ataque fracasó, por una razón que se repetiría a menudo en la Primera Guerra Mundial. La división de apoyo que debía sacar partido de aquel triunfo se demoró en avanzar y, cuando por fin entró en acción, fue recibida con un fuego concentrado de artillería y se retiró con numerosas bajas.

El 11 de mayo Grant decidió lanzar un ataque general contra la posición confederada, escogiendo como blanco un saliente que los defensores llamaban por su forma *Mule Shoe* [Herradura de Mula]; su ápice daría en

llamarse *Bloody Angle* [Esquina Sangrienta]. Del 12 al 13 de mayo tuvo lugar una horrenda batalla cuerpo a cuerpo durante dieciocho horas, sin que ningún bando cediera terreno. Se dispararon enormes cantidades de municiones a corta distancia, con las trincheras llenas hasta el borde de muertos y heridos cuya sangre teñía el suelo de rojo. Los confederados no se retiraron sino hasta después del anochecer. En la semana que terminó aquel 12 de mayo, el ejército de Grant había perdido 32.000 hombres entre muertos, heridos y desaparecidos, más que en cualquier otra semana de combates durante la guerra hasta ese momento. Los confederados, a pesar de hallarse a la defensiva y detrás de las trincheras, habían perdido más de 18.000 hombres. Algunos acusaron a Grant de adoptar una estrategia de desgaste –un término que aún no se empleaba–, pero no era esa su intención. Él continuaba intentando encontrar una ruta directa hacia Richmond, o un campo abierto en el que obligar a Lee a pelear en condiciones en las que la superioridad numérica de la Unión decidiera el desenlace. Como Lee había atajado hábilmente todas sus maniobras con contramaniobras, Grant se había visto forzado a librar batallas campales en circunstancias favorables a los confederados. Las aterradoras bajas de la segunda semana de mayo de 1864 fueron la inevitable consecuencia. No solo los soldados rasos pagaron el precio. Lee perdió veinte generales en los veinte días que culminaron en la Esquina Sangrienta. James McPherson comenta que este episodio marcó de forma ostensible a los supervivientes que permanecieron en las filas. Se los veía delgados y pálidos; muchos presentaban síntomas de lo que se llamaría neurosis de guerra en la Primera Guerra Mundial y fatiga de combate en la Segunda.

Spotsylvania no fue el fin de la terrible experiencia de la Campaña Terrestre. Más ansioso que nunca por llegar hasta Richmond, Grant envió su ejército a avanzar desde Spotsylvania hasta el río North Anna, un afluente del Pamunkey, que rodea el acceso norte de Richmond. Sus meandros brindaban un firme apoyo a los flancos de Lee; cuando Grant, en pos de la retirada de Lee de Spotsylvania, apareció el 23 de mayo, este repelió fácilmente sus ataques. El objetivo de Grant al retirarse de Spotsylvania y marchar hacia el sur era enfrentarse a Lee a campo abierto o, si este rehuía el combate, encontrar el modo de rodear el flanco derecho

de Lee y seguir avanzando hacia Richmond por el estrecho corredor entre los ríos Chesapeake y James. Para iniciar este episodio de la Campaña Terrestre, envió al segundo cuerpo de Hancock, el mejor y más fuerte del Ejército del Potomac, a avanzar a lo largo de la carretera llamada Telegraph Road. Sus cálculos eran que, una vez que Lee se percatara de que había un solo cuerpo de la Unión actuando independientemente del grueso de las tropas, haría salir a sus soldados de los terraplenes que, como ya se había vuelto norma, los confederados habían empezado a cavar a lo largo de la orilla opuesta del North Anna, y se arriesgaría a combatir a campo abierto. Tan pronto como Lee fue informado del movimiento de Grant, ciertamente ordenó al Ejército del Norte de Virginia a abandonar Spotsylvania y dirigirse a North Anna. Continuaba confiando en que él y su ejército eran capaces de derrotar al enemigo. Era demasiado optimista. La fuerza de su ejército mermaba y ahora sumaba solamente, tras las terribles bajas en Spotsylvania, 40.000 hombres, aunque estaba esperando 13.700 de refuerzo provenientes de Richmond. Había perdido a su leal comandante de caballería J. E. B. Stuart, y su mejor subordinado, James Longstreet, seguía convaleciendo de las heridas sufridas en la Jungla; peor aún, el propio Lee ahora mostraba señales de tensión y agotamiento, lo que no era de extrañar en vista de la dura prueba que le imponía la frecuencia de los combates en esta campaña, y las angustias por la pérdida de suministros y soldados.

La tarde del 22 de mayo de 1864, todo el Ejército del Norte de Virginia se había estacionado en la orilla sur del North Anna. Aquello no era lo que Grant había esperado. Ahora tenía que desalojar a los confederados de su posición si quería reanudar su avance sobre Richmond. Durante el 23 de mayo las tropas de la Unión, aunque a un costo considerable, lograron cruzar el North Anna en varios puntos, pero dejaron gran parte de la orilla sur en manos confederadas. Por desgracia para Grant, el ingeniero jefe de Lee, el general Martin Luther Smith, convenció a este de que su precaria situación podía salvarse si se cavaban trincheras a toda prisa a lo largo del río y sobre Telegraph Road. El Ejército del Norte de Virginia ya era experto en atrincheramientos rápidos y completó esta tarea durante la noche del 23 de mayo, de modo que en la mañana del 24 Grant se

enfrentó a una nueva y difícil situación. Ambos flancos de Lee estaban rehusados, es decir, girados desde la línea principal del frente sobre el río. Lee y Smith planeaban infligir derrotas a los federales cuando estos perdiesen cohesión al maniobrar para atacar el foco independiente de la posición confederada. Las últimas etapas de la batalla del 24 de mayo resultaron desastrosas para la Unión. Sus unidades fueron rechazadas y sufrieron numerosas bajas. El frente se desorganizó. Por la tarde del 24 de mayo, los confederados tuvieron una oportunidad de lanzar un contraataque concentrado y parar en seco el avance de la Unión. Lamentablemente para su ejército, Lee fue víctima de las tensiones de la campaña y cayó enfermo. Recriminaba, desde su lecho, a sus subordinados: “Tenemos que atacar [...] Tenemos que atacar”. Pero él no estaba en condiciones de dar las órdenes necesarias, y ninguno de sus subordinados era capaz de hacerlo. La batalla comenzó a declinar. El resto del 24 de mayo y durante todo el día 25 los confederados estuvieron montando contraataques parciales sobre las posiciones tomadas por un enemigo mucho más fuerte, en tanto Grant ensayaba movimientos para rodear los terraplenes confederados por el este y reanudar el avance por Telegraph Road. El 27 de mayo, Lee, aún débil físicamente, reconoció que había perdido la oportunidad de infligir graves daños al ejército de Grant, y que el suyo no podía defender por más tiempo la posición del North Anna. Ordenó abandonar las trincheras y buscar una nueva posición, más al sur, y ominosamente más cercana a Richmond, donde poder resistir el avance de Grant. La ruta escogida lo llevó hasta las encrucijadas de Cold Harbor.

La batalla de North Anna, aunque no fue tan costosa comparada con la mayoría de las de la Campaña Terrestre (2.100 bajas de la Unión, 1.250 confederadas), resultó decisivamente dañina para el Sur. Al no poder defender el río e infligir un serio revés al enemigo, Lee había perdido su última oportunidad de mantener a la Unión lejos de las defensas de Richmond. En Cold Harbor, volvió a pelear una vez más en el terreno de las batallas de los Siete Días de 1862.

Grant pasó el resto de mayo intentando flanquear a Lee por el lado de Tidewater. Lee, aunque obligado a ceder territorio, se replegó desde una

posición segura en el Pamunkey hasta otra en el Totopotomoy.

Estas dos pequeñas vías fluviales defendieron los flancos de Lee en la siguiente y casi final etapa de la Campaña Terrestre. Grant había decidido que el sitio de su próximo combate sería un cruce de caminos llamado Cold Harbor. Se encuentra cerca de Mechanicsville al nordeste de Richmond, y fue escenario de una de las primeras batallas de los Siete Días de 1862. Lee llevaba la delantera y, pese al intenso hostigamiento de la caballería de Sheridan, consiguió atrincherar un frente de once kilómetros entre el Pamunkey y el Totopotomoy. Había repuesto sus pérdidas, pero también lo había hecho Grant, en parte reconvirtiendo algunos regimientos de artillería pesada en infantería. Lee pidió refuerzos a Richmond, pero pese al fracaso de la campaña de Sigel en el valle de Shenandoah y a la reclusión de Butler en la zona de Bermuda Hundred, no había tropas para enviar. Lee tendría que defender la posición de Cold Harbor con las fuerzas que tenía a mano, que ahora sumaban, tras recibir todos los refuerzos disponibles, alrededor de sesenta mil. Grant contaba con más de cien mil soldados, pero su ataque estuvo descoordinado. Se abstuvo de ordenar un ataque frontal contra la que reconoció como una muy sólida posición enemiga, pero creía –erróneamente– que el Ejército del Norte de Virginia estaba al límite de su resistencia, y esperaba coronar con una clara victoria el resultado de las inminentes elecciones presidenciales. Grant comenzó el ataque en medio de la oscuridad el 1 de junio, luego este se interrumpió durante todo el día. Al amanecer del 3 de junio de 1864, tres cuerpos del Ejército del Potomac atacaron. El resultado fue una calamidad, peor que Fredericksburg. Lo que frustró las esperanzas de victoria de Grant fueron los preparativos con que los hombres de Lee procuraron hacer inexpugnables sus posiciones. La lucha durante los primeros días de junio había sido tan intensa que lo que ocurría en el campo de batalla había impedido a Grant y a Meade ver cuán hábilmente el Ejército del Norte de Virginia había preparado el terreno que defendía. Intensas escaramuzas en Haw's Shop, a lo largo del Totopotomoy, en el Matadequin, en Bethesda Church y en el propio Cold Harbor, escaramuzas que bien podrían haber sido denominadas como batallas por derecho propio, no solo habían frenado el avance de Grant sobre

Richmond, sino que habían solidificado el control confederado de un terreno altamente defendible, un laberinto de pantanos, matorrales y barrancos, que les había permitido excavar un frente cóncavo, una curva con otras dos concavidades subordinadas, totalmente cubiertas por miles de rifles y docenas de piezas de artillería; el frente tenía unos once kilómetros de largo, y sus extremos descansaban en el Totopotomoy y el Chickahominy, por lo que no era susceptible de ser rodeado. Solo podía ser atacado frontalmente, aunque por dónde atacarlo era algo que intranquilizaba a los comandantes de la Unión, quienes trataban de escudriñar qué se ocultaba tras el muro de vegetación que se alzaba ante sus hombres. Al inicio del enfrentamiento en Cold Harbor, una semana antes del 1 de junio, un soldado de la Unión del 110º regimiento de Ohio se había referido al escenario de la acción como “este sitio con aspecto de jungla”; el entorno de las descuidadas tierras de labor de Richmond realmente recordaba al de la Jungla, más al norte, y aunque la línea que lo cruzaba había sido excavada con bayonetas, bandejas y vasos –las palas no eran una preocupación general en ninguno de los dos ejércitos y la herramienta para cavar trincheras no se había inventado todavía–, los soldados del Ejército del Norte de Virginia se habían vuelto expertos en hundirse bajo la superficie cada vez que amenazaba algún combate serio. Si bien Grant no sabía lo que tenía delante, sus órdenes para el 3 de junio fueron que el decimoctavo, sexto y segundo cuerpos avanzaran a las cuatro y media de la madrugada y atacaran a lo largo de todo el frente.

El plan era atacar simultáneamente todo aquel frente de once kilómetros, pero debido a su forma cóncava la línea de la Unión no logró ejercer la misma presión en todos los puntos. El ataque divergió. También le restaba concentración el hecho de que los atacantes no podían ver claramente al enemigo, pues este se hallaba oculto detrás de parapetos o de la vegetación. Incluso a los defensores les faltaba visibilidad; Lee operaba más de oído que de vista. Cuando aumentó la intensidad del ataque, comentó a un subordinado, al incrementarse el estruendo de la mosquetería, que aquello era lo que mataba y no la artillería, cuyo rugido empezaba a hacerse oír. El fuego confederado comenzó a frustrar los esfuerzos de la Unión por llegar hasta la posición enemiga, esfuerzos que

en algunos sitios se renovaron hasta catorce veces. Los asaltos más contundentes y frecuentes fueron los perpetrados en el extremo derecho de la línea confederada por el segundo cuerpo de Hancock contra los hombres de Maryland y Alabama atrincherados a lo largo de Boatswain Creek. El fuego defensivo era tan intenso que a las seis en punto el suelo frente a los terraplenes confederados estaba cubierto con los cuerpos de muertos y heridos, mientras que los supervivientes escarbaban la tierra con cucharas y uñas procurando levantar el más mínimo refugio. En algunos lugares las tropas de la Unión llegaron hasta el parapeto enemigo y desalojaron a los confederados; pero Lee, temiendo debilidad en este punto, había posicionado su única reserva en la retaguardia, y el terreno perdido fue reconquistado, con pérdidas aún mayores para la Unión. Fue en este momento cuando el general Evander Law formuló su célebre comentario de que aquella batalla “no era guerra sino asesinato”. Los soldados de la Unión que no estaban muertos o incapacitados se refugiaron detrás de los cadáveres de sus compañeros e intentaron arrastrarse de vuelta, pero cualquier señal de movimiento atraía el fuego de los tiradores. Meade emitía órdenes a intervalos de quince minutos de continuar con los ataques, pero estas no pudieron ser obedecidas, incluso si llegaron hasta aquellos que se apretaban contra el suelo bajo el fuego confederado, y no había tropas frescas para reforzar el frente. Hacia las diez en punto ya se había vuelto obvio que el ataque era un catastrófico fracaso; obvio para las torturadas tropas del frente y progresivamente obvio para Meade y los demás superiores de la retaguardia. Meade continuaba ordenando avanzar pero sin resultado, y en algunos casos se encontró con rotundas negativas a obedecer. Aproximadamente de tres mil a siete mil soldados de la Unión habían resultado muertos o heridos, incluyendo un número desproporcionado de oficiales; la mayoría de las bajas se había producido en la primera hora del asalto de la Unión. Cuatro días después de iniciada la batalla, días invertidos en escaramuzas y disparos desde cubierto, Lee y Grant por fin acordaron una tregua para recoger a los heridos y enterrar a los muertos. Los confederados, aunque mucho mejor protegidos, habían tenido mil quinientas víctimas mortales. En el intervalo, un gran número de los heridos desatendidos había muerto

de *shock*, de pérdida de sangre o de sed.

Grant decidió suspender la ofensiva. Más tarde escribió en sus memorias: “Siempre lamenté el último asalto a Cold Harbor”. A decir verdad, toda la batalla fue lamentable, pues hizo más daño a la Unión que a la Confederación, y al final Richmond seguía estando lejos.

Grant tenía ahora que reconsiderar su estrategia para llevar aquella campaña a un desenlace, que le parecía, erróneamente, que podía ser rápido. Lo que no podía permitirse, al menos en esta etapa de la Campaña Terrestre, era otra batalla contra atrincheramientos, pues combatir detrás de terraplenes favorecía a los defensores confederados, a menudo en términos de dos o más bajas contra una. En consecuencia, después de Cold Harbor decidió dividir sus esfuerzos, lo cual sí podía permitirse dada su gran superioridad numérica. Instruyó a Sheridan que condujese su caballería a atacar el extremo sur del valle de Shenandoah, de donde venía gran parte de la comida del Ejército del Norte de Virginia, para destruir sus conexiones ferroviarias con Richmond. La incursión de Sheridan solo fue exitosa a medias, pues fue interceptado por la caballería de Lee, ahora comandada por Wade Hampton, en la estación de Trevilian y no logró unir fuerzas con las tropas unionistas del general David Hunter en el valle. Hunter, hostigado por las guerrillas confederadas, logró poco más que la destrucción del Instituto Militar de Virginia en Lexington, donde prendió fuego a los edificios antes de batirse en retirada a través de las montañas hasta el oeste de Virginia. Su desbandada fue provocada por la aparición del viejo ejército del valle de Jackson, ahora comandado por Jubal Early, quien hizo gala de extraordinaria iniciativa en el uso del valle, como lo había hecho en su día Stonewall, como una ruta de avance que amenazaba a Washington. Tras enfrentarse a Hunter en Lynchburg en junio, Early se volvió y cruzó el Potomac en julio, llegó hasta Frederick en Maryland, y procedió a sitiar las defensas de Washington, que había sido despojada de su guarnición para reforzar a las tropas de Grant en Virginia. Un contingente de la Unión, el sexto cuerpo, fue enviado de vuelta a toda prisa y llegó justo a tiempo para disuadir a Early de montar un ataque. Hubo de todos modos un combate improvisado, que fue presenciado por el presidente, su primer avistamiento de la realidad de la guerra hasta ese

momento. Otras tropas de la Unión marchaban al rescate, y Early se encontró entre dos fuegos, de modo que prudentemente decidió retirarse a Virginia y escapó sin sufrir bajas. Mas como había llegado a ocho kilómetros de la Casa Blanca, causó sensación, y reavivó el espectro de un resurgimiento militar del Sur.

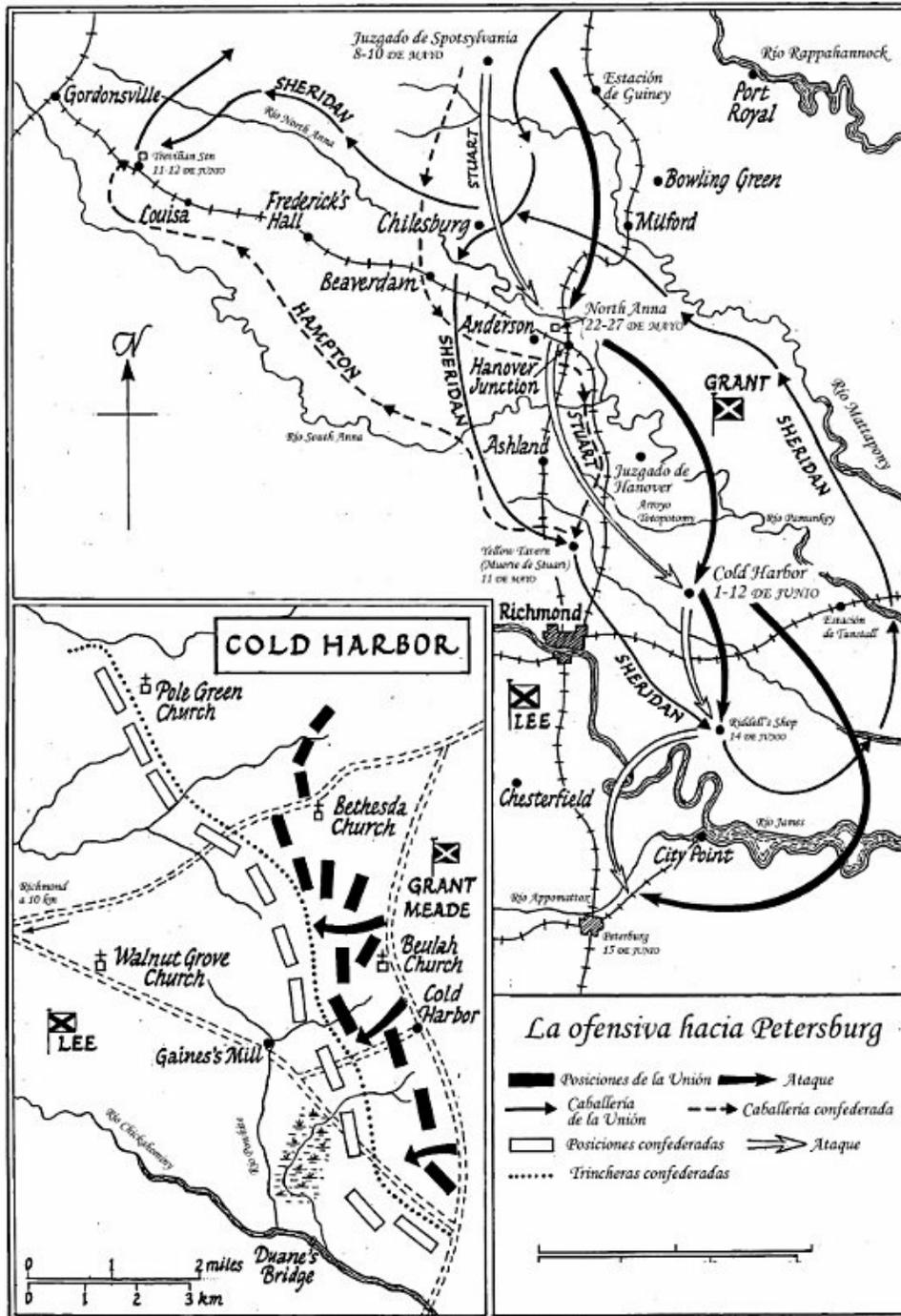
Semejante reacción ante lo que no era más que una incursión impertinente fue del todo injustificada. Era la Confederación la que estaba ahora en peligro, en peligro mortal, mientras Grant avanzaba inexorablemente hacia su capital. Lee había logrado contenerlo hasta ahora mediante su inigualable habilidad para maniobrar, llevando a su perseguidor a un terreno en el que él podía atrincherarse y librar exitosas batallas defensivas. Pero se estaba quedando sin espacio en donde continuar su juego de evasión y dilación, encerrado como estaba entre la bahía de Chesapeake, los cursos inferiores de sus ríos y las fortificaciones de Richmond. El 13 de junio Grant retiró su ejército de su posición en Cold Harbor y marchó hacia el sur, dejando Richmond al oeste, hasta que llegó al estuario del río James, donde había concertado reunirse con una brigada constructora de pontones. Lo que aconteció entonces fue un logro casi sin precedentes de ingeniería militar, el cual fue posible porque Lee, temporalmente falto de caballería, había perdido contacto con Grant y no lograba identificar su paradero. Mientras duraba su ceguera militar, la columna de pontoneros tendió un arco de un lado al otro del James, de 640 metros de largo, y de este modo el Ejército del Potomac cruzó con las botas secas, justo al este de City Point. La campaña había regresado al escenario en el que McClellan hizo su primer intento por tomar Richmond en 1862, con la diferencia de que ahora las operaciones estaban en manos de un hombre que buscaba razones para seguir avanzando, en lugar de excusas para evitar la acción. Grant comenzó a cruzar el James el 14 de junio, y ya el 15 de junio estaba desplegando los dos cuerpos más avanzados de los cinco que llevaba frente a las trincheras que defendían Petersburg, la ciudad ferroviaria de Richmond, por la que pasaban cinco ferrocarriles. Su captura dejaría a Richmond sin comunicación con el resto del Sur y garantizaría la decapitación de la Confederación.

Grant comprendió esto. Y también Lee, quien estaba decidido a hacer la

defensa de Petersburg tan tenaz como fuese posible. Treinta y dos kilómetros separaban a ambas ciudades, pero gracias a la extraordinaria habilidad para cavar del Ejército del Norte de Virginia, adquirida durante las batallas campales de la Campaña Terrestre, era posible conectarlas con terraplenes continuos que protegieran los ferrocarriles y las afueras de la propia capital. Cuando las tropas de la Unión, que habían cruzado el James mediante pontones, llegaron a las inmediaciones de Petersburg a mediados de junio, encontraron los terraplenes terminados a lo largo de dieciséis kilómetros. Los parapetos tenían seis metros de espesor; y el foso de delante, quince metros de profundidad. Las defensas incluían cincuenta y cinco posiciones artilleras llenas de cañones. Smith, el comandante de cuerpo de la Unión, no se percató de que Beauregard casi no disponía de tropas para guarnecerlas. Temiendo que se repitieran las pérdidas sufridas en anteriores ataques a trincheras confederadas, como en Cold Harbor, no quiso montar un asalto hasta la noche, y aun cuando sus soldados tomaron kilómetro y medio de trincheras, no lograron seguir avanzando, lo que permitió a Lee traer refuerzos desde Richmond. Durante los tres días siguientes, ambos bandos se reforzaron, pues Grant trajo más hombres del Ejército del Potomac desde el otro lado del James y Lee debilitó las defensas de Richmond para reforzar las de Petersburg. El 18 de junio el general Meade perdió la paciencia con sus subordinados y ordenó un avance general, pero los hombres, recordando Cold Harbor, no estaban dispuestos a correr el riesgo. Uno de los regimientos de artillería pesada que había sido reconvertido en infantería se lanzó a la carga a campo través contra los parapetos, solo para perder a tres cuartas partes de sus hombres. Entonces Meade ordenó hacer un alto, con la anuencia de Grant, quien ordenó al ejército cavar trincheras y esperar hasta que se encontrara un punto débil.

Después de esta decisión, la lucha por Petersburg y Richmond se resolvió en un empate que se anticipó a la lucha de trincheras en el Frente Occidental sesenta años más tarde, y por la misma razón: el insostenible número de bajas. Desde principios de mayo, al iniciarse la Campaña Terrestre con el combate en la Jungla, el ejército de la Unión perdió sesenta y cinco mil hombres entre muertos, heridos y desaparecidos, un

índice de bajas igual a tres quintas partes de las que había sufrido durante los tres años anteriores. Gracias a la superioridad del Norte en recursos humanos y a la eficiencia de su proceso de alistamiento, sus pérdidas aún podían ser repuestas, cosa que el Sur estaba cada vez menos en condiciones de lograr. No obstante, era imposible sostener semejantes pérdidas de manera incesante. Los informes del número de bajas en los periódicos alentaban a los regimientos cuyo tiempo había expirado, aquellos que fueron llamados a servir durante tres años en 1861, a insistir en su derecho a desmovilizarse, y también incrementaron el índice de desertión, que en su peor momento llegó a ser de cien al día. No fue nada sorprendente que la lucha por tomar Petersburg y Richmond derivara durante la segunda mitad del verano de 1864 en un asedio, en el que las fuerzas de la Unión procuraban rodear Richmond por el oeste y los defensores extendían sus trincheras para impedirlo. El Ejército del Potomac también trató de cortar los ferrocarriles que llegaban a la ciudad, y su caballería destrozó muchos kilómetros de vías de Weldon y South Side. Pero los soldados de caballería no pudieron montar un bloqueo permanente de las líneas de comunicación, pues los confederados volvieron a poner en marcha los ferrocarriles, un logro extraordinario dada la escasez de casi todo tipo de equipamiento ferroviario, sobre todo de rieles y clavos de línea. El Sur ya estaba canibalizando los ferrocarriles menos esenciales para conseguir rieles para las conexiones vitales. Había también otros recursos. Un ferrocarril de Texas que se había quedado sin locomotoras mantenía el tráfico mediante bueyes que tiraban de los vagones. Durante casi un año de asedio entre 1864 y 1865, los ferrocarriles que llegaban hasta Richmond se mantuvieron activos. Solo cuando se lograra interrumpirlos tendría éxito el asedio. Entre agosto y diciembre de 1864 las líneas apenas se alteraron.



Grant había abrigado la esperanza de que, si apresuraba la Campaña Terrestre, tal vez podría poner fin a la guerra tan pronto llegase hasta el

río James. Probablemente no era una esperanza realista; pero su incumplimiento no significó que la campaña hubiese fracasado en sus objetivos. En un inicio, el Ejército del Potomac se hallaba en la misma línea que ocupara al comienzo de la guerra y lo separaban de Richmond más de ciento sesenta kilómetros de territorio sumamente defendible que incluía barreras acuáticas tales como los ríos Rappahannock y Rapidan, el Totopotomoy, el Mattapony, el Pamunkey, el North y el South Anna y el Chickahominy. Entre el 4 de mayo y el 15 de junio de 1864, el Ejército del Potomac había reconquistado todo el territorio entre el Rappahannock y el James, controlando todas las barreras acuáticas y tendiendo puentes sobre ellas, construyendo carreteras y reparando ferrocarriles. Territorialmente, fue uno de los mayores triunfos de la guerra. El costo había sido espeluznante. Las pérdidas de Grant habían sido de aproximadamente 1.300 hombres al día, para un total de 52.600 en cuarenta días, un precio terrible en términos de vidas humanas, aunque la Unión pudiera permitírselo y la Confederación no. Las 33.000 bajas de Lee eran un saldo permanente. El efecto moral sobre el ejército de Grant se hacía patente en el aspecto de los que sobrevivieron a aquella terrible experiencia para tomar parte en el asedio de Petersburg. Como describe James McPherson, aquellos que habían peleado en la campaña de mayo a junio, combatiendo casi todos los días, con duras marchas entre los enfrentamientos y sin descanso de la acción, se habían vuelto flacos y crispados<sup>[2]</sup>. Testigos han comentado que los hombres del Ejército del Potomac habían envejecido varios años en unos pocos meses. Asimismo, desde el horror de Mule Shoe hasta el rechazo de Cold Harbor, habían perdido las ganas de atacar terraplenes. Fue también por esta razón por lo que Beauregard logró defender Petersburg con tan pocos hombres en los primeros días del asedio, cuando la ciudad hubiera podido ser tomada con un solo golpe decidido. La única unidad nortea a la que fue posible persuadir de que atacase fue de nuevo uno de los regimientos de artillería pesada que Grant había reconvertido en infantería. Y también pagó un precio terrible por su impetuoso asalto contra los terraplenes, perdiendo 632 hombres de 850.

Aunque la disparidad numérica entre defensores y atacantes garantizó

que Grant pudiera llevar a buen término el asedio a Petersburg en poco tiempo, todos sus esfuerzos en el verano de 1864 fracasaron. El problema de la Unión era que cada vez que extendían su línea hacia el sur y el oeste de las defensas confederadas, sus oponentes siempre encontraban hombres para alargar un poco más su línea y guarnecer las nuevas defensas. A finales de junio Grant intentó un nuevo método. Uno de sus regimientos de asedio, el 48º de Pensilvania estaba formado por mineros de carbón. Uno de ellos sugirió a su coronel, Henry Pleasants, que era ingeniero de minas, que el regimiento podía cavar un túnel bajo las líneas y volar un fuerte confederado que dominaba uno de los sectores. Pleasants obtuvo permiso para intentarlo y en un mes excavaron un túnel de ciento cincuenta metros que terminaba en una cámara con cuatro toneladas de pólvora. Luego la cuidadosa planificación se empantanó en insignificantes disputas sobre cómo proceder. Una formación de la Unión recibió instrucciones sobre cómo aprovechar la devastación cuando la mina fuese detonada. Pero como esta formación estaba integrada por soldados negros, en el último minuto se decidió sustituirla por una formación blanca. Después de la explosión –que abrió un hueco de cincuenta metros de largo, dieciocho de ancho y diez de profundidad que sepultó a todo un regimiento y una batería artillera confederados–, la formación blanca, que no había recibido instrucciones, y cuyo comandante se había quedado atrás, avanzó dando tumbos por entre la devastación, descendiendo por el cráter en lugar de sortear el perímetro, y rápidamente fueron víctimas del improvisado fuego defensivo de los confederados y de un bien ejecutado contraataque. Los contraatacantes sorprendieron a la división negra, que había sido enviada con retraso, en una posición indefendible y masacraron a muchos de sus soldados en el cráter. Cuando finalmente el combate cesó, más de cuatro mil soldados de la Unión habían resultado muertos o heridos y la línea confederada permanecía –salvo por el inmenso hueco que dejó la explosión– intacta.

Tras ser rechazado en Washington en julio, Jubal Early se retiró al valle de Shenandoah, perseguido por Sheridan, a quien Grant dio instrucciones adicionales de arrasar el valle para acabar definitivamente con el suministro de provisiones que de allí llegaba al Ejército del Norte de

Virginia. Sheridan acometió enérgicamente esta tarea, descubriendo en el proceso que Early se había retirado a Winchester, donde su posición parecía vulnerable. El 19 de septiembre Sheridan atacó y dispersó a las fuerzas de Early, capturando a miles de prisioneros. Cuando Early se retiró a Fisher's Hill, al sur de Strasburg, Sheridan atacó otra vez el 22 de septiembre y lo obligó a adentrarse casi cien kilómetros en las montañas. Lee reaccionó enviando a Early una división de infantería y una brigada de caballería. A pesar de la noticia de este refuerzo confederado, Sheridan abandonó a su ejército y se fue a Washington a una reunión. Mientras Sheridan estaba ausente, Early concentró sus fuerzas y atacó al amanecer. Sorprendió totalmente al Ejército del Shenandoah y lo hizo retroceder seis kilómetros. Pero Sheridan había regresado la noche anterior, y cuando se despertó con el ruido del combate, saltó sobre su montura y cabalgó hacia el fragor del tiroteo. Aunque Early había dispersado una parte de las fuerzas de la Unión, el sexto cuerpo todavía estaba intacto, y Sheridan, gritando a los hombres que lo siguieran, en lo que James McPherson llama "el ejemplo más notable de liderazgo personal en el campo de batalla en esta guerra"<sup>[3]</sup>, logró reorganizar sus tropas mientras avanzaba al encuentro del enemigo y desencadenó un contraataque que provocó que el ejército de Early se desintegrara, huyendo en desbandada hacia el sur. De este modo, la batalla de Cedar Creek, que parecía una decidida victoria confederada, terminó siendo un triunfo de la Unión. Con el valle pacificado y esquilado de toda riqueza, Sheridan pudo finalmente retirar el Ejército del Shenandoah y reunirse con Grant en las etapas finales del asedio a Petersburg.

Pese a las continuas buenas noticias del ejército de Sherman en Georgia, el fracaso ante Petersburg provocó un severo declive en la moral nortea durante el verano de 1864. El partido por la paz encontró una nueva voz mientras que los republicanos, incluido el propio presidente, se tornaban cada vez más pesimistas respecto a la posibilidad de ganar las elecciones presidenciales de aquel otoño. Jefferson Davis hizo ofertas de paz, y Lincoln accedió imprudentemente a reunirse con los representantes sudistas para discutir sus términos. A pesar del temor de Lincoln a las noticias de guerra desfavorables y a la angustia personal que le

provocaban los informes de bajas, la insistencia del Sur en ser tratado como un combatiente legítimo con derecho a la independencia continuó proporcionando a Lincoln, quien era del todo inflexible en este punto, la convicción necesaria para resistir hasta una victoria final. La misión de paz sudista fracasó, como también los esfuerzos sudistas por fomentar la traición en el Medio Oeste, en tanto que las perspectivas electorales de Lincoln mejoraron hacia el final del verano. De vital importancia para la campaña presidencial fue la conquista de Atlanta por Sherman en septiembre, tras la victoria de Farragut en Mobile, que dio un decisivo vuelco al estado de opinión. En las elecciones Lincoln ganó en todos los estados de la Unión menos tres, y de los 233 votos del Colegio Electoral solo perdió 21. A este resultado contribuyó la mejora de la trayectoria de la Unión, sobre todo en el valle de Shenandoah.

En el otoño de 1864, la situación militar del Sur, combinada con la reelección de Lincoln como presidente, prestó energía a los abundantes movimientos en pos de una paz negociada. Algunos estaban involucrados en los intentos sudistas por fomentar la disensión en el Medio Oeste; la revelación de este vínculo disipó sus posibilidades de éxito. No obstante, los esfuerzos en aras de la paz continuaron, y ganaron fuerza en el Sur, donde el empeoramiento de las noticias del frente había generado mucha decepción. Un sureño, Jefferson Davis, seguía apostando por la guerra con el mismo fervor de siempre. A principios de 1865 se vio cada vez más presionado a proponer términos de paz, sobre todo después de la caída del fuerte Fisher, en Wilmington (Carolina del Norte). También Lincoln, aunque en una posición mucho más fuerte, era presionado por los pacifistas para que entrase en conversaciones con el Sur, una empresa difícil puesto que Washington había rechazado firmemente cualquier negociación con Richmond durante toda la guerra. En enero de 1865 el veterano político de Washington Francis Preston Blair convenció a Lincoln para que le diese un salvoconducto para visitar Richmond, con el objetivo de convencer al gobierno confederado de participar junto a la Unión en una expedición para expulsar de México al archiduque Maximiliano, un plan que, según argumentaba Blair, tendría como consecuencia el cese de las hostilidades civiles. Lincoln pensó,

comprensiblemente, que aquel proyecto era un disparate, pero dio su consentimiento a la misión de Blair para ver qué salía de aquello. Davis accedió a recibir a Blair, confiando en que la previsible reiteración de las demandas unionistas de rendición y abolición de la esclavitud reanimarían la determinación sudista de luchar por la independencia. Davis nombró a tres representantes para reunirse con la delegación nortea, entre ellos el vicepresidente confederado, el presidente del Senado y el secretario de guerra. Se acordó que ambas partes se encontraran a bordo del vapor de la Unión *River Queen* en la bahía de Chesapeake. En el último momento Lincoln decidió unirse personalmente a la delegación. Dejó claro desde el principio que la rendición, la disolución del ejército confederado y la abolición de la esclavitud eran los únicos términos que se discutirían y que no eran negociables. Los delegados discutieron detalles puntuales sin llegar a nada en concreto y las conversaciones derivaron en una charla jovial sobre los viejos tiempos de la política en Washington, cuando todos habían sido colegas. Los sudistas regresaron a Richmond sin nada que ofrecer al presidente Davis, que se deshizo en improperios contra la delegación nortea.

El episodio del *River Queen* tuvo lugar durante la prolongación del parón en el frente de Petersburg, uno de los varios periodos largos de quiescencia en el escenario del Este. El primero, entre la primera batalla de Bull Run y el inicio de la Campaña Peninsular, duró nueve meses. El segundo, entre Gettysburg y la Jungla, duró diez meses. Grant, siendo en realidad tan activamente agresivo como proclamaba su fama, permitió a los confederados retener sus posiciones en Petersburg sin sufrir ningún ataque importante entre la batalla del Cráter en julio de 1864 y marzo de 1865, un periodo de ocho meses. Las causas de estas largas pausas eran diversas. Después de la primera batalla de Bull Run, McClellan demoró las acciones porque estaba organizando el Ejército del Potomac y haciendo planes, aunque a un ritmo lujosamente lento. Después de Gettysburg, Meade se abstuvo de atacar a Lee en el Rappahannock por miedo a comprometer su gran victoria. La inactividad de Grant en las afueras de Petersburg después de Cold Harbor estuvo determinada por el estado de su ejército. Los casi incesantes combates de mayo a julio entre los ríos

Rappahannock y North Anna no solo habían matado o incapacitado a muchos de sus mejores soldados; también habían dejado a muchos de los supervivientes sin ningún deseo de organizar nuevos ataques, sobre todo contra los atrincheramientos, que en Petersburg eran visiblemente muy fuertes. Además se extendían demasiado hacia el oeste para poder flanquearlos, por lo que Grant decidió intentar hacer salir de las líneas de Petersburg a los hombres de Lee, para poder atacarlos y derrotarlos a campo abierto, sin darles ninguna oportunidad de escapar hacia el ejército de Johnston en el corazón del Sur. Para hacer que Lee se moviera, era esencial persistir en la interrupción de los ferrocarriles Richmond-Petersburg de los que dependían sus suministros. Los más importantes de estos ferrocarriles eran el South Side, que seguía el curso del río Appomattox, y el Weldon, por el que llegaban abastecimientos desde el sur. En agosto, A. P. Hill, que comandaba uno de los cuerpos de Lee, logró alejar a Grant del ferrocarril Weldon, y volvió a hacerlo el 25 de agosto. En septiembre, Wade Hampton alivió un poco el problema de abastecimiento de Lee capturando y trayendo hasta sus líneas dos mil quinientas cabezas de ganado. Grant ordenó a Meade organizar un gran ataque cerca de Peeble's Farm; la batalla duró tres días hasta el 2 de octubre, y provocó que la línea de la Unión se extendiera otros cinco kilómetros hacia el oeste de Petersburg.

El invierno, para más frustración de Grant, obligó a hacer una pausa; pero cuando mejoró el clima en marzo, volvió a extender sus líneas de asedio e interrumpió la ruta llamada Boydton Plank Road, por la que llegaban suministros a Lee desde el sudoeste. El regreso de la caballería de Sheridan del valle de Shenandoah, ahora completamente arrasado y libre de tropas confederadas, coadyuvó a los esfuerzos de Grant por mantener la presión sobre las comunicaciones de Lee. Grant estaba seguro de que Lee, tan pronto tuviera una oportunidad, rompería la línea de Petersburg y se movería hacia el sur para unirse al ejército de Joseph E. Johnston, que continuaba operando en Carolina del Norte. Grant quería tener la certeza de que contaba con suficientes fuerzas desplegadas para lograr la destrucción de Lee. Esto requería extender aún más su propia línea hacia el oeste, para asegurarse de poder rodear el flanco de Lee cuando este

saliese a campo abierto.

Las líneas de Grant tenían ahora más de sesenta kilómetros de largo, y se extendían desde el este de Petersburg hasta casi cincuenta kilómetros al oeste de la ciudad. Guarnecer las líneas consumía buena parte de sus recursos humanos, pero la llegada de las tropas de Sheridan le proporcionaba un margen de maniobra del que podía aprovecharse. El 29 de marzo Grant envió dos cuerpos en dirección oeste, rumbo al juzgado de Dinwiddie; tres divisiones de infantería los siguieron, mientras la caballería de Sheridan daba un amplio rodeo hacia el oeste para cortar definitivamente las últimas conexiones ferroviarias de Lee con el Sur. Grant estaba seguro de que la respuesta de Lee sería hacer salir sus tropas de las trincheras. Si le parecía que las líneas de Petersburg se habían debilitado lo suficiente, las asaltaría. En cualquier caso, una vez que Lee estuviese al descubierto, él atacaría y obtendría una victoria contundente.

Sin embargo, Lee tenía sus propios planes y esperaba contar con suficiente ventaja para escapar limpiamente y unir fuerzas con Johnston. Su plan era atacar las trincheras de Grant y de este modo obligarlo a acortar su línea por el extremo oeste para reforzar el punto amenazado. Cuando Lee atacó en Fort Stedman el 25 de marzo, aunque tuvo éxito, logró ganar terreno e hizo muchos prisioneros, fue rápidamente contraatacado, perdió el terreno conquistado y 2.300 confederados cayeron en manos de la Unión. Grant, por otra parte, no acortó sus líneas. En lugar de eso, el 29 de marzo ordenó a algunas secciones del Ejército del Potomac, al Ejército del James, ahora comandado por el general Edward Ord, y a la caballería de Sheridan, avanzar hacia el oeste hasta rodear las trincheras de Petersburg hacia el cruce de caminos de Five Forks. Lee tenía dos tropas en las cercanías: un cuerpo a las órdenes del general Richard Anderson y dos divisiones a las órdenes del general George Pickett, célebre desde Gettysburg. Sheridan se enfrentó a ellos y los derrotó el 1 de abril.

Al día siguiente, Grant consideró que las defensas de Petersburg estaban lo bastante debilitadas y se arriesgó a lanzar un ataque contra las trincheras. Los defensores confederados fueron barridos tras una hora de combate, obligando a Lee a reconocer que no tenía otra opción que

abandonar la seguridad de sus posiciones y retirarse hacia el oeste. La noche del 2 de abril dio órdenes de emprender la retirada, enviando entretanto el recado a Jefferson Davis de que Richmond también tendría que ser abandonada. Los confederados lograron salir de las trincheras en la oscuridad, y hacia la medianoche ya estaban en retirada hacia el oeste siguiendo el curso del río Appomattox. Lee había dividido a sus treinta mil supervivientes en dos grupos que marchaban en paralelo. Fueron perseguidos por Meade, quien conducía el Ejército del Potomac por la ruta del norte, y por Ord, que venía detrás de ellos con el Ejército del James. El objetivo era el ferrocarril Richmond-Danville, que Lee había escogido como vía de escape hacia el sur para reunirse con Johnston. Pero la caballería de Sheridan, forzando la marcha, llegó al ferrocarril antes que los confederados. Lee se volvió hacia el oeste y luego, en el juzgado de Amelia, otra vez al sur, pero por mucho que trató de librarse de sus perseguidores, encontró todas las rutas de escape bloqueadas. Hubo un combate en Sayler's Creek el 6 de abril que ocasionó numerosas bajas a los confederados. Lee aún tenía esperanzas de cruzar el Appomattox y escapar hacia Lynchburg, en los montes Shenandoah, pero sus perseguidores lograron impedirselo, destruyendo los puentes detrás de él, aniquilando su última oportunidad de dilatar lo que ahora era inevitable. El 7 de abril Grant envió a Lee una carta instándolo a aceptar lo que ya no podía postergar.

El resultado de la última semana debiera convencerlo de la futilidad de continuar resistiendo en la lucha. Siento que es así y considero mi deber librarme de la responsabilidad de cualquier nueva efusión de sangre solicitándole que entregue esa porción del Ejército Confederado del Sur conocida como el Ejército del Norte de Virginia.

[\[4\]](#)

---

<sup>1</sup> U. S. Grant, ob. cit., p. 117.

---

[2](#) James McPherson, ob. cit., pp. 733–734.

---

[3](#) *Ibíd.*, p. 779.

---

[4](#) EyeWitness to History, “Surrender at Appomattox, 1865”, [www.eyewitnesstohistory.com](http://www.eyewitnesstohistory.com), 1997.

## IRRUMPIENDO EN EL SUR

Sherman, a quien Grant había dejado al mando en el Oeste –un término que durante la guerra se usaba para indicar las campañas no libradas en Virginia, Maryland y Pensilvania, sino allí donde comienza geográficamente el sureste de Estados Unidos–, recibió el 14 y el 19 de abril dos cartas en las que el general en jefe exponía a grandes rasgos sus planes para la conclusión de la campaña en el Oeste. La orden de Grant a Sherman y sus ejércitos en Tennessee para la campaña de 1864 y 1865 había sido “avanzar contra el ejército de Johnston, dispersarlo y adentrarse en el territorio enemigo hasta donde se pueda, infligiendo todo el daño posible a sus recursos bélicos”.<sup>[1]</sup> Además del Ejército del Potomac, Grant tenía otros tres ejércitos disponibles en 1864: los de Banks en Nueva Orleans, Butler en la costa de Virginia y Sigel en Virginia Occidental. Sigel era responsable del valle de Shenandoah, del que Lee extraía muchos de sus suministros; Butler debía operar en el río James cerca de Richmond, con el objetivo de cortar las comunicaciones ferroviarias de la ciudad con el resto de la Confederación; Grant confiaba en que Banks penetraría en Mississippi y tomaría Mobile, un importante centro naval y ferroviario.

Pero la operación clave era la de Sherman, quien comandaba, a manera de fuerza combinada, el Ejército del Tennessee de McPherson (24.465), el Ejército del Cumberland de Thomas (60.773) y el Ejército del Ohio de John Schofield (13.559), con una fuerza total de 98.797 hombres. Su tarea parecía sencilla: avanzar desde las inmediaciones de Dalton hasta Atlanta, ciento cuarenta kilómetros hacia el sur, dispersar al Ejército de Tennessee de Johnston, tan solo de sesenta mil hombres, y derrotar por el camino a las unidades que lo componían. Esto era más fácil decirlo que hacerlo.

Parte del problema de Sherman era su muy larga y atenuada línea de comunicaciones, que se extendía unos 760 kilómetros a lo largo del ferrocarril Western-Atlantic hasta su base principal en Louisville (Kentucky), atravesando una gran cantidad de territorio hostil o por lo menos peligroso. Por otra parte, desde Dalton en adelante, los defensores podían hacer uso de varios accidentes sumamente defendibles, sobre todo los ríos Oostanula, Etowah y Chattahoochee, y la abrupta ladera del monte Kennesaw. Además, la estrategia favorita de Johnston se adaptaba perfectamente a aquel terreno, puesto que consistía en eludir el combate cuando fuese posible y sacar ventaja mediante maniobras.

Sherman comenzó a adentrarse en el Sur el 4 de mayo de 1864, dejando Chattanooga para ir a enfrentarse a Johnston en la ruta que conducía hasta Atlanta (por entonces no era Atlanta la capital del estado de Georgia, sino Milledgeville). El combate comenzó en Tunnel Hill, uno de los picos del monte Lookout, capturado por Sherman el mes anterior. Tras algunas enérgicas escaramuzas entre las avanzadas, Thomas, con el general Oliver Howard, uno de sus comandantes de cuerpo, estuvo el 7 y el 8 de mayo intentando desalojar a los confederados del terreno elevado, para poder abrir un camino hacia adelante. Johnston le opuso una muy eficaz resistencia, hasta que McPherson, cuya tropa se vio sumamente involucrada en la refriega, tuvo que retirarse y esperar entre Sugar Hill y el paso de Buzzard-Roost por una mejor oportunidad. Johnston no se la concedería hasta el 12 de mayo, cuando, en la que Howard llamara “una de sus retiradas limpias”, dejó abierto el camino. Los hombres de Sherman alcanzaron a los suyos en Resaca el 14 de mayo, y se encontraron con que Johnston, con trincheras y barricadas, había fortalecido aquella posición, en opinión de Howard, tanto como los cerros de Marye en Fredericksburg. Mientras el ejército avanzaba, Sherman, que había pasado la noche ante su mesa de mapas, aprovechó la oportunidad para echar una siesta contra el tronco de un árbol. Un soldado que pasaba comentó: “Bonita manera de comandarnos”. Sherman, que estaba menos dormido de lo que parecía, exclamó: “Alto ahí, amigo. Mientras vosotros dormíais anoche, yo estaba haciendo planes; y ahora me estaba echando una siesta”. Sherman, el menos engreído de los hombres, dejó aquel intercambio allí.

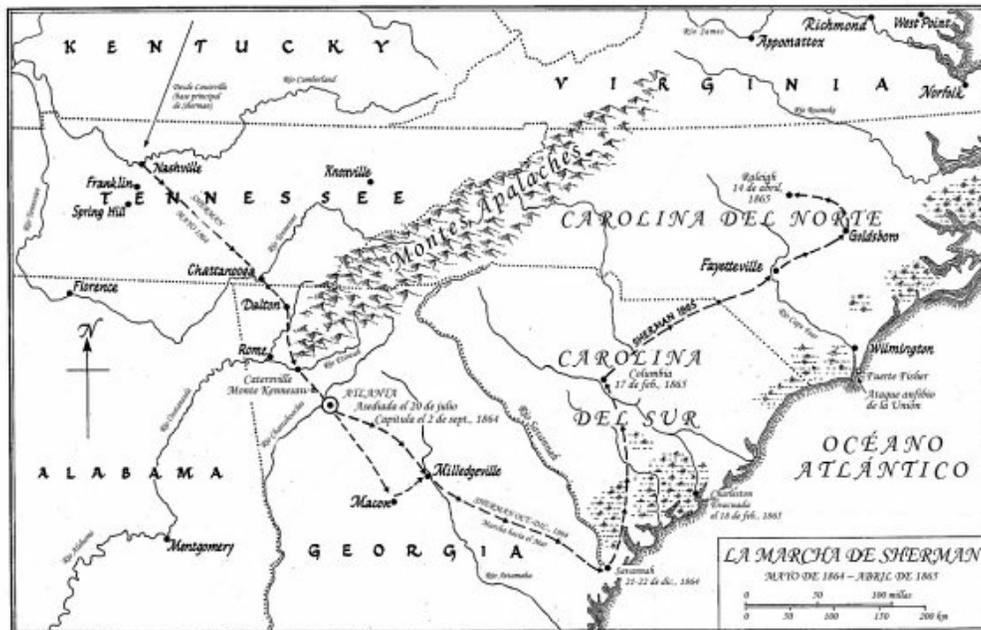
A veces lo confundían con un joven oficial de menor rango, pues medía menos de un metro setenta, y pesaba menos de setenta kilos.

El comandante confederado contra el que lucharon en Resaca fue Leonidas Polk, el obispo episcopaliano reconvertido en general. Durante la noche del 14 de marzo, este intentó alejar a los hombres de McPherson, pero sus esfuerzos fueron rechazados. Los confederados perdieron 2.800 hombres y la Unión 2.747 en la batalla de Resaca. Sherman tenía una actitud enteramente realista respecto a las bajas de guerra: “Es necesario causar una cierta [...] mortandad, para lograr el fin”. En Resaca, Sherman peleó ofensivamente, Johnston defensivamente, ayudado por parapetos de tierra. Johnston se replegó entonces hacia Calhoun, Adairsville, y Cassville donde se detuvo para librar la batalla de la campaña, pero luego continuó su retirada hasta más allá del siguiente ramal de los Apalaches hasta Allatoona.

Sherman, quien conocía Allatoona de una visita anterior, decidió no pelear allí. Tras reparar el ferrocarril siguió avanzando hacia Atlanta pasando por Dallas. Johnston adivinó las intenciones de Sherman y lo obligó a pelear en la parroquia de New Hope del 25 al 28 de mayo, una pequeña victoria para la Unión. Sherman comentó: “El campo se hallaba en un estado casi natural, con pocas o ninguna carretera, nada que un europeo pudiera entender”.<sup>[2]</sup> Johnston continuó retirándose, recogiendo refuerzos por el camino hasta reunir un total de 62.000 soldados. Su ruta lo llevó hasta Marietta, entre Brush Mountain y Lost Mountain. La línea de Johnston era demasiado larga para su número de hombres, de modo que recogió sus flancos y se concentró en Kennesaw. Sherman reparó el ferrocarril hasta su campamento, esperando la batalla que sabía llegaría. Durante las vísperas, hubo constantes escaramuzas, en las que debieron intervenir las baterías y la línea de batalla. Sin embargo, el intento de Sherman por arrasar la posición de Kennesaw fracasó, con tres mil bajas de la Unión y 630 de los confederados. Sin embargo, Johnston quedó tan debilitado que abandonó sus líneas y se retiró hasta el río Chattahoochee el 10 de julio. Sherman rindió homenaje al modo en que Johnston dirigió la retirada, diciendo que sus movimientos fueron “oportunos, ordenados y sin dejar nada atrás”.<sup>[3]</sup> La Unión “se había adentrado ciento noventa

kilómetros en el territorio enemigo, con un ferrocarril de una sola vía que tenía que traer ropa, comida, municiones, todo lo que requerían cien mil hombres y veintitrés mil animales. La ciudad de Atlanta, que era la puerta de entrada al interior del importante estado de Georgia, estaba a la vista; el ejército que la protegía estaba debilitado pero no derrotado, y teníamos que seguir adelante”, ilustrando el principio de que “un ejército a la ofensiva tiene que mantenerse a la ofensiva”.

La lucha a lo largo del río Oostanaula fue intensa. El 15 de julio, Sherman dio instrucciones a las tropas comandadas por Hooker, quien desde que fuera relevado del mando ejercía de comandante de cuerpo, con extraordinaria ecuanimidad. Envío a la caballería e hizo construir pontones sobre el Oostanaula, logrando así la superioridad numérica. Tras un día de duros combates, arrasó casi todo el terreno que tenía delante. Durante la noche Johnston decidió que no podía continuar defendiendo la posición de Resaca y retiró el Ejército de Tennessee. Al día siguiente los confederados completaron una retirada extensiva, hasta la línea de Rome-Kingston-Cassville, a lo largo del río Etowah. Oliver Howard, compartiendo el mando con Sherman, continuó avanzando y recibió el fuego de la artillería rebelde, que mató a varios caballos de la Unión. Sin embargo, el enemigo estaba ahora muy desmoralizado por el exitoso avance unionista desde Resaca. Howard capturó cerca de cuatro mil prisioneros, incluido un regimiento entero.



Sus ingenieros también estaban reparando energicamente el ferrocarril que se extendía de vuelta hasta Nashville y Louisville. La mañana del 18 de julio recibieron por el telégrafo reparado de Resaca la noticia de que ya estaban llegando el tocino, las galletas y el café, los pilares de la dieta del soldado de la Unión. Los confederados continuaban replegándose, aún más de prisa cuando Johnston, en el Etowah, descubrió que la vanguardia de la Unión estaba al sur de su posición, con gran número de tropas, en Cartersville y Kingston, donde Sherman había montado su cuartel general. El general Howard encontró aquella campiña de granjas y bosques tan pintoresca como si no hubiese guerra, y aquel entorno alentó a Sherman a dar tres días de descanso a sus soldados. No obstante, la abundancia de madera permitió a ambos ejércitos construir fuertes defensas, tanto para el ataque como para la defensa, e infligirse mutuamente numerosas bajas una vez iniciados los combates. Fue en esta región donde, mientras Sherman avanzaba hacia Atlanta, el obispo Polk fue atravesado por una descarga de artillería, muriendo al instante. Mediante una nueva retirada, Johnston había establecido ahora su línea en terreno elevado en el monte Kennesaw, uno de los picos de la cordillera de los Apalaches, un obstáculo que finalmente le proporcionaba

una posición que Sherman no podía rodear. Este estaba en realidad más preocupado por la súbitamente manifiesta determinación de Hood de cortar la conexión del Ejército del Tennessee con su base distante, un objetivo que había llevado a la caballería de Nathan Bedford Forrest a atacar la conexión ferroviaria de la Unión. Sherman había enviado una fuerza al contraataque desde Memphis para dar caza a Forrest, proclamando furiosamente que no habría paz en Tennessee hasta que Forrest estuviese muerto. La fuerza de Memphis trabó combate con Forrest en Brice's Crossroads (Mississippi), donde sufrió una seria derrota. En un segundo encuentro Forrest fue derrotado en Tupelo y herido, mas no murió. Todavía quedaba mucha vida en aquella vieja fiera.

El éxito de Johnston en defender la posición de Kennesaw llegó, sin embargo, demasiado tarde para salvar su propia posición. Jefferson Davis hacía tiempo que le tenía inquina, a raíz de una insignificante disputa por cuestiones de rango, pero la verdadera causa de su caída fue el descontento popular con su estrategia de evasión y dilación, que era casi universalmente malinterpretada como una aversión al riesgo de los combates. Ahora fue relevado del mando en el Oeste y sustituido por el lugarteniente general John Bell Hood, quien, por el contrario, era agresivo, atrevido y valiente en lo personal. Sherman, íntimo amigo de Grant, anotó sus sentimientos al embarcarse en su primera gran campaña independiente:

Éramos como hermanos, yo el de mayor edad, él [Grant] el de más alto rango. Ambos creíamos sinceramente que el triunfo de la causa de la Unión no solo era necesario para la generación estadounidense de aquel entonces, sino para todas las futuras generaciones. Ambos nos enorgullecíamos de ser caballeros y soldados profesionales, instruidos en la ciencia de la guerra por nuestro generoso gobierno justamente para la coyuntura que había surgido. Ninguno de nosotros era un hombre combativo por naturaleza [esto era insincero por parte de Sherman, pues ambos resultaron ser los comandantes más implacables de toda la guerra]; pero con el corazón honesto y el claro propósito de hacer cuanto pudiera hacer un hombre, nos

embarcamos en aquella campaña que, en mi opinión, por su estrategia, por su logística, por sus tácticas mayores y menores, había dado nuevo lustre a la vieja ciencia de la guerra. Ambos teníamos enfrente a generales [Lee y Johnston, luego Hood, respectivamente] a quienes, en nuestros primeros años, nos habían enseñado a admirar, soldados instruidos y experimentados como nosotros, que difícilmente cometerían algún error, y cada uno de los cuales tenía un ejército tan fuerte como el salido de las filas del pueblo sureño, de nuestra misma sangre, valiente, seguro y bien equipado; que contaba adicionalmente con la decidida ventaja de operar en su propio y difícil territorio de montañas, bosques, barrancos y ríos, que brindaba admirables oportunidades para la defensa, y la ventaja igualmente importante de que nosotros teníamos que invadir el territorio de nuestro incondicional enemigo, exponiendo nuestras largas líneas de suministros a las guerrillas de un “pueblo exasperado”. Asimismo, mientras avanzábamos teníamos que dejar custodiados los puentes, estaciones y almacenes intermedios, lo que reducía nuestra capacidad de combate, mientras que nuestro enemigo ganaba fuerzas, recogiendo destacamentos, a medida que retrocedía, y tenía ferrocarriles para traer suministros y refuerzos desde su retaguardia. Enumero estos datos para compensar la común afirmación de que el Norte ganó la guerra gracias a la fuerza bruta y no gracias al valor y a la habilidad.<sup>[4]</sup>

El último acto de Johnston antes de ser destituido fue defender los terraplenes que había construido en los cruces del Chattahoochee al norte de Atlanta –dificultad que la Unión superó encontrando otros puntos por donde cruzar–, y luego retirarse tras las defensas de la propia Atlanta. Su desempeño en las semanas anteriores no había sido en absoluto desdeñable; había obligado a Sherman a invertir setenta y cuatro días en avanzar solo ciento sesenta kilómetros, y seguía pudiendo luchar.

La primera batalla de Hood como comandante del Ejército de Tennessee fue en Peach Tree Creek, al norte de Atlanta, donde se propuso llevar a cabo el plan de Johnston de alejar al Ejército del Cumberland más hacia el

oeste, para que Sherman no pudiera concentrar sus fuerzas en Atlanta. Hood primero avanzó desde la posición de Peach Tree Creek el 20 de julio, y atacó al cuerpo que tenía delante, comandado por Hooker, que había cruzado el arroyo empleando pontones. Sobrevino un combate encarnizado, que duró cinco horas. Los confederados se vieron obligados a retroceder, dejando en el campo unas 4.796 bajas entre muertos y heridos, mientras que las de la Unión fueron 1.710. Durante toda la campaña de Atlanta las bajas confederadas fueron mucho más numerosas que las de la Unión, una grave desventaja para la Confederación, que no podía permitirse tantas pérdidas. Hood se replegó detrás de sus líneas en torno a Atlanta. Sherman lo cercó, y Hood, dejando a la mitad de sus fuerzas para defender la ciudad, condujo a la otra mitad, al amparo de la oscuridad, a rodear el flanco izquierdo de Sherman mediante una tortuosa marcha a través del bosque. Esto provocó la que Sherman llamara “la batalla más dura de la campaña”.

La línea exterior de las defensas de Atlanta había sido ya alcanzada. Como Grant recordó:

Amagamos hacia la derecha, pero cruzamos el Chattahoochee por la izquierda, y pronto nos enfrentamos al enemigo tras su primera línea de trincheras en Peach Tree Creek, preparada de antemano justo para la ocasión. En este momento crítico, el gobierno confederado nos prestó un servicio sumamente valioso. Descontento con la política fabiana del general Johnston, lo relevó y en su lugar colocó al general Hood al mando del ejército confederado (cerca de Atlanta), el 18 de julio. A Hood lo conocíamos como un “luchador”, un graduado de West Point de la promoción de 1853, el número cuarenta y cuatro (por el orden de mérito); dos de mis comandantes, McPherson y Schofield, eran el número uno y el número siete de aquella misma promoción. El carácter de un líder es un factor fundamental en el juego de la guerra, y confieso que me agradó aquel cambio, del cual tuve noticias enseguida. Sabía que contaba con un ejército superior en número y en moral al de mi antagonista; pero al estar tan lejos de mi base, operando en un territorio desprovisto de comida y forraje,

dependía de un mal construido ferrocarril de ochocientos kilómetros, que llegaba hasta Louisville. Yo estaba dispuesto a enfrentar al enemigo a campo abierto, pero no detrás de débiles parapetos.<sup>[5]</sup>

Puede que Grant exagerara el valor de aquel cambio en el alto mando. Johnston no era tan reacio a combatir como profesaba, mientras que Hood era un adversario más aguerrido y más astuto. Él no iba a dejar caer fácilmente Atlanta en manos de Sherman.

La batalla de Atlanta comenzó el 22 de julio, cuando, creyendo que Hood había abandonado la ciudad, el Ejército del Tennessee avanzó hasta las líneas de terraplenes excavadas por los defensores confederados. Primero se asentaron, con la intención de arrasar los terraplenes y luego emplearlos para sus propios fines; de pronto, en las primeras horas de la tarde, aparecieron en gran número los confederados y empezaron a atacarlos. Hood había planeado una compleja ofensiva, enviando una parte de sus fuerzas a realizar una larga marcha de flanqueo para atacar al enemigo por la retaguardia. El combate pronto se volvió intenso, y algunas de las tropas de la Unión se vieron atacadas desde tres lados. Las bajas se multiplicaban, pero las fuerzas de la Unión resistieron, ayudadas grandemente por la presencia en sus filas de dos regimientos de tiradores de Illinois que habían comprado, de su propio bolsillo, el rifle Henry de recámara de dieciséis tiros. Estos dos regimientos infligieron terribles bajas a los confederados con que tropezaron, con muchas menos pérdidas por su parte. Los confederados perdieron el control de tres de los cuatro ferrocarriles que llegaban hasta la ciudad y sufrieron 8.499 bajas, frente a las 3.641 de la Unión. Entre los muertos de la Unión estaba el general McPherson, quien cabalgó hasta las líneas confederadas mientras reconocía el terreno, fue conminado a rendirse, pero saludó con su sombrero al enemigo, giró su caballo y fue disparado mientras se alejaba. Sherman lamentó profundamente su pérdida, pues tenía un alto concepto de él como soldado. Fue sustituido temporalmente por el general John A. Logan, un congresista de Illinois muy estimado por Lincoln como aliado político. Logan causó una impresión inolvidable en el campo de batalla, donde se sentía a gusto por su temperamento. De cabello negro, con ojos

ardientes, lideraba con el ejemplo, agitando su espada sobre su cabeza y dando voces de aliento a sus soldados montado en su caballo de guerra. A diferencia de otros caballos notables que tenían nombres poco bélicos, como *Traveller* [Viajero] de Lee y *Little Sorrell* [Alazanito] de Jackson, el de Logan llevaba el apropiado nombre de *Slasher* [Tajador]. Más tarde, el mando del Ejército del Tennessee fue entregado al general Oliver Howard.

Hacia el final de la tarde, los hombres de Hood renovaron su ataque contra las líneas de avance de la Unión con gran número de hombres y gran ferocidad. El combate se volvió muy confuso, con la Unión saltando de un lado a otro de las trincheras que cruzaban el campo de batalla, unionistas algunas y otras confederadas. El ataque de Hood sacudió las líneas de la Unión, abriendo una amplia brecha que amenazaba con desmoronar al ejército de Sherman. En esta crisis, Logan, que había observado el desastre desde un mirador, hizo girar su caballo y acudió al galope, al frente de un gran número de refuerzos. Al acercarse a las líneas de la Unión, el grito de “¡Black Jack! ¡Black Jack!” recorrió las filas. Inspirados por la llegada de Logan, y fortalecidos por los refuerzos, los soldados de la Unión recapturaron varios cañones que el enemigo había tomado, y los volvieron contra los atacantes, que rápidamente se batieron en retirada. Durante el combate, las fuerzas de la Unión lograron recuperar el cadáver de McPherson, enviando a un destacamento especial para esa tarea. Asimismo, durante una etapa de la lucha por las trincheras, recuperaron su sombrero, sus binoculares y algunos de sus documentos, de manos de prisioneros confederados que se habían hecho con ellos. Alrededor de las seis, casi al caer la noche, la batalla de Atlanta alcanzó su clímax, dejando el campo –lleno de muertos y heridos– en manos de la Unión. Sherman se había anotado una victoria, aunque una de las más costosas y reñidas de su carrera como general.

Ahora las tropas de Sherman rodeaban Atlanta, aunque no habían conseguido aislarla del mundo exterior. Una batalla librada en la parroquia de Ezra el 28 de julio resultó, una vez más, desproporcionadamente costosa para los confederados, quienes perdieron 4.632 hombres, causando solo setecientas bajas a la Unión, pero por otra

parte les permitió continuar defendiendo la ciudad. De ahí en adelante Hood se limitó a defender los terraplenes de Atlanta, y a aceptar el asedio, que duró todo agosto.

Sherman pasó ese mes maniobrando alrededor de las defensas de Atlanta con el objetivo de cortar la última comunicación ferroviaria de la ciudad con Alabama. También envió una gran fuerza de caballería, a las órdenes del general George Stoneman, a liberar el campo de prisioneros de Andersonville. Sin embargo, esta incursión estuvo mal dirigida, y no solo fracasó, sino que Stoneman y setecientos de sus hombres fueron capturados y acabaron presos en Andersonville. Andersonville era un importante campo de prisioneros de guerra que se había hecho célebre en el Norte por el alto índice de mortandad entre sus presos. Los campos de prisioneros de ambos ejércitos tenían índices de mortandad elevados debido a que eran focos de enfermedades. En Andersonville, a las enfermedades se sumaba la malnutrición y quizá también la mala administración. El comandante de Andersonville, el capitán Heinrich Hartmann Wirtz, oriundo de Suiza, fue juzgado y ejecutado por cargos criminales después de la guerra. Puede ser que las circunstancias lo superaran, pero ni siquiera los más abnegados confederados han aducido jamás que fuera tratado injustamente.

Hood cobró tanto aliento con el fracaso de la Unión que envió por su cuenta a sus cuatro mil soldados de caballería, a las órdenes del general Joseph Wheeler, a atacar la principal ruta de suministros de Sherman, el ferrocarril Western-Atlantic. Su aparente triunfo lo indujo a pensar erróneamente que Sherman estaba desistiendo de asediar Atlanta. En realidad las tropas de la Unión, que habían desaparecido del mapa de Hood, se habían ubicado sobre el ferrocarril que llegaba a Macon, aislando así Atlanta del mundo exterior. Entre el 1 y el 2 de septiembre, por lo tanto, Hood se retiró de Atlanta, reconociendo acertadamente que ya no podía defenderla. Sherman telegrafió a Lincoln el 3 de septiembre: “Atlanta es nuestra y bien nuestra”.

La sensación que la toma de Atlanta causó en el Norte y en el Sur se sumó a la provocada por la victoria de la Unión en la bahía de Mobile el 5 de agosto. Tanto Grant como Sherman habían tratado insistentemente de

tomar Mobile, para así poder iniciar una campaña local en Alabama. La caída de Mobile no fue consecuencia de una batalla terrestre, sino naval. En agosto de 1864 Mobile era una de las últimas bases navales activas que persistían en el Sur y desde las cuales también se burlaba el bloqueo; asimismo era la sede de algunos de los barcos más poderosos de la marina confederada, entre ellos el acorazado *Tennessee*. El almirante David Farragut comandaba una flota considerable en el Golfo, y a principios de agosto se adentró con ella en la bahía de Mobile con el objetivo de destruir los fuertes y la flota confederada que estos protegían. El fondeadero estaba defendido por cinturones de los que por entonces se llamaban “torpedos” y hoy se llamarían “minas”: barriles llenos de pólvora que se detonaban mediante espoletas de contacto de fulminato de mercurio. Los dieciocho barcos de la Unión, algunos de ellos acorazados, en su mayoría de madera, avanzaron en parejas, amarrados unos a otros, zarpando en las primeras horas de la mañana del 6 de agosto. Los fuertes Morgan y Gaines y la flota confederada comenzaron a disparar contra ellos. Farragut se había subido al palo mayor de su buque insignia, el USS *Hartford*, donde el contramaestre lo había amarrado a las jarcias. Cuando el peligro de las minas se hizo evidente, Farragut pronunció estas palabras que llegarían a ser inmortales: “¡Al carajo los torpedos! ¡Adelante a toda velocidad!”. Entonces comenzó un animado duelo de cañonazos, que provocó numerosas bajas en los barcos de la Unión. Al impacto de un proyectil cónico, un marinero de la Unión perdió las dos piernas, y al extender los brazos en agonía, otro se los arrancó. El *Tennessee*, al enfrentarse valientemente a toda la flota de la Unión, intentando hundir a sus enemigos a espolonazos, se hizo blanco de su artillería combinada, y en consecuencia fue impactado en las cadenas de su timón. Al perder el control del timón, su capitán levantó una bandera blanca en señal de rendición, y con su capitulación el resto de los barcos confederados abandonó la lucha. Las tropas de la Unión que había en las inmediaciones acudieron y lograron la rendición de los fuertes; aunque la ciudad de Mobile permaneció en manos confederadas hasta el 12 de abril de 1865.

Las victorias de Atlanta y Mobile tuvieron un efecto crucial en la inminente campaña presidencial de 1864. Ambos partidos habían

escogido ya a sus candidatos; los republicanos, que a los efectos de las elecciones se llamaban el Partido de la Unión, habían nominado a Abraham Lincoln en Baltimore en junio; los demócratas apostaron por George McClellan. Frémont, el “Explorador”, quien se oponía tibiamente a la guerra, se ofreció como tercer candidato, pero no hizo ninguna aparición y no tardó en retirarse. McClellan, quien había peleado por preservar la Unión sin aplastar al Sur, era visto como un candidato contrario a la guerra, aunque él, prudentemente, se resituó a favor de la misma, diciendo que los sacrificios de sus compañeros de armas no podían ser dejados de lado por objetivos electorales. Durante la Convención Demócrata, celebrada en Chicago, el desarrollo del evento se vio perturbado por la intervención del veterano agitador y activista contra la guerra Clement Vallandigham, cuya postura fue llevada a la práctica, sin que él lo alentara deliberadamente, por una conspiración antibelicista con sede en Canadá; se reunieron armas, hubo incluso pequeños intentos incendiarios en Nueva York y en otros lugares, pero la conspiración no llegó a cobrar fuerza. Era demasiado obviamente prorebelde para que ganase el apoyo de los partidarios de la paz. Sin embargo, en Niagara Falls, emisarios de Richmond esperaban lograr mediante maquinaciones que el presidente aceptase discutir conocidos términos de paz, incluyendo el reconocimiento, la independencia y la continuación de la esclavitud; pero Lincoln les envió una carta reiterando su inflexible compromiso con la restauración de la Unión y la abolición. Simultáneamente, el Partido Republicano acordó débilmente enviar su propia misión de paz a Richmond, con una carta de Lincoln ofreciendo la paz sobre las bases de la Constitución; sin embargo, Lincoln se dio cuenta del peligro, pues la Constitución aceptaba la esclavitud, y en el último momento se negó a caer en la trampa. No obstante, en la víspera de las elecciones Lincoln no tenía la menor idea de si sería reelegido, y al parecer creía que McClellan ganaría y que su último deber público era el de negociar el fin de la guerra de manera que no comprometiera a la Unión.

En cualquier caso, lo que salvó a los republicanos de caer en vergonzosas concesiones, además de la intransigente negativa de Lincoln a variar su postura respecto a la Constitución y la esclavitud, fue la retirada de

McClellan de una postura radical en contra de la guerra, así como la noticia de la victoria en los frentes inaugurados en el interior sureño, que fortalecieron grandemente el liderazgo de Lincoln. Los movimientos contra la guerra también se vieron muy perjudicados por las actividades violentas de algunos autoproclamados activistas por la paz en ciertos estados fronterizos, sobre todo en Missouri y Kansas, donde grupos llamados Hijos de la Libertad y Orden de Caballeros Americanos atacaban a la gente que apoyaba a la Unión y, si podían, también a funcionarios y defensores uniformados de la Unión. Los peores ultrajes ocurrieron en Kansas, donde un simpatizante confederado (aunque probablemente fuese un antiautoritario temperamental) llamado William Clarke Quantrill, cuya banda incluía al futuro pistolero Frank James, hermano de Jesse, tomó posesión de Lawrence, un conocido centro del abolicionismo, asesinó a 182 hombres y niños, y quemó 185 edificios del pueblo. Los activistas abolicionistas de Missouri y Kansas, llamados Jayhawkers, contribuyeron con su violencia a los sufrimientos de aquellos estados antes y durante la guerra. También los multiplicó el entusiasmo con que los comandantes confederados locales incorporaban bandas terroristas en sus unidades. El peor de estos adláteres fue "Bloody Bill" Anderson, quien atacó Centralia (Kansas), en septiembre de 1864, donde él, con Frank y Jesse James, asesinaron a 24 soldados unionistas desarmados que regresaban de licencia a sus hogares, y mataron a 124 de los milicianos enviados a darles caza. Entre los oficiales confederados, el principal patrocinador de estos partisanos fue el general Sterling Price, quien el mismo día de la masacre de Centralia libró una batalla campal en Pilot Knob (Missouri), con un costo de mil quinientas bajas confederadas. A la larga Price y sus hombres fueron expulsados del estado, pero para lograrlo fue necesario desviar una división regular de infantería de la Unión. En las elecciones presidenciales Lincoln se llevó el setenta por ciento de los votos de Missouri.

La votación en la Norteamérica decimonónica se realizaba escalonadamente, y en 1864 se extendió de septiembre a noviembre, cuando se dio a conocer el resultado. Las elecciones de 1864 se complicaron también debido a la necesidad de preparar las condiciones

para que los soldados que estaban en el frente pudieran votar. Algunos estados permitían el voto ausente, mediante un poder o por correspondencia; otros no lo permitían, e insistían en la presencia del votante, lo que requería que los comandantes permitieran a sus soldados viajar hasta sus hogares para registrar sus votos. A pesar de las dificultades militares que esto causaba, la mayoría de los comandantes comprendían la importancia de ayudar a la reelección de Lincoln para asegurar la victoria, y por lo tanto facilitaban la participación de los soldados. La investigación posibilita identificar los votos de los soldados en los resultados de muchos estados y revela que los soldados votaron en abrumadora mayoría por Lincoln, probablemente en una proporción de ochenta a veinte. Los votos de los soldados fueron decisivos en varios estados, sobre todo en Nueva York y Connecticut. El 8 de noviembre, el día oficial de las elecciones, Lincoln recibió el 55 por ciento de los cuatro millones de votos contados, lo que le otorgaba 234 votos del Colegio Electoral, dejando solo 21 votos para su contrincante. Triunfó en todos los estados que permanecían en la Unión, salvo en Nueva Jersey, Delaware y Kentucky. Los republicanos también ganaron los gobiernos y asambleas legislativas de todos los estados salvo esos tres. Las elecciones presidenciales de 1864 fueron un triunfo no solo para los republicanos y para Lincoln, sino también para la política de guerra de este último.

El éxito de Sherman al tomar Atlanta abrió el camino a un proyecto que era prioritario para él y cada vez más para Grant: hacer sufrir a la población civil del Sur en tanto durase la resistencia. El 15 de julio, Grant escribió a Halleck: “Sherman, una vez que esté en Atlanta, se dedicará a apropiarse de los recursos del país”. Pronto haría algo mucho peor que eso, pues poco después su política hacia los sureños se volvió aún más radical. Comenzó el 8 de septiembre por dar la orden de vaciar Atlanta de la población civil que quedaba en ella. Las mujeres y los niños fueron cargados en carretas y carromatos y enviados al pueblo de Rough and Ready, que había sido conquistado durante el avance. “Entonces”, anotó Sherman, “comenzó el verdadero problema”. Hood se había retirado de Atlanta, hasta Lovejoy’s Station, casi cincuenta kilómetros al sudeste de la ciudad, sobre el ferrocarril de Savannah. Tenía bajo su mando a cuarenta

mil hombres, todos soldados experimentados, y llevaba una gran caravana de carrozcos de suministros. El 21 de septiembre, trasladó su base a Palmetto Station, cuarenta kilómetros al sudoeste de Atlanta sobre el ferrocarril Montgomery-Selma, y comenzó a hacer preparativos sistemáticos para una campaña contra la larga línea de comunicaciones de Sherman, con el propósito de obligarlo a abandonar sus conquistas. En consecuencia, Sherman se vio obligado, durante septiembre y octubre de 1864, a recorrer con sus tropas de punta a punta el ferrocarril para mantener la línea en activo. Hood recibió entonces la visita de Jefferson Davis, quien prometió cooperar con su ejército e hizo un discurso amenazando con hacer que Sherman lo pagara tan caro como Napoleón al retirarse de Moscú. Sherman de inmediato tomó precauciones, enviando una división hacia el oeste a Rome, otra a Chattanooga, y fortaleciendo los destacamentos que custodiaban los ferrocarriles. Para mantener a Hood bajo tal presión que no pudiese interrumpir los suministros, el general Thomas fue enviado de regreso al cuartel general de su departamento en Nashville y Schofield al suyo en Knoxville, mientras que Sherman permaneció con el Ejército del Tennessee en Atlanta, y aguardó la reacción de Hood, que no se hizo esperar. Hood, detrás de su caballería, cruzó el río Chattahoochee el 1 de octubre, con su ejército principal en Campbelltown y luego se trasladó a Dallas, desde donde destruyó veinticuatro kilómetros de ferrocarril al norte de Marietta. Luego envió al general French a tomar Allatoona. Sherman siguió a Hood, y llegó al monte Kennesaw a tiempo para ver el ataque contra Allatoona, que fue repelido. Hood entonces se desplazó hacia el oeste, eludiendo Rome, y mediante una marcha de flanqueo llegó hasta Resaca, a la cual conminó a rendirse pero no atacó, continuó por el ferrocarril, destruyéndolo mientras avanzaba hacia el túnel de Dalton, cuya guarnición capturó. Esta fue una inversión total de la campaña que había llevado a Sherman hasta Atlanta durante mayo. Sherman siguió a Hood para observar sus movimientos por el valle de Chattooga, donde Sherman no logró interceptarlo. Hood escapó a Gadsden en el río Coosa. Sherman se detuvo en Gaylesville para observar los movimientos de Hood a través de las montañas hasta Decatur, la cual, como estaba bien

defendida, evitó, para finalmente detenerse en Florence (Alabama).

Sherman se percató de que el objetivo de Hood era hostigar e interrumpir sus comunicaciones, en vez de librar una batalla importante, que difícilmente podría ganar. En consecuencia, Sherman hizo una redistribución de sus fuerzas que le permitió contener a Hood y prepararse para una nueva incursión en el territorio sureño. Envío a Schofield por ferrocarril con dos de sus seis cuerpos hacia Nashville, dio a Thomas las tropas necesarias para defender Tennessee, y comenzó a concentrar, en Atlanta, las fuerzas suficientes para una gran ofensiva contra Georgia. Reparando los ferrocarriles, reunió la comida y el transporte necesarios para sesenta mil hombres, envió a la retaguardia todo el equipaje y el equipamiento que no necesitaba, y retiró sus destacamentos hasta Atlanta, donde para el 4 de noviembre ya había concentrado cuatro divisiones de infantería, una división de caballería y 65 cañones de campo, con un total de 60.598 hombres. Hood permaneció en Florence, preparándose, o bien para invadir Tennessee y Kentucky, o bien para seguir a Sherman. “Estábamos listos para cualquiera de las dos alternativas”.

Al concluir la campaña de Atlanta, Sherman estaba sumamente confiado y aguardaba ansioso la próxima y, según pensaba, final y decisiva etapa de la campaña y, de hecho, de la guerra. En su análisis de sus operaciones, citó al gran Napoleón “en esa máxima fundamental de la guerra, que era ‘concentrar una fuerza superior sobre el punto crítico en el momento crítico’”. Esto significaba, en 1864, concentrarla sobre los ejércitos de Lee y Johnston. Sherman reflexionaba que, si Lee hubiera abandonado Richmond antes de que él tomase Atlanta, Grant hubiera avanzado para reunirse con él. Como él había tomado Atlanta primero, la estrategia correcta era ahora avanzar con su ejército al encuentro de Grant. “La ruta más transitable hacia Richmond estaba a mil seiscientos kilómetros de distancia, demasiado lejos para una sola marcha; de ahí la necesidad de llegar hasta la costa en busca de una nueva base. Savannah, a cuatrocientos ochenta kilómetros de distancia, era el punto más cercano”. “La Marcha hacia el Mar’ era en términos de estrategia solo un cambio de base en pos de objetivos ulteriores y sumamente importantes”.<sup>[6]</sup> Fueron

el desenlace de la batalla y la campaña de Atlanta lo que puede, por tanto, considerarse una de las operaciones más cruciales de toda la guerra.

La Marcha hacia el Mar de Sherman lo convirtió en el hombre más odiado en la Confederación, pero también aplastó para siempre el espíritu de resistencia del Sur. Él previó coordinar su avance por tierra con operaciones navales en el río Savannah para así “moverme rápidamente hasta Milledgeville, donde abundan el maíz y la carne, y entonces poder amenazar Macon y Augusta; el enemigo sin duda entregaría Macon por Augusta; luego me desplazaría hasta interponerme entre Augusta y Savannah, y lo obligaría a entregar Augusta, donde estaban las únicas fábricas y molinos de pólvora que quedaban en el Sur”.<sup>[7]</sup> Estaba ideando activamente un plan para convertir la guerra contra los recursos alimentarios en una guerra contra la producción industrial. Ahora estaba seguro de que podría realizar la Marcha hacia el Mar y “hacer aullar a Georgia”. Después de devastar Georgia su intención era atacar las Carolinas y desde allí llegar hasta Virginia y Richmond. Comenzó entonces a organizar las tropas que tenía en torno a Atlanta en formaciones de marcha para la gran invasión. Dividió las fuerzas en un ala derecha y un ala izquierda, comandadas, respectivamente por el general Oliver Howard y el general Henry Slocum; el ala derecha estaba compuesta por el decimoquinto y decimoséptimo cuerpos; el ala izquierda, por el decimocuarto y el vigésimo. Había también un cuerpo de caballería comandado por el general Hugh Judson Kilpatrick. Las fuerzas del ejército sumaban en total 55.000 soldados de infantería, 5.000 de caballería y 64 cañones. Sus adversarios eran los 3.500 del cuerpo de caballería de Wheeler y 3.000 milicianos de Georgia, mal entrenados y mal equipados.

Al emprender la marcha, los cuerpos tomaron cuatro rutas paralelas, y en cada una se permitió un mínimo de transportes con ruedas. Todo exceso innecesario de impedimenta fue desechado sin contemplaciones. El capitán David Oakey, del tercero de Voluntarios de Massachusetts, describió esta separación: “Cada grupo de compañeros de comedor decidía qué hachuela, sartén o cafetera llevaría. El único carromato asignado por batallón transportaba apenas un saco de mano, una manta y

un trozo de tienda de campaña del tamaño de una toalla grande para cada oficial, y solo aquel material que fuese necesario para el regimiento. Los carromatos que transportaban las municiones necesarias en la contingencia de una batalla y raciones para unos pocos días en caso de absoluta necesidad, conformaban el cortejo de cada cuerpo de ejército, y habiendo un carromato y una ambulancia por cada regimiento, la impedimenta era muy respetable, con un promedio de ochocientos carromatos por cuerpo”.<sup>[8]</sup>

La escasez de la comida transportada se debía a que Sherman había decidido muy concienzudamente que el ejército devorase el estado a su paso: “Teníamos que avanzar veinticuatro kilómetros al día; construir caminos de troncos donde fuese necesario; destruir las propiedades designadas por nuestros comandantes de cuerpo; y consumir todo cuanto hombres y bestias pudieran comer”. En Georgia, Carolina del Sur y, un poco en menor medida, al llegar a Carolina del Norte, los hombres de Sherman encontraron comida en abundancia, sobre todo batatas y jamones, para los que desarrollaron un agudo olfato, que solía ser infalible pese a cualquier precaución que tomasen los lugareños para esconder sus productos, a menudo bajo tierra. La invasión a Georgia había comenzado el 15 de noviembre. Ya a principios de diciembre, el Ejército de Georgia de Sherman, como se llamaba ahora oficialmente, estaba a mitad de camino hacia Savannah. Las partidas de forrajeo que marchaban delante de las columnas de soldados habían ido dejando una franja de tierra quemada a través del estado; a cada flanco marchaban partidas de *bummers* [pesados] que no se hallaban bajo el control de los oficiales forrajeadores; simplemente estaban allí para gorronear todo lo que pudieran. El 10 de diciembre el ejército ya se encontraba en las afueras de Savannah, dispuesto a tomar la ciudad. Sherman escribió que habían arrancado a su paso ciento sesenta kilómetros de los tres principales ferrocarriles de Georgia, y que habían “consumido el maíz y el forraje del campo cincuenta kilómetros a cada lado de la línea entre Atlanta y Savannah, así como las batatas, el ganado, los cerdos, ovejas y aves, y [se] habían llevado más de diez mil caballos y mulas, y también incontables esclavos. Estimo el daño hecho al Estado de Georgia y sus recursos

militares en cien millones de dólares [...] Esto podría parecer una manera cruel de guerrear, pero así es como se lleva las tristes realidades de la guerra hasta quienes directa e indirectamente nos han hecho involucrarnos en las calamidades que esta comporta”.<sup>[9]</sup>

Sherman escribió además: “La guerra es la guerra y no una búsqueda de popularidad. Si quieren paz, ellos y sus parientes tienen que detener la guerra”. “Nadie podrá calificar a la guerra en más duros términos que yo. La guerra es crueldad y no se la puede refinar; y aquellos que han traído la guerra a nuestro país merecen todos los denuestos y maldiciones que un pueblo puede proferir”.<sup>[10]</sup>

Su marcha hacia Savannah provocó bastantes maldiciones. Antes de tomar Savannah, Sherman debía vencer las defensas del fuerte McAllister, que custodiaban la bahía. Mientras las tropas formaban, apareció una cañonera de la Unión, el USS *Dandelion*, y preguntó mediante señales: “¿Está tomado el fuerte McAllister?”, y le respondieron: “No, pero lo estará en un minuto”. Casi en ese mismo instante la segunda división de Hazen, el decimoquinto cuerpo, irrumpió como una avalancha sobre el parapeto, neutralizando su guarnición de doscientos hombres y sus veinticuatro cañones. Después de tomar el fuerte y una vez que la flota federal estuvo junto a la costa, Savannah fue evacuada durante la noche del 20 al 21 de diciembre. Al día siguiente Sherman telegrafió a Lincoln, ofreciéndole la ciudad, con ciento cincuenta cañones pesados y veinticinco mil pacas de algodón, como regalo de Navidad.

El Sur andaba desesperadamente escaso de soldados, pues la desertión ahora era endémica y generalizada. En diciembre de 1864, sus recursos humanos constituían una fuerza nominal de 400.787 hombres, pero en realidad solo 196.016 se hallaban presentes junto a la bandera. Por otra parte, las autoridades del estado habían dejado, en general, de perseguir a los desertores, quienes en muchos casos habían formado bandas armadas para oponerse al arresto y a la coerción de ser devueltos a filas. Los hombres tenían muchos motivos para desertar. Una razón suprema era su preocupación por el bienestar de sus familias, sobre todo allí donde las granjas se estaban quedando sin cultivar por falta de mano de obra. Los esposos y los padres temían también por la seguridad de sus mujeres,

aunque una de las pocas atrocidades que las tropas de la Unión no cometieron en su marcha fue la violación.

Después de Savannah, Sherman se encontraba a punto de introducir su versión de la guerra en uno de los estados donde los esclavos conformaban la mayoría de la población, Carolina del Sur. A los ojos del Norte, este era el semillero de la rebelión, y la región que más merecía un tratamiento cruel. Era hogar de varios de los más fogosos teóricos de la secesión y el sitio donde habían tenido lugar los primeros disparos en 1861. En el ejército de Sherman muchos estaban ansiosos por castigar a Carolina del Sur y a su gente por haber atacado a la Unión. Por otra parte, hasta ese momento el estado se había librado de pagar el precio de la rebelión, excepto con las muertes de sus hijos en el campo de batalla. Ahora Sherman estaba decidido a hacerlo aullar aún más fuerte de lo que había aullado Georgia. Pero antes de comenzar la invasión de Carolina del Sur, había que hacer un preámbulo en Tennessee, donde Sherman había ordenado a Thomas que se ocupara de Hood.

La salida de Sherman de Georgia, que redujo considerablemente la fuerza de la Unión en el escenario del Oeste, hizo que Hood viera la oportunidad de reiniciar la campaña para poner a Tennessee en manos del Sur. El estilo de guerrear de Hood contenía un elemento de fantasía, pues sistemáticamente exageraba sus posibilidades de triunfo en cualquier campaña que estuviese librando. No obstante, poseía el valioso don de la audacia, y su valentía era incuestionable. Al finalizar 1864 ya era uno de los altos oficiales más gravemente heridos de los dos bandos, pues le habían inutilizado un brazo en Gettysburg y había perdido una pierna en Chickamauga. Sin embargo, todavía montaba a caballo, en su opinión, tan bien como otros más sanos que él. Hood era admirado por sus soldados, pero se había convertido en un problema para el alto mando en Richmond debido a que insistía en guiarse por sus propios caprichos e inclinaciones durante las campañas. Así lo hizo también en la campaña de Franklin y Nashville, donde con solo cuarenta mil hombres se disponía a derrotar a sesenta mil norteamericanos, en parte a fuerza de intensas marchas, algo que su ejército, que en su mayoría iba descalzo, no estaba equipado para hacer. Se proponía y creía poder penetrar en Tennessee, luego en

Kentucky, donde contaba con reclutar hasta veinte mil soldados frescos, aunque cómo entrenarlos y equiparlos eran temas que no especificaba; con ellos pensaba derrotar finalmente al general Thomas y luego marchar hacia el nordeste, cruzando las montañas, para unirse al Ejército del Norte de Virginia de Lee y triunfar sobre Grant y Sherman. Entretanto, aunque confortado por la fantasía, se enfrentaba a las exigencias de la realidad, entre los que estaban derrotar a Thomas en la campaña entre Franklin y Nashville, capital del estado de Tennessee. Thomas, a quien ahora desafiaba por el control de Tennessee, era un viejo adversario.

La vanguardia de treinta mil hombres de Thomas estaba comandada por el general John Schofield, quien anteriormente había estado al frente de las tropas de la Unión en Missouri. El plan de Hood era interponerse entre Schofield y Pulaski, al sur de Nashville, donde Thomas tenía otros treinta mil soldados. Schofield se enteró a tiempo del avance de Hood y adoptó una posición defensiva sobre el río Duck en Columbia, donde Hood atacó a sus tropas desde el 24 al 27 de noviembre. No queriendo arriesgarse a un ataque frontal contra las posiciones atrincheradas de la Unión, Hood envió su caballería, comandada por Nathan Bedford Forrest, y dos de sus cuerpos de infantería, ahora muy diezmados, a flanquear la retaguardia de Schofield. Pero Schofield detectó la maniobra y rápidamente envió dos divisiones a defender el sector amenazado en Spring Hill. Los ataques confederados contra la posición fracasaron, ya que aquí, como en otros puntos a todo lo largo del extenso campo de batalla de Franklin-Nashville, las tropas de la Unión levantaban terraplenes a toda prisa dondequiera que se presentaba la amenaza de un ataque, aunque los confederados cavaban también. Cuando amainaron los ataques confederados, Schofield retiró sus tropas y las condujo de vuelta, para unirse a los de Thomas en Nashville. Los hombres de Hood habían sufrido bajas espantosas, perdiendo siete mil hombres entre muertos, heridos y desaparecidos. Los estandartes de treinta y tres regimientos confederados fueron capturados. Las pérdidas entre los altos oficiales confederados fueron excepcionalmente numerosas. Cincuenta y cuatro comandantes de regimientos confederados fueron alcanzados, y varios generales, entre ellos el mayor general Patrick Cleburne y el general de

brigada States Rights Gist, quien había estado en la primera batalla de Bull Run.

Después de retirarse en Franklin, Schofield se replegó hasta Nashville, donde el general Thomas se preparaba para atacar a los confederados cuando estos se acercasen desde una línea de terraplenes cuidadosamente excavados que interceptaba todos los caminos que conducían a la ciudad desde el sur. Thomas había dirigido impecablemente la campaña hasta ese momento, pero no lo suficiente como para complacer a Grant en su lejano cuartel general de City Point. Grant quería la victoria y Thomas no la estaba obteniendo tan rápido como hubiera deseado su impaciente superior. Este había estado bombardeando a Thomas con sus exhortaciones y, más recientemente, con la amenaza de destituirlo, e incluso con una orden concreta de destitución, que afortunadamente se retrasó en llegar, pues Thomas estaba a punto de lograr todo lo que Grant exigía y más. Thomas atacó la línea confederada en la mañana del 15 de diciembre. Los confederados, para disgusto de Hood, habían construido terraplenes a manera de base defensivo-ofensiva frente a la línea de la Unión. Hood había llegado a la conclusión de que su ejército había perdido su espíritu ofensivo, pero en la práctica este no mostraba en absoluto falta de agresividad, pues repelió todos los ataques de la Unión durante el día entero. El 16 de diciembre los ataques se renovaron, y a mitad de la tarde, apoyados por un intenso fuego de artillería, arrasaron una parte de la izquierda de la línea confederada. Hood se encontraba contemplando el combate desde su montura a poca distancia, en la retaguardia. “Contemplé”, anotó, “por primera y única vez un ejército confederado abandonar el campo en desorden”.

Lo peor estaba por venir. Hood pronto descubrió que “toda esperanza de volver a hacer formar a las tropas era vana”. El ejército confederado avanzó en dirección sur, perseguido por Thomas, hasta que por fin pudo detenerse en Tupelo el 10 de enero. Tres días más tarde, Hood escribió al secretario confederado de guerra, solicitando ser relevado del mando. El 14 de enero se reunió con el general Beauregard, que había llegado para evaluar la situación. Hood le repitió su petición de ser relevado. También escribió a Jefferson Davis, subrayando que el plan de invadir Tennessee,

había sido suyo y solo suyo. Necesitaba admitir su responsabilidad. La campaña de Franklin-Nashville había sido un desastre, y había reducido el Ejército de Tennessee, de una fuerza de cuarenta mil hombres, a menos de veinte mil, lo cual en la práctica lo volvía inútil. Como había sido el segundo más grande en el orden de batalla del Sur, las fuerzas de la Confederación se reducían ahora al Ejército del Norte de Virginia, cuyo número de hombres había mermado mucho desde el inicio de la Campaña Terrestre, y había sido rápidamente diezmado al prolongarse el cerco de Petersburg.

Sherman echó a andar el Ejército de Georgia con rumbo norte desde Savannah el 1 de febrero. Su marcha atravesó en cuarenta y cinco días lo que los carolinianos llamaban el Low Country, una zona de ríos con muchos afluentes que aquel otoño se habían desbordado tras veintiocho días de lluvias continuas. El general William Hazen, un comandante del decimoquinto cuerpo, contó treinta y seis cruces de pantanos en la marcha de su división a través de Carolina del Sur, y catorce cruces de ríos. Sus hombres construyeron veintisiete kilómetros de caminos de troncos, y también puentes y vados. Los habitantes locales y los comandantes confederados creyeron que aquel terreno era intransitable y apenas se esforzaron en defenderlo. Pero el 22 de febrero Johnston fue nombrado comandante de todas las fuerzas confederadas en las Carolinas y, con veinte mil hombres tomados de las guarniciones de Charleston y Savannah y del Ejército de Tennessee de Hood, organizó las defensas de Charleston y Augusta, sede de las más importantes fábricas de armamentos del Sur. Sherman, sin embargo, dispuso sus tropas en la línea de marcha de modo que parecieran amenazar a las dos ciudades, pero en la práctica se mantuvo alejado de ambas. Su objetivo ahora era adentrarse en Carolina del Norte y desde allí ir al encuentro de Grant en Virginia, para de este modo aplastar a Lee con la tenaza formada por ambas fuerzas unionistas. Charleston fue evacuada el 18 de febrero, con lo cual Columbia, la capital del estado, pasó a ser el único sitio de importancia en Carolina del Sur que continuaba bajo el control de las fuerzas confederadas. El 17 de febrero, también Columbia fue abandonada, y aquella noche las tropas de la Unión entraron en ella, encontrando las

calles llenas de pacas de algodón, a algunas de las cuales ya habían prendido fuego. Lo que aconteció entonces sigue siendo objeto de disputas hasta el día de hoy. Prisioneros norteros liberados, negros libres y tropas del ejército de Sherman deambulaban por las calles; más pacas de algodón fueron incendiadas, igual que algunas partes de la ciudad. Ya durante la madrugada media ciudad se encontraba en llamas. Una gran cantidad de bebida había sido consumida. Aun así, los soldados de Sherman se enfrentaron a las llamas y el fuego no se descontroló completamente. No obstante, la quema de Columbia se convirtió una historia confederada de atrocidades que al Norte le resultó difícil refutar, en el contexto de la quema y el saqueo de Georgia y las Carolinas, que habían sido una política deliberada de Sherman.

La operación militar más importante en Carolina del Norte durante la fase final de la guerra no fue obra del ejército de Sherman, sino una operación deliberada e independiente para cerrar Wilmington, en el río Cape Fear, el último gran puerto del Sur que desafiaba el bloqueo. El puerto estaba defendido por una fortificación construida según un nuevo diseño ingenieril para resistir los bombardeos. Los ladrillos y la mampostería habían demostrado ser vulnerables a los cañonazos, como en los fuertes del Tercer Sistema. De hecho, el fuerte Sumter había quedado reducido a un montón de escombros en 1863, principalmente como resultado del bombardeo naval concentrado de la Unión en agosto y septiembre de aquel año. El fuerte Fisher, en Wilmington, estaba construido de acuerdo con principios diferentes: en lugar de ser una estructura rígida de muros de piedra y casamatas que se deshacía bajo el fuego de los cañones, era una estructura de troncos, cubierta de turba y arena, que absorbía el impacto de los cañonazos y no era susceptible de ser destruida, como lo habían sido las grandes fortalezas rusas de Bomersund a manos de los británicos durante la Guerra de Crimea. La Unión al final ni siquiera intentó someter el fuerte Fisher a cañonazos, sino que desembarcó una gran fuerza de infantería para tomarlo en un asalto anfibio, lo cual se logró el 15 de enero de 1865. Wilmington fue entonces ocupada y cesó el tráfico que burlaba el bloqueo a través del río Cape Fear.

Después de la ocupación de Columbia el 17 de febrero de 1865, Sherman desvió su ejército hacia Goldsboro (Carolina del Norte), donde esperaba unir fuerzas con Grant, quien continuaba combatiendo contra las defensas de Petersburg y Richmond. A su avance, que, al verse obstruido por lluvias torrenciales, pareció amenazar tanto Goldsboro como Raleigh, la capital de Carolina del Norte, se opuso la mayoría del alto mando confederado superviviente, incluidos Johnston, Bragg y Pierre Beauregard. Entre ellos se las arreglaron para reunir cerca de veintiún mil hombres, desplegados por Johnston en Fayetteville, Carolina del Norte. Sherman acompañó a sus soldados, que conformaban los Ejércitos de Tennessee y Georgia, al combate en Bentonville el 19 de marzo. Johnston, para variar, tuvo un desempeño enérgico. La disparidad numérica, ochenta mil frente a veinte mil, era excesiva para que pudiese triunfar; aunque Sherman, quien se hallaba presente, a estas alturas de la guerra parecía estar harto de derramar sangre y no llevó las acciones hasta el final. Era obvio para todos, incluyendo a la mayoría de los sureños, dentro y fuera del ejército, que la guerra se acercaba a su fin; solo los ilusos de la Confederación seguían esperando que esta pudiera terminar bajo términos diferentes de los que exigía Lincoln de rendición y emancipación de los negros. El 25 de marzo, Sherman abandonó el escenario del combate en Carolina del Norte, en tren y luego en barco de vapor, rumbo a una reunión con Grant en City Point (Virginia), el puerto del Ejército del Potomac en el río James; en ella le describió su marcha de 684 kilómetros durante cincuenta días, que neutralizó la resistencia de Georgia y las Carolinas. Había sido un logro extraordinario, aunque también había inaugurado un estilo de guerra que acarrearía las peores calamidades para los pueblos que no lograsen mantener a raya a un conquistador, como atestiguarían las campañas de Hitler en Europa del Este setenta y cinco años después.

---

[1](#) Johnson y Buel, ob. cit., vol. 4, p. 250.

---

[2](#) *Ibíd.*, p. 252.

---

[3](#) *Ibíd.*

---

[4](#) *Ibíd.*, p. 256.

---

[5](#) *Ibíd.*, p. 253.

---

[6](#) *Ibíd.*

---

[7](#) William T. Sherman, *Memoirs of General William T. Sherman*, Londres, 1975, p. 112.

---

[8](#) Steven E. Woodworth, *Nothing but Victory*, Nueva York, 2005, p. 539.

---

[9](#) William T. Sherman, *ob. cit.*, p. 173.

---

[10](#) *Ibíd.*, p. 852.

## XVI

### LA BATALLA DE LA COSTA DE CHERBURGO Y LA GUERRA DE SECESIÓN EN EL MAR

*P*aralelamente a la guerra terrestre –bastante desligada de ella, aunque potencialmente crucial para su desenlace–, estaba la Guerra de Secesión en el mar. Fue una guerra completamente dominada por el Norte, y no podía haber sido de otra manera. La Marina de Estados Unidos era una institución casi enteramente nortea. De sus siete mil seiscientos marineros, solo un puñado se unió al Sur. La población de marineros de Estados Unidos era nortea, y constituía la mano de obra de la marina mercante del país, una enorme reserva de marineros entrenados que no tenía equivalente en el Sur. Ciertamente que, de los 1.554 oficiales regulares de la marina, 373 decidieron unirse al Sur; pero las filas del servicio mercante pudieron reponer fácilmente aquella pérdida. Por otra parte, al principio, el Sur casi no tenía barcos. De los cuarenta y dos navíos al servicio de la armada, casi todos estaban, o bien ausentes en aguas distantes, o bien en puertos de la Unión. Es verdad que casi todos los que el Norte controlaba estaban anticuados y, en el mejor de los casos, eran obsoletos; pero el Sur no tenía nada con qué combatirlos. Stephen Mallory, el secretario de la marina de la Confederación, reconoció desde un inicio que, siendo esta casi completamente incapaz de construir barcos, tendría que comprarlos en el extranjero, lo que de hecho quería decir comprárselos a Inglaterra. Con este objetivo envió al excapitán de la Marina de Estados Unidos James Bulloch a Liverpool, donde este llegó a un acuerdo en junio de 1861. La parte difícil no fue negociar con los astilleros, sino eludir la ley de neutralidad británica. Según la Ley de Reclutamiento de Extranjeros, que contenía cláusulas navales, el gobierno británico juzgaría a aquellos astilleros que suministraran barcos a súbditos rebeldes de algún estado

extranjero amigo. Por tanto, para trasladar cualquier barco encargado por la Confederación desde aguas británicas hasta un puerto neutral, sería necesario hacerlo pasar como barco mercante, y transportar su armamento por separado. Bulloch aprendió rápidamente los trucos necesarios, pero lo vigilaban de cerca agentes y diplomáticos de la Unión, quienes intentaban impedir la entrega de posibles barcos de guerra. El primer navío que Bulloch encargó fue botado con el nombre de *Oreto*, supuestamente para el gobierno italiano. La embajada norteamericana se percató de que era idéntico a una de las cañoneras de hélice a vapor que estaba encargando por entonces la Marina Real, pero no logró impedir que zarpara desde Liverpool. En abril de 1862 llegó hasta Nassau, en las Bahamas inglesas, donde se le sumó un barco mercante, confusamente llamado el *Bahama*, que transportaba sus cañones y municiones. El *Oreto*, ahora conocido como *Florida*, zarpó hacia Cuba, donde se reunió con el *Bahama*. El gobierno colonial español se negó a dejar instalar material de guerra, parte del cual ya se había colocado a bordo en las Bahamas, y el capitán, el comandante de la marina confederada J. N. Maffitt, decidió desafiar el bloqueo y llegar hasta Mobile (Alabama). El *Florida* fue cañoneado al atravesar el bloqueo, pero no sufrió daños graves y consiguió tocar puerto en Mobile, donde permaneció los siguientes cuatro meses.

En enero de 1863 se escabulló, evadiendo el bloqueo, y se adentró en el Atlántico, donde capturó algunas embarcaciones, que utilizó para desbloquear el canal de navegación norteño. Después de hundir catorce de ellas, el *Florida* se dirigió al puerto francés de Brest para ser reparado. Luego recorrió el Atlántico, destruyendo barcos de la Unión, hasta finalmente atracar en Bahía, Brasil. Allí fue acorralado por un balandro de la Unión, que intentó simular una colisión con él. Aunque la estratagema fracasó, el balandro consiguió apoderarse del *Florida*, y este fue llevado a Hampton Roads y allí se hundió, aparentemente a causa de una auténtica colisión.

El Departamento de la Marina Confederada logró adquirir varios buques de asalto, encargando su construcción o bien comprándolos en el extranjero. Entre estos estaba el *Georgia*, originalmente llamado *Japan* y

de propiedad británica; durante su carrera como crucero capturó solamente ocho barcos, y finalmente fue llevado hasta Boston por un navío de la Marina de Estados Unidos que lo interceptó en las inmediaciones de Lisboa.

Con mucho, el crucero confederado más exitoso y conocido fue el CSS *Alabama*. Fue construido en Liverpool al mismo tiempo y bajo el mismo subterfugio que el *Florida*. En agosto de 1862 zarpó rumbo a las Azores portuguesas, donde le transbordaron su artillería y sus municiones, y bajo el mando del capitán Raphael Semmes comenzó a asaltar embarcaciones estadounidenses. Como oficial de la Unión, Semmes había compartido su camarote durante la Guerra de México con el futuro capitán John Winslow, quien comandaría el barco federal que hundiría en combate al *Alabama* al final de su carrera como depredador de navíos comerciales. Semmes era sumamente capaz como marinero y como líder. Poco después de emprender su travesía comenzó a capturar presas, pero mientras se dirigía a la entrada del puerto de Nueva York, el *Alabama* encontró mal tiempo y sufrió algunos daños. En consecuencia, optó por poner rumbo al Golfo de México, donde, según una información recibida, la Unión se proponía invadir Texas por mar, y decidió interceptar la flota enemiga. Pero, para su consternación, Semmes se topó, no con un gran número de barcos mercantes, sino con una escuadra de cinco buques de guerra de Estados Unidos y tuvo que batirse apresuradamente en retirada. Fue perseguido por el USS *Hatteras*, y obligado a combatir, pero se defendió exitosamente, hundió al *Hatteras* y escapó, primero hasta el Atlántico Sur y luego hasta el Pacífico, donde aterrorizó eficazmente a las embarcaciones norteamericanas en aquel océano. Las operaciones del *Alabama* en el Pacífico provocaron que todas las embarcaciones norteamericanas se refugiaran en los puertos locales, lo que paralizó el comercio de Estados Unidos en aquellas aguas. La cuenta final de las presas del *Alabama* ascendía a sesenta y cuatro, uno de los mayores éxitos jamás alcanzados por un buque de asalto. Al no encontrar nuevas víctimas, Semmes navegó primero hasta las Indias Orientales, luego hasta el África Oriental, y finalmente hasta Brasil. Por el camino continuó atacando embarcaciones de la Unión. A su llegada a Brasil, Semmes concluyó que su barco

necesitaba reparaciones, pues sus calderas se habían quemado y el cobre de la parte inferior de su casco se estaba desprendiendo. En consecuencia, siguió viaje hasta Europa, donde en junio de 1864 entró en el puerto francés de Cherburgo y obtuvo permiso para que el *Alabama* atracase. Poco después apareció su viejo compañero de a bordo el capitán Winslow, al mando del USS *Kearsarge*. El *Kearsarge* era casi gemelo del *Alabama*, del mismo tamaño, de igual potencia, con casi el mismo armamento. Winslow declaró su propósito de embarcar a los prisioneros de la Unión retenidos a bordo del *Alabama*. Semmes se opuso a que las autoridades francesas concedieran permiso para hacer esto, ya que con ello aumentaría la tripulación del *Kearsarge*. Sin embargo, en cuanto el *Kearsarge* abandonó el puerto, Semmes envió un recado de que iría tras él y pelearía, aparentemente porque, por una cuestión de honor, necesitaba demostrar que el *Alabama* era también un navío de guerra y no solo un asaltante de rutas comerciales.

El *Alabama* zarpó desde Cherburgo en la mañana del domingo 19 de junio, y detectó al *Kearsarge* aproximadamente a once kilómetros al norte. Semmes se preparó para la lucha y pronunció para sus hombres un conmovedor discurso, en el que les recordaba que estaban a punto de combatir en el Canal de la Mancha, escenario de tantas glorias navales para su raza. Se refería a la raza inglesa; los norteamericanos por lo general se consideraban de la misma etnia que los ingleses, incluso ochenta años después de la Guerra de Independencia. Los dos barcos se acercaron a una distancia de aproximadamente un kilómetro y medio y comenzaron a girar en círculo. Completaron siete círculos, sosteniendo un intenso cañoneo. Sus fuerzas eran casi perfectamente parejas: el *Alabama* contaba con un cañón giratorio de cuarenta y cinco kilos, un cañón giratorio de veinte centímetros y seis cañones de catorce kilos y medio. El *Kearsarge* tenía, además de los cañones de catorce kilos y medio, dos cañones giratorios de veintiocho centímetros. Su ventaja consistía en que su casco estaba cubierto con cadenas, que servían de blindaje; estas cadenas estaban ocultas debajo de planchas de pino. El *Alabama* carecía de protección blindada. El blindaje del *Kearsarge*, aunque improvisado, resultó efectivo contra las andanadas del *Alabama*.

El *Alabama* sufrió graves daños cuando tres proyectiles de veintiocho centímetros penetraron por la portilla de un cañón. Al cabo de más de una hora de combate, justo antes de la una de la tarde, el ingeniero jefe del *Alabama* informó a Semmes de que se habían apagado los fuegos de las calderas, que el barco se estaba deteniendo rápidamente y que comenzaba a hundirse. Semmes por tanto ordenó arriar la bandera y dio instrucciones de abandonar el barco. El *Kearsarge* solo había sufrido tres bajas, pero la cubierta y los niveles inferiores del *Alabama* estaban atestados de muertos y heridos. Winslow envió los dos botes no dañados de su nave a rescatar a los hombres que había en el agua. Un yate de vapor inglés, el *Deerhound*, comandado por John Lancaster, que enarbolaba la insignia del Royal Mersey Yacht Club, había estado observando de cerca el combate, y también acudió a recoger supervivientes. La noticia del enfrentamiento entre el *Alabama* y el *Kearsarge* había traído por tren a cientos de espectadores desde París. Se estimó que la multitud que contempló aquella batalla naval desde la costa y el cabo fueron unas quince mil personas.

El *Alabama* fue el más exitoso de los doce buques de asalto de la Confederación. En conjunto, estos infligieron daños por valor de veinte millones de dólares al comercio marítimo de la Unión y alteraron de modo permanente el comercio mundial a favor de Gran Bretaña. Tanto se elevó el coste de los seguros de los barcos con bandera estadounidense, que los comerciantes en general, y los exportadores estadounidenses en particular, optaron por transportar sus cargamentos en barcos de otras banderas, lo que fue reduciendo progresivamente la flota mercante de Estados Unidos, la cual, tras haber sido una fuerte rival y más grande que la de Gran Bretaña, dejó de jugar un papel importante en el transporte del comercio mundial. Nunca se recuperó del daño provocado por los buques de asalto de la Confederación.

La ofensiva contra el comercio marítimo fue un triunfo confederado, como también lo fue su burla del bloqueo. Sin embargo, las pérdidas eran demasiado costosas para que el esfuerzo realmente valiera la pena. El personal de la Confederación, desde el secretario Mallory hasta Semmes, estaba compuesto por hombres capaces; Mallory merece el crédito por

introducir los acorazados en el mundo de la guerra naval. Pero la magnitud de este empeño era demasiado pequeña para ofrecer a la Confederación alguna perspectiva de inclinar a su favor el equilibrio estratégico.

Dada la inmensa longitud del litoral norteamericano, la extensión de sus aguas territoriales y la importancia del comercio marítimo para la economía estadounidense, hubiera sido posible anticipar que el combate naval tendría un papel decisivo en una guerra entre el Norte y el Sur. Así fue, en cierta medida; aunque de manera limitada, por razones sencillas. El Norte era vulnerable a los ataques por mar, pero la potencia naval del Sur era demasiado pequeña para infligir daños considerables. También el Sur era vulnerable, pero logró eludir el poderío mucho mayor del Norte recurriendo a tácticas irregulares de guerra naval: asaltos a los barcos mercantes y burla del bloqueo.

Ya en 1861 la Marina de Estados Unidos, pese a sus pequeñas dimensiones y breve historia, había adquirido una formidable reputación. Aunque solo contaba con cuarenta y dos buques de guerra, su flota había obtenido victorias en escenarios distantes a lo largo de sus setenta años de existencia. Sus fragatas habían triunfado en varios combates notables de un solo barco contra la Marina Real durante la Guerra de 1812, e incluso había operado en el Mediterráneo en la campaña contra los beyes del norte de África a principios del siglo XIX. La calidad de sus marineros era extraordinaria y sus oficiales resultaban tan competentes como los de la Marina Real. Tiempo atrás sus barcos habían estado a la vanguardia de la ingeniería naval. Pero al inicio del conflicto todos los barcos supervivientes eran anticuados. Ninguno había sido botado después de 1822, y algunos databan del siglo XVIII. Casi todos eran barcos de vela, armados con cañones de banda. La remodelación del USS *Merrimack* como el buque blindado CSS *Virginia* por parte de la Confederación reveló claramente cuán obsoletos eran todos aquellos barcos. Solo la casi milagrosa aparición del USS *Monitor* evitó la total destrucción de la flota de la Unión cuando ambos acorazados se enfrentaron en Hampton Roads el 9 de marzo de 1862.

El Norte, que controlaba y construía la mayor cantidad de

embarcaciones fluviales de guerra, dominó los combates ribereños, sobre todo en el Mississippi y sus afluentes. Pero en alta mar, el Sur era el más activo, desafiando el bloqueo y atacando a los barcos mercantes con naves rápidas construidas o compradas en el extranjero. La burla del bloqueo, aunque no salvó al Sur de la escasez, resultó esencial para su economía de guerra. Varios miles de embarcaciones lograron burlar el bloqueo durante la guerra, de las cuales mil quinientas fueron capturadas por los varios cientos de barcos de la Marina de Estados Unidos que andaban en su busca. Aun así, cinco de cada seis de ellas lograban rebasar el encierro; los capitanes y sus tripulaciones estaban más que dispuestos a afrontar aquel riesgo, pues un viaje exitoso reportaba enormes ganancias, varios miles de dólares hasta para los marineros comunes. En su viaje de salida estas embarcaciones transportaban algodón; en el de entrada, bienes militares, pero también artículos de lujo, que por lo general eran propiedad del capitán. El peligro de ser interceptados aparecía principalmente al acercarse a un puerto norteamericano; el número de puertos abiertos fue mermando en el transcurso de la guerra. La Marina de Estados Unidos adquirió una gran habilidad en tender trampas a los barcos de contrabando, y el hecho de que sus destinos fueran tan predecibles facilitaba esta tarea. Los contrabandistas, ayudados por partidas desde la costa, también se especializaron en evitar las intercepciones. Aprovechando el mal tiempo y las horas nocturnas se acercaban hasta la costa, y retiraban las boyas y luces indicadoras para poner en peligro a sus perseguidores.

Al recrudecerse el bloqueo, el Sur recurrió a medidas activas. En un inicio el gobierno de Richmond había emitido patentes de corso, licencias para navegar como piratas, a varios propietarios de barcos. Veinticuatro corsarios llegaron a navegar bajo la bandera confederada. Sin embargo, el corso se extinguió cuando las potencias europeas les cerraron sus puertos a ellos y a sus presas. La práctica del corso tuvo, no obstante, el efecto de elevar los seguros marítimos a niveles exorbitantes y de obligar a los propietarios de barcos estadounidenses a cambiar las banderas de sus navíos por otras que no fuesen norteamericanas. Cuando el corso perdió efectividad, el gobierno sureño, a instancias del secretario Mallory,

presidente del comité de asuntos navales del Senado de Estados Unidos antes de la guerra, comenzó a contratar oficialmente buques para atacar el comercio marítimo. El primero fue el CSS *Sumter*, capitaneado por Raphael Semmes. Comenzando en junio de 1861, Semmes capturó seis barcos mercantes norteros, que condujo hasta los puertos de Cuba. Pero el gobierno español frustró su campaña, devolviendo los barcos apresados a sus tripulaciones. Asimismo, las autoridades españolas restringieron su libertad para reabastecerse de combustible. Semmes se trasladó a la costa de Sudamérica, donde fue interceptado por el USS *Powhatan*, a las órdenes del capitán David Porter, y se vio forzado a huir hasta Gibraltar, al otro lado del Atlántico. Allí fue bloqueado por una escuadra de la Unión y obligado a abandonar su puesto de mando. Escapó por su cuenta hacia el Sur, después de haber capturado dieciocho barcos durante su travesía en el *Sumter*.

Otros buques de asalto confederados fueron el CSS *Florida*, que obtuvo treinta y cinco presas, pero fue acorralado al fin en aguas brasileñas en 1864 y remolcado hasta Hampton Roads. Las circunstancias de su captura fueron tan claramente ilegales que el gobierno federal accedió a devolverlo a un puerto brasileño; pero resultó inhabilitado, también ilegalmente, por un barco estadounidense antes de que pudiera zarpar. El CSS *Georgia* recorrió el Atlántico en 1863, llegando hasta Marruecos, donde se libró una batalla, entre el barco y la costa, contra los moros. Había capturado nueve presas y finalmente fue retirado del servicio en Cherburgo. El CSS *Nashville* recorrió las aguas británicas durante 1862, sin cobrar pieza alguna, antes de ser hundido por el USS *Montauk* en 1863. El CSS *Tallahassee* capturó cuarenta presas en el Atlántico antes de refugiarse en Liverpool en abril de 1865 y ser vendido. El CSS *Shenandoah* tuvo una carrera llena de aventuras, atravesando el Cabo de Hornos para llegar a Australia en 1864, donde reclutó a muchos australianos. A principios de 1865 capturó barcos de la flota ballenera en el estrecho de Bering, en las costas de Siberia, pero al enterarse de que la guerra había terminado navegó hasta Inglaterra y arrió el estandarte confederado el 6 de noviembre de 1865. Había capturado treinta y ocho presas. El CSS *Chickamauga* recorrió el Atlántico a finales de 1864, capturando ocho

presas, pero como gran parte de su tripulación desertó en Bermuda, se vio obligado a regresar a Wilmington (Carolina del Norte), donde fue quemado para evitar su captura en febrero de 1865.

Los buques de asalto destruyeron cerca del cinco por ciento de la flota mercante estadounidense y, aunque no eran muchos, deterioraron el comercio marítimo de Estados Unidos, con un efecto permanente. Debido a la sustitución de banderas y a la venta de barcos mercantes a propietarios extranjeros, la marina mercante estadounidense jamás recuperó su lugar en el comercio mundial después de 1865. La campaña naval del Sur fue extraordinaria. Pero el verdadero triunfo naval de la Guerra de Secesión correspondió al Norte. Al clausurar eficazmente el comercio marítimo del Sur, no solo privó a la Confederación de la posibilidad de reabastecer y financiar su campaña bélica, sino que además privó a Richmond del reconocimiento diplomático que tanto ansiaba.

El quid del dominio naval del Norte fue la imposición del bloqueo. El bloqueo tenía un fundamento tanto legal como militar. Para ser reconocido por las leyes internacionales, el bloqueo tenía que ser efectivo. Una simple declaración no investía de fuerza legal al bloqueo. Era preciso demostrar que funcionaba. Las escuadras de la Marina de Estados Unidos que imponían el bloqueo tenían, por tanto, que ser realmente capaces de clausurar los puertos de entrada del Sur. Como el Sur tenía más de 5.600 kilómetros de litoral y cientos de puertos grandes y pequeños, la tarea de imponer un bloqueo efectivo era considerable. Sin embargo, la mayoría de los puertos del Sur podían ser ignorados, puesto que eran demasiado pequeños o no tenían suficientes vías de comunicación con el interior para ser de utilidad a los contrabandistas. En total había solo diez puertos sureños lo bastante profundos o con las instalaciones adecuadas para ser tenidos en cuenta: Nueva Orleans (Louisiana); Mobile (Alabama); Pensacola y Fernandina (Florida); Savannah (Georgia); Charleston (Carolina del Sur); Wilmington y New Bern (Carolina del Norte); y Norfolk (Virginia). La mayoría de estos puertos fueron tomados en las primeras etapas de la guerra, los de New Bern y Fernandina en marzo de 1862, y el de Savannah quedó clausurado al ser tomadas sus inmediaciones en abril. El de Nueva Orleans también fue tomado en abril

de 1862. El de Pensacola fue abandonado, puesto que el fuerte federal que custodiaba su entrada se negó a rendirse, en mayo de 1862. A mediados de 1862 los únicos puertos atlánticos que le quedaban al Sur eran los de Charleston, Wilmington y Norfolk. Norfolk, vigilado de cerca por la flota nortea que operaba en la bahía de Chesapeake, estaba demasiado bien bloqueado para servir como puerto de entrada. El de Charleston fue invadido por tierra en 1865; finalmente solo el de Wilmington sobrevivió como puerto de entrada y de salida.

La campaña naval confederada fue extraordinaria no por sus resultados sino por sus intentos, con medios navales revolucionarios que alteraron para siempre la naturaleza de la guerra en el mar, no solo con acorazados sino con “torpedos”, como se llamaba entonces a las minas, y submarinos. El primer submarino confederado fue un modelo experimental, el *Pioneer*, construido en Nueva Orleans en febrero de 1862. Fue abandonado y hundido en el lago Pontchartrain al mes siguiente. El equipo que lo diseñó, incluyendo a su jefe, Horace Lawson Hunley, se trasladó a trabajar en Mobile (Alabama), donde construyeron el *American Diver*. Estuvo listo para efectuar un ataque contra la flota del bloqueo de la Unión en enero de 1863, pero resultó demasiado lento para ser usado en la práctica, y, después de su fracaso, se hundió en la boca de la bahía de Mobile durante una tormenta y no fue recuperado.

Muy poco después de aquella pérdida, Hunley comenzó a trabajar en su sustituto, que llevaría su mismo nombre. Los anteriores experimentos con propulsión a vapor y electromagnetismo fueron desechados y este fue construido con un árbol de transmisión accionado con manivela por los siete miembros de la tripulación. Se sumergía dejando entrar agua en sus dos tanques de lastre.

El *Hunley* estuvo listo para ser probado en julio de 1863 y hundió una barcaza de carbón en el puerto de Mobile. Luego fue enviado por ferrocarril hasta Charleston (Carolina del Sur), donde se hundió dos veces mientras era probado en el puerto, ahogando a cinco miembros de la tripulación en el primer intento y a toda la tripulación en el segundo, incluyendo a su inventor. Pudieron recuperarlo las dos veces y se encontraron voluntarios que continuaran el trabajo. La noche del 17 de

febrero de 1863, el *Hunley* atacó al USS *Housatonic*, de doce cañones, a ocho kilómetros de la costa de Charleston, y lo hundió, estrellando un torpedo de palo contra su casco. El *Hunley*, acaso también dañado en el ataque, se hundió después, ahogando una vez más a su tripulación. Unos buzos descubrieron los restos del *Hunley* en 1979 y los rescataron el 8 de agosto de 2000. El examen *post mortem* de los restos de la tripulación reveló más tarde que cuatro de sus ocho miembros habían nacido en Estados Unidos y cuatro eran de origen europeo. Fueron enterrados, con honores militares, en el Magnolia Cemetery de Charleston, el 17 de abril de 2004, en presencia de una multitud de 35.000 a 50.000 personas, en lo que fue descrito como “el último funeral confederado”. El *Hunley* sería recordado como el primer submarino que realizó una acción de guerra en la historia naval. La marina confederada resultó insignificante como factor estratégico, pero fue una de las más innovadoras que jamás se hayan organizado.

Los estadounidenses habían sido los pioneros de la guerra submarina, pues construyeron y pusieron en marcha un submarino experimental durante la Guerra de Independencia. Fue una iniciativa comprensible, viniendo de un pueblo que, habiéndose rebelado contra la primera potencia naval del mundo, era incapaz de desafiar a la enorme flota británica. También fue comprensible que la Confederación, al no tener esperanzas de enfrentarse a la Marina de la Unión en pie de igualdad, retomase el experimento submarino.

## XVII

### SOLDADOS NEGROS

*L*a ambigua declaración de Lincoln de que la Guerra de Secesión “en cierto sentido tenía que ver con la esclavitud” ocultaba mucho más de lo que revelaba. Los más enardecidos antisecesionistas del Norte eran abolicionistas; sin embargo, no todos los nortños eran abolicionistas, y pocos eran liberacionistas. Muchos consideraban la esclavitud, en tanto se mantuviese confinada a los estados del Sur, como un medio eficaz y conveniente para controlar a una población extranjera. Los negros libres no eran un elemento bienvenido en los estados nortños. Algunos estados llegaron a aprobar leyes electorales contra los negros, y los prejuicios raciales eran comunes y estaban muy extendidos, sobre todo entre los pobres, quienes competían con los negros por los empleos en la base de la pirámide económica. La segregación en las escuelas e iglesias era la regla y no la excepción; pocos negros poseían derecho al voto, y la extensión de este derecho no era una causa que respaldaran muchos abolicionistas; muchos blancos incluso consideraban que concederles igualdad ante la ley y libre acceso a los tribunales era ir demasiado lejos. Sin embargo, para muchas personas del Norte resultaba obvio que la abolición de la esclavitud conllevaba lógicamente la emancipación. Qué hacer con varios millones de esclavos liberados era un problema para el que pocos tenían una solución, y tampoco deseaban buscarla. Prevalecía la idea de que los negros liberados preferirían permanecer en el Sur, debido a su familiaridad con el entorno y sobre todo con el clima. Quienes no creían en estas vanas esperanzas, y no solo ellos, defendían la idea de la colonización, es decir, de convencer o coaccionar a los negros liberados para que emigrasen a Centroamérica y al Caribe o regresasen al África Occidental, donde se había creado el territorio de Liberia para el

asentamiento de los libertos americanos, y la colonia británica de Sierra Leona para los antiguos esclavos británicos. Como señalara ásperamente Frederick Douglass, el principal vocero negro de la causa de la emancipación, la abolición no tenía mucho sentido si su resultado final era la deportación de sus beneficiarios.

Pero surgió una solución práctica a este problema, impuesta por las circunstancias de la guerra y no por motivos de índole social. Y fue la de alistar en el ejército a los negros libres, incluyendo a los fugitivos del Sur – o “contrabandos”, como se les llamaba–, para pelear en el frente contra la Confederación. Una vez aceptada la idea de reclutar a los negros, las ventajas resultaron evidentes. El alistamiento de los negros no solo aumentaría el número de soldados activos del Norte, sino que también privaría al Sur de su fuerza laboral. Simultáneamente, incrementaría la reputación del Norte en el extranjero, sobre todo en Gran Bretaña, el país en que el Norte más deseaba influir y donde la opinión pública era muy sensible a la idea de la emancipación. Gran Bretaña había sido pionera en la erradicación del comercio internacional de esclavos, mediante la labor de las patrullas antiesclavistas de la Marina Real, y los ciudadanos británicos victorianos honraban su trayectoria antiesclavista. La defensa del Sur del sistema esclavista fue su principal obstáculo para obtener el reconocimiento diplomático de Londres entre 1861 y 1863. Así pues, había argumentos tanto prácticos como políticos para la emancipación desde mediados de la Guerra de Secesión en adelante.

No obstante, existían fuertes objeciones contra ella. Además del prejuicio racial, que en distintos grados de intensidad y por diferentes motivos era casi universal en el Norte, también había factores prácticos. ¿Qué se podía hacer con cuatro millones de esclavos liberados cuando estos abandonasen las plantaciones? ¿Cómo darles empleo, albergue y sustento? El reclutamiento reduciría considerablemente su número – finalmente entre mil ochocientos y doscientos mil negros militaron en los ejércitos de la Unión, y dos tercios de ellos eran esclavos liberados– en circunstancias que prometían controlar su conducta y libertad de movimiento. Pero había toda clase de dificultades para admitirlos en el ejército. Frederick Douglass argüiría que la libertad de los negros no valía

nada a menos que se peleara por ella. Muchos soldados blancos sostenían que aquella era una guerra de hombres blancos y que el alistamiento de negros comprometería los términos de la lucha. Pero en última instancia el problema se reducía simplemente a la extendida incredulidad nortea en el valor combativo del soldado negro. ¿Serían capaces de pelear los negros? ¿O se escaparían, dejando a los soldados blancos en la estacada? Hoy en día que los soldados negros se han ganado una excelente reputación como combatientes en las guerras más encarnizadas de la república moderna, esta cuestión no tiene sentido. De hecho, la falta de entusiasmo de la comunidad negra estadounidense por el alistamiento durante el conflicto en Irak alarmó al Departamento de Defensa, pues los cuerpos de ejército y de Marina de Estados Unidos han llegado a depender en gran medida de los reclutas negros para alcanzar un número sustancial de tropas en sus formaciones de combate, sobre todo en la infantería. Pero en el siglo XIX los africanos aún no se habían ganado la formidable reputación militar que alcanzarían después. El reino zulú todavía era poco conocido fuera del sur de África. El ejército francés, aunque reclutaba en las mismas regiones de donde provenían los contingentes de esclavos, no empleaba sus regimientos de negros fuera del África Occidental. El Regimiento de las Indias Orientales Británicas, aunque contaba con soldados de procedencia idéntica a la población de esclavos del Sur, solo era empleado como fuerza policial en las colonias. De modo que era comprensible que el estadounidense blanco se preguntase si los reclutas negros sabrían pelear, pues, según la experiencia norteamericana, pocos lo habían hecho. Los negros que habían participado, en ambos bandos, en la Guerra Revolucionaria, o la Guerra de Independencia como la llaman los ingleses, lo habían hecho individualmente, no como miembros de unidades negras conformadas. No había unidades negras en el ejército antes de la guerra, y en el Sur de antes de la guerra la política pública dictaba que sus habitantes negros permaneciesen en un estado de pasividad abyecta.

Sin embargo, las primeras muestras de marcialidad por parte de los negros durante la Guerra de Secesión tuvieron lugar, paradójicamente, en los estados sureños, no en el Norte. Los negros libres de Louisiana, la

única parte del Sur que tenía algo parecido a una comunidad de negros emancipados, creó una unidad de milicianos voluntarios, el Regimiento de Hombres de Color Libres, ya desde mayo de 1861. Sus miembros querían demostrar su responsabilidad cívica, pero, aunque el gobernador del estado designó un coronel para que los comandara, estos se autoabastecieron de armas y uniformes y solo fueron empleados para montar guardia en la localidad. El gobierno confederado no los reconoció en absoluto. También en mayo de 1861 se produjo un acontecimiento que acarrearía un alistamiento general de soldados negros. Tres esclavos fugitivos se presentaron en la fortaleza Monroe, anunciando que habían sido obligados por su amo a cavar una batería confederada. Poco después un oficial confederado se presentó exigiendo la devolución de los fugitivos, como establecía la legislación federal. El comandante del fuerte, Benjamin Franklin Butler, se negó, aduciendo que el uso dado a aquellos esclavos los convertía en contrabando de guerra, y por tanto legitimaba su confiscación. De aquí surgió el empleo del término “contrabando”, que en lo sucesivo justificaría el alistamiento de todos los esclavos fugitivos del Sur. Enseguida el número de contrabandos comenzó a crecer rápidamente, según estos huían hacia los enclaves que la Unión había establecido a lo largo de la costa atlántica como resultado de la campaña anfibia del Norte para imponer el bloqueo. Varios aparecieron cerca de Charleston (Carolina del Sur), mientras que la totalidad de la población negra de las Sea Islands se encomendó a los invasores nortños. Al principio los contrabandos eran utilizados únicamente como mano de obra militar. Sin embargo, poco a poco, y cada vez con menos controversia según aumentaban las bajas en combate de los blancos, los negros fueron cumpliendo funciones militares. Una vez promulgada la Ley de Emancipación en septiembre de 1862, el reclutamiento de negros quedó legalmente autorizado y empezaron a crearse regimientos de negros, comenzando en Louisiana, donde, después de que el ejército de la Unión la tomara, el personal de las milicias de negros libres de 1861 se dirigió a los ocupantes y solicitó su reclutamiento como soldados federales. El 27 de septiembre de 1862, el primer regimiento de la Guardia Nativa de Louisiana fue admitido formalmente en el Ejército de Estados

Unidos. Muchos otros no tardarían en seguir su ejemplo; finalmente se crearon 166 regimientos de negros, cuyos títulos en un principio incluyeron el apéndice “de color” o “descendientes de africanos”. Al final todos se convirtieron en Tropas de Color de Estados Unidos. El Ejército de Estados Unidos, aunque solo era negro en un tres por ciento en 1865, permaneció firmemente segregado. Había menos de cien oficiales negros en los 166 regimientos de color y ninguno de ellos tenía un grado superior al de capitán; la paga de los soldados negros era inferior a la de los blancos.

Justo al final de la guerra, cuando las nubes de la derrota se cernían sobre la Confederación, surgió incluso allí la idea de compensar la creciente escasez de recursos humanos reclutando a los esclavos. La propuesta de armarlos y entrenarlos como soldados, sugerida por el general Patrick Cleburne del Ejército de Tennessee en enero de 1864, fue bien recibida por muchos de sus subordinados de alto rango, quienes aceptaron su argumento de que el reclutamiento de negros expandiría con creces la capacidad combativa del Sur. Otros, sin embargo, disintieron virulentamente. La propuesta de Cleburne no hizo más que crear división y malestar, hasta que Jefferson Davis prohibió que se continuara contemplando o incluso que se la mencionara. No obstante, en noviembre de 1864, Davis pidió permiso al Congreso confederado para comprar esclavos que serían empleados como cocineros de campaña y conductores de transportes, y llegó a decir: “En tanto nuestra población blanca no resulte insuficiente para los ejércitos que necesitamos y podemos mantener en campaña, no parece prudente ni ventajoso emplear al negro como soldado. Pero si se nos presentase la disyuntiva entre la subyugación o el empleo del esclavo como soldado, no habría modo de dudar cuál sería entonces nuestra decisión”. Pero esta vez el Congreso se echó atrás, y el excandidato presidencial Howell Cobb afirmó: “No se puede convertir a los soldados en esclavos ni a los esclavos en soldados. El día en que los esclavos sean soldados será el principio del fin de la revolución. Si los esclavos resultan ser buenos soldados toda nuestra teoría de la esclavitud está errada”.<sup>[1]</sup> Pero la política del Norte, donde los esclavos liberados se habían alistado por decenas de miles desde la Proclamación de la

Emancipación en enero de 1863, demostró que los negros podían ser soldados valientes y eficaces, lo cual probaba que la esclavitud era ciertamente una idea errada, junto a muchas otras razones. En febrero de 1865 el general Robert E. Lee, con el peso de su enorme prestigio, se había pronunciado sobre este asunto en una carta a un congresista confederado, en la que concluía que, si el reclutamiento de negros era la única forma de evitar la derrota, habría que aceptar a los negros como soldados. En marzo de 1865, el Congreso confederado llamó oficialmente a los dueños de esclavos a poner a disposición del servicio militar hasta una cuarta parte de los esclavos de cada estado. A la larga solo se enrolaron dos compañías de soldados negros, y no participaron en ningún combate hasta que el ejército de la Unión llegó a Richmond para imponer la rendición. Irónicamente, muchos de los soldados federales involucrados eran negros. Veintitrés soldados de las Tropas de Color de Estados Unidos lograron la Medalla de Honor del Congreso antes de Appomattox. Posteriormente, el Ejército de Estados Unidos volvió a tratar de manera desigual a sus soldados negros, una política que no se rectificó hasta la presidencia de Eisenhower tras la Segunda Guerra Mundial.

Hacia el final de la Guerra de Secesión, la pregunta de si los soldados negros eran capaces de pelear había quedado respondida en varios campos de batalla. En Port Hudson, cerca de Vicksburg, la mañana del 27 de mayo de 1863, dieron sus primeras muestras de disposición combativa. Los soldados negros que entraron en batalla habían sido miembros de la Guardia Nativa Confederada de Louisiana, ahora incorporada al Ejército de Ocupación de Estados Unidos de Banks. El objetivo de la operación era abrirse paso hasta la ciudad que obstruía el uso del Mississippi como vía fluvial por parte de la Unión. El acceso a Port Hudson estaba defendido por terraplenes en un abrupto acantilado detrás de Little Sandy Creek, ocupados por el 9º de Rangers Partisanos de Louisiana. La Guardia Nativa los superaba en número, pero la fortaleza de la posición y el apoyo artillero compensaban la disparidad. Por otra parte, la mayoría de los soldados negros acababan de recibir sus rifles y todavía eran inexpertos en su manejo. No obstante, organizaron tres cargas contra las líneas confederadas y sus bajas llegaron a 37 muertos y 155 heridos antes de que

la caída de la noche pusiera fin a la batalla. La noticia del combate en Port Hudson fue muy difundida en el Norte y citada como prueba concluyente de que los soldados negros podían luchar. El *New York Times* escribió: “Ya no es posible seguir dudando de la valentía y la firmeza de la raza de color cuando está bien dirigida”. Esto era prematuro. Port Hudson fue una batalla demasiado pequeña como para erigirse en prueba definitiva.

Sin embargo, poco después, y cerca de allí, en Milliken’s Bend, tuvo lugar otra batalla que arrojó un mejor veredicto. Milliken’s Bend, situada frente a Vicksburg, fue uno de los puntos de suministro de Grant durante su asedio de esta. Estaba guarnecida por tres regimientos negros reunidos por un entusiasta del reclutamiento de negros, el general Lorenzo Thomas; el noveno y undécimo de infantería de Louisiana (Descendientes de Africanos) y el primero de Mississippi (Descendientes de Africanos). Los confederados locales habían decidido atacar Milliken’s Bend con los tres regimientos tejanos de la brigada del general Henry McCulloch. Atacaron confiadamente el 7 de junio de 1863, e hicieron retroceder a las tropas de la Unión hasta su línea de terraplenes a la orilla del río. Sin embargo, los tejanos habían hecho una pausa para saquear el campamento de la Unión y, en consecuencia, se habían desorganizado. Al llegar al río cayeron bajo el fuego de la artillería de la Unión y de las cañoneras *Choctaw* y *Lexington*, y tuvieron que retroceder. McCulloch recibió refuerzos, pero coincidió con el comandante de la Unión en que era inútil persistir. Ambas fuerzas confederadas se retiraron. Sus bajas fueron 44 muertos; las de la Unión fueron 98 muertos y 233 heridos. Charles A. Dana, el asistente del secretario de guerra, quien había sido enviado desde Washington para observar las operaciones de Grant, escribió que “la valentía de los negros en la reciente batalla de Milliken’s Bend ha venido a revolucionar las opiniones en relación con el empleo de tropas negras. Oficiales prominentes, que se mofaban en privado de esta idea, la apoyan ahora abiertamente”.<sup>[2]</sup> Una dama confederada, Kate Stone, escribió en su diario: “Es difícil creer que soldados sureños –y tejanos por añadidura– hayan sido vapuleados por una pandilla híbrida de yanquis blancos y negros. Tiene que haber algún error”.<sup>[3]</sup> En Milliken’s Bend había habido soldados blancos, un pequeño destacamento

del 23° de Iowa, pero la abrumadora mayoría de las fuerzas de la Unión había sido negra. No había error alguno respecto a esto.

Milliken's Bend precedió a toda una serie de operaciones por parte de soldados negros contra posiciones confederadas en el Sur meridional y costero. Una de las primeras fue el fuerte Wagner, en la entrada del puerto de Charleston, el 18 de julio de 1863. Estaba muy bien defendido por cuatro batallones de infantería de Carolina del Sur y abundante artillería. Las fuerzas atacantes consistían en cuatro batallones de tropas blancas y uno de negros, el 54° de Massachusetts (de Color). El 54° había sido reunido por el gobernador de Massachusetts y ferviente abolicionista, John A. Andrews, en marzo de 1863, inmediatamente después de la Proclamación de la Emancipación. Como la población negra de Massachusetts era pequeña, Andrews tuvo que extender sus redes y muchos reclutas provenían de otras partes de Nueva Inglaterra, y algunos, entre ellos los hijos de Frederick Douglass, de Nueva York. En la primavera de 1864 este regimiento participó en pequeñas operaciones a lo largo de la costa de Carolina del Sur, pero en julio fue transportado en barco para atacar Morris Island, donde se alzaba el fuerte Wagner. El objetivo de su llegada era tomar el fuerte y la isla.

El ataque comenzó en la noche del 18 de julio, después de un bombardeo preliminar. El 54° avanzó entre la pleamar y la bajamar, vadeando en algunos momentos los bajíos de la playa. Los confederados no dispararon hasta que los atacantes llegaron hasta las defensas exteriores del fuerte; entonces, cuando los soldados negros se lanzaron al asalto, iniciaron un violento cañoneo y descargas cerradas que infligieron grandes bajas. El 54°, no obstante, recompuso los claros abiertos en sus filas y siguió adelante. Las tropas de la vanguardia cruzaron el foso, escalaron la ladera del terraplén y llegaron hasta su cima. Algunos consiguieron entrar en el fuerte, pero las bajas fueron muy numerosas. Entre los caídos estuvo Robert Gould Shaw, el coronel abolicionista del 54°. En el interior del fuerte se entabló un combate cuerpo a cuerpo, en el que primaron las atrocidades de los enfurecidos confederados, matando e hiriendo a los soldados negros que intentaban rodearlos. Finalmente la Unión se batió en retirada, pero no sin que el sargento William H. Carney se destacase

tanto en combate que más tarde le fue concedida la Medalla de Honor, la primera que se otorgaba a un soldado negro. Muchos de los heridos fueron evacuados o lograron llegar por sí mismos hasta las líneas de la Unión. Entre los que habían caído en los bajíos, algunos se ahogaron al subir la marea. Después de la batalla la Unión comenzó a zapar en dirección al fuerte Wagner, cavando nuevas trincheras, hasta que el 7 de septiembre los confederados abandonaron el fuerte y la isla, lo que sería el preludio de la toma de la propia Charleston. Ralph Waldo Emerson compuso un treno por la muerte del joven coronel Shaw, quien se hizo célebre en todo el Norte, al igual que el 54º de Massachusetts, que había perdido 272 hombres entre muertos, prisioneros y heridos.

En los días que siguieron al intento por tomar Charleston, que se prolongó en un largo asedio al que solo puso fin la invasión de las Carolinas por Sherman en 1864, la Unión decidió invadir el estado de Florida. La Florida era una de las regiones más atrasadas de la Confederación, sin una fuerte trayectoria secesionista ni una gran contribución a las fuerzas combatientes del Sur. Las operaciones anfibias de la Unión la habían aislado del resto del Sur, tomando las bases navales del fuerte Pickens, Cayo Hueso y Fernandina. El secretario del tesoro, Salmon Chase, había apostado por Florida como medio para materializar su ambición de postularse para la presidencia en 1864. Él creía que la Unión podría reconquistar el estado si lograba derrotar a sus defensores confederados y se daba a la población la oportunidad de hacer un juramento de lealtad, como había propuesto Lincoln en la Proclamación de Amnistía y Reconstrucción de diciembre de 1863, y Chase tenía adeptos en Florida. También veía una fuerza disponible en las tropas de la expedición de Charleston. Su comandante, el general Quincy Gillmore, jefe del Departamento del Sur, había alcanzado fama y reconocimiento a raíz de su exitoso bombardeo del fuerte Pulaski en abril de 1862. Gillmore pensaba poder aumentar sus fuerzas reclutando soldados negros entre la población esclava de Florida y de esta manera escapar del marasmo en que lo había sumido el fracaso del ataque a Charleston. Convenció a Halleck de que le permitiera intentarlo. Le ordenaron llevarse el 54º de Massachusetts de Charleston y también recibió una serie de regimientos

más distantes de blancos y de negros para organizar la expedición. Entre estos había una serie de unidades entrenadas en el campamento militar William Penn (Pensilvania), creado especialmente para reclutar y entrenar a soldados negros. El octavo de Tropas de Color de Estados Unidos y el primero de Voluntarios de Color de Carolina del Norte, junto al 54° de Massachusetts, zarparon hacia Jacksonville (Florida), y arribaron el 7 de febrero de 1864. Allí, con una brigada de tropas blancas de Nueva York, formaron un pequeño ejército, que Gillmore condujo desde Jacksonville hasta Olustee en la cabecera del río St. Mary, que forma parte de la frontera entre Georgia y Florida. Este ejército llegó a Olustee el 20 de febrero de 1864, y allí se enfrentó con los terraplenes confederados, excavados en densos bosques y defendidos por cinco mil soldados de Georgia y Florida comandados por el general Joseph Finegan, bajo el alto mando de Beauregard.

La caballería de Gillmore se encontró con los puestos de avanzada confederados en la mañana del 20 de febrero y se desencadenó una confusa batalla. Los confederados contaban con artillería, que infligió grandes bajas, pero la Unión realizó varias cargas. La línea de batalla avanzaba y retrocedía por entre los densos bosques. El 54° de Massachusetts lanzó un contraataque, pero a las seis de la tarde la Unión se hallaba ya en plena retirada hacia Jacksonville, perseguida por la caballería confederada. Un soldado rebelde, al toparse con un oficial, preguntó qué sucedía: “Matando negros”, fue la tristemente verídica respuesta. Docenas de soldados federales negros, heridos e ilesos, fueron muertos a tiros o a golpes al caer la noche sobre el campo de batalla. El oficial médico del octavo de Tropas de Color de Estados Unidos salvó a muchos llenando las ambulancias con soldados negros antes que con blancos, puesto que, según dijo, los prisioneros blancos sobrevivirían pero los soldados negros no. En total, fueron muertos o heridos en Olustee 1.861 soldados federales y 950 confederados. Olustee fue una derrota indudable de la Unión, que puso fin al intento, excesivamente optimista, de devolver Florida a la Unión.

Mientras la campaña de Florida decaía, la de la frontera Tennessee-Mississippi cobraba ímpetu. No había grandes concentraciones de tropas

en aquella área, solo unas cuantas postas federales aisladas y la fuerza permanente de caballería de Nathan Bedford Forrest, a quien la Unión nunca había logrado vencer. Sherman había hecho un llamamiento a sus tropas para que obligaran a Forrest a rendirse a fin de restaurar el orden en la región. Forrest no estaba listo para ser maniatado, y decidió emprender operaciones contra las postas aisladas de Sherman. La primera que atrajo su atención en abril de 1864 fue el fuerte Pillow, ochenta kilómetros al norte de Memphis sobre el Mississippi. Sherman había ordenado su evacuación, pero el comandante federal local, el general Stephen Hurlbut, decidió por su cuenta volver a ocuparla. Su guarnición en abril de 1864 consistía en dos regimientos de artillería de color y uno de infantería blanca. Aunque estaban atrincherados, eran demasiado pocos para defender aquella posición. A la caballería que formaba parte de la guarnición le disgustaban los negros: eran tennesianos, y algunos exconfederados que habían cambiado de bando. Cuando Forrest, que había prometido “ocuparse del fuerte Pillow”, apareció el 12 de abril, sus hombres rápidamente derrotaron a la resistencia y comenzaron a imponer la rendición, lo que había sido su objetivo desde el principio. Los negros y los blancos que se rindieron fueron abatidos a balazos, de pie o de rodillas. Los heridos fueron rematados. Posteriormente los apólogos de la Confederación insistieron en que Forrest cabalgó de un lado a otro intentando controlar a sus hombres. Si así lo hizo, ello no tuvo efecto alguno. Doscientos treinta y seis supervivientes de la guarnición fueron hechos prisioneros, pero de estos solo cincuenta y ocho eran negros. La noticia del fuerte Pillow se difundió a gran velocidad, generando ira en el Norte, aunque no en el Sur. Al parecer, los soldados negros habían aprendido que se lo jugaban todo al combatir contra los confederados, pero decidieron vender aún más caras sus vidas. Continuaron luchando valientemente cada vez que se les puso a prueba.

La masacre del fuerte Pillow sirvió de acicate a los esfuerzos de la Unión por dar caza a Forrest, y en abril de 1864 el general Samuel Sturgis llegó a Memphis con órdenes de perseguirlo. Muchos de los soldados de Sturgis eran negros, pertenecientes al 55º y al 56º de Tropas de Color de Estados Unidos y al segundo de Artillería Ligera de Color de Estados Unidos, de

nueve baterías. Sturgis condujo a sus fuerzas en dirección sur hacia Tupelo (Mississippi), con el propósito de destruir los ferrocarriles que abastecían a Forrest y provocar así un enfrentamiento. Forrest tenía dos brigadas de caballería y alguna artillería, y por tanto se hallaba en desventaja numérica con respecto a Sturgis; aun así, avanzó para atacar. Ambas fuerzas se encontraron el 10 de junio en Brice's Crossroads, al norte de Tupelo. En la batalla que sobrevino las cosas marcharon mal para la Unión desde el principio, pues los hombres de Forrest descubrieron un camino que llevaba hasta la retaguardia de Sturgis. Su tren de suministros se enredó con sus tropas de combate, y en la confusión la columna la Unión se vio obligada a retirarse. La retirada continuó durante varios días, con Forrest pisándoles los talones, hasta que finalmente las tropas de la Unión hallaron refugio en Guntown (Tennessee). La batalla de Brice's Crossroads engrandeció la reputación de Forrest. Pero no menoscabó la reputación militar de los soldados negros, pues fue reconocida con razón como un fracaso de la jefatura de Sturgis, quien fue relevado del mando y jamás vuelto a emplear.

También hubo soldados negros involucrados en la infortunada expedición al río Red en Arkansas en 1864. Su campo de batalla más importante hacia el final de la guerra fue en Virginia, a donde fueron enviados en gran número durante el asedio de Petersburg. Juntos formaron el noveno cuerpo, integrado casi completamente por soldados negros, cuyas unidades originales habían sido divididas para crear guarniciones en el Oeste. El noveno cuerpo, cuyos regimientos habían sido reclutados y entrenados en Maryland, fue enviado a unirse al Ejército del Potomac a principios de marzo de 1864. Fue la primera unidad de negros que pasó por Washington. De camino, uno de sus oficiales blancos anotó que, al pasar por Pittsburg (Pensilvania), "fuimos apedreados por la gentuza". En Washington el presidente Lincoln pasó revista al regimiento. El cuerpo había sido enviado a internarse en Virginia y quedó atrapado en la periferia del combate de Spotsylvania, mas no participó. Un oficial de Massachusetts que presenció la agitación expresó una opinión muy extendida entre los blancos sobre los soldados negros: "Al contemplarlos mi alma se perturbaba y con gusto los hubiera hecho enviar de vuelta a

Washington [...] No confiamos en ellos en el frente de batalla. Ah, bien se pueden hacer discursos desde casa, pero aquí, donde la cuestión es de vida o muerte, no queremos correr el riesgo”.<sup>[4]</sup> En los combates alrededor de Spotsylvania, el noveno cuerpo protegió la retaguardia del ejército de Grant y llevó a cabo escaramuzas contra la caballería confederada. Algunos soldados negros fueron hechos prisioneros. Por desgracia, el Ejército del Norte de Virginia era tan propenso a matar a los negros capturados como sus camaradas del sureste.

Al continuar Grant con la Campaña Terrestre, el noveno cuerpo participó en el intento por tomar Richmond mediante un asalto directo. Este intento partió desde Bermuda Hundred, un enclave situado en un meandro del río James. Culminó en julio de 1864 con la más celebrada de todas las acciones libradas por las tropas negras durante la guerra, el asalto al cráter, que se hizo célebre por el mal manejo de las operaciones por parte de los comandantes de Grant. Habiendo socavado los terraplenes confederados que defendían el saliente de Elliot y habiendo detonado una carga de pólvora, el noveno cuerpo se lanzó contra lo que quedaba de la posición confederada intentando penetrarla. Las órdenes emitidas por la Unión fueron lamentablemente confusas. Primero se eligió a una división negra para que liderase la carga, pero los comandantes cambiaron de opinión y la sustituyeron por una división blanca. Esta no había entrenado ni ensayado, y cuando llegó hasta el cráter creado por la explosión, rápidamente fue presa de la confusión. Cuando la división negra reemplazada intentó salvar la situación, fue víctima de un fuerte contraataque confederado. Los confederados masacraron a las tropas de la Unión atrapadas en el suelo del cráter y mataron prisioneros al por mayor. Los que sobrevivieron al asalto huyeron aterrorizados hasta las líneas de la Unión, pero no menos de mil quedaron atrapados dentro del cráter y fueron rematados a tiros o a bayonetazos mientras intentaban rendirse. Al final del día, se descubrió que tres mil quinientos de los quince mil soldados del noveno cuerpo habían muerto. Siete soldados negros recibieron la Medalla de Honor por la valentía demostrada en el cráter, de los veinticuatro mil que participaron en la acción. Posteriormente, el general Burnside fue

relevado del mando. El resumen de Grant de aquella operación fue sumamente sensato: “El general Burnside”, escribió, “quería poner su división de color al frente, y creo que esto hubiera sido un éxito. No obstante, concuerdo con las objeciones que puso el general Meade a este plan. El general Meade dijo que, si colocáramos las tropas de color al frente y resultaba un fracaso, se diría luego, con mucha razón, que estábamos poniendo a esta gente por delante para que los mataran porque no nos importaba nada su suerte”.<sup>[5]</sup>

Después del desastre del cráter, las tropas negras continuaron participando en el asedio a Petersburg y en otras operaciones en el norte de Virginia y las Carolinas, incluyendo los asaltos al fuerte Fisher. Pero principalmente estuvieron involucradas en las operaciones a lo largo de las costas del Atlántico y del Golfo, donde tuvieron la satisfacción de formar parte en la toma y ocupación de Charleston en febrero de 1865. Poco después, se unieron a otras tropas de la Unión para tomar posesión de Petersburg. Sin embargo, el clímax de sus últimas operaciones sería su inclusión en la entrada a Richmond en abril de 1865. Con las primeras luces del 3 de abril, el 25º cuerpo, que ahora era una formación enteramente negra, abandonó sus líneas y comenzó a marchar sobre la ciudad. Sus accesos no estaban defendidos, pues las tropas confederadas habían recibido órdenes de Lee de retirarse hacia Appomattox. El noveno regimiento, las Tropas de Color de Estados Unidos (TCEU), fue el regimiento de vanguardia y marchó por las calles de la capital confederada, cantando “John Brown’s Body”. Los residentes negros de Richmond acordonaron la ruta, vitoreando frenéticamente a sus liberadores, tras los cuales vinieron más soldados negros y blancos, todos con la certeza de que el final de la guerra estaba próximo.

Con la paz, muchos soldados negros fueron asignados a guarniciones en el Sur. Cien regimientos negros fueron distribuidos por los antiguos estados confederados. El 13 de mayo de 1865, el 62º TCEU participó en el último combate de la guerra en Palmito Ranch, en el Río Grande de Texas. En total 178.975 soldados del ejército de la Unión durante la Guerra de Secesión fueron negros, de los cuales 2.870 murieron en combate. Al restablecerse la paz, se reclutaron nuevos regimientos negros,

dos de infantería y dos de caballería.

La experiencia de la guerra de los soldados negros había sido diversa pero difícil. Mal vistos, a veces despreciados abiertamente por sus camaradas y comandantes blancos, desde un inicio combatieron a prueba. Nadie esperaba que resultasen buenos combatientes, y habían sido excluidos de todas las grandes batallas de la guerra, que de todos modos ya se habían librado cuando comenzaron a reclutarse tropas negras en gran número, desde 1863 en adelante. Pero el rasgo más característico de la experiencia de la guerra para las tropas negras fue la reacción de los confederados al enfrentarse a ellos en combate. En la mentalidad de muchos soldados nortños había una indudable negrofobia, que se fue debilitando durante el transcurso de la guerra y según se elevaba la reputación de los soldados negros. Los sureños blancos simplemente odiaban a los soldados negros y se indignaban al encontrar a sus exesclavos o supuestos exesclavos en el campo de batalla. Por lo general los mataban si caían prisioneros. A los supervivientes, si estaban heridos, los sacaban de los hospitales para matarlos a tiros o a bayonetazos. Cabría suponer que el peligro de sufrir atrocidades a manos de sus enemigos motivó aún más a los soldados negros a evitar ser capturados, pero la realidad parece haber sido que los negros a menudo caían en un estado de terror pasivo al enfrentarse a sus acérrimos desdeñadores, los tejanos y los mississippianos. El fuerte Pillow fue el peor de los excesos cometidos por los sudistas pero no fue el único. Los virginianos demostraron ser tan negrofóbicos como sus camaradas del sureste.

Ya en 1865 casi una décima parte del ejército de la Unión era negra. Psicológicamente la abnegación de los soldados negros potenció enormemente la capacidad bélica nortña. Pero, a pesar de su gran número, la contribución material de los soldados negros fue decepcionantemente pequeña. Ante la ferocidad de sus oponentes sudistas en el campo de batalla, eran incapaces de resistir en combate como lo hacían los soldados blancos. Forrest, su más denodado perseguidor, sencillamente plasmaba una realidad cuando decía que los negros no podían enfrentarse a los sureños blancos, quienes, en última instancia, estaban peleando por preservar la esclavitud como el dominio

del blanco sobre el negro.

---

[1](#) R. Cobb, citado en James M. McPherson, ob. cit., p. 835.

---

[2](#) N. A. Trudeau, *Like Men of War*, Boston, 1998, p. 326.

---

[3](#) *Ibíd.*, p. 416.

---

[4](#) Theodore Lyman, *Meade's Headquarters*, George R. Agassiz, ed., Boston, 1922, p. 102.

---

[5](#) James M. McPherson, ob. cit., p. 759.

## XVIII

### LOS FRENTES INTERNOS

*E*l Norte, a diferencia del Sur, constituía un estado sólido y funcional en abril de 1861, un estado sobre cuyas estructuras, recursos y maquinaria de gobierno la guerra impondría unas exigencias sin precedentes, pero que continuaría funcionando, casi como lo había hecho en tiempo de paz. El Sur, en cambio, no existía como estado hasta que comenzó la guerra. Casi todo lo necesario para librar aquella guerra había que traerlo del extranjero. Esta tarea habría resultado imposible de no haber sido por la existencia de Estados Unidos y el hecho de que las prácticas legales y políticas de ochenta años de independencia aportaban un modelo que los secesionistas podían utilizar para diseñar su nuevo gobierno. Así pues, la Confederación, en la primera reunión de los representantes de los estados secesionistas, celebrada en Montgomery (Alabama), el 4 de febrero de 1861, adoptó como constitución provisional la de los Padres Fundadores en 1787 casi en su totalidad. Las únicas modificaciones fueron las que fortalecían los derechos de los estados y reducían el poder del gobierno central y las que explicitaban los derechos de los dueños de esclavos y la legalidad de la esclavitud. El Congreso provisional confederado permaneció en Montgomery hasta mayo de 1861, cuando fue trasladado a Richmond. No era un cuerpo electo, sino que sus miembros habían sido delegados por sus estados. No habría elecciones hasta el otoño de 1861, aunque en lo sucesivo, pese al escaso número de votantes, el Congreso ciertamente asumió un carácter democrático. Una dificultad práctica para otorgar al Congreso sureño un carácter verdaderamente democrático era la ausencia de partidos políticos formales en el Sur; en el mejor de los casos estaban los restos del viejo partido *whig* y del Partido Demócrata, y estas antiguas etiquetas partidistas servían para identificar a los

candidatos. Ya en 1861 la afiliación a los antiguos partidos había perdido significación en el Sur, donde la adhesión a la secesión prevalecía sobre cualquier otra postura. Como el Sur insistía en la primacía de los derechos de los estados, no es de extrañar que el Congreso y el presidente experimentaran una buena dosis de frustración a manos de las once asambleas legislativas estatales, que se mantuvieron enérgicas a lo largo de toda la guerra. Los estados reunían tropas, producían pertrechos militares y suministraban forraje cuando lo estimaban pertinente, no cuando lo exigía el gobierno de Richmond.

Jefferson Davis era un hombre de considerable talento que, al principio, impuso un respeto generalizado. De los hombres de que el Sur disponía para ocupar el cargo de presidente, probablemente él fuera el mejor; sin embargo, no era un político de primer nivel. Su vicepresidente, Alexander Stephens, era un hombre muy capaz, pero era un defensor fanático de los derechos de los estados, y dedicó la mayor parte de sus energías a apoyar a su estado, Georgia, en contra del gobierno central durante toda la guerra. El gabinete de Davis se vio limitado también por la escasez de buenos funcionarios. El Departamento de Guerra pasó de mano en mano con frecuencia y nunca encontró un jefe verdaderamente satisfactorio. El Tesoro, de tan vital importancia, solo estuvo a cargo de dos hombres, ninguno de los cuales se mostró a la altura de las extraordinarias dificultades de la tarea de hacer funcionar la política financiera de la Confederación. El mejor funcionario del gabinete, Stephen Mallory, desempeñó con gran competencia el cargo de secretario de la marina, pero a pesar de los triunfos confederados en el mar, aquel teatro de operaciones tenía demasiado poco alcance para que las facultades de Mallory lograsen todo lo que acaso hubieran conseguido hacer en otro departamento.

Los recursos humanos, las municiones y el dinero son la savia vital de la guerra. Los recursos humanos no fueron un gran problema para la Confederación hasta el último año de lucha. Los voluntarios y después el servicio obligatorio surtieron adecuadamente las filas hasta que la desesperación comenzó a fomentar la desertión y el absentismo en 1864. El suministro de municiones fue un triunfo confederado. La compra en el

extranjero introdujo una gran cantidad de armamentos entre 1861 y 1862, y de ahí en adelante el flujo necesario se mantuvo gracias a la fabricación improvisada. La fundición Tredegar de Richmond era una importante instalación industrial, incluso comparada con sus equivalentes en el Norte. Tredegar produjo mil cien piezas de artillería durante la guerra, enormes cantidades de munición y las placas blindadas que protegían a los acorazados confederados. Curiosamente, no produjo raíles de línea ni locomotoras, dos suministros que la Confederación necesitó desesperadamente durante toda la guerra. Había grandes fabricantes establecidos en Selma (Alabama), y una gran fábrica de pólvora en Augusta (Georgia). Había otros en Macon y Fayetteville. La exploración determinó que había más materias primas esenciales por explotar en el Sur de las que se habían descubierto antes de la guerra.

El dinero, como muchos estados en guerra han descubierto a la larga dolorosamente, es demasiado fácil de improvisar. Estados Unidos antes de 1861 funcionaba con monedas, acuñadas en oro o plata. No existía un papel moneda oficial. De hecho, los estadounidenses tenían una vieja y arraigada suspicacia para con el papel moneda y las inversiones bancarias, e incluso para con los bancos en general. Al comienzo de la guerra solo había entre veinticinco y treinta millones de dólares en oro en el Sur, en manos de ciudadanos privados, bancos y casas financieras, demasiado poco para sufragar los costes de la guerra. ¿Cómo habrían de pagarse las compras del gobierno, las expediciones y el jornal de los soldados? El secretario del tesoro Christopher Memminger era un hombre inteligente con ideas ortodoxas sobre las finanzas. Decidió que el gobierno tendría que subsistir mediante los impuestos, la venta de bonos y la emisión de papel moneda, en ese orden. Los impuestos nunca funcionaron en la Confederación. Los ciudadanos de antes de la guerra habían conocido una tasa muy baja de impuestos, y solo sobre transacciones claramente definibles. Los impuestos de aduana eran los más comunes y aceptables, ya que las exportaciones no eran artículos de uso corriente para la mayoría de la gente. Memminger decidió incrementar las rentas estableciendo un impuesto sobre la exportación de algodón, en un momento en que la exportación de algodón casi se había colapsado.

Luego intentó establecer un impuesto sobre la propiedad al cincuenta por ciento de su valor. Pero los estados declararon que sus registros eran inadecuados para establecer aquel impuesto, y la mayoría accedió a pagar al gobierno una suma estimada, pensando resarcirla más tarde mediante la aplicación del impuesto con la esperanza de que el papeleo mejoraría. La renta final fue solo del 1,7 por ciento de los ingresos de la Confederación.

Memminger tenía más esperanzas en la emisión de bonos; a los efectos esta era una promesa del gobierno de pagar una tasa de interés garantizada contra la adquisición de papel por parte de un comprador privado. La emisión de bonos, si se la administra con eficiencia, constituye un método probado y efectivo para recaudar dinero, si hay buena voluntad por ambas partes. Sin embargo, los bonos tienen un largo historial de renegociaciones, en términos cada vez menos favorables para el prestamista. Así ocurrió con los bonos confederados. El Tesoro confederado comenzó a aceptar comprar en forma de hipotecas de futuras cosechas de algodón. Un dinero que aún no existía comenzó a usarse como garantía de devolución de un dinero inexistente, el valor nominal del bono. Lo que empezó como una emisión de quince millones de dólares dio paso a una emisión de cincuenta millones de dólares y luego de cien millones de dólares. La etapa final de esta transacción fue cuando los hacendados se negaron a vender su algodón, esperando obtener mejores ingresos burlando el bloqueo con sus exportaciones.<sup>[1]</sup>

El hecho de no poder establecer impuestos eficientes y el declive del mercado de bonos llevaron al Tesoro confederado a echar mano del último recurso de un gobierno empobrecido: la impresión de papel moneda. Esta práctica comenzó incluso antes de que estallara la guerra, en febrero de 1861. Al principio las emisiones fueron pequeñas, un millón de dólares para empezar. Pero ya en agosto de 1861 la Confederación había puesto en circulación cien millones de dólares, y este monto siguió creciendo. Sorprendentemente, estos billetes no eran moneda de curso legal, lo que significaba que no tenían por qué ser aceptados como pago de una deuda. No obstante eran aceptados, y no solo los del Tesoro. Algunos negocios privados comenzaron a emitir billetes. Lo cierto era que

en 1863, si no antes, el papel moneda, incluso sin valor convertible, tenía que ser usado. La gente lo gastaba sabiendo que las transacciones monetarias eran una especie de estafa natural que se hacía necesaria en ausencia de cualquier otro medio de pago. Ya a finales de 1863 había más de setecientos millones de dólares circulando en papel, aunque el valor del dólar de papel había decaído hasta a cuatro centavos en oro.

La depreciación vino de la mano de una inflación desenfrenada. Entre octubre de 1861 y marzo de 1864 los precios subieron como promedio un diez por ciento cada mes. En abril de 1865 los precios eran como promedio noventa y dos veces más altos que en 1861. En la práctica estos cálculos eran difíciles de hacer, por haber tantas fuentes de expedición, incluyendo los estados y muchos pueblos y ciudades. Los sellos de correo eran utilizados comúnmente como dinero. Los ciudadanos confederados tenían una noción más que precisa de los niveles de inflación, pues el precio de los artículos que compraban subía inexorablemente. J. B. Jones, autor del aclamado *Rebel War Clerk's Diary* [Diario de un empleado del Departamento de Guerra rebelde], notó el incremento del costo de los alimentos básicos. En marzo de 1864 él pagaba trescientos dólares por un barril de harina y cincuenta dólares por una fanega de harina de maíz; en octubre de 1864 estos precios habían aumentado hasta 425 dólares y 72 dólares. Sus ingresos se habían incrementado hasta seiscientos dólares al mes, pero se sentía pobre y oprimido por la subida de los precios y la escasez de dinero. Jones, por otra parte, era de clase media. El jornal de los soldados era de once dólares al mes, los obreros cualificados ganaban entre dos y cinco dólares al día.

La inflación deprimía profundamente a todos en la Confederación, sobre todo a los padres. Su efecto era agravado por la escasez de casi todo. Si bien la comida seguía siendo abundante en el campo, los problemas de distribución a la larga causaron hambrunas en los pueblos y ciudades. Casi todos los demás artículos indispensables, sobre todo la ropa, se volvieron difíciles de conseguir en todas partes. Resucitó el tejido doméstico, pues las esposas y madres volvieron a adquirir la habilidad de sus ancestros para sustituir los gastados vestidos y trajes de factura industrial. Los zapatos se desbarataron. Los lujos desaparecieron. La

escasez se volvió parte del modo de vida sureño.

Entre las escaseces estaba la falta de mano de obra. Las filas de los ejércitos confederados estaban llenas en una proporción abrumadora de jóvenes del campo, que dejaban las granjas al cuidado de hombres de más edad, de los esclavos, si los tenían, y de las mujeres. El lugar de las mujeres en la sociedad sureña ha sido sumamente mitificado. Había poco margen para el romanticismo en aquella época. Por cada valiente beldad que asumió el mando de la hacienda mientras los hombres marchaban a la guerra, había cientos de esposas de granjeros comunes que simplemente añadieron arar y cosechar a la lista de infinitos trabajos que siempre habían realizado. Puede que la guerra conllevase una responsabilidad desacostumbrada, pero también trajo aparejado muchísimo trabajo que constituyó una dura prueba para las mujeres. Sin embargo, la mujer sureña es un mundo aparte incluso hoy en día, admirada por su feminidad y su personalidad desenvuelta. Esta diferencia habría ciertamente que atribuirle a la guerra: quizá no tanto al trabajo que se vieron obligadas a realizar como al papel que tuvieron que desempeñar en las vidas de sus maridos. A los europeos las mujeres sureñas les resultan más afines a las europeas que las norteamericanas en general. Los rasgos igualitarios de las norteamericanas son para los europeos una de sus características más impresionantes. Cabe pensar que la feminidad de las mujeres sureñas se derivó de los papeles que representaron cuando la guerra devino en fracaso y a la larga en derrota, apoyando y finalmente consolando a sus hombres. La derrota no forma parte del estilo norteamericano. Los ejércitos norteamericanos tienen un historial casi perfecto de victorias. Las mujeres norteamericanas tradicionalmente han recibido a sus hombres como vencedores. La excepción es en el Sur, donde los ejércitos de la Confederación regresaron a sus hogares y a sus mujeres vencidos y con el ánimo por los suelos. Consolar a los hombres derrotados, restaurar su autoestima, fue una parte importante de la labor de las mujeres sureñas después de abril de 1865. Esta experiencia contribuyó a formar sus rasgos distintivos.

La Guerra de Secesión fue para las mujeres un momento significativo en la historia de Estados Unidos. Las mujeres, en la década de 1860, no eran

reconocidas por sus capacidades fuera del hogar, aun cuando habían estado trabajando en las granjas y en las tiendas de sus familias durante generaciones mientras sus maridos exploraban el Oeste. La Guerra de Secesión hizo que las mujeres que trabajaban la tierra y cuidaban de sus familias mientras sus esposos combatían fuesen reconocidas. Algunas, como Pauline Cushman, una actriz de Nueva Orleans, arriesgaron sus vidas ofreciendo sus servicios como espías.

Al menos doscientos cincuenta, y posiblemente hasta mil mujeres combatieron en la guerra en ambos bandos, ya fuera vistiendo los uniformes de sus padres, hermanos, esposos o hijos muertos, o simplemente alistándose para pelear junto a sus maridos, o para escapar del duro trabajo físico en las granjas y ganar más dinero. Conseguían no ser detectadas porque, en la mayoría de los casos, el examen físico era tan sumario que la mayoría de las mujeres no tenía problemas para pasarlo y completar su reclutamiento; los soldados no solían desvestirse a la hora de dormir; los baños eran pocos y muy esporádicos; y los uniformes podían disfrazar las formas femeninas. Una mujer que se alistaba en alguno de los dos ejércitos se hacía pasar por hombre cortándose el cabello, vistiendo ropas de hombre, envolviéndose el pecho y adoptando un nombre de varón, y procuraba conducirse de un modo masculino para no llamar la atención. Sarah Emma Edmonds, empleando el seudónimo de Franklin Thomas, se alistó en una compañía de voluntarios de infantería de Michigan y pasó un año sin que fuera detectada. Participó en la batalla de Blackburn's Ford y en la primera de Bull Run, la Campaña Peninsular, Antietam y Fredericksburg. Sarah Edmonds sirvió también como espía, disfrazada de vendedor ambulante irlandés o de negro, y proporcionó información valiosa sobre el enemigo al ejército de la Unión.

Algunas mujeres organizaban bailes y funciones de caridad a fin de recaudar fondos para abastecer a las tropas, y otras ofrecían comidas a las tropas que pasaban por los pueblos y ciudades. Muchas mujeres ayudaban en los hospitales y atendían a los soldados heridos y enfermos. Clara Barton, una maestra de Massachusetts, estableció una agencia para recolectar y enviar suministros para las tropas norteamericanas en las intermediaciones de Washington. El general William Hammond le concedió

permiso para viajar en las ambulancias del ejército y atender a los soldados heridos, e incluso la autorizó a traspasar las líneas, donde prestó servicios durante algunas de las batallas más espantosas y se ganó el sobrenombre de “el Ángel del Campo de Batalla”. En 1864 accedió a servir como “jefa de enfermeras” en el Ejército del James. En 1865 el presidente Lincoln la puso a cargo de la búsqueda de los soldados desaparecidos del ejército de la Unión, y en el desempeño de esta tarea rastreó el paradero de treinta mil hombres. Cuando la guerra terminó, fue enviada a la cárcel de Andersonville, en Georgia, para preparar y marcar las tumbas de los soldados de la Unión. Esta experiencia la embarcó en una campaña a nivel nacional para identificar a todos los soldados desaparecidos durante la Guerra de Secesión, y fundó una agencia de archivos. Después de la guerra continuó con su labor humanitaria con la Cruz Roja Internacional. En 1881 Barton creó la Cruz Roja Norteamericana y se dedicó a ella el resto de su vida.

El otro sector de la sociedad que la guerra transformó fue la comunidad negra, a la cual finalmente otorgó la libertad. Muchos esclavos se liberaron por sí mismos, aprovechando la oportunidad de la cercanía del ejército federal una vez que este penetró en el territorio del Sur, desde 1863 en adelante. Muchos sureños temían que esta invasión provocara levantamientos de negros, algo que no ocurrió en la práctica. Los esclavos fugitivos estaban ansiosos en primer lugar por sumarse a los ejércitos nortños, en los cuales procuraban ganarse el sustento como mano de obra o realizando trabajos de baja categoría. El estatus de estos contrabandos causó a los generales nortños sucesivos dolores de cabeza. Algunos generales abolicionistas confiscaron esclavos durante sus incursiones en el Sur a fin de empobrecer a los rebeldes. Esta práctica se generalizó durante la lucha por los estados fronterizos entre 1861 y 1862. No obstante, el gobierno nortño la prohibió. La llegada de fugitivos a las líneas de la Unión traía aparejada la necesidad de alimentarlos y albergarlos. Había que construir y custodiar campamentos y desviar las raciones del ejército hacia las cocinas de estos campamentos. Una vez proclamada la emancipación en enero de 1863, los fugitivos pudieron ser reclutados como soldados. Pero esto no solucionó completamente el

problema, ya que muchos fugitivos eran demasiado jóvenes o demasiado viejos o demasiado débiles para servir en las filas, y muchos eran mujeres. El poco acogedor recibimiento que les daban los soldados nortños, que a menudo llegó a ser un franco maltrato, no disuadió a los negros de ir en busca de la libertad. Continuaron escapándose cada vez que se aproximaban los ejércitos nortños, por lo que algunas partes de la franja septentrional del territorio sureño quedaron desprovistas de habitantes negros.

De todas las transformaciones que la guerra, y la derrota, provocaron en el Sur, la más profunda fue el fin de la esclavitud. El Sur jamás podría regresar a los tiempos de antes de la guerra, ahora que los esclavos ya no estaban atados a la tierra sino que podía moverse libremente, escoger a sus empleadores y trabajar tanto o tan poco como quisiesen. En la práctica, naturalmente, la mayoría de los negros continuó residiendo en aquellos entornos que les resultaban familiares, con blancos a quienes ya conocían, y siguieron siendo simples cultivadores. Pero aun así, todo era diferente. Un millón de negros había abandonado sus hogares, para seguir a los ejércitos federales y a la larga viajar hacia el norte. La clase de los capataces había sido diezmada por la guerra; un cuarto de los hombres blancos no discapacitados habían muerto en combate o por enfermedad entre 1861 y 1865. El Sur jamás volvería a ser el mismo.

La derrota representaba para muchos sureños un problema insoluble. La rendición era demasiado dura de aceptar de una vez, y mucho menos enseguida. Los sureños se rebelaban contra la idea de que toda aquella lucha por la secesión había sido en vano. Una nueva idea se apoderó de la imaginación sureña, la idea de la Causa Perdida. La sureñidad sería preservada creando un Nuevo Sur, marcadamente distinto del industrial y lucrativo Norte, pero capaz de sobrevivir e incluso de competir adoptando económicamente muchas de las virtudes del Norte, entre ellas el industrialismo y la independencia financiera. La lucha consciente por el Nuevo Sur perduró buena parte de lo que quedaba del siglo XIX. Fue un empeño imposible. Incluso antes de la guerra, la economía sureña era demasiado pequeña e infracapitalizada para competir exitosamente con el Norte; después de 1865 el Sur estaba demasiado empobrecido por los

costos de la secesión y de la derrota militar como para poder retar a su victorioso vecino. Su crecimiento ulterior resultó lastimosamente lento y su reanimación solo fue posible gracias a la migración del capital norteño, una migración basada en la necesidad del Norte de buscar oportunidades de inversión. Pasaría un siglo antes de que un Nuevo Sur verdaderamente próspero emergiese de las ruinas de la derrota.

La vida interior del Norte se vio mucho menos afectada por la guerra que la del Sur. La guerra generó en el Norte una prosperidad creciente y tuvo una menor intrusión en la vida cotidiana. Paradójicamente, mientras el sur defendía la causa de los pequeños gobiernos, la necesidad obligó al gobierno de Richmond a interferir a muchos niveles en la vida social y sobre todo en la vida económica del pueblo sureño. El Sur realmente obtuvo lo peor de ambos mundos: un intento por aplicar una economía autoritaria de imposición de precios, requisiciones y canalización de la mano de obra, que a la vez resultaba ineficiente. En el Norte, en cambio, la economía floreció, dejada a su libre albedrío por el gobierno federal, generando pleno empleo y salarios altos, al tiempo que producía los artículos cotidianos imprescindibles en abundancia y todo cuanto necesitaba un estado en guerra. Y todo esto lo hizo sin sucumbir a los muchos defectos normales de las finanzas en tiempos de guerra, tales como la inflación, los impuestos exorbitantes o una deuda pública paralizadora. El estallido de la guerra llegó tras varios años en los que la economía había dado un bajón que la crisis amenazaba con exacerbar. Especialmente preocupante era la escasez de algodón, que había cerrado o forzado a trabajar jornadas reducidas a muchas fábricas textiles en Nueva Inglaterra. Esta crisis fue conjurada de un modo inesperado. Las malas cosechas en Europa crearon un auge de la demanda del grano estadounidense, que gracias a los avances agrícolas contemporáneos el Norte pudo satisfacer. El comercio europeo trajo también grandes pagos en oro a los bancos estadounidenses. Al mismo tiempo, la demanda de uniformes de lana para vestir a los ejércitos federales supuso un auge de la ganadería ovina y además reanimó las industrias del hilado, el tejido y la confección de ropa. Lo que en 1861 parecía un periodo difícil de la vida económica norteña se convirtió en 1862 en una coyuntura sumamente

próspera.

Crear una economía de guerra requería, naturalmente, tomar medidas financieras para hacer frente a los gastos militares. Antes de la guerra el gobierno tenía muy pocos gastos. Los funcionarios públicos eran escasos y no había grandes programas de inversiones. El ejército era diminuto, la mayoría de los barcos de la armada rayaban en la obsolescencia. La fortificación del litoral era costosa, pero ya en 1861 la mayoría de los sistemas estaban terminados. En consecuencia, el gobierno federal de los años que precedieron a la guerra se encontraba en la feliz e inusual situación de contar con más ingresos de los que necesitaba. La mayor parte de su dinero provenía de los impuestos aduaneros. Había muy pocos impuestos federales y el gobierno raras veces solicitaba préstamos. Justamente por tener tan poca necesidad de dinero antes de 1861, el gobierno carecía de los mecanismos y trámites necesarios para incrementar rápidamente sus ingresos cuando empezó la guerra. El modo en que esto podría lograrse generó gran desconcierto y controversia. Salmon P. Chase, el secretario del tesoro, era un hombre enérgico y capaz, pero no un financiero experto. Además se regía por los dogmas de las finanzas públicas norteamericanas, rehuendo las deudas y recelando de los bancos. Se dispuso, por tanto, a sufragar la guerra mediante los impuestos, pero incluso estableciendo modestos incrementos y nuevos tipos de impuestos, aquello solo alcanzaba para cubrir los gastos normales, no los costos excepcionales del pago a los soldados y la compra de pertrechos bélicos.

Ya a finales de 1861 la situación financiera de la Unión se estaba volviendo insostenible. Chase creía firmemente en la circulación del oro como forma de pago. Pero solamente había doscientos cincuenta millones de dólares en lingotes en los estados norteros, y como Chase pospuso el pago de las deudas del gobierno para solventar la creciente crisis, el oro comenzó a desaparecer, pues ciudadanos e instituciones lo acaparaban por igual. La solución inmediata fue negociar un préstamo público, expidiendo bonos con intereses, vendidos a un precio inferior al valor nominal a fin de ofrecer una tasa de intereses atractiva. La expedición de bonos a la larga resultó un éxito, pero al principio no resolvió la acuciante

falta de liquidez. Al agotarse el oro, simplemente no había suficiente moneda en circulación para que los ciudadanos privados y las instituciones pudieran cumplir con sus obligaciones. Por tanto, en febrero de 1862, aunque solo tras un candente debate, el Congreso autorizó la expedición de papel moneda; los billetes dieron en llamarse *greenbacks* [verdes] debido a su color. El papel moneda era visto con gran suspicacia en los Estados Unidos del siglo XIX, pero la necesidad dictó sus términos y la primera expedición ascendió a ciento cincuenta millones de dólares en billetes, que serían moneda de curso legal. Los *greenbacks* se pusieron de moda y hubo otras dos expediciones en 1862 y 1863. Hacia el final de la guerra el valor total en circulación era de 431 millones de dólares.

Contra todo pronóstico, el papel moneda no había corrompido el sistema financiero. Naturalmente, había generado inflación, pero muchísima menos que en el Sur. Tomando la tasa de 1861 como 100, los incrementos de los precios en el apogeo de la inflación en el Norte en 1864 ascendieron a 182. La mayoría de los norteros trabajadores se sentía en una mejor situación. Había mucho dinero en circulación, mucho para gastar y un surtido razonablemente amplio de artículos para comprar. Como siempre sucede en épocas de inflación, quienes dependían de ingresos fijos eran los que pasaban estrecheces. El derrochador promedio salía adelante y prosperaba. La expansión de la colonización de las nuevas tierras cultivables que el estado ponía a la venta, y el alza sostenida de la inmigración europea, constituían pruebas de la realidad del *boom* del papel moneda. La Ley de Asentamientos Rurales de 1862 concedía títulos de propiedad a los granjeros que trabajasen una concesión de ciento sesenta acres durante cinco años. Ya en 1865 había veinte mil nuevas granjas. Pocos hacendados eran inmigrantes, pues estos carecían del capital necesario para asumir y cultivar incluso unos terrenos gratuitos. La inmigración crecía de todos modos, a pesar del peligro que los inmigrantes afrontaban a su llegada de ser reclutados para el ejército. Después de una disminución al comienzo de la guerra, la inmigración aumentó durante el conflicto, sobrepasando los cien mil en 1863 y en 1864 y alcanzando el cuarto de millón en 1865.

Los confederados alegaban que el gobierno federal lograba llenar las filas

del ejército de la Unión reclutando inmigrantes. Ciertamente no era el caso. Casi la mitad de los soldados de la Unión eran muchachos de las granjas de Nueva Inglaterra y el Medio Oeste. Por otra parte, las grandes ciudades en las que se congregaban los inmigrantes eran un caldo de cultivo de hostilidad hacia el servicio militar. Esta hostilidad no tomó forma de rebelión, como sí sucedió en el Sur, donde en 1864 un gran número de desertores se habían ido al monte y organizado bandas armadas que combatían contra las milicias estatales enviadas para dispersarlos y recapturarlos. Sin embargo, muchos nortños se resistieron enérgicamente al reclutamiento obligatorio. A mediados de julio de 1863 se produjo un motín en la ciudad de Nueva York, que provocó ciento cinco muertes, principalmente a manos de los soldados de la Unión enviados para suprimir los disturbios, y hubo saqueos e incendios por doquier.

Pero, increíblemente, y pese a la resistencia al reclutamiento o los intentos por eludirlo, el aspecto más impresionante de la vida nacional, tanto en el Norte como en el Sur, era la firmeza con que ambas poblaciones apoyaban la guerra. El movimiento antibelicista en el Norte, aunque cobró fuerza durante los momentos difíciles de 1862 y al aparecer la fatiga de la guerra en 1864, jamás amenazó con socavar la autoridad de Lincoln. Los procesos normales de la política siguieron su curso durante todos los años de la guerra, con elecciones parlamentarias y locales en 1862 y una elección presidencial en 1864. Si bien hubo candidatos y partidos antibelicistas en todas ellas, y en 1862 hicieron progresos importantes, nunca hubo un movimiento antibelicista serio que tuviera una influencia considerable en el Norte. Esto se debió en gran medida al extraordinario talento político de Lincoln, que fue capaz de mantener el control sobre los individuos y las facciones dentro del Congreso, y de conquistar de manera directa y persuasiva la opinión pública en el país. No rehuía los riesgos, sobre todo al insistir en la Proclamación de la Emancipación, pero siempre evitó que surgiera una oposición interna eficaz contra su presidencia y su política de guerra.

En el Sur, aunque la fatiga de la guerra y la desesperanza se hicieron casi tangibles desde 1864 en adelante, nunca cuajaron en un movimiento

derrotista. Las peores dificultades de Jefferson Davis fueron con los poco cooperativos gobernadores estatales, muchos de los cuales defendían los derechos de los estados pese a que la experiencia de la guerra demostraba la creciente necesidad de un poder centralizado. La fe en la fragilidad del apoyo sureño a la secesión, tan extendida en el Norte entre 1861 y 1862, nunca se corroboró.

---

1 Los bonos confederados fueron emitidos y vendidos con éxito en Europa, sobre todo en Inglaterra, pero estaban respaldados por el algodón. Cuando el bloqueo federal interrumpió las entregas de algodón, el mercado de los bonos se colapsó, completamente después de 1864.

## XIX

### WALT WHITMAN Y LAS HERIDAS DE LA GUERRA

*L*a probabilidad de la muerte o la desfiguración en el campo de batalla estaba muy lejos de las mentes de los hombres que partieron en 1861. Solo se convirtió en una realidad apremiante una vez intercambiados los primeros disparos. La primera batalla de Bull Run dejó mil heridos en el campo. En 1862 los regimientos de la Unión se estaban acostumbrando a un índice de bajas del treinta por ciento en cualquier acción, de las cuales la mayoría sobrevivía e ingresaba en el hospital. Los soldados de la Guerra de Secesión no tardaron en comprender lo altas que eran sus probabilidades de morir o resultar heridos en combate; pero con igual rapidez aprendieron a evitar, en lo posible, ser tratados por los médicos de campaña, quienes pronto adquirieron fama de incompetentes y perezosos. Tal reputación no era inmerecida; el personal del departamento médico de antes de la guerra estaba mal entrenado, era dogmático y rara vez estaba al día en cuanto a los métodos modernos. Tampoco contaba con un surtido adecuado de medicinas o equipamiento. Los primeros hospitales eran improvisados, a menudo unas pocas tiendas levantadas en las afueras del campamento, atendidas por hombres sin preparación que adquirieron fama de haraganes.

Las descripciones del interior de los hospitales están entre los testimonios escritos más comunes de la Guerra de Secesión, como también lo están las expresiones de disgusto ante lo que en ellos se veía. El ejército de la Unión había entrado en la guerra sin contar en absoluto con los recursos médicos adecuados. El oficial médico de más alto rango tenía ochenta años y sus conocimientos eran de la misma antigüedad. El Servicio Médico de Estados Unidos poseía solo veinte termómetros y carecía de casi cualquier otro equipamiento. Los cirujanos eran asignados

a los regimientos a razón de uno por unidad, además del cirujano asistente, que era el único otro hombre cualificado. En el campo tenían bajo su cargo a los músicos del regimiento, que hacían las veces de camilleros. Estos no tenían la menor preparación médica y se ganaron fama de bruscos, incompetentes y a menudo indolentes. Al principio no había ambulancias especializadas en transportar a los heridos, los cuales iban dando tumbos hasta el hospital por terrenos desiguales en carromatos militares o en carretas requisadas a alguna granja. La demora en evacuar a los heridos era a veces extrema. Después de la segunda batalla de Bull Run, tres mil heridos permanecieron en el sitio donde habían caído hasta tres días después de concluido el combate; seiscientos fueron encontrados aún con vida cinco días después de la batalla. Pasó una semana antes de que los últimos supervivientes fueran llevados hasta un hospital de Washington. A menudo era preferible permanecer en un granero o una casa particular, como muchos hacían, que ser llevado a los hospitales, que solían ser antros de infección, sucios, desordenados y plagados de parásitos. La mayoría de los soldados estaban llenos de piojos, pero, cuando estaban sanos, podían hacer un esfuerzo por librarse de estos bichos. En el hospital dependían de otros para que los despiojaran, una tarea que con frecuencia no se realizaba. Muchos soldados ingresaban con heridas llenas de gusanos, fétidas y muy a menudo gangrenosas. Dada la prevalencia de la gangrena, la amputación era el método quirúrgico preferido. Muchos testigos registraron la imagen de pilas de brazos y piernas cercenados fuera, y a veces dentro, de los hospitales. La frecuencia de las amputaciones hizo que los soldados tuvieran terror a ser internados, pese a que, sorprendentemente, la anestesia, con cloroformo o éter, por lo general no faltaba en los hospitales de la Unión. A lo largo de la guerra, su uso fue siendo cada vez más infrecuente en el Sur, donde el bloqueo interrumpió el suministro de muchos artículos médicos de primera necesidad.

Como suele decirse, la Guerra de Secesión ocurrió en un momento de transición en el desarrollo científico, de modo que los ejércitos contaban con algunas armas del futuro, como los rifles de recámara, pero no con otras, como las ametralladoras. También la medicina militar se hallaba en

gran medida en un momento de transición. Los médicos podían administrar anestésicos, pero no conocían aún la teoría de la infección por gérmenes y por tanto no practicaban la antisepsia. Los cirujanos solían operar vestidos con ropas viejas manchadas de sangre o pus, vendando las heridas con jirones de trapo cuando no había vendas disponibles, y no limpiaban, ni mucho menos esterilizaban, su instrumental, ni mantenían libres de insectos portadores de enfermedades las salas y locales de operaciones. No se conocían las transfusiones de sangre, ni los tipos de sangre, ni se conocerían hasta el final de la Primera Guerra Mundial. En estas circunstancias fue extraordinario el número de heridos que sobrevivieron, dada la naturaleza de las heridas que sufrieron. La bala Minié, disparada por los rifles Springfield y Enfield –la principal causa de heridas– era un trozo de plomo cónico del tamaño de la falange superior del pulgar de un hombre y pesaba dos libras. Penetraba en el cuerpo con facilidad, produciendo heridas relativamente benignas a menos que alcanzase algún vaso sanguíneo, pero frecuentemente alcanzaba y destrozaba un hueso, lo que solía provocar la amputación. Peor aún eran las heridas causadas por la metralla de la artillería, que podía arrancar un pie o una mano o aplastar la caja torácica. Lo peor de todo eran los proyectiles redondos, que podían decapitar. El impacto directo de una bala de cañón significaba casi siempre la muerte. Seneca Thrall, el cirujano del decimotercero de infantería de Iowa, escribió a su esposa: “He estado muy ocupado hoy vendando heridas. Los indescriptibles horrores de la guerra se evidencian sobre todo en un hospital, *dos semanas* después de una batalla, es terrible. He necesitado de toda mi fuerza de voluntad para vendar adecuadamente algunos miembros fracturados, pestilentes, supurantes, erisipelatosos”. Otra carta a una esposa, del cirujano de un regimiento de Kentucky después de la batalla de Kennesaw Mountain en 1864, describía cómo los heridos que habían estado el día entero bajo el caliente sol estaban llenos de gusanos al ser internados. “Como puedes suponer sus sufrimientos eran inmensos: brazos arrancados, piernas desprendidas a tiros. Ojos arrancados, sesos desperdigados. Pulmones perforados y, en una palabra, todo destrozado a tiros y enteramente arruinado para toda vida futura. Los ciudadanos en

sus casas jamás conocerán ni la cuarta parte de la agonía provocada por esta terrible rebelión”.<sup>[1]</sup>

Durante 1862 el Norte se preocupó urgentemente por mejorar la calidad de la atención médica ofrecida a los heridos. El elemento catalizador de este y de otros sucesos de la Guerra de Secesión fue la batalla de Antietam, con su enorme listado de víctimas. La medida decisiva fue el nombramiento en abril de 1862 de un nuevo director de servicios médicos, William Hammond. Joven, enérgico e instruido, Hammond recibió el apoyo de una organización de voluntarios, la Comisión Sanitaria de Estados Unidos, que se convirtió en una potencia en el país. Bajo el secretariado ejecutivo del formidable Frederick Law Olmsted, coordinó las actividades de miles de voluntarios civiles, consiguió toda clase de bienes médicos, reclutó varios miles de enfermeras y creó instalaciones de asistencia social para los soldados, tanto enfermos como sanos, en todos los estados norteros. La Sanitaria, como se la llamaba, servía también como grupo de presión que instigaba al Congreso y al ejército federal a cuidar mejor de los enfermos y heridos. Hubo una iniciativa similar en el Sur, donde una dama de Richmond, Sally Tompkins, fundó por su cuenta un hospital, y tanto valoraba el presidente Davis sus servicios que recibió el grado de capitana confederada.

William Hammond fue el responsable de difundir las reformas y elegir a hombres capaces para los puestos médicos y quirúrgicos en todo el ejército de la Unión. Entre ellos estuvo un coetáneo suyo, el Dr. Jonathan Letterman, jefe designado de servicios médicos en el Ejército del Potomac. Letterman expandió y reorganizó el cuerpo de ambulancias. Los primeros resultados pudieron verse después de Antietam, cuando los heridos fueron retirados del campo de batalla de acuerdo con un plan racional y disciplinado. Letterman introdujo además hospitales cuidadosamente diseñados y prefabricados, el hospital Letterman, que continuó en uso hasta la Primera Guerra Mundial. Siguiendo el modelo de la casa de madera de “armazón de globo” que estaba apareciendo por entonces en todas las ciudades industriales norteamericanas, agrupaba salas de un solo piso en torno a un complejo central de salas quirúrgicas y vestidores, y contaba con una ventilación y calefacción adecuadas. Letterman insistía

también en una higiene estricta. Una importante asesora en la tarea de Letterman de imponer correctos niveles de higiene y orden fue Dorothea Dix, de la Comisión Sanitaria de Estados Unidos, quien comenzó a trabajar en ello ya desde abril de 1861. La comisión se basaba en el modelo de la de Florence Nightingale, durante la Guerra de Crimea. Dix había visitado la comisión británica y los hospitales de Nightingale. Pronto se convirtió en una presencia activa en las docenas de hospitales que comenzaban a inaugurarse en todo Washington, cerca de la mayoría de los principales campos de batalla. Algunos eran improvisados en los edificios públicos de la capital, como la Oficina de Patentes. Otros fueron albergados en escuelas y universidades, entre ellas la Universidad de Georgetown. Donde hubiera espacio disponible se construían hospitales de madera, hasta que hubo más de cincuenta funcionando en la capital. Uno se hallaba donde hoy está el Smithsonian Air and Space Museum, otro en el césped sur de la Casa Blanca.

Los hospitales originales, como Washington no tenía casi ninguno, eran grupos de tiendas, como las que usaban las unidades médicas de los regimientos en campaña. Muy poco a poco fueron reemplazados por construcciones más sólidas. Demasiado fríos o demasiado calurosos, dependiendo de la estación, estaban abiertos al público, y este deambulaba por ellos, entrando y saliendo a su capricho.

Uno de sus primeros visitantes fue el poeta Walt Whitman, quien llegó a Washington tras la evacuación de su hermano George Washington Whitman del campo de Fredericksburg. Whitman era un neoyorquino que intentaba establecerse como escritor profesional. No se alistó en el ejército, aunque otro hermano suyo sí lo hizo; no estuvo presente en ninguna batalla y solo visitó dos veces a los ejércitos. No obstante, la guerra poseyó a Whitman. Después de encontrar a su hermano, decidió dedicarse a asistir a los heridos; consiguió un empleo administrativo en las oficinas del ejército y gastaba su exiguo sueldo en tabaco y otros pequeños lujos para los pacientes, a los que dedicaba su tiempo. Escribió muchísimo durante sus cuatro años como visitante voluntario de los hospitales. Según su propia cuenta, asistió en sus lechos a ochenta mil víctimas. Él consideraba que sus visitas eran beneficiosas y anotó que “los

médicos me dijeron que yo proporciono a los pacientes una medicina que no puede encontrarse en ninguno de sus fármacos, sus frascos y sus polvos”. Aquella medicina era la bondad y la atención alegre, sobre todo en escribir y enviar cartas a las familias de los soldados.

Whitman, quien llegó a ser el principal poeta estadounidense del siglo XIX, era de origen humilde y de naturaleza sencilla. Su temperamento era igualitario y, de haber seguido esa inclinación, pudiera haberse convertido acaso en un líder del movimiento socialista. También era profundamente humanitario, con una sincera fe en la grandeza de su país y de su pueblo. Además de su cálida bondad, tenía un amor profundo por las bellezas de los paisajes y cielos norteamericanos, sobre los que escribió páginas memorables en su primer y más conocido poemario, *Hojas de hierba*. La guerra lo conmovió enormemente, primero por su dramatismo y su despliegue, y después por su tragedia, que Whitman expresaría en términos líricos hondamente conmovedores. Uno de sus poemas de guerra, publicado en la colección *Redobles de tambor*, es sin duda una de las mayores obras literarias inspiradas por la guerra, y uno de los más espléndidos poemas de guerra jamás escritos. Se inspiró en sus experiencias como visitante de los hospitales del ejército.

Ven desde los campos, padre  
Ven desde los campos, padre; ha llegado una carta de nuestro Pete;  
Y ven hasta la puerta, madre –llegó una carta de tu hijo querido.

He aquí que es otoño;  
He aquí que los árboles, más hondamente verdes, más amarillos y  
rojos,  
Orean y embellecen las aldeas de Ohio, agitando sus hojas al viento  
moderado;  
Donde cuelgan en los huertos las manzanas maduras, y las uvas en los  
viñedos emparrados;  
(¿Puedes sentir el olor de las uvas en las viñas?  
¿Puedes oler el trigo sarraceno, donde zumbaban hace poco las  
abejas?)

Sobre todo, he aquí el cielo, tan calmo, tan transparente tras la lluvia,  
y con nubes maravillosas;  
Debajo, también, todo en calma, todo vital y hermoso –y la granja  
prospera.

Allá en los campos todo va prosperando;  
Pero ahora desde los campos ven, padre –acude a la llamada de la  
hija;  
Y ven hasta la entrada, madre –hasta la puerta ven, enseguida.  
Tan rápido como puede, viene –un mal presagio– con pasos  
temblosos;  
No se detiene a alisarse el pelo, ni a ajustarse la cofia.

Abre deprisa el sobre,  
Oh esta no es la letra de nuestro hijo, sin embargo su nombre aquí  
aparece;  
Oh una mano extraña escribe por nuestro hijo querido –¡oh el alma  
asolada de la madre!  
Todo flota delante de sus ojos –entre relámpagos negros– solo acierta  
a oír las palabras esenciales;  
Oraciones truncas –herida de bala en el pecho, escaramuza de  
caballería, llevado al hospital,  
De momento débil, pero pronto estará mejor.

Ah, ahora, la única figura para mí,  
En todo el populoso y rico Ohio, con todas sus ciudades y granjas,  
Con rostro enfermizamente pálido, y la cabeza torpe, muy mareada,  
Se apoya en la jamba de una puerta.

No te aflijas, madre querida, (dice entre sollozos la hija recién crecida;  
Las hermanitas se abrazan en torno, mudas y consternadas;)  
Mira, madre muy querida, la carta dice que Pete pronto estará mejor.

Ay, pobre muchacho, nunca estará mejor, (y acaso tampoco  
necesitará estar mejor, alma valiente y sencilla;)  
Mientras ellos están parados ante la puerta, él ya está muerto;  
El único hijo está muerto.

Pero la madre necesita estar mejor;  
Con extrema delgadez, vestida ahora de negro;  
No prueba por el día bocado –y por la noche duerme entre  
sobresaltos, despertándose a menudo,  
Despertándose a medianoche, llorando, anhelando con un único y  
hondo anhelo,  
Oh poder retirarse sin que nadie lo note –escaparse silenciosa y  
retirarse de la vida,  
Para seguir, para buscar, para estar con su querido hijo muerto.

Lo que hace tan desgarrador este poema de Whitman es que todo en él es enteramente genuino. Whitman sabía lo que les ocurría a los muchachos con heridas de bala en el pecho; sabía cómo afectaba esta noticia a las familias, puesto que a menudo él pudo verlas cuando visitaban los hospitales; él sabía qué terribles verdades ocultaban las cartas de consuelo enviadas a las familias, pues él mismo había escrito tales cartas. Aun sin haber sido testigo de las batallas, él conocía los resultados de las batallas, pues los había visto en las salas de los hospitales. Whitman fue el gran poeta de la Guerra de Secesión, porque comprendió el propósito y la naturaleza de aquella guerra, que fue infligir sufrimientos a la imaginación norteamericana. Los sufrimientos estuvieron distribuidos equitativamente entre ambos bandos, y recayeron sobre todo en los ausentes. Todo el sentido de la guerra fue mantener a madres, padres, hermanas y esposas en un estado de torturada aprensión, en espera de la terrible carta del hospital que hablaba de heridas y que con demasiada frecuencia presagiaba la muerte de un hijo, un esposo o un padre querido. Fue una peculiar crueldad de la Guerra de Secesión el hecho de que, como no había objetivos de valor estratégico que atacar –al menos no objetivos que los ejércitos en campaña pudieran alcanzar (hasta que Sherman llevó

la guerra hasta el pueblo sureño invadiendo su tierra natal)–, sus efectos hubieron de dirigirse principalmente, y durante años, exclusivamente contra el hombre en el campo de batalla y contra las emociones de quienes esperaban en sus hogares. Torturar las aprensiones de los no combatientes fue una faceta nueva de la guerra, provocada por el auge de un eficiente servicio postal. En los tiempos en que no existía una comunicación postal rápida y razonablemente segura, los soldados, tan pronto como marchaban a la guerra, podían ser confinados a los recovecos de la mente, pues hasta sus más allegados sabían que, en el mejor de los casos, solo recibirían noticias de su suerte cuando terminara la guerra. La única noticia cierta de un soldado en campaña llegaba por defecto, cuando no regresaba. Whitman captó esta verdad en una entrada de uno de sus cuadernos. “La expresión de la personalidad norteamericana en esta guerra no hay que buscarla en las grandes campañas y batallas. Hay que buscarla [...] en los hospitales, entre los heridos”.

Las palabras de Whitman hubieran resultado aún más verídicas de haber escrito: “La expresión de la emoción nacional norteamericana”. El agudo sentido del carácter nacional de Whitman tal vez podría haberlo alentado a subrayar explícitamente la fuerza y la importancia del sentimiento familiar en Estados Unidos en el siglo XIX, y hasta qué punto las brutalidades de la Guerra de Secesión se cebaron en aquel sentimiento. Tocó una de esas verdades en su gran elegía por el presidente Lincoln, que es también un epitafio de la propia guerra, “La última vez que florecieron las lilas en el patio”:

Vi los despojos y despojos de todos los soldados muertos de la guerra;  
Pero vi que no era como se pensaba;  
Ellos habían hallado su completo descanso –y no sufrían;  
Los que quedaban vivos sufrían –la madre sufría,  
Y la esposa y el niño, y el camarada pensativo sufrían  
Y los ejércitos que quedaban sufrían.

---

[1](#) Steven E. Woodworth, *ob. cit.*, p. 518.

## LOS GENERALES DE LA GUERRA DE SECESIÓN

*E*stados Unidos estaba inundado de generales en 1865, o al menos de hombres que ostentaban ese título. No podía haber sido de otra manera, pues los ejércitos del Norte y del Sur habían crecido hasta contener docenas de cuerpos, veintenas de divisiones y cientos de brigadas, y el mando de cada una de estas formaciones comportaba el título de general. Pero en 1861 casi no había generales en ninguno de los dos bandos. Los únicos hombres con el grado de general eran unos pocos antiguos veteranos que lo habían alcanzado durante la Guerra de México o que habían sobrevivido a conflictos aún más viejos. El de mayor jerarquía era Winfield Scott, general en jefe de la república que llevaba el grado de lugarteniente general, un rango solo ostentado anteriormente por George Washington. Scott era un experimentado jefe de operaciones. Pero en 1861 tenía ochenta y cinco años y estaba demasiado corpulento y débil para montar a caballo. Aunque su mente se conservaba aguda y activa, era incapaz de salir en campaña, o siquiera de alejarse mucho de su silla de ruedas en su oficina de Washington. Como vencedor de la guerra contra México de 1846 a 1848, Scott era un combatiente experimentado que poseía también, para ser un soldado, un alto grado de lucidez política, habiendo sido candidato *whig* a la presidencia en 1852. Sus principales contribuciones al desarrollo de la guerra fueron aconsejar y alentar a Lincoln, lo cual hizo con gran simpatía y con buenos resultados en los primeros meses, y formular lo que sería la principal estrategia del Norte, más tarde llamada “Plan Anaconda”. Diseñada para sacar partido de la ventaja geográfica del Norte, se proponía privar a la Confederación del contacto con el mundo exterior mediante un bloqueo naval, y dividir en dos la Confederación tomando el control del río Mississippi. Aunque era

un plan excelente por su concepción, tenía el defecto –que también era un defecto de la mentalidad de Scott– de que no bastaba para lograr la victoria. Un Sur bloqueado y partido en dos sería un Sur pobre, pero no necesariamente privado de su capacidad de resistencia. Scott no aceptaba que esto constituyese una debilidad fundamental de su plan, puesto que, al igual que a muchos nortños, le repelía la idea de derramar la sangre de sus compatriotas, y tampoco deseaba infligir golpes demoledores contra la economía o la sociedad de los estados sureños.

En un inicio Lincoln compartía muchas de las ideas de Scott, y personalmente carecía de toda noción sobre cómo materializar militarmente su deseo de aplastar la rebelión. Su primer intento por formular un plan decisivo fue demasiado moderado para que pudiera haber dado frutos. Preveía tomar el control de la fortaleza Monroe, la gran fortificación situada en la punta de la península de Virginia, implantar un bloqueo y luego organizar una expedición por mar para atacar Charleston (Carolina del Sur). Lo que necesitaba e imploraba de Scott eran sugerencias sobre cómo proceder. Lo que quería eran generales que le dieran buenos consejos y luego ejecutaran exitosamente los planes. Sin embargo, al principio le fue sumamente difícil encontrar generales que mostraran la más mínima competencia o resolución. Promovió a docenas de hombres en 1861, aunque sin tener la seguridad de que serían buenos líderes, y a menudo porque su ascenso fortalecería su propia posición política. En consecuencia, muchos de los primeros en llevar estrellas en su uniforme eran gerifaltes políticos locales, representantes de grupos de inmigrantes europeos o funcionarios estatales, incluyendo gobernadores. Pero pronto descubrió que ninguno podía ofrecerle consejos que valieran la pena y que a algunos de ellos no se les podía confiar el mando de las formaciones a las que habían sido asignados.

El procedimiento para designar generales era extrañamente asistemático. Como el ascenso al rango de general estaba en manos del Congreso, los escogidos usualmente recibían el grado de brigadier o de mayor general de los cuerpos de voluntarios, que eran organizaciones estatales, y no del ejército regular, que era una institución federal. Una vez que entraban en campaña y demostraban su valía, podían recibir grados regulares, lo cual

era tenido en gran estima. Grant, por ejemplo, comenzó su carrera de general como brigadier de voluntarios de Illinois, pero luego recibió el grado de mayor general en el ejército regular hasta que, en marzo de 1864, asumió el cargo de general en jefe y el rango de lugarteniente general.

Durante el transcurso de la guerra, a Lincoln le fue cada vez más fácil detectar cuáles de sus nombramientos eran buenos y merecían un nuevo ascenso. Lo que Lincoln buscaba en un general era la capacidad de obtener resultados sin la guía constante de Washington o el envío adicional de refuerzos. La guerra produjo demasiado pocos hombres así. El primer elegido por Lincoln, Irvin McDowell, era en teoría un hombre sumamente cualificado. Había estudiado en un colegio militar francés, había servido durante un año en el ejército francés, que hasta 1870 estuvo considerado como el mejor del mundo, y había sido oficial de estado mayor a las órdenes de Scott en México. McDowell, de haber estado al mando de un ejército bien entrenado, podría haber resultado un oficial competente. Pero en 1861 en Estados Unidos casi no había soldados ni unidades con un entrenamiento adecuado, y aquellos que McDowell dirigió para expulsar a los confederados de Manassas y de las cercanías de Washington estaban especialmente mal adiestrados. El plan de acción de Manassas y su ejecución durante las primeras etapas de la batalla no tuvieron defecto alguno. Lo que le falló a la Unión fue que sus mal entrenadas tropas entraron en pánico al no poder tomar la posición defendida por las más decididas, aunque no mejor entrenadas, tropas de Virginia, e iniciaron una estampida hacia la retaguardia dejando el campo a los confederados.

McDowell, pese a todo su historial, no sobrevivió a semejante deshonra y fue rápidamente destituido, para ser reemplazado por George McClellan, quien acababa de ganar un puñado de muy pequeñas batallas en las montañas del oeste de Virginia. McClellan poseía, hasta cierto punto, la misma experiencia que McDowell. Había estado en Europa para observar la Guerra de Crimea y también se había distinguido en la Guerra de México. Era más capaz que McDowell, sobre todo en el entrenamiento de las tropas, lo cual era su fuerte. El joven Napoleón siempre fue el favorito de los soldados yanquis, aunque nunca combatió en el Oeste, y

era un excelente organizador y un maestro de los detalles de la logística. Sus ejércitos siempre estaban bien alimentados y abastecidos, y sus soldados le tenían gran estimación pese a su insistencia en una disciplina estricta. McClellan siempre fue popular entre las tropas. Esto se debía en parte a sus defectos como comandante. Como no era partidario de infligir muchas bajas al enemigo, sus soldados no solían verse presionados en combate hasta el punto de sufrir muchas pérdidas. También, en un principio, McClellan se llevó bien con Lincoln, que admiraba su intelecto. Esta era de armonía no duró mucho. Aun siendo civil, Lincoln sabía lo que quería de su principal asesor militar, y McClellan pronto reveló no ser el hombre que podría proporcionárselo. Una vez al mando de las tropas federales encargadas de defender Washington en julio de 1861, y luego como general en jefe en noviembre, agotó sus energías y las de sus subordinados en la discusión sobre proyectos y reorganización durante sus primeros meses de autoridad. Cuando, en abril de 1862, finalmente se puso en acción, comenzó de inmediato a mostrar síntomas de cautela y derrotismo, que resultaron ser cualidades fundamentales de su carácter y que lo inhabilitaban para cualquier tipo de alto mando, mucho más para el mando supremo. La primera fase de su gran idea estratégica, el transbordo por mar y río del Ejército del Potomac hasta la península de Virginia, era inspirada y merecía haber rendido grandes frutos. Sin embargo, tan pronto como su ejército desembarcó en territorio enemigo, McClellan comenzó a atormentarse con el temor de hallarse superado en número. Tampoco hizo lo que hubiera podido hacer con facilidad de haber comenzado enérgicamente y de inmediato. Le desconcertó hallar atrincheramientos enemigos por toda la península, y se negó a atacar las defensas, que eran débiles y estaban poco guarnecidas. En lugar de eso, comenzó a esperar refuerzos de Washington. Cuando por fin el enemigo abandonó sus posiciones y comenzó a retirarse hacia Richmond, McClellan lo persiguió letárgicamente. Aunque logró obtener una pequeña victoria en Williamsburg, acabó por llegar hasta las defensas exteriores de Richmond sin haber dañado apenas al enemigo. Lo que sucedió luego fue peor que su reticencia a avanzar por la península. Comenzó a combatir, en las que dieron en llamarse las batallas de los Siete

Días, pero con gran tibieza, de modo que las que debieron haber sido victorias acabaron siendo derrotas poco decisivas, que no inhabilitaron a ninguno de los dos bandos pero resultaron fatales para el plan de McClellan de derrotar a la Confederación capturando su capital. A lo largo de los Siete Días, importunó a Washington solicitando refuerzos, y vaticinando un desastre si no recibía más tropas. Finalmente, Halleck, su sucesor como general en jefe, le ordenó retirar el ejército de la península por mar y llevarlo de vuelta a Washington. Una vez allí, persistió en su indecisión y no acudió en ayuda del general John Pope, quien se vio expuesto en consecuencia a la derrota en la segunda batalla de Manassas. En los días que siguieron Lee reanudó su avance hacia el norte hasta entrar en batalla en Sharpsburg, o el arroyo Antietam. McClellan debió haber ganado la batalla de Antietam, puesto que superaba varias veces en número a Lee. Pero desperdició su ventaja en ataques poco sistemáticos, y aunque el resultado fue más o menos una victoria de la Unión, la negativa de McClellan a perseguir a los muy debilitados confederados permitió a estos escapar. Antietam fue el final de la carrera militar de McClellan. En noviembre de 1862 fue relevado del mando.

El fracaso de la jefatura de McClellan no puede atribuirse a las acciones del enemigo sino a sus propios defectos de carácter. Poseía una curiosa mezcla de alta autoestima y ansiedad paralizante. Por más tropas que le dieran, siempre optaba por creer que el enemigo tenía más y que estaba recibiendo más refuerzos que cuantos le ofrecieran a él. Esto era una forma de cobardía moral. Pero también era un efecto de su profesionalismo. Sus ejércitos estaban tan bien organizados que él rehuía exponerlos a cualquier cosa que pudiera desorganizar su perfecta ordenación, como por fuerza lo haría una batalla. Como estaba convencido de su superioridad sobre todos los demás en el bando de la Unión, incluyendo al presidente, tomaba sus fracasos como pruebas de su falta de apoyo. McClellan, un organizador brillante que conservó en grado sorprendente la confianza y el afecto de sus hombres, puede ser considerado el peor general de la guerra, y su reputación ha sufrido mucho después; sin embargo, constituye uno de los casos psicológicos más interesantes de la historia militar: un cerebro militar de primer orden

capaz de obtener grandes resultados cuando quería pero absolutamente incapaz de sobreponerse a las dificultades; incluso, o quizá especialmente, a las dificultades imaginarias. Sin ser del todo incompetente, desperdiciaba todas las oportunidades que le daban, y rehuía asestar golpes decisivos en el combate hasta cuando las cosas marchaban a su favor. Tuvo la fortuna de que nunca le solicitaran ejercer el mando en el Oeste, pues era constitutivamente incapaz de alcanzar victorias como las de los fuertes Henry y Donelson; y mucho más de recuperarse de un revés como el del primer día de Shiloh.

Su antípoda más obvia sería Thomas “Stonewall” Jackson, quien poseía las cualidades que a él le faltaban y que, pese a que muchas veces se vio superado en número, tenía el don de compensar la desventaja numérica asestando golpes feroces e inesperados. Las virtudes de Jackson son fáciles de enumerar. Poseía un agudo sentido topográfico, que le permitía reconocer como por instinto la configuración del terreno en la compleja geografía del valle de Shenandoah. Asimismo tenía una comprensión empática de las reacciones de su enemigo y de cómo adaptar sus movimientos a los accidentes geográficos del escenario de campaña. Su filosofía de guerra era establecer la superioridad psicológica, sorprendiendo, desconcertando y confundiendo a su oponente, lo cual logró hacer una y otra vez. Triunfaba porque se hallaba totalmente exento de temor o de inseguridad. Sin embargo, también tenía sus defectos, en especial su actitud distante y hermética. No solía dar explicaciones ni confiarse a sus subordinados, con el resultado de que, de no hallarse presente, sus planes podían malograrse. Suele ser considerado el mejor jefe de operaciones de la guerra en el campo de batalla y un indudable maestro de las maniobras en escenarios pequeños, pero no un general de dotes extraordinarias. Su talento era para operaciones fuera del centro de la acción. Por otra parte, era un mal subordinado; en ocasiones, como al inicio de las batallas de los Siete Días, declinaba obedecer órdenes o coordinar sus movimientos con los de su superior. También prefería los preparativos improvisados a la adhesión a un sistema. Así, antes de Chancellorsville, utilizó a un clérigo como jefe de su estado mayor, sin anunciar su nombramiento a sus subordinados, una evidente receta de

caos y malentendidos. Siendo un cristiano profundamente devoto y un miembro de la iglesia presbiteriana, su actitud, como individuo y como comandante militar, era calvinista, ya que todos sus juicios estaban influenciados por la idea de la predestinación. Cuando en la primera batalla de Manassas sufrió una herida leve pero dolorosa, un subordinado lo compadeció por su herida y al mismo tiempo lo interrogó sobre las fuentes de su evidente coraje. Jackson le reveló que él se negaba a hacer aspavientos por los riesgos que corría en presencia del enemigo, porque Dios había fijado el momento de su muerte y, por tanto, no tenía sentido tener miedo. Dijo que no sentía más temor en el campo de batalla que si estuviera durmiendo en su propia cama, y que todos los hombres debería sentir lo mismo, en cuyo caso todos serían igualmente valerosos. La suprema imperturbabilidad de Jackson, bajo el fuego y en la toma de decisiones, le aseguró un sitio único entre los generales de la Guerra de Secesión, incluso entre los generales de cualquier ejército o nacionalidad. Fue sin duda un militar extraordinario, si bien un tanto limitado.

De los demás generales del Sur, pocos merecen una alta reputación. Beauregard era un comandante digno de confianza de mediano rango. Braxton Bragg, no obstante su famoso mal genio y su impopularidad general, estaba más o menos al mismo nivel. Joseph Johnston era superior a ambos en intelecto, pero su estrategia global para el Sur, la cual Grant admitiría que permitió al Sur prolongar con éxito la defensa del territorio de la Confederación, no le proporcionó ni podía proporcionarle la victoria. Johnston abogaba por librar batallas defensivas y por ceder territorio si era atacado con fuerzas capaces de infligir bajas numerosas. Durante su jefatura en Georgia en 1864 practicó lo que predicaba. El defecto del plan de Johnston, por lo demás sensato, era que el Sur tenía una cantidad finita de territorio para entregar, y que este plan, de ser adoptado, terminaría por transferir sin costo alguno el territorio de la Confederación a manos de la Unión. Aunque no fue autor de ningún plan estratégico, es preciso reconocer a Bragg su considerable intelecto militar. De haber tenido un carácter más cooperativo, en lugar de ponerse siempre en malos términos con sus subordinados, iguales y superiores, tal vez habría podido hacer mucho por el Sur.

El Norte no produjo nadie equivalente a Jackson, lo cual fue una de las razones del dominio psicológico que este ejerció sistemáticamente sobre sus adversarios. Ningún general de la Unión igualó jamás su capacidad de inspirar a sus soldados o ganar su afecto, lo que le permitía obtener de ellos proezas de resistencia no igualadas por las demás unidades o formaciones, del Norte y del Sur. Jackson tenía poca o ninguna visión estratégica y escasas facultades de análisis, pero era casi invencible en un teatro de operaciones pequeño cuya geografía conociera bien. Sin embargo, a diferencia de Sherman, no dejó un legado como general. Sus talentos eran demasiado personales y de efecto demasiado momentáneo para constituirse en un sistema de operaciones, y aunque fue emulado y admirado por las generaciones venideras, sus logros no pudieron convertirse en lecciones o métodos para sus potenciales imitadores.

Jackson fue el complemento de Robert E. Lee, al cual sirvió con gran lealtad, acaso porque, siendo Jackson un hombre profundamente devoto, le impresionaba la pureza de carácter de Lee. Incluso cuando estalló la guerra, Lee era considerado el militar más eminente del país, tanto en el Norte como en el Sur. Esto se debía en gran medida a su carácter y personalidad, como un gran caballero sureño, como el cabeza de una de las Primeras Familias de Virginia. Había sido un cadete sobresaliente en West Point y un exitoso ingeniero militar, y había combatido con honores en México. Curiosamente, no tuvo un comienzo exitoso en la Guerra de Secesión. No obstante fue elegido para sustituir a Joseph E. Johnston, herido en las batallas de los Siete Días, como principal consejero militar del presidente Jefferson Davis, y le fue conferido el mando del Ejército del Norte de Virginia, que ejerció hasta el final de la guerra, y luego el título adicional de comandante en jefe. Los principales talentos de Lee eran como táctico y no como estratega. Su visión estratégica era más bien limitada. En realidad, tuvo un solo golpe de inspiración estratégica en toda la guerra, que fue llevarla a suelo norteamericano en 1863 con el objetivo de aliviar a Virginia del peso de la guerra, de aprovecharse de los suministros que se capturarían, y de elevar la moral del Sur y deprimir la del Norte. La jefatura de Lee, al igual que la de Jackson, fue demasiado personal para constituirse en modelo operativo. Por otra parte, no era original, pues se

basaba en las hazañas de Napoleón; Lee creía que la verdadera estrategia era ir en pos de la victoria, y que el mejor modo de alcanzar la victoria era infligir aplastantes derrotas al enemigo, al estilo de Austerlitz o Jena, las grandes victorias de Napoleón sobre los austriacos y los prusianos. Esas eran las victorias que se enseñaban y se estudiaban en West Point, y Lee fue responsable de al menos dos victorias de este tipo, Chancellorsville y la segunda batalla de Manassas. Aunque fue un imitador “creativo” de Napoleón, en realidad no puede atribuírsele ninguna originalidad. En cambio, en el campo de batalla, Lee era un manantial de ideas que concebía a gran velocidad y ejecutaba con suma rapidez. Esto se evidenció especialmente en Chancellorsville, su obra maestra militar, donde infringió deliberadamente varias reglas fundamentales de mando y sin embargo alcanzó una impresionante victoria.

Las principales dotes de mando de Lee eran su capacidad de tomar decisiones rápidas y acertadas frente al enemigo, de aprovechar los errores del adversario, y el manejo económico de las fuerzas de que disponía. Sus defectos eran una excesiva sensibilidad ante los sentimientos de sus subordinados y una incapacidad para imponer su criterio, dos cosas que emanaban de su crianza como caballero de Virginia. Su derrota en Gettysburg se debió principalmente a que no dio órdenes directas a Longstreet y no insistió en que fueran ejecutadas. Lee fue sin duda un excelente militar y un adversario formidable. Pero también era un gran caballero y un colega indulgente, cualidades que podían perjudicar el vigor de su voluntad y de sus decisiones.

La jefatura de Lee se vio realzada por la inferioridad de sus oponentes durante los primeros dos años de la guerra. McClellan simplemente no estaba a su altura, ni en firmeza mental ni en capacidad de decisión. En Meade, quien comandó las fuerzas de la Unión en Gettysburg, encontró un hombre que lo igualaba en eficiencia, aunque no en imaginación ni en atrevimiento. Solo cuando llegó Grant al Este en 1864, Lee se vio ante alguien que lo igualaba, y de hecho lo superaba, en calidad. Grant fue el general más grande de la guerra, un general que se hubiera destacado en cualquier época y en cualquier ejército. Comprendía la guerra en su totalidad y captó enseguida cómo los métodos modernos de

comunicación, sobre todo el telégrafo y los ferrocarriles, habían otorgado al comandante el poder de reunir información más rápidamente y los medios para reaccionar distribuyendo las órdenes apropiadas. Una vez que sus cualidades se hicieron evidentes, como sucedió en 1862, ascendió con gran celeridad, para sorpresa de sus coetáneos de West Point. Nada en su vida anterior anunciaba su excepcionalidad; más bien todo lo contrario. Hijo de una familia moderadamente próspera de Illinois, fue elegido contra su voluntad para asistir a West Point, y siendo cadete siguió con expectación e interés un debate en el Congreso acerca de una posible clausura de la academia. Sobresalió en sus estudios, especialmente en matemáticas, y esperaba poder ocupar un puesto de profesor después de graduarse, pero la rutina académica lo condujo al ejército, donde combatió exitosamente en la guerra contra México, la cual reprobó enérgicamente, por considerarla una agresión inmoral. Después de la guerra fue asignado a California, donde, separado de su amada esposa, Julia Dent, se dio a la bebida e incurrió en disputas con sus superiores, lo que lo llevó a renunciar al ejército. Fracasó en la vida civil como granjero y como comerciante, viéndose reducido finalmente a trabajar como dependiente en la curtiduría de su padre.

Su redención llegó con el inicio de la Guerra de Secesión. La formación y experiencia militar de Grant eran muy demandadas y, alistado por el gobernador de Illinois para ayudar a organizar a los voluntarios del estado, fue puesto al mando de un regimiento, al que comandó exitosamente en combates locales. Grant demostró ser un eficiente organizador de hombres, y luego, como se vio en uno de los primeros combates, un comandante enérgico y exitoso con extraordinarias dotes intelectuales, entre ellas el don de dictar sin vacilación órdenes claras en sucesión continua. Fue rápidamente ascendido de coronel al grado de brigadier, y se le confirieron mayores potestades en la campaña del bajo Mississippi. Sus victorias en los fuertes Henry y Donelson atrajeron la atención de Lincoln y aseguraron la aceleración de su carrera. En 1864, tras supervisar una cadena de victorias en el Oeste, incluyendo Shiloh y la toma de Vicksburg, fue ampliamente reconocido como el mejor general de la Unión, convocado a Washington y nombrado general en jefe, con lo

que se inauguró una nueva etapa, contra Lee y el Ejército del Norte de Virginia. Lincoln había decidido que Grant era indispensable. A uno de sus críticos, el presidente le respondió: “Necesito a este hombre; sabe pelear”.

En el Oeste, Grant triunfó por su disposición a correr riesgos y su agresividad incesante, pero sus soldados pagaron el precio. La mayoría de sus batallas costaron numerosas bajas. No obstante, Grant conservó la confianza y devoción de sus hombres, quienes se reunían en grupos silenciosos a verlo pasar. Grant parecía sentirse cómodo en el Oeste. Aplicó su agudo sentido topográfico a sus sinuosos ríos y enrevesadas colinas y montañas, y nunca pareció confundido por su complejidad. Ciertamente no permitió que las dificultades del terreno interfiriesen en el abastecimiento de sus tropas, que nunca se interrumpió, ni siquiera durante los episodios más difíciles de sus campañas. En la lucha por tomar Chattanooga, el cruce ferroviario que resultaba vital para mantener la comunicación entre las regiones del sudoeste y del nordeste de la Confederación, cuando por un tiempo el ejército de la Unión se vio constreñido en su línea de suministros, Grant logró inaugurar rápidamente la “Línea del Pan Duro” para suplir las necesidades básicas de las tropas, y luego restaurar plenamente los suministros. Grant tenía una filosofía de guerra, que era mantener al enemigo bajo una presión sin tregua en todos los puntos y pelear siempre que se presentara la oportunidad. Este estilo de mando constituía una prueba muy dura para sus hombres. De hecho, sin la garantía de refuerzos frecuentes, Grant hubiera tenido que desistir de su deseo de destruir el Ejército del Norte de Virginia antes de poder lograrlo. La reputación de Grant llegó tardíamente.

Una ventaja considerable de Grant fue la de contar con subordinados de talento, con los que estableció cordiales relaciones personales. Este fue el caso sobre todo de Sherman y Sheridan. Sherman era una especie de doble de Grant, pues era igualmente agresivo e implacable, aunque llegó más lejos que Grant con su fe en el efecto moral de la fuerza ofensiva sobre la voluntad de resistencia del enemigo. Sherman se asemejaba a Grant en su originalidad; su determinación de atacar el espíritu del pueblo sureño fue

un método totalmente novedoso y anticipó la técnica de la guerra psicológica empleada por los comandantes europeos del siglo XX contra los movimientos de liberación nacional en las campañas coloniales posteriores a 1945. Sherman llegó a creer que el Sur sólo podría ser derrotado haciendo sufrir a su pueblo en cuerpo y alma. Si se destruía la fuente de su riqueza y arruinaban sus medios de vida, se convenció a sí mismo, y a la larga a sus superiores y a sus propios soldados, los rebeldes se arrepentirían y caerían en la inactividad. Sherman aplicó esta filosofía de destrucción y expolio primero en Georgia y luego en las Carolinas, y funcionó tal como había esperado. No es sorprendente que Sherman haya sido objeto de estudio de modernos analistas estratégicos en Estados Unidos y en el extranjero. También demostró poseer parte de los dones comunicativos de Grant, su rapidez de decisión y su análisis despiadado de la situación militar. Aunque no era un escritor dotado como Grant, Sherman compuso varios aforismos sobre la guerra que han pasado a las antologías. La más conocida formulación de sus ideas fue: “No estamos peleando tan solo contra ejércitos hostiles, sino contra un pueblo hostil, y tenemos que hacer que viejos y jóvenes, ricos y pobres, experimenten el rigor de la guerra tanto como los ejércitos organizados”.

Sherman y Grant fueron los dos generales más sobresalientes de la guerra. El legado de Sherman fue el más perdurable, ya que su estilo de guerrear, brutal y agresivo, era sumamente imitable. Sin embargo, en el campo de batalla Grant era un comandante más capaz, con mayores logros y más victorias decisivas en su haber.

Sheridan, quien fuera comandante de caballería de Grant en el Este durante el último año de la guerra, debió mucho al respaldo de Grant y, como él, tuvo un comienzo poco prometedor. Su primer nombramiento fue como intendente oficial, pero se destacó en los poco glamourosos deberes del aprovisionamiento en una guerra donde los suministros eran de capital importancia. Asimismo demostró una inigualable capacidad de liderazgo, mediante el ejemplo y la vívida inspiración de su persona, como durante la campaña contra Early en el valle de Shenandoah en 1864.

Grant logró incluso mantenerse en buenos términos con el general Meade, proverbial cascarrabias que además tenía motivos de

insatisfacción, después de que Grant lo nombrara general en jefe y luego estableciera su cuartel general con el Ejército del Potomac, que comandaba el propio Meade. De ahí en adelante se le atribuyeron a Grant sucesivos triunfos que en justicia correspondían a Meade, provocando un resentimiento que este último comunicaba regularmente a su esposa. Sin embargo, Meade no pudo ser despojado del mérito de haber ganado Gettysburg, una distinción que tal vez sentó las bases para que mantuviesen una relación estable. Meade no fue un gran general, pero era sensato y eficiente.

Desde una perspectiva panorámica, resulta extraordinario que, de un conjunto de no más de tres mil oficiales formados, Estados Unidos produjese entre 1861 y 1865 dos militares de incuestionable grandeza, Grant y Sherman, de los cuales Sherman fue también un visionario. Apenas por debajo de su nivel, produjo también un talentoso ganador de batallas en Lee, quien hubiera brillado en cualquiera de las guerras de maniobras de la Europa de aquella época. No muy por debajo de estos en cuanto a talento cotidiano se encuentran el decidido George Thomas, y otras rarezas como Nathan Bedford Forrest, el genio autodidacta de las incursiones de caballería, J. E. B. Stuart, Philip Sheridan, y el cromwelliano Stonewall Jackson. La Guerra de Secesión sigue aportando abundante material de primera calidad para el estudio del alto mando.

El temperamento, un factor en los asuntos humanos que los historiadores profesionales suelen pasar por alto, fue muy importante para distinguir, entre los generales de la Guerra de Secesión, a los buenos de los malos, a los eficaces de los ineficaces.

Fue especialmente notable en el caso de McClellan, quien casi podría aportar material para un estudio clínico de la psicología del alto mando. McClellan fue una extraordinaria mezcla de timidez y engreimiento desmesurado, siempre dominado por la inseguridad y la angustia frente al enemigo, en combinación con una impertinente fe en su superioridad sobre todos los colegas con quienes trabajó durante la guerra, de Lincoln para abajo. No era el único que experimentaba inseguridad. También Halleck sentía reducirse significativamente su entusiasmo combativo cuanto más se acercaba al enemigo. Hooker padecía la misma

discapacidad. En opinión del profesor T. Harry Williams, un excelente juez del temperamento de los generales de la Guerra de Secesión, Hooker carecía de la facultad de luchar “en el mapa”. Funcionaba bien siempre y cuando tuviera sus tropas a la vista. Una vez que estas se alejaban de su campo visual, perdía la capacidad de visualizar su ubicación. La antípoda de Hooker era William Rosencrans, quien también solía fracasar cuando el combate prometía. Pero su defecto no era la timidez, sino la sobreexcitación. Era un conversador brillante; y a medida que se escuchaba a sí mismo su excitación iba *in crescendo* hasta el punto de perder la compostura, y con ella la capacidad de implementar sus planes. Tuvo éxito como comandante de fuerzas menores, pero en el alto mando nunca logró llevar a buen fin un gran proyecto. También John Pope era un conversador brillante, e impresionó mucho a la sociedad de Washington en 1862. Pope siempre estaba prometiendo pelear y daba la impresión de que lo haría, pues era alto y de aspecto impresionante. Pero él también padecía de ineficacia; otro defecto suyo que afloró posteriormente fue su propensión al conflicto. Se enemistó con McClellan, su inmediato superior en Virginia en 1862, y jamás recompusieron sus relaciones. Pope no era tan conflictivo como Don Carlos Buell, quien tuvo diferencias con cada uno de sus colegas y también fracasó en todas sus empresas. Curiosamente, le caía bien a McClellan, quizá porque nunca amenazó con ser su rival en ningún sentido.

Los dos generales que triunfaron consistentemente a lo largo de la guerra, Grant y Sherman, habían sido bendecidos con temperamentos estables. Siendo amigos íntimos, cooperaban de modo admirable y evitaban reñir con los demás. Grant incluso mantuvo la calma con McClellan, cuyo egotismo hubiera puesto a prueba la paciencia de un santo. En su frenesí por alcanzar la reputación que creía merecer, intentó conquistar con intrigas el alto mando del Mississippi. Magnificó cada espaldarazo que Lincoln le dio hasta que, finalmente, rebasó los límites del decoro militar y dio a Grant motivos incontestables para destituirlo por insubordinación, evitando así que Lincoln, que valoraba sus conexiones políticas en el Medio Oeste, tuviera que hacerlo.

Lincoln, un comandante en jefe totalmente inexperto, se vio enfrentado, desde que asumió la presidencia, a un caleidoscopio de dificultades de carácter entre sus ayudantes militares que hubiera deprimido a un hombre de menor valía. El veredicto sobre los líderes militares de la Unión durante la Guerra de Secesión es que hubo demasiada personalidad en juego y demasiado poco talento. Solamente Lincoln demostró grandeza desde el principio hasta el final. Fue una guerra provocada por su elección y en última instancia ganada por su capacidad de negociación, una inesperada habilidad estratégica.

## LAS BATALLAS EN LA GUERRA DE SECESIÓN

Las batallas fueron el rasgo definitorio de la Guerra de Secesión. Algunas autoridades cuentan hasta diez mil batallas libradas entre 1861 y 1865. Es fácil calcular entre doscientas y trescientas batallas con nombres que resultan familiares al común de los lectores. Semejante número, contenido en cuatro años de contienda, revela una extraordinaria intensidad, en comparación, digamos, con la experiencia del ejército de Wellington en España y Portugal entre 1808 y 1814, cuando la norma era más bien una gran batalla por año. Los ejércitos de la Guerra de Secesión parecieran haber estado combatiendo todo el tiempo, con intervalos muy breves, por lo que no era infrecuente que los mismos individuos participaran en docenas de batallas. Es la frecuencia de las batallas lo que distingue a la Guerra de Secesión. No hubo una intensificación gradual. La primera batalla de Bull Run fue tan encarnizada como la segunda batalla de Bull Run un año después, y esta a su vez fue tan encarnizada con Gettysburg. Es difícil definir por qué hubo de ser así. Los norteamericanos en 1860 no se odiaban como se odiaban los obreros y la clase media en España antes de 1936. Aunque existían sectores identificables en Estados Unidos antes de 1860, “secciones” que aludían a zonas geográficas del país, de las cuales el Sur algodonero era una y el Norte industrializado era otra, estas secciones no eran homogéneas. Había notables divisiones internas. En el Sur la división más importante era entre las grandes regiones latifundistas y las ocupadas por granjas de subsistencia, de las que el ejército confederado obtuvo la mayor parte de sus reclutas. Secciones particulares fueron las tierras bajas de las Carolinas, donde se establecieron las primeras grandes concentraciones de esclavos negros y en consecuencia fueron semilleros de patriotismo

confederado, y Tidewater Virginia, cuna de la clase política del estado. Socialmente, Virginia fue la colonia, y posteriormente el estado, más peculiar, porque fue fundado deliberadamente a imitación de los condados rurales ingleses por Sir William Berkeley, su gobernador de mediados del siglo XVII. Berkeley reclutaba a los hijos menores, y por tanto sin tierra, de las familias inglesas de terratenientes, que legaban todo al primogénito, con la promesa de que en el Nuevo Mundo ellos mismos podrían establecerse como caballeros hacendados. Su éxito acaso rebasó sus propias expectativas. Ya desde 1660 cada escaño del Consejo gobernante de Virginia estaba ocupado por un miembro de cinco familias interrelacionadas, y todavía en 1775 todos los miembros del consejo descendían de alguno de los concejales de 1660. Como Berkeley había entregado grandes dotaciones de tierra a muchos de los colonos que había atraído, estas familias no solo eran poderosas en la política sino también ricas. Continuaron siéndolo, y sus nombres llegaron a ser célebres en la historia norteamericana: los Madison, los Washington, los Lee. Aportaron a Estados Unidos muchos de sus Padres Fundadores y a la Confederación muchos de sus líderes. La fuerza y el alcance de la oligarquía virginiana contribuyen a explicar lo rápida y totalmente que quedó establecida la Confederación. Las viejas familias, que eran a su vez grandes latifundistas y esclavistas, fueron las que se sintieron más amenazadas entre todos los sureños por la subida al poder de los antiesclavistas en el Norte y en Washington durante la década de 1850, y mediante su primacía legal y social arrastraron fácilmente consigo a la mayoría de la población en 1861.

La celeridad con que floreció la Confederación y la atracción que ejerció la idea de la misma en los estados fronterizos, que no eran algodoneros ni esclavistas, dividió mucho la opinión pública en el Norte. También supuso el principal problema militar de la Unión, que era cómo lograr la victoria en el conflicto. Muchos norteamericanos se persuadieron de que la secesión, el acto de abandonar la Unión, repugnaba a muchos sureños, y de que si al pueblo del sur de la línea Mason-Dixon se le hacían las debidas ofertas conciliatorias, la población descarriada podría ser devuelta al redil sin necesidad de pelear; la perspectiva de tener que luchar

horrificaba a muchos en el Norte. Si bien era cierto que en los estados secesionistas había áreas importantes, especialmente el oeste de Virginia y el este de Tennessee, que desde un principio fueron hostiles a la Confederación, su gente carecía de los medios para modificar la opinión pública de la mayor parte del Sur o para influenciar al gobierno rebelde de Richmond. Los líderes confederados estaban tan preparados para coaccionar a los antisecesionistas como lo estaba la Unión para sofocar la rebelión dentro de su propio territorio. Así pues, desde un inicio se hizo evidente que el conflicto entre el Norte y el Sur estaba destinado a ser una lucha por ganar las mentes. De hecho, la mente sureña era el único objetivo de valor en la Confederación, aunque esta verdad no fue percibida sino hasta mucho más avanzada la guerra, y aun entonces solo por unos pocos militares norteamericanos de imaginación brutal. Así como todos los ricos objetivos materiales del Norte –las ciudades del litoral atlántico y la industria de Nueva Inglaterra–, estaban a demasiada distancia de la frontera norte de la Confederación como para ser atacados, el Sur también resultaba invulnerable para el Norte en el plano material, aunque por un motivo diferente. No tenía grandes centros industriales o financieros sobre los que pudieran marchar los ejércitos norteamericanos. Al imponer el bloqueo, el Norte había devaluado su única reserva de riqueza, el algodón. En consecuencia, no había nada que el Norte pudiera destruir salvo la reserva de combatientes del Sur. Este hecho explica la incesante recurrencia de las batallas entre los dos ejércitos, y la determinación de los grandes generales de la guerra a luchar por la victoria en el campo de batalla.

Al comienzo de la guerra, surgió en ambos ejércitos y en ambos gobiernos la noción de que la guerra podía, y de hecho debía, ser ganada con una única y gran victoria. Esta idea tenía sus orígenes en la prevalencia del legado napoleónico. Napoleón debió su dominio imperial a su capacidad para ganar batallas, lo cual hizo con descorazonadora regularidad. Sus grandes victorias se enseñaban en West Point a los cadetes, cuyos profesores encomiaban la virtud de ir en pos de un desenlace mediante golpes demoledores, como los asestados en Austerlitz y Marengo. El presidente Lincoln, pero también Jefferson Davis, el nuevo

presidente confederado, deseaban un Austerlitz norteamericano, que pusiera fin al conflicto en un solo día de violencia. En las primeras etapas de la contienda esta esperanza era ilusoria, pues ningún bando poseía aún suficientes soldados entrenados ni bastantes armas para infligir golpes decisivos. Incluso cuando se hicieron más fuertes, la victoria decisiva continuó siendo difícil de alcanzar. Hubo victorias, como en Chancellorsville y Fredericksburg; pero, aunque a veces eran espectaculares, no comportaban la destrucción del enemigo. Las razones de esto eran oscuras por aquel entonces y continúan siéndolo. Una era que los confederados tenían comandantes, especialmente Stonewall Jackson, pero también su gran jefe, Robert E. Lee, que eran indefectiblemente audaces y atacaban incluso cuando parecían hallarse en abrumadora desventaja, creando un efecto moral que una y otra vez salvaba la situación; otra razón era que ningún bando contaba con suficientes tropas de caballería para que esta jugara el papel determinante que había tenido tradicionalmente en Europa. En las grandes campañas europeas la caballería desbarataba las formaciones de infantería y luego perseguía a los fugitivos hasta aniquilarlos. Las batallas de la Guerra de Secesión eran casi exclusivamente luchas de infantería, en las que las bajas eran causadas por el fuego de fusilería desde una distancia de cincuenta a cien metros o más, pero que gracias a la eficacia de los rifles Springfield y Enfield, generaban grandes estragos en las filas de combatientes.

El número de bajas está ligado al que acaso sea el misterio supremo de esta guerra: ¿por qué el común de los soldados de ambos bandos soportaban la pérdida de tantos y tantos camaradas y el miedo a la experiencia del campo de batalla, y sin embargo, regresaban una y otra vez al combate para continuar peleando como si nada de esto les afectase? Los ejércitos del siglo XVIII reconocieron una reacción en masa al miedo extremo, que los franceses llamaron *panique-terreur*. El *panique-terreur* no parece haber afectado a los norteamericanos de la Guerra de Secesión. Esto puede haber sido porque, al tratarse de una guerra civil, los soldados se rendían con relativa tranquilidad al enemigo, porque este consistía en sus propios compatriotas anglófonos, con quienes compartían el continente. Aunque este no era el caso de los soldados negros de la Unión,

quienes, tras las masacres del fuerte Pillow y del cráter de Petersburg, comprensiblemente, no se hallaban nada dispuestos a confiar sus vidas a los confederados blancos y combatían ferozmente para evitar ser capturados.

La naturaleza del terreno en los escenarios de operaciones ayuda a explicar por qué las batallas ocurrieron con tanta frecuencia. En los dos grandes corredores del conflicto –uno en el Este, conformado por la cordillera de los Apalaches y el Atlántico, y otro en lo que suele llamarse vagamente “el Oeste”, conformado una vez más por los Apalaches y el Mississippi–, las barreras a la derecha y a la izquierda obligaban a los ejércitos, una vez puestos en marcha, a entrar en contacto frontalmente, siempre y cuando fuera posible abastecerlos, y el fácil acceso a vías fluviales de comunicación y los ferrocarriles garantizó que lo fuera. En ninguno de los dos bandos escaseaban los hombres. Y el hecho de estar todos comprimidos por la geografía garantizaba que, mientras prevaleciese la voluntad de luchar, y esta estuvo presente durante toda la guerra, continuarían produciéndose batallas. De hecho, uno de los factores más constantes y sorprendentes de la guerra fue la disposición de ambos bandos a exponerse a los riesgos del combate y a volver a pelear incluso tras haber sufrido bajas numerosas.

La disposición combativa de los ejércitos resulta aún más extraordinaria si se tiene en cuenta su casi completa inexperiencia militar. Ambos bandos tuvieron que aprender sobre la marcha, mandos y soldados por igual. La memoria de las guerras norteamericanas del pasado, los testimonios escritos de las guerras en Europa, sobre todo las de Napoleón, aportaron a los desinformados casi su única noción de cómo debería ser una batalla. La naturaleza de las batallas era casi desconocida, de ahí la creencia, que persistió hasta mucho después de los primeros encuentros, de que un gran enfrentamiento podría zanjar la cuestión.

Quizá la primera realidad que hubo que comprender fue la necesidad de concentrar el poder de fuego. A esto no contribuyó la experiencia norteamericana del pasado, pues los europeos habían identificado, desde la Guerra del rey Jorge y la Guerra Franco-India, un estilo de lucha que ellos llamaban guerra “americana” o “indiana”, en el cual los ejércitos no

se concentraban en formaciones organizadas como lo hacían en las batallas campales del Viejo Mundo, sino que efectuaban escaramuzas al amparo de los árboles y procuraban tomar por sorpresa al enemigo. La guerra “americana” era individualista, no ordenada, y en esas condiciones el combate solía tomar la forma de la emboscada o el ataque sorpresa, como en la batalla del Monongahela en 1775, donde un pequeño ejército francés con numerosos aliados indios había arrollado a los casacas rojas del ejército de Edward Braddock en el preludio de lo que dio en llamarse la Guerra Franco-India. Los ejércitos de 1861, reconociendo que con guerra “americana” no se podía ganar aquel conflicto, tuvieron que aprender, valiéndose de los manuales de instrucción disponibles, a organizarse para combatir a la manera del Viejo Mundo. A los ejércitos europeos les había tomado años de ensayo y error aprender que el fuego de los mosquetes de pólvora solo era efectivo si los tiradores se situaban hombro con hombro y disparaban al unísono. Una vez enterados de que esta era la táctica correcta, los soldados de 1861 tuvieron que aprender por sí solos a seguirla, pues su puesta en práctica desafía a la naturaleza. El instinto lleva a los hombres a ponerse a cubierto cuando están bajo fuego, ya sea tendiéndose o guareciéndose detrás de algún obstáculo natural, la antítesis de lo que hay que hacer para ganar una batalla. Ciertamente, muchos regimientos inexpertos de la Guerra de Secesión se dejaron llevar por el instinto, huyendo o rompiendo la formación al hallarse por primera vez expuestos al fuego.

La repetición obsesiva de movimientos de práctica, enseñada a partir de libros por oficiales y sargentos que iban apenas una página por delante de sus alumnos, era pues la manera correcta de preparar para la batalla a los inocentes de 1861. Los manuales de práctica, casi siempre traducciones del francés o versiones reescritas, establecían que el regimiento de diez compañías debía formar con la mayoría de estas una línea de dos filas; anteriormente se había establecido que fueran tres, pero en la práctica se dejó de hacer porque el fuego de la tercera fila ponía en peligro a la primera. Así y todo, los rifles de la segunda fila chamuscaban y ensordecían a la primera. La práctica de tiro con munición real era un acontecimiento raro. Muchos soldados no disparaban sus armas por

primera vez hasta encontrarse ante el enemigo. Sin embargo, los diecisiete movimientos necesarios para cargar y apuntar el rifle se practicaban exhaustivamente: extraer el cartucho de papel del morral, desgarrarlo con los dientes, verter la pólvora en el cañón, introducir la bala tras la pólvora, arrugar el papel hasta formar un taco, apretarlo todo con la baqueta, colocar la cápsula fulminante en la boquilla y llevarse al hombro la culata. Pero la velocidad y la destreza en el cargado no eran los únicos requisitos del entrenamiento. También era necesario concentrar el efecto de la descarga, entrenando a los soldados a situarse hombro con hombro y realizar los movimientos de la práctica simultáneamente; de otro modo, disminuía el impacto de la andanada, y si no se cargaba y apuntaba a tiempo solían ocurrir accidentes.

Los regimientos entraban en contacto avanzando en columnas, y sus oficiales ponían sus esperanzas en lograr desplegarse en una línea a una distancia óptima del enemigo, tal vez a unos cien o doscientos metros. Cambiar de formación o de dirección en el campo de batalla era una invitación al desorden pero resultaba esencial para poder causar daño al enemigo, y hasta tropas bisoñas eran capaces de hacerlo si recibían suficiente entrenamiento. Lo ideal era que el regimiento se aproximara en columnas, luego se desplegara formando una línea, y entonces los escaramuzadores del regimiento avanzaban hasta el frente y los flancos para hacer fuego individualmente contra el enemigo. Lo que sucedía luego rara vez figuraba en el manual de instrucción, el cual prescribía que la línea del batallón lanzase una sucesión de andanadas hasta que el enemigo se retirase o efectuase un asalto, con o sin bayonetas caladas. El asalto con bayonetas rara vez se practicó. La prueba de esto, según los observadores de la Guerra de Secesión, era el bajísimo porcentaje de heridas de bayoneta entre los heridos que eran llevados al hospital. La baja incidencia de estas heridas ha sido documentada en muchos conflictos en distintas épocas y lugares, pero eso no prueba que la bayoneta no fuera usada; pudiera ser que las heridas de bayoneta resultaran con tanta frecuencia fatales que las víctimas murieran en el acto y no fuesen recogidas para recibir tratamiento. No obstante, parece que realmente la bayoneta se empleó raras veces en las batallas de la Guerra de Secesión. La carga del

20° de Maine en Little Round Top, tras haber agotado sus municiones, fue una excepción de la regla; en las batallas de la Guerra de Secesión se combatió principalmente con rifles.

La confianza que el soldado tenía en su arma de fuego contribuyó a incrementar su probabilidad. Los rifles Springfield y Enfield fueron un gran avance tecnológico sobre el mosquete de ánima lisa. Eran más precisos, tenían más alcance y, como se inflamaban mediante una cápsula de fulminante, rara vez fallaban. Disparar seguía siendo un proceso complicado y lento, que producía resultados excéntricos cuando un riflero novato, por ejemplo, baqueteaba el contenido de varios cartuchos pero se olvidaba de colocar la cápsula de fulminante en la boquilla. Con semejante arma en sus manos, el soldado estaba naturalmente tentado, una vez que comenzaba el tiroteo, a disparar tiro tras tiro desde el mismo lugar, aunque estos se quedaran cortos, antes que intentar acortar la distancia con un asalto, durante el cual no podía recargar. De ahí las descripciones de los regimientos parados uno frente a otro durante largos periodos hasta haber disparado todas las municiones de sus morrales. Pero los ejércitos de la Guerra de Secesión se acostumbraron pronto a los tiroteos con rifles y se hicieron diestros en el manejo de los mismos. Ciertamente, Lee estimaba más el rifle que el cañón como arma para ganar las batallas, y nunca empleó decisivamente la artillería en las mismas. Esto pudo deberse a que su gran habilidad como comandante estaba en las rápidas maniobras con unidades de infantería enfrente y en contacto directo con el enemigo; la infantería era más fácil de maniobrar que la artillería. De hecho, no hubo un general de artillería prominente en ninguno de los dos bandos.

Un tiroteo prolongado podía resultar en que un bando derrotara al otro y avanzara hasta ocupar su posición. No obstante, un regimiento debilitado o vencido podía haber sido reemplazado por tropas de reserva desde la retaguardia, como a menudo sucedía. Los refuerzos o el movimiento de tropas de reserva hacia el frente en un momento crítico a menudo definieron el desenlace de las batallas de la Guerra de Secesión. Como se ha comentado muchas veces, la intervención de la caballería o el efecto de la artillería no solían influir en el desenlace de las batallas. La

caballería simplemente no jugó un papel decisivo o siquiera relevante entre 1861 y 1865. La caballería efectuó muchas incursiones atrevidas y exitosas en el territorio enemigo, extendiendo la alarma, destruyendo pertrechos bélicos y capturando suministros valiosos. Casi nunca cargó contra la infantería o la artillería en el campo de batalla; durante las grandes batallas de la guerra, sufrió bajas insignificantes. Hay una serie de razones que explican la ineficacia de la caballería en la Guerra de Secesión. Una era que el terreno no era apropiado, pues la caballería requiere espacios amplios y despejados para reunirse y desplegarse. Otra era que no había ninguna tradición en el ejército norteamericano de antes de la guerra, ni grupos de líderes dedicados a su empleo. La caballería era cara de mantener y difícil de entrenar, y tampoco había una reserva de jinetes expertos para reclutar. El resultado fue que ninguno de los dos bandos formó grandes cuerpos de caballería.

El reducido papel de la artillería es más difícil de explicar. Durante las guerras napoleónicas la artillería había dominado los campos de batalla y era comúnmente considerada un arma decisiva. La Gran Batería de cien cañones de Napoleón en Waterloo había preocupado seriamente a Wellington. En 1861 ambos ejércitos andaban escasos de artillería de campaña, que además tardaba mucho en repararse. Sin embargo, hacia la mitad de la guerra, ambos ejércitos emplearon cañones en proporciones europeas, aproximadamente cuatro cañones por cada mil hombres, lo cual bastaba para decidir los combates si se usaban correctamente. Pero rara vez era este el caso. En Malvern Hill, en las afueras de Richmond, en 1862 la artillería de la Unión infligió bajas muy numerosas, y también la artillería confederada en Fredericksburg. La razón en ambos casos parece haber sido que el terreno favoreció a los artilleros. En Malvern Hill había campos amplios y largos para disparar; en Fredericksburg los artilleros confederados ocupaban posiciones elevadas que dominaban un campo despejado. Los cañones pudieron hacer su máximo estrago. Pero lo más común era que los árboles o los accidentes del terreno, y con gran frecuencia las filas de su propio ejército, obstruyeran el campo de tiro de los artilleros. Esto podía haberse evitado si los cañones hubieran sido llevados hasta el frente y manejados como artillería montada durante los

momentos inciertos de la batalla. Pero había una reticencia por parte de los comandantes de ambos bandos a exponer sus valiosos cañones al peligro de ser capturados, y también había una escasez general de artillería montada.

Se ha debatido mucho la cuestión de si la infantería, armada con el nuevo rifle, y capaz por tanto de disparar incluso contra blancos a trescientos metros de distancia, podía o no defenderse contra la artillería enemiga disparando directamente contra sus baterías. La artillería solía disparar contra la infantería desde una distancia de novecientos metros, o menos en caso de emplear bote de metralla, una munición que contenía balas de mosquete comprimidas, muy destructiva contra grandes formaciones de infantería. La conclusión de los expertos es que el fuego de los rifles rara vez infligía bajas numerosas a la artillería.

El efecto del fuego, tanto el de los rifles como el de los cañones, se vio muy mitigado por los atrincheramientos, que comenzaron poco después de iniciada la guerra y se convirtieron una práctica generalizada a lo largo de la misma. Esto marcó una divergencia en relación con los hábitos de los ejércitos dinásticos del siglo XVIII y las guerras napoleónicas. En aquellas guerras, una vez comenzada la batalla, la única forma de evitar las bajas era respondiendo al fuego, empleando la artillería o lanzando la caballería para ahuyentar al enemigo. Los soldados rara vez cavaban. Sin embargo, hubo algunas excepciones. El atrincheramiento se conocía ya desde la Guerra de Sucesión española. Los franceses atrincheraron parcialmente sus posiciones en la batalla de Ramillies en 1706. Pero lo cierto es que los ejércitos del siglo XVIII no cavaban por lo general, excepto en los asedios.

La práctica europea ejerció una fuerte influencia sobre los ejércitos de la Guerra de Secesión, hasta el punto de que, a pesar del énfasis de West Point en enseñar ingeniería y fortificación, a la mayoría de los comandantes de la Guerra de Secesión inicialmente no se les ocurrió poner a sus soldados a cavar. Procuraban ganar mediante la práctica de maniobras. Pero en el transcurso de la guerra, cuando la lista de bajas de las grandes batallas ascendió a un treinta por ciento de muertos y heridos, los soldados comenzaron a cavar con o sin instrucciones de sus generales.

Cavaban para protegerse cuando se les ordenaba defender una posición. Cavaban cuando comenzaban a percibir el fuego enemigo, si este avanzaba a su encuentro. Después de 1863 las excavaciones fueron un rasgo distintivo de todos los campos de batalla, y en aquellos en los que el defensor había sido advertido de la inminencia del combate, los atrincheramientos del campo de batalla se volvían muy complicados. Algunas de las complejas líneas que partían de las inmediaciones de Petersburg en 1864 comenzaron siendo atrincheramientos “apresurados” contra los constantes esfuerzos de Grant por flanquear a los confederados hacia el sur y hacia el oeste.

La práctica del atrincheramiento, aparentemente una iniciativa de los soldados y no una disposición impuesta desde arriba, nos ayuda a responder la pregunta más obvia sobre la Guerra de Secesión, que es esta: ¿cómo pudieron los hombres comunes vestidos de azul y gris resistir el miedo y el horror que generaban aquellos combates en formación cerrada? Los hombres asustados suelen escapar corriendo, o si no pueden, se esconden o se tienden en el suelo. Muchos soldados de ambos bandos de la Guerra de Secesión hacían todo esto y también se ofrecían como prisioneros, de ahí la sorprendente cantidad de capturados durante la guerra. Pero también eran muchos los soldados de la Guerra de Secesión que no salían corriendo, ni buscaban refugio, ni se quedaban paralizados ni gritaban “me rindo”, sino que aguantaban a pie firme, disparaban, recargaban y volvían a disparar, a menudo minuto tras minuto hasta derrotar a sus oponentes. ¿Qué los reafirmaba en su deber como soldados? Hay una serie de factores que explican la impavidez en todas las guerras, entre ellos el ejemplo de los líderes, la coerción de los líderes de menor rango, la ingestión de bebidas alcohólicas y las indeseables consecuencias de la cobardía. La coacción no parece haber jugado un papel significativo en la Guerra de Secesión. Los norteamericanos no están acostumbrados a amenazar a sus compatriotas ni a ser amenazados. No forma parte del estilo norteamericano. Aunque hay casos de soldados de la Guerra de Secesión que volvieron sus armas contra camaradas que mostraron cobardía frente al enemigo, no es común encontrarlos en los archivos. En cambio, hay muchos casos de soldados que dejaron

constancia de su admiración por el coraje de sus oficiales y cómo esto les sirvió de inspiración; también a veces escribían lo contrario, como cuando un oficial fue descubierto escondido en un árbol hueco en Shiloh y otro fue visto pintándose heridas falsas a buena distancia del enemigo. Las bebidas alcohólicas eran un modo común de estimular el valor; la cantina llena de whisky era sumamente apreciada y no excesivamente criticada. Sin embargo, los generales que se emborrachaban en el combate solían ser destituidos. También se ha señalado a menudo que era demasiado peligroso huir cuando se estaba muy cerca del enemigo, y que resultaba más seguro mantenerse allí y responder al fuego. Por otra parte, y esto acompañó a la experiencia del combate durante toda la Guerra de Secesión, los soldados no huían porque estaban motivados por aquello que James McPherson caracteriza como “la causa y los camaradas”. Los hombres de ambos bandos habían ido a la guerra porque creían apasionadamente en sus razones para ello: preservar o restaurar la Unión, en el caso de los unionistas; defender los derechos de los estados y el modo de vida sureño, en el caso de los confederados; y en ambos casos porque les importaba mucho su posición ante los ojos de sus compañeros de armas; de hecho, probablemente más que nada llegado el momento. Ambos ejércitos tenían identidades intensamente masculinas, donde ser considerado un hombre era el valor absoluto, y ser tenido por cobarde era la degradación suprema.

En la Norteamérica decimonónica la religión era para muchos una motivación poderosa, tanto en la paz como en la guerra. En muchos aspectos, la Guerra de Secesión fue una guerra tanto religiosa como política, puesto que los abolicionistas defendían sus creencias con fervor religioso, en tanto que los rústicos sureños, que acaso no hubieran podido articular ninguna posición política coherente, identificaban su sureñidad con su condición de miembros de los templos baptistas y metodistas, y estas creencias los acompañaron en las filas de los ejércitos.

En última instancia, las batallas de la Guerra de Secesión se caracterizaron por un intenso fuego de fusilería, por la ausencia de cantidades significativas de artillería y por la prevalencia de los terraplenes. El tiroteo entre las líneas podía prolongarse durante largos

periodos sin movimiento alguno por parte de ninguno de los bandos, con la esperanza de que el volumen de fuego acabara por persuadir al enemigo de retirarse. De ahí el fenómeno de los intercambios a gran escala a media distancia que provocaban muy pocas bajas. Otra característica de las batallas de la Guerra de Secesión fueron, por supuesto, las cuantiosas bajas, pero estas solían ser atribuibles a que las tropas se encontraban en una posición de la que resultaba difícil escapar y dentro de la cual era difícil maniobrar. Tal fue el caso de Antietam, y de parte del campo de Gettysburg. Los bosques, tan a menudo presentes, también contribuyeron a incrementar las bajas, pues las tropas chocaban unas con otras por sorpresa a causa de la escasa visibilidad, y luego les era difícil retirarse debido a la densidad de la vegetación.

La naturaleza de las batallas en la Guerra de Secesión ha sido intensa y abundantemente debatida por los historiadores. Pero resulta indiscutible que las batallas se produjeron principalmente con rifles; la caballería casi no participó en los enfrentamientos de los principales ejércitos y la artillería tuvo un papel secundario. El fuego enemigo no fue la principal causa de muerte. El total de víctimas mortales de la Unión asciende a ciento diez mil muertos en batalla, el de la Confederación a noventa y cuatro mil; en ambos bandos hubo el doble de muertes a causa de las enfermedades, que siguieron siendo el principal verdugo de los soldados hasta la Primera Guerra Mundial.

## ¿PODRÍA HABER SOBREVIVIDO EL SUR?

La cuestión de si el Sur podría haber ganado se ha convertido en una de las más populares en torno a este conflicto. La respuesta es casi con certeza que no. Las disparidades materiales en cuanto a número de hombres y producción industrial hacen sumamente improbable que la Confederación pudiese haber prevalecido sobre su más fuerte vecino norteño, aunque en un principio hubo muchos en el Sur que se creyeron en posesión de supuestas ventajas decisivas, en particular la dependencia europea de las exportaciones de algodón del Sur, y aseguraban que el agotamiento de esa materia prima forzaría a los estados industrializados de Europa –que eran también sus grandes potencias, Gran Bretaña en primer lugar, pero también Francia– a reconocer a la Confederación como un estado legítimamente independiente y a intervenir en su defensa, rompiendo el bloqueo del Norte y suministrando artículos de primera necesidad, incluyendo crédito, lo que anularía las ventajas económicas del Norte. Como ahora sabemos, la prudencia disuadió a los supuestos defensores del Sur de ofender a Estados Unidos, incluso tras ser objeto de una provocación, como Gran Bretaña cuando el incidente del *Trent*.

Por esta razón, aunque la pregunta persiste, ya no se la estudia con tanta diligencia. Hasta los sureños más descontentos llegaron a aceptar, en los días que siguieron al final de la guerra, que el Sur había sido derrotado en buena lid y que era inútil ponerse a soñar con un desenlace diferente. Gran parte del crédito por la rápida aceptación de la derrota por parte del Sur corresponde a Robert E. Lee, por su intransigente oposición a toda sugerencia de que, después de Appomattox, o en lugar de Appomattox, los supervivientes del Ejército de los Estados Confederados debieron haber optado por una guerra de guerrillas. La loable decisión de Lee se

derivaba de su admirable constitucionalismo y su respeto por la ley, tanto por las leyes comunes de la guerra como por las de su país; pero también, como dejó claro, de su decisión de librar al Sur de los horrores de la guerra irregular dentro de su propio territorio. Los sufrimientos de aquellas zonas del Sur, particularmente del valle de Shenandoah de su amada Virginia, durante las campañas de depredación llevadas a cabo por los ejércitos de la Unión lo habían convencido de que prologar el conflicto simplemente por negarse a aceptar su resultado en los campos de batallas convencionales no obraría en interés de sus compatriotas sureños. En vez de oponer una resistencia irregular a los resultados de la guerra, el Sur se consoló con una versión idealizada de la historia de la Confederación, que dio en llamarse la Causa Perdida. Afortunadamente para los estadounidenses, la Causa Perdida adoptó la forma de una leyenda y no de un movimiento político; una leyenda sumamente idealizada que al final se resolvía en una descripción del Sur de antes de la guerra como una tierra de magnolias florecidas, mansiones con blancas columnas, bonitas damiselas de las plantaciones y esclavos satisfechos, que llegó a su apoteosis con el gran éxito de ventas de la novela *Lo que el viento se llevó*, luego convertida por Hollywood en un superéxito de la gran pantalla. A la larga, *Lo que el viento se llevó* llegó a ser una especie de venganza del Sur contra el Norte por la popularidad e influencia de *La cabaña del Tío Tom*. Así como Harriet Beecher Stowe (“la damita que desató esta gran guerra”) había logrado difundir la imagen de un Sur poblado por esclavistas mezquinos, desalmados y crueles, Margaret Mitchell logró cambiar este panorama por uno en el que beldades sureñas y sus galanes se enseñoreaban sobre viejos y bonachones sirvientes negros que llevaban su servidumbre con el mejor de los humores. El resultado fue que, con el tiempo, *Lo que el viento se llevó* ha llegado a ser más conocida que *La cabaña del Tío Tom* y a tener más influencia.

Puede que *Lo que el viento se llevó* incluso haya influido en el modo de ver la Guerra de Secesión. Su memorable descripción de la batalla de Atlanta y el expolio de la plantación de Tara ciertamente ayudaron a los leales de la Causa Perdida a enfatizar el relato de la valentía sudista y de que la guerra se perdió tras una lucha no del todo justa. Si esta fuera la

única fuente de un lector, este ciertamente se preguntaría cómo un pueblo tan decidido pudo perder la guerra con que defendió su modo de vida, y si, haciendo las debidas modificaciones en el curso de los acontecimientos, la Confederación habría podido sobrevivir. Si dicho lector acudiese a la historia militar de la guerra en busca de iluminación, concluiría casi con certeza y de inmediato que no era posible ningún otro desenlace que el que aportaron los sucesos de la guerra.

El primer conjunto de sucesos que apuntó a la inevitabilidad del desenlace real, dejando de lado las disparidades materiales en el número de combatientes, fue el desarrollo de la imposición del bloqueo. Al principio, el acceso del Sur a los suministros de artículos militares básicos no tenía restricciones; de hecho, en los primeros meses de la guerra, la Confederación logró comprar en el extranjero e importar grandes cantidades de material de guerra. En agosto de 1861 el Sur había introducido en el país cincuenta mil rifles europeos, pese al hecho de que ya el bloqueo había sido declarado e impuesto por la Marina de Estados Unidos, que contaba con casi cien barcos en un momento en que el Sur carecía de marina. El bloqueo procedió inexorablemente a medida que la Unión, mediante acciones en el mar y el desembarco de tropas en la costa, tomaba posesión de los puertos y aguas costeras del Sur. En abril de 1862 toda la costa atlántica de la Confederación, con excepción de Wilmington, Charleston y Savannah, estaba en manos de la Unión, y el ejército de la Unión podía desembarcar tropas donde quisiese, para guarnecer, si así lo deseaba, varios enclaves grandes que había establecido en tierra.

La pérdida del litoral de la Confederación presagiaba el desastre, puesto que al aislar al Sur del mundo exterior refutaba su afirmación de ser soberano e independiente. La siguiente etapa de su progresivo aislamiento, de su aislamiento también interno, llegó con la conquista de las riberas de los ríos del Oeste, primero el Cumberland y el Tennessee tras la toma de los fuertes Henry y Donelson en febrero de 1862, que condujo rápidamente a la captura del Mississippi en casi toda su extensión (menos Vicksburg). El aislamiento de esta área, que que sería conocida como el “Kirby Smithdom”, no resultó fatal para la supervivencia del Sur, ya que la región no albergaba grandes centros

poblacionales o fabriles; pero resultó un factor debilitador, pues sí contenía la mayor concentración de ganado del Sur y era una importante fuente de productos agrícolas. La caída de los fuertes Henry y Donelson inauguró el dominio del Norte en el valle del Mississippi y la serie de ofensivas en Tennessee y luego en Georgia que debilitaron material y moralmente a la Confederación. La campaña de Grant en el valle del Mississippi resultó una de las más complejas de la guerra, tanto por su geografía como por sus sucesivos acontecimientos. Vicksburg, debido a su ubicación en terreno elevado, y gracias al cinturón de vías fluviales que la rodeaban, era casi inexpugnable. Haber logrado tentar a Pemberton, el comandante de Vicksburg, para que saliera a combatir a campo abierto fue un logro genial por parte de Grant. La campaña del Oeste de Grant de 1863 destruyó toda esperanza de nuevos triunfos sureños en los estados fronterizos, consolidó el dominio de la Unión sobre el valle del Mississippi, y sirvió de plataforma para la invasión de Sherman contra Georgia y el inicio de su guerra contra la moral popular del Sur.

Los triunfos en el Oeste en 1863, sobre todo el de Gettysburg, pusieron fin para siempre a la libertad de la Confederación de montar invasiones contra el Norte. Los sucesos de 1864, sobre todo la Campaña Terrestre, con su terrible cuota de bajas, hicieron flaquear una vez más la resolución del Norte, pero la voluntad de la Unión de seguir luchando resucitó y, una vez iniciado el asedio de Petersburg, la determinación de alcanzar la victoria se mantuvo sin merma hasta el mismo final.

Ya en esta etapa de la guerra, la derrota de la Confederación era inevitable. La fuerza de sus ejércitos se hallaba en un declive irreversible; su moneda había perdido todo valor, y con esto su aislamiento del mundo exterior se hacía completo. Había áreas importantes del Sur que ya no estaban bajo el control de Richmond, y algunas ya habían sido devastadas, un proceso que habría de continuar.

En retrospectiva, y a la luz de su progresivo debilitamiento material, lo que resulta extraordinario del desempeño bélico de la Confederación es su resistencia. Así como el Norte se recuperó de sus reveses psicológicos, tales como la invasión de sus territorios fronterizos y derrotas como la de Fredericksburg, también el Sur tuvo sus recuperaciones. No pareció

ofenderse en lo más mínimo por la temprana pérdida de Nueva Orleans, su ciudad más grande, o por masacres tan terribles como la de Shiloh. Gettysburg sin duda lo ensombreció, como también la pérdida de Vicksburg, en el mismo día; pero un mes después ya estaba peleando tan duro como siempre. En ningún punto de la guerra, hasta la huida de Davis de Richmond en abril de 1865, el Sur reveló haber perdido la voluntad de resistir. Fue desconcertante que se opusiera a la marcha del ejército de la Unión el día antes y el día después de la rendición de Appomattox. El 7 de abril, dos días antes de reunirse con Grant para capitular, Robert E. Lee continuaba negando que la resistencia fuera inútil.

Después de aquella fecha la continuación de la guerra fue del todo imposible, pues el enemigo superaba abrumadoramente en número a Lee y este no tenía raciones con qué alimentar a sus tropas. Sin embargo, parece probable que, de haber contado con comida y tropas suficientes, hubiera continuado resistiendo, lo mismo que muchos de sus hombres. En este sentido el Sur podría haber sobrevivido por más tiempo.

## XXIII

### EL FINAL DE LA GUERRA

*L*ee, quien continuaba retirándose en dirección a Lynchburg, consiguió eludir la persecución de la Unión durante el 8 de abril, pero para entonces ambos cuarteles generales, el de la Unión y el confederado, tenían claro que no era posible seguir retrasando el acuerdo de un cese formal de las hostilidades. El ejército norteamericano dominaba el campo de operaciones. El sudista necesitaba con urgencia un sustento que solo el enemigo podía proporcionarle. Lee envió otra carta en la que solicitaba una reunión con Grant, pero descartaba toda intención de rendirse, y pedía una formulación de los términos de paz. Grant, por una vez, no insistió en la incondicionalidad de los términos, como había hecho durante la campaña de los fuertes Henry y Donelson y en Vicksburg. Las cartas que comenzó a intercambiar con Lee delataban una inusual ternura. Lee pidió a Grant una reunión entre los piquetes de ambos ejércitos, pero Grant, subrayando que no tenía autoridad para negociar la paz, rehusó. Lee acudió a la cita, pero al encontrar a Grant ausente regresó a Appomattox. Meade, entretanto, estaba formando el Ejército del Potomac en orden de batalla, para un último y definitivo ataque. Grant se hallaba con la otra columna. El inminente choque fue evitado cuando uno de los oficiales de Sheridan informó a Meade de que los dos comandantes supremos estaban encerrados en Appomattox. Grant, quien tenía una aguda jaqueca, pasó la noche del 8 de abril en una granja en Curdsville. Cuando se levantó, todavía con dolor, se reunió con su estado mayor y cabalgó hasta la vecina aldea del juzgado de Appomattox, donde se sabía se encontraban Lee y su cuartel general. Mientras cabalgaban por la calle del pueblo, les dijeron que Lee estaba en una casa que daba a esa calle; Lee había llegado un poco antes, y uno de sus oficiales había dicho a un lugareño que Lee deseaba

usar una casa para reunirse con el general Grant. Wilmer McLean se había mudado al juzgado de Appomattox desde Manassas después de la batalla que tuvo lugar allí, con la esperanza de eludir los sobresaltos de la guerra. Ahora le tocaba conducir a Lee hasta el salón de una de las casas de la aldea; Lee, no obstante, consideró que aquel recinto era demasiado estrecho e indigno para la ocasión. Entonces McLean lo llevó hasta su propio salón. La casa de McLean era una mansión espaciosa, de doble frontón y galería con columnas, construida al estilo federal. Tenía un camino circular en torno y un patio trasero en el que, cuando llegaron Grant y su estado mayor, estaba amarrado *Traveller*, el famoso caballo de Lee. Los demás oficiales aguardaron mientras Grant entraba al salón para presentarse a Lee. Después lo siguieron, y algunos buscaron sillas mientras otros permanecían de pie. Las primeras palabras de Grant a Lee fueron estas: “Nos vimos una vez, general Lee, cuando estábamos combatiendo en México, cuando usted vino desde el cuartel general del general Scott a visitar a la brigada de Garland, a la que yo pertenecía por entonces. Siempre he recordado su aspecto, y creo que lo hubiera reconocido en cualquier parte”. “Sí”, respondió Lee, “sé que nos vimos en aquella ocasión, y a menudo he pensado en ello, e intentado recordar su apariencia, pero nunca he podido recordar ni un solo rasgo”.<sup>[1]</sup> Este diálogo reflejaba cuán diferente era la imagen de ambos. Lee, con un metro ochenta de alto y una postura clásica, destacaba en cualquier grupo. Grant, con mucha menos talla y distinción, se hallaba en desventaja física, aunque esta quedó completamente anulada en aquella reunión por ser él el vencedor y Lee el vencido.

Lee inició la negociación preguntando: “Supongo, general Grant, que comprende cabalmente el objetivo de nuestra presente reunión. Pedí verlo a usted para determinar en qué términos aceptaría la rendición de mi ejército”. Grant respondió que los términos eran, como ya se había expuesto, que los rendidos quedasen “en libertad condicional e inhabilitados para volver a tomar las armas hasta ser debidamente canjeados, y que todas las armas, municiones y suministros fuesen entregados como propiedad incautada”. Lee asintió con la cabeza y Grant expresó la esperanza de que cesasen inmediatamente las hostilidades para

evitar nuevas pérdidas de vidas. Entonces Grant pidió su cuaderno de mensajes para redactar un borrador de los términos. Y le añadió una idea de última hora: que las armas y el equipaje personal de los oficiales no fuese requisado. Entonces Lee mencionó que en el ejército confederado los caballos y mulas solían ser propiedad privada de los soldados. Grant declaró que no estaba al tanto de aquella costumbre, pero comprendía que muchos soldados confederados, al tener granjas pequeñas, necesitarían sus caballos y mulas para cultivar y lograr que sus familias sobrevivieran al próximo invierno. Rehusó modificar la escritura del documento de rendición, pero aseguró a Lee que daría instrucciones a sus oficiales de permitir que los soldados se llevaran los animales que reclamasen como suyos. Lee dijo: “Esto tendrá el mejor efecto posible sobre los soldados. Será muy gratificante y favorecerá mucho la reconciliación de nuestra gente”.<sup>[2]</sup> Luego Grant le presentó a sus oficiales, a los que Lee saludó formalmente. Se desconcertó al verse ante un hombre de tez oscura, al que aparentemente tomó por un negro. Se trataba en realidad del coronel Ely Parker, un indio norteamericano que era en aquel momento jefe de las Seis Naciones Civilizadas. Cuando el grupo comenzó a dispersarse, Lee pidió raciones para sus hombres y Grant, tras discutir las cantidades, accedió a enviar lo que hubiera disponible; se distribuyeron veinticinco mil raciones. La reunión fue cortés por ambas partes, aunque Lee había dicho anteriormente que hubiera preferido morir mil veces antes que reunirse con Grant para acordar la rendición. Tan pronto como Lee abandonó el salón, los miembros del estado mayor de Grant comenzaron a negociar con el señor McLean para llevarse algún recuerdo. George Custer pagó veinte dólares por la mesa en la que se sentó Lee; la mesa de Grant alcanzó los cuarenta. Para cuando la comitiva se hubo marchado, el salón se había quedado sin muebles.

Cuando Grant regresó al campamento, su estado mayor se agrupó en torno a él esperando que hablara de la rendición. En lugar de esto, Grant preguntó al general Rufus Ingalls: “¿Recuerda usted aquella vieja mula blanca que montaba fulano cuando estábamos en la ciudad de México?”. La vieja mula blanca continuó siendo por un rato el tema de la conversación. Grant no habló de la rendición sino hasta después de la

cena, y aun entonces no habló mucho. Anunció abruptamente su intención de partir para Washington al día siguiente. En la práctica, no lo hizo hasta un día más tarde. Entretanto, cabalgó hasta las filas confederadas, donde intercambió saludos con Lee y luego regresó a sentarse en la galería de la casa de McLean y recibir las visitas de viejos amigos del ejército confederado, incluyendo a Longstreet, que había estado en su boda, y Pickett, entre otros. Cuando, al mediodía, Grant salió a caballo para tomar el tren con destino a Washington, Lee partió hacia Richmond. Grant había prohibido toda manifestación de regocijo, y envió el siguiente mensaje a sus soldados: “La guerra terminó, los rebeldes son una vez más nuestros compatriotas y la mejor muestra de regocijo tras la victoria será abstenernos de toda demostración de este tipo en el campo”.

[3]

Mientras Lee cabalgaba hacia Richmond, Jefferson Davis, con su gabinete, viajaba hacia el sur, primero en tren, luego a caballo, escoltado por una tropa de caballería tennesiana. Primero se dirigió a Danville (Virginia), donde se enteró de la rendición de Lee, lo cual fue un duro golpe. Luego llegó hasta Greensboro y Charlotte, en Carolina del Norte, y después hasta Abbeville, en Carolina del Sur. Su huida duró treinta días y cubrió 640 kilómetros, culminando en Irwinville (Georgia), donde el 10 de mayo él y su esposa y lo que quedaba de su séquito fueron capturados por los hombres del primero de Wisconsin y el cuarto de caballería de Michigan. De modo irrespetuoso, pues él mantuvo su dignidad hasta el final, fue ridiculizado y abucheado por sus captores mientras lo llevaban hasta la fortaleza Monroe, donde pasó dos años encarcelado, y las primeras semanas encadenado. Lincoln, que llegó hasta Richmond en barco, se sentó en el despacho de Davis solo cuarenta horas después de que él lo abandonara.

Mientras tanto, otros soldados de caballería de la Unión registraban la campaña en busca de John Wilkes Booth. Booth, un actor de éxito pero fanático devoto de la causa confederada, había pasado gran parte de marzo y abril de 1865 planeando, junto a otros, un atentado contra el presidente Lincoln. Primero pensaron secuestrarlo y retenerlo como rehén para obtener concesiones, luego comprendieron que un intento de

secuestro fracasaría y optaron por el asesinato. Había media docena de conspiradores, en su mayoría inadaptados y marginados. Booth era con mucho el más impresionante de la pandilla, un actor de veintisiete años extraordinariamente apuesto que estaba ganando veinte mil dólares al año sobre las tablas.

La noche del 14 de abril, Viernes Santo de 1865, Booth entró al Ford's Theater, a seis manzanas de la Casa Blanca, donde representaban la conocida comedia *Nuestro primo americano*. Logró llegar hasta el palco de Lincoln, donde este y su esposa se encontraban sentados uno junto al otro y, sacando una pistola, le disparó al presidente en la parte posterior del cráneo. Luego gritó: "*Sic semper tyrannis*" (Así siempre a los tiranos), conocida frase latina que resultó ser la divisa de la Mancomunidad de Virginia; saltó cuatro metros hasta el escenario y se escabulló renqueando. Se había roto una pierna, pero, al tener un caballo amarrado cerca, logró escapar, y engañando luego a un centinela sobre el puente del Potomac huyó hacia la campiña virginiana. Se pasó los siguientes doce días de casa en casa, ayudado por simpatizantes de la Confederación, no todos los cuales sabían que él era el odiado asesino; hasta que el 26 de abril, mientras se refugiaba en un secadero de tabaco de la granja de una familia de apellido Garrett sobre el río Rappahannock, fue descubierto por soldados de caballería de la Unión que andaban en su busca. Booth los desafió a batirse a tiros con él, pero un oficial lanzó un torzal de heno encendido que prendió fuego a todo el edificio. Mientras Booth renqueaba de un lado a otro en su interior, uno de los soldados disparó desde afuera una bala que lo hirió de muerte.

Uno de los cómplices de Booth había intentado y casi logrado asesinar al secretario de estado Seward. El vicepresidente, Andrew Johnson, sobrevivió, porque al encargado de asesinarle le fallaron los nervios. Se estimó que siete millones de personas acordonaron el ferrocarril que transportó el cadáver de Lincoln, que había sido velado en la Casa Blanca, de regreso a Springfield para ser enterrado en Illinois. La muerte de Lincoln, llorada como una tragedia nacional y una especie de martirio, dejó al gobierno en un profundo desorden, con multitud de problemas sin resolver. Durante varios años en el Norte se había discutido mucho sobre

la Reconstrucción, o cómo habría que tratar al Sur una vez restaurada la Unión. La Reconstrucción no significaba, como podría suponer un oído moderno, la reconstrucción física de los estados arrasados por la guerra. Nadie pensó ni por asomo en un programa financiero para restaurar la vida económica del Sur, cosa que tampoco nadie hubiera apoyado. La Reconstrucción significó solo la reconstrucción de la Unión, un tema sobre el que los norteros tenían ideas muy diversas. Lincoln había querido empezar por indultar, una vez que hubiesen hecho un juramento de lealtad, a todos los sudistas, que de este modo conservarían el derecho a sus propiedades menos a los esclavos. Se exceptuaba a quienes hubiesen ostentado cargos en el gobierno confederado y a los militares de alto rango. Los gobiernos estatales habrían de ser reelegidos, y aquellos que hubiesen jurado lealtad tendrían derecho al voto, siempre y cuando constituyeran el diez por ciento del electorado de 1860, el de las últimas elecciones de antes de la guerra. Estas disposiciones fueron incorporadas en una convención de paz que los funcionarios del gobierno federal condenaron con razón, por ser poco menos que un tratado de paz. Jefferson Davis, por entonces refugiado en Goldsboro (Carolina del Norte), comprensiblemente, estaba más que dispuesto a aceptar aquellos términos, pero Washington los rechazó todos. No se había librado aquella guerra para que todo terminara en un reconocimiento virtual de la soberanía sureña.

Antes del final de la guerra se hicieron algunos experimentos restaurando gobiernos estatales, en los estados completamente ocupados por la Unión, tales como Louisiana y Arkansas. En algunos estados el sufragio se extendió a los negros, aunque con gran reticencia. Durante los años subsiguientes esta medida se revirtió en casi todas partes mediante la aprobación de los que dieron en llamarse “Códigos Negros”.

Los negros obtuvieron de la Reconstrucción mucho menos de lo que hubiera querido Lincoln, sobre todo en términos económicos. Entre los esclavos liberados había una avidez universal de tierras, para adquirir las cuales ellos casi nunca tenían dinero. Por otra parte, sus antiguos amos necesitaban su mano de obra para volver a cultivar sus granjas y plantaciones. La solución a este *impasse* resultó ser el sistema de aparcería,

mediante el cual los propietarios arrendaban las tierras a cambio de una parte de la cosecha. Como este sistema comprometía a crédito la cosecha del año siguiente, constituía un modo eficaz de encadenar al negro a una parcela determinada bajo un amo determinado, lo cual había sido casi el rasgo más odiado de la esclavitud en las plantaciones. Sin embargo, la opinión pública nortea nunca se preocupó realmente por el destino económico de los antiguos esclavos. Mucho más importante a los ojos de los reformadores norteaños era establecer sus derechos electorales. Los republicanos norteaños, la facción que dominaba abrumadoramente las regiones ocupadas, quisieron asegurarse de que se permitiría a los negros votar, aunque en sus propios estados no mostraban ningún entusiasmo por la admisión de los negros en el proceso electoral. En el Sur, impedir que los negros ejercieran un poder electoral decisivo, o incluso cualquier tipo de poder, se convirtió en un propósito que unificó a casi todos los sureños blancos.

Andrew Johnson, el sucesor de Lincoln como presidente, era un sureño que apenas se molestaba en disimular su simpatía por los vencidos. Su insistencia en tratar de librar a los suyos de las consecuencias de la rebelión provocó entre 1866 y 1868 una crisis política casi tan grande como la que había conducido a la rebelión en 1861. El presidente y el Congreso estaban en pugna. El Congreso, aun sin ser en absoluto tan benévolo como afirmaban sus miembros más radicales, básicamente desaprobaba la resistencia sureña a la Reconstrucción y los esfuerzos del presidente por apoyar aquella resistencia. La prueba más importante del reformismo del Congreso fue su promulgación de la Decimocuarta Enmienda a la Constitución en 1866. En la práctica fue una declaración de derechos, que garantizaba la igualdad política y legal de los nuevos ciudadanos negros. Johnson exhortó a los estados sureños a no ratificarla, lo cual era un requisito para que se convirtiese en ley, y estos cumplieron su deseo. Sin embargo, esto no fue más que una medida dilatoria. La enmienda fue ratificada más tarde y se convirtió en ley. Pero la oposición del presidente indignó tanto al Congreso que en marzo de 1867 aprobó una Ley de Reconstrucción que imponía por decreto al Sur su versión deseada de un acuerdo de posguerra. Diez antiguos estados confederados

(Tennessee, que siempre fuertemente unionista, había sido readmitido en la Unión en 1866) fueron agrupados en cinco distritos militares cada uno con un gobernador militar con amplios poderes. Una vez restablecidas la ley y el orden, los estados debían organizar convenciones para enmendar las constituciones estatales de acuerdo con la Constitución de Estados Unidos, incluyendo la incorporación de la Decimocuarta Enmienda. Una vez completadas estas etapas, el estado podía ser readmitido en la Unión y tener representación en el Congreso federal. Ante la perspectiva de un proceso que amenazaba con que los negros intervendrían en la política estatal, la mayoría de los estados sureños se mostraron dispuestos a permanecer con sus gobiernos provisionales, que fueron creados apresuradamente tras la rendición y que eran de hecho una continuación del régimen confederado. En consecuencia, el Congreso tuvo que hacer valer su voluntad a través de los gobernadores militares. Esta fue acatada a regañadientes, y entre 1868 y 1870 los diez antiguos estados confederados que permanecían fuera de la Unión fueron readmitidos. En 1869, para confirmar el progreso logrado, el Congreso aprobó la Decimoquinta Enmienda, que en términos breves pero nada ambiguos afirmaba que los derechos de los ciudadanos no habrían de estar limitados por “raza, color o anterior estado de servidumbre”. A menos de cinco años del final de la guerra, parecía que todos los objetivos por los que se había peleado, además de la restauración de la Unión, habían sido alcanzados.

Sin embargo, no era ese el caso. El Sur había sido vencido, pero no había cambiado en lo fundamental. La aversión a los negros era un sentimiento universal y el regionalismo estatal era más fuerte que la lealtad a la unión. Casi ninguno de los antiguos estados confederados se hallaba gobernado por hombres que aceptaran el deseo del Congreso de que reinara la igualdad y primaran las leyes. Ingeniosas mentes políticas, de las que tanto abundaban en el Sur, pronto encontraron modos de preservar la supremacía blanca y anular los derechos de los negros sin transgredir formalmente el dictado del Congreso. Esta secesión informal persistió durante un siglo, y creó una sociedad rígidamente segregada, hasta el auge del movimiento a favor de los derechos civiles en la década de 1950.

En un inicio la Guerra fue un conflicto único, por cuanto los combatientes procuraban causarse el mayor daño posible con un mero entrenamiento de manual. Lo más asombroso era que pudiesen funcionar. De hecho, apenas podían; los primeros enfrentamientos de esta guerra justificaron el desdén de los observadores europeos, quienes los veían como conflictos entre turbas armadas. Lo que les daba sentido era la determinación de los hombres en sus filas por convertirse en soldados a pura fuerza de voluntad. El proceso fue lento y laborioso. Todavía en Gettysburg había pocos regimientos en cada bando que supieran combatir eficazmente. La actuación del 20º de Maine en Little Round Top, aunque cambió de posición bajo fuego enemigo, se debió al liderazgo dinámico y a la fortaleza de carácter de su comandante, Joshua Chamberlain; pero había pocos Chamberlains. Y su número disminuía aún más con los sobrecogedores saldos de bajas, sobre todo entre oficiales, que tenían siempre las batallas. Los ejércitos de la Guerra de Secesión se destruían casi con la misma rapidez con que se formaban. El séptimo de artillería pesada de Nueva York, uno de los varios regimientos de artillería pesada reconvertidos en infantería tras las devastadoras pérdidas del Ejército del Potomac durante la Campaña Terrestre, tuvo 291 bajas fatales y quinientos heridos en sus últimas etapas. Tan alto era el índice de muertos y heridos, que cabe preguntarse cómo hacía el soldado de la Guerra de Secesión para mantener el valor, suprimir el miedo y volver a combatir. James McPherson, el principal historiador contemporáneo de la Guerra de Secesión, ha dedicado a este tema uno de sus estudios sobre la guerra. En *For Cause and Comrades* [Por la causa y los camaradas] (1997), McPherson divide la cuestión en tres preguntas: ¿Qué impelía a un soldado a alistarse? ¿Qué lo motivaba a luchar? ¿En qué se sustentaba su firmeza? La primera pregunta es la más sencilla de responder. A los voluntarios norteamericanos de 1861 y 1862 los movía su indignación ante el ataque del Sur contra la integridad de la república, y la mayoría conservó esta motivación durante todo el tiempo que duró su servicio, aunque socavada por la fatiga de los combates y la nostalgia del hogar al prolongarse la guerra. Un porcentaje impresionantemente alto de los

primeros voluntarios luchó durante toda la guerra si no fueron heridos o capturados. Estas emociones eran compensadas por aquello que el profesor McPherson identifica como los sentimientos de “deber, honor, patria”, muy similares a aquellos que los movían a alistarse en primer lugar. Esta motivación se veía reforzada por la comprensión de que, habiendo llegado hasta aquel punto, su sacrificio quedaría anulado si desistían antes de que la guerra estuviese decidida. No obstante, la persistencia estaba constantemente puesta a prueba por las crudas realidades del combate cuando sobrevenía la tensión de la batalla. Los hombres en las filas entonces vencían su miedo llevados por el miedo aún mayor de ser considerados cobardes. En las cartas enviadas a sus hogares casi todos los soldados intentaban explicar cómo soportaban el terror de enfrentarse al enemigo y por qué no escapaban, haciendo énfasis en el horror de ser tenidos por cobardes, sobre todo por los camaradas que conocían a sus familias. Es muy exacto que para el soldado de la Guerra de Secesión, como para la mayoría de los soldados de la mayoría de las guerras, el mayor miedo era el miedo mismo. El miedo primordial era completamente racional, puesto que el riesgo de morir o resultar herido en combate era muy alto. Uno de cada diez soldados de la Unión resultó herido, uno de cada sesenta y cinco pereció en combate, y uno de cada trece murió de enfermedad. Las cifras confederadas eran similares, pero no tan altas como las de la Unión, dado el menor número de soldados blancos del Sur. En tanto la guerra se prolongara con semejante ritmo de bajas, la victoria nortea estaba garantizada. Pero el efecto de las pérdidas militares y los reveses ocasionales fue en detrimento de esta certeza.

La guerra había infligido en total más de un millón de bajas, de las que doscientas mil habían sido por muerte en combate. Este total supera al de las víctimas estadounidenses de la Segunda Guerra Mundial y solo puede compararse con las pérdidas europeas de la Primera Guerra Mundial y las de Rusia en la Segunda. En muchos aspectos la Guerra de Secesión fue y sigue siendo la Gran Guerra de Estados Unidos, por cómo se la conmemora en todo el país en tantas ciudades y cementerios de guerra y su presencia subjetiva y colectiva en la conciencia estadounidense. Así como, incluso a inicios del siglo XXI, la mayoría de los europeos, y

ciertamente la mayoría de los británicos, conocen y recuerdan la identidad de sus parientes muertos en el Somme o en Passchendaele, los estadounidenses actuales recuerdan a sus ancestros que murieron en Gettysburg o Cold Harbor. Los vínculos siguen siendo sorprendentemente cercanos. Una vecina estadounidense, casada con un inglés, nunca deja de sorprenderme recordándome que sus dos abuelos pelearon en el ejército confederado, uno de ellos en Gettysburg. Pero hay una diferencia entre la Guerra de Secesión y la Primera Guerra Mundial. De esta última siempre se habla en Europa con remordimiento. Es la tragedia del Continente, la causa de muchos de sus problemas enquistados, la guerra sin justificación ni sentido. La Guerra de Secesión no generó tales remordimientos; se la recuerda como la lucha que completó la Revolución e hizo posible la realización de los ideales en que los Padres Fundadores sustentaron la república en la década de 1770. El recuerdo de la guerra, el saldo terrible de sus más mortíferas batallas, naturalmente, provoca escalofríos. Pero también llena de orgullo, por el sacrificio que una generación anterior estuvo dispuesta a hacer en aras de unos ideales que Estados Unidos en la actualidad considera fundamentales: la igualdad, la libertad humana, los derechos del individuo ante la ley. Esta reacción es más natural en los norteamericanos que en los sureños. Pero también los sureños han encontrado formas, coherentes con los valores estadounidenses, de honrar a su generación de la Guerra de Secesión, su valentía y su patriotismo, que de algún modo opacan el compromiso de la Confederación con la preservación de la esclavitud.

Ahora las causas de la guerra son, de hecho, sus ingredientes menos recordados. Lo que persiste son los valores y cualidades que animaron a aquellos que pelearon en ella; y, como sucede con tantas otras guerras fundamentales para la vida nacional de los países en que se libraron, la emoción y el romanticismo de los sucesos de la guerra, vistos como un drama histórico. Recordada de este modo, la Guerra de Secesión tiene mucho con qué alimentar la imaginación. Las guerras suelen perder, por mecanismos obvios, todo su horror para la imaginación retrospectiva. Los sufrimientos de quienes recibieron heridas de guerra se olvidan fácilmente, sepultados bajo la supuesta sensación de los ataques y

contraataques. Este parece ser el caso de la Guerra de Secesión, acaso por haber sido idealizada incluso en vida de sus supervivientes. La carga de Pickett en Gettysburg fue representada *in situ* por un contingente de encanecidos excombatientes durante una convención de veteranos, tanto del Norte como del Sur, celebrada en 1913. Aquel encuentro transcurrió sin mediar recriminación alguna. La ausencia de recriminaciones caracterizó también la literatura sobre la guerra que surgió inmediatamente después de que esta terminase, y que nunca ha cesado.

La primera tarea era contar la historia de la guerra, una empresa enorme en sí misma. Pero pronto esta narración se vio superada por la necesidad de interpretar lo ocurrido. ¿Para qué se había librado aquella guerra? Los sureños, desde un inicio hasta nuestros días, no han tenido dificultades en explicar que lucharon por los derechos de los estados; para los nortños, la lucha fue para preservar la unión y suprimir la rebelión; sin embargo, no se podía olvidar que en opinión de Lincoln la guerra “en cierto sentido tenía que ver con la esclavitud”, un punto que fue cobrando fuerza cuanto más se expresaba. A la larga, salvo en el Sur, la interpretación dominante llegó a ser que el objetivo de la guerra había sido abolir la esclavitud. Paralelamente al debate sobre las causas, surgió otra línea de interpretación: ¿cómo había sido la guerra, en cuanto experiencia humana? A medida que la guerra se alejaba en la memoria y aquellos que habían peleado en ella llegaban al final de sus vidas, la naturaleza de la guerra se fue convirtiendo en un tema de supremo interés y la urgencia por recrear sus realidades llegó a poseer a los autores de las grandes historias populares de la guerra que surgieron al aproximarse su centenario.

Los escritores estadounidenses naturalmente tendían a argumentar que aquella guerra era distinta a cualquier otra gran guerra de la historia. Tenían dos razones para ello. La Guerra de Secesión fue y sigue siendo la única guerra a gran escala librada entre ciudadanos del mismo estado democrático. Fue, por tanto, la más importante guerra ideológica de la historia. Y esta cualidad otorgó una peculiar fascinación al relato de sus batallas. Ambos bandos en Gettysburg creían en la justicia de su causa y esto los llevó a pelear con una determinación aún mayor. Una causa

poderosa, en el sentido de aportar una razón para combatir, se hacía necesaria debido al extremo peligro de los campos de batalla de la Guerra de Secesión, donde las formaciones cerradas, enfrentadas a corta distancia, estaban sometidas a un tiroteo de una intensidad nunca antes vista en contienda alguna. La Guerra de Secesión fue en grado superlativo una guerra de batallas: frecuentes, sangrientas, mas no decisivas. Desde un inicio ambos bandos esperaron y fueron en busca de una gran batalla que decidiera el desenlace y pusiera fin a los combates. Esta batalla nunca se produjo, ni siquiera al aproximarse el final. Los ciclos de batalla continuaron su curso incluso a la vista de Appomattox, donde la guerra terminó con una rendición.

Pero aunque el peligro y la realidad de las batallas determinaron el carácter de la guerra, en última instancia lo que prolongó la lucha no fue la oposición del enemigo en orden de batalla. Hubo otro elemento de resistencia que fue necesario vencer y que nunca pudo ser descartado: la geografía militar. Esta constituyó el aliado más formidable del Sur y el adversario más denodado del Norte. Una y otra vez, en casi todos los testimonios del desarrollo de las campañas, los obstáculos que más lastraron a los ejércitos del Norte en su empeño por alcanzar la victoria fueron el terreno y el entorno, las enormes distancias, la multiplicidad de vías fluviales, la ubicuidad e impenetrabilidad de los bosques, el gradiente y el contorno de las cadenas montañosas. En un sentido literal, el Norte estaba batallando contra el propio país en su esfuerzo por derrotar al Sur. Independientemente de lo que aprenda el estudiante de la Guerra de Secesión, los rasgos de la geografía americana quedarán impresos en su mente. Es eso lo que otorga a esta guerra su perdurable fascinación. Todos los que combatieron en ella están muertos ya. Las causas por las que se luchó ya han sido establecidas, pero los rasgos determinantes de los escenarios de la acción continúan presentes, tan dominantes e impresionantes como siempre. Mientras fluya el Mississippi y se extiendan los grandes bosques norteamericanos, la Guerra de Secesión estará entre nosotros y jamás será olvidada.

## EL LEGADO DE LA GUERRA DE SECESIÓN

La Guerra de Secesión dejó un legado fragmentario, tanto dentro como fuera de Estados Unidos. En Europa, y sobre todo entre los soldados europeos, la importancia militar de esta guerra, pese a ser la mayor y más costosa del siglo XIX, fue generalmente ignorada. Europa tenía su propia disputa decimonónica sobre el valor de los ejércitos de voluntarios. Los profesionales, por razones tanto militares como políticas, reprobaban la formación y dependencia de los ejércitos de voluntarios, por el peligro que suponía para el orden establecido el armar a las masas. Esta actitud fue especialmente marcada en Prusia, la primera potencia militar de Europa, debido a que los oficiales prusianos, quienes afectaban un estilo aristocrático no siempre fundado en su realidad social, temían que un ejército del pueblo pudiera ser también un ejército democrático, en una época en que la democracia era considerada una amenaza contra la supremacía del rey y la propiedad. Curiosamente, esos mismos oficiales no se oponían a los ejércitos de reclutas salidos de las masas populares, siempre y cuando el reclutamiento se efectuase principalmente en el campo, y el mando y jefatura permaneciesen firmemente en manos de la clase de oficiales terratenientes. En consecuencia, los ejércitos alemanes y franceses se negaron a concederle valor al estudio de las campañas, el desempeño de los generales o la movilización de los recursos nacionales de la Guerra de Secesión. Los británicos, que no compartían el criterio europeo sobre la práctica del reclutamiento, sino que conservaban un pequeño ejército de voluntarios con un cuerpo de oficiales de base clasista, mostraron más interés, y un militar de carrera británico, el coronel G. R. S. Henderson, escribió la primera biografía objetiva de Stonewall Jackson. En una generación posterior, el militar radical británico Basil Liddell Hart escribiría páginas igualmente influyentes sobre Grant y Sherman.

En Estados Unidos, naturalmente, el legado de la Guerra de Secesión fue mucho más fuerte e inmediato. Varios líderes de la guerra continuaron su carrera militar en las campañas contra los indios en las Grandes Llanuras en las décadas de 1860 y 1870, especialmente Sherman y Custer. Mucho

de lo que el Departamento del Ejército había aprendido entre 1861 y 1865 fue incorporado a sus políticas y procedimientos. La ingente movilización de Estados Unidos para la Primera Guerra Mundial entre 1917 y 1918, que produjo un ejército de cinco millones en menos de un año, debió mucho a lo aprendido entre 1861 y 1865, y la tarea de asegurar su armamento condujo a la creación del Universidad Industrial de las Fuerzas Armadas después de la Primera Guerra Mundial. De otros modos menos previsibles, el legado de la Guerra de Secesión resultó sorprendentemente limitado. La Gran Guerra de 1914 a 1918 inspiró, o al menos motivó, un extraordinario movimiento literario en Inglaterra, que en ciertos aspectos perdura hasta la actualidad, y que no tuvo su equivalente en Estados Unidos. La Guerra de Secesión no dejó homólogos de Robert Graves, Siegfried Sassoon o Wilfred Owen. Muchos veteranos escribieron sus memorias de guerra, pero por lo general estas fueron más diarios de campaña o recuerdos de batallas que logros literarios. Como ha señalado Paul Fussell, el defensor estadounidense de la literatura inglesa de la Primera Guerra Mundial, aquel brillante florecimiento literario fue el producto de las terribles pérdidas humanas y los sufrimientos de una clase sumamente culta de oficiales, salida de las escuelas públicas y las antiguas universidades, donde los jóvenes habían entrado en contacto con la literatura grecolatina y la lírica romántica de los grandes poetas ingleses. En el siglo XIX Norteamérica no tenía una tradición ni una clase literaria semejantes. La Norteamérica de la Guerra de Secesión era un país letrado, el más letrado del mundo, pero no literario. Así pues, los norteamericanos no fueron propensos a escribir sobre su experiencia de la guerra en términos poéticos o de exploración psicológica, y no había ninguna escuela de realismo literario que guiase a los escritores de la Guerra de Secesión por el correcto sendero emocional y psicológico para poder producir un relato explícitamente imaginativo de la guerra. Edmund Wilson, el gran crítico literario estadounidense, alude a este estado de cosas en su ensayo sobre John de Forest en *Patriotic Gore* [Sangre patriótica], su análisis de la literatura de la Guerra de Secesión. De Forest fue un hombre que pudo viajar por su cuenta a Europa y Oriente Medio antes de 1861. Regresó a Estados Unidos justamente debido a la

guerra y reunió una compañía de infantería en su ciudad natal, New Haven (Connecticut). De Forest pasó cuarenta y seis días bajo el fuego enemigo y, por tanto, cuando escribió sus memorias de la guerra, sabía lo que describía. En 1867 publicó *Miss Ravenel's Conversion from Secession to Loyalty* [La conversión de la señorita Ravenel del secesionismo al unionismo], que contenía impresionantes pasajes de descripciones de batallas. Edmund Wilson reconoció en De Forest lo que llamó “el nacimiento del realismo” en la literatura norteamericana.

El clamor inusualmente horrible y la naturaleza polifacética del peligro tenían un efecto evidente en los soldados, pese a estar acostumbrados a las escenas de los combates ordinarios. Rostros sombríos se volvían en todas direcciones, con súbitas expresiones de alarma, mirando en torno hacia todas partes y hacia delante buscando la destrucción. Pálidos rezagados que se habían separado de la brigada de vanguardia deambulaban junto al décimo, saltando de tronco en tronco para ponerse instintivamente a cubierto, aunque se veía que el bosque no era una protección sino un peligro adicional. Todo regimiento tiene sus dos o tres cobardes, o quizá su media docena, criaturas de corazón débil a los que nada induce a combatir y que jamás combaten. Un abyecto sabueso, un cabo que ostentaba en el brazo sus deshonoradas franjas, llegó mirando con una espectral expresión de horror por encima del hombro, el rostro sin color, los ojos desorbitados y el mentón temblando. Colburne lo maldijo por cobarde, lo golpeó con el dorso de su sable y lo arrastró hasta las filas de su propio regimiento; pero la mísera criatura estaba demasiado amedrentada por el gran horror de la muerte y no dio muestras de resentimiento o siquiera de coraje ante aquel vejamen; tan solo miraba hacia delante con expresión idiota y los carrillos extendidos, después se volvió con una sacudida nerviosa como la de una bestia asustada y corrió hacia la retaguardia.<sup>[4]</sup>

Más tarde De Forest escribió: “No me atreví a exponer el extremo horror de los combates y la angustia con que los soldados más valientes se

enfrentaban a él”.

Pese a este retraimiento, De Forest indudablemente logró plasmar el extremo horror de los combates, particularmente de los combates de la Guerra de Secesión, pues él fue una de las fuentes empleadas por Stephen Crane para escribir *La roja insignia del valor*. Como este gran libro apareció en la década de 1890, Crane siempre ha sido considerado el supremo escritor de ficción de la Guerra de Secesión. Lo que resulta aún más notable es que Crane, quien, como es sabido, tenía veintitantos años cuando apareció *La roja insignia*, no solo no combatió en la guerra, sino que jamás fue soldado ni sabía nada de combates salvo por sus lecturas. Él mismo admitió haber basado su descripción de las emociones del combate en la de los partidos de fútbol en Yale. Sin embargo, uno de sus profesores había peleado en el mismo regimiento que De Forest y pudo haberle contado sus recuerdos de la guerra a Crane. Cualesquiera hayan sido las fuentes de Crane, y dado que las de Whitman fueron los soldados heridos, puede decirse que, increíblemente, los dos mayores escritores de la guerra no participaron en ella y solo tuvieron un contacto indirecto y distante con su realidad.

Sean cuales sean las causas de la ausencia de un legado literario de la Guerra de Secesión por parte de sus veteranos, hubo, no obstante, testimonios vívidos e imaginativos en las memorias de sus supervivientes. Varios cientos de miles de jóvenes estadounidenses habían experimentado el miedo y la exultación de las batallas entre 1861 y 1865; decenas de miles quedaron marcados para toda la vida por la guerra, con cicatrices y extremidades perdidas. La muerte en 1914 de Joshua Chamberlain, el héroe de Little Round Top en Gettysburg, se produjo por el efecto de una herida de bala recibida en Petersburg cincuenta años antes. Pero además de las marcas físicas estaban las cicatrices internas que penetraron en la psique estadounidense. La mayoría de los soldados de la Guerra de Secesión, del Norte y del Sur, prestaron servicio como combatientes, usualmente en la infantería, y por tanto la mayor parte participó en los combates. En consecuencia, cientos de miles de norteamericanos de las décadas de 1870 y 1880, la “Edad Dorada”, habían visto de primera mano los horrores, los cuerpos desmembrados, las decapitaciones, las hileras de

cadáveres en las calzadas o las trincheras, tan apretados que resultaba inevitable pisarlos. Estaban los horrores que asaltaban los demás sentidos, las salpicaduras de sangre o de sesos de un soldado vecino en las filas, y el olor nauseabundo, tantas veces testimoniado, de los cuerpos en descomposición. Los campos de batalla hedían, no solo a restos humanos, sino a los restos de los caballos y mulos muertos, frecuentes víctimas de la guerra en una época anterior al motor de combustión interna. Y el horror no solo de los olores, sino de los gritos y gemidos de los heridos que a menudo yacían abandonados a su suerte durante días tras haber concluido la batalla. Estas sensaciones terribles habitaron las mentes de los norteamericanos de toda una generación de posguerra en el Norte y en el Sur, que las llevó consigo hasta las granjas y las calles de la vida civil una vez acallados los fusiles. Estas espantosas sensaciones, que ningún esfuerzo consciente podría borrar, persistieron y se encontraron hasta regresar espontáneamente en forma de pesadillas o terrores diurnos, durante años. Esta dimensión de la guerra nunca fue conmemorada. Walt Whitman escribió: “Nunca pusimos la guerra en los libros”. Acaso hubiera podido escribir mejor “la verdadera memoria de la guerra”. En Gran Bretaña, después de la Primera Guerra Mundial, la verdadera memoria fue dolorosamente revivida por veteranos que, ayudados por las nuevas tendencias de la psicología descubiertas por Freud y sus seguidores, habían persuadido a su generación de enfrentar sus peores y más dañinos recuerdos a fin de poder tal vez sobreponerse a ellos. No hubo una catarsis semejante después de 1865.

En el Día del Armisticio en Gran Bretaña, que tiene lugar todos los años el domingo más cercano al 11 de noviembre, se invita a los compatriotas de los muertos a un acto de conmemoración. El Sur no llegó a un consenso sobre qué día dedicar a los caídos, así que durante años se les honró en tres días diferentes. Aunque a la larga los estados nortños accedieron a conmemorar anualmente la guerra el 30 de mayo, llamado Memorial Day, nunca alcanzó el estatus de un gesto de reconciliación nacional, como lo fue el Remembrance Day en Gran Bretaña después de la Primera Guerra Mundial.

El más importante monumento literario de la guerra fueron las

*Memorias personales de U. S. Grant.* Tras retirarse de la presidencia en 1887, Grant fue víctima de una estafa que lo dejó sin dinero. Para mantener a su familia, dedicó su último año a escribir. Simultáneamente le diagnosticaron un cáncer en la garganta, pero en un acto de suprema determinación, que era el rasgo distintivo de su carácter, terminó el libro una semana antes de morir. Vendió trescientos mil ejemplares en el primer año de su publicación y rescató a su familia de la penuria. Finalizaba con estas palabras: “Siento que estamos en vísperas de una nueva era, en la que habrá una gran armonía entre federales y confederados. No podré ser testigo viviente de la exactitud de esta profecía, pero siento en mi interior que así será”. La armonía se ha materializado, pero la memoria del gran conflicto permanece.

Según el cómputo corriente, en Estados Unidos se libraron alrededor de diez mil batallas, grandes y pequeñas, entre 1861 y 1865. Esta enorme cantidad de batallas, siete por cada día que duró la guerra, aporta la clave de la naturaleza del conflicto. Los norteamericanos pelearon con semejante frecuencia durante la Guerra de Secesión porque no encontraron otra manera de llevarla a cabo. La guerra económica, exceptuando el bloqueo, no era una opción. Atacar a la población civil tampoco lo era, puesto que el carácter profundamente cristiano de la sociedad decimonónica norteamericana impedía esta atrocidad. De hecho, desde el comienzo, los dos comandantes nortños más prominentes, Winfield Scott y George McClellan, expresaron su aversión ética a convertir a los civiles en blanco de los ataques, o incluso a infligirles penalidades. Grant y Sherman cambiarían esto, cuando comenzaron a destruir las propiedades y los medios de vida en sus campañas en el Oeste. Pero su guerra contra la población no comenzó hasta 1863 y solo se llevó a cabo deliberadamente a partir de 1864. La guerra económica no resultó factible hasta que el Norte logró penetrar la corteza del Sur y encontrar fábricas y molinos que destruir. El Sur no fue capaz de devolvérselo, salvo ocasionalmente durante sus dos invasiones del territorio nortño, porque los centros fabriles y económicos de la Unión se hallaban demasiado distantes de sus fronteras como para ser alcanzados. Por otra parte, el valor de capturar o dañar objetivos

económicos resultaba dudoso, puesto que la toma de 1862 de Nueva Orleans, la mayor ciudad del Sur y su principal punto de salida al mundo exterior, no tuvo ningún efecto apreciable sobre su capacidad bélica. La toma de Augusta (Georgia), el centro de fabricación de pólvora del Sur, hubiera sido una catástrofe para la Confederación, pero su lejanía la resguardó del peligro hasta el final de la guerra.

En ausencia de objetivos económicos, fue inevitable que el ejército del enemigo constituyese el blanco principal de las operaciones militares. Resulta interesante cómo Lincoln, siendo completamente lego en cuanto a ciencia militar, comprendió rápidamente que en el norte de Virginia el principal objetivo del Ejército del Potomac debía ser el ejército de Lee, y no Richmond, la capital enemiga. Lee no tenía realmente otra alternativa: por atractiva que fuese la idea de atacar Baltimore o Filadelfia, el objetivo de una de sus incursiones en el Norte, ambas estaban demasiado lejos de su línea de partida como para que resultase viable.

La belicosidad de los ejércitos de la Guerra de Secesión hizo pensar que la guerra terminaría con un resultado concluyente más pronto de lo que en realidad lo hizo. Sin embargo, extrañamente, las batallas de la Guerra de Secesión, aun siendo feroces, resultaban poco concluyentes. Esto no se debía a la tibieza de los soldados. Por el contrario, estos combatían con una intensidad espeluznante. Lo que frustraba el resultado de sus esfuerzos era la proliferación de los atrincheramientos, levantados en el campo de batalla a gran velocidad ante las narices del enemigo. Aparecieron por primera vez en 1862, y ya en 1863 los atrincheramientos improvisados eran una respuesta automática al fuego enemigo, y muy efectiva. Pero los atrincheramientos tendían a generar un *impasse*. En 1864 los atrincheramientos habían impuesto un *impasse* universal, un verdadero estado de sitio, paradójicamente combinado con un enorme saldo de bajas, que anticipaba el *impasse* de la Primera Guerra Mundial. Al igual que entre 1914 y 1918, la combinación de inmovilidad y grandes pérdidas podía resolverse mediante refuerzos, cosa en la que el Norte en 1864 superaba ampliamente al Sur, al menos en cuanto a la disponibilidad de los mismos. Con respecto a la administración de los refuerzos, el Norte nunca dio con el método acertado; dejaba que el número de hombres de

sus regimientos descendiera hasta volverlos inefectivos y luego reunía nuevos regimientos para preservar el número total de sus fuerzas. No era un sistema eficiente, ya que no preservaba la cohesión y el espíritu de contingente de las unidades más experimentadas y exitosas. Unidad por unidad, y tal vez hombre por hombre, el ejército confederado superaba en calidad al de la Unión, de modo que la Unión solo triunfó al final gracias a su mayor número de soldados y a su mayor riqueza de recursos.

La superioridad numérica y los mayores recursos del Norte garantizaron su victoria en la mayor parte de las batallas de la guerra, al menos las batallas que contaban. La frecuencia e intensidad de los combates determinaron el carácter de la contienda. Asimismo los combates determinaron el desenlace de la guerra. Estados Unidos antes de 1861 era un país, no un estado. La política estadounidense incidía demasiado poco en sus ciudadanos para conferir un sentido de objetivo común o de pertenencia. Como a menudo se dice, el único contacto con el estado que experimentaban la mayoría de los norteamericanos antes de la guerra era una visita a la oficina de correos. La Guerra de Secesión transformó esta situación. No había forma más gráfica de percibir el poder del estado que pararse en la línea de batalla, un acto voluntario de consecuencias imprevistas. Los hombres que realizaron este acto y sobrevivieron a sus consecuencias se transformaron como ciudadanos. Aquello revolucionó su comprensión del “deber” y del “sacrificio”. Los hombres que arrojaron, hombro con hombro, las andanadas del enemigo no pudieron ser en lo sucesivo ciudadanos tibios o pasivos. Se convirtieron en pilares de la república y en pilares de sus comunidades. A menudo se pasa por alto que cientos de miles de estadounidenses de la Edad Dorada habían sido tocados y curtidos por aquel fuego. Antes de la guerra Estados Unidos había sido una sociedad gentil. Después de la guerra, Estados Unidos ya era no solo una sociedad sino una nación, que la Guerra de Secesión había curtido para marchar al encuentro de la grandeza.

Puede que la experiencia, tan ampliamente difundida, de los combates haya tenido otro efecto sobre la Norteamérica de la posguerra. Los historiadores norteamericanos han hecho grandes y prolongados esfuerzos por explicar por qué solo Estados Unidos, entre todos los

grandes países industrializados, no produjo un movimiento socialista interno. Dio origen a poderosos sindicatos, como la Federación Americana del Trabajo (AFL, según sus siglas inglesas), y su grupo escindido, el Congreso de Organizaciones Industriales (CIO, según sus siglas inglesas), pero ninguno adoptó una ideología socialista como hicieron sus homólogos europeos. No fue porque los ideólogos no lo intentaran. Karl Marx, quien era desde lejos un apasionado estudioso de la Guerra de Secesión, creía y argumentaba que esta inauguraría un nuevo orden social. En enero de 1865, escribió: “Los trabajadores de Europa sienten que, así como la Guerra de Independencia Norteamericana inició una nueva era de supremacía de la clase media, la guerra norteamericana contra la esclavitud hará lo mismo por las clases trabajadoras. Ellos consideran una prenda de la época venidera que haya recaído en Abraham Lincoln, un hijo inquebrantable de la clase trabajadora, esta lucha sin par por la liberación de una raza encadenada y por la reconstrucción de una paz social”.<sup>[5]</sup> Lincoln ya había rechazado con estridencia la visión del futuro de Marx en palabras que compendiaban el sueño americano y anticipaban buena parte del intento de los historiadores estadounidenses por explicar por qué el socialismo no arraigó en su país. En 1864, escribió: “Nadie está más hondamente interesado en oponerse a la actual rebelión que el pueblo trabajador”. Luego, haciendo alusión a los disturbios a raíz de los reclutamientos en Nueva York en 1863, continuaba diciendo: “Nunca debería suceder así. El más fuerte lazo de simpatía humana, fuera de la familia, debería ser el que une a los trabajadores de todas las naciones, de todas las lenguas y de todas las clases. Tampoco debiera ser esta una guerra contra la propiedad: la propiedad es deseable, es un bien indudable de este mundo. Que algunos sean ricos demuestra que otros pueden llegar a serlo y constituye por tanto un justo aliento para la empresa y la industria. Quien no tiene casa, que no derribe la casa de otro; que trabaje con afán y se construya una para sí, garantizando con su ejemplo que la suya, una vez construida, estará a salvo de la violencia”.<sup>[6]</sup> En esas tres últimas frases, Lincoln expuso la idea del esfuerzo individual en que se sustentó la prosperidad del ocaso victoriano y del siglo XX norteamericano. Era una idea

perfectamente aceptable para los intelectuales de la época en Europa, pero también en Estados Unidos, quienes habían decidido dar su respaldo al estado y a la actividad colectiva, y muchos de los cuales se inspiraron en la ideología de la izquierda en todas sus variantes. Karl Marx, quien captó la imaginación de tantos izquierdistas, argüía que la clase trabajadora debía reorganizarse para poder avanzar y tomar por medios militares los recursos necesarios. En el *Manifiesto comunista* exhortó a la clase trabajadora a “formar ejércitos industriales”. La clase trabajadora estadounidense, aunque se sindicalizó con entusiasmo, se resistió sistemáticamente a la llamada de la revolución. Los intelectuales estadounidenses se esforzaron durante generaciones por comprender la antipatía del trabajador estadounidense hacia los cambios radicales y violentos. El trabajador estadounidense, de haber podido articular sus sentimientos, acaso hubiera dicho que la primera revolución de su país, para él la Guerra de Independencia, había cumplido muchas de sus aspiraciones al fundar una república, y que la segunda revolución, que fue la Guerra de Secesión, había completado a la primera. No tenía ningún deseo de formar ejércitos industriales, pues ya cientos de miles de trabajadores habían militado y combatido en ejércitos de verdad, y aprendido por experiencia que los ejércitos acarrear penalidades y sufrimiento. Haber experimentado una sola vez la vida en el ejército era suficiente para toda una vida, y no solo para una vida individual sino también para la de toda la nación. El socialismo estadounidense nació muerto en los campos de batalla de Shiloh y Gettysburg.

---

[1](#) James M. McPherson, ob. cit., p. 849.

---

[2](#) *Ibíd.*

---

[3](#) *Ibíd.* p. 850

---

[4](#) Citado en Edmund Wilson, *Patriotic Gore*, Nueva York, 1994, p. 685.

---

[5](#) Saul R. Padover, *Karl Marx on America and the Civil War*, Nueva York, 1972.

---

[6](#) *Ibíd.*

## AGRADECIMIENTOS

*M*i primera deuda de gratitud le corresponde a Bill Coolidge. Fue su filantrópica iniciativa lo que nos llevó, a mí y a muchos otros hombres y mujeres de Balliol, a conocer Estados Unidos. En 1957, como becario de Coolidge, hice un recorrido por el país, fundamentalmente para visitar algunos de los más importantes campos de batalla de la Guerra de Secesión.

Doce años antes de emprender aquel viaje, cientos de miles de norteamericanos regresaban del conflicto más terrible del siglo XX. Sus no tan lejanos parientes federales y confederados debieron de experimentar las mismas emociones al reunirse con sus familias, tras sobrevivir a la que sigue siendo hasta hoy la guerra más costosa de Estados Unidos.

Así que es natural que mi segunda deuda de gratitud le corresponda al pueblo de Estados Unidos. Mi llegada a los Estados Unidos de la posguerra como un inglés de veintitrés años, supuso salir de la sombra de la reconstrucción europea hacia la luz de una nación decidida a hacer realidad su propia versión de una sociedad democrática. Desde entonces he tenido la suerte de regresar muchas veces a este país y de ser testigo de esta ambición inquebrantable. Son incontables los individuos e instituciones que han sido mis generosos anfitriones, y la enumeración de todos ellos al cabo de cincuenta años de colaboración constituiría un libro en sí mismo. Pero me gustaría dar las gracias al personal de West Point, Vassar College y la Universidad de Princeton y el US Army Center of Military History, incluyendo al general John Foss, quien fue el primer oficial de enlace del West Point de la posguerra en la Royal Military Academy Sandhurst y finalmente llegó a general de cuatro estrellas, y al profesor James McPherson de Princeton. Estoy especialmente agradecido por las ideas y sugerencias aportadas por mis numerosos amigos y colegas, entre ellos el exsenador Paul Sarbanes, Tom Clancy y George Thompson, quien tan amablemente me asistió durante mi última visita.

Tengo que mencionar a mi editor de Knopf, Ash Green, por su estoica fe en este libro y por el constante apoyo que tan generosamente me ha brindado. George Andreou, quien sucedió a Ash durante la edición final, ha llevado gentilmente la batuta en la tarea de darme ánimos.

En Inglaterra le doy las gracias a mi agente Anthony Sheil, por prestar, como siempre, tan cuidadosa atención a este proyecto. Anthony Whittome, mi editor de Random House, merece especial elogio por su paciencia y por ser fuente de aliento mientras escribía este libro, como también mi editora de imágenes Anne-Marie Ehrlich. Debo una gratitud vitalicia a dos grandes instituciones británicas: el Ejército y la Royal Military Academy Sandhurst, de donde han emergido tantos soldados y académicos talentosos. En particular, debo dar las gracias al mariscal de campo sir John Chapple, al general sir John Wilsey, al mayor general Charles Vyvyan, al coronel Mike Dewar y al teniente coronel Richard Hoare. De Sandhurst he recibido un gran apoyo por parte de mis antiguos colegas Duncan Anderson, Christopher Duffy y Ned Willmott. También deseo reconocer el apoyo de *The Daily Telegraph* y en especial de Con Coughlin, Simon Heffer, David Twiston-Davies y Pat Venter. Quiero dar las gracias al antiguo profesor de la cátedra Chilele de Historia Militar de la Universidad de Oxford, Robert O'Neill, así como también al profesor actual, Hew Stratchan.

No hubiera podido acometer este libro sin el amor y el respaldo de mi familia. Mi esposa Susanne ha sido, como siempre, un baluarte, como también nuestros hijos, nueras y yernos, Lucy y Brooks Newmark, Tom y Pepy, Matthew y Sharon, y Rose y James McCarthy. Sus maravillosos hijos, Benjamin, Sam, Max, Lily, Zachary, Walter, Martha y Mamie, todos ellos han contribuido a hacer más fácil la travesía de este libro. Asimismo me gustaría dar las gracias a mis amigos de Kilmington Nesta y Michael Gray, Shirley Thomas y Eric Coombs. Y, finalmente, gracias a mi asistente Lindsey Wood, a quien está dedicado este libro. Su tolerancia y laboriosidad en circunstancias difíciles fueron fundamentales para su terminación.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, B., *Robert E. Lee's Civil War*, Holbrook (Massachusetts), 1999.
- ATKINSON, R., *The Long Gray Line*, Londres, 1990.
- BLACK, R. C., *The Railroads of the Confederacy*, Chapel Hill (Carolina del Norte), 1952.
- BORITT, G. S., editor, *Why the Civil War Came*, Nueva York, 1996.
- CATTON, B., *The Centennial History of the Civil War*, Nueva York, 1961–1965.
- CORNISH, D. T., *The Sable Arm: Negro Troops in the Union Army, 1861–1865*, Nueva York, 1956.
- CRANE, S., *The Red Badge of Courage*, 1895, Nueva York, 1962 [edición en español: *La roja insignia del valor*, Juan Aparicio-Belmonte y María Ermitas Barrasa, trs., Rey Lear, Madrid, 2007].
- CUNLIFFE, M., *Soldiers and Civilians: The Martial Spirit in America, 1775–1865*, Boston, 1973.
- DAVIS, G. B., L. J. Perry, J. W. Kirkley y C. D. Cowles, *The Official Military Atlas of the Civil War*, Nueva York, 1983.
- DONALD, D. H., *Lincoln*, Nueva York, 1995.
- , *Why the North Won the Civil War*, Baton Rouge (Louisiana), 1960.
- DYER, F. H., *A Compendium of the War of the Rebellion*, Nueva York, 1953.
- ESPOSITO, V. J., *The West Point Atlas of American Wars*, vol. 1, Nueva York, 1959.
- EyeWitness to History, “Surrender at Appomattox, 1865”, [www.eyewitnesstohistory.com](http://www.eyewitnesstohistory.com), 1997.
- FAUST, D. G., *The Creation of Confederate Nationalism*, Baton Rouge (Louisiana), 1998.

- FOX, S., *Wolf of the Deep: Raphael Semmes and the Notorious Confederate Raider CSS Alabama*, Nueva York, 2007.
- Freeman, D. S., *Lee's Lieutenants*, Nueva York, 1942–1944.
- , *R. E. Lee: A Biography*, Nueva York, 1934–1935.
- FURGURSON, E. B., *Not War but Murder: Cold Harbor, 1864*, Nueva York, 2000.
- GARRISON, W. B., *Atlanta and the War*, Nashville (Tennessee), 1995.
- GENOVESE, E. D., *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*, Londres, 1975.
- GOULD, J. M., *The History of the First—Tenth—Twenty-ninth Maine Regiment: In Service of the United States from May 3, 1861, to June 21, 1866*, Portland (Maine), 1871.
- GRANT, U. S., *Personal Memoirs of U. S. Grant*, Nueva York, 1885–1886.
- GRIESS, T. E., editor, *The American Civil War*, Wayne (Nueva Jersey), 1987.
- GRIFFITH, P., *Battle Tactics of the Civil War*, New Haven (Connecticut), 1989.
- HATTAWAY, H., y A. Jones, *How the North Won: A Military History of the Civil War*, Urbana (Illinois), 1983.
- HENDERSON, G. F. R., *Stonewall Jackson and the American Civil War*, Nueva York, 1900.
- HERMAN, M. Z., *Ramparts: Fortification from the Renaissance to West Point*, Nueva York, 1992.
- HESS, E. J., *The Union Soldier in Battle*, Lawrence (Kansas), 1997.
- HICKS, R. W., y Frances E. Schultz, *Battlefields of the Civil War*, Topsfield (Massachusetts), 1989.
- JOHNSON, R. U., y C. C. Buel, *Battles and Leaders of the Civil War: The Century Magazine*, 4 vols., Nueva York, 1884–1888.
- JONES, A., *Civil War Command and Strategy: The Process of Victory and Defeat*, Nueva York, 1992.
- JONES, J. B., *A Rebel War Clerk's Diary*, Nueva York, 1958.

- KATCHER, P., *The American Civil War Source Book*, Londres, 1992.
- KENNEDY, F. H., editor, *The Civil War Battlefield Guide*, Boston, 1990.
- KERBY, R. L., *Kirby Smith's Confederacy: The Trans-Mississippi South*, Nueva York, 1972.
- LIDDELL, H., B. H., *Sherman: Soldier, Realist, American*, Nueva York, 1958.
- LINCOLN, A., *Speeches and Writings, 1859–1865*, Nueva York, 1989 [edición en español de la antología *El discurso de Gettysburg y otros escritos sobre la Unión*, Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Tecnos, Madrid, 2005].
- LIVERMORE, T. L., *Numbers and Losses in the Civil War in America, 1861–5*, Boston, 1901.
- LYMAN, T., *Meade's Headquarters, 1863–1865: Letters of Colonel Theodore Lyman from the Wilderness to Appomattox*, George R. Agassiz, editor, Boston, 1922.
- LYTLE, A. N., *Bedford Forrest and His Critter Company*, Nashville (Tennessee), 1984.
- McELFRESH, E. B., *Maps and Mapmakers of the Civil War*, Nueva York, 1999.
- McFEELY, W. S., *Grant: A Biography*, Nueva York, 1981.
- MCPHERSON, J. M., *Battle Cry of Freedom: The Civil War Era*, Nueva York, 1988.
- , *For Cause and Comrades: Why Men Fought in the Civil War*, Nueva York, 1997.
- McWHINEY, G., y P. D. Jamieson, *Attack and Die: Civil War Military Tactics and the Southern Heritage*, Tuscaloosa (Alabama), 1982.
- MILLER, W. J., *Mapping for Stonewall: The Civil War Service of Jed Hotchkiss*, Washington, DC, 1993.
- MITCHELL, J. B., *Decisive Battles of the Civil War*, Nueva York, 1962.
- MITCHELL, R., *Civil War Soldiers*, Nueva York, 1988.
- NEVINS, A., *The Ordeal of the Union*, 4 vols., Nueva York, 1947–1971.

- OATES, S. B., *With Malice Toward None: The Life of Abraham Lincoln*, Nueva York, 1977.
- PARISH, P. J., *The American Civil War*, Nueva York, 1975.
- POTTER, D. M., *The South and the Sectional Conflict*, Baton Rouge (Louisiana), 1968.
- PULLEN, J. J., *The Twentieth Maine: A Volunteer Regiment in the Civil War*, Filadelfia, 1957.
- REID, B. H., *The Origins of the American Civil War*, Nueva York, 1996.
- RUTLEDGE, A. y R. Rollins, editores, *Pickett's Charge: Eyewitness Accounts at the Battle of Gettysburg*, Mechanicsburg (Pensilvania), 2005.
- SANDBURG, C., *Abraham Lincoln: The Prairie Years and the War Years*, Nueva York, 2002.
- SEARS, S. W., *Landscape Turned Red: The Battle of Antietam*, New Haven, (Connecticut), 1983.
- *To the Gates of Richmond: The Peninsula Campaign*, Nueva York, 1992.
- *George B. McClellan: The Young Napoleon*, Nueva York, 1996.
- SHERMAN, W. T., *Memoirs of General William T. Sherman*, Londres, 1975.
- SMITH, R., *American Civil War: Union Army, Brassey's History of Uniforms*, Londres, 1996.
- SOMMERS, R. J., *Richmond Redeemed: The Siege at Petersburg*, Nueva York, 1991.
- STEVENS, J. E., *America's National Battlefield Parks*, Norman (Oklahoma), 1990.
- TANNER, R. G., *Stonewall in the Valley*, Mechanicsburg (Pensilvania), 1996.
- TATE, A., *Stonewall Jackson: The Good Soldier*, Nashville (Tennessee), 1991.
- THOMAS, E. M., *Robert E. Lee: A Biography*, Nueva York, 1995.
- TRUDEAU, N. A., *Like Men of War: Black Troops in the Civil War, 1862–1865*, Boston, 1998.
- TURNER, G. E., *Victory Rode the Rails*, Nueva York, 1953.

- U.S. WAR DEPARTMENT, *The War of the Rebellion*, 36 vols., Washington, DC, 1880–1901.
- WARD, G. C., y Ric y Ken Burns, *The Civil War: An Illustrated History*, Nueva York, 1998.
- WAUGH, J. C., *The Class of 1846: From West Point to Appomattox; Stonewall Jackson, George McClellan and Their Brothers*, Nueva York, 1994.
- WEIGLEY, R. F., *History of the United States Army*, Nueva York, 1967.
- , *A Great Civil War: A Military and Political History, 1861–1865*, Bloomington (Indiana), 2000.
- WILEY, B. I., *The Life of Johnny Reb: The Common Soldier of the Confederacy*, Nueva York, 1983.
- , *The Life of Billy Yank: The Common Soldier of the Union*, Nueva York, 1952.
- WILLIAMS, K. P., *Lincoln Finds a General: A Military Study of the Civil War*, 5 vols., Nueva York, 1950–1959.
- WILLIAMS, T. Harry, *Lincoln and His Generals*, Londres, 1952.
- WILSON, E., *Patriotic Gore: Studies in the Literature of the American Civil War*, Nueva York, 1994.
- WINIK, J., *April 1865: The Month That Saved America*, Nueva York, 2001.
- WOODWARD, C. V., *Mary Chesnut's Civil War*, New Haven (Connecticut), 1981.
- WOODWORTH, S. E., *Nothing but Victory: The Army of the Tennessee, 1861–1865*, Nueva York, 2005.